

ITALO SVEVO

La conciencia de Zeno



Título original: La coscienza di Zeno

Traducción: Carlos Manzano

© Editorial Seix Barral, S.A.

Prefacio

Soy el doctor de quien se habla en esta novela a veces con palabras poco lisonjeras. Quien conozca el psicoanálisis sabrá juzgar la antipatía que el paciente siente por mí.

No voy a hablar de psicoanálisis, porque en este libro ya se habla de él bastante. Debo excusarme por haber inducido a mi paciente a escribir su autobiografía; los estudiosos del psicoanálisis fruncirán el ceño ante tamaña novedad. Pero él era viejo, y yo confiaba en que con esa evocación se refrescaran sus recuerdos del pasado y la autobiografía fuese un buen prelude para el psicoanálisis. Aun hoy mi idea me parece buena, porque me ha dado resultados inesperados, que habrían sido mayores, si el enfermo, en el momento culminante, no se hubiera abstraído a la cura, con lo que me privó del fruto de mi largo y paciente análisis de estas memorias.

Las publico para vengarme y espero que le disguste. Sepa, sin embargo, que estoy dispuesto a repartir con él los elevados ingresos que obtendré con esta publicación, con tal de que reanude la cura. ¡Parecía sentir tanta curiosidad por sí mismo! ¡Si supiera cuántas sorpresas le reservaría el comentario sobre las numerosas verdades y mentiras que ha acumulado aquí!...

DOCTOR S.

Preámbulo

¿Ver mi infancia? Más de diez lustros me separan de ella y mi vista cansada tal vez podría alcanzarla, si la luz que aún refleja no se viera interceptada por obstáculos de todas clases, auténticas montañas altas: mis años y algunas horas de mi vida.

El doctor me recomendó que no me obstinara en mirar tan lejos. Hasta las cosas recientes son preciosas para los médicos y sobre todo las imaginaciones y los sueños de la noche anterior. Pero, aun así, debería haber un poco de orden y para poder comenzar ab ovo, nada más separarme del doctor, que estos días se va de Trieste por una temporada larga, sólo para facilitarle la tarea, compré y leí un tratado de psicoanálisis. No es difícil de entender, pero sí muy aburrido.

Después de comer, repantigado en una tumbona, cojo el lápiz y una hoja de papel. No hay arrugas en mi frente, porque he eliminado todo esfuerzo mental. Mi pensamiento se me presenta dissociado de mí. Lo veo. Sube, baja... pero ésa es su única actividad. Para recordarle que es el pensamiento y que su deber sería manifestarse, cojo el lápiz. Y entonces se me arruga la frente, porque cada palabra está compuesta de muchas letras y el imperioso presente resurge y desdibuja el pasado.

Ayer había intentado el máximo abandono. El experimento acabó en el sueño más profundo y no conseguí otro resultado que un gran descanso y la curiosa sensación de haber visto durante ese sueño algo importante. Pero está olvidado, perdido para siempre.

Gracias al lápiz que tengo en la mano, hoy permanezco despierto. Veo, vislumbro imágenes extrañas que no pueden tener relación alguna con mi pasado: una locomotora que pita por una cuesta arrastrando innumerables vagones: ¿quién sabe de dónde vendrá y adonde irá y por qué ha acertado a aparecer aquí!

En el duermevela recuerdo que mi tratado asegura que con este sistema se puede llegar a recordar la primera infancia, la de los pañales. Al instante veo a un niño en pañales, pero, ¿por qué habría de ser yo ése? No se me parece en nada y creo que es, en realidad, el que dio a luz mi cuñada hace pocas semanas y que nos enseñaron como un milagro porque tiene las manos tan pequeñas y los ojos tan grandes. ¡Pobre niño! ¡Sí, sí, recordar mi infancia! Ni siquiera encuentro el modo de avisarte a ti, que ahora vives la tuya, sobre la importancia de recordarla para tu inteligencia y para tu salud. ¿Cuándo llegarás a saber que te convendría recordar tu vida, aun esa gran parte de ella que te repugnará? Y, entretanto, inconsciente, vas investigando tu pequeño organismo en busca del placer y tus deliciosos descubrimientos te encaminarán hacia el dolor y la enfermedad, a la que te empujarán hasta quienes bien te quieran. ¿Qué hacer? Es imposible proteger tu cuna. En tu interior —¡chiquitín!— se está produciendo una combinación

misteriosa. Cada minuto que pasa arroja un reactivo. Demasiadas probabilidades de enfermedad te están reservadas, porque no todos tus minutos pueden ser puros. Y, además, eres consanguíneo de personas que yo conozco. Los minutos que pasan ahora pueden ser puros, pero, desde luego, no lo fueron todos los siglos que, te prepararon.

Aquí me tenéis muy alejado de las imágenes que preceden al sueño. Mañana volveré a probar.

1. EL TABACO

El doctor a quien hablé de mi propensión a fumar, me dijo que iniciara mi trabajo con un análisis de ella:

—¡Escriba! ¡Escriba! Verá cómo llega a verse entero.

En realidad, creo que del tabaco puedo escribir aquí, en mi mesa, sin ir a soñar en la tumbona. No sé cómo empezar y pido ayuda a los cigarrillos, todos tan parecidos al que tengo en la mano.

Hoy descubro algo que ya no recordaba. Los primeros cigarrillos que fumé ya no están a la venta. Hacia 1870 teníamos en Austria esos que se vendían en cajetillas con el sello del águila imperial. Ya está: en torno a una de esas cajetillas se agrupan al punto varias personas con rasgos suficientes para sugerirme su nombre, pero no para conmoverme por el inesperado encuentro. Intento obtener más y me voy a la tumbona: las personas se desdibujan y en su lugar aparecen bufones que se ríen de mí. Vuelvo a la mesa desalentado.

Una de las figuras, de voz algo ronca, era Giuseppe, un joven de mi edad, y otra, mi hermano, un año más joven que yo y muerto hace mucho tiempo. Al parecer, Giuseppe recibía mucho dinero de su padre y nos regalaba aquellos cigarrillos. Pues estoy seguro de que daba más a mi hermano que a mí. Por lo que me vi en la necesidad de conseguirme otros por mi cuenta. Así llegué a robar. En verano mi padre dejaba sobre una silla su chaleco, en cuyo bolsillo había siempre algunas monedas: cogía los cincuenta céntimos necesarios para comprar la preciosa cajetilla y me fumaba uno tras otro los diez cigarrillos que contenía, para no guardar por mucho tiempo el comprometedor fruto del hurto.

Todo eso yacía en mi conciencia al alcance de la mano. Hasta ahora no ha resurgido porque antes no sabía que podía tener importancia. Acabo de registrar el origen de mi vergonzoso hábito y (¿quién sabe?) quizá ya esté curado. Por eso, para probar, enciendo un último cigarrillo y tal vez lo arroje al instante, asqueado.

Después recuerdo que un día mi padre me sorprendió con su chaleco en la mano. Yo, con una desfachatez que ahora no tendría y que aún ahora me disgusta (tal vez ese disgusto tenga una gran importancia en mi cura), le dije que había sentido curiosidad por contar los botones. Mi padre se rió de mi inclinación a las matemáticas o a la sastrería y no advirtió que tenía los dedos en el bolsillo de su chaleco. En mi honor, puedo decir que bastó esa risa ante mi inocencia, cuando ésta ya no existía, para impedirme por siempre jamás robar. Es decir... seguí robando, pero sin saberlo. Mi padre dejaba por la casa puros de Virginia a medio fumar, en equilibrio sobre mesas y armarios. Yo creía que era su forma de tirarlos y también creía saber que nuestra vieja criada, Catina, los tiraba. Me los fumaba a escondidas. Ya en el momento de apoderarme de ellos un escalofrío me recorría la espalda, porque sabía lo mal que me iban a sentar. Después me los fumaba hasta

que la frente se me cubría de sudores fríos y el estómago se me revolvía. No se puede decir que yo careciera de energía en la infancia.

Sé perfectamente cómo me curó mi padre de ese hábito. Un día de verano, había vuelto a casa de una excursión escolar, cansado y bañado en sudor. Mi madre me había ayudado a desnudarme y, tras envolverme en una bata, me había echado a dormir en un sofá, en el que ella misma se sentó a coser. Estaba a punto de dormir pero aún tenía los ojos llenos de sol y tardaba en perder los sentidos. La dulzura que a esa edad acompaña al sueño, después de un gran cansancio, se me aparece clara como una imagen en sí misma, tan clara como si estuviese ahora allí, junto a ese cuerpo querido que ya no existe.

Recuerdo la habitación fresca y grande donde nosotros, los niños, jugábamos, y que ahora en estos tiempos avaros de espacio, está dividida en dos partes. En esa escena no aparece mi hermano, lo que me sorprende, porque pienso que también él debió de asistir a aquella excursión y participar después en el reposo. ¿Dormiría también ése en el otro extremo del sofá? Miro ese sitio, pero me parece vacío. Sólo me veo a mí, la dulzura de mi reposo, a mi madre, y después a mi padre, cuyas palabras oigo resonar. Había entrado y no me había visto en seguida, porque llamé en voz alta:

—¡María!

Mi mamá, con un gesto acompañado de un ligero sonido con los labios, me señaló, creyéndome inmerso en el sueño, cuando, en realidad, nadaba sobre él con plena conciencia. Me gustaba tanto que mi papá hubiera de tener una atención conmigo, que no me moví.

Mi padre se lamentó en voz baja:

—Me parece que me estoy volviendo loco. Estoy casi seguro de haber dejado hace media hora medio puro sobre ese armario y ahora ya no lo encuentro. Estoy peor que de costumbre. Las cosas se me escapan.

También en voz baja, pero que traicionaba una hilaridad contenida sólo por miedo a despertarme, mi madre respondió:

—Y, sin embargo, después de comer nadie ha estado en esa habitación.

Mi padre murmuró:

—Ya lo sé. ¡Por eso me parece que me estoy volviendo loco!

Se volvió y salió.

Yo abrí a medias los ojos y miré a mi madre. Había reanudado su trabajo, pero seguía sonriendo. Desde luego, no pensaba que mi padre estuviera a punto de enloquecer; si no, no se habría reído así de sus miedos. Esa sonrisa se me quedó tan grabada, que la recordé al instante al volver a verla un día en los labios de mi madre.

Más adelante, no fue la falta de dinero lo que me impidió satisfacer mi vicio, pero las prohibiciones sirvieron para estimularlo.

Recuerdo haber fumado mucho, escondido en todos los lugares posibles. A causa del fuerte malestar físico que siguió, recuerdo haber permanecido durante media hora en una bodega oscura junto a otros dos muchachos, de los que sólo conservo en la memoria lo infantil de sus vestidos: dos pares de pantalones cortos que se sostienen en pie porque dentro hubo un cuerpo que el tiempo eliminó. Teníamos muchos cigarrillos y queríamos ver quién era capaz de quemar más en poco tiempo. Yo vencí y heroicamente oculté el malestar que me produjo aquel extraño ejercicio. Después salimos al sol y al aire. Tuve que cerrar los ojos para no caer aturdido. Me recobré y me jacté de la victoria. Uno de los dos hombrecitos me dijo entonces:

—A mí no me importa haber perdido, porque yo sólo fumo lo que necesito.

Recuerdo esas palabras sanas y no la carita, sana también, desde luego, que debía de estar vuelta hacia mí en ese momento.

Pero entonces yo no sabía si me gustaba o detestaba el cigarrillo y su sabor y el estado en que me ponía la nicotina.

Cuando supe que detestaba todo eso, fue peor. Y lo supe a los veinte años más o menos. Entonces padecí durante unas semanas un violento dolor de garganta, acompañado de fiebre. El doctor me ordenó guardar cama y la abstención absoluta de fumar. Recuerdo esa palabra: ¡*absoluta*! Me hirió y la fiebre le dio color: un gran vacío y nada con qué resistir la enorme tensión que en seguida se produce en torno a un vacío.

Cuando el doctor me dejó, mi padre (mi madre había muerto hacía muchos años), con el puro en la boca y todo, se quedó un poco a hacerme compañía. Al marcharse, después de haberme pasado con suavidad la mano por la frente, que abrasaba, me dijo:

—¡No fumes, eh!

Fui presa de una inquietud enorme. Pensé: «Puesto que me hace daño, no volveré a fumar nunca, pero antes quiero hacerlo por última vez.» Encendí un cigarrillo y al instante me sentí liberado de la inquietud, pese a que la fiebre había aumentado y a cada calada sentía en las amígdalas la misma quemazón, como si me las hubieran tocado con un tizón ardiendo. Acabé todo el cigarrillo con el esmero con que se cumple un voto. Y, sin dejar de sufrir horriblemente, me fumé muchos otros durante la enfermedad. Mi padre iba y venía con el puro en la boca y me decía:

—¡Muy bien! ¡Unos días más de abstenerte de fumar y estarás curado!

Bastaba esa frase para hacerme desear que se fuera pronto, pero pronto, para poder lanzarme sobre un cigarrillo. Incluso fingía dormir para inducirlo a alejarse antes.

Aquella enfermedad me ocasionó el segundo de mis tormentos: el esfuerzo por liberarme del primero. Mis días acabaron llenos de cigarrillos y de propósitos de no volver a fumar y —me apresuro a reconocerlo todo— de vez en cuando siguen siendo los mismos. La ronda de los últimos cigarrillos, formada a los veinte años,

sigue en movimiento. El propósito es menos enérgico y mi debilidad encuentra mayor indulgencia en mi viejo ánimo. En la vejez se sonríe uno al pensar en la vida y en todo lo que encierra. Es más: puedo decir que, desde hace un tiempo, fumo muchos cigarrillos... que no son los últimos.

En la portada de un diccionario, encuentro esta anotación hecha con bella caligrafía y algunos adornos:

«Hoy, 2 de febrero de 1886, paso de los estudios de derecho a los de química. ¡Último cigarrillo!»

Era un último cigarrillo muy importante. Recuerdo todas las esperanzas que lo acompañaron. Me había enfurecido el derecho canónico, que me parecía tan alejado de la vida, y corría hacia la ciencia, que es la vida misma, aunque reducida a un matraz. Aquel último cigarrillo significaba precisamente el deseo de actividad (incluso manual) y de pensamiento sereno, sobrio y sólido.

Para escapar a la cadena de las combinaciones del carbono, en que no creía, volví al derecho. ¡Por desgracia! Fue un error y también lo señalé con un último cigarrillo, cuya fecha encuentro apuntada en un libro. También aquella fue importante y me resignaba a volver a esas complicaciones del mío, el tuyo y el suyo con los mejores propósitos, con lo que soltaba por fin las cadenas del carbono. Había demostrado ser poco apto para la química, entre otras cosas por falta de habilidad manual. ¿Cómo iba a tenerla, si seguía fumando como un turco?

Ahora que estoy aquí, analizándome, me asalta una duda: ¿me habrá gustado tanto el cigarrillo, tal vez, como para achacarle la culpa de mi incapacidad? ¿Habría llegado a ser el hombre ideal y fuerte que esperaba, si hubiese dejado de fumar? Tal vez fuera esa duda la que me encadenó a mi vicio, porque eso de creerse dotado de una grandeza latente es una forma cómoda de vivir. Lancé esa hipótesis para explicar mi debilidad juvenil, pero sin convicción firme. Ahora que soy viejo y nadie me exige nada, sigo pasando del cigarrillo al propósito y del propósito al cigarrillo. ¿Qué significan hoy esos propósitos? ¿Acaso me gustaría, como a ese viejo higienista descrito por Goldoni, morir sano tras haber vivido enfermo toda la vida?

Una vez, siendo estudiante, cuando cambié de habitación, tuve que pagar un nuevo tapizado de las paredes porque las había cubierto de fechas. Probablemente abandoné esa habitación porque se había convertido en el cementerio de mis buenos propósitos y no creía posible concebir otros en ese lugar.

Creo que el cigarrillo tiene un gusto más intenso, cuando es el último. También los otros tienen un gusto especial propio, pero menos intenso. El último recibe su sabor del sentimiento de la victoria sobre uno mismo y de la esperanza de un próximo futuro de fuerza y de salud. Los otros tienen su importancia, porque, al encenderlos, manifiestas tu libertad y el futuro de fuerza y de salud subsiste, pero se aleja un poco.

Las fechas sobre las paredes de mi habitación estaban escritas con los colores más diversos e incluso al óleo. El propósito, renovado con la fe más ingenua, encontraba expresión adecuada en la fuerza del color que debía hacer palidecer el dedicado al propósito anterior. Prefería algunas fechas por la concordancia de las cifras. Del siglo pasado recuerdo una fecha que me pareció debía sellar para siempre el ataúd en que quería encerrar mi vicio: «Noveno día del noveno mes de 1899.» Significativa, ¿verdad? El nuevo siglo me aportó fechas igualmente musicales: «Primer día del primer mes de 1901.» Aún hoy me parece que, si pudiera repetirse esa fecha, sabría empezar una nueva vida.

Pero en el calendario no faltan las fechas y con un poco de imaginación cualquiera de ellas podría adaptarse a un buen propósito. Recuerdo, porque me pareció que encerraba un imperativo categórico al máximo: «Tercer día del sexto mes de 1912, a las 24 horas.» Suena como si cada cifra duplicara la apuesta.

El año 1913 me produjo un momento de vacilación. Faltaba el décimo tercer mes para concordarlo con el año. Pero no debe creerse que hagan falta tantas concordancias en una fecha para dar relieve a un último cigarrillo. Muchas fechas que encuentro apuntadas en libros o cuadros preferidos destacan por su deformidad. Por ejemplo: ¡el tercer día del segundo mes de 1905, a las seis horas! Pensándolo bien, tiene su ritmo, porque cada cifra niega la anterior. Muchos acontecimientos —mejor dicho: todos—, desde la muerte de Pío IX al nacimiento de mi hijo, me parecieron dignos de ser celebrados con el firme propósito habitual. En mi familia todos se asombran de mi memoria para nuestros aniversarios alegres y tristes, ¡y me creen tan bueno!

Para reducir su apariencia grosera, intenté dar un contenido filosófico a la enfermedad del último cigarrillo. Se dice con hermosa actitud: «¡nunca más!» Pero, ¿qué será de la actitud, si se cumple la promesa? Sólo se puede tener la actitud, cuando hay que renovar el propósito. Y, además, el tiempo, para mí, no es esa cosa inimaginable que no se detiene. En mi caso, sólo en mi caso, vuelve.

La enfermedad es una convicción y yo nací con ella. De la de mis veinte años no recordaría gran cosa, si no la hubiera descrito entonces a un médico. Es curioso cómo se recuerdan mejor las palabras dichas que los sentimientos que no llegan a agitar el aire.

Había ido a ese médico porque me habían dicho que curaba las enfermedades nerviosas con la electricidad. Pensé que podría conseguir de la electricidad la fuerza necesaria para dejar de fumar.

El doctor tenía una gran panza y su respiración asmática acompañaba al golpeteo de la máquina eléctrica puesta en marcha en seguida, a la primera visita, que me desilusionó, porque había esperado que el doctor, al estudiarme, descubriese el veneno que me contaminaba la sangre. En cambio, declaró que me veía de

constitución sana y, como me había quejado de digerir y dormir mal, supuso que mi estómago carecía de ácidos y que mis movimientos peristálticos (dijo esta palabra tantas veces, que no la he vuelto a olvidar) eran poco intensos. Incluso me dio a beber un ácido que me destrozó, porque desde entonces sufro de exceso de acidez.

Cuando comprendí que por sí solo no llegaría nunca a descubrir la nicotina en mi sangre, quise ayudarlo y expresé la sospecha de que mi indisposición debiera atribuirse a aquélla. Se encogió de hombros con fatiga:

—Movimientos peristálticos... ácido... ¡la nicotina no tiene nada que ver!

Fueron setenta las aplicaciones eléctricas y habrían continuado, si yo no hubiera considerado que ya había recibido bastante. Más que esperar milagros, corría a aquellas sesiones con la esperanza de convencer al doctor de que me prohibiera fumar. ¡Quién sabe cómo habrían ido las cosas, si mis propósitos se hubiesen visto reforzados por una prohibición del médico!

Y ésta fue la descripción de mi enfermedad que di al médico: «No puedo estudiar e incluso las raras veces que me voy a la cama temprano, permanezco insomne hasta los primeros toques de campanas. Por eso vacilo entre el derecho y la química, porque esas dos ciencias exigen un trabajo que comience a una hora fija, mientras que yo no sé nunca cuándo podré haberme levantado.»

—La electricidad cura cualquier insomnio —sentenció el Esculapio con los ojos siempre dirigidos al reloj en lugar de al paciente.

Llegué a hablar con él como si hubiera podido entender el psicoanálisis, al que, tímidamente, me anticipé. Le conté mis aventuras con las mujeres. Una no me bastaba y muchas tampoco. ¡Las deseaba todas! Por la calle mi agitación era enorme: a medida que pasaban, eran más. Las miraba con insolencia por necesidad de sentirme brutal. Las desnudaba con el pensamiento y sólo les dejaba los borceguíes, las abrazaba y no las soltaba hasta estar seguro de conocerlas a todas.

¡Sinceridad y aliento desperdiciados! El doctor jadeaba:

—Espero que las aplicaciones eléctricas no lo curen de esa enfermedad. ¡Sólo faltaría eso! Yo no volvería a tocar un Rumkorff, si temiera esos efectos.

Me contó una anécdota que le parecía divertidísima. Un enfermo de la misma afección que yo había ido a rogar a un médico célebre que lo curara y el médico, tras lograrlo perfectamente, tuvo que emigrar porque, si no, el otro lo habría matado.

—Mi excitación no es buena —gritaba yo—. ¡Procede del veneno que me enciende las venas!

El doctor murmuraba con aspecto acongojado:

—Nadie está nunca contento de su suerte.

Y, para convencerlo, hice lo que él no quiso hacer y estudié mi enfermedad, detallando todos sus síntomas:

—¡Mi distracción! También eso me impide estudiar. Estaba preparándome en Graz para el primer examen de Estado y había anotado todos los textos que necesitaba hasta el último examen. Resultó que, pocos días antes del examen, me di cuenta de haber estudiado cosas que no necesitaba hasta unos años después. Por eso tuve que aplazar el examen. Es cierto que ni siquiera éstas las había estudiado a fondo a causa de una muchacha vecina que, por lo demás, sólo me concedía una coquetería descarada. Cuando se asomaba a la ventana, yo ya no veía mi libro. ¿No es un imbécil quien se dedica a semejante actividad? Recuerdo la carita blanca de la muchacha en la ventana: ovalada, rodeada de rizos sueltos y pelirrojos. La miraba y soñaba con apretar aquella blancura y aquel amarillo rojizo contra mi almohada.

Esculapio murmuró:

—Tras la coquetería siempre hay algo bueno. A mi edad ya no coquetearía usted.

Hoy sé con certeza que él no sabía absolutamente nada sobre el coqueteo. Tengo cincuenta y siete años y estoy seguro de que, si no dejo de fumar o si el psicoanálisis no me cura, mi última mirada desde mi lecho de muerte será la expresión de mi deseo por mi enfermera, si no es mi mujer o si ésta ha permitido que aquélla sea hermosa.

Fui sincero como en la confesión: a mí la mujer no me gustaba entera, sino... ¡por partes! De todas me gustaban los piececitos, si iban bien calzados; de muchas, el cuello delgado, o incluso robusto, y el seno, si era ligero. Y continuaba la enumeración de las partes anatómicas femeninas, pero el doctor me interrumpió:

—Esas partes constituyen la mujer entera.

Entonces hice una declaración importante:

—El amor sano es el que se siente por una mujer sola y entera, incluidos su carácter y su inteligencia.

Desde luego, hasta entonces no había conocido semejante amor y, cuando lo experimenté, tampoco me dio la salud, pero es importante para mí recordar que localicé la enfermedad donde un docto veía la salud y que mi diagnóstico resultara exacto más adelante.

En la persona de un amigo médico encontré quien mejor me entendiera a mí y mi enfermedad. No me sirvió de mucho, pero en mi vida fue una nota nueva, que aún resuena.

Mi amigo era un rico caballero que embellecía sus ocios con estudios y trabajos literarios. Hablaba mucho mejor que escribía, y, por esa razón, el mundo no pudo saber lo buen literato que era. Era grueso y, cuando lo conocí, estaba haciendo con gran energía una cura para adelgazar. En pocos días había obtenido resultados excelentes, hasta el punto de que por la calle todos se le acercaban con esperanza

de poder sentir mejor su salud junto a un enfermo como él. Yo lo envidiaba porque sabía hacer lo que quería y me pegué a él mientras duró la cura. Me permitía tocarle la panza que cada día disminuía, y yo, malévolamente por envidia, le decía con la intención de debilitar su propósito:

—Pero, cuando haya acabado la cura, ¿qué hará usted con toda esta piel?

Con mucha calma, que volvía cómico su rostro demacrado, respondió:

—Dentro de dos días empezará la cura de los masajes.

Su cura había sido preparada con todo detalle y yo estaba seguro de que sería puntual todos los días.

Me inspiró una gran confianza y le describí mi enfermedad. También recuerdo esa descripción. Le expliqué que me parecía más fácil no comer tres veces al día que no fumar los innumerables cigarrillos con respecto a los cuales habría sido necesario adoptar la misma resolución penosa a cada instante. Con semejante resolución en la cabeza no hay tiempo para hacer ninguna otra cosa, porque sólo Julio César sabía hacer varias cosas en el mismo instante. Bien está que nadie me pida trabajar mientras viva mi administrador, Olivi, pero, ¿cómo es posible que una persona como yo no sepa hacer otra cosa en este mundo que soñar o rascar el violín, para el que no tengo la menor aptitud?

El obeso enflaquecido no se apresuró a responder. Era un hombre metódico y primero reflexionó un buen rato. Después, con tono doctoral muy adecuado, dada su gran superioridad en la materia, me explicó que mi auténtica enfermedad era el propósito y no el cigarrillo. Debía intentar dejar el vicio sin proponérmelo. Según él, con el paso de los años habían ido formándose en mí dos personas, una de las cuales mandaba y la otra no era sino un esclavo, que, en cuanto disminuía la vigilancia, contravenía a la voluntad del amo por amor a la libertad. Por eso había que concederle la libertad absoluta y al mismo tiempo debía afrontar mi vicio como si fuera nuevo y no lo hubiese conocido nunca. No había que combatirlo, sino dejarlo de lado y en cierto modo olvidar abandonarse a él volviéndole la espalda con indiferencia, como a una compañía a la que se considera indigna de uno. Sencillo, ¿verdad?

En efecto, me pareció cosa sencilla. Ahora bien, tras haber conseguido con gran esfuerzo eliminar de mi ánimo propósito alguno, logré no fumar por varias horas, pero, cuando la boca estuvo limpia, sentí un sabor inocente como el que debe sentir el recién nacido y me vino el deseo de un cigarrillo y, cuando lo fumé, sentí remordimiento, por lo que renové el propósito que había querido eliminar. Era un camino más largo, pero se llegaba a la misma meta.

Un día el canalla de Olivi me dio una idea: fortificar mi propósito con una apuesta. Creo que Olivi ha tenido siempre el mismo aspecto que ahora. Siempre lo he visto así, un poco encorvado, pero robusto, y siempre me ha parecido viejo, como viejo

lo veo ahora que tiene ochenta años. Ha trabajado y trabaja para mí, pero yo no lo aprecio, porque pienso que me ha impedido realizar el trabajo que hace él.

¡Apostamos! El primero que fumara pagaría y después los dos recuperaríamos la libertad. Así, el administrador, que me habían impuesto para impedir que yo malgastase la herencia de mi padre, ¡intentaba disminuir la de mi madre, administrada por mí libremente!

La apuesta resultó desastrosa. Había dejado de ser amo y esclavo alternativamente y ya sólo era esclavo... ¡y de aquel Olivi al que no apreciaba! Fumé al instante. Después pensé en engañarlo fumando a escondidas. Pero entonces, ¿por qué haber apostado? Entonces me apresuré a buscar una fecha que estuviera en relación interesante con la de la apuesta para fumar un último cigarrillo, que así, en cierto modo, podía figurarme registrado por el propio Olivi. Pero la rebelión continuaba y a fuerza de fumar llegaba a jadear. Para liberarme de ese peso fui a ver a Olivi y me confesé.

El viejo cogió el dinero sonriendo y, al instante, sacó del bolsillo un enorme puro que encendió y fumó con gran voluptuosidad. En ningún momento tuve la sospecha de que hubiera hecho trampa. Se comprende que los demás no son como yo.

Hacía poco que mi hijo había cumplido los tres años, cuando mi mujer tuvo una buena idea. Me aconsejó, para quitarme el vicio, que me encerrara por un tiempo en una casa de salud. Acepté al instante, ante todo porque quería que, cuando mi hijo llegara a la edad de poder juzgarme, me encontrase equilibrado y sereno, y, además, por la razón más urgente de que Olivi no se encontraba bien y amenazaba con abandonarme, con lo que podría verme obligado a ocupar su puesto de un momento a otro y me consideraba poco apto para una gran actividad con toda esa nicotina en el cuerpo.

Primero habíamos pensado en ir a Suiza, el país clásico de las casas de salud, pero después nos enteramos de que en Trieste había cierto doctor Muli, que había abierto un establecimiento. Encargué a mi mujer que fuera a verlo, y él le ofreció poner a mi disposición un pisito cerrado, en el que estaría vigilado por una enfermera, con la colaboración de otras personas. Al contármelo, mi mujer tan pronto sonreía como se reía a carcajadas. La divertía la idea de hacerme encerrar y yo también me reía con ganas. Era la primera vez que se asociaba conmigo en mis intentos de curarme. Hasta entonces nunca había tomado en serio mi enfermedad y decía que el tabaco no era sino un modo un poco extraño, y no demasiado aburrido, de vivir. Me parece que la había sorprendido agradablemente, después de casarnos, no oírme nunca añorar mi libertad, ocupado como estaba lamentando otras cosas.

Fuimos a la casa de salud el día que Olivi me dijo que en ningún caso seguiría trabajando para mí al cabo de un mes. En casa preparamos algunas mudas en un baúl y, al llegar la noche, fuimos a ver al doctor Muli.

Nos recibió en persona a la puerta. Entonces el doctor Muli era un joven apuesto. Era pleno verano y él, pequeño, nervioso, con rostro bronceado por el sol en el que brillaban aún mejor sus vivaces ojos negros, era la imagen de la elegancia, con su vestido blanco desde el fino cuello hasta los zapatos. Despertó mi admiración, pero, evidentemente, también yo era objeto de la suya.

Un poco violento, comprendiendo la razón de su admiración, le dije:

—Ya veo que usted no cree ni en la necesidad de la cura ni en la seriedad con que yo me dispongo a seguirla.

Con una ligera sonrisa, que, sin embargo, me hirió, el doctor respondió:

—¿Por qué? Tal vez sea cierto que el cigarrillo es más peligroso para usted de lo que los médicos creemos. Sólo que no comprendo por qué, en lugar de dejar *ex abrupto* de fumar, no ha decidido disminuir el número de cigarrillos que fuma. Se puede fumar, pero no hay que exagerar.

La verdad es que, a fuerza de querer dejar de fumar del todo, no había pensado nunca en la eventualidad de fumar menos. Pero, dado en ese momento, ese consejo tenía por fuerza que debilitar mi propósito. Dije resuelto:

—Puesto que está decidido, deje que intente esta cura.

—¿Intentar? —y el doctor se rió con aire de superioridad—. Una vez que se ha prestado a ella, la cura debe dar resultado. A no ser que quiera usar su fuerza muscular con la pobre Giovanna, no podrá salir de aquí. Las formalidades para sacarlo durarían tanto, que en ese tiempo olvidaría usted su vicio.

Nos encontrábamos en el piso que me habían destinado, al que habíamos llegado volviendo a la planta baja, tras haber subido al segundo piso.

—¿Ve? Esa puerta atrancada impide la comunicación con la otra parte de la planta baja, donde se encuentra la salida. Ni siquiera Giovanna tiene las llaves. Ella misma, para salir afuera, debe subir al segundo piso y es la única que tiene la llave de esa puerta que se ha abierto para nosotros en ese rellano. Por lo demás, en el segundo piso siempre hay vigilancia. No está mal, ¿verdad?, tratándose de una casa de salud destinada a niños y parturientas.

Y se echó a reír, tal vez ante la idea de haberme encerrado entre niños.

Llamó a Giovanna y me la presentó. Era una mujercita baja, de una edad que no se podía precisar y que podía variar entre cuarenta y sesenta años. Tenía unos ojillos de una luz intensa bajo cabellos muy grises. El doctor le dijo:

—Este es el señor con el que tiene que estar lista para darse de puñetazos.

La mujer me miró con detenimiento, se puso muy colorada y gritó con voz chillona:

—Yo cumpliré con mi deber, pero, desde luego, no puedo luchar con usted. Si me amenaza, llamaré al enfermero, que es un hombre fuerte, y, si no viene pronto, le dejaré irse donde quiera, porque desde luego, ¡yo no quiero arriesgar la piel!

Después me enteré de que el doctor le había confiado ese encargo con la promesa de una compensación bastante espléndida, y eso había contribuido a espantarla! Entonces sus palabras me enojaron. ¡En bonita posición me había metido voluntariamente!

—¡Qué piel ni qué niño muerto! —grité—. ¿Quién va a tocarle la piel? —Me volví hacia el doctor—. ¡Me gustaría que avisaran a esa mujer que no me fastidie! He traído conmigo algunos libros y me gustaría que me dejaran en paz.

El doctor intervino con algunas palabras de advertencia para Giovanna. Para disculparse, ésta siguió atacándome:

—Tengo dos hijas pequeñas y debo vivir.

—Yo no me dignaría matarla —respondí con acento que, desde luego, no podía tranquilizar a la pobrecilla.

El doctor la alejó encargándole que fuera a buscar no sé qué al piso superior y, para tranquilizarme, me propuso poner a otra persona en su puesto, y añadió:

—No es mala mujer y cuando le haya ordenado que sea más discreta no le dará ningún otro motivo de queja.

Deseando demostrar que no atribuía la menor importancia a la persona encargada de vigilarme, me declaré de acuerdo en soportarla. Sentí la necesidad de sosegarme, saqué del bolsillo el último cigarrillo y lo fumé con avidez. Expliqué al doctor que sólo había llevado conmigo dos y que quería dejar de fumar a medianoche en punto.

Mi mujer se despidió de mí al mismo tiempo que el doctor. Me dijo sonriendo:

—Puesto que lo has decidido así, sé fuerte. Su sonrisa, que me gustaba tanto, me pareció una mofa y en ese preciso instante germinó en mí un sentimiento nuevo que iba a hacer fracasar en seguida y lamentablemente un intento emprendido con tanta seriedad. Al instante, me sentí mal, pero hasta quedarme solo no supe que era lo que me hacía sufrir. Unos insensatos y amargos celos del joven doctor. ¡Él apuesto y libre! Lo llamaban la Venus de los médicos. ¿Por qué no habría de amarlo mi mujer? Al seguirla, cuando se habían ido, él le había mirado los pies calzados con elegancia. Era la primera vez que sentía celos, desde que me había casado. ¡Qué tristeza! ¡Cuadraba, la verdad, con mi abyecto estado de prisionero! ¡Luché! La sonrisa de mi mujer era su sonrisa habitual y no una burla por haberme eliminado de la casa. Desde luego, había sido ella la que me había hecho encerrar, aun no concediendo la menor importancia a mi vicio; pero seguro que lo había hecho para complacerme. Y, además, ¿no recordaba que no era tan fácil enamorarse de mi mujer? Si el doctor le había mirado los pies, seguro que lo había hecho para ver qué botas debía comprar a su amante. Pero me fumé al instante el último cigarrillo; y no era medianoche, sino las once, hora inadecuada para un último cigarrillo.

Abrí un libro. Leía sin entender e incluso tenía visiones. La página en que tenía clavada la mirada se cubría con la fotografía del doctor Muli en toda su gloria de belleza y elegancia. ¡No pude resistir! Llamé a Giovanna. Tal vez hablando me tranquilizaría.

Vino y me miró al instante con desconfianza. Gritó con su voz chillona:

—No crea que me inducirá a incumplir mi deber. De momento, para tranquilizarla, mentí y le declaré que ni se me ocurría siquiera, que no me apetecía seguir leyendo y prefería charlar un poco con ella. La hice sentarse enfrente de mí. En realidad, me repugnaba con su aspecto de vieja y los ojos juveniles e inquietos, como los de todos los animales débiles. ¡Sentía compasión de mí mismo por tener que soportar semejante compañía! Es cierto que ni siquiera en libertad sé yo escoger las compañías que mejor me convienen, porque suelen ser ellas las que me eligen a mí, como hizo mi mujer.

Rogué a Giovanna que me distrajera y, como declaró que no sabía decirme nada que mereciese mi atención, le rogué que me hablara de su familia, y añadí que casi todos en este mundo teníamos una.

Entonces obedeció y se puso a contarme que había tenido que ingresar a sus dos hijitas en el hospicio.

Yo empezaba a escuchar su relato con gusto, porque esos dieciocho meses de gravidez así despachados me hacían reír. Pero ella tenía un talante demasiado polémico y ya no pude escucharla, cuando primero quiso probarme que no habría podido hacer otra cosa, dada la exigüidad de su salario, y que el doctor estaba equivocado, cuando pocos días antes había declarado que dos coronas al día bastaban, ya que el hospicio mantenía a toda su familia. Gritaba:

—¿Y el resto? Después de recibir comida y ropa, ¿necesitan otras cosas! —Y se puso a enumerar una sarta de cosas que tenía que proporcionar a sus hijitas y que ya no recuerdo, pues para protegerme el oído de su voz chillona, me dedicaba a pensar en otras cosas. Pero, aun así, me hería y me pareció tener derecho a una compensación.

—¿No podría conseguir un cigarrillo? ¿Uno solo? Le pagaré diez coronas, pero mañana, porque no llevo ni un céntimo.

Mi propuesta espantó a Giovanna. Se puso a gritar; quería llamar en seguida al enfermero y se levantó para marcharse.

Para hacerla callar, desistí en seguida de mi propósito y, por decir algo, le pregunté al azar:

—Pero, ¿no habrá en esta prisión algo de beber?

Giovanna se apresuró a responder y, para mi asombro, en auténtico tono de conversación y sin gritar:

—¡Ya lo creo! El doctor, antes de irse, me ha entregado esta botella de coñac. Aquí la tiene, sin abrir. Mire, está intacta.

Me encontraba en tal situación, que no veía otra salida que la embriaguez. ¡A eso me había conducido la confianza en mi mujer!

En aquel momento me parecía que el vicio de fumar no valía el esfuerzo a que me había dejado inducir. Ahora ya hacía media hora que no fumaba y no pensaba en ello, ocupado como estaba con el pensamiento de mi mujer y el doctor Muli. Así, pues, ¡estaba totalmente curado, pero irremediabilmente ridículo!

Descorché la botella y me serví un vasito del líquido amarillo. Giovanna me miraba con la boca abierta, pero yo vacilé a la hora de invitarla.

—¿Podré disponer de más, cuando haya vaciado esta botella?

Giovanna, siempre con el tono de conversación más agradable, me tranquilizó.

—¡Todo lo que quiera! ¡Para satisfacer sus deseos, la señora que dirige la despensa debe levantarse aunque sea a medianoche!

Yo nunca he sido avaro, y Giovanna recibió en seguida su vasito lleno hasta el borde. No había acabado de darme las gracias, cuando ya lo había vaciado y al instante dirigió sus vivos ojos hacia la botella. Por eso, fue ella misma la que me sugirió la idea de emborracharla. Pero, ¡no fue nada fácil!

No sabría repetir con exactitud lo que me dijo, tras haberme bebido varios vasos, en su puro dialecto triestino, pero tuve toda la impresión de encontrarme junto a una persona a la que, de no haber estado distraído por mis preocupaciones, habría podido escuchar con gusto.

Ante todo, me confió que así era precisamente como le gustaba trabajar. Todo el mundo debería tener derecho a pasar dos horas al día en un sillón tan cómodo y frente a una botella de licor bueno, el que no sienta mal.

Intenté conversar también yo. Le pregunté si, cuando vivía su marido, su trabajo había estado organizado de ese modo precisamente.

Se echó a reír. Su marido, mientras vivió, le había dado más palos que besos y, en comparación con lo que había tenido que trabajar para él, ahora todo habría podido parecerle un descanso, aun antes de que llegara yo a aquella casa con mi cura.

Después Giovanna adoptó expresión pensativa y me preguntó si creía que los muertos veían lo que hacían los vivos. Asentí brevemente. Pero ella quiso saber si los muertos, cuando llegaban al más allá, se enteraban de todo lo que había sucedido aquí abajo, cuando aún vivían.

Por un momento la pregunta tuvo la virtud de distraerme de verdad. Además, la había formulado con una voz cada vez más suave, pues, para que no la oyeran los muertos, Giovanna había bajado la voz.

—Entonces, usted —le dije— traicionó a su marido.

Me rogó que no gritara y después confesó haberlo traicionado, pero sólo en los primeros meses del matrimonio. Después se había acostumbrado a las palizas y había amado a su hombre.

Para mantener animada la conversación, le pregunté:

—Entonces, ¿la primera de sus hijas es la que debe la vida a aquel otro?

Sin alzar la voz, reconoció que así lo creía, sobre todo por ciertos parecidos. Le dolía mucho haber traicionado a su marido. Lo decía, pero sin dejar de reír, porque son cosas de las que se ríe hasta cuando duelen. Pero sólo desde que había muerto, porque antes, como no lo sabía, la cosa no podía tener importancia.

Movido por cierta simpatía fraternal, intenté aliviar su dolor y le dije que me parecía que los muertos lo sabían todo pero que ciertas cosas les importaban un comino.

—¡Sólo hacen sufrir a los vivos! —exclamé, al tiempo que daba un puñetazo a la mesa.

Me hice daño en la mano y no hay nada mejor que un dolor físico para inspirar ideas nuevas. Vislumbré la posibilidad de que, si bien yo me atormentaba ante la idea de que mi mujer aprovechara mi reclusión para traicionarme, tal vez el doctor se encontrase aún en la casa de salud, en cuyo caso yo habría podido recuperar mi tranquilidad. Rogué a Giovanna que fuera a ver, pues —según dije— necesitaba decir algo al doctor, y le prometí, como premio, toda la botella. Dijo que no le gustaba beber tanto, pero me complació al instante y la oí trepar vacilante por la escalera de madera hasta el segundo piso para salir de nuestra clausura. Luego volvió a bajar, pero resbaló con gran alboroto y gritos.

—¡Qué el diablo te lleve! —murmuré yo con fervor. Si se hubiera roto el pescuezo, mi situación se habría simplificado mucho.

En cambio, llegó hasta mí sonriendo porque se encontraba en ese estado en que los dolores no duelen demasiado. Me contó que había hablado con el enfermo, quien iba a acostarse, pero seguía a su disposición en la cama, para el caso de que yo me portara mal. Levantó la mano y con el índice extendido acompañó esas palabras de un gesto de amenaza atenuado por una sonrisa. Después, añadió más seca, que el doctor no había vuelto desde que había salido con mi mujer. ¡Precisamente desde entonces! Es más: durante unas horas el enfermero había esperado que regresara porque un enfermo tenía necesidad de él. Ahora ya no lo esperaba.

Yo la miré para averiguar si la sonrisa que contraía su cara era estereotipada o nueva del todo y originada por el hecho de que el doctor se encontrase con mi mujer, en lugar de conmigo, que era su paciente. Fui presa de tal ira, que la cabeza me daba vueltas. Debo confesar que, como siempre, en mi ánimo luchaban dos personas, una de las cuales, la más razonable, me decía: «¡Imbécil! ¿Por qué piensas que te traiciona tu mujer? No tendría necesidad de encerrarte para tener la oportunidad de hacerlo.» La otra, que era, por supuesto, la que quería fumar, me llamaba imbécil, pero para gritarme: «¿No recuerdas la comodidad que supone la ausencia del marido? ¡Con el doctor que ahora pagas tú!»

Giovanna, sin dejar de beber, dijo:

—Se me ha olvidado cerrar la puerta del segundo piso. Pero no quiero volver a subir esos dos pisos. Allí arriba siempre hay gente y se luciría usted, si intentara escapar.

—¡Desde luego! —dije yo con el mínimo de hipocresía necesaria para engañar a la pobrecilla. Después bebí también yo coñac y declaré que, ahora que tenía tanto licor a mi disposición, los cigarrillos ya no me interesaban. Ella me creyó al instante y entonces le conté que no era yo, en realidad, quien quería deshacerme del vicio del tabaco. Era mi mujer la que quería. Había que saber que, cuando yo llegaba a fumar una decena de cigarrillos, me volvía terrible. Cualquiera mujer que se encontrara a tiro entonces corría peligro.

Giovanna se echó a reír a carcajadas al tiempo que se echaba para atrás en el sillón:

—¿Y es su mujer la que le impide fumar los diez cigarrillos necesarios?

—¡Así es! Al menos, a mí me lo impedía.

No era nada tonta Giovanna, cuando tenía tanto coñac en el cuerpo. Le dio un ataque de risa, que casi la hacía caer del sillón, pero, cuando el resuello se lo permitió, pintó con palabras entrecortadas, un magnífico cuadro que le sugirió mi enfermedad.

—Diez cigarrillos,.., media hora... se pone el despertador... y después...

La corregí:

—Para diez cigarrillos yo necesito cerca de una hora. Después para esperar el efecto completo hace falta otra hora, diez minutos más, diez minutos menos...

De improviso Giovanna se puso seria y se levantó sin gran fatiga del sillón. Dijo que iba a* ir a acostarse porque le dolía un poco la cabeza. La invité a llevarse la botella, porque yo tenía bastante de aquel licor. Dije, hipócrita, que el día siguiente quería que me trajeran buen vino.

Pero ella no pensaba en el vino. Antes de salir con la botella bajo el brazo, me lanzó una mirada que me espantó.

Había dejado la puerta abierta y al cabo de unos instantes cayó en medio de la habitación un paquetito, que recogí al instante: contenía once cigarrillos contados. La pobre Giovanna no había querido quedarse corta. Cigarrillos húngaros corrientes. Pero el primero que encendí fue buenísimo. Sentí un gran alivio. Primero pensé que me alegraba hacer esa faena a una casa que era excelente para encerrar en ella a niños, pero no a mí. Después descubrí que también se la había hecho a mi mujer y me parecía haberla pagado con la misma moneda. Porque, si no, ¿se habrían convertido mis celos en una curiosidad tan soportable? Me quedé tranquilo en aquel sitio fumando aquellos cigarrillos nauseabundos.

Al cabo de una media hora recordé que tenía que huir de aquella casa donde Giovanna esperaba su compensación. Me quité los zapatos y salí al pasillo. La puerta de la habitación de Giovanna estaba cerrada y, por su respiración ruidosa y

regular, me pareció que dormía. Subí con la mayor prudencia hasta el segundo piso, donde, detrás de la puerta aquella —orgullo del doctor Muli—, me puse los zapatos. Subí a un rellano y me puse a bajar las escaleras, despacio, para no despertar sospechas.

Había llegado al rellano del primer piso, cuando una señorita, vestida de enfermera con cierta elegancia, me siguió para preguntarme, cortés: —¿ Busca usted a alguien?

Era mona y no me habría desagradado acabar a su lado los diez cigarrillos. Le sonreí un poco agresivo:

—¿No está en la casa el doctor Muli?

Ella abrió unos ojos como platos.

—A esta hora nunca está.

—¿Sabría decirme dónde podría encontrarlo ahora? Tengo en casa un enfermo que tiene necesidad de él.

Me dio, cortés, la dirección del doctor y yo la repetí varias veces para hacerle creer que quería recordarla. No me habría apresurado a irme, pero ella, fastidiada, me volvió la espalda. Sencillamente me echaban de mi prisión.

Abajo una mujer me abrió, solícita, la puerta. No llevaba un céntimo encima y murmuré:

—Ya le daré la propina en otra ocasión.

Nunca se puede conocer el futuro. En mi caso las cosas se repiten: no había que excluir la posibilidad de que volviera a pasar por allí.

La noche era clara y cálida. Me quité el sombrero para sentir mejor la brisa de la libertad. Miré a las estrellas con admiración, como si acabara de conquistarlas. El día siguiente, lejos de la casa de salud, dejaría de fumar. De momento, en un café todavía abierto compré cigarrillos buenos, porque no podía acabar mi carrera de fumador con uno de aquellos cigarrillos de la pobre Giovanna. El camarero que me los dio me conocía y me los dejó fiados.

Al llegar a mi villa toqué la campana con furia. Primero vino a la puerta la criada y después, al cabo de algún tiempo, mi mujer. La esperé con absoluta frialdad: «Parece como si estuviera el doctor Muli.» Pero, al reconocerme, mi mujer dejó oír en la calle desierta su risa tan sincera, que habría bastado para borrar cualquier duda.

En casa me detuve a hacer un poco el inquisidor. Mi mujer, a la que prometí contar el día siguiente mis aventuras, que ella creía conocer, me preguntó:

—Pero, ¿por qué no te acuestas?

Para excusarme dije:

—Me parece que has aprovechado mi ausencia para cambiar de sitio ese armario.

La verdad es que yo creo que en mi casa siempre están cambiando de sitio las cosas y también es cierto que mi mujer las cambia de sitio con mucha frecuencia,

pero en aquel momento yo miraba todos los rincones para ver si estaba escondido el cuerpecito elegante del doctor Muli.

Mi mujer me dio una buena noticia. Al volver de la casa de salud, se había encontrado con el hijo de Olivi, quien le había contado que el viejo estaba mucho mejor después de haber tomado una medicina prescrita por su nuevo médico.

Al quedarme dormido, pensé que había hecho bien en abandonar la casa de salud, ya que disponía de todo el tiempo para curarme despacio. Además, mi hijo, que dormía en la habitación contigua, no se disponía aún, desde luego, a juzgarme ni a imitarme. No había la menor prisa.

2. LA MUERTE DE MI PADRE

El doctor se ha marchado y yo, la verdad, no sé si es necesaria la biografía de mi padre. Si describiera con demasiada minuciosidad a mi padre, podría resultar que, para lograr mi curación, fuese necesario analizarlo primero a él y estaríamos en un círculo vicioso. Me atrevo a continuar porque sé que, si mi padre hubiese necesitado la misma cura, habría sido para una enfermedad muy distinta de la mía. En cualquier caso, para no perder tiempo, diré sobre él sólo lo que sirva para avivar el recuerdo de mí mismo.

«15-4-1890, 4 h. 1/2. Muere mi padre. U.S.» Para quien no lo sepa, esas dos últimas letras no significan United States, sino *ultima sigaretta*, último cigarrillo. Es la anotación que encuentro en un volumen de filosofía positiva de Ostwald con cuya lectura pasé varias horas lleno de esperanza y que nunca entendí. Nadie lo diría, pero, a pesar de su forma, esa anotación registra el acontecimiento más importante de mi vida.

Mi madre había muerto cuando yo aún no contaba quince años. Hice poesías para honrar su memoria, lo que nunca equivale a llorar y, en el dolor, siempre me acompañó el sentimiento de que a partir de aquel momento debía comenzar para mí una vida seria y de trabajo. El propio dolor indicaba una vida más intensa. Después un sentimiento religioso aún vivo atenuó y suavizó aquella tremenda desgracia. Mi madre seguía viviendo, aunque lejos de mí, y podía incluso alegrarse ante los éxitos para los que yo me estaba preparando. ¡Gran comodidad! Recuerdo con exactitud mi estado de entonces. Por la muerte de mi madre y la saludable emoción que me había proporcionado, todo en mí debía mejorar.

En cambio, la muerte de mi padre fue una auténtica catástrofe. El paraíso había dejado de existir y, además, yo, a los treinta años, era un hombre acabado. ¡También yo! Comprendí por primera vez que la parte más importante y decisiva de mi vida quedaba atrás irremediabilmente. Mi dolor no era sólo egoísta, como podría parecer por estas palabras. ¡Muy al contrario! Lloraba por él y por mí, y por mí sólo porque él había muerto. Hasta entonces yo había pasado de cigarrillo en cigarrillo y de una facultad universitaria a otra, con una fe indestructible en mis capacidades. Pero creo que esa fe que hacía tan plácida la vida habría continuado acaso hasta hoy, si mi padre no hubiera muerto. Muerto él, ya no quedaba un mañana en que situar mi propósito.

Cuando lo pienso, muchas veces me asombra que esa desesperación respecto a mí y mi porvenir se produjera a la muerte de mi padre y no antes. En conjunto, se trata de cosas recientes y, desde luego, para recordar mi profundo dolor y todos los detalles de la desventura, no necesito soñar, como quieren los señores analistas. Recuerdo todo, pero no entiendo nada. Hasta su muerte, yo no viví para mi padre. No hice esfuerzo alguno para aproximarme a él y, cuando habría podido hacerlo

sin ofenderlo, lo eludí. En la Universidad todos lo conocían por el apodo que le di de *viejo Silva mandadinerero*. Fue necesaria la enfermedad para unirme a él, la enfermedad que fue en seguida la muerte, por lo breve que fue y porque el médico lo deshaució al instante. Cuando estaba en Trieste, nos veíamos, un día con otro, una hora como máximo. Nunca estuvimos tan juntos y por tanto tiempo como cuando lloraba a su lado. ¡Ojalá lo hubiera asistido mejor y llorado menos! Habría estado menos enfermo. Era difícil encontrarnos juntos, además, porque entre él y yo, intelectualmente, no había nada en común. Al mirarnos, a los dos se nos dibujaba la misma sonrisa de compasión, que en su caso volvía más agria su viva ansiedad paterna por mi porvenir; en mí, en cambio, llena de indulgencia, por mi convencimiento de que sus debilidades ya no tenían consecuencias, hasta el punto de que yo las atribuía en parte a la edad. El fue el primero en desconfiar de mi energía y, en mi opinión, demasiado pronto. Sin embargo, sospecho que, aun sin apoyo de una convicción científica, desconfiaba de mí también porque él me había engendrado, lo que contribuía —y eso con confianza científica inmovible— a aumentar mi desconfianza respecto a él.

No obstante, tenía fama de comerciante hábil, pero yo sabía que desde hacía muchos años era Olivi quien dirigía sus asuntos. En lo único en que nos parecíamos era en la incapacidad para los negocios; puedo decir que, de los dos, yo representaba la fuerza y él la debilidad. Lo que ya he consignado en estos cuadernos prueba que en mí hay y ha habido siempre —tal vez sea mi mayor desgracia— un ansia de superación. No hay otro modo de definir mis sueños de equilibrio y de fuerza. Mi padre no conocía nada de eso. Vivía perfectamente de acuerdo con la formación que había recibido y debo creer que nunca hizo esfuerzos para mejorar. Pasaba el día entero fumando y, tras la muerte de mamá, cuando no dormía, la noche también. También bebía discretamente: como un *gentleman*, por la noche, en la cena, para estar seguro de conciliar el sueño nada más reclinar la cabeza sobre la almohada. Pero, según él, el tabaco y el alcohol eran muy saludables.

En lo relativo a las mujeres, por los parientes supe que mi madre había tenido motivos para sentirse celosa. Es más: parece que, a pesar de su carácter bondadoso, había tenido que intervenir a veces con violencias para mantener a raya a su marido. Él se dejaba guiar por ella, a quien amaba y respetaba, pero, al parecer, mi madre no consiguió nunca obtener de él la confesión de una traición, por lo que murió convencida de haberse equivocado. Y, sin embargo, mis queridos parientes cuentan que encontró a su marido casi en flagrante delito con su modista. Él se excusó con un ataque de distracción y con tanta constancia, que logró convencerla. La única consecuencia fue que mi madre no volvió nunca a aquella modista y tampoco mi padre. Yo en su caso, creo que habría acabado confesando, pero después no habría podido dejar a la modista, pues donde me detengo echo raíces.

Mi padre sabía defender su tranquilidad como un auténtico *pater familiae*. La tenía en su casa y en su ánimo. Sólo leía libros insulsos y morales. No por hipocresía, sino por convicción: creo que sentía vivamente la verdad de esas prédicas morales y que le tranquilizaba la conciencia su sincera adhesión a la virtud. Ahora que envejezco y me acerco al tipo «patriarca», también yo siento que una inmoralidad predicada es más punible que una acción inmoral. Se llega al asesinato por amor o por odio; a la propaganda del asesinato, sólo por maldad.

Teníamos tan poco en común entre nosotros, que, según me confesó, una de las personas que más lo inquietaban de este mundo era yo. Mi deseo de salud me había impulsado a estudiar el cuerpo humano. En cambio, él había sabido eliminar de su recuerdo la menor idea relativa a esa máquina espantosa. Según él, el corazón no latía y no había necesidad de recordar válvulas, venas ni metabolismo para explicar cómo vivía su organismo. Nada de movimiento, porque la experiencia enseñaba que lo que se movía acababa deteniéndose. Hasta la tierra era inmóvil para él y estaba sólidamente fijada a sus cimientos. Por supuesto, nunca lo dijo, pero sufría si se le decía algo que no concordara con esa concepción. Un día que le estaba hablando de los antípodas me interrumpió enojado. La idea de esa gente con la cabeza hacia abajo le revolvía el estómago.

Me reprochaba dos cosas más: mi distracción y mi tendencia a reír de las cosas más serias. En materia de distracción, difería de mí porque anotaba en una libreta todo lo que quería recordar y la repasaba varias veces al día. Creía haber vencido así su enfermedad y ya no padecía por ella. Me impuso también a mí el remedio de la libreta, pero sólo registré en ella algún último cigarrillo.

En cuanto a mi desprecio por las cosas serias, creo que él tenía el defecto de considerar serias demasiadas cosas de este mundo. Veamos un ejemplo: cuando, tras haber pasado de los estudios de derecho a los de química, volví con su permiso a los primeros, me dijo bondadoso:

—Ahora bien, lo que queda claro es que estás loco.

Yo no me ofendí y le agradecí tanto su desconfianza, que quise premiarlo haciéndole reír. Fui a ver al doctor Canestrini para que me examinara y me diese un certificado. No fue fácil porque, para ello, tuve que someterme a muchos largos reconocimientos. Cuando conseguí el certificado, se lo llevé triunfal a mi padre, pero no le hizo gracia. En tono apesadumbrado y con lágrimas en los ojos, exclamó:

—¡Ah! ¡La verdad es que estás loco!

Y éste fue el premio por mi fatigosa e inofensiva comedia. Nunca me la perdonó y por eso nunca se rió con ella. ¿Ir a visitarse a un reconocimiento médico por broma? ¿Pedir la extensión de un certificado acompañado de pólizas? ¡Cosas de locos!

En resumen, a su lado yo representaba la fuerza y a veces pienso que sentí la desaparición de esa debilidad que me elevaba, como un empobrecimiento.

Recuerdo que su debilidad quedó demostrada cuando ese canalla de Olivi lo indujo a hacer testamento. A Olivi le urgía dicho testamento, que iba a colocar mis asuntos bajo su tutela y, según parece, el viejo no descansó durante mucho tiempo hasta que lo indujo a emprender tan penosa tarea. Por fin, mi padre se decidió, pero su ancha cara serena se ensombreció. Pensaba de continuo en la muerte, como si con ese acto hubiera tenido un contacto con ella.

Una noche me preguntó:

—¿Crees tú que con la muerte todo se acaba?

Yo pienso todos los días en el misterio de la muerte, pero aún no estaba en condiciones de darle las informaciones que pedía. Para darle satisfacción, fingí la fe más risueña en nuestro futuro.

—Yo creo que sobrevive el placer, porque ya no es necesario. La disolución podría recordar al placer sexual. Desde luego, irá acompañada de la sensación de felicidad y del descanso, dado que la recomposición es tan fatigosa. ¡La disolución debería ser el premio de la vida!

Metí la pata hasta dentro.

Me llevé un buen chasco. Estábamos aún en la mesa, tras la cena. Sin responder, se levantó de la silla, vació su vaso y dijo:

—No es éste el momento de filosofar, ¡sobre todo contigo!

Y salió. Lo seguí displicente y pensé en quedarme con él para distraerlo de pensamientos tristes. Me alejé diciendo que le recordaba la muerte y sus placeres.

No podía olvidar el testamento hasta no habérmelo comunicado. Se acordaba de él cada vez que me veía. Una noche explotó:

—Debo decirte que he hecho testamento.

Para distraerlo de su pesadilla, vencí al instante la sorpresa que me produjo su comunicación y le dije:

—Yo no tendré nunca esa preocupación, porque... ¡espero que todos mis herederos mueran antes que yo!

Mi risa ante una cosa tan seria lo inquietó al instante y volvió a sentir el deseo de castigarme. Así le resultó fácil contarme la mala pasada que me había hecho al ponerme bajo tutela de Olivi.

Debo decirlo: me porté muy bien; renuncié a poner objeción alguna, con tal de librarlo de ese pensamiento, que le hacía sufrir. Declaré que, fuera cual fuese su última voluntad, la aceptaría.

—Tal vez —añadí— sepa comportarme de un modo que te induzca a cambiar tu última voluntad.

Eso le gustó, porque, además, veía que yo le atribuía una vida larga, mejor dicho, larguísima. No, obstante, quiso que le jurara incluso que, si él no disponía otra

cosa, yo no intentaría nunca reducir las atribuciones de Olivi. Lo juré, en vista de que no quiso contentarse con mi palabra de honor. Fui tan bueno entonces, que, cuando me tortura el remordimiento de no haberlo amado bastante antes de que muriera, siempre vuelvo a evocar esa escena. Para ser sincero, debo decir que la resignación ante sus disposiciones me resultó fácil porque en aquella época la idea de verme obligado a no trabajar no me desagradaba.

Un año, más o menos, antes de su muerte, supe intervenir por una vez con bastante energía en favor de su salud. Me había confiado que no se encontraba bien y yo lo obligué a ir a un médico, a cuya consulta lo acompañé incluso. Le recetó unas medicinas y nos dijo que volviéramos a verlo unas semanas después. Pero mi padre no quiso hacerlo: declaró que odiaba a los médicos tanto como a los sepultureros y ni siquiera tomó las medicinas prescritas, porque también éstas le recordaban a los médicos y los sepultureros. Estuvo un par de horas sin fumar y dejó de beber vino en una sola comida. Se sintió muy bien, cuando pudo librarse de la cura, y yo, al verlo más alegre, no volví a pensar en ello.

Después lo vi a veces triste. Pero me habría asombrado verlo alegre, estando como estaba viejo y solo.

Una noche de fines de marzo llegué a casa un poco más tarde que de costumbre. No había pasado nada: había caído en manos de un amigo docto que había querido confiarme algunas ideas suyas sobre los orígenes del cristianismo. Era la primera vez que me hacían pensar en esos orígenes, y, sin embargo, resistí la larga conferencia para complacer a mi amigo. Lloviznaba y hacía frío. Todo estaba desagradable y sombrío, incluidos los griegos y los hebreos de que hablaba mi amigo, pero resistí aquel sufrimiento por dos buenas horas. ¡Mi debilidad habitual! Apuesto a que aún hoy soy tan incapaz de resistencia, que si alguien se lo propusiera en serio, podría inducirme a estudiar astronomía por un tiempo.

Entré en el jardín que rodea nuestra villa. Se llegaba a ella por una corta calzada. Maria, nuestra camarera, me esperaba a la ventana y, al oír que me acercaba, gritó en la obscuridad:

—¿Es usted, señor Zeno?

Maria era una de esas criadas que ya no se encuentran. Hacía unos quince años que trabajaba con nosotros. Ingresaba cada mes en la Caja de Ahorros una parte de su paga para su vejez, ahorros que, sin embargo, no le sirvieron porque murió en nuestra casa, sin dejar de trabajar, poco después de mi matrimonio.

Me contó que mi padre había vuelto a casa hacía unas horas, pero que no había querido cenar hasta que yo llegara. Cuando ella había insistido para que cenara, la había mandado con viento fresco. Después había preguntado por mí varias veces, inquieto y ansioso. Maria me dio a entender que pensaba que mi padre no se encontraba bien. Le atribuía dificultad de palabra y respiración entrecortada. Debo

decir que, por encontrarse siempre sola con él, con frecuencia se le metía en la cabeza la idea de que estaba enfermo. Tenía pocas cosas que observar, la pobre mujer, en la casa solitaria y —tras la experiencia que había tenido con mi madre— esperaba ver morir a todos antes que ella.

Corrí al comedor con cierta curiosidad y aún no preocupado. Mi padre se levantó al instante del sofá en que estaba tumbado y me recibió con gran alegría, que no pudo conmoverme porque me pareció ver en ella ante todo una expresión de reproche. Pero de momento bastó para tranquilizarme porque la alegría me pareció señal de salud.

No descubrí rastro alguno de ese balbuceo y respiración entrecortada de que había hablado Maria. Pero, en lugar de hacerme reproches, se excusó por haberse mostrado testarudo.

—¿Qué quieres? —me dijo bondadoso—. Estamos los dos solos en este mundo y quería verte antes de acostarme.

¡Ojalá me hubiera comportado con sencillez y hubiese estrechado entre los brazos a mi querido papá que por enfermedad se había vuelto tan afable y afectuoso! En cambio, me puse a hacer un diagnóstico frío: ¿tanto se había ablandado el viejo Silva? ¿Estaría enfermo? Lo miré con desconfianza y no se me ocurrió otra cosa mejor que hacerle un reproche:

—Pero, ¿por qué has esperado hasta ahora para cenar? Podías cenar, ¡y después esperarme!

Se rió como un joven:

—Se come mejor acompañado.

Esa alegría podía ser también señal de buen apetito: me tranquilicé y me puse a cenar. Con sus zapatillas de andar por casa y paso inseguro, se acercó a la mesa y ocupó su sitio habitual. Después se puso a mirarme comer; en cambio, él, tras un par de cucharadas escasas, no comió nada más e incluso apartó de sí el plato, que le repugnaba. Pero en su anciano rostro seguía dibujada la sonrisa. Sólo recuerdo, como si se tratara de algo ocurrido ayer, que un par de veces que lo miré a los ojos apartó su mirada de la mía. Se dice que eso es señal de falsedad, pero ahora yo sé que es señal de enfermedad. El animal enfermo no deja mirar en los agujeros por los que podría percibirse la enfermedad, la debilidad.

Seguía esperando que le contase cómo había empleado las largas horas en que me había esperado. Y, al ver que le interesaba tanto, dejé de comer por un instante y le dije, muy seco, que había estado hablando a esas horas de los orígenes del cristianismo.

Me miró dubitativo y perplejo.

—¿También tú piensas ahora en la religión?

Era evidente que le habría dado un gran consuelo, si hubiera aceptado pensar en ella con él. En cambio, yo, que mientras mi padre estaba vivo me sentía combativo

(y después ya no), respondí con una de esas frases habituales que se oyen todos los días en los cafés situados cerca de la Universidad:

—Para mí la religión no es sino un fenómeno cualquiera que hay que estudiar.

—¿Fenómeno? —dijo, desconcertado. Buscó una respuesta rápida y abrió la boca para darla. Después vaciló y miró el segundo plato, que justo entonces le ofreció Maria y que no tocó. Después, para mejor taparse la boca, se metió en ella un trozo de puro que encendió y dejó apagarse al instante. Se había concedido así una pausa para reflexionar tranquilo. Por un instante me miró decidido:

—¿No pretenderás reírte de la religión?

Yo, como el perfecto estudiante gandul que siempre he sido, respondí con la boca llena:

—¿De reír, nada! ¡Yo estudio!

Se calló y miró largo rato el trozo de puro que había dejado sobre un plato. Ahora comprendo poiqué me había dicho eso. Ahora comprendo todo lo que pasó por aquella mente ya nublada, y me sorprende no haber comprendido nada. Creo que entonces faltaba en mi ánimo el afecto que hace entender tantas cosas. ¡Después me fue tan fácil! El eludía afrontar mi escepticismo: una lucha demasiado difícil en aquel momento; pero creía poder atacarlo suavemente de flanco, como correspondía a un enfermo. Recuerdo que, cuando habló tenía la respiración entrecortada y balbuceaba. Es muy fatigoso prepararse para un combate. Pero pensaba que no se resignaría a acostarse sin poner los puntos sobre las íes y me preparé para una discusión que luego no se produjo.

—Yo —dijo, sin dejar de mirar su trozo de puro, ya apagado, siento que mi experiencia y mi conocimiento de la vida son grandes. No se viven en vano tantos años. Sé muchas cosas y, por desgracia, no sé enseñártelas todas como me gustaría. ¡Oh, cuánto me gustaría! Veo dentro de las cosas, y hasta veo lo que es justo y también lo que no lo es.

No era posible la discusión. Poco convencido y sin dejar de comer, farfullé:

—Sí, papá.

No quise ofenderlo.

—Lástima que hayas venido tan tarde. Antes estaba menos cansado y habría podido decirte muchas cosas.

Pensé que quería fastidiarme por haber llegado tarde y le propuse dejar esa discusión para el día siguiente.

—No es una discusión —respondió ido—, sino algo muy distinto. Algo que no se puede discutir y que sabrás tú también cuando te lo haya dicho. Pero, ¡es difícil decirlo!

Entonces me asaltó una duda:

—¿No te encuentras bien?

—No puedo decir que me encuentre mal, pero estoy muy cansado y me voy a ir a dormir en seguida.

Tocó la campanilla y al mismo tiempo llamó a Maria. Cuando ésta llegó, él le preguntó si todo estaba listo en su habitación. Luego se puso en marcha al instante arrastrando las zapatillas. Al llegar junto a mí, inclinó la cabeza para ofrecer la mejilla a mi beso de todas las noches.

Al verlo moverse tan inseguro, sospeché de nuevo que se encontraba mal y se lo pregunté. Repetimos los dos varias veces las mismas palabras y me confirmó que estaba cansado, pero no enfermo. Después añadió:

—Ahora voy a pensar en las palabras que te diré mañana. Verás cómo te convencerán.

—Papá —dije, conmovido—, te escucharé con gusto.

Al verme tan dispuesto a someterme a su experiencia, vaciló a la hora de dejarme: ¡había que aprovechar un momento tan favorable! Se pasó la mano por la frente, se sentó en la silla sobre la que se había apoyado para presentarme la mejilla al beso. Jadeaba ligeramente.

—¡Es curioso! —dijo—. No sé qué decirte, la verdad.

Miró a su alrededor como si buscara fuera lo que no lograba aferrar en su interior.

—Y, sin embargo, sé tantas cosas; mejor dicho, sé todas las cosas. Debe de ser resultado de mi propia experiencia.

No sufría tanto por no saber expresarse, ya que sonrió ante su propia fuerza, su propia grandeza.

No sé por qué no llamé al doctor al instante. En cambio —debo confesarlo con dolor y remordimiento—, consideré las palabras de mi padre dictadas por una presunción que creía haber comprobado varias veces en él. Sin embargo, no podía escapárseme la evidencia de su debilidad y sólo por eso no discutí. Me agradaba verlo feliz con su ilusión de ser tan fuerte, cuando, en realidad, era débilísimo. Además, me halagaba el afecto que me demostraba al manifestar el deseo de transmitirme la ciencia que creía poseer, aun sabiendo que no podía aprender nada de él. Y para halagarlo y tranquilizarlo le conté que no debía esforzarse por dar en seguida con las palabras que no le salían, porque en aprietos semejantes los científicos dejaban las cosas demasiado complicadas en algún rincón del cerebro para que se simplificaran solas.

Él respondió:

—Lo que yo busco no tiene nada de complicado. Al contrario, se trata de encontrar una palabra, una sola, ¡y la encontraré! Pero esta noche, no, porque voy a dormir de un tirón, sin pensar en nada.

Sin embargo, no se levantó de la silla. Vacilando y mirándome fijo a la cara por un instante, me dijo:

—Temo que no sabré decirte lo que pienso, sólo porque tú tienes la costumbre de reírte de todo.

Me sonrió como si quisiera rogarme que no me ofendiese por sus palabras, se levantó de la silla y me ofreció por segunda vez la mejilla. Yo renuncié a discutir y a convencerlo de que en este mundo había muchas cosas de las que se podía y debía reír y quise tranquilizarlo con un fuerte abrazo. Tal vez mi gesto fuera demasiado torpe, porque se separó de mí con mayor jadeo que antes, pero, desde luego, entendió mi afecto, porque me saludó amistoso con la mano.

—¡Me voy a la cama! —dijo, alegre, y salió seguido de María.

Y, al quedarme solo (¡cosa también extraña!), no pensé en la salud de mi padre, sino que, conmovido y —puedo asegurarlo— con todo el respeto filial, deploré que una inteligencia así, que apuntaba a metas altas, no hubiera encontrado la posibilidad de un cultivo mejor. Hoy, al escribir estas líneas, próximo a la edad alcanzada por mi padre, sé con certeza que un hombre puede tener la sensación de poseer una inteligencia poderosísima, aunque ésta no dé otra señal de sí que esa intensa sensación. Ahí está: se respira profundo y se acepta y se admira toda la naturaleza como es y como, inmutable, se nos ofrece; con eso se manifiesta la misma inteligencia que quiso la Creación entera. En el caso de mi padre, no hay duda de que en el último instante lúcido de su vida su sensación de inteligencia fue consecuencia de una inspiración religiosa inesperada, hasta el punto de que se decidió a hablarme de ella porque, según le había contado yo, me había ocupado de los orígenes del Cristianismo. Sin embargo, ahora sé que esa sensación era el primer síntoma del edema cerebral.

María vino a quitar la mesa y a decirme que mi padre se había quedado dormido al instante. Así, que me fui yo también a dormir sin la menor preocupación. Fuera el viento soplabla y ululaba. Lo oía desde mi cálida cama como una nana que se fue alejando poco a poco de mí, porque me hundí en el sueño.

No sé por cuánto tiempo dormí. Me despertó María. Al parecer, había venido varias veces a mi habitación para llamarme y después se había ido corriendo. En mi profundo sueño experimenté primero una agitación, después vislumbré a la vieja que daba saltos por la habitación y por fin comprendí. Quería despertarme, pero, cuando lo consiguió, ya no se encontraba en mi habitación. El viento seguía cantándome la canción de cuna y, a decir verdad, debo confesar que fui a la habitación de mi padre malhumorado por haberme visto arrancado de mi sueño. Recordaba que María veía siempre a mi padre en peligro. ¡Pobre de ella si esa vez no estaba enfermo!

La habitación de mi padre era pequeña y tenía demasiados muebles. A la muerte de mi madre, para mejor olvidar, se había cambiado a un cuarto más pequeño y se había llevado consigo todos sus muebles. La habitación, iluminada débilmente por una llamita de gas colocada sobre la mesilla de noche, muy baja, estaba toda en

penumbra. María sostenía a mi padre, que yacía boca arriba, pero con parte del busto sobresaliendo de la cama. La luz cercana daba un tono rojizo a la cara de mi padre, cubierta de sudor. Tenía la cabeza apoyada en el fiel pecho de María. Aullaba de dolor y la boca estaba tan inerte, que la saliva le caía por la barbilla. Miraba inmóvil la pared de enfrente y no se volvió, cuando entré.

María me contó que había oído su lamento y había llegado a tiempo para impedirle caer de la cama. Antes —aseguraba— había estado más agitado, pero, si bien ahora le parecía relativamente tranquilo, no se habría arriesgado a dejarlo solo. Tal vez quisiera disculparse por haberme llamado, cuando yo ya había comprendido que había hecho bien en despertarme. Mientras me hablaba, lloraba, pero yo no la acompañé aún en el llanto e incluso le ordené guardar silencio y no aumentar con sus lamentos el espanto de ese instante. Yo aún no había comprendido todo. La pobre hizo todos los esfuerzos posibles para contener los sollozos.

Me acerqué al oído de mi padre y grité:

—¿Por qué te lamentas, papá? ¿Te encuentras mal?

Creo que oía, porque su gemido se volvió más débil y desvió la mirada de la pared de enfrente como si intentara verme; pero no llegó a dirigirla hacia mí. Varias veces le grité al oído la misma pregunta y siempre con el mismo resultado. Mi actitud viril desapareció al instante. Mi padre, en ese momento, estaba más cerca de la muerte que de mí, porque ya no percibía mi grito. Fui presa del espanto y recordé antes que nada todas las palabras que habíamos cambiado la noche anterior. Pocas horas después se había puesto en camino para ver quién de los dos tenía razón. ¡Qué curioso! Mi dolor iba acompañado del remordimiento. Oculté la cabeza en la propia almohada de mi padre y lloré desesperado, lanzando los sollozos que poco antes había reprochado a María.

Ahora le tocaba a ella calmarme, pero lo hizo de modo extraño. Me exhortaba a la calma, pero hablando de mi padre, que aún gemía con los ojos demasiado abiertos incluso, como de un hombre muerto.

—¡Pobrecito! —decía—. ¡Morir así! Con esa poblada y hermosa cabellera. La acariciaba. Era cierto. La cabeza de mi padre estaba coronada por una cabellera poblada y ensortijada, mientras que a mí, con treinta años, ya me quedaban pocos cabellos.

No recordé que en este mundo existían los médicos y que, según se supone, a veces traen la salvación. Yo había visto ya la muerte en ese rostro alterado por el dolor y había perdido las esperanzas. Fue María la primera en hablar del médico y después fue a despertar al jardinero para enviarlo a la ciudad.

Me quedé solo sosteniendo a mi padre durante unos diez minutos que me parecieron una eternidad. Recuerdo que procuré comunicar a mis manos, que

tocaban aquel cuerpo torturado, toda la dulzura que había invadido mi corazón. Las palabras no podía oírlas. ¿Cómo podía darle a entender que lo amaba tanto?

Cuando llegó el jardinero, me dirigí a mi habitación para escribir una nota y me resultó difícil redactar esas cuatro letras que debían dar al doctor una idea del caso para que pudiera traer consigo algunos medicamentos. No dejaba de ver delante de mí la muerte segura e inminente de mi padre y me preguntaba: «¿Qué voy a hacer yo ahora en este mundo?»

Después siguieron largas horas de espera. Recuerdo con bastante exactitud aquellas horas. Después de la primera ya no fue necesario sostener a mi padre, que yacía sin sentido en la cama. Su gemido había cesado, su insensibilidad era absoluta. Respiraba con una rapidez que yo, casi inconscientemente, imitaba. No podía respirar largo tiempo a ese ritmo y me concedía descansos con la esperanza de arrastrar al enfermo conmigo al reposo. Pero él corría incansable. En vano intentamos hacerle tomar una cucharada de té. Su inconsciencia disminuía cuando se trataba de defenderse de nuestra intervención. Cerraba los dientes, decidido. Aun inconsciente, seguía acompañado de su indomable obstinación. Mucho antes del alba, su respiración cambió de ritmo. Se agrupó en períodos iniciados con algunas respiraciones lentas, que habrían parecido las de un hombre sano, a las cuales seguían otras rápidas, que se detenían en una pausa larga, espantosa, que a Maria y a mí nos parecía el anuncio de la muerte. Pero el período se reanudaba siempre casi igual, un período musical de una tristeza infinita, carente de color. Esa respiración que no fue siempre igual, pero siempre ruidosa, se convirtió en parte de aquella habitación. Desde entonces, ¡siguió en ella durante mucho tiempo!

Pasé algunas horas echado en un sofá, mientras Maria se quedaba sentada junto a la cama. En ese sofá derramé mis lágrimas más ardientes. El llanto empaña nuestras culpas y permite acusar, sin objeciones, al destino. Lloraba porque perdía el padre para el cual había vivido siempre. Poco importaba que le hubiera hecho poca compañía. ¿Acaso no había hecho mis esfuerzos para mejorar con el fin de darle satisfacción a él? El éxito que anhelaba debía ser mi motivo de orgullo ante él, que siempre había dudado de mí, pero también su consuelo. Y, en cambio, ahora ya no podía esperarme y se iba convencido de mi incurable debilidad sin remedio. Mis lágrimas eran amarguísimas.

Al escribir, o, mejor dicho, al grabar sobre el papel tales recuerdos dolorosos, descubro que la imagen que me obsesionó al primer intento de ver en mi pasado, esa locomotora que arrastra una serie de vagones cuesta arriba, me vino por primera vez al escuchar desde aquel sofá la respiración de mi padre. Así van las locomotoras que arrastran pesos enormes: emiten bufidos regulares que después se aceleran y acaban en una pausa, amenazadora también, porque quien escucha puede temer ver la máquina y su tren precipitarse cuesta abajo. ¡Es la verdad! Mi

primer esfuerzo para recordar me había transportado a aquella noche, a los momentos más importantes de mi vida.

El doctor Coprosich llegó a la villa, cuando aún no había amanecido, acompañado de un enfermero que traía una caja de medicinas. Había tenido que venir a pie porque, a causa del violento huracán, no había encontrado un coche.

Lo recibí llorando y él me trató con gran dulzura, al tiempo que me animaba a tener esperanza. Y, sin embargo, debo decir que, después de aquel encuentro, pocos hombres hay en el mundo que me inspiren antipatía tan viva como el doctor Coprosich. Aún vive, decrepito y rodeado del aprecio de toda la ciudad. Aun ahora, cuando lo veo caminar tan debilitado e inseguro por las calles en busca de un poco de actividad y de aire, siento renacer en mí la aversión.

Entonces el doctor tendría poco más de cuarenta años. Se había dedicado intensamente a la medicina legal y, aunque era conocido su patriotismo italiano, las autoridades imperiales le encargaban los exámenes periciales más importantes. Era un hombre delgado y nervioso, de rostro insignificante prolongado por la calvicie, con lo que la frente parecía anchísima. Otro defecto le confería importancia: cuando se quitaba las gafas (y lo hacía siempre que quería meditar), sus ojos miopes miraban a un lado o por encima de su interlocutor y tenían el curioso aspecto de los ojos, carentes de color, de una estatua, amenazadores o, tal vez, irónicos. Entonces eran ojos desagradables. Si tenía que decir aunque fuera una sola palabra, volvía a colocarse las gafas sobre la nariz y, mira por dónde, sus ojos volvían a ser los de un buen burgués cualquiera que examina con cuidado las cosas de que habla.

Se sentó en la antecámara y descansó unos minutos. Me pidió que le contara exactamente lo que había ocurrido desde la primera alarma hasta su llegada. Se quitó las gafas y clavó sus extraños ojos en la pared que había detrás de mí.

Intenté ser exacto, lo que no fue fácil, dado el estado en que me encontraba. Recordaba también que el doctor Coprosich no toleraba que las personas que no sabían de medicina usaran términos médicos como si supiesen algo de esta materia. Y cuando llegué a hablar de la que me había parecido «respiración cerebral», se puso las gafas para decirme:

—Déjese de definiciones. Luego veremos de qué se trata.

También había hablado de la extraña conducta de mi padre, de su ansia de verme, de su prisa por acostarse. No le referí las palabras extrañas de mi padre: tal vez temiera verme obligado a decir algo sobre las respuestas que entonces le había dado. Sin embargo, le conté que papá no lograba expresarse con precisión y que parecía pensar intensamente en algo que le rondaba por la cabeza y que no conseguía formular. El doctor, con las gafas sobre la nariz y todo, exclamó triunfal:

—¡Sé lo que le rondaba por la cabeza!

Yo también lo sabía, pero no lo dije para no irritar al doctor Coprosich: eran los edemas.

Fuimos junto a la cama del enfermo. Con la ayuda del enfermero, dio vueltas y más vueltas a aquel pobre cuerpo, inerte durante un tiempo que me pareció larguísimo. Lo auscultó y lo exploró. Intentó que el paciente lo ayudara, pero fue en vano.

—¡Basta! —dije en determinado momento.

Se me acercó con las gafas en la mano mirando al suelo y, con un suspiro, me dijo:

—¡Tenga valor! Es un caso gravísimo.

Fuimos a mi habitación, donde se lavó hasta la cara.

Así, pues, estaba sin gafas y, cuando alzó la cabeza para secarla, parecía la cabecita de un amuleto hecha por manos inexpertas. Recordó habernos visto unos meses antes y expresó su asombro por que no hubiésemos vuelto a verlo. Más aún: creía que lo habíamos sustituido por otro médico; entonces había dejado bien claro que mi padre necesitaba un tratamiento. Cuando hacía reproches, así, sin gafas, era terrible. Había alzado la voz y quería explicaciones. Sus ojos las buscaban por todos lados.

Desde luego, tenía razón y yo merecía los improperios. Debo decir aquí que no es por esas palabras por las que odio al doctor Coprosich. Me disculpé contándole la aversión de mi padre hacia los médicos y las medicinas; hablaba llorando y el doctor, con generosa bondad, intentó calmarme diciéndome que, si hubiéramos recurrido a él, su ciencia habría podido como máximo retrasar la catástrofe que presenciábamos, pero no impedirla.

Pero, como siguió indagando sobre los precedentes de la enfermedad, tuvo nuevos motivos de reproche para mí. Quería saber si mi padre se había quejado en esos últimos meses de sus condiciones de salud, de su apetito y de su sueño. No supe decirle nada preciso; ni siquiera si mi padre había comido mucho o poco en aquella mesa en que nos sentábamos juntos cada día. La evidencia de mi culpa me aterró, pero el doctor no insistió en sus preguntas. Le conté que Maria lo veía siempre moribundo y que, por eso, me burlaba de ella.

Estaba limpiándose las orejas y mirando hacia arriba.

—Dentro de dos horas probablemente recupere la conciencia, al menos en parte —dijo.

—Entonces, ¿hay esperanza? —exclamé yo.

—¡Ninguna! —respondió con sequedad—. Pero las sanguijuelas no dejan de surtir efecto en un caso así. Seguro que recuperará un poco la conciencia, tal vez para enloquecer.

Se encogió de hombros y colocó en su sitio la toalla. Aquel encogimiento de hombros significaba un desdén por su propia obra y me animó a hablar. Yo era

presa del terror ante la idea de que mi padre pudiese recuperarse de su inconsciencia para verse morir, pero si no lo hubiera visto encogerse de hombros no habría tenido valor para decirlo.

—¡Doctor! —supliqué—. ¿No le parece que sería una mala acción hacerlo volver en sí?

Estallé en llanto. Mis nervios alterados seguían incitándome a llorar, pero me abandonaba al llanto sin resistencia para mostrar mis lágrimas y hacerme perdonar por el doctor el juicio que me había atrevido a dar de su obra.

Con gran bondad me dijo:

—Vamos, vamos, cálmese. La conciencia del enfermo no será en ningún momento tan clara como para hacerle comprender su estado. No es médico. Bastará con no decirle que está moribundo, y no lo sabrá. Ahora bien, puede ocurrir algo peor: podría enloquecer. Pero he traído conmigo la camisa de fuerza y el enfermero se quedará aquí.

Más espantado que nunca, le supliqué que no le aplicara las sanguijuelas. Entonces me contó, con toda calma, que el enfermero debía de habérselas aplicado ya porque se lo había ordenado antes de abandonar la habitación de mi padre. Entonces me enfurecí. ¿Podía haber una acción más perversa que la de hacer volver en sí a un enfermo, sin tener la menor esperanza de salvarlo, sino sólo la de exponerlo a la desesperación o al riesgo de tener que soportar —¡con aquel jadeo!— la camisa de fuerza? Con toda violencia, pero sin dejar de acompañar mis palabras con aquel llanto que solicitaba indulgencia, declaré que me parecía una crueldad inaudita no dejar morir en paz a quien estaba definitivamente condenado.

Yo odio a ese hombre porque entonces se enfureció conmigo. Eso es lo que nunca he podido perdonarle. Se agitó tanto, que olvidó ponerse las gafas y, sin embargo, descubrió el punto exacto en que se encontraba mi cabeza para clavar en ella sus terribles ojos. Según me dijo, le parecía que yo quería cortar hasta ese tenue hilo de esperanza que aún había. Me lo dijo exactamente así, despiadado.

El conflicto era inminente. Llorando y gritando, objeté que pocos minutos antes él mismo había excluido la menor esperanza de salvación para el enfermo. ¡Mi casa y quienes en ella vivían no debían servir para experimentos para los cuales había otros lugares en el mundo!

Con gran severidad y una calma que la volvía casi amenazadora, me respondió:

—Yo le he explicado el estado de la ciencia en ese instante. Pero, ¿quién es capaz de decir lo que puede ocurrir dentro de media hora o de aquí a mañana? Manteniendo con vida a su padre he dejado abierto el camino para todas las posibilidades.

Entonces se puso las gafas y, con su aspecto de empleado pedante, añadió otras explicaciones interminables sobre la importancia que podía tener la intervención

del médico en el destino económico de una familia. Media hora de vida más podía decidir el destino de un patrimonio.

Ahora yo lloraba también porque sentía compasión de mí mismo por tener que estar escuchando tales cosas en un momento así. Estaba agotado y dejé de discutir. Al fin y al cabo, ¡va le habían aplicado las sanguijuelas!

El médico es una autoridad cuando se encuentra junto a la cama de un enfermo y yo tuve toda clase de consideraciones con el doctor Coprosich. Hasta el punto de que no me atreví a proponer una consulta, cosa que me reproché por muchos años. Ahora hasta ese remordimiento ha muerto junto a todos mis demás sentimientos de que hablo aquí con la frialdad con que contaría acontecimientos sucedidos a un extraño. En mi corazón, de aquellos días no queda otro residuo que la antipatía por aquel médico que aún se obstina en vivir.

Después volvimos junto a la cama de mi padre. Lo encontramos dormido y tendido sobre el costado derecho. Le habían puesto un pañuelo sobre la sien para cubrir las heridas producidas por las sanguijuelas. El doctor quiso comprobar al instante si había aumentado su conciencia y le gritó a los oídos. El enfermo no reaccionó en absoluto.

—¡Mejor así! —dije con gran valor, pero sin dejar de llorar.

—¡El efecto no puede dejar de producirse! —respondió el doctor—. ¿No ve que la respiración ya se ha modificado?

En efecto, rápida y fatigada, la respiración ya no formaba esos períodos que me habían espantado.

El enfermero dijo algo al médico, quien asintió. Se trataba de probar al enfermo la camisa de fuerza. Sacaron ese instrumento de la maleta y alzaron a mi padre y lo obligaron a permanecer sentado. Entonces el enfermo abrió los ojos: estaban nublados, aún no se habían abierto a la luz. Yo seguí sollozando, temiendo que al instante miraran y viesan todo. En cambio, cuando la cabeza del enfermo volvió sobre la almohada, esos ojos se cerraron de nuevo, como los de ciertas muñecas.

El doctor exclamó triunfante:

—¡Cómo ha cambiado!

Sí: ¡había cambiado! Para mí no era sino una grave amenaza. Con fervor besé a mi padre en la frente y, para mis adentros, le deseé:

—¡Oh, duerme! ¡Duerme hasta llegar al sueño eterno!

Así es como deseé a mi padre la muerte, pero el doctor no lo adivinó, porque rae dijo bondadoso:

—¡También a usted le da gusto ahora verlo volver en sí!

Cuando el doctor se marchó, había despuntado el alba. Un alba oscura, vacilante. El viento, que aún soplaba a ráfagas, me pareció menos violento, aun cuando siguiera agitando la nieve helada.

Acompañé al doctor hasta el jardín. Exageraba los actos de cortesía para que no adivinara mi odio. Mi rostro sólo revelaba consideración y respeto. Sólo cuando lo vi alejarse por el sendero que conducía a la salida de la villa, me permití una mueca de disgusto que me alivió por el esfuerzo realizado. Pequeño y negro en medio de la nieve, se tambaleaba y se detenía, al levantarse una ráfaga, para mejor resistirla. No me bastó aquella mueca y sentí la necesidad de otros actos violentos, después de tanto esfuerzo. Caminé unos minutos por el sendero, en pleno frío, con la cabeza descubierta, pisando furioso la nieve. Ahora bien, no sé si tamaña ira iba dirigida al doctor o a mí mismo. Ante todo a mí mismo, a mí que había deseado la muerte de mi padre y que me había atrevido a decirlo. Mi silencio convertía ese deseo mío, inspirado en el más puro afecto filial, en un auténtico crimen que me pesaba horriblemente.

El enfermo seguía dormido. Sólo dijo dos palabras que yo no entendí, pero en el tono de conversación más tranquilo, cosa extrañísima porque interrumpió su respiración, que seguía tan rápida, tan lejana de la calma. ¿Se acercaba a la conciencia o a la desesperación?

Maria estaba ahora sentada junto a la cama y al lado del enfermero. Éste me inspiró confianza y sólo me desagradó su exagerada minuciosidad. Se opuso a la propuesta de Maria de hacer tomar al enfermo Una cucharada de caldo, que ella consideraba un buen fármaco. Pero el médico no había hablado de caldo y el enfermero quiso que esperáramos a su regreso para decidir una acción tan importante. Habló en tono más imperioso de lo que requería el caso. La pobre Maria no insistió y yo tampoco. Sin embargo, hice otra mueca de desagrado.

Me convencieron para que me acostase porque debía pasar la noche con el enfermero y asistir al enfermo, junto al cual bastaban dos personas; uno podía reposar en el sofá. Me acosté y me quedé dormido al instante, con pérdida de la conciencia completa y agradable y —estoy seguro— no interrumpida por asomo de sueño alguno.

En cambio, anoche, tras haber pasado parte de la jornada de ayer recogiendo estos recuerdos míos, tuve un sueño vivísimo, que, con enorme salto, me transportó a aquellos días. Volvía a verme con el doctor en la misma habitación donde habíamos discutido sobre las sanguijuelas y camisas de fuerza, en esa habitación que ahora tiene aspecto muy distinto porque es el dormitorio mío y de mi mujer. Yo enseñaba al doctor el modo de cuidar y curar a mi padre, mientras que él (no viejo y decrepito como ahora, sino fuerte y nervioso como era), con las gafas en la mano y los ojos desorientados, gritaba airado que no valía la pena hacer tantas cosas. Decía esto exactamente: «¡Las sanguijuelas lo devolverían a la vida y al dolor y no hay que aplicárselas!» En cambio, yo daba puñetazos sobre un libro de medicina y gritaba: «¡Las sanguijuelas! ¡Quiero las sanguijuelas! ¡Y también la camisa de fuerza!»

Al parecer, mi sueño fue ruidoso, pues mi mujer lo interrumpió despertándome. ¡Sombras lejanas! Yo creo que para veros hace falta un auxilio óptico y éste es el que os invierte.

Mi sueño tranquilo es el último recuerdo de aquella jornada. Después siguieron largos días en los que cada hora se parecía a las demás. El tiempo había mejorado; decían que había mejorado también el estado de mi padre. Se movía libremente por la habitación y había comenzado su carrera en busca de aire, de la cama a la tumbona. A través de las ventanas cerradas miraba unos instantes el jardín cubierto de nieve que deslumbraba al sol. Cada vez que entraba yo en aquella habitación estaba dispuesto a nublar aquella conciencia que Coprosich esperaba. Pero mi padre demostraba oír y entender mejor, si bien la conciencia seguía alejada.

Por desgracia, debo confesar que junto al lecho de muerte de mi padre albergué un gran rencor, que, cosa extraña, se unió a mi dolor y lo falsificó. Dicho rencor iba dirigido antes que nada a Coprosich y aumentaba con mi esfuerzo por ocultarlo. También hacia mí, que no sabía reanudar la discusión con el doctor para decirle con claridad que me importaba, un camino su ciencia y que deseaba a mi padre la muerte, con tal de que se librara del dolor.

Hasta por el enfermo acabé sintiendo rencor. Quien haya estado durante días y semanas junto a un enfermo inquieto y sin poder hacer de enfermero y, por tanto, espectador pasivo de todo lo que los demás le hacen, me entenderá. Además, yo habría necesitado un gran descanso para aclararme el ánimo e incluso regular y tal vez saborear mi dolor por mi padre y por mí. En cambio, tenía que luchar para hacerle tomar la medicina y ahora para impedirle salir de la habitación. La lucha produce siempre rencor.

Una noche, Carlo, el enfermero, me llamó para que viera un nuevo progreso en mi padre. Corrí con el corazón en un puño ante la idea de que el viejo pudiera darse cuenta de su enfermedad y reprochármela.

Mi padre estaba en medio de la habitación de pie, vestido sólo con la ropa interior y en la cabeza el gorrito de noche de seda roja. Aunque seguía jadeando mucho, de vez en cuando decía alguna palabra con sentido. Cuando entré, dijo a Carlo:

—¡Abre!

Quería que abriera la ventana. Carlo respondió que no podía hacerlo por el mucho frío que hacía. Y mi padre olvidó por un rato su petición. Fue a sentarse en una tumbona junto a la ventana y se estiró en ella en busca de alivio. Cuando me vio, sonrió y me preguntó:

—¿Has dormido?

No creo que percibiese mi respuesta. No era ésa la conciencia que yo había temido tanto. Cuando alguien está muriendo, tiene otras cosas que hacer que pensar en la muerte. Todo su organismo estaba dedicado a respirar. Y, en lugar de escucharme, gritó de nuevo a Carlo:

—¡Abre!

No encontraba reposo. Dejaba la tumbona para ponerse de pie. Después, con gran fatiga y la ayuda del enfermero, se acostaba en la cama echándose primero por un instante sobre el costado izquierdo y un instante después sobre el derecho, sobre el que podía resistir unos minutos. Invocaba de nuevo la ayuda del enfermero para volverse a poner de pie y acababa volviendo a la tumbona donde a veces se quedaba por un poco más de tiempo.

Ése día, al pasar de la cama a la tumbona, se detuvo ante el espejo, se miró y murmuró:

—¡Parezco un mexicano!

Creo que para romper la horrenda monotonía de aquella carrera de la cama a la tumbona intentó ese día fumar. Llegó a llenar la boca con una sola calada, que al instante expulsó jadeando.

Carlo me había llamado para que presenciara un instante de conciencia clara en el enfermo.

—Así, ¿que estoy gravemente enfermo? —había preguntado con angustia. Conciencia tan lúcida no volvió a presentarse. En cambio, poco después tuvo un momento de delirio. Se levantó de la cama y creyó haberse despertado tras una noche de sueño en un hotel de Viena. Debió de soñar con Viena por el deseo de frescura en su boca ardiente, recordando el agua buena y helada que hay en esa ciudad. En seguida habló del agua buena que le esperaba en la próxima fuente.

Por lo demás, era un enfermo inquieto, pero dócil. Yo seguía teniendo miedo a verlo exasperarse, cuando hubiera comprendido su situación, y, por eso, su docilidad no llegaba a atenuar mi enorme fatiga, pero él aceptaba obediente cualquier propuesta que se le hiciera porque de todas esperaba poder verse salvado de su jadeo. El enfermero se ofreció a ir a buscarle un vaso de leche y él aceptó con auténtica alegría. Con la misma ansiedad con que esperó esa leche, quiso librarse de ella tras haber bebido un sorbito y, como no se vio complacido al instante, dejó caer el vaso al suelo.

El doctor no se dejaba engañar por el estado en que encontraba al enfermo. Cada día comprobaba una mejoría, pero veía inminente la catástrofe. Un día vino en coche y tuvo prisa por marcharse. Me recomendó convencer al enfermo para que se quedara acostado el mayor tiempo posible porque la posición horizontal era la mejor para la circulación. Se lo recomendó también a mi padre, quien entendió y, con aspecto inteligentísimo, lo prometió, si bien se quedó de pie en medio de la habitación y en seguida volvió a su distracción o, mejor, a lo que yo llamaba la meditación de su jadeo.

Durante la noche siguiente, tuve por última vez el terror de ver resurgir esa conciencia que tanto temía. Se había sentado en la tumbona junto a la ventana y, a través de los cristales, miraba en la noche clara el cielo todo estrellado. Su

respiración seguía jadeante, pero no parecía que sufriese, absorto como estaba mirando hacia arriba. Tal vez a causa de la respiración, parecía que la cabeza hiciera señales de asentimiento.

Pensé con espanto: «Mira por dónde, se ocupa de los problemas que siempre evitó.» Intenté descubrir el punto exacto del cielo en que tenía clavada la vista. Miraba, erguido, con el esfuerzo de quien espía a través de un agujero situado demasiado arriba. Me pareció que miraba las Pléyades. Tal vez en toda su vida no hubiera mirado durante tanto tiempo y a un punto tan lejano. De improviso, se volvió hacia mí, sin dejar de permanecer erguido.

—¡Mira! ¡Mira! —me dijo con severo aspecto de amonestación. Volvió a clavar la vista en el cielo y después se volvió de nuevo hacia mí—: ¿Has visto? ¿Has visto?

Intentó mirar de nuevo a las estrellas, pero no pudo: se abandonó exhausto sobre el respaldo de la tumbona y cuando yo le pregunté qué había querido mostrarme, no me entendió ni recordó haber visto ni haber querido que yo viera. La palabra que tanto había buscado para comunicármela se le había escapado para siempre.

La noche fue larga pero, debo confesarlo, no especialmente fatigosa para mí y el enfermero. Dejábamos hacer al enfermo lo que quisiera y él caminaba por la habitación con su extraño traje, totalmente inconsciente de esperar a la muerte. Una vez intentó salir al pasillo, donde hacía tanto frío. Yo se lo impedí y me obedeció al instante. En cambio, otra vez, el enfermero, que había oído la recomendación del médico, quiso impedirle que se levantara de la cama, pero entonces mi padre se rebeló. Salió de su estupor, se levantó llorando y renegando y yo conseguí que le dejaran en libertad para moverse como quería. Se calmó al instante y volvió a su vida silenciosa y a su inútil carrera en busca de alivio.

Cuando volvió el médico, se dejó examinar e intentó incluso respirar hondo, como le pedían. Después se volvió hacia mí:

—¿Qué dice?

Me abandonó por un momento, pero en seguida volvió a dirigirse a mí:

—¿Cuándo voy a poder salir?

El doctor, alentado por tamaña docilidad, me exhortó a decirle que se esforzase por permanecer más tiempo en la cama. Mi padre escuchaba sólo las voces a que estaba más habituado: la mía, la de María y la del enfermero. Yo no creía en la eficacia de esas recomendaciones, pero, aun así, lo hice poniendo tono de amenaza en la voz.

—Sí, sí —prometió mi padre, y en ese mismo instante se levantó y se fue a la tumbona.

El médico lo miró y, resignado, murmuró:

—Se ve que un cambio de posición le da un poco de alivio.

Poco después me encontraba en la cama, pero no pude pegar ojo. Miraba al porvenir intentando averiguar por qué y para quién podría continuar mis esfuerzos

por mejorar. Lloré mucho, pero más por mí que por el desventurado que corría sin paz por su habitación.

Cuando me levanté, María fue a acostarse y yo me quedé a la cabecera de mi padre junto al enfermero. Me encontraba abatido y cansado; mi padre estaba más inquieto que nunca.

Entonces fue cuando se produjo la terrible escena que no olvidaré nunca y que empañó con su sombra mi valor, toda mi alegría. Para olvidar el dolor, fue necesario que mis sentimientos se debilitaran con los años.

El enfermero me dijo:

—Sería conveniente conseguir mantenerlo en la cama. ¡El doctor lo considera tan importante!

Hasta ese momento, yo había permanecido tumbado en el sofá. Me levanté y me acerqué a la cama donde, en ese momento, jadeando más que nunca, el enfermo se había acostado. Estaba decidido: iba a obligar a mi padre a permanecer media hora al menos en el reposo deseado por el médico. ¿Acaso no era ése mi deber?

Al instante mi padre intentó deslizarse hacia el borde de la cama para librarse de mi presión y levantarse. Con mano vigorosa apoyada en su hombro, se lo impedí mientras en voz alta e imperiosa le ordenaba no moverse. Por un instante, aterrorizado, obedeció. Después exclamó:

—¡Me muero!

Y se irguió. A mi vez, espantado al instante por su grito, aflojé la presión de mi mano. Por eso, pudo sentarse en el borde de la cama justo enfrente de mí. Pienso que entonces su ira aumentó al encontrarse —si bien sólo por un momento— impedido en sus movimientos y, desde luego, le pareció que yo le privaba del aire que tanto necesitaba, igual que le quitaba la luz por estar de pie delante de él, que estaba sentado. Con un esfuerzo supremo consiguió ponerse de pie, levantó la mano muy en alto, como si supiera que no podía comunicarle otra fuerza que la de su peso, y la dejó caer sobre mi mejilla. Después se derrumbó sobre la cama y de ella cayó al suelo. ¡Muerto!

Yo no sabía que estaba muerto, pero el corazón se me contrajo por el dolor del castigo que él, moribundo, había querido infligirme. Con la ayuda de Carlo, lo levanté y lo volví a colocar sobre la cama. Llorando, igual que un niño castigado, le grité al oído:

—¡No es culpa mía! ¡Fue ese maldito doctor que quería obligarte a estar tumbado! Era una mentira. Después, también como un niño, añadí la promesa de no hacerlo más:

—Te dejaré moverte como quieras.

El enfermero dijo:

—Está muerto.

Tuvieron que alejarme a la fuerza de aquella habitación ¡Había muerto y yo no podía demostrarle mi inocencia!

En la soledad intenté serenarme. Razonaba: había que excluir la posibilidad de que mi padre, que no había recuperado la conciencia en ningún momento, hubiera podido decidir castigarme y dirigir la mano con tanta exactitud como para golpearme en la mejilla.

¿Cómo habría podido tener la certeza de que mi razonamiento era exacto? Pensé incluso en dirigirme a Coprosich. Él, como médico que era, habría podido decirme algo sobre la capacidad de un moribundo para decidir y actuar. ¡Hasta podía haber sido víctima de un acto provocado por un intento de facilitarse la respiración! Pero no hablé con el doctor Coprosich. Era imposible ir a revelar cómo se había despedido mi padre de mí. ¡A él, que ya me había acusado de haber carecido de afecto por mi padre!

Otro grave golpe fue para mí oír a Carlo, el enfermero, contar por la noche, en la cocina, a María:

—El último acto del padre fue levantar muy en alto la mano y abofetear a su hijo.

Si Carlo lo sabía, Coprosich iba a saberlo también.

Cuando me dirigí a la habitación mortuoria, descubrí que habían vestido al cadáver. El enfermero debía de haberle peinado también la hermosa cabellera blanca. La muerte había ya vuelto rígido aquel cuerpo, que yacía soberbio y amenazante. Sus grandes manos, potentes, bien formadas, estaban lívidas, pero yacían con tal naturalidad, que parecían listas para agarrar y castigar. No quise, no pude, volver a verlo.

Después, en el entierro, conseguí recordar a mi padre débil y bueno, como lo había conocido siempre en mi infancia, y me convencí de que aquella bofetada que me había dado moribundo había sido involuntaria. Me volví muy bueno y el recuerdo de mi padre me acompañó y se volvió cada vez más dulce. Fue como un sueño delicioso: ahora estábamos perfectamente de acuerdo, yo convertido en el más débil y él en el más fuerte.

Volví y por mucho tiempo permanecí en la religión de mi infancia. Imaginaba que mi padre me oía y yo podía decirle que la culpa no había sido mía, sino del doctor. La mentira carecía de importancia porque ahora él entendía todo y yo también. Y durante mucho tiempo continuaron los coloquios con mi padre, dulces y ocultos como un amor ilícito, porque delante de todo el mundo seguí riéndome de todas las prácticas religiosas, cuando, en realidad —y quiero confesarlo aquí—, cada día encomendaba a alguien el alma de mi padre con fervor. La religión verdadera es precisamente la que no hay que profesar en alta voz para recibir el consuelo del que a veces —raras veces— no se puede prescindir.

3. LA HISTORIA DE MI MATRIMONIO

En la mente de un joven de familia burguesa el concepto de vida humana va asociado al de la carrera y en la primera juventud la carrera es la de Napoleón I. Sin por ello soñar con llegar a ser emperador, porque se puede parecer uno a Napoleón permaneciendo mucho, pero que mucho, más abajo. El sonido más rudimentario, el de las olas del mar, que, desde que se forma, cambia a cada instante hasta morir, sintetiza la vida más intensa. Por eso, yo también esperaba llegar a ser y deshacerme como Napoleón y la ola.

Mi vida sólo sabía emitir una nota, sin variación, bastante alta y que algunos me envidiaban, pero horriblemente tediosa. Mis amigos me conservaron durante toda mi vida la misma estima y creo que ni siquiera yo, desde que llegué a la edad de la razón, he cambiado mucho el concepto que me hice de mí mismo.

Por eso, puede ser que la idea de casarme se me ocurriera por el cansancio de emitir y oír esa única nota. Quien aún no ha conocido el matrimonio, lo considera más importante de lo que es. La compañera que se elige renovará, empeorándola o mejorándola, la raza propia en los hijos, pero la madre naturaleza, que así lo quiere y que no podría dirigirnos directamente, porque en esa época no pensamos en los hijos, nos hace creer que la esposa producirá una renovación en nosotros mismos, lo que constituye una curiosa ilusión que ningún texto autoriza. En efecto, después vivimos uno junto al otro, sin haber experimentado otro cambio que una nueva antipatía por quien es tan diferente de uno y una envidia por quien es superior a uno.

Lo curioso es que mi aventura matrimonial empezó con el conocimiento de mi futuro suegro y con la amistad y la admiración que le dediqué antes de saber que era padre de muchachas casaderas. Por eso, es evidente que no fue una resolución lo que me hizo avanzar hacia la meta que ignoraba. Me desinteresé de una muchacha que por un momento creí me convenía y seguí apegado a mi futuro suegro. Me vienen ganas de creer en el destino.

Giovanni Malfenti, tan distinto de mí y de todas las personas cuya compañía y amistad había buscado hasta entonces, satisfacía mi deseo de novedad. Yo era bastante culto, pues había pasado por dos facultades universitarias y también por mi larga indolencia de años, que considero muy instructiva. En cambio, él era un gran negociante inculto y activo. Pero su ignorancia le proporcionaba fuerza y serenidad y a mí me encantaba observarlo y lo envidiaba.

Malfenti tenía entonces cincuenta años, una salud de hierro, un cuerpo enorme, alto y grueso y de más de un quintal de peso. Las pocas ideas que se agitaban en su enorme cabeza las desarrollaba con tal claridad, las analizaba con tal asiduidad, las aplicaba a tantos asuntos nuevos de cada día, que se convertían en partes suyas, sus

miembros, su carácter. Yo era muy pobre en ideas así y me apegué a él para enriquecerme.

Había ido al Tergesteo por consejo de Olivi, según el cual frecuentar la Bolsa sería un buen comienzo para mi actividad comercial, y, además, podría proporcionarle noticias útiles. Me senté a aquella mesa en la que sobresalía mi futuro suegro y de allí no me moví más, como si hubiera llegado a una auténtica cátedra comercial, como la que buscaba desde hacía tiempo.

No tardó en advertir mi admiración y la correspondió con una amistad que en seguida me pareció paternal. ¿Sabría acaso cómo iba a acabar todo aquello? Cuando, entusiasmado por el ejemplo de su gran actividad, declaré una noche que quería librarme de Olivi y dirigir en persona mis negocios, me lo desaconsejó y pareció alarmado incluso ante mi propósito. Podía dedicarme al comercio, pero debía mantener siempre a mi lado a Olivi, a quien él conocía.

Estaba más que dispuesto a enseñarme e incluso anotó de su puño y letra en mi libreta tres mandamientos que, según consideraba, bastaban para hacer prosperar cualquier empresa: 1. No es necesario saber trabajar, pero quien no sabe hacer trabajar a los demás perece. 2. Sólo hay un gran motivo de remordimiento: el de no haber sabido trabajar para el interés propio. 3. En los negocios la teoría es útilísima, pero sólo es aplicable, cuando el negocio esté concluido.

Me sé de memoria estos y muchos otros teoremas, pero a mí no me fueron de provecho.

Cuando yo admiro a alguien, intento en seguida parecerme a él. Conque copié a Malfenti. Quise ser y me sentí muy astuto. Una vez hasta soñé con ser más zorro que él. Me parecía haber descubierto un error en su organización comercial: me apresuré a decírselo para granjearme su aprecio. Un día, en la mesa del Tergesteo lo interrumpí, cuando, discutiendo sobre un negocio, estaba llamando animal a su interlocutor. Le advertí que se equivocaba al proclamar delante de todo el mundo su astucia. En mi opinión, el auténtico zorro comercial debía hacerse pasar por bobo.

Se burló de mí. La fama de astuto era útilísima. Por lo pronto, muchos iban a pedirle consejo y le traían noticias frescas, mientras que él les daba sus útilísimos consejos confirmados por una experiencia que se remontaba a la Edad Media. A veces, además de la oportunidad de conseguir noticias, tenía también la posibilidad de vender mercancías. Por último —y entonces se puso a gritar porque le parecía haber encontrado por fin el argumento que debía convencerme—, para vender o para comprar con ventaja todos se dirigían al más astuto. Del bobo no podían esperar otra cosa que convencerlo para que sacrificara su beneficio, pero su mercancía era siempre más cara que la del astuto, porque ya en la compra lo habían timado.

Yo era la persona más importante para él en aquella mesa. Me confió sus secretos comerciales, que yo nunca traicioné. Había depositado bien su confianza, hasta el punto de que pudo engañarme dos veces, cuando ya me había convertido en su yerno. La primera vez su sagacidad me costó dinero, pero el engañado fue Olivi, por lo que no me dolió demasiado. Olivi me había enviado a verlo para conseguir noticias y las recibí: tales, que no me lo perdonó nunca y, cuando yo abría la boca para darle una información, me preguntaba:

—¿Quién se la ha dado? ¿Su suegro?

Para defenderme tuve que defender a Giovanni y acabé sintiéndome más estafador que estafado. Sensación agradabilísima.

Pero en otra ocasión fui yo quien hizo el papel de imbécil, si bien ni siquiera entonces pude abrigar rencor hacia mi suegro. Tan pronto provocaba mi envidia como mi hilaridad. Yo veía en mi desgracia la aplicación exacta de sus principios, que jamás me había explicado él tan bien. Hasta encontró el modo de reírse de ello conmigo, sin confesar nunca haberme engañado y afirmando que no podía por menos de reír del aspecto cómico de mi mala suerte. Una sola vez confesó haberme hecho esa jugada y fue en la boda de su hija Ada (no conmigo), tras haber bebido champán, que había alterado aquel corpachón habitualmente abrevado con agua.

Entonces contó el caso, gritando para dominar la hilaridad que le impedía hablar:

—Entonces, ¡va y aparece ese decreto! Estaba calculando abatido lo que me costaría. En ese momento entra mí yerno. Me declara que quiere dedicarse al comercio. «Aquí tienes una ocasión estupenda», le digo. Va y se precipita sobre el documento para firmar temiendo que Olivi pudiera llegar a tiempo para impedirlo y concluimos el negocio. —Luego me dedicaba grandes elogios—: Conoce los clásicos de memoria. Sabe quién dijo esto y quién lo otro. Pero ¡no sabe leer un periódico!

¡Era cierto! Si yo hubiese visto aquel decreto, aparecido en lugar poco destacado de los cinco periódicos que leo cada día, no habría caído en la trampa. También debería haber entendido al instante dicho decreto y haber visto sus consecuencias, lo que no era tan fácil porque con él se reducía la tasa de un impuesto, por lo que la mercancía de que se trataba quedaba depreciada.

Al día siguiente mi suegro desmintió su confesión. Tal como lo presentaba, el asunto volvía a adquirir la fisonomía que había tenido antes de aquella cena.

—El vino inventa —decía sereno, pero era indudable que el decreto en cuestión se había publicado dos días después de la conclusión del negocio. En ningún momento manifestó la suposición de que, si yo hubiera visto el decreto, habría podido entenderlo mal. Me halagó, pero no por cortesía, sino porque pensaba que todo el mundo, al leer los periódicos, recuerda sus propios intereses. En cambio, yo, cuando leo un periódico, me siento transformado en opinión pública y, al ver la

reducción de un impuesto, recuerdo a Cobden y el librecombio. Es una idea tan importante, que no deja oportunidad para recordar mi mercancía.

Sin embargo, en cierta ocasión me granjeé su admiración por mí, tal como soy, e incluso por mis cualidades peores precisamente. Hacía tiempo que poseíamos él y yo acciones de una fábrica de azúcar de la que se esperaban milagros. En cambio, las acciones bajaban poco, pero a diario, y Giovanni, que no tenía intención de nadar contra corriente, se deshizo de ellas y me convenció de vender las mías. Perfectamente de acuerdo, me propuse dar esa orden de venta a mi agente y, entretanto, tomé nota en una libreta, que en aquella época había adoptado de nuevo. Pero, como es sabido, el bolsillo no se ve durante el día y así, varias noches, tuve la sorpresa de volver a encontrar en el mío esa anotación en el momento de acostarme y demasiado tarde para que me sirviese. Una vez grité de disgusto y, para no tener que dar demasiadas explicaciones a mi mujer, le dije que me había mordido la lengua. Otra vez, asombrado ante tanta distracción, me mordí las manos. «¡Cuidado con los pies ahora!», dijo mi mujer riendo. Después no hubo otras desgracias porque me había acostumbrado. Miraba asombrado aquella maldita libreta demasiado fina para dejarse sentir durante el día con su presión y no volvía a pensar en ellas hasta la noche siguiente.

Un día, un chaparrón repentino me obligó a refugiarme en el Tergesteo. Allí me encontré por casualidad a mi agente, quien me contó que en los últimos ocho días el precio de esas acciones se había casi duplicado.

—Y ahora yo vendo —exclamé triunfante.

Corrí á ver a mi suegro, que ya estaba enterado de la subida de las acciones y se arrepentía de haberlas vendido y un poco menos de haberme convencido para que yo vendiera las mías.

—¡Ten paciencia! —dijo riendo—. Es la primera vez que pierdes por haber seguido un consejo mío.

El otro negocio no había resultado de un consejo suyo, sino de una propuesta suya, lo que, según él, era muy diferente.

Yo me eché a reír con ganas.

—Pero, ¡si yo no he seguido ese consejo! —No me bastaba la suerte e intenté convertirla en mérito. Le conté que las acciones no se venderían hasta el día siguiente y, adoptando aires de importancia, quise hacerle creer que había tenido noticias que había olvidado comunicarle y que me habían inducido a no tener en cuenta su consejo.

Airado y ofendido, habló sin mirarme a la cara:

—Cuando se tiene una cabeza como la tuya, no hay que dedicarse a los negocios. Y cuando se ha hecho una faena así, no hay que confesarla. Todavía tienes mucho que aprender tú.

Sentí haberlo irritado. Era tan divertido, cuando me perjudicaba. Le conté, sincero, cómo habían ido las cosas.

—Como ves, justo una cabeza como la mía es la que hace falta para dedicarse a los negocios.

Calmado de repente, se rió conmigo:

—Lo que sacas de ese negocio no es una ganancia, sino una indemnización. Esa cabeza tuya te cuesta ya tanto... ¡que es justo que te resarza de una parte de tu pérdida!

No sé por qué me detengo tanto a contar las disputas que tuve con él y que fueron tan pocas. Yo lo quise de verdad, hasta el punto de que busqué su compañía, a pesar de que tenía la costumbre de gritar para pensar con mayor claridad. Mi tímpano sabía soportar sus gritos. Si hubiese gritado menos aquellas teorías tuyas inmorales, habrían sido más inofensivas y, si hubiera recibido una educación mejor, su fuerza habría parecido menos importante. Y aunque yo fuera tan diferente de él, creo que correspondió a mi afecto con otro semejante. Lo sabría con mayor certeza, si él no hubiera muerto tan pronto. Siguió dándome lecciones constantes después de mi matrimonio y las sazonó a menudo con gritos e insolencias que yo aceptaba, convencido de merecerlos.

Me casé con su hija. La misteriosa madre naturaleza me dirigió y más adelante veremos con qué violencia imperiosa. Ahora escruto a veces los rostros de mis hijos para ver si, junto a mi fina barbilla, señal de debilidad, junto a mis ojos soñadores, que yo les transmití, hay en ellos al menos algún rasgo de la fuerza brutal del abuelo que yo les elegí.

Y en la tumba de mi suegro lloré, pese a que el último adiós que me dio no fuera demasiado afectuoso. Desde su cama de muerte me dijo que admiraba mi descarada fortuna, que me permitía moverme con libertad mientras él estaba crucificado en aquella cama. Yo, estupefacto, le pregunté qué le había hecho para que deseara verme enfermo. Y él me respondió exactamente así:

—Si, transmitiéndote mi enfermedad, pudiera librarme de ella, ¡te la pegaría al instante, aumentándola incluso al doble! ¡Yo no tengo los escrúpulos humanitarios que tienes tú!

No había nada de ofensivo en eso: le habría gustado repetir aquel negocio con el que había logrado endilgarme una mercancía depreciada. Además, esa frase era también halagadora, porque no dejaba de agradarme que explicara mi debilidad con los escrúpulos humanitarios que me atribuía.

En su tumba, como en todas aquellas ante las que lloré, mi dolor estuvo dedicado también a esa parte de mí mismo que estaba sepultada en ella. ¡Qué pérdida para mí verme privado de aquel segundo padre mío, ordinario, ignorante, luchador feroz que daba relieve a mi debilidad, mi cultura, mi timidez! Ésa es la verdad: ¡yo soy un tímido! No lo habría descubierto, si no hubiese estudiado a Giovanni aquí.

¡Quién sabe lo bien que habría llegado a conocerme, si él hubiera seguido a mi lado!

Pronto advertí que en la mesa del Tergesteo, donde se divertía revelándose como era e incluso un poco peor, Giovanni se imponía una reserva: nunca hablaba de su casa o sólo cuando no le quedaba más remedio, comedido y con voz un poco más suave que de costumbre. Sentía gran respeto por su casa y tal vez no todos los que se sentaban a aquella mesa le parecieran dignos de saber algo de ella. De lo único que me enteré allí fue de que sus cuatro hijas tenían todas nombres que empezaban por a, cosa muy práctica, según él, porque las cosas que llevaban grabada esa inicial podían pasar de una a otra, sin tener que sufrir cambios. Se llamaban (pronto supe de memoria esos nombres): Ada, Augusta, Alberto y Anna. También supe en esa mesa que las cuatro eran bellas. Esa inicial me impresionó mucho más de lo que merecía. Soñé con aquellas cuatro muchachas tan bien ligadas entre sí por el nombre. Parecía que hubiera que entregarlas en un haz. Además, la inicial decía algo más. Yo me llamo Zeno y, por esa razón, tenía la sensación de ir a tomar esposa muy lejos de mi país.

Tal vez fuera casualidad que antes de presentarme en casa de Malfenti yo hubiese cortado mi relación bastante antigua con una mujer que quizás hubiera merecido un trato mejor. Pero una casualidad que da que pensar. La decisión de romper se debió a un motivo bien fútil. La pobre había considerado que un buen sistema para mantenerme unido a ella era el de darme celos. En cambio, la sospecha bastó para inducirme a abandonarla definitivamente. Ella no podía saber que entonces yo estaba obsesionado con la idea del matrimonio y me parecía que no podía contraerlo con ella sólo porque la novedad no me habría parecido bastante intensa. La sospecha que había hecho nacer en mí arteramente era una demostración de la superioridad del matrimonio en el que semejantes sospechas no deben surgir. Cuando esa sospecha, cuya inconsistencia no tardé en sentir, se disipó, recordé también que gastaba demasiado. Hoy, después de veinticuatro años de honrado matrimonio, ya no soy de ese parecer.

Para ella fue una auténtica suerte porque, pocos meses después, se casó con una persona muy acaudalada y consiguió el codiciado cambio antes que yo. Nada más casarme, me la encontré en casa, porque su marido era un amigo de mi suegro. Nos encontramos con frecuencia, pero, durante muchos años, mientras fuimos jóvenes, reinó entre nosotros la máxima reserva y nunca hicimos alusión al pasado. El otro día ella me preguntó de sopetón con su cara orlada de cabellos grises y rubor juvenil:

—¿Por qué me dejaste?

Fui sincero porque no tuve el tiempo necesario para inventar una mentira:

—Ya no lo sé, pero ignoro tantas otras cosas de la vida.

—Lo siento —dijo, y yo ya me inclinaba ante el cumplido que así me prometía—. En la vejez me pareces un hombre muy divertido. —Me levanté con un esfuerzo. No había motivo para dar las gracias.

Un día me enteré de que la familia Malfenti había regresado a la ciudad de un viaje de placer bastante prolongado, tras el veraneo en el campo. No llegué a dar paso alguno para ser introducido en aquella casa porque Giovanni se me adelantó.

Me enseñó la carta de un amigo íntimo suyo que le preguntaba por mí: había sido compañero mío de estudios y yo lo había apreciado mucho mientras lo había creído destinado a ser un gran químico. En cambio, ahora no me importaba nada porque se había transformado en un gran comerciante de abonos y yo como tal no lo conocía en absoluto. Giovanni me invitó a su casa precisamente porque yo era su amigo y— como se comprenderá— no protesté.

Recuerdo aquella primera visita como si la hubiese hecho ayer. Era una tarde oscura y fría de otoño; y recuerdo incluso el alivio que sentí, al quitarme el abrigo, con el calorcito de aquella casa. Estaba a punto de llegar a puerto. Aun ahora me admira tamaña ceguera, que entonces me parecía clarividencia. Corría tras la salud, la legitimidad. De acuerdo con que tras esa inicial a se escondían cuatro muchachas, pero tres de ellas quedarían eliminadas al instante y, en cuanto a la cuarta, también ella sufriría un examen severo. Yo iba a ser juez severísimo. Pero de momento no habría podido decir las cualidades que le exigiría y las que aborrecería.

En el vasto y elegante salón amueblado con dos estilos diferentes, uno Luis XIV y el otro veneciano, rico en oro grabado hasta en los cueros, dividido por los muebles en dos partes, como entonces se estilaba, encontré a Augusta sola, que leía junto a una ventana. Me dio la mano, sabía mi nombre y llegó a decirme que me esperaban porque su papá había anunciado mi visita. Después corrió a avisar a su madre.

Mira por dónde, de las cuatro muchachas de la misma inicial, una acababa de morir, por lo que a mí respectaba. ¿Cómo podían decir que era bella? La primera cosa que se observaba en ella era un estrabismo tan marcado, que, al recordarla después de un tiempo de no verla, la personificaba totalmente. Además, tenía una cabellera no demasiado abundante, rubia, pero de un color carente de luz; de tipo no estaba mal, pero era un poco gruesa para su edad. En los pocos instantes en que permanecí a solas pensé: «¡Si las otras se parecen a ésta...!»

Poco después el grupo de muchachas se redujo a dos. Una de ellas, que entró con su mamá, sólo tenía ocho años. ¡Muy mona esa niña de cabellos ensortijados, luminosos, largos y sueltos sobre los hombros! Con su cara Uenita y dulce parecía un angelito pensativo (mientras permanecía callada), como los imaginaba Rafael.

Mi suegra... ¡Ahí tenéis! También yo experimento cierto recato a la hora de hablar de ella con demasiada libertad. Hace muchos años que la aprecio porque es mi madre, pero estoy contando una historia antigua en la que no figuró como amiga

mía y no tengo intención de aludir a ella, ni siquiera en este cuaderno, que ella no verá nunca, con palabras que no sean respetuosas. Por lo demás, su intervención fue tan breve, que hasta podría haberla olvidado: un golpecito en el momento oportuno, no más fuerte de lo necesario para hacerme perder mi inestable equilibrio. Tal vez lo habría perdido también sin su intervención. Y, además, ¿quién sabe si ella deseaba lo que ocurrió? ¡Es tan educada, que no puede ocurrirle, como a su marido, lo de beber demasiado para revelarme mis asuntos! En efecto, nunca le sucedió algo así y, por eso, estoy contando una historia que no conozco bien; es decir, que no sé si se debió a su astucia o a mi estupidez que me casara con aquella de sus hijas que yo no quería.

De momento, puedo decir que en la época de aquella primera visita mía aún era una mujer hermosa. Era elegante también por su modo de vestir de un lujo poco llamativo. Todo en ella era suave y equilibrado.

Tenía así en mis suegros un ejemplo de integración entre marido y mujer como el que soñaba. Habían sido muy felices juntos, él siempre voceando y ella ofreciendo una sonrisa que significaba a un tiempo conformidad y compasión. Amaba a su hombrón y él debió de haberla conquistado y conservado a fuerza de buenos negocios. No el interés, sino auténtica admiración la unía a él, una admiración que yo compartía y que, por eso, no me resultaba difícil entender. Tanta vivacidad que ponía en un ámbito tan limitado, una jaula en que no había sino una mercancía y dos enemigos (los dos contratantes), en que nacían y se descubrían siempre nuevas combinaciones y relaciones, animaba maravillosamente la vida. Él le contaba todos sus negocios y ella era tan educada, que nunca le daba consejos porque temía equivocarlo. Él sentía la necesidad de semejante asistencia muda y a veces corría a casa a monologar, convencido de que iba a pedir consejo a su mujer.

No fue una sorpresa para mí, cuando supe que él la engañaba, que ella lo sabía y no le guardaba rencor. Yo llevaba un año casado, cuando un día Giovanni, muy agitado, me contó que había extraviado una carta muy importante para él y quiso .reparar los papeles que me había entregado con la esperanza de encontrarla entre ellos. Pero pocos días después, muy contento, me contó que la había encontrado en su cartera.

—¿Era de una mujer? —le pregunté yo, y él dijo que sí con la cabeza, al tiempo que se jactaba de su buena suerte. Después, un día en que me acusaban de haber perdido papeles, para defenderme, dije a mi mujer y a mi suegra que no podía tener la suerte de su padre, cuyas cartas volvían solas a su cartera. Mi suegra se echó a reír con tantas ganas, que no me cupo duda de que había sido precisamente ella quien la había vuelto a colocar en su sitio. Evidentemente, en su relación eso no tenía importancia. Cada cual ama a su manera y, en mi opinión, la suya no era la más estúpida.

La señora me recibió con amabilidad. Se excuso de tener con ella a la pequeña Anna, pues era el cuarto de hora en que no se la podía dejar con los demás. La niña me miraba y me estudiaba con sus serios ojos. Cuando Augusta volvió y se sentó en un pequeño sofá situado enfrente de aquel en que estábamos la señora Malfenti y yo, la pequeña fue a tenderse sobre el regazo de su hermana, desde donde me observó todo el tiempo con una perseverancia que me divirtió hasta que supe los pensamientos que se agitaban en aquella cabecita.

La conversación no fue demasiado divertida al principio. La señora, como todas las personas bien educadas, era bastante aburrida en un primer encuentro. Incluso me hacía demasiadas preguntas sobre el amigo que, según fingían, me había introducido en aquella casa y cuyo nombre de pila ni siquiera recordaba yo.

Por fin entraron Ada y Alberta. Respiré: las dos eran bellas y trajeron a aquel salón la luz que hasta entonces había faltado. Las dos morenas, altas y esbeltas, pero muy diferentes una de otra. No era una elección difícil la que debía hacer. Alberta tenía entonces un poco más de diecisiete años. Como su madre, tenía — pese a ser morena— la piel rosada y transparente, lo que aumentaba la infantilidad de su aspecto. En cambio, Ada era ya una mujer con sus ojos serios en un rostro que de tan niveo era un poco azulado y su melena poblada y rizada, pero peinada con gracia y severidad.

Es difícil descubrir los orígenes apacibles de un sentimiento que después se volvió tan violento, pero estoy seguro de que me faltó el llamado *coup de foudre* por Ada. Sin embargo, fue sustituido por la convicción que tuve al instante de que esa mujer era la que necesitaba y la que debía conducirme a la salud moral y física mediante la sagrada monogamia. Cuando vuelvo a pensarlo, me sorprende que faltara ese flechazo y que, en cambio, hubiera esa convicción. Es sabido que nosotros, los hombres, no buscamos en la mujer las cualidades que adoramos y despreciamos en la amante. Así, pues, parece que yo no vi en seguida la gracia y toda la belleza de Ada y que, en cambio, quedé encantado admirando otras cualidades que yo le atribuí: seriedad e incluso energía; en resumen, las cualidades, un poco atenuadas, que yo apreciaba en su padre. En vista de que después creí (como sigo creyendo) que no me había equivocado y que Ada, de muchacha, poseía esas cualidades, puedo considerarme un buen observador, pero algo ciego. Esa primera vez, miré a Ada con un solo deseo: el de enamorarme de ella porque tenía que pasar por eso para casarme con ella. Pero me apresté a ello con esa energía que siempre dedico a mis prácticas higiénicas. No sé decir cuándo lo logré; tal vez en el espacio relativamente corto de aquella primera visita.

Giovanni debía de haber hablado mucho de mí a sus hijas. Sabían, entre otras cosas, que había pasado en mis estudios de la facultad de derecho a la de química para volver —¡por desgracia!— a la primera. Intenté explicar: era cierto que,

cuando se encerraba uno en una facultad, la mayor parte de la ciencia quedaba cubierta por la ignorancia. Y decía:

—Si ahora no me amenazara la seriedad de la vida —y no dije que hacía poco que sentía tal seriedad: desde que había decidido casarme—, habría seguido pasando de facultad en facultad.

Después, para hacer gracia dije que era curioso que yo abandonara una facultad justo en víspera de los exámenes.

—Era una casualidad —decía con la sonrisa de quien quiere hacer creer que está diciendo una mentira. Pero, en realidad, era cierto que yo había cambiado de estudios en las diversas estaciones del año. Salí así a la conquista de Ada y seguí esforzándome por hacerla reír de mí y a mis espaldas olvidando que la había preferido por su seriedad. Yo soy un poco extraño, pero a ella debí parecerle de verdad desequilibrado. No toda la culpa es mía y se ve en que Augusta y Alberta, a las que yo no había preferido, me juzgaron de otro modo. Pero Ada, que precisamente entonces era tan seria como para girar a su alrededor los ojos en busca del hombre que admitiría en su nido, era incapaz de amar a la persona que la hacía reír. Reía y reía, demasiado incluso, y su rostro cubría de aspecto ridículo a la persona que había provocado su risa. La suya era una auténtica inferioridad y tenía que acabar perjudicándola, pero primero me perjudicó a mí. Si hubiera sabido callar a tiempo, tal vez las cosas habrían salido de otro modo. Al menos, le habría dejado tiempo para hablar, para revelármese, y yo habría podido callar la boca.

Las cuatro muchachas estaban sentadas en el pequeño sofá, sobre el cual estaban apretadas, a pesar de que Anna estaba sentada sobre las rodillas de Augusta. Estaban bellas así, juntas. Lo comprobé con íntima satisfacción, al ver que me había internado por el camino de la admiración y el amor. ¡Bellas de verdad! El color desvaído de Augusta servía para dar relieve a las morenas cabelleras de las otras.

Yo había hablado de la Universidad y Alberta, que hacía el penúltimo curso del bachillerato, habló de sus estudios. Se lamentó de que el latín le resultaba muy difícil. Dije que no me sorprendía porque era una lengua que no convenía a las mujeres, hasta el punto de pensar que ya entre los antiguos romanos las mujeres hablaban italiano. En cambio —aseguré—, el latín había sido mi asignatura predilecta. Sin embargo, poco después cometí la imprudencia de citar una frase latina, que Alberta hubo de corregirme. ¡Una auténtica desgracia! Yo no le di importancia y advertí a Alberta que, cuando hubiera pasado ya por una decena de semestres en la Universidad, también ella debía procurar no citar frases latinas.

Ada, que recientemente había pasado unos meses en Inglaterra con su padre, contó que en ese país muchas jóvenes sabían latín. Después, con la misma voz seria, carente de la menor musicalidad, un poco más baja de lo que habría sido de esperar de su agradable personita, contó que en Inglaterra las mujeres eran muy diferentes

de las de nuestro país. Se asociaban para fines benéficos, religiosos o incluso económicos. Las hermanas, que querían oír de nuevo las cosas que parecían maravillosas a muchachas de nuestra ciudad en aquella época, instaban a Ada a hablar. Y, para complacerlas, Ada habló de esas mujeres presidentes, periodistas, secretarias y propagandistas políticas que subían a la tribuna para hablar a centenares de personas sin ruborizarse ni confundirse, cuando las interrumpían o impugnaban sus argumentos. Lo contaba con sencillez, con poca viveza, sin intención alguna de provocar asombro ni risa.

Me gustaba su sencilla forma de hablar, a mí, que nada más abrir la boca, desfiguraba cosas o personas porque, si no, me habría parecido inútil hablar. Sin ser orador, tenía el vicio de la palabra. Ésta debía ser un acontecimiento por sí misma y, por eso, no debía estar al servicio de ningún otro suceso.

Pero yo sentía un odio especial hacia la pérfida Albión y lo manifesté sin temor de ofender a Ada, quien, por lo demás, no había manifestado ni odio ni amor por Inglaterra. Yo había pasado unos meses en ese país, pero no había conocido a ningún inglés de buena sociedad, ya que había extraviado en el viaje algunas cartas de presentación proporcionadas por hombres de negocios amigos de mi padre. Por eso, en Londres sólo había frecuentado a algunas familias francesas e italianas y había acabado pensando que todas las personas de bien en esa ciudad procedían del continente. Mi conocimiento del inglés era muy limitado. No obstante, con ayuda de los amigos pude entender un poco de la vida de esos isleños y sobre todo me enteré de su antipatía por todos los forasteros.

Describí a las muchachas la impresión poco agradable que me había producido la estancia entre enemigos. Sin embargo, habría resistido y soportado Inglaterra durante esos seis meses que mi padre y Olivi querían infligirme a fin de que estudiara el comercio inglés (con el que, por cierto, no me tropecé nunca, porque, al parecer, se hace en lugares recónditos), si no hubiera vivido una aventura desagradable. Había ido a una librería a buscar un diccionario. En esa tienda, sobre el mostrador, descansaba tumbado un enorme y magnífico gato de Angora al que daban ganas irresistibles de acariciar bajo su suave pelo. Pues bien: sólo porque lo acaricié con cariño, me atacó alevoso y me arañó con saña en las manos. Desde ese momento no pude soportar Inglaterra y el día siguiente me encontraba en París.

Augusta, Alberta y también la señora Malfenti se rieron con ganas. En cambio, Ada estaba asombrada y creía no haber entendido bien. ¿Es que había sido el propio librero quien me había ofendido y arañado? Tuve que repetirme, lo que es fastidioso, porque siempre repite uno mal.

Alberta, la sabia, quiso ayudarme:

—También los antiguos se dejaban guiar en sus decisiones por los movimientos de los animales.

No acepté la ayuda. El gato inglés no se había comportado como un oráculo; ¡había actuado como un destino!

Ada, con sus grandes ojos abiertos como platos, pidió más explicaciones:

—¿Y el gato representó para usted a todo el pueblo inglés?

¡Qué desdichado era! Aunque auténtica, esa aventura me había parecido instructiva e interesante, como si la hubiera inventado para un fin determinado. Para entenderla, ¿no bastaba con recordar que en Italia, donde conocía y amaba a tanta gente, la acción del gato no habría podido adquirir tanta importancia? Pero no dije esto, sino lo siguiente:

—Seguro que ningún italiano sería capaz de semejante acción.

Ada se rió durante un rato largo, larguísimo. Incluso me pareció demasiado grande mi éxito porque me eché a perder y eché a perder mi aventura con otras explicaciones más:

—El propio librero se sorprendió ante el gesto del gato, que con todos los demás se comportaba bien. La aventura me sucedió a mí tal vez por ser yo o tal vez por ser italiano. *It was really disgusting* y tuve que huir.

Entonces ocurrió algo que debería haberme advertido y salvado. La pequeña Anna, que hasta entonces había permanecido inmóvil observándome, expresó a voces el sentimiento de Ada. Gritó:

—¿De verdad está loco, loco de atar?

La señora Malfenti la amenazó:

—¿Quieres estar callada? ¿No te da vergüenza meterte en las conversaciones de los mayores?

La amenaza empeoró la situación. Anna gritó:

—¡Está loco! ¡Habla con los gatos! ¡Habría que buscar cuerdas rápido para atarlo!

Augusta, roja de enojo, se levantó y se la llevó, al tiempo que la reprendía y me pedía disculpas. Pero hasta en la puerta la pequeña víbora pudo mirarme fijo a los ojos, hacerme una mueca fea y gritarme:

—¡Verás como te atarán!

Me había visto atacado tan de improviso, que tardé en encontrar el modo de defenderme. Sin embargo, me sentí aliviado al advertir que también a Ada desagradaba ver dar expresión de ese modo a su propio sentimiento. La impertinencia de la pequeña nos aproximaba.

Conté riendo con ganas que en casa tenía un certificado con las pólizas de rigor que atestiguaba mi salud mental. Así se enteraron al mismo tiempo de la broma que había gastado a mi anciano padre. Me ofrecí a enseñar dicho certificado a la pequeña Annuccia.

Cuando hice ademán de marcharme, me lo impidieron. Querían que olvidara primero los arañazos que me había infligido ese otro gato. Me retuvieron y me ofrecieron una taza de té.

Es cierto que yo sentí vagamente y en seguida que para gustar a Ada debía ser un poco diferente de como era; pensé que me resultaría fácil volverme como ella me quería. Seguimos hablando de la muerte de mi padre y me pareció que, revelando el profundo dolor que aún sentía, la seria Ada podría sentirlo conmigo. Pero en seguida, en el esfuerzo por parecerme a ella, perdí mi naturaleza y, por eso —como pronto se vio—, me alejé de ella. Dije que el dolor ante semejante pérdida era tal, que si hubiera tenido hijos habría intentado procurar que me amaran menos para evitarles más adelante sufrir tanto por mi desaparición. Me sentí un poco violento, cuando me preguntaron cómo me comportaría para conseguirlo. ¿Maltratarlos y pegarlos? Alberta dijo riendo:

—El medio más seguro sería matarlos.

Yo veía que Ada estaba animada por el deseo de no desagradarme. Por eso, vacilaba; pero ninguno de sus esfuerzos podía hacerla vencer la vacilación. Después dijo que veía que yo pensaba organizar así la vida de mis hijos por bondad, pero que no le parecía justo vivir para prepararse a la muerte. Me empeciné y afirmé que la muerte era la auténtica organizadora de la vida. Yo siempre pensaba en la muerte y, por eso, sólo tenía un pesar: la certeza de tener que morir. Todas las demás cosas se volvían tan poco importantes, que sólo les dedicaba una sonrisa alegre o una carcajada también alegre. Me había dejado arrastrar a decir cosas que no eran del todo ciertas, sobre todo encontrándome con ella, ya parte tan importante de mi vida. En verdad, creo que le hablé así por deseo de hacerle saber que yo era hombre muy alegre. Muchas veces la alegría me había sido útil con las mujeres.

Pensativa y vacilante, me confesó que no le gustaba un estado de ánimo semejante. Al reducir el valor de la vida, se la volvía aún más insegura de lo que la madre naturaleza había dispuesto. La verdad es que me había dicho que no le convenía, pero, aun así, había conseguido hacerla vacilar y ponerla pensativa, y me parecía un éxito.

Alberta citó a un filósofo antiguo cuya interpretación de la vida se parecía a la mía y Augusta dijo que la risa era algo muy importante. También su padre la prodigaba.

—Porque le gustan los buenos negocios —dijo la señora Malfenti riendo.

Por fin, interrumpí aquella visita memorable.

No hay nada más difícil en este mundo que casarse como uno desea. Se ve por mi caso, en el que la decisión de casarme había precedido tanto a la elección de la novia. ¿Por qué no fui a ver a muchas jóvenes antes de escoger a una? ¡No! Parecía enteramente que no me agradara ver a muchas mujeres y que no quisiese casarme. Elegida la muchacha, podría examinarla un poco mejor y asegurarme al menos de que estaría dispuesta a venir a mi encuentro a la mitad del camino, como es habitual en las novelas de amor con final feliz. En cambio, elegí a la muchacha de

la voz. muy grave y de la melena un poco rebelde pero con peinado austero y pensé que, siendo tan seria, no rechazaría a un hombre inteligente, de buen ver, rico y de buena familia, como era yo. Ya en las primeras palabras que cambiamos sentí alguna disonancia, pero ésta es el camino para el unísono. Más aún, debo confesar que pensé: «Debe seguir siendo como es, porque así me gusta y seré yo quien cambie, si lo desea.» En conjunto, yo era muy modesto, porque, desde luego, es más fácil cambiarse a sí mismo que reeducar a los demás.

Al cabo de muy poco tiempo, la familia Malfenti se convirtió en el centro de mi vida. Pasaba todas las tardes con Giovanni, quien, tras haberme introducido en su casa, se había vuelto más afable e íntimo conmigo. Esa afabilidad me dio pie para volverme entrometido. Al principio visitaba a las damas una vez a la semana, después varias veces y acabé yendo a su casa todos los días y pasando en ella varias horas de la tarde. No me faltaron pretextos para instalarme en aquella casa y creo no equivocarme al afirmar que incluso me los ofrecieron. A veces llevaba mi violín y tocaba algo con Augusta, la única que tocaba el piano. Era una pena que Ada no tocara y que yo tocara tan mal el violín y una pena tremenda que Augusta no fuera una gran intérprete. Me veía obligado a eliminar de todas las sonatas algún fragmento demasiado difícil, con el falso pretexto de no haber tocado el violín desde hacía demasiado tiempo. El pianista casi siempre es superior al violinista aficionado y Augusta tenía una técnica discreta, pero yo, que tocaba mucho peor que ella, no me sentía satisfecho y pensaba: «Si supiera tocar como ella, ¡cuánto mejor tocaría!» Mientras yo juzgaba a Augusta, los demás me juzgaban a mí y, como supe más adelante, poco favorablemente. A Augusta le habría gustado repetir nuestras sonatas, pero yo advertí que Ada se aburría con ellas, por lo que varias veces fingí haber olvidado el violín en casa. Entonces Augusta no volvió a hablar del asunto.

Por desgracia, las horas que yo pasaba en aquella casa no eran las únicas que vivía con Ada. Muy pronto ésta me acompañó el día entero. Era la mujer que yo había elegido, por lo que ya era mía y la adorné con todos los sueños para que el premio de la vida me pareciera más bello. La adorné, le atribuí todas las cualidades que necesitaba y que me faltaban, porque debía convertirse, además de en mi compañera, en mi segunda madre, que me induciría a una vida íntegra, viril, de lucha y de victoria.

En mis sueños la embellecí incluso físicamente antes de entregarla a otros. En realidad, en mi vida corrí tras muchas mujeres y muchas de ellas se dejaron alcanzar. En el sueño las alcancé a todas. Por supuesto, no las embellezco alterando sus facciones, sino que hago como un amigo mío, pintor delicadísimo, que, cuando retrata a las mujeres bellas, piensa intensamente en alguna otra cosa bella, por ejemplo, en la porcelana muy fina. Sueño peligroso porque puede conferir nuevo poder a las mujeres con que se sueña y que, al volver a verlas en la

realidad, conservan algo de la fruta, las flores y la porcelana con que se las ha vestido.

Me resulta difícil contar mi corte a Ada. Después hubo un largo período de mi vida en que me esforcé por olvidar la estúpida aventura que me daba vergüenza, esa clase de vergüenza que hace gritar y protestar. «¡No puedo haber sido yo ese imbécil!» Y entonces, ¿quién? Pero la protesta da un poco de consuelo y yo insistí. ¡Si al menos hubiera actuado así diez años antes, a los veinte años! Pero haberme visto castigado con tamaña imbecilidad sólo porque había decidido casarme, me parece injusto. Mira por dónde, yo, que ya había pasado por toda clase de aventuras vividas siempre con ánimo atrevido rayano en el descaro, me había vuelto el muchacho tímido que intenta tocar la mano de la amada, acaso sin que ella lo advierta, y después adora esa parte de su cuerpo que tuvo el honor de semejante contacto. Esa que fue la aventura más pura de mi vida, aun ahora que soy viejo la recuerdo como la más sucia. Era algo fuera de lugar, inoportuno, como si un niño de diez años se hubiera aferrado al pecho de su nodriza. ¡Qué asco!

¿Cómo explicar, además, mi larga vacilación a la hora de hablar claro y decir a la muchacha: ¡Decídetes! Me quieres o no me quieres? Yo llegaba a aquella casa desde mis sueños; contaba los escalones que me conducían a aquel primer piso: si eran impares, quería decir que me amaba y siempre eran impares, pues había cuarenta y tres. Llegaba hasta ella acompañado de tanta seguridad y acababa hablando de otra cosa. Ada no había encontrado aún la ocasión de comunicarme su desdén, ¡y yo callaba! Yo que Ada, ¡también habría acogido a aquel joven de treinta años con patadas en el trasero!

Debo decir que en cierto sentido no me parecía al muchacho de veintitantos años, enamorado, que calla esperando que la amada se arroje en sus brazos. No me esperaba nada semejante. Iba a hablar, pero más adelante. Si no lo hacía, se debía a las dudas sobre mí mismo. Esperaba llegar a ser más noble, más fuerte, más digno de mi muchacha divina. Podía ocurrir de un momento a otro. ¿Por qué no esperar?

Me avergonzaba también no haber advertido a tiempo que iba camino de un fracaso semejante. Me enfrentaba a una muchacha de las más sencillas y a fuerza de soñar me pareció una coqueta de las más consumadas. Fue injusto mi rencor, cuando consiguió darme a entender que no quería saber nada conmigo. Pero yo había mezclado tan íntimamente la realidad con los sueños, que no lograba convencerme de que no me había besado nunca.

Confundir los sentimientos de una mujer es señal de escasa virilidad. Antes no me había equivocado nunca y debo creer que me equivoqué con Ada por haber falseado desde el principio mis relaciones con ella. No me había aproximado a ella para conquistarla, sino para casarme con ella, lo que es un camino insólito para el amor, un camino muy largo, un camino muy cómodo, pero que no conduce a la meta, si bien muy cerca de ella. El amor así alcanzado carece de la característica

principal: el sentimiento de la hembra. Así el macho se prepara para su papel con enorme inercia, que puede extenderse a todos los sentidos, hasta a los de la vista y el oído.

Llevé cada día flores a las tres muchachas y a las tres ofrecí mis extravagancias, y, sobre todo, con una ligereza increíble, les contaba mi vida.

Todo el mundo recuerda el pasado con mayor intensidad, cuando el presente adquiere mayor importancia. Se dice incluso que los moribundos, en la última fiebre, vuelven a ver toda su vida. Mi pasado se me aferraba ahora con toda la violencia del último adiós porque tenía la sensación de alejarme mucho de él. Y no dejé de hablar de dicho pasado a las tres muchachas, animado por la intensa atención de Augusta y de Alberta, que tal vez ocultase la desatención de Ada, de la que no estoy seguro. Augusta, con su carácter dulce, se conmovía con facilidad, y Alberta escuchaba mis descripciones de bohemia estudiantil con las mejillas rojas por el deseo de poder vivir también ella en el futuro aventuras semejantes.

Mucho tiempo después supe por Augusta que ninguna de las tres muchachas había creído que mis historias fueran ciertas. Por eso, a Augusta le parecieron más preciosas, porque inventadas por mí le parecían más mías que si el destino me las hubiera infligido. A Alberta le resultaron agradables, a pesar de no creerlas, porque le aportaban sugerencias excelentes. La única que se había indignado con mis mentiras fue la seria de Ada. El resultado de mis esfuerzos era como el del tirador que ha conseguido dar en el centro de la diana, pero de la contigua a la suya.

Y, sin embargo, gran parte de las historias eran ciertas. Ya no sabría decir hasta qué punto, porque, por haberlas contado a muchas otras mujeres antes que a las hijas de Malfenti, se habían modificado, sin que yo lo quisiera, para volverse más expresivas. Eran verdaderas, dado que yo ya no habría sabido contarlas de otro modo. Hoy no me importa probar su autenticidad. No quisiera desengañar a Augusta, que prefiere considerarlas invención mía. En cuanto a Ada, creo que ahora ha cambiado de parecer y las considera ciertas.

Mi fracaso total con Ada se manifestó en el momento preciso en que consideraba deber hablar claro por fin. Acogí la evidencia por sorpresa y al principio con incredulidad. Ella no había dicho una sola palabra que hubiera manifestado su aversión por mí y yo cerré los ojos para no ver los pequeños actos que no indicaban gran simpatía hacia mí. Y, además, yo mismo no había dicho la palabra necesaria y podía incluso imaginarme que Ada no supiera que yo estaba dispuesto a casarme con ella y creyese que yo —el estudiante extravagante y poco formal— quería algo muy distinto.

El malentendido se prolongaba a causa de mis intenciones matrimoniales más que decididas. Es cierto que ahora deseaba entera a Ada, a quien en mis sueños veía con mejillas más lustrosas, manos más pequeñas, pies más pequeños y tipo más

esbelto y fino. La deseaba como esposa y como amante: Pero nuestra forma de acercarnos por primera vez a una mujer es decisiva.

Ahora bien, ocurrió que por tres veces consecutivas me recibieron en aquella casa las otras dos muchachas. La primera vez disculparon la ausencia de Ada con el pretexto de una visita de cumplido; la segunda, con una jaqueca; y la tercera no me dieron disculpa hasta que, alarmado, la pedí. Entonces Augusta, a quien me había dirigido al azar, no respondió. Contestó por ella Alberta, a quien aquélla había mirado como pidiendo ayuda: Ada había ido a casa de una tía.

Me faltó el aliento. Era evidente que Ada me evitaba. El día antes había soportado su ausencia y había prolongado mi visita esperando que por fin apareciera. En cambio, ese día me quedé unos instantes, incapaz de abrir la boca, y después, pretextando un repentino dolor de cabeza, me levanté para irme. ¡Es curioso que esa primera vez el sentimiento más fuerte que tuve al chocar contra la resistencia de Ada fuera la cólera y el despecho! Pensé incluso en apelar a Giovanni para que llamara al orden a la muchacha. Un hombre que quiere casarse es capaz hasta de acciones semejantes, repeticiones de las de sus antepasados.

Aquella tercera ausencia de Ada iba a llegar a ser aún más significativa. Quiso la casualidad que yo descubriera que se encontraba en casa, pero encerrada en su habitación.

Ante todo debo decir que en aquella casa había otra persona que yo no había conseguido conquistar: la pequeña Anna. Ya no me agredía delante de los demás porque la habían reprendido duramente. Hasta había acompañado alguna vez a sus hermanas y había estado escuchando mis historias. Pero, cuando me iba, sé me acercaba en el umbral, me pedía, amable, que me inclinara hasta su altura, se alzaba sobre la punta de los pies y, cuando llegaba para pegar su boquita a mi oído, me decía bajando la voz con el fin que sólo yo pudiera oírla:

—¡Estás loco, loco de atar!

Lo curioso es que delante de los demás la hipócrita me hablaba de usted. Si estaba presente la señora Malfenti, Anna se refugiaba al instante en sus brazos, y la madre la acariciaba diciendo:

—¡Qué buena se ha vuelto mi pequeña Anna! ¿Verdad?

Yo no protestaba y la amable Anna me llamó loco del mismo modo muchas veces más. Yo acogía su declaración con una sonrisa vil que habría podido parecer de agradecimiento. Esperaba que la niña no tuviera el valor de contar sus agresiones a los adultos y me desagradaba hacer saber a Ada el juicio que tenía de mí su hermanita. Aquella niña acabó incomodándome de verdad. Si, cuando hablaba con otros, mis ojos se encontraban con los suyos, debía encontrar al instante el modo de mirar a otro lado y era difícil hacerlo con naturalidad. Desde luego, enrojecía. Me parecía que aquella inocente podía perjudicarme con su juicio. Le llevé regalos, pero no sirvieron para amansarla. Debió de advertir su poder y mi

debilidad y, en presencia de los demás, me miraba indagadora, insolente. Creo que todos tenemos en nuestra conciencia como en nuestro cuerpo puntos delicados y ocultos en los que no pensamos con gusto. Ni siquiera sabemos lo que son. Yo apartaba la vista de aquélla, infantil, que quería sondearme.

Pero aquel día que solo y abatido salía de aquella casa y se me acercó para nacerme inclinarme y oír su cumplido habitual, me agaché hasta ella con tal cara trastornada de auténtico loco y tendí hacia ella con tal amenaza las manos contraídas en forma de garras, que escapó corriendo, llorando y gritando.

Así llegué a ver a Ada también aquel día, porque fue ella la que acudió corriendo ante aquellos gritos. La pequeña contó entre sollozos que yo la había amenazado duramente porque me había llamado loco:

—Porque él es un loco y yo quiero decírselo. ¿Qué hay de malo?

No seguí escuchando a la niña, asombrado al ver que Ada se encontraba en casa. Así, pues, sus hermanas habían mentido; mejor dicho: sólo Alberta, a quien Augusta había pasado la papeleta, con lo que se había eximido. Por un instante, di en el clavo: lo adiviné todo. Dije a Ada:

—Me alegro de verla. Creía que se encontraba desde hace tres días en casa de su tía.

Ella no respondió, porque antes se agachó hacia la niña que lloraba. Esa tardanza en obtener las explicaciones a que creía tener derecho me hizo subir vehementemente la sangre a la cabeza. No encontraba palabras que decir. Di otro paso para acercarme a la puerta de salida y, si Ada no hubiera hablado, yo me habría ido y no habría vuelto nunca más. Con la ira me parecía cosa facilísima esa renuncia a un sueño que ya había durado tanto tiempo.

Pero entretanto ella, roja, se volvió hacia mí y dijo que había vuelto hacía unos instantes, por no haber encontrado a su tía en casa.

Bastó para calmarme. ¡Cuánto me gustaba, agachada, maternal, hacia la niña que seguía gritando! Su cuerpo era tan flexible, que parecía haber empequeñecido para mejor acercarse a la pequeña. Me entretuve admirándola y de nuevo la consideré mía.

Me sentí tan sereno, que quise hacer olvidar el resentimiento que poco antes había manifestado y estuve amabilísimo con Ada y también con Anna. Dije riendo con ganas:

—Me llama loco tan a menudo, que he querido hacerle ver la auténtica cara y la actitud de un loco. ¡Le ruego que me disculpe! Tampoco tú, pobre Annucia, tengas miedo, porque yo soy un loco bueno.

También Ada se mostró muy, pero que muy, amable. Regañó a la pequeña, que seguía sollozando, y me pidió disculpas por ella. Si hubiera tenido la suerte de que Anna, con la ira, se hubiese marchado corriendo, yo habría hablado. Habría dicho una frase que tal vez se encuentre incluso en algunas gramáticas de lenguas

extranjeras, ya hecha para facilitar la vida a quien no conozca la lengua del país donde vive: «¿Puedo pedir la mano de usted a su padre?» Era la primera vez que yo quería casarme y, por eso, me encontraba en un país del todo desconocido. Hasta entonces, había tenido otra clase de tratos con las mujeres. Las había asaltado metiéndoles mano antes que nada.

Pero no llegué a decir ni siquiera esas pocas palabras. Así, pues, ¡hacía falta tiempo para decirlas! Debían ir acompañadas de una expresión de súplica en la cara, difícil de adoptar al instante después de mi lucha con Anna y también con Ada, y ya se acercaba desde el fondo del pasillo la señora Malfenti, atraída por los chillidos de la niña.

Tendí la mano a Ada, que me ofreció, cordial, la suya al instante, y le dije:
—Hasta mañana. Discúlpeme ante su señora madre.

Sin embargo, vacilé a la hora de soltar esa mano que reposaba conñada en la mía. Sentía que, al irme entonces, renunciaba a una ocasión única con aquella muchacha, enteramente dispuesta a hacerme cortesías para resarcirme de las groserías de su hermana. Seguí la inspiración del momento, me incliné hacia su mano y la rocé con los labios. Después abrí la puerta y salí a escape, tras haber visto que Ada, quien hasta entonces me había abandonado la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía a Anna, que se aferraba a su falda, se miraba asombrada la manita que había sufrido el contacto de mis labios, como si hubiera querido ver si había algo escrito en ella. No creo que la señora Malfenti percibiera mi acción.

Me detuve un instante en la escalera, asombrado yo también de mi acción, carente de la menor premeditación. ¿Existía aún la posibilidad de volver a aquella puerta que había cerrado tras mí, llamar al timbre y preguntar a Ada si podía decirle esas palabras que ella se había buscado sin resultado en la mano? ¡Me pareció que no! Habría sido una falta de dignidad demostrar demasiada impaciencia. Y, además, al haberle avisado que volvería, le había anunciado de antemano mi explicación. Ahora dependía sólo de ella recibirla, proporcionándome la oportunidad de dársela. Mira por dónde, había dejado de contar historias a tres muchachas y, en cambio, había besado la mano a una sola de ellas.

Pero el resto de la jornada fue bastante desagradable. Estaba inquieto y anhelante. Me decía que mi inquietud provenía sólo de la impaciencia por ver aclarada esa aventura. Me figuraba que, si Ada me rechazaba, podría correr con toda calma en busca de otras mujeres. ¡Todo mi apego hacia ella procedía de una decisión libre que ahora podría anularse con otra! No comprendí entonces que por el momento no había en este mundo otras mujeres para mí y que necesitaba precisamente a Ada.

También la noche que siguió me pareció larguísima; la pasé casi toda insomne. Después de la muerte de mi padre, había abandonado mis costumbres de noctámbulo y ahora, desde que había decidido casarme, habría sido extraño volver

a ellas. Por eso, me había acostado temprano con el deseo del sueño que hace pasar tan rápido el tiempo.

De día yo había acogido con la más ciega confianza las explicaciones de Ada sobre aquellas tres ausencias de su salón en las horas que yo pasaba en él, confianza debida a mi firme convicción de que la mujer sería que yo había elegido no sabía mentir. Pero por la noche esa confianza disminuyó. Dudaba si no habría sido yo quien la hubiera informado de que Alberta —cuando Augusta se había negado a hablar— había dado como excusa esa visita a su tía. No recordaba bien las palabras que le había dirigido con mi acaloramiento, pero me parecía estar seguro de haberle referido esa excusa. ¡Qué lástima! Si no lo hubiera hecho, tal vez ella, para disculparse, habría inventado algo diferente y yo, al haberla sorprendido mintiendo, habría ya recibido la aclaración que anhelaba.

Entonces habría podido comprender la importancia que Ada tenía ya para mí, porque, para tranquilizarme, me decía que, si no me hubiera querido, yo habría renunciado para siempre al matrimonio. Así, pues, su rechazo transformaría mi vida. Y seguía soñando y consolándome con la idea de que ese rechazo sería una suerte para mí. Recordaba a ese filósofo griego según el cual tanto quien se casaba como quien permanecía soltero se arrepentiría de ello. En resumen, no había perdido aún la capacidad de reírme de mi aventura; la única capacidad que me faltaba era la de dormir.

Concilié el sueño, cuando ya amanecía. Cuando me desperté era tan tarde, que faltaban pocas horas para el momento en que podía visitar la casa de los Malfenti. Por eso, ya no habría sido necesario imaginar ni recoger otros indicios que me aclararan el estado de ánimo de Ada. Pero es difícil dejar de pensar en una cuestión que nos importa demasiado. El hombre sería un animal más afortunado, si supiera hacerlo. Mientras me acicalaba, lo que ese día hice exageradamente, no pensaba en otra cosa: ¿había hecho bien al besar la mano a Ada o había hecho mal al no besarla también en los labios?

Esa mañana precisamente tuve una idea que, me parece, me perjudicó mucho, al privarme de ese poco de iniciativa viril que aquel curioso estado mío de adolescencia me habría permitido. Una duda dolorosa: ¿y si Ada se casaba conmigo sólo porque la hubieran inducido a ello sus padres, sin amarme, sintiendo incluso auténtica aversión hacia mí? Porque, desde luego, todos en aquella familia, es decir, Giovanni, la señora Malfenti, Augusta y Alberta me apreciaban; sólo podía dudar de Ada. En el horizonte se delineaba precisamente la novela popular habitual de la jovencita obligada por su familia a un matrimonio odioso. Pero yo no lo permitiría. Esa era la nueva razón por la que debía hablar con Ada, es decir, hablar con Ada a solas. No bastaría con dirigirle la frase hecha que había preparado. Mirándola a los ojos le preguntaría: «¿Tú me amas?» Y si me decía que sí, la estrecharía entre mis brazos para sentir vibrar su sinceridad.

Así me pareció haberme preparado para todo. En cambio, tuve que reconocer que había llegado a esa especie de examen sin haberme acordado de repasar justo las páginas del texto sobre las que debía hablar.

Me recibió la señora Malfenti a solas, quien me hizo sentar en un ángulo del gran salón y se puso al instante a charlar muy animada, con lo que casi me impidió preguntar por las muchachas. Por eso, estaba algo distraído y me repetía la lección para no olvidarla en el momento oportuno. De repente, mi atención se despertó como por un toque de corneta. La señora estaba elaborando un preámbulo. Me aseguraba su amistad y la de su marido y el afecto de toda su familia, incluida la pequeña Anna. Hacía tanto tiempo que nos conocíamos. Nos habíamos visto todos los días desde hacía cuatro meses.

—¡Cinco! —corregí yo, que había hecho el cálculo por la noche, recordando que la primera visita la había hecho en otoño y que ahora nos encontrábamos en plena primavera.

—¡Sí! ¡Cinco! —dijo la señora, pensándolo un poco, como si quisiera repasar mi cálculo. Después, con aire de reproche, añadió:

—Me parece que compromete usted a Augusta.

—¿A Augusta? —pregunté, creyendo haber oído mal.

—¡Sí! —confirmó la señora—. La halaga usted y la compromete.

Revelé, ingenuo, mi pensamiento:

—Pero si yo a Augusta no la veo nunca.

Tuvo un gesto de sorpresa y (¿o así me pareció?) de sorpresa dolorosa.

Entretanto, yo intentaba pensar intensamente para llegar a explicar pronto lo que me parecía un equívoco cuya importancia, sin embargo, entendí al instante. Volvía a verme mentalmente, visita tras visita, durante esos cinco meses, dedicado a acechar a Ada. Había tocado música con Augusta y, de hecho, a veces había hablado más con ella, que me escuchaba, que con Ada, pero sólo para que aquélla explicase a ésta mis historias acompañadas de su aprobación. ¿Debía hablar claro con la señora y contarle mis intenciones para con Ada? Pero poco antes había decidido hablar a solas con Ada y averiguar su estado de ánimo. Tal vez si hubiera hablado claro con la señora Malfenti, las cosas habrían ido de otro modo, es decir, que, al no poder casarme con Ada, no me habría casado tampoco con Augusta. Dejándome dirigir por la decisión que había tomado antes de ver a la señora Malfenti y por haber oído las sorprendentes cosas que ésta rae había dicho, callé.

Pensaba intensamente, pero, por esa razón, con un poco de confusión. Quería entender, quería adivinar y pronto. Cuando se abren los ojos demasiado, no se ven las cosas tan bien. Vislumbré la posibilidad de que quisieran echarme de la casa. Me pareció poder excluirla. Yo era inocente, dado que no hacía la corte a Augusta, a quien querían proteger. Pero tal vez me atribuyeran intenciones para con Augusta a fin de no comprometer a Ada. ¿Y por qué proteger así a Ada, que ya no era

ninguna niña? Estaba seguro de no haberla cogido de la melena salvo en sueños. En realidad, sólo le había rozado la mano con los labios. No quería que me prohibieran el acceso a aquella casa, porque antes de abandonarla quería hablar con Ada. Por eso, con voz temblorosa, pregunté:

—Dígame, señora, lo que debo hacer para no desagradar a nadie.

—Por algún tiempo debería visitarnos menos a menudo; es decir, no cada día, sino dos o tres veces a la semana.

Es cierto que, si me hubiera dicho con rudeza que me fuese y no volviera más, habría suplicado, guiado en todo momento por mi propósito, que me permitieran la entrada en esa casa, al menos por dos o tres días más, para aclarar mis relaciones con Ada. En cambio, sus palabras, más afables de lo que había temido, me dieron valor para manifestar mi resentimiento:

—Pero, si lo desea, ¡yo no vuelvo a poner los pies en esta casa!

Sucedió lo que yo había esperado. Protestó, volvió a hablar del aprecio de todos ellos y me suplicó que no me enfadara con ella. Y yo me mostré magnánimo, le prometí todo lo que quiso, es decir, abstenerme de ir a aquella casa durante cuatro o cinco días, volver después con cierta regularidad cada semana dos o tres veces y, sobre todo, no guardarle rencor.

Tras hacerle esas promesas, quise dar prueba de cumplirlas y me levanté para marcharme. La señora protestó riendo:

—Conmigo no tiene esa clase de compromiso y puede quedarse.

Y como le rogué que me dejara marchar porque tenía un compromiso que justo entonces recordé, cuando, en realidad, quería estar solo para reflexionar mejor sobre la extraordinaria aventura que estaba viviendo, la señora me rogó al instante que me quedara diciendo que así le demostraría no estar enfadado con ella. Por eso me quedé, sometido de continuo a la tortura de escuchar el vacío parloteo al que ahora se abandonaba la señora sobre las modas femeninas que no quería seguir, sobre el teatro e incluso sobre el tiempo tan seco con que se anunciaba la primavera.

Poco después me alegré de haberme quedado, porque comprendí que necesitaba una aclaración más. Sin la menor consideración, interrumpí a la señora, cuyas palabras ya no oía, para preguntarle:

—¿Y toda la familia sabrá que usted me ha invitado a mantenerme alejado de esta casa?

Al principio pareció como si no recordara nuestro pacto. Después protestó:

—¿Alejado de esta casa? Pero sólo por unos días, a ver si nos entendemos. Yo no se lo diré a nadie, ni siquiera a mi marido, y hasta le agradecería que usted guardara la misma discreción.

También eso lo prometí, prometí también que, si me pedían una explicación de por qué no me veían con tanta frecuencia, daría diversos pretextos. Por el

momento, confié en las palabras de la señora y me figuré que Ada podía asombrarse y apenarse por mi repentina ausencia. ¡Una imagen agradabilísima!

Después seguí allí, sin dejar de esperar que alguna otra inspiración acudiera a guiarme más adelante, mientras la señora hablaba de los precios de los comestibles, que últimamente habían subido mucho.

En lugar de otras inspiraciones, se presentó la tía Rosina, una hermana de Giovanni, mayor que él, pero mucho menos inteligente que él. Sin embargo, tenía algunos de los rasgos de su fisonomía moral que bastaban para caracterizarla como hermana suya. Ante todo, la misma conciencia, algo cómica, de sus derechos y de los deberes de los demás, pues carecía de la menor arma para imponerse, y también la mala costumbre de alzar la voz en seguida. Creía tener tantos derechos en la casa de su hermano, que —como supe más adelante— por mucho tiempo consideró a la señora Malfenti una intrusa. Era soltera y vivía sola con una criada, de quien hablaba como de su mayor enemiga. Cuando murió, recomendó a mi mujer vigilar la casa hasta que la criada que la había asistido se hubiera ido. Todos en casa de Giovanni la soportaban por miedo a su agresividad.

Aun así, no me fui. La tía Rosina prefería a Ada de todas las sobrinas. Sentí el deseo de granjearme su amistad también yo y busqué una frase amable que dirigirle. Recordé vagamente que la última vez que la había visto (es decir, entrevisto, porque entonces no había sentido la necesidad de mirarla), las sobrinas, tan pronto se había ido, habían observado, que no tenía buena cara. Incluso una había dicho:

—¡Se habrá hecho mala sangre por alguna rabieta con su criada!

Encontré lo que buscaba. Mirando afectuoso la carota arrugada de la vieja señora, le dije:

—La encuentro muy recuperada, señora.

¡Cuánto mejor habría sido no decir esa frase! Me miró asombrada y protestó:

—Yo estoy siempre igual. ¿Desde cuándo estoy mejorada?

Quería saber cuándo la había visto por última vez. No recordaba con precisión la fecha y tuve que recordarle que habíamos pasado toda una tarde juntos, sentados en ese mismo salón con las tres señoritas, pero no en la parte en que estábamos entonces, sino en la otra. Me había propuesto demostrarle mi interés, pero las explicaciones que exigía hacían que durase demasiado tiempo. La falsedad me pesaba y me producía un auténtico dolor.

La señora Malfenti intervino sonriendo:

—Pero, ¿usted no quería decir que la tía Rosina haya engordado?

¡Diablos! Ésa era la razón para el resentimiento de la tía Rosina, que estaba muy gorda, como su hermano, y aún tenía esperanza de adelgazar.

—¿Engordar? ¡Ni mucho menos! Me refería sólo a que la señora tiene mejor cara.

Intentaba conservar una actitud afectuosa y, en cambio, debía contenerme para no decirle una insolencia.

Ni siquiera entonces pareció satisfecha la tía Rosina. Últimamente no se había encontrado mal en ningún momento y no comprendía por qué podía haberme parecido enferma. Y la señora Malfenti le dio la razón:

—Es más: una de sus características es la de no cambiar de cara —dijo dirigiéndose a mí—. ¿No le parece?

Me lo parecía. Más aún: era evidente. Me fui en seguida. Tendí con gran cordialidad la mano a tía Rosina con la esperanza de apaciguarla, pero ella me concedió la suya mirando a otro lado.

Tan pronto hube cruzado el umbral de aquella casa, mi estado de ánimo cambió. ¡Qué liberación! Ya no tenía que estudiar las intenciones de la señora Malfenti ni esforzarme por agradar a la tía Rosina. En realidad, creo que, si no hubiera sido por la ruda intervención de la tía Rosina, esa zalamera de la señora Malfenti habría conseguido perfectamente su objetivo y yo me habría alejado de esa casa muy contento de haber recibido buen trato. Bajé corriendo las escaleras. La tía Rosina había sido casi un comentario de la señora Malfenti. Ésta me había propuesto mantenerme alejado de su casa por unos días. ¡Demasiado buena la querida señora! Iba a complacer sus aspiraciones con creces y no volvería a verme! ¡Me habían torturado, ella, la tía y también Ada! ¿Con qué derecho? ¿Porque había querido casarme? ¡Pero si yo ya no pensaba en eso! ¡Qué bella era la libertad!

Por un buen cuarto de hora corrí por las calles acompañado de ese sentimiento. Después sentí la necesidad de una libertad aún mayor. Debía encontrar un modo de señalar de modo definitivo mi voluntad de no volver a poner los pies en aquella casa. Descarté la idea de escribir una carta con la que me despediría. El abandono se volvía más desdeñoso aún, si no comunicaba mi intención. Simplemente me olvidaría de ver a Giovanni y a toda su familia.

Encontré el acto discreto y amable y, por eso, un poco irónico, con el que iba a indicar mi voluntad. Corrí a una florista y escogí un magnífico ramo de flores, que dirigí a la señora Malfenti acompañado de mi tarjeta de visita, en la que no escribí otra cosa que la fecha. No hacía falta más. Era una fecha que no olvidaría nunca y tal vez no la olvidarían tampoco Ada y su madre: 5 de mayo, aniversario de la muerte de Napoleón.

Me apresuré a hacer ese envío. Era importantísimo que llegase ese mismo día.

Pero, ¿y después? Todo estaba hecho, todo, ¡porque no había nada más que hacer! Ada quedaba separada de mí con toda su familia y yo debía vivir sin hacer nada más, en espera de que alguno de ellos viniera a buscarme y darme la ocasión de hacer o decir alguna otra cosa.

Corrí a mi estudio para encerrarme en él a reflexionar. Si hubiera cedido a mi dolorosa impaciencia, ¡habría vuelto al instante corriendo a aquella casa con riesgo

de llegar antes que mi ramo de flores! Los pretextos no podían faltar. ¡Hasta podía haberme dejado el paraguas allí!

No quise hacer una cosa así. Con el envío de aquel ramo de flores había adoptado una hermosa actitud que debía conservar. Ahora debía permanecer quieto, porque el siguiente movimiento les correspondía a ellos.

El recogimiento que busqué en mi estudio y del que me esperaba alivio, aclaró sólo las razones de mi desesperación, que se exasperó hasta las lágrimas. ¡Yo amaba a Ada! Aún no sabía si ese verbo era el apropiado y continué el análisis. La quería no sólo mía, sino además esposa mía. A ella, con su cara marmórea sobre su cuerpo en sazón, y con su serenidad, hasta el punto de no entender mi ingenio, que no volvería a mostrarle, sino que renunciaría a él para siempre, ella que me enseñaría una vida de inteligencia y de trabajo. La quería toda entera y todo lo quería de ella. Al final saqué la conclusión de que el verbo adecuado era justo ése: yo amaba a Ada.

Me pareció haber pensado una cosa muy importante, que podía guiarme. ¡Al diablo las vacilaciones! Ya no importaba saber si ella me amaba. Debía intentar obtenerla y ya no tenía que hablar con ella, si Giovanni podía decidirlo. Debía aclararlo todo rápido para llegar en seguida a la felicidad o, si no, olvidarlo todo y curar. ¿Por qué había de sufrir tanto en la espera? Cuando supiese —y podía saberlo por Giovanni— que había perdido definitivamente a Ada, al menos ya no tendría que luchar con el tiempo, que seguiría transcurriendo lento sin que yo sintiera la necesidad de apremiarlo. Una cosa definitiva siempre representa la calma, porque está separada del tiempo.

Corrí al instante en busca de Giovanni. Fueron dos las carreras. Una hacia su despacho situado en esa calle que seguimos llamando de las Casas Nuevas, porque así lo hacían nuestros antepasados. Altas casas viejas que oscurecen una calle tan cercana a la orilla del mar, poco frecuentada a la hora del crepúsculo, por la que pude pasar rápido. Mientras caminaba, no pensaba en otra cosa que en preparar lo más brevemente posible la frase que debía dirigirle. Bastaba con comunicarle mi determinación de casarme con su hija. No tenía ni que conquistarlo ni que convencerlo. Ese hombre de negocios sabría darme la respuesta que debía darme, nada más oír la pregunta. Sin embargo, me preocupaba la cuestión de si en semejante ocasión debía hablar en italiano o en dialecto.

Pero Giovanni había salido ya del despacho y se había dirigido al Tergesteo. Me encaminé hacia allí. Más despacio porque sabía que en la Bolsa debía esperar algún tiempo para poder hablarle a solas. Después, al llegar a via Cavana, tuve que aminorar el paso por la muchedumbre que obstruía la estrecha calle. Y precisamente al esforzarme por pasar entre aquella multitud fue cuando vi con claridad, como en una visión, lo que hacía tantas horas que buscaba. Los Malfenti querían que me casara con Augusta y no con Ada y ello por la sencilla razón de

que Augusta estaba enamorada de mí y Ada no. No lo estaba, porque, si no, no habrían intervenido para dividirnos. Me habían dicho que yo comprometía a Augusta, pero, en realidad, era ella la que se comprometía al amarme. Comprendí todo en aquel momento, con viva claridad, como si alguno de la familia me lo hubiera dicho. Y adiviné también que Ada estaba de acuerdo en que me mantuviese alejado de aquella casa. No me amaba y no me amaría, al menos mientras su hermana me amara. Así, pues, en la atestada via Cavana yo había pensado con mayor acierto que en la soledad de mi estudio.

Hoy, cuando vuelvo al recuerdo de esos cinco días memorables que me condujeron al matrimonio, me asombra que mi ánimo no se calmara al enterarme de que la pobre Augusta me amaba. Yo, ya expulsado de la casa de los Malfenti, amaba a Ada airadamente. ¿Por qué no me dio satisfacción alguna la clara visión de que la señora Malfenti me había alejado en vano, pues seguía en aquella casa, y muy cerca de Ada, es decir, en el corazón de Augusta? En cambio, me parecía una nueva ofensa la invitación de la señora Malfenti a no comprometer a Augusta, es decir, a casarme con ella. Por la fea muchacha que me amaba, yo sentía todo el desdén que —aunque yo no lo reconociera— sentía por mí su bella hermana, a la que yo amaba.

Aceleré aún más el paso, pero cambié de rumbo y me dirigí a mi casa. Ya no necesitaba hablar con Giovanni, porque ahora sabía con claridad cómo actuar; con una evidencia tan desesperante, que tal vez me diera por fin la paz al separarme del tiempo demasiado lento. Era peligroso incluso hablar de ello con el mal educado de Giovanni. La señora Malfenti había hablado de tal modo, que yo no la había entendido hasta llegar allí, a la via Cavana. El marido era capaz de comportarse de otro modo. Tal vez me diría sin rodeos: «¿Por qué quieres casarte con Ada? ¡Pero, hombre! ¿No sería mejor que te casaras con Augusta?» Porque él tenía un axioma que yo recordaba y que podría guiarlo en ese caso: «¡Siempre debes explicar claramente el asunto a tu adversario porque sólo entonces estarás seguro de entenderlo mejor que él!» ¿Y entonces? El resultado habría sido la ruptura declarada. Sólo entonces podría caminar el tiempo como quería, porque yo ya no tendría razón alguna para intervenir: ¡habría llegado al punto muerto!

Recordé también otro axioma de Giovanni y me apegué a él porque me daba mucha esperanza. Supe permanecer apegado a él durante cinco días, durante aquellos cinco días que convirtieron mi pasión en enfermedad. Giovanni solía decir que no había que tener prisa por llegar a la liquidación de un asunto, cuando de dicha liquidación no se pudiera esperar ventaja: todos los asuntos llegan tarde o temprano y por sí solos a su liquidación, como lo demuestra el hecho de que la historia del mundo sea tan larga y que tan pocos asuntos hayan quedado pendientes. Hasta que no se haya procedido a su liquidación, todos los negocios pueden evolucionar favorablemente.

No recordé que otros axiomas de Giovanni decían lo contrario y me aferré a ése. A algo tenía que aferrarme. Concebí el propósito firme de no moverme mientras no supiera que algo nuevo hubiese hecho evolucionar mi asunto a mi favor. Y me perjudicó tanto, que tal vez por eso, más adelante, ningún propósito mío me acompañó tanto tiempo.

Nada más concebir el propósito, recibí una tarjeta de la señora Malfenti. Reconocí su escritura en el buzón y, antes de abrirla, me sentí satisfecho de que hubiera bastado ese firme propósito mío para que ella se arrepintiera de haberme maltratado y corriese tras mí. Cuando descubrí que sólo contenía la expresión «Muy agradecida» por las flores que le había enviado, me, arrojé sobre la cama e hincé los dientes en la almohada, como si quisiera quedarme inmovilizado e impedirme correr a incumplir mi propósito. ¡Esa irónica serenidad era el resultado de esa respuesta! Mucho mayor que la expresada por la fecha que había añadido a mi tarjeta y que significaba ya un propósito y tal vez un reproche. *Remember*, había dicho Carlos I antes de que le cortaran el cuello, ¡y debía de haber pensado en la fecha de ese día! ¡También yo había exhortado a mi adversaria a recordar y temer!

Fueron cinco días y cinco noches terribles y yo acechaba los amaneceres y los crepúsculos, que significaban fin y principio y acercaban la hora de mi libertad, la libertad de batirme de nuevo por mi amor.

Me preparaba para aquella lucha. Ahora sabía cómo quería mi muchacha que fuera yo. Me resulta fácil recordar los propósitos que concebí entonces, ante todo porque concebí otros idénticos en época más reciente, y también porque los anoté en una hoja de papel que aún conservo. Me proponía volverme más serio. Eso significaba entonces no contar esos chistes que hacían reír y me difamaban, con lo que provocaban el amor de la fea Augusta y el desprecio de mi Ada. Además, estaba el propósito de estar cada mañana a las ocho en mi despacho, que desde hacía tanto no pisaba, no para discutir sobre mis derechos con Olivi, sino para trabajar con él y poder asumir, en su momento, la dirección de mis negocios. Eso debía realizarlo en época más tranquila que ésa, como también debía dejar de fumar más adelante, es decir, cuando hubiera recuperado mi libertad, porque no había por qué empeorar aquel intervalo terrible. Ada se merecía un marido perfecto. Por eso, había concebido también varios propósitos de dedicarme a lecturas serias, y también de pasar cada día media horita en el estrado de esgrima y cabalgar un par de veces a la semana. Las veinticuatro horas de la jornada no eran demasiadas.

Durante aquellos días de separación los celos más amargos fueron mi compañía de todas las horas. Era un propósito heroico el de querer corregirse de todos los defectos a fin de prepararse para conquistar a Ada al cabo de unas semanas. Pero, ¿entretanto? Mientras yo me sometía a la más dura disciplina, ¿se mantendrían tranquilos los demás hombres de la ciudad o intentarían quitarme mi mujer? Entre

ellos había alguno, seguro, que no necesitaba tanto ejercicio para ser aceptado. Yo sabía, creía saber que, cuando Ada hubiera encontrado a quien le convenía, daría el sí sin esperar a enamorarse. Cuando aquellos días me tropezaba con un hombre bien vestido, sano y sereno, lo odiaba, porque me parecía que convenía a Ada. De aquellos días lo que mejor recuerdo son los celos que habían caído como una niebla sobre mi vida.

Ahora que sabemos cómo acabó todo, no podemos reír del atroz temor de verme aquellos días privado de Ada por otro hombre. Cuando vuelvo a pensar en aquellos días de pasión, siento gran admiración por mi alma profética.

Varias veces, de noche, pasé bajo las ventanas de aquella casa. Al parecer, en ella seguían divirtiéndose como cuando yo estaba. A medianoche o poco antes, se apagaban las luces del salón. Escapaba por temor a ser descubierto por algún visitante que debía salir entonces de la casa.

Pero todas las horas de aquellos días fueron angustiosas también por la impaciencia. ¿Por qué no preguntaba nadie por mí? ¿Por qué no se movía Giovanni? ¿No debía asombrarlo no verme ni en su casa ni en el Tergesteo? Entonces, ¿estaba también él de acuerdo con mantenerme alejado? Con frecuencia interrumpía mis paseos de día y de noche para correr a casa a comprobar si alguien había ido a preguntar por mí. No podía irme a la cama con la duda y despertaba a la pobre Maria para preguntárselo. Me quedaba horas esperando en casa, en el lugar donde era más fácil localizarme. Pero nadie preguntó por mí y no cabe duda de que, si no me hubiera decidido a moverme, seguiría soltero.

Una noche fui a jugar al club. Hacía muchos años que no aparecía por allí por respeto a una promesa que había hecho a mi padre. Me parecía que la promesa no podía seguir siendo válida, ya que mi padre no podía haber previsto tales circunstancias más dolorosas ni mi urgente necesidad de distraerme. Al principio gané, con una suerte que me dolió, porque me pareció una compensación por mi mala suerte en el amor. Después perdí y también me dolió porque me pareció que sucumbía al juego como había sucumbido al amor. No tardó en desagradarme el juego: no era digno de mí ni tampoco de Ada. ¡Tan puro me volvía aquel amor!

De aquellos días recuerdo también que los sueños de amor habían quedado aniquilados por aquella realidad tan ruda. Ahora el sueño era muy distinto. Soñaba con la victoria en lugar de con el amor. Mi sueño se vio embellecido una vez por una visita de Ada. Iba vestida de novia y venía conmigo .al altar, pero, cuando nos quedamos solos, no hicimos el amor, ni siquiera entonces. Yo era su marido y había adquirido el derecho a preguntarle: «¿Cómo has podido permitir que me trataran así?» Era el único derecho que me urgía disfrutar.

En un cajón mío encuentro borradores de cartas a Ada, a Giovanni y a la señora Malfenti. Son de aquellos días. A la señora Malfenti le escribía una carta sencilla con la que me despedía antes de emprender un largo viaje. Sin embargo, no

recuerdo que tuviera la intención de viajar: no podía abandonar la ciudad, cuando aún no estaba seguro de que nadie vendría a buscarme. ¡Qué desventura, si hubieran venido y no me hubiesen encontrado! No envié ninguna de aquellas cartas. Es más: creo que sólo las escribí para consignar en el papel mis pensamientos.

Desde hacía muchos años me consideraba enfermo, pero de una enfermedad que hacía sufrir más a los demás que a mí. Entonces fue cuando conocí la enfermedad «doliente», una serie de sensaciones físicas desagradables, que me hicieron muy infeliz.

Se iniciaron así. Hacia la una de la noche, incapaz de conciliar el sueño, me levanté y caminé por la suave noche hasta que llegué a un café de suburbio en el que no había estado nunca, por lo que no encontraría a nadie conocido, lo que me resultaba muy agradable, porque quería continuar en él una discusión con la señora Malfenti comenzada en la cama y en la que no quería que nadie se entremetiera. La señora Malfenti me había hecho reproches nuevos. Decía que yo había intentado «jugar con ventaja» con sus hijas. En realidad, si había intentado algo así, ¡lo había hecho sólo con Ada, desde luego. Me venían sudores fríos al pensar que tal vez en la casa de los Malfenti me hicieran reproches semejantes ahora. El ausente siempre es culpable y podían haber aprovechado mi lejanía para asociarse contra mí. En la viva luz del café me defendía mejor. Desde luego, alguna vez me habría gustado tocar con el pie el de Ada y en cierta ocasión me había parecido incluso haberlo alcanzado, con su consentimiento. Pero después resultó que había apretado el pie de madera de la mesa y ése no podía haber hablado. Fingía interesarme por la partida de billar. Un señor apoyado en una muleta se acercó a mí y vino a sentarse justo a mi lado. Pidió una limonada y, como el camarero esperaba también lo que yo iba a tomar, por distracción pedí también una limonada para mí, a pesar de que no puedo soportar el sabor del limón. Entonces la muleta apoyada en el sofá en que estábamos sentados cayó al suelo y yo me agaché a recogerla con un movimiento casi instintivo.

—¡Oh, Zeno! —dijo el pobre cojo, al reconocerme en el momento en que quería darme las gracias.

—¡Tullio! —exclamé yo sorprendido y tendiéndole la mano. Habíamos sido compañeros de colegio y hacía muchos años que no nos veíamos. Sabía de él que, al acabar el bachillerato, había entrado en un banco, donde ocupaba un buen puesto.

Sin embargo, estaba tan distraído, que de repente le pregunté cómo era que tenía la pierna demasiado corta hasta el punto de necesitar la muleta.

Con el mejor humor, me contó que seis meses antes había enfermado de reumatismo, que había acabado arruinándole la pierna.

Me apresuré a sugerirle numerosas curas. Es el mejor modo de simular sin gran esfuerzo una profunda participación. Las había seguido todas. Entonces le sugerí también:

—¿Y por qué no estás aún en la cama a esta hora? No me parece que te pueda sentar bien exponerte al aire nocturno.

Bromeó bondadoso: consideraba que tampoco a mi podía sentarme bien el aire nocturno y que quien no padecía reumatismo, mientras estuviera vivo, podía atraparlo. El derecho de irse a la cama a primeras horas de la mañana estaba reconocido por la constitución austríaca. Por lo demás, en contra de la opinión general, el calor y el frío no tenían nada que ver con el reumatismo. Él había estudiado su enfermedad; mejor dicho, no hacía otra cosa en este mundo que estudiar sus causas y remedios. Más que de curas había necesitado un largo permiso del banco para poder profundizar dicho estudio. Después me contó que estaba haciendo una cura extraña. Comía todos los días una cantidad enorme de limones. Ese día había tomado treinta, pero esperaba con el ejercicio llegar a tolerar incluso más. Me confió que, según él, los limones eran buenos también para muchas otras enfermedades. Desde que los tomaba, sentía menos molestias por el abuso del tabaco, al que también él estaba condenado.

Yo me estremecí ante la idea de tanto ácido, pero, al instante, tuve una visión un poco más alegre de la vida: los limones no me gustaban, pero, si me hubieran dado la libertad de hacer lo que debía o quería sin perjuicio y liberándome de cualquier otra obligación, también yo habría engullido otros tantos. Libertad completa es la de poder hacer todo lo que se quiere a condición de hacer también algo que no gusta tanto. La auténtica esclavitud es la condena a la abstención: Tántalo y no Hércules.

Después Tullio fingió también estar deseoso de saber cosas de mí. Yo estaba decidido a no contarle nada de mi amor infeliz, pero necesitaba desahogarme. Hablé con tal exageración de mis males (así los denominé y estoy seguro de que eran leves), que acabaron saltándoseme las lágrimas, mientras Tulio iba sintiéndose cada vez mejor al creermé más enfermo que él.

Me preguntó si trabajaba. En la ciudad todo el mundo decía que yo no daba golpe y yo temía que tuviera motivos para envidiarme, cuando, en realidad, en ese instante yo sentía la absoluta necesidad de ser compadecido. ¡Mentí! Le conté que trabajaba en mi despacho, no mucho, pero al menos seis horas al día y que, además, los embrollados negocios heredados de mi padre y de mi madre me ocupaban otras seis horas.

—¡Doce horas! —comentó Tullio, y con sonrisa satisfecha me concedió lo que yo deseaba, su conmiseración—. ¡No es como para envidiarte!

La conclusión era exacta y yo me sentí tan conmovido, que hube de hacer un esfuerzo para que no se me saltaran las lágrimas. Me sentí más desgraciado que

nunca y, en ese morboso estado de auto-compasión, se comprende que estuviera expuesto a trastornos.

Tullio volvió a hablar de su enfermedad, que era también su distracción principal. Había estudiado la anatomía de la pierna y del pie. Me contó riendo que, cuando se camina rápido, el tiempo en que se da un paso no supera el medio segundo y que en ese medio segundo se mueven nada menos que cincuenta y cuatro músculos. Aquello me asombró y al instante pensé en mis piernas y busqué en ellas esa máquina monstruosa. Creo que di con ella. Como es natural, no encontré cincuenta y cuatro artefactos, sino una complicación enorme que se desordenó en cuanto fijé mi atención en ella.

Salí de aquel café cojeando y seguí cojeando durante unos días. Caminar se me había vuelto tarea pesada e incluso levemente dolorosa. Parecía que faltara aceite a esa maraña de mecanismos y que, al moverse, se dañaban unos a otros. Pocos días después, me aquejó un mal más grave, del que luego hablaré y que disminuyó el primero. Pero aún hoy, cuando escribo esto, si alguien me mira, cuando me muevo, los cincuenta y cuatro movimientos se obstaculizan unos a otros y estoy a punto de caer.

También esa afección se la debo a Ada. Muchos animales caen presa de los cazadores o de otros animales, cuando están en celo. Yo fui entonces presa de la enfermedad y estoy seguro de que, si hubiera sabido lo de la máquina monstruosa en otro momento, no habría sufrido daño alguno.

Unos apuntes en una hoja de papel que conservé me recuerdan otra extraña aventura de aquella época. Además de la anotación de un último cigarrillo acompañada de la expresión de confianza en poder curar de la enfermedad de los cincuenta y cuatro movimientos, hay un ensayo de poesía... sobre una mosca. Si no lo supiera, creería que esos versos se deben a una señorita candida que habla de tú a los insectos a los que canta, pero, en vista de que los compuse yo, debo creer que, si yo he pasado por eso, a todo el mundo puede ocurrirle lo mismo.

Así fue como nacieron esos versos. Había vuelto a casa a las tantas de la noche y, en lugar de acostarme, me había dirigido a mi estudio, donde había encendido el gas. Junto a la luz una mosca se puso a atormentarme. Conseguí darle un golpe, pero leve para no ensuciarme. La olvidé, pero después la vi recuperarse en el centro de la mesa. Estaba quieta, de pie y parecía más alta que antes, porque una de sus patitas había quedado anquilosada y no podía doblarse. Con las dos patitas posteriores se alisaba perseverante las alas. Intentó moverse, pero cayó de espaldas. Se alzó y volvió obstinada a su perseverante tarea.

Entonces escribí esos versos, asombrado de haber descubierto que ese pequeño organismo abrumado por tamaño dolor fuera guiado en su gigantesco esfuerzo por dos errores: ante todo, alisándose las alas, que no estaban heridas, con tanta obstinación, el insecto revelaba no saber de qué órgano procedía su dolor; además,

la perseverancia de su esfuerzo demostraba que en su minúscula inteligencia había la confianza fundamental en qué la salud corresponde a todos y que ha de volver sin lugar a dudas, cuando nos ha abandonado. Eran errores que se pueden excusar con facilidad en un insecto cuya vida dura sólo una estación y no tiene tiempo de acumular la experiencia.

Pero llegó el domingo. Se cumplía el quinto día desde mi última visita a la casa de los Malfenti. Yo, que trabajo tan poco, siempre he conservado un gran respeto por el día festivo que divide la vida en períodos breves y la vuelve más soportable. Aquel día festivo concluía también para mí una semana dura y tenía motivos para disfrutarlo. No cambié en nada mis planes, pero por aquel día carecían de validez e iba a visitar de nuevo a Ada. No iba a comprometer con palabra alguna dichos planes, pero debía volver a verla porque existía también la posibilidad de que las cosas hubieran cambiado ya a mi favor y en ese caso habría sido grave perjuicio sufrir sin objeto.

Por eso, a mediodía, con toda la rapidez que mis pobres piernas me permitían, corrí a la ciudad y a la calle que, según sabía, debían recorrer la señora Malfenti y sus hijas de vuelta de misa. Era una fiesta llena de sol y, mientras caminaba, pensé que tal vez en la ciudad me aguardase la novedad esperada, ¡el amor de Ada!

No fue así, pero por otro instante tuve la ilusión de que sí. La fortuna me favoreció de modo increíble. Me tropecé con Ada, que iba sola. Me faltó la respiración y estuve a punto de caerme. ¿Qué hacer? Mi propósito exigía que me hiciera a un lado y la dejara pasar con un saludo comedido. Pero en mi cabeza hubo un poco de confusión porque antes había habido otros propósitos y recordaba aquel según el cual debía hablar claro y saber de sus labios mi destino. No me hice a un lado y, cuando ella me saludó como si hiciera cinco minutos que nos habíamos separado, me puse a su lado.

Ella me había dicho:

—¡Buenos días, señor Cosini! Tengo un poco de prisa.

Y yo:

—¿Me permite que la acompañe por un rato?

Aceptó sonriendo. Pero, entonces, ¿debía yo hablar? Añadió que iba derecha a su casa, por lo que comprendí que sólo disponía de cinco minutos para hablar y aún de ese tiempo perdí una parte calculando si bastaría para las importantes cosas que debía decirle. Mejor no decirle nada que decirle sólo una parte. Me confundía también el hecho de que en aquel entonces y en nuestra ciudad, para una muchacha era ya una acción comprometedoras la de dejarse acompañar por la calle de un joven. Ella me lo permitía. ¿No podía contentarme con eso? Mientras tanto la miraba, intentando sentir de nuevo entero mi amor, ensombrecido por la ira y la duda. ¿Tendría al menos mis sueños de nuevo? Me parecía pequeña y grande a un tiempo, en la armonía de sus líneas. Los sueños regresaban en tropel también junto

a ella, real. Era mi forma de desear y me entregué a ella con intensa alegría. Desaparecía de mi ánimo cualquier rastro de ira o de rencor.

Pero detrás de nosotros se oyó una invocación vacilante:

—¿Me permite, señorita?

Me volví indignado. ¿Quién osaba interrumpir las explicaciones que aún no había yo iniciado? Un jovencito imberbe, moreno y pálido, la miraba con ojos ansiosos. A mi vez, miré a Ada con la insensata esperanza de que invocase mi ayuda. Habría bastado una señal de ella para que me hubiera arrojado sobre aquel individuo a preguntarle la razón de su audacia. Y ojalá hubiese insistido. Mis males habrían quedado curados al instante, si se me hubiera permitido abandonarme a una brutal acción de fuerza.

Pero Ada no hizo esa señal. Con una sonrisa espontánea, porque alteraba levemente el dibujo de las mejillas y de la boca pero también la luz del ojo, le tendió la mano:

—¡El señor Guido!

Ese nombre me hizo daño. Poco antes, ella me había llamado por el apellido.

Miré mejor a aquel señor Guido. Iba vestido con una elegancia rebuscada y llevaba en la mano derecha, enguantada, un bastón con mango de marfil larguísimo, que yo no habría llevado ni aunque me hubieran pagado para ello una suma por cada kilómetro. No me reproché haber podido ver en semejante persona una amenaza para Ada. Hay picaros que visten con elegancia y llevan también bastones semejantes.

La sonrisa de Ada me devolvió a las relaciones mundanas más comunes. Ada hizo la presentación. ¡Y yo también sonreí! La sonrisa de Ada recordaba un poco al encrespamiento de un agua límpida rozada por una brisa ligera. También la mía recordaba a semejante movimiento, pero producido por una piedra arrojada al agua.

Se llamaba Guido Speier. Mi sonrisa se volvió más espontánea porque al instante se me presentaba la ocasión de decirle algo desagradable:

—¿Es usted alemán?

Me dijo cortés que reconocía que por el nombre todo el mundo podía considerarlo tal. Pero, en realidad, los documentos de su familia probaban que era italiana desde hacía varios siglos. Hablaba italiano con gran naturalidad, mientras que Ada y yo estábamos condenados a nuestro dialectucho.

Lo miraba para mejor oír lo que decía. Era un joven guapísimo: los labios entornados de modo natural dejaban ver una boca de dientes blancos y perfectos. Sus ojos eran vivaces y expresivos y, cuando se había descubierto, yo había podido ver que sus cabellos morenos y un poco rizados cubrían todo el espacio que la madre naturaleza les había destinado, mientras que gran parte de mi cabeza se había visto invadida por la frente.

Yo lo habría odiado aun cuando Ada no hubiera estado presente, pero sufría por aquel odio e intenté atenuarlo. Pensé: «Es demasiado joven para Ada.» Y después pensé que la confianza y amabilidad con que ella lo trataba debían de deberse a una orden del padre. Tal vez fuera un hombre importante para los negocios de Malfenti y a mí me había parecido que en casos así toda la familia estaba obligada a la colaboración. Le pregunté:

—¿Se va a establecer usted en Trieste?

Me respondió que hacía un mes que se encontraba en la ciudad y que iba a abrir una casa comercial. ¡Respiré! Podía haber adivinado.

Yo caminaba cojeando, pero sin demasiado embarazo, al ver que nadie lo advertía. Miraba a Ada e intentaba olvidar todo lo demás, incluido el otro que nos acompañaba. En el fondo, soy el hombre del presente y no pienso en el futuro, cuando éste no oscurece el presente con sombras evidentes. Ada caminaba entre nosotros y llevaba en la cara, estereotipada, una vaga expresión de alegría que casi llegaba a sonrisa. Esa alegría me parecía nueva. ¿Para quién era esa sonrisa? ¿No para mí, a quien ella no veía desde hacía tanto tiempo?

Presté oído a lo que se decían. Hablaban de espiritismo y me enteré al instante de que Guido había introducido en la casa de los Malfenti la mesa parlante.

Ardía en deseos de asegurarme de que la dulce sonrisa que vagaba por los labios de Ada era para mí e intervine en la conversación improvisando una historia de espíritus. Ningún poeta habría podido improvisar con pie forzado mejor que yo. Cuando aún no sabía adonde iría a parar, comencé declarando que ahora también yo creía en los espíritus por una historia que me había sucedido el día antes en esa misma calle... mejor dicho, ¡no!... en la paralela. Después dije que también Ada había conocido al profesor Bertini que había muerto poco antes en Florencia, donde se había establecido al jubilarse. Nos enteramos de su muerte por una breve noticia aparecida en un periódico local que yo había olvidado, hasta el punto de que, cuando pensaba en el profesor Bertini, lo veía pasear por el Parque de las Cascine en su merecido descanso. Ahora bien, el día antes, en un punto que precisé de la calle paralela, se me acercó un señor que me conocía y que yo estaba convencido de conocer. Tenía andares muy curiosos, de mujer bajita que se contonea para abrirse paso...

—¡Exacto! ¡Podía ser Bertini! —dijo Ada riendo. La risa era por mí y continué alentado:

—Yo sabía que lo conocía, pero no conseguía recordarlo. Hablamos de política. Era Bertini porque dijo tantos disparates propios de él, con su voz de oveja...

—¡Así era su voz! —dijo Ada riendo de nuevo y mirándome ansiosa para oír el final.

—¡Sí! Debía de ser Bertini —dije yo fingiendo espanto con el arte de ese gran actor desaprovechado que hay en mí—. Me estrechó la mano para despedirse y se

fue contoneándose. Lo seguí unos pasos intentando recordar. Hasta haberlo perdido de vista no me di cuenta de haber estado hablando con Bertini. ¡Con Bertini que había muerto hacía un año!

Poco después Ada se detuvo ante el portal de su casa. Al tiempo que le estrechaba la mano, dijo a Guido que lo esperaba aquella tarde. Después, me dijo también a mí, al despedirse, que, si no temía aburrirme, fuese aquella tarde a su casa a hacer bailar el velador.

No respondí ni le di las gracias. Tenía que analizar la invitación antes de aceptarla. Me parecía que había sonado como un acto de cortesía obligada. Mira por dónde, tal vez el día festivo acabaría para mí con aquel encuentro. Pero quise mostrarme cortés para dejarme abiertos todos los caminos, hasta el de aceptar aquella invitación. Le pregunté por Giovanni, con quien tenía que hablar. Me respondió que lo encontraría en su despacho adonde se había dirigido a causa de un asunto urgente.

Guido y yo nos detuvimos un instante a mirar por detrás la elegante figurita que desaparecía en la oscuridad del zaguán de la casa. No sé lo que pensaría Guido en aquel momento. En cuanto a mí, me sentía desgraciadísimo. ¿Por qué no me había hecho esa invitación a mí y después a Guido?

Volvimos juntos sobre nuestros pasos, casi hasta el punto en que nos habíamos encontrado con Ada. Guido, cortés y desenvuelto (precisamente la desenvoltura era lo que yo más envidiaba en los demás) volvió a hablar de esa historia que yo había improvisado y él se tomaba en serio. Pero, en realidad, de cierta esa historia sólo tenía esto: en Trieste, aun después de muerto Bertini, vivía una persona que decía disparates, caminaba de un modo que parecía se moviese sobre la punta de los pies y tenía también una voz extraña. La había conocido por aquellos días y, por un momento, me había recordado a Bertini. No me desagradaba que Guido se rompiera la cabeza estudiando esa invención mía. Estaba decidido a no odiarlo porque para los Malfenti no era otra cosa que un comerciante importante; pero me era antipático por su elegancia rebuscada y su bastón. Mejor dicho, me resultaba tan antipático, que no veía el momento de librarme de él. Lo oí concluir:

—También es posible que la persona con la que usted habló fuese mucho más joven que Bertini, caminara como un granadero y tuviese voz viril y que su semejanza con él se limitara a los disparates. Eso habría bastado para fijar el pensamiento de usted en Bertini. Pero, para admitirlo, habría que creer también que usted es una persona muy distraída.

No quise ayudarlo en sus esfuerzos:

—¿Distraído yo? ¡Qué idea! Soy un hombre de negocios. ¿Qué sería de mí, si fuera distraído?

Después pensé que estaba perdiendo el tiempo. Quería ver a Giovanni. Ya que había visto a su hija, podría ver también al padre, que era mucho menos importante. Debía apresurarme, si quería encontrarlo aún en su despacho.

Guido seguía cavilando sobre la parte de un milagro que se podía atribuir a la distracción de quien lo hace o de quien lo presencia. Yo quise despedirme y mostrarme por lo menos tan desenvuelto como él. A eso se debió mi apresuramiento para interrumpirlo y despedirme de él muy semejante a la grosería: —Para mí los milagros existen y no existen. No hay que complicarlos con demasiadas historias. Hay que creerlos o no creerlos y en ambos casos son muy simples.

Yo no quería mostrarme antipático con él, hasta el punto de que con mis palabras me parecía nacerle una concesión, dado que soy un positivista convencido y no creo en los milagros. Pero era una concesión hecha con mal humor.

Me alejé cojeando más que nunca y confié en que Guido no sintiera la necesidad de mirarme por detrás.

Era de todo punto necesario que hablase con Giovanni. Al menos me explicaría cómo debía comportarme aquella tarde. Ada me había invitado, y por el comportamiento de Giovanni podría comprender si debía seguir esa invitación y no recordar más bien que dicha invitación contravenía a la voluntad expresa de la señora Malfenti. En mis relaciones con aquella gente era necesaria la claridad y, si para dármela, no bastaba el domingo, a ello dedicaría el lunes también. Seguía incumpliendo mis propósitos sin darme cuenta. Al contrario: me parecía que ponía en practica una resolución tomada al cabo de cinco días de meditación. Así llamaba mi actividad de esos días.

Giovanni me recibió con un saludo sonoro, que me animó, y me invitó a tomar asiento en una butaca pegada a la pared de enfrente de su mesa.

—¡Cinco minutos! ¡En seguida estoy con usted! —Y al instante añadió—: Pero, ¿cojea usted?

Me ruboricé. Sin embargo, me sentía inspirado para la improvisación y le dije que había resbalado al salir del café, y cité precisamente el café donde me había sucedido ese accidente. Temí que pudiera atribuir mi caída al ofuscamiento producido por el alcohol y añadí riendo el detalle de que cuando caí me encontraba en compañía de una persona aquejada de reumatismo y que cojeaba.

Un empleado y dos mozos se encontraban de pie junto a la mesa de Giovanni. Debía de haberse producido algún error en una entrega de mercancías y Giovanni estaba haciendo una de sus rudas intervenciones en el funcionamiento de su almacén, del que raras veces se ocupaba, pues quería tener la cabeza despejada para hacer —como él decía— lo que ningún otro podía hacer por él. Gritaba más que de costumbre, como si quisiera dejar grabadas sus disposiciones en los oídos

de sus dependientes. Creo que se trataba de establecer el modo como debían desarrollarse las relaciones entre la oficina y el almacén.

—Este papel —gritaba Giovanni, al tiempo que se pasaba de la mano derecha a la izquierda un papel que había sacado de un libro— lo firmas tú y el empleado que lo reciba te dará otro idéntico firmado por él.

Miraba a la cara a sus interlocutores ora a través de las gafas ora por encima de ellas y concluyó con otro grito:

—¿Habéis comprendido?

Quería reanudar sus explicaciones desde el principio, pero a mí me parecía que iba a perder demasiado tiempo. Tenía la curiosa sensación de que apresurándome podría luchar mejor por Ada, si bien después advertí con gran sorpresa que nadie me esperaba y que yo no esperaba a nadie ni tenía nada que hacer. Fui hacia Giovanni con la mano tendida:

—Voy a su casa esta tarde.

Él se me unió al instante, mientras los otros se hacían a un lado.

—¿Por qué no lo vemos desde hace tanto tiempo? —preguntó con sencillez.

Me quedé tan asombrado, que no supe qué decir. Ésa era precisamente la pregunta que Ada no me había formulado y a la que tenía derecho. Si no hubieran estado los otros, habría hablado con sinceridad a Giovanni, quien me había hecho esa pregunta y me había demostrado su inocencia en lo que yo ahora sentía como una conjura contra mí. Él era el único inocente y merecía mi confianza.

Tal vez entonces no pensara con tanta claridad, como lo demuestra el hecho de que no tuviera paciencia para esperar a que el empleado y los mozos se alejaran. Además, quería averiguar si tal vez la llegada inesperada de Guido le había impedido a Ada hacerme dicha pregunta.

Pero también Giovanni me impidió hablar, pues manifestó tener que volver corriendo a su trabajo.

—Entonces nos vemos esta tarde. Oirá a un violinista como no ha oído en su vida. Se presenta como un aficionado al violín sólo porque tiene tanto dinero, que no lo toca profesionalmente. Tiene intención de dedicarse al comercio. —Se encogió de hombros en señal de desprecio—. Yo, a pesar de que me gusta el comercio, en su caso sólo vendería notas. No sé si lo conoce usted. Se llama Guido Speier.

—¿Ah, sí? —dije simulando alegrarme, sacudiendo la cabeza y abriendo la boca, en resumen, moviendo todo lo que podía accionar con la voluntad. Así, pues, ¿ese apuesto jovencito sabía también tocar el violín?—. ¿Tan bien, de verdad? — Esperaba que Giovanni hubiera bromeado y con la exageración de sus elogios hubiese querido dar a entender que lo único que hacía Guido era torturarlo con su violín. Pero seguía sacudiendo la cabeza con gran admiración.

Le estreché la mano:

—¡Hasta luego!

Me dirigí a la puerta cojeando. Me detuvo una duda. Tal vez fuera mejor no aceptar aquella invitación, en cuyo caso debía avisar de ello a Giovanni. Me volví para regresar hasta él, pero entonces advertí que me miraba con gran atención, inclinado hacia adelante para verme mejor. ¡Eso no lo pude soportar y me fui!

¡Un violinista! Si era cierto que tocaba tan bien, yo era sencillamente un hombre destruido. Si por lo menos yo no hubiese tocado ese instrumento o no me hubiera dejado inducir a tocarlo en casa de los Malfenti. Había llevado el violín a aquella casa no para conquistar con mi música el corazón de la gente, sino como pretexto para prolongar las visitas. ¡Había sido un idiota! ¡Habría podido usar tantos pretextos menos comprometedores!

Nadie podrá decir que yo me hago ilusiones sobre mí mismo. Sé que tengo alto sentido musical y no es por afectación por lo que busco la música más compleja; pero mi propio sentido musical me advierte y me advirtió desde hace años que nunca llegaré a tocar de tal modo, que dé placer a quien me escuche. Si, aun así, sigo tocando, lo hago por la misma razón por la que sigo curándome. Podría tocar bien, si no estuviera enfermo, y corro tras la salud hasta cuando estoy estudiando el equilibrio sobre las cuatro cuerdas. En mi organismo hay una leve parálisis, y con el violín se revela por completo, razón por la que parece más fácil de curar. Hasta la persona más torpe, cuando sabe lo que son los tresillos, los cuartillos y los sextillos, sabe pasar de unos a otros con exactitud rítmica, igual que sus ojos saben pasar de un color a otro. En cambio, yo, cuando he hecho una de esas figuras, se me pega y no puedo librarme de ella, por lo que se cuele en la figura siguiente y la deforma. Para dar el tiempo exacto a las notas, tengo que seguir el compás con los pies y con la cabeza, pero entonces adiós desenvoltura, adiós serenidad, adiós música. La música que procede de un organismo equilibrado es ella misma el tiempo que crea y agota. Cuando yo lo haga así, estaré curado.

Por primera vez pensé en abandonar la partida, salir de Trieste e irme a otro sitio en busca de distracción. No había nada que esperar. Había perdido a Ada. ¡Estaba seguro de ello! ¿Acaso no sabía que se casaría con un hombre tras haberlo estudiado y valorado como si se tratara de concederle una condecoración académica? Me parecía ridículo, porque, desde luego, entre seres humanos, el violín no podía contar a la hora de elegir marido, pero eso no me salvaba. Yo sentía la importancia de esa música. Era tan decisiva como entre los pájaros cantores.

Me encerré en mi estudio, ¡y el día festivo para los demás aún no había acabado! Saqué el violín del estuche, sin decidirme entre hacerlo pedazos o tocarlo. Después lo probé como si quisiera darle el último adiós y, al final, me puse a estudiar al eterno Kreutzer. En esa misma postura había hecho recorrer tantos kilómetros a mi arco, que con mi desorientación me puse de nuevo a recorrer maquinalmente otros más.

Todos los que se dedican a esas malditas cuatro cuerdas saben que, mientras se vive aislado, se cree que cada pequeño esfuerzo aporta un progreso correspondiente. Si no fuese así, ¿quién aceptaría someterse a esos trabajos forzados sin fin, como si hubiera tenido la desgracia de matar a alguien? Al cabo de un rato me pareció que mi lucha con Guido no estaba perdida definitivamente. ¿Quién sabe si no tendría ocasión de intervenir entre Guido y Ada con un violín victorioso?

No era presunción, sino mi optimismo habitual, del que nunca he podido librarme. Todas las amenazas de desventura me aterran al principio, pero al instante las olvido con la confianza más segura de poder evitarlas. Además, en aquel caso lo único necesario era volver más benévolo mi juicio sobre mis aptitudes de violinista. En las artes en general se sabe que el juicio seguro resulta de la comparación, que en aquel caso faltaba. Y, además, el violín de uno resuena tan cerca del oído, que tarda poco en llegar al corazón. Cuando, cansado, dejé de tocar, me dije:

—Bravo, Zeno, te has ganado el pan.

Sin la menor vacilación, me dirigí a casa de los Malfenti. Había aceptado la invitación y ahora no podía faltar. Me pareció buen augurio que la doncella me recibiera con una sonrisa amable y la pregunta de si había estado enfermo por no haber venido desde hacía tanto tiempo. Le di una propina. Por sus labios toda la familia, cuya representante era ella, me hacía esa pregunta.

Me condujo hasta el salón, que estaba inmerso en la oscuridad más profunda. Al llegar procedente de la plena luz de la antesala, por un momento no vi nada y no me atreví a moverme. Después descubrí varias figuras dispuestas en torno a un velador, en el fondo del salón, bastante lejos de mí.

Me saludó la voz de Ada, que en la oscuridad me pareció sensual. Sonriente, una caricia:

—¡Siéntese ahí y no turbe a los espíritus! —Si seguía así, no los turbaría, desde luego.

Desde otro punto de la periferia del velador resonó otra voz, de Alberta o tal vez de Augusta:

—Si quiere participar en la evocación, aquí hay un sitio libre.

Yo estaba decidido a no dejarme arrinconar y avancé resuelto hacia el punto de donde había procedido el saludo de Ada. Choqué con la rodilla contra el ángulo de aquel velador veneciano, que era todo ángulos. Me produjo un dolor intenso, pero no me arredré y fui a caer sobre un asiento que me ofrecía no sabía quién, entre dos muchachas, una de las cuales, la que estaba a mi derecha, pensé que era Ada y la otra Augusta. Al instante, para evitar cualquier contacto con ésta, me incliné hacia la otra. Sin embargo, tuve la duda de si me equivocaría y pregunté a la vecina de la derecha para oír su voz:

—¿Habéis tenido ya alguna comunicación con los espíritus?

Guido, que me pareció estar sentado enfrente de mí, me interrumpió. Gritó imperioso:

—¡Silencio!

Después, más bajo:

—Concéntrense y piensen intensamente en el muerto que deseen evocar.

Yo no siento ninguna aversión hacia los intentos de cualquier índole de explorar el mundo del más allá. Me fastidiaba incluso no haber sido yo quien introdujera en casa de Giovanni esa mesita, ya que tenía tanto éxito. Pero no sentía el menor deseo de obedecer las órdenes de Guido, por lo que no me concentré en absoluto. Después, como me había hecho tantos reproches por haber dejado que las cosas llegaran a ese punto sin haber dicho una palabra clara a Ada, y ya que tenía a la muchacha a mi lado en aquella oscuridad tan favorable, iba a aclararlo todo. Sólo me retenía la dulzura de tenerla tan cerca de mí después de temer haberla perdido para siempre. Intuía la suavidad de las tibias telas que rozaban mi ropa y pensaba también que, así apretados uno contra la otra, mi pie tocaba el suyo diminuto que, según sabía yo, por las tardes llevaba una botita lacada. Era demasiado incluso después de un martirio tan largo.

De nuevo habló Guido:

—Se lo ruego, concéntrense. Pidan ahora al espíritu al que han invocado que se manifieste moviendo la mesita.

Me gustaba que él siguiese ocupándose de la mesita. Ahora era evidente que Ada se resignaba a soportar casi todo mi peso. Si no me hubiera amado, no lo habría hecho. Había llegado el momento de la claridad. Separé la mano derecha de la mesita y despacito le rodeé la cintura con el brazo:

—¡La amo, Ada! —dije en voz baja y acercando mi cara a la suya para que me oyera mejor.

La muchacha no respondió al instante. Después, con un soplo de voz, la de Augusta, me dijo:

—¿Por qué no ha venido durante tanto tiempo?

La sorpresa y el desagrado casi me hicieron caer de mi asiento. Al instante comprendí que, si por fin debía eliminar esa molesta muchacha de mi destino, debía tratarla también con la consideración que un buen caballero, como yo soy, debe tener para con la mujer que lo ama, aun cuando sea la más fea que haya existido en la creación. ¡Cómo me amaba! En mi dolor sentí su amor. No podía ser sino el amor lo que le había sugerido no decirme que no era Ada, sino hacer la pregunta que en vano había yo esperado de ésta y que, desde luego, estaba lista para hacerme en cuanto volviera a verme.

Seguí un instinto y no respondí a su pregunta, sino que, tras una breve vacilación, le dije:

—De todos modos, ¡me alegro de haberme confiado a usted, Augusta, a quien considero tan buena!

Volví a recuperar el equilibrio sobre mi trípode. No podía aclarar las cosas con Ada, pero al menos lo había hecho del todo con Augusta. Ya no podía haber otros malentendidos.

Guido advirtió de nuevo:

—Si no quieren estar callados, ¡no tiene objeto pasar el tiempo aquí a oscuras!

Él no lo sabía, pero yo necesitaba aún un poco más de oscuridad que me aislara y me permitiese concentrarme. Había descubierto mi error y el único equilibrio que había recobrado era el del asiento.

Iba a hablar con Ada, pero a la luz. Sospeché que a mi izquierda no se encontraba ella, sino Alberta. ¿Cómo asegurarme de ello? La duda me hizo casi caer hacia la izquierda, y, para recuperar el equilibrio, me apoyé en la mesita. Todos se pusieron a gritar:

—¡Se mueve, se mueve!

Mi involuntaria acción habría podido conducirme a la claridad. ¿De dónde procedía la voz de Ada? Pero Guido, cubriendo con su voz la de todos, impuso el silencio que yo, con tanto gusto, le habría impuesto a él. Después, con voz distinta, suplicante (¡imbécil!), habló con el espíritu que creía presente:

—Te lo ruego, ¡di tu nombre designando las letras de acuerdo con nuestro alfabeto!

Preveía todo: temía que el espíritu recordara el alfabeto griego.

Yo continué la comedia, sin dejar de explorar la oscuridad en busca de Ada. Tras una leve vacilación, hice levantar la mesita siete veces, con lo que salió la letra G. La idea me pareció buena y, aunque la U que seguía requería innumerables movimientos, dicté con claridad el nombre de Guido. No me cabe duda de que, al dictar su nombre, me guió el deseo de relegarlo entre los espíritus.

Cuando el nombre de Guido quedó acabado, Ada habló por fin:

—¿Un antepasado suyo? —sugirió. Estaba sentada justo al lado de él. Me habría gustado mover la mesita para interponerla entre los dos y separarlos.

—¡Puede ser! —dijo Guido—. Creía tener antepasados, pero no me daba miedo. Su voz estaba alterada por una emoción auténtica, que me dio la alegría experimentada por un espadachín al advertir que el adversario es menos temible de lo que creía. No hacía aquellos experimentos a sangre fría en absoluto. ¡Era un auténtico imbécil! Todas las debilidades encontraban con facilidad mi indulgencia, pero la suya no.

Después se dirigió al espíritu:

—Si te llamas Speier, haz un solo movimiento. De lo contrario, mueve la mesita dos veces.

Puesto que quería tener antepasados, lo complacé moviendo la mesita una sola vez.

—¡Mi abuelo! —murmuró Guido.

Después la conversación con el espíritu prosiguió con mayor rapidez. Se le preguntó si quería dar noticias. Respondió que sí. ¿De negocios o de otra cosa? ¡De negocios! Se prefirió esta respuesta sólo porque para darla bastaba mover el velador una sola vez. Guido preguntó después si se trataba de noticias buenas o malas. Las malas debían ir señaladas con dos movimientos y yo —esa vez sin la menor vacilación— quise mover la mesa por dos veces. Pero a la hora de realizar el segundo movimiento encontré resistencia, por lo que debía de haber alguien deseoso de que las noticias fueran buenas. ¿Ada, tal vez? Para producir ese segundo movimiento, ¡me arrojé sin vacilar sobre el velador y lo conseguí fácilmente! ¡Las noticias eran malas!

A causa del forcejeo, el segundo movimiento resultó excesivo y desequilibró a todo el grupo.

—¡Qué extraño! —murmuró Guido. Después gritó decidido—: ¡Basta! ¡Basta! ¡Aquí hay alguien divirtiéndose a nuestra costa!

Fue una orden a la que muchos obedecieron al mismo tiempo y el salón se vio inundado al instante por la luz encendida en varios puntos. ¡Guido me pareció pálido! Ada se engañaba en relación con ese individuo y yo le abriría los ojos.

En el salón, además de las tres muchachas, estaban la señora Malfenti y otra señora, cuya vista me inspiró turbación y malestar porque se trataba, según creí, de la tía Rosina. Por razones diferentes, saludé a las dos señoras con sequedad.

Lo curioso es que me había quedado ante el velador, sólo junto a Augusta. Era un nuevo compromiso, pero no me veía con fuerzas para acompañar a todos los demás, que rodeaban a Guido, quien con cierta vehemencia explicaba haber comprendido que no era un espíritu quien movía el velador, sino un malicioso de carne y hueso. No Ada, sino él mismo había sido quien había intentado frenar el velador, que se había vuelto demasiado charlatán. Decía:

—He retenido el velador con todas mis fuerzas para impedir que se moviese la segunda vez. Alguien ha debido de arrojar sobre él para vencer mi resistencia.

Bonito espiritismo el suyo: ¡un esfuerzo potente no podía proceder de un espíritu! Miré a la pobre Augusta para ver qué aspecto tenía después de haber recibido mi declaración de amor por su hermana. Estaba muy roja, pero me miraba con una sonrisa benévola. Sólo entonces se decidió a confirmar que había oído la declaración:

—¡No se lo diré a nadie! —me dijo en voz baja.

Eso me gustó mucho.

—Gracias —murmuré, al tiempo que le estrechaba la mano, bastante grande pero perfectamente modelada. Estaba dispuesto a llegar a ser un buen amigo para Augusta, mientras que antes eso no habría sido posible, porque yo no sé ser amigo de las personas feas. Pero sentía cierta simpatía por su talle, y que había estrechado

y me había parecido más fino de lo que había creído. También su cara era discreta y sólo parecía deforme a causa de ese ojo que seguía un camino extraviado. Desde luego, yo había exagerado esa deformidad, al considerar que se extendía hasta el muslo.

Habían traído una limonada para Guido. Me acerqué al grupo que seguía rodeándolo y me tropecé con la señora Malfenti, que se separaba de él. Riendo con ganas, le pregunté:

—¿Necesita un tónico? —Ella hizo un leve movimiento de desprecio con los labios:

—¡No parece un hombre! —dijo con claridad.

Confié en que mi victoria pudiera tener una importancia decisiva. Ada no podía pensar de modo distinto que su madre. La victoria me produjo al instante el efecto que no podía dejar de ejercer sobre un hombre como yo. Me desapareció el rencor y no quise que Guido siguiese sufriendo. Desde luego, el mundo sería menos agrio, si hubiera muchos como yo.

Me senté a su lado y, sin mirar a los demás, le dije:

—Debe excusarme, señor Guido. Me he permitido una broma de mal gusto. He sido yo quien ha hecho declarar al velador que era movido por un espíritu con el nombre de usted. No lo habría hecho, si hubiera sabido que también el abuelo de usted se llamaba así.

Guido reveló en su cara, que se iluminó, la importancia que tenía para él mi comunicación. Sin embargo, no quiso reconocerlo y me dijo:

—¡Estas señoras son demasiado buenas! No necesito el menor consuelo. La cosa no tiene la menor importancia. Le agradezco su sinceridad, pero yo ya había adivinado que alguien se había puesto la pe luca de mi abuelo.

Rió satisfecho, al tiempo que me decía:

—¡Es usted muy fuerte! Debería haber adivinado que quien movía el velador era el otro hombre de la reunión.

En efecto, me había mostrado más fuerte que él, pero pronto hube de sentirme más débil que él. Ada me miraba con cara de pocos amigos y me atacó con sus hermosas mejillas inflamadas:

—Lamento por usted que se haya podido creer autorizado a gastar una broma semejante.

Me faltó el aliento y balbucí:

—¡Ha sido en broma! Creía que ninguno de nosotros se tomaba en serio esa historia del velador.

Era un poco tarde para atacar a Guido; más aún: si yo hubiera tenido un oído sensible, habría percibido que nunca más podría ser mía la victoria en una lucha con él. La ira que Ada me mostraba era muy significativa. ¿Cómo no entendí que ya era del todo suya? Pero yo me aferraba a la idea de que él no la merecía porque

no era el hombre que ella buscaba con sus serios ojos. ¿No lo había notado incluso la señora Malfenti?

Todos me apoyaron, con lo que agravaron mi situación. Sin embargo, la tía Rosina seguía estremeciéndose de risa y decía admirada:

—¡Una broma magnífica!

Me desagradó que Guido se mostrara tan amistoso. Claro, a él sólo le importaba asegurarse de que las malas noticias que le había dado el velador no las hubiera traído un espíritu. Me dijo:

—Apuesto a que al principio no ha movido el velador a propósito. Lo habrá movido la primera vez sin querer y sólo después habrá decidido moverlo con malicia. Así la cosa seguiría teniendo cierta importancia, es decir, sólo hasta el momento en que ha decidido sabotear su inspiración.

Ada se volvió y me miró con curiosidad. Estaba a punto de manifestar a Guido una devoción excesiva perdonándome porque Guido me había concedido su perdón. Se lo impedí:

—¡De ningún modo! —dije decidido—. Estaba cansado de esperar a los espíritus que no querían venir y he ocupado su lugar para divertirme.

Ada me volvió la espalda y arqueó los hombros de tal modo, que tuve la sensación enteramente de haber recibido una bofetada. Me pareció que hasta los ricitos de su nuca significaban desprecio.

Como siempre, en lugar de mirar y escuchar, estaba absorto en mi propio pensamiento. Me angustiaba que Ada se comprometiera horriblemente. Me producía un dolor intenso, como ante la revelación de que mi mujer me traicionaba. A pesar de esas manifestaciones de afecto hacia Guido, aún podía ser mía, pero sentía que no le perdonaría nunca su actitud. ¿Es mi pensamiento demasiado lento como para poder seguir los acontecimientos que se desarrollan sin esperar a que en mi cerebro se hayan borrado las impresiones en él dejadas por los anteriores? Sin embargo, yo debía seguir el camino que me marcaba mi propósito. Una auténtica obstinación ciega. Quise incluso fortalecer mi propósito exponiéndolo una vez más. Me acerqué a Augusta, que me miraba ansiosa con una sincera sonrisa alentadora en la cara y le dije serio y apesadumbrado:

—Tal vez sea la última vez que vengo a su casa porque esta noche misma voy a declarar mi amor a Ada.

—No debe hacerlo —me dijo en tono de súplica—. ¿No se da cuenta de lo que sucede? Sentiría verlo sufrir por eso.

Seguía interponiéndose entre Ada y yo. Le dije, para contrariarla:

—Voy a hablar con Ada, porque debo hacerlo. Ahora bien, su respuesta me es del todo indiferente.

Volví a acercarme cojeando a Guido. Al llegar a su lado, encendí un cigarrillo, al tiempo que me miraba a un espejo. Me vi muy pálido, lo que para mí es una razón

para palidecer aún más. Me esforcé por sentirme mejor y parecer despreocupado. Con el doble esfuerzo, mi mano, distraída, cogió el vaso de Guido. Tras haberlo cogido, no supe hacer cosa mejor que vaciarlo.

Guido se echó a reír:

—Así sabrá todos mis pensamientos porque hace poco también yo he bebido de ese vaso.

Siempre me ha desagradado el sabor del limón. Aquel debió de parecerme venenoso incluso, ante todo porque, por haber bebido de su vaso, me pareció haber sufrido un contacto odioso con Guido y, además, porque al mismo tiempo me impresionó la expresión de impaciencia iracunda que se dibujó en el rostro de Ada. Llamó al instante a la doncella para pedirle otro vaso de limonada e insistió en su orden, pese a que Guido declaró no tener más sed.

Entonces sentí compasión de verdad. Cada vez se comprometía más.

—Discúlpeme, Ada —le dije sumiso y mirándola como si esperara una explicación—. No quería disgustarla.

Después fui presa del temor de que los ojos se me bañaran de lágrimas. Quise salvarme del ridículo. Grité:

—Me ha salpicado limón en el ojo.

Me cubrí los ojos con el pañuelo, con lo que ya no tuve necesidad de contener las lágrimas y bastó con procurar no sollozar.

Nunca olvidaré la oscuridad dentro de aquel pañuelo. En ella ocultaba mis lágrimas, pero también un momento de locura. Pensaba en que le diría todo, ella me entendería y me amaría y yo no le perdonaría nunca.

Me aparté el pañuelo de la cara, dejé que todos me vieran los ojos lagrimosos e hice un esfuerzo para reír:

—Apuesto a que el señor Giovanni compra ácido cítrico para hacer las limonadas.

En ese momento llegó Giovanni, quien me saludó con su gran cordialidad habitual. Con ello sentí un pequeño consuelo, que no duró mucho, porque declaró haber venido antes que de costumbre para oír tocar a Guido. Se interrumpió para preguntar por las lágrimas que me bañaban los ojos. Le contaron mis sospechas sobre la calidad de sus limonadas, y se echó a reír.

Yo tuve la vileza de asociarme con calor a las peticiones que Giovanni dirigía a Guido para que tocara. Recordaba: ¿acaso no había acudido esa noche para oír el violín de Guido? Y lo curioso es que tuve la esperanza de apaciguar a Ada con mis peticiones a Guido. La miré esperando verme por fin asociado a ella por primera vez aquella noche. ¡Qué extraño! ¿No tenía que hablarle y no perdonarle? En cambio, sólo vi su espalda y los rizos desdeñosos en su nuca. Ella había corrido a sacar el violín del estuche.

Guido pidió que lo dejaran en paz un cuarto de hora más. Parecía vacilante. Más adelante, durante los muchos años en que lo traté, observé que siempre vacilaba

antes de hacer las cosas, hasta las más sencillas que le pedían. Sólo hacía lo que le gustaba y, antes de acceder a un ruego, realizaba una exploración en sus cavidades para ver lo que deseaba.

Después vino para mí el cuarto de hora más feliz de aquella velada memorable. Mi charla caprichosa divirtió a todos, incluida Ada. Desde luego, se debía a mi excitación, pero también a mi supremo esfuerzo para vencer a aquel violín amenazante que se acercaba, se acercaba... Y ese pequeño lapso de tiempo que los demás pasaron tan divertidos, gracias a mí, yo lo recuerdo dedicado a una lucha afanosa.

Giovanni había contado que en el tranvía en que volvía a casa había presenciado una escena penosa. Una mujer se había apeado de él, cuando el vehículo estaba aún en movimiento y con tan mala fortuna, que se había caído y herido. Giovanni describía con algo de exageración su angustia, al advertir que la mujer se aprestaba a dar ese salto y de tal modo, que era evidente que caería al suelo y tal vez resultaría atropellada. Era muy doloroso prever lo que iba a suceder y no llegar a tiempo de evitarlo.

Tuve una ocurrencia. Conté que había descubierto un remedio para esos vértigos que tanto me habían hecho sufrir en el pasado. Cuando veía a un gimnasta hacer sus ejercicios a demasiada altura o a una persona demasiado anciana o poco hábil bajar de un tranvía en marcha me liberaba de la angustia deseándoles mala suerte. Llegaba incluso a pronunciar las palabras con las que les deseaba precipitarse o estrellarse. Eso me tranquilizaba mucho y podía presenciar tan campante la amenaza de desgracia. Si después mis deseos no se cumplían, podía sentirme aún más contento.

A Guido le encantó mi idea, que le pareció un descubrimiento psicológico. La analizaba como hacía con todas las naderías y no veía la hora de probar el remedio. Pero manifestaba una reserva: ¿no harían los malos augurios aumentar las desgracias? Ada se asoció a su risa y hasta me lanzó una mirada de admiración. Yo, tonto de mí, sentí gran satisfacción por ello. Pero descubrí que no era cierto que no pudiese perdonarla nunca más: también eso era una gran ventaja.

Reímos juntos largo rato, como niños buenos que se quieren. En un momento determinado me había quedado en una parte del salón, a solas con la tía Rosina. Aún hablaba del veladoi. Estaba bastante gruesa e inmóvil en su silla sin mirarme. Me las arreglé para dar a entender a los demás que me estaba aburriendo y todos me miraban, sin que la tía los viera, y se reían con discreción.

Para aumentar la hilaridad, se me ocurrió decirle sin la menor preparación:

—Pero usted, señora, está muy recuperada, la encuentro rejuvenecida.

Habría habido motivos para reírse, si se hubiera enfurecido. Pero la señora, en lugar de enfurecerse, se me mostró agradecidísima y me contó que en efecto estaba muy recuperada después de una enfermedad reciente. Me asombró tanto aquella

respuesta, que mi cara debió de adquirir un aspecto muy cómico, por lo que la hilaridad que había esperado no dejó de producirse. Poco después me explicaron el enigma. Es decir, que no era la tía Rosina, sino la tía María, una hermana de la señora Malfenti. Había eliminado así de aquel salón una fuente de malestar para mí, pero no la mayor.

En un momento determinado, Guido pidió el violín. Aquella noche prescindía del acompañamiento del piano, al tocar la *Chaconne*. Ada le tendió el violín con una sonrisa de agradecimiento. Él no la miró, sino que miró el violín, como si quisiera aislarse con él y con la inspiración. Después se colocó en el centro del salón volviendo la espalda a buena parte de la pequeña sociedad, tocó ligeramente las cuerdas con el arco para afinarlas e hizo también algunos arpeggios. Se interrumpió para decir con una sonrisa: —¡Qué valor tengo! ¡No he tocado el violín desde la última vez que lo toqué aquí!

¡Menudo charlatán! Daba la espalda también a Ada. Yo la miré ansioso para ver si eso le hacía sufrir. ¡No lo parecía! Había apoyado el codo en una mesita y la barbilla en la mano y se concentraba para escuchar.

Después el gran Bach en persona se alzó contra mí. Nunca, ni antes ni después, llegué a sentir hasta tal punto la belleza de esa música nacida en aquellas cuatro cuerdas como un ángel de Miguel Ángel en un bloque de mármol. Sólo mi estado de ánimo era nuevo para mí y fue éste el que me indujo, a mirar hacia arriba presa del éxtasis, como ante algo enteramente nuevo. Y, sin embargo, me esforzaba por mantener aquella música alejada de mí. Ni por un momento dejé de pensar: «¡Fíjate! ¡El violín es una sirena y se puede hacer llorar con él sin tener corazón de héroe!» Me vi asaltado y presa de la música. Me pareció que expresaba mi enfermedad y mis dolores con indulgencia y mitigándolos con sonrisas y caricias. Pero, ¡era Guido quien hablaba! Y yo intentaba librarme de la música diciéndome: «Para saber hacer eso, basta con disponer de un organismo rítmico, mano segura y capacidad de imitación, cosas todas que yo no tengo, lo que no es una inferioridad, sino una desventura.»

Yo protestaba, pero Bach avanzaba seguro como el destino. Cantaba en lo alto con pasión y descendía a buscar el bajo obstinado, que sorprendía aun cuando el oído y el corazón lo hubiera previsto: ¡en el momento justo! Un instante después y el canto se habría desvanecido y la resonancia no habría podido alcanzarlo; un instante antes y se habría superpuesto al canto y lo habría ahogado. Pero a Guido no le sucedía eso: no le temblaba el brazo ni siquiera al enfrentarse a Bach y eso era una auténtica inferioridad.

Hoy que escribo, tengo todas las pruebas de ello. No me alegro de haber acertado entonces. En aquel momento estaba lleno de odio y aquella música, que aceptaba como mi propia alma, no pudo calmarlo. Después vino la vida vulgar de cada día y

lo anuló. ¡Es comprensible! La vida vulgar sabe hacer tantas cosas de ésas! ¡Ay si los genios lo advirtieran!

Guido acabó su ejecución como un maestro. Nadie aplaudió, excepto Giovanni, y por unos instantes nadie habló. Después, por desgracia, sentí necesidad de hablar. ¿Cómo me atrevía a hacerlo delante de gente que conocía mi violín? Parecía que hablara mi violín, el cual en vano aspiraba a la música, y censurase al otro, en el que —no podía negarse— la música se había vuelto vida, luz y aire.

—¡Muy bien! —dije con tono de indulgencia más que de aplauso—. Pero no comprendo por qué, hacia el final, ha tocado usted sueltas esas notas que, según la notación de Bach, deben ir ligadas.

Yo conocía la *Chaconne* nota a nota. Había habido una época en que había creído que, para progresar, debía afrontar empresas semejantes y durante muchos meses pasé el tiempo estudiando, compás tras compás, algunas composiciones de Bach.

Sentí que en todo el salón no había sino desdén y mofa hacia mí. Y, sin embargo, seguí hablando y luchando contra aquella hostilidad.

—Bach —añadí— es tan modesto en sus medios, que no admite un arco adulterado de ese modo.

Probablemente tuviese yo razón, pero también era cierto que yo no habría sabido adulterar siquiera el arco de ese modo.

Guido se mostró al instante tan disparatado como yo.. Declaró:

—Tal vez Bach no conociera la posibilidad de esa expresión. ¡Se la regalo!

Él se subía a los hombros de Bach, pero en aquel ambiente nadie protestó, mientras que se habían reído de mí porque había intentado subirme sólo a los suyos.

Entonces sucedió algo de escasa importancia, pero que para mí fue decisivo. De una habitación bastante lejana de la nuestra resonaron los gritos de la pequeña Anna. Como se supo después, se había caído y se había hecho sangre en los labios. Así fue como por unos minutos me encontré a solas con Ada, porque todos salieron corriendo del salón. Guido, antes de seguir a los demás, había colocado su precioso violín en las manos de Ada.

—¿Quiere darme a mí ese violín? —pregunté a Ada, al verla vacilar a la hora de seguir a los demás. La verdad es que no me había dado cuenta de que la ocasión por la que tanto había suspirado se había presentado por fin.

Ella vaciló, pero después una extraña desconfianza por su parte pudo más. Apretó aún más el violín contra sí y respondió:

—No, no es necesario que vaya con los demás. No creo que Anna se haya hecho tanto daño. Chilla por nada.

Se sentó con su violín y me pareció que con eso me invitaba a hablar. Por lo demás, ¿cómo habría podido yo volver a casa sin haber hablado? ¿Qué habría hecho en aquella larga noche? Me veía dar vueltas de derecha a izquierda en la

cama o correr por las calles o los garitos en busca de distracción. ¡No! No debía abandonar aquella casa sin haber recobrado la claridad y la calma.

Intenté mostrarme simple y breve. Me veía obligado a ello, además, porque me faltaba el aliento. Le dije:

—Yo la amo, Ada. ¿Por qué no me permite hablar a su padre?

Ella me miró asombrada y espantada. Temí que se pusiera a gritar como la pequeña, allí fuera. Yo sabía que sus serenos ojos y su rostro de líneas tan precisas no conocían el amor, pero nunca la había visto tan alejada del amor como entonces. Empezó a hablar y dijo algo que debía de ser como un exordio. Pero yo quería la claridad: ¡un sí o un no! Tal vez me ofendiera ya lo que me parecía una vacilación. Para abreviar e inducirla a decidirse, le negué el derecho a tomarse un tiempo:

—Pero, ¿cómo es posible que no se haya dado cuenta? ¡No puede haber creído usted que yo estuviera haciendo la corte a Augusta!

Quise dar énfasis a mis palabras, pero, con el apresuramiento, fui a darlo donde no correspondía y acabé pronunciando el pobre nombre de Augusta con un acento y un gesto de desprecio.

Así libré a Ada de la turbación. Sólo reparó en la ofensa a Augusta:

—¿Por qué se cree superior a Augusta? ¡No creo en absoluto que Augusta aceptara ser su mujer!

Luego recordó apenas que me debía una respuesta:

—Por lo que a mí respecta... me asombra que se le haya ocurrido semejante cosa.

Esa frase áspera debía resarcir a Augusta. Con mi gran confusión pensé que hasta el sentido de esas palabras no tenía otro objeto; si me hubiera abofeteado, creo que me habría quedado vacilante intentando descubrir la razón. Por eso insistí aún:

—Piénselo, Ada. Yo no soy un hombre malo. Soy rico... Soy un poco extraño, pero me será fácil corregirme.

También Ada se mostró más suave, pero volvió a hablar de Augusta.

—Piénselo también usted, Zenó: Augusta es una buena muchacha y le conviene de verdad. Yo no puedo hablar por ella, pero creo...

Era muy agradable oír que Ada me llamaba por primera vez por mi nombre de pila. ¿Acaso no era una invitación más a hablar más claro? Tal vez estuviese perdida para mí, o al menos no aceptaría al instante casarse conmigo, pero entretanto había que evitar que se comprometiera más con Guido, en relación con el cual debía abrirle los ojos. Fui astuto, y ante todo le dije que estimaba y respetaba a Augusta, pero que no quería casarme con ella en modo alguno. Lo dije dos veces para hacerme entender con claridad: «no quería casarme con ella». Así esperaba haber calmado a Ada que antes había creído que yo quería ofender a Augusta.

—Augusta es una muchacha buena, amable, encantadora, pero no es la indicada para mí.

Luego precipité las cosas, porque se oían ruidos en el pasillo y de un momento a otro podían cortarme la palabra.

—¡Ada! Ese hombre no es el indicado para usted. ¡Es un imbécil! ¿No se ha dado cuenta cómo sufría por las respuestas del velador? ¿Ha visto su bastón? Toca bien el violín, pero también hay monos que saben tocarlo. Todas sus palabras revelan a un animal...

Tras haber estado escuchándome con la expresión de quien no consigue decidirse a admitir en su sentido exacto tres palabras que se le dirigen, me interrumpió. Se puso en pie de un salto con el violín y el arco en la mano y me dijo palabras ofensivas. Yo hice lo posible por olvidarlas y lo conseguí. Sólo recuerdo que empezó preguntándome en voz alta cómo había podido hablar así de él y de ella. Yo puse ojos como platos de sorpresa, porque me parecía haber hablado sólo de él. Olvidé las numerosas palabras desdeñosas que ella me dirigió, pero no su bello, noble y sano rostro rojo de desprecio y con las facciones más precisas, casi marmóreas, por la indignación. No la olvidé nunca y, cuando pienso en mi amor y en mi juventud, vuelvo a ver el rostro bello, noble y sano de Ada en el momento en que me eliminó definitivamente de su destino.

Volvieron todos en grupo en torno a la señora Malfenti, que llevaba en brazos a Anna, todavía llorosa. Nadie se ocupó de mí. ni de Ada y yo, sin despedirme de nadie, salí del salón; en el pasillo cogí mi sombrero. ¡Qué curioso! Nadie venía a retenerme. Entonces me retuve yo mismo, al recordar que no debía faltar a las reglas de la buena educación y que, por eso, antes de irme debía despedirme correctamente de todos. No me cabe duda de que la convicción de que empezaría demasiado pronto para mí la noche, aún peor que las cinco que la habían precedido, me impidió abandonar aquella casa. Yo que por fin tenía la claridad sentía ahora otra necesidad: la de la paz, la paz con todos. Si hubiera sabido eliminar cualquier aspereza de mis relaciones con Ada y con los demás, me habría sido más fácil dormir. ¿Por qué había de subsistir esa aspereza? ¡Si ni siquiera podía enfadarme con Guido, quien, si bien carecía de mérito alguno, desde luego no tenía la menor culpa de ser preferido por Ada!

Ésta era la única que había advertido mi paso por el pasillo y, cuando me vio regresar, me miró ansiosa. ¿Temería una escena? Me apresuré a tranquilizarla. Pasé a su lado y murmuré:

—¡Discúlpeme si la he ofendido!

Me cogió la mano y, tranquilizada, la apretó. Fue un gran consuelo. Yo cerré por un instante los ojos i para aislarme con mi alma y ver cuánta paz le había supuesto.

Mi destino quiso que, mientras todos seguían ocupándose de la niña, yo me encontrara sentado junto a Alberta. No la había visto y no advertí, su presencia hasta que me habló así:

—No se ha hecho nada. Lo malo es la presencia de papá, que, si la ve llorar, le hace un regalo bonito.

¡Cesé de analizarme porque me vi entero! Para tener paz, debía conseguir que no se me prohibiera la entrada nunca más a aquel salón. ¡Miré a Alberta! ¡Se parecía a Ada! Era un poco más pequeña que ella y llevaba en su organismo señales evidentes, aún no borradas, de la infancia. Alzaba la voz con facilidad y su risa, muchas veces exagerada, le contraía la carita y se la enrojecía. ¡Qué curioso! En aquel momento recordé un consejo de mi padre: «Escoge a una mujer joven y te será más fácil educarla a tu modo.» El recuerdo fue decisivo. Volví a mirar a Alberta. Me esforzaba por desnudarla con el pensamiento y me gustaba tan dulce y tiernecita como me la imaginaba.

Le dije:

—¡Escuche, Alberta! Tengo una idea: ¿ha pensado alguna vez que está en la edad de tomar marido?

—¡Yo no pienso casarme! —dijo sonriendo y mirándome con dulzura, sin turbación ni rubor—. Al contrario, pienso continuar mis estudios. También mamá lo desea.

—Podría continuar sus estudios aun después de casada.

Se me ocurrió una idea que me pareció ingeniosa y la expresé al instante:

—También yo pienso iniciarlos después de haberme casado.

Se rió con ganas, pero yo me di cuenta de que perdía el tiempo, porque no era con semejantes necedades como se podía conquistar a una mujer y la paz. Había que ser serio. Además, en ese caso era fácil porque la acogida que recibía era totalmente distinta a la de Ada.

Me puse serio de verdad. Mi futura esposa debía saberlo todo. Con voz conmovida le dije:

—Hace un poco he dirigido a Ada la misma propuesta que acabo de hacerle a usted. Me ha rechazado con desdén. Ya puede imaginarse en qué estado me encuentro.

Esas palabras, acompañadas de una expresión de tristeza, no eran otra cosa que mi última declaración de amor por Ada. Me estaba poniendo demasiado serio y, sonriendo, añadí:

—Pero creo que si usted aceptara casarse conmigo, yo sería muy feliz y por usted olvidaría todo y a todos.

Ella se puso muy seria para decirme:

—Sentiría que se ofendiera, Zeno. Yo le tengo mucho aprecio. Sé que es usted buena persona y, además, sin saberlo, sabe muchas cosas, mientras que mis

profesores sólo saben exactamente lo que saben. Yo no quiero casarme. Tal vez cambie de idea, pero por el momento sólo tengo una meta: me gustaría llegar a ser escritora. Ya ve qué confianza le demuestro. No lo he dicho nunca a nadie y espero que no me traicione. Por mi parte, le prometo que no repetiré a nadie su propuesta.

—Pero, ¿si puede usted contársela a todo el mundo! —la interrumpí enfadado. Me sentía de nuevo bajo la amenaza de verme expulsado de aquel salón y corrí en busca de refugio. Sólo había un modo de atenuar en Alberta el orgullo de haber podido rechazarme y lo adopté apenas lo descubrí. Le dije—: Ahora voy a hacer la misma propuesta a Augusta y voy a contar a todo el mundo que me caso con ella porque sus dos hermanas me han rechazado.

Reía con un buen humor exagerado, que me había sobrevenido por la extrañeza de mi proceder. No era en las palabras en las que ponía el ingenio de que estaba tan orgulloso, sino en los actos.

Miré a mi alrededor para buscar a Augusta. Había salido al pasillo con una bandeja sobre la que sólo había un vaso semivacío que contenía un calmante para Anna. La seguí corriendo y llamándola por su nombre y ella se pegó a la pared para esperarme. Me coloqué frente a ella y le dije al instante:

—Oiga, Augusta, ¿quiere que nos casemos?

La propuesta era muy ruda. Yo debía casarme con ella y ella conmigo, y yo no preguntaba su opinión ni pensaba que pudiera corresponderme a mí la obligación de dar explicaciones. ¡Si no hacía otra cosa que lo que todos querían!

Ella alzó los ojos dilatados por la sorpresa. Así el que se desviaba estaba aún más diferente que de costumbre del otro. Su rostro aterciopelado y blanco primero empalideció aún más y después se congestionó al instante. Cogió con la mano derecha el vaso que bailaba sobre la bandeja. Con un hilo de voz me dijo:

—Usted bromea y eso no está bien.

Temí que se echara a llorar y se me ocurrió la curiosa idea de consolarla contándole mi tristeza.

—Yo no bromeo —dije serio y triste—. Primero he pedido la mano a Ada, quien me la ha rechazado airada; después he pedido a Alberta que se casara conmigo y, con palabras hermosas se ha negado también. No guardo rencor ni a una ni a otra. Sólo me siento muy, pero que muy infeliz.

Ante mí dolor ella se serenó y se puso a mirarme conmovida y sumida en sus reflexiones. Su mirada se parecía a una caricia que no me daba placer.

—Entonces, ¿yo debo saber y recordar que usted no me ama? —preguntó.

¿Qué significaba esa frase sibilina? ¿Era el preludio de la aceptación? ¿Quería recordar! ¿Recordar durante toda la vida que había de pasar conmigo? Me sentí como quien para matarse se ha colocado en una posición peligrosa y ahora se ve obligado a hacer grandes esfuerzos para salvarse. ¿No habría sido mejor que también Augusta me hubiera rechazado y que yo hubiese podido volver sano y

salvo a mi estudio en el que ni siquiera ese día me había sentido demasiado mal? Le dije:

—¡Sí! Yo amo sólo a Ada y ahora me casaría con usted...

Estaba a punto de decirle que no podía resignarme a la idea de volverme un extraño para Ada y que, por eso, me contentaba con llegar a ser su cuñado. Habría sido excesivo, y Augusta habría podido creer de nuevo que quería burlarme de ella. Por eso sólo dije:

—Ya no puedo resignarme a vivir solo.

Ella seguía apoyada a la pared, cuyo sostén tal vez necesitara, pero parecía más tranquila y ahora sostenía la bandeja con una sola mano. ¿Estaba salvado y debía abandonar aquel salón o podía permanecer en él y debía casarme? Dije otras palabras sólo porque estaba impaciente de esperar las suyas que no querían salir:

—Yo soy buena persona y creo que conmigo se puede vivir fácilmente, aun cuando no haya un gran amor.

Ésa era una frase que en los largos días anteriores había preparado para Ada, con el fin de inducirla a decirme que sí, aun cuando no sintiera por mí un gran amor.

Augusta jadeaba ligeramente y seguía callada. Ese silencio podía significar también un rechazo, el rechazo más delicado que se pudiera imaginar: estaba casi a punto de escapar en busca de mi sombrero, a tiempo para ponerlo sobre una cabeza salvada.

En cambio, Augusta, decidida, con un movimiento digno y que nunca olvidé, se irguió y abandonó el sostén de la pared. En el pasillo, que no era largo, se acercó aún más a mí, que estaba enfrente de ella. Me dijo:

—Usted, Zeno, necesita una mujer que quiera vivir para usted y lo ayude. Yo quiero ser esa mujer.

Me tendió la mano llenita, que yo casi por instinto besé. Evidentemente, no existía la posibilidad de actuar de otro modo. Además, debo confesar que en aquel momento me sentí embargado por una satisfacción que me ensanchó el pecho. Ya no tenía que resolver nada, porque todo había quedado resuelto. Esa era la auténtica claridad.

Así fue como me prometí. Al instante nos vimos muy agasajados. Tantos fueron los aplausos de todos, que el mío se parecía un poco al gran éxito del violín de Guido. Giovanni me besó y al instante me tuteó. Con expresión de afecto exagerada me dijo:

—Me sentía tu padre desde hacía mucho tiempo, desde que empecé a darte consejos para tu comercio.

Mi futura suegra me ofreció también la mejilla, que rocé con los labios. Ni siquiera casándome con Ada me habría librado de ese beso.

—¿Ve cómo yo lo había adivinado todo? —me dijo con una desenvoltura increíble y que quedó sin castigo porque yo no supe ni quise protestar.

Después abrazó a Augusta y la intensidad de su afecto se reveló en un sollozo que se le escapó e interrumpió sus manifestaciones de alegría.. Yo no podía soportar a la señora Malfenti, pero debo decir que ese sollozo coloreó, al menos durante toda aquella noche, mi noviazgo con una luz simpática.

Alberta, radiante, me estrechó la mano:

—Yo quiero ser para vosotros una buena hermana.

Y Ada:

—¡Bravo, Zeno! —Y añadió en voz baja—: Sépalo: nunca un hombre que crea haber hecho algo con precipitación habrá actuado con más juicio que usted.

Guido me dio una gran sorpresa:

—Desde esta mañana había comprendido que usted quería a una u otra de las hermanas Malfenti, pero no lograba saber a cuál.

Así, pues, ¿no debían de tener mucha intimidad, si Ada no le había hablado de mi corte! ¿Sería verdad que me había precipitado?

Sin embargo, poco después Ada me dijo también:

—Desearía que usted me quisiera como un hermano. Olvidemos todo lo demás; yo no diré nunca nada a Guido.

Por lo demás, era bello haber provocado tanta alegría en una familia. Yo no podía disfrutar demasiado de ella porque estaba muy cansado. Además, tenía sueño. Eso demostraba que había actuado con gran discreción. La noche iba a ser buena.

En la cena Augusta y yo asistimos mudos a los agasajos que se nos hacían. Ella sintió la necesidad de excusarse por su incapacidad para participar en la conversación general:

—No sé qué decir. Debéis recordar que, hace media hora, no sabía lo que me iba a suceder.

Siempre decía la verdad exacta. Se encontraba entre la risa y el llanto y me miró. Quise acariciarla también yo con los ojos y no sé si lo logré.

Aquella misma noche sufrí en la mesa otra herida. Me la causó Guido precisamente.

Al parecer, antes de que yo llegara para participar en la sesión espiritista Guido había contado que por la mañana yo había afirmado no ser persona distraída. Le dieron al instante tantas pruebas de que yo había mentado, que, para vengarse (o tal vez para mostrar que sabía dibujar), me hizo dos caricaturas. En la primera aparecía representado mirando hacia arriba y apoyado en un paraguas clavado en el suelo. En la segunda el paraguas se había roto y el mango me había penetrado en la espalda. Las dos caricaturas conseguían su fin y hacían reír simplemente porque el individuo que debía representarme —muy parecido a mí, la verdad, pero caracterizado por una gran calvicie— era idéntico en el primero y en el segundo dibujo y, por esa razón, se lo podía imaginar tan distraído como para no haber cambiado de aspecto a pesar de que un paraguas lo hubiera traspasado.

Todos rieron mucho e incluso demasiado. Me dolió profundamente un intento tan logrado de cubrirme de ridículo. Y fue entonces cuando me atacó por primera vez mi dolor lancinante. Esa noche me dolieron el antebrazo derecho y la cadera. Un intenso ardor, un hormigueo en los nervios como si amenazaran con contraerse. Al instante me llevé la mano derecha a la cadera y con la mano izquierda me cogí el antebrazo afectado. Augusta me preguntó:

—¿Qué tienes?

Respondí que sentía un dolor en el sitio donde me había hecho daño al caerme en el café de que se había hablado aquella misma noche.

Al instante hice un intento enérgico de librarme de aquel dolor. Me pareció que se me pasaría, si pudiera vengarme del ultraje que había sufrido. Pedí un trozo de papel y un lápiz e intenté dibujar a un individuo aplastado por un velador. Luego puse a su lado un bastón que se le había escapado de la mano a consecuencia de la catástrofe. Nadie reconoció el bastón, por lo que la ofensa no tuvo el efecto que yo habría deseado. Para que se reconociese quién era el individuo y cómo había llegado a esa posición, escribí debajo: «Guido Speier en pugna con el velador.» Por lo demás, de aquel desgraciado bajo el velador sólo se veían las piernas, que habrían podido parecerse a las de Guido, si yo no las hubiera desfigurado con maña y el espíritu de venganza no hubiese intervenido para empeorar mi dibujo, ya tan infantil.

El dolor que me atormentaba me hizo apresurarme. Desde luego, nunca mi organismo se había visto tan embargado por el deseo de herir y, si hubiera tenido en la mano un sable en lugar de ese lápiz que no sabía manejar, tal vez la cura habría dado resultado.

Guido se rió sincero de mi dibujo, pero después observó tranquilo:

—¡No me parece que el velador me haya hecho daño!

En efecto, no le había hecho daño y ésa era la injusticia de que me dolía.

Ada tomó los dos dibujos de Guido y dijo que quería conservarlos. Yo la miré para expresarle mi reprobación y ella tuvo que desviar la mirada. Tenía derecho a hacerle un reproche porque aumentaba mi dolor.

Encontré una defensa en Augusta. Ésta quiso que escribiera en mi dibujo la fecha de nuestro compromiso porque también ella deseaba conservar ese mamarracho. Ante tal muestra de afecto, que por primera vez reconocí tan importante para mí, una cálida ola de sangre me inundó las venas. Sin embargo, el dolor no cesó y hube de pensar que, si esa muestra de afecto me hubiera venido de Ada, me habría provocado tal oleada en las venas, que habría limpiado todos los detritus acumulados en mis nervios.

Aquel dolor no me abandonó nunca. Ahora, en la vejez, sufro menos de él porque, cuando me ataca, lo soporto con indulgencia: «¡Ah! ¿Ya estás aquí, prueba evidente de que en tiempos fui joven?» Pero en la juventud fue distinto. No digo

que el dolor fuese grande, aun cuando a veces me impidiera moverme con libertad o me tuviese despierto por noches enteras. Pero ocupó buena parte de mi vida. ¡Quería curarme! ¿Por qué había de llevar toda la vida sobre mi propio cuerpo el estigma del vencido? ¿Convertirme en el monumento ambulante de la victoria de Guido? Debía borrar de mi cuerpo ese dolor.

Así comenzaron las curas. Pero, poco después, olvidé el origen colérico de la enfermedad e incluso ahora me ha resultado difícil dar con él. No podía ser de otro modo: yo tenía gran confianza en los médicos que me curaron y les creí con sinceridad cuando atribuyeron dicho dolor ora al metabolismo ora a la circulación defectuosa, después a la tuberculosis o a diversas infecciones, alguna de ellas vergonzosa. Además, debo confesar que todas las curas me aportaron algún alivio pasajero gracias al cual en todos los casos parecía confirmado el nuevo diagnóstico. Tarde o temprano resultaba menos exacto, pero no del todo equivocado, porque en mí ninguna función es idealmente perfecta.

En una sola ocasión hubo un auténtico error: una especie de veterinario, en cuyas manos me había colocado, se obstinó por largo tiempo en atacar mi nervio ciático con sus vesicantes y acabó burlado por mi dolor que, en una sesión, saltó de improviso de la cadera a la nuca, lejos, por tanto, de conexión alguna con el nervio ciático. El cirujano se enfureció y me puso en la puerta y yo me fui —lo recuerdo muy bien— nada ofendido, sino admirado de que el dolor siguiera siendo el mismo en la nueva localización. Seguía siendo furioso e inalcanzable como cuando me torturaba la cadera. Es extraño que todas las partes de nuestro cuerpo sepan doler del mismo modo.

Todos los demás diagnósticos viven exactos en mi cuerpo y luchan entre sí por la supremacía. Hay días en que vivo para la diátesis úrica y otros en que la diátesis resulta suprimida, es decir, curada, por una inflamación de las venas. Tengo cajones llenos de medicinas y son los únicos cajones míos que conservo en orden personalmente. Me gustan las medicinas y sé que, cuando abandono una, tarde o temprano volveré a recurrir a ella. Por lo demás, no creo haber perdido el tiempo. Quién sabe cuánto haría ya que habría muerto, y de qué enfermedad, si mi dolor no las hubiese simulado todas para inducirme a curarlas antes de atraparlas.

Pero, aun cuando no sepa explicar su naturaleza íntima, sé cuándo se manifestó por primera vez. A causa de aquel dibujo, mucho mejor que el mío. ¡Una gota que hizo rebosar el vaso! Estoy seguro de no haber sentido nunca antes ese dolor. Intenté explicar su origen a un médico, pero no me entendió. ¿Quién sabe? Tal vez el psicoanálisis saque a la luz toda la alteración que mi organismo sufrió en aquellos días y sobre todo en las pocas horas que siguieron a mi compromiso matrimonial.

¡Y no fueron pocas horas!

Cuando se disolvió la reunión, a las tantas de la noche, Augusta me dijo alegre:

—¡Hasta mañana!

La invitación me gustó, porque probaba que había conseguido mi fin y que nada había acabado y todo continuaría el día siguiente. Me miró a los ojos y descubrió en ellos una viva conformidad, que la consoló. Bajé aquellos escalones, que ya no conté, preguntándome:

—¿Será que la amo?

Es una duda que me ha acompañado toda la vida y en la actualidad tengo motivos para pensar que el amor acompañado de tanta duda es el amor verdadero.

Pero ni siquiera después de haber abandonado aquella casa pude ir a acostarme y recoger el fruto de mi actividad de aquella velada en un sueño largo y reparador. Hacía calor. Guido sentía la necesidad de un helado y me invitó a acompañarlo a un café. Me cogió amistoso del brazo y yo, igual de amistoso, sostuve el suyo. Era una persona muy importante para mí y no habría podido negarle nada. El gran cansancio que debería haberme arrastrado a la cama me volvía más dócil que de costumbre.

Entramos precisamente en la bodega en que el pobre Tullio me había contagiado su enfermedad y nos sentamos en una mesa apartada. Por el camino, mi dolor, del que yo no sabía aún hasta qué punto iba a serme un compañero fiel, mé había hecho padecer mucho y, por unos instantes, me pareció que se atenuaba, cuando pude sentarme.

La compañía de Guido fue una auténtica tortura. Me preguntaba con gran curiosidad sobre la historia de mis amores con Augusta. ¿Sospecharía que yo lo engañaba? Le dije con descaro que me había enamorado de Augusta en mi primera visita a la casa de los Malfenti. El dolor me volvía locuaz, como si hubiera querido gritar más que él. Pero hablé demasiado y si Guido hubiese estado más atento se habría dado cuenta de que yo no estaba tan enamorado de Augusta. Hablé de la cosa más interesante del cuerpo de Augusta, es decir, ese ojo estrábico que hacía creer equivocadamente que tampoco el resto estaba en su sitio. Después quise explicar por qué no me había declarado antes. Tal vez Guido estuviera asombrado de haberme visto aparecer por aquella casa en el último momento para prometerme. Grité:

—Es que las señoritas Malfenti están acostumbradas a mucho lujo y yo no sabía si podía cargar con algo así.

Sentía haber hablado así también de Ada, pero ya no tenía remedio: ¡era tan difícil aislar a Augusta de Ada! Proseguí bajando la voz para controlarme mejor:

—Por eso tuve que hacer cálculos. Descubrí que mi dinero no bastaba. Entonces me puse a estudiar si podía ampliar mi negocio...

Después dije que, para hacer esos cálculos, había necesitado mucho tiempo y que, por esa razón, me había abstenido de visitar a los Malfenti durante cinco días.

Finalmente, la lengua abandonada a sí misma había llegado a un poco de sinceridad. Estaba a punto de llorar y, apretándome la cadera, murmuré:

—¡Cinco días es mucho tiempo!

Guido dijo que le complacía descubrir en mí a una persona tan previsora.

Yo observé con sequedad:

—¡La persona previsora no es más agradable que la alocada!

Guido dijo riendo:

—¡Es curioso que el previsor sienta la necesidad de defender al alocado!

Después, sin transición, me contó con sequedad que estaba a punto de pedir la mano de Ada. ¿Me habría llevado hasta el café para hacerme esa confesión o bien se había cansado de escucharme tanto tiempo hablar de mí y se estaba tomando la revancha?

Estoy casi seguro de que conseguí dar muestras de la mayor sorpresa y la mayor complacencia. Pero en seguida encontré el modo de herirlo profundamente:

—¡Ahora comprendo por qué gustó tanto a Ada ese Bach tan desfigurado! Estaba bien tocado, pero hay cosas sagradas que no se deben ensuciar.

El golpe era fuerte y Guido enrojeció de dolor. Su respuesta fue suave porque ahora le faltaba el apoyo de todo su público entusiasta.

—¡Dios mío! —empezó diciendo para ganar tiempo—. A veces, al tocar, se cede a un capricho. En esa habitación pocos conocían a Bach y yo se lo presenté un poco modernizado.

Pareció satisfecho de su ocurrencia, pero yo sentí la misma satisfacción porque me pareció una excusa y una concesión. Eso bastó para calmarme y, además, por nada del mundo habría querido reñir con el futuro marido de Ada. Declaré que raras veces había escuchado a un aficionado que tocara tan bien.

A él no le bastó eso: observó que podía considerársele aficionado sólo porque no aceptaba presentarse como profesional.

¿Sólo quería eso? Le di la razón. Era evidente que no se lo podía considerar aficionado.

Así fuimos de nuevo buenos amigos.

Luego, de repente, se puso a hablar mal de las mujeres. ¡Me dejó con la boca abierta! Ahora que lo conozco mejor, sé que, cuando cree estar seguro de agradar a su interlocutor, se lanza a hablar sin parar en cualquier dirección. Poco antes yo había hablado del lujo de las señoritas Malfenti y él se puso a hablar de eso otra vez para acabar comentando todas las demás cualidades malas de las mujeres. El cansancio me impedía interrumpirlo y me limitaba a hacer señales continuas de asentimiento, que ya eran bastante fatigosas para mí. De lo contrario, habría protestado, desde luego. Yo era consciente de tener toda clase de motivos para hablar mal de las mujeres, representadas para mí por Ada, Augusta y mi futura

suegra; pero él no tenía la menor razón para atacar al sexo representado para él sólo por Ada, que lo amaba.

Sabía mucho y, a pesar de mi cansancio, estuve escuchándolo con admiración. Mucho tiempo después descubrí que había hecho suyas las geniales teorías del joven suicida Weininger. En ese momento yo sufría el peso de un segundo Bach. Tuve incluso la sospecha de que quería curarme. ¿Por qué, si no, habría querido convencerme de que la mujer no sabe ni puede ser genial ni buena? A mí me pareció que la cura no dio resultado por proceder de Guido. Pero conservé aquellas teorías y las perfeccioné con la lectura de Weininger. No curan en absoluto, pero son una cómoda compañía cuando se corre tras las mujeres.

Al acabar su helado, Guido sintió la necesidad de una bocanada de aire fresco y me indujo a acompañarlo a dar un paseo hacia la periferia de la ciudad.

Recuerdo que hacía días que se anhelaba en la ciudad un poco de lluvia, de la que se esperaba algún alivio para el calor anticipado. Yo ni siquiera me había dado cuenta de ese calor. Esa noche el cielo había empezado a cubrirse de ligeras nubes blancas, de esas de las que el pueblo espera lluvia abundante, pero una gran luna avanzaba por las zonas despejadas del intenso cielo azul, una de esas lunas de mejillas hinchadas que el mismo pueblo cree capaces de comer las nubes. En efecto, era evidente que allí donde tocaba aclaraba y limpiaba.

Quise interrumpir el charloteo de Guido, que me obligaba a asentir de continuo, una tortura, y le describí el beso en la luna descubierto por el poeta Zamboni: ¡qué dulce era ese beso en el centro de nuestras noches comparado a la injusticia que Guido comentaba a mi lado! Al hablar y sacudirme el sopor en que había caído a fuerza de asentir, me pareció que mi dolor se atenuaba. Era el premio a mi rebelión e insistí.

Guido tuvo que resignarse a dejar por un momento en paz a las mujeres y mirar hacia arriba. Pero, ¡por poco tiempo! Tras descubrir, por indicación mía, una pálida imagen de mujer en la luna, volvió a su tema con una broma con la que rió con ganas, pero él solo, en la calle desierta:

—¡Ve tantas cosas esa mujer! Lástima que por ser mujer no sepa recordar.

Formaba parte de su teoría (o de la de Weininger) que la mujer no puede ser genial porque no sabe recordar.

Llegamos al pie de la via Belvedere. Guido dijo que un poco de subida nos sentaría bien. También esa vez lo complací. Allí arriba, con un impulso propio de un niño muy pequeño se tendió sobre el pretil que separaba la calle de la de más abajo. Le parecía un acto de valor exponerse a una caída de unos diez metros. Al principio sentí el estremecimiento habitual al verlo expuesto a semejante peligro, pero después recordé el sistema ideado por mí esa misma noche, en un momento de improvisación, para liberarme de esa angustia y me puse a desear con fervor que se cayera.

En esa posición seguía predicando contra las mujeres. Ahora decía que necesitaban juguetes como los niños, pero de alto precio. Recordé que, según decía ella misma, a Ada le gustaban muchos los juguetes. Así, pues, ¿estaba hablando precisamente de ella? ¡Entonces se me ocurrió una idea espantosa! ¿Por qué no obligaba a Guido a dar ese salto de diez metros? ¿Acaso no habría sido justo suprimir a quien me quitaba a Ada sin amarla? En ese momento me parecía que, cuando lo hubiera matado, podría correr junto a Ada para recibir al instante el premio. En la extraña noche llena de luz me había parecido que ella oía a Guido infamarla.

¡Debo confesar que en aquel momento me dispuse de verdad a matar a Guido! Estaba de pie junto a él, que estaba tumbado en el muro, y calculé con frialdad cómo debía cogerlo para no fallar el golpe. Después descubrí que ni siquiera necesitaba cogerlo. Yacía con los brazos cruzados tras la espalda y habría bastado un buen empujón para hacerle perder sin remedio el equilibrio.

Se me ocurrió otra idea que me pareció tan importante como para poder compararla con la gran luna que avanzaba por el cielo y lo limpiaba: había aceptado casarme con Augusta para estar seguro de poder dormir bien esa noche. ¿Cómo iba a poder dormir, si mataba a Guido? Sólo esa idea nos salvó a él y a mí. Al instante quise abandonar esa posición por encima de Guido y que me inducía a esa acción. Me doblé sobre las rodillas, me dejé caer sobre mí mismo y llegué casi a tocar el suelo con la cabeza:

—¡Qué dolor, qué dolor! —grité.

Guido, espantado, se puso en pie de un salto y me preguntó qué me ocurría. Yo seguí lamentándome: porque había querido matar y tal vez también porque no había sabido hacerlo. El dolor y el lamento excusaba todo. Me parecía estar gritando que yo no había querido matar y también que no era culpa mía, si no había sabido hacerlo. Todo era culpa de mi enfermedad y de mi dolor. En cambio, recuerdo perfectamente que justo entonces el dolor desapareció del todo y que mi lamento siguió siendo una pura comedia a la que intenté en vano dar contenido evocando el dolor y reconstruyéndolo para sentirlo y sufrirlo. Pero fue un esfuerzo inútil porque sólo volvió cuando quiso.

Como de costumbre, Guido procedía por hipótesis. Entre otras cosas, me preguntó si no se trataba del mismo dolor producido por aquella caída en el café. La idea me pareció buena y asentí.

Él me cogió del brazo y me ayudó, afectuoso, a levantarme. Después, con todo cuidado, y sin dejar de sostenerme, me ayudó a descender la pequeña pendiente. Cuando estuvimos abajo, declaré que me sentía un poco mejor y que creía poder caminar con mayor facilidad apoyado en él. ¡Así nos íbamos por fin a la cama! Además, era la primera satisfacción auténtica que me había concedido ese día.

Estaba a mi servicio, porque casi me llevaba en andas. Al final, era yo quien imponía mi voluntad.

Encontramos una farmacia aún abierta y se le ocurrió la idea de enviarme a la cama acompañado de un calmante. Construyó toda una teoría sobre el dolor y sobre el sentimiento exagerado de él: un dolor se multiplicaba por la exasperación que el mismo había producido. Con ese frasquito se inició mi colección de medicamentos y fue justo que Guido lo escogiera.

Para dar base más sólida a su teoría, supuso que yo había padecido ese dolor durante muchos días. Sentí no poder complacerlo. Declaré que esa noche, en casa de los Malfenti, no había sentido dolor alguno. Evidentemente, ¿en el momento en que se me había concedido la realización de mi largo sueño, no podía haber sufrido.

Y para ser sincero quise ser justo como había afirmado ser y me dije varias veces a mí mismo: «Yo amo a Augusta, no amo a Ada. Amo a Augusta y esta noche he llegado a la realización de mi largo sueño.»

Así fuimos caminando en la noche lunar. Supongo que Guido estaría cansado de sostenerme, porque al fin enmudeció. Sin embargo, me propuso acompañarme hasta la cama. No acepté y, cuando pude cerrar la puerta de mi casa tras de mí, di un suspiro de alivio. Pero, desde luego, también Guido debió de lanzar el mismo suspiro.

Subí los escalones de mi casa de cuatro en cuatro y en diez minutos estaba en la cama. Me quedé dormido en seguida y, en el breve lapso que precede al sueño, no recordé ni a Ada ni a Augusta, sino sólo a Guido, tan dulce, bueno y paciente. Desde luego, no había olvidado que poco antes yo había querido matarlo, pero eso no tenía la menor importancia porque las cosas que nadie sabe y que no dejan huella no existen.

El día siguiente me dirigí a casa de mi prometida un poco titubeante. No estaba seguro de si los compromisos contraídos la noche anterior tenían el valor que yo creía deber conferirles. Descubrí que lo tenían para todos. También Augusta se consideraba prometida, y con mayor seguridad incluso de lo que yo creía.

Fue un noviazgo laborioso. Tengo la sensación de haberlo anulado varias veces y haberlo reconstituido con gran fatiga y me sorprende que nadie lo advirtiera. No tuve en ningún momento la certeza de encaminarme hacia el matrimonio, pero, al parecer, me comporté como un novio bastante cariñoso. En efecto, besaba y apretaba contra mí a la hermana de Ada siempre que tenía ocasión. Augusta sufría mis agresiones como creía debía hacer una prometida y yo me comporté más o menos bien, únicamente porque la señora Malfenti sólo nos dejó a solas por breves instantes. Mi prometida era mucho menos fea de lo que yo había creído, y descubrí su mayor belleza al besarla: ¡su rubor! Allí donde yo besaba surgía una llama en mi

honor y yo besaba más con la curiosidad del experimentador que con el fervor del amante.

Pero el deseo no faltó y volvió un poco más llevadera esa época difícil. Menos mal que Augusta y su madre me impidieron quemar aquella llama de una sola vez, como con frecuencia deseé. ¿Cómo habríamos seguido viviendo entonces? Al menos así, mi deseo siguió dándome en las escaleras de aquella casa la misma ansiedad que cuando las subía para ir a la conquista de Ada. Los escalones impares me prometían que ese día podría hacer ver a Augusta lo que era el noviazgo que ella había querido. Soñaba con una acción violenta que me devolvería todo el sentimiento de mi libertad. No quería yo otra cosa y es extraño que, cuando Augusta entendió lo que yo quería, lo interpretara como señal de mi fiebre amorosa.

En mi recuerdo aquel período se divide en dos fases. En la primera la señora Malfenti mandaba con frecuencia a Alberta a vigilarnos o enviaba al salón, donde estábamos, a la pequeña Anna con una maestra. Ada no nos hizo nunca compañía en esa época y yo me decía que debía alegrarme de ello, mientras que, en realidad, recuerdo vagamente haber pensado una vez que habría sido una gran satisfacción para mí poder besar a Augusta delante de Ada. Quién sabe con qué violencia lo habría hecho.

La segunda fase se inició, cuando Guido se prometió oficialmente con Ada y la señora Malfenti, como mujer práctica que era, unió a las dos parejas en el mismo salón para que se vigilaran mutuamente.

Sé que en la primera fase Augusta se consideraba perfectamente satisfecha de mí. Cuando no la asaltaba, me entraba una locuacidad extraordinaria. La locuacidad era necesaria para mí. Me di la oportunidad de entregarme a ella metiéndome en la cabeza la idea de que, pues había de casarme con Augusta, también debía emprender su educación. La educaba para la dulzura, el afecto y sobre todo la fidelidad. No recuerdo con exactitud la forma que daba a mis prédicas, alguna de las cuales me ha recordado ella, que nunca las ha olvidado. Me escuchaba atenta y sumisa. Yo, una vez, con el ímpetu de la enseñanza, declaré que si ella descubría una traición mía, tendría derecho a pagarme con la misma moneda. Ella, indignada, protestó que ni aun con mi permiso habría podido traicionarme y que para ella el único resultado de una traición mía habría sido la libertad para llorar.

Yo creo que esas prédicas, hechas con cualquier fin menos el de decir algo concreto, tuvieron una influencia benéfica en mi matrimonio. Lo sincero fue el efecto que tuvieron sobre el ánimo de Augusta. Su fidelidad no fue puesta a prueba nunca, porque nunca supo nada de mis traiciones, pero su afecto y su dulzura siguieron inalterables en los largos años que pasamos juntos, justo como la había inducido a prometerme.

Cuando Guido se prometió, la segunda fase de mi noviazgo se inició con un propósito mío expresado así: «¡Ya estoy curado de mi amor por Ada!» Hasta entonces había creído que el rubor de Augusta había bastado para curarme, pero, ¡se ve que nunca está uno bastante curado! El recuerdo de ese rubor me hizo pensar que ahora se produciría entre Guido y Ada. Ese, mucho mejor que el otro, debía abolir todo mi deseo.

A la primera fase pertenece el deseo de violar a Augusta. En la segunda estuve mucho menos excitado. Desde luego, la señora Malfenti no se había equivocado al organizar así nuestra vigilancia con tan poca molestia por su parte.

Recuerdo que una vez, en broma, me puse a besar a Augusta. En lugar de bromear conmigo, Guido se puso, a su vez, a besar a Ada. Me pareció poco delicado por su parte, porque no le daba besos castos, como había hecho yo por atención hacia ellos, sino que besaba a Ada justo en la boca e incluso se la chupaba sin rodeos. Estoy seguro de que en esa época ya me había acostumbrado a considerar a Ada como una hermana, pero no estaba preparado para verla tratada de ese modo. Dudo incluso que a un hermano de verdad le gustara ver manipulada así a su hermana.

Por eso, delante de Guido, yo no besé nunca más a Augusta. En cambio, Guido intentó otra vez, delante de mí, atraer hacia sí a Ada, pero fue ella quien se lo impidió y él no repitió el intento.

Recuerdo con gran confusión las muchas tardes que pasamos juntos. La escena, que se repitió hasta el infinito, se me quedó grabada así: los cuatro estábamos sentados en torno a la fina mesa veneciana sobre la que ardía una gran lámpara de petróleo cubierta de una pantalla de tela verde que dejaba todo en penumbra menos los trabajos de bordado que las dos hermanas hacían: Ada en un pañuelito de seda que sostenía en la mano, Augusta en un pequeño bastidor redondo. Veo a Guido perorar, y debió de suceder con frecuencia que fuera yo solo quien le diese la razón. Recuerdo aún aquella cabeza de cabellos negros levemente rizados de Ada, a los que daba un efecto extraño la luz amarilla y verde.

Hablamos de aquella luz y también del color verdadero de esos cabellos. Guido, que también sabía pintar, nos explicó cómo se debe analizar un color. Tampoco olvidé nunca esa enseñanza y aún hoy, cuando deseo entender mejor el color de un paisaje, entorno los ojos hasta que aparecen muchas líneas y sólo veo las luces que se amortiguan para revelar el color auténtico. Pero, cuando me dedico a semejante análisis, poco después de las imágenes reales, me vuelve a aparecer en la retina, como una reacción física, la luz amarilla y verde y los cabellos con los que por primera vez eduqué mis ojos.

No puedo olvidar una tarde que destaca de las demás por una expresión de celos de Augusta, a la que siguió poco después una censurable indiscreción mía. Para gastarnos una broma, Guido y Ada habían ido a sentarse lejos de nosotros, eñ el

otro extremo del salón, a la mesa Luis XIV. Así no tardé en sentir un dolor en el cuello, que torcía para hablar con ellos. Augusta me dijo:

—¡Déjalos! No interrumpas sus amores sinceros.

Y yo, con gran inercia de pensamiento, le dije en voz baja que no debía considerarlos tales, porque Guido no apreciaba a las mujeres. Así me parecía haberme disculpado por haberme entremetido en las conversaciones de los dos amantes. Pero, en realidad, era una perversa indiscreción la de contar a Augusta los comentarios sobre las mujeres a que Guido se entregaba conmigo, pero nunca delante de algún otro familiar de nuestras prometidas. El recuerdo de esas palabras mías me apesadumbró durante varios días, y, en cambio puedo afirmar que el recuerdo de haber querido matar a Guido no me había turbado ni siquiera por una hora. Pero matar, aunque sea a traición, es algo más viril que perjudicar a un amigo revelando una confidencia suya.

Ya entonces los celos de Augusta con respecto a Ada no estaban justificados. No era para ver a Ada para lo que yo torcía el cuello de ese modo. Guido, con su locuacidad, me ayudaba a pasar el tiempo. Yo lo apreciaba ya mucho y pasaba parte del día con él. Estaba unido a él también por la gratitud que sentía ante la consideración que me tenía y que comunicaba a los demás. Hasta Ada me escuchaba ahora con atención, cuando yo hablaba.

Todas las noches esperaba con cierta impaciencia el sonido del *gong* que nos llamaba a cenar, y de aquellas cenas recuerdo principalmente mi constante indigestión. Comía demasiado por la necesidad de mantenerme activo. En la cena prodigaba palabras afectuosas a Augusta, en la medida en que la boca llena me lo permitía, y sus padres sólo podían tener la desagradable impresión de que mi gran afecto quedaba atenuado por mi bestial voracidad. Se sorprendieron de que a mi regreso del viaje de bodas me hubiera disminuido el apetito. Desapareció cuando dejaron de exigirme demostrar una pasión que no sentía. ¡No está permitido mostrarse frío con la prometida delante de sus padres en el momento en que se dispone uno a irse a la cama con ella! Augusta recuerda en especial las palabras afectuosas que le murmuraba en aquella mesa. Entre bocado y bocado debí de tener ocurrencias magníficas y me asombro cuando me las recuerdan, porque no me parecen mías.

Mi propio suegro, el astuto Giovanni, se dejó engañar y, hasta que murió, cuando quería poner un ejemplo de gran pasión amorosa, citaba la mía por su hija, es decir, por Augusta. Sonreía dichoso, como buen padre que era, pero al mismo tiempo aumentaba su desprecio hacia mí, porque, según él, no era un hombre de verdad el que ponía todo su destino en manos de una mujer y que, sobre todo, no advertía que en este mundo hay también otras mujeres. En eso se ve que no siempre me juzgaron con justicia.

En cambio, mi suegra no creyó en mi amor ni siquiera cuando la propia Augusta se abandonó a él llena de confianza.

Por largos años me miró con ojos desconfiados, con recelo por el destino de su hija predilecta. También por esa razón estoy convencido de que debió de guiarme en los días que me condujeron al compromiso matrimonial. Era imposible engañarla también a ella, que debió de conocer mi ánimo mejor que yo mismo.

Llegó por fin el día de mi boda y precisamente ese día tuve una última vacilación. Tendría que haber estado en casa de mi prometida a las ocho de la mañana, y, sin embargo, a las ocho menos cuarto me encontraba aún en la cama fumando como un loco y mirando a la ventana en la que brillaba, burlón, el primer sol que aparecía durante ese invierno. ¡Pensaba en abandonar a Augusta! Me resultaba evidente el absurdo de mi matrimonio, ahora que ya no me importaba seguir cerca de Ada. ¡No habría sucedido gran cosa, si no me hubiera presentado a la cita! Además: Augusta había sido una prometida encantadora, pero no se podía saber cómo se comportaría el día siguiente de la boda. ¿Y si en seguida me hubiera llamado idiota por haberme dejado cazar de ese modo?

Por suerte, llegó Guido, y yo, en lugar de resistirme, me disculpé por mi retraso afirmando que creía que se había fijado otra hora para la boda. En vez de hacerme reproches, Guido se puso a hablar de sí mismo y de las tantas veces que, por distracción, había faltado a citas. Hasta en materia de distracción quería ser superior a mí y tuve que dejar de escucharlo para poder salir de casa. Así resultó que me dirigí al matrimonio a la carrera.

Aun así, llegué muy tarde. Nadie me lo reprochó y todos menos la novia, se contentaron con las explicaciones que Guido dio por mí. Augusta estaba tan pálida, que hasta sus labios estaban lívidos. Si bien no podía decir que la amase, también es cierto que no habría querido hacerle daño. Intenté arreglarlo y cometí la estupidez de atribuir mi retraso a tres causas nada menos. Eran demasiadas y revelaban con tanta claridad lo que yo había pensado en mi cama, mientras miraba el sol invernal, que hubimos de retrasar nuestra salida para la iglesia a fin de dar tiempo a Augusta para recuperarse.

En el altar pronuncié el sí distraído porque con mí profunda compasión por Augusta estaba ideando una cuarta explicación para mi retraso y me parecía la mejor de todas.

En cambio, cuando salimos de la iglesia, advertí que Augusta había recuperado todos sus colores. Me sentí un poco enojado porque ese sí mío no debería haber bastado en absoluto para convencerla de mi amor. Y me disponía a tratarla con mucha rudeza, si se hubiera recuperado hasta el extremo de llamarme imbécil por haberme dejado cazar de ese modo. En cambio, en su casa, aprovechó un momento en que nos dejaron solos para decirme llorando:

—Nunca olvidaré que, a pesar de no amarme, te casaste conmigo.

Yo no protesté porque la cosa había sido tan evidente, que era imposible. Pero, lleno de compasión, la abracé.

Después Augusta y yo no volvimos a hablar de todo eso, porque el matrimonio es algo mucho más sencillo que el noviazgo. Una vez casados, ya no se vuelve a hablar de amor y, cuando se siente la necesidad de expresarlo, la animalidad interviene en seguida para restablecer el silencio. Ahora bien, esa animalidad puede haber llegado a ser tan humana como para complicarse y falsificarse y sucede que, al inclinarse sobre una melena femenina, se haga también el esfuerzo de evocar una luz que no tiene. Se cierran los ojos y la mujer se convierte en otra para volver a ser ella, al acabar. Para ella es toda la gratitud y mayor aún si el esfuerzo ha dado resultado. Ésa es la razón por la que, si yo hubiera de nacer otra vez (¡la madre naturaleza es capaz de todo!), aceptaría casarme con Augusta, pero nunca comprometerme en matrimonio con ella.

En la estación Ada me ofreció la mejilla al beso fraterno. Hasta entonces, aturdido por la mucha gente que había venido a acompañarnos, no la había visto y al instante pensé: «¡Tú fuiste la que me metiste en este lío!» Le acerqué los labios a la aterciopelada mejilla procurando no rozarla siquiera. Fue la primera satisfacción de aquel día, porque por un instante comprendí la ventaja que se derivaba de mi matrimonio: ¡me había vengado al no aprovechar la única oportunidad que se me había presentado de besar a Ada! Después, mientras el tren corría, sentado junto a Augusta, dudé si habría hecho bien. Temía que se viera comprometida mi amistad con Guido. Pero sufría más cuando pensaba que tal vez Ada no hubiese notado siquiera que yo no había besado la mejilla que me había ofrecido.

Lo había notado, pero yo no lo supe hasta que, muchos meses después, se marchó, a su vez, con Guido desde esa misma estación. Besó a todos. A mí sólo me ofreció, muy cordial, la mano. Yo se la estreché con frialdad. Su venganza llegaba con retraso porque las circunstancias habían cambiado por completo. Desde el regreso de mi viaje de bodas habíamos tenido relaciones fraternas y no se podía explicar por qué me había excluido del beso.

4. LA ESPOSA Y LA AMANTE

En mi vida hubo varios períodos en que creí estar en el camino de la felicidad. Sin embargo, esa confianza nunca fue tan fuerte como durante mi viaje de novios y durante unas semanas después de nuestro regreso a casa. Comenzó con un descubrimiento que me asombró: yo amaba a Augusta igual que ella a mí. Al principio desconfiaba: disfrutaba del día presente y me esperaba que el siguiente fuera muy distinto. Pero se parecía al anterior, luminoso: Augusta toda gentileza y —lo que era una sorpresa— yo también. Todas las mañanas descubrías en ella el mismo afecto emocionado y en mí la misma gratitud que, si no era amor, se le parecía mucho. ¿Quién habría podido preverlo, cuando había rebotado de Ada a Alberta para llegar a Augusta? Comprendí que no había sido un zopenco ciego dirigido por los demás, sino un hombre habilísimo. Y, al verme asombrado, Augusta me decía:

—Pero, ¿por qué te sorprendes? ¿No sabías que el matrimonio es así? ¡Si hasta yo, que sé mucho menos que tú, lo sabía!

Ya no sé si fue antes o después del afecto cuando nació en mi ánimo una esperanza, la gran esperanza de acabar pareciéndome a Augusta, que era la salud personificada. Durante el noviazgo yo no había vislumbrado siquiera esa salud, porque estuve absorto estudiándome a mí en primer lugar y después a Ada y a Guido. La lámpara de petróleo de aquel salón nunca había llegado a iluminar los escasos cabellos de Augusta.

Cuando su rubor desapareció con la sencillez con que los colores de la aurora desaparecen a la luz directa del sol, Augusta se lanzó segura por el camino por el que habían pasado sus hermanas en esta tierra, las que pueden encontrar todo en la ley y en el orden o, de lo contrario, renuncian a todo. Yo acoraba esa seguridad, si bien sabía que era precaria, porque se basaba en mí. Frente a ella yo debía comportarme al menos con la modestia que mostraba ante el espiritismo. Si éste podía existir, también podía existir la fe en la vida.

Pero me admiraba: en todas sus palabras, en todos sus actos se traslucía, en el fondo, su creencia en la vida eterna. No es que la llamara así: incluso le sorprendió que una vez yo, a quien los errores repugnaban antes de aprender a amar los suyos, hubiera sentido la necesidad de recordarle su brevedad. ¡Pues claro! Sabía que todos debíamos morir, pero eso no impedía que ahora que estábamos casados seguiríamos siempre, siempre, siempre juntos. Así, pues, ignoraba que, cuando en este mundo las personas se unían, lo hacían por un período tan breve, breve, breve, que no se entendía cómo habíamos llegado a hablarnos de tú después de habernos ignorado por un tiempo infinito y estando destinados a no volver a vernos nunca más durante otro tiempo infinito. Al final, cuando adiviné que para ella el presente era una verdad tangible en que podía uno retirarse y estar calentito, comprendí lo

que era la salud humana perfecta. Intenté ser admitido a él y procuré vivir en él, decidido a no burlarme ni de mí ni de ella, pues esto no podía ser sino mi enfermedad y al menos debía procurar no contagiar a quien se me había confiado. También por eso, con el esfuerzo por protegerla, durante un tiempo fui capaz de comportarme como un hombre sano.

Ella conocía todas las cosas que provocan desesperación, pero en sus manos esas cosas cambiaban de naturaleza. Puesto que también la tierra giraba, ¿no había motivo para marearse! ¡Al contrario! La tierra giraba, pero todas las demás cosas permanecían en su sitio. Y esas cosas inmóviles tenían importancia: el anillo de matrimonio, todas las gemas y vestidos, el verde, el negro, el de paseo que acababa en el armario al llegar a casa y el de noche que en ningún caso se podía llevar de día ni cuando yo no me resignaba a vestirme de frac. Y las horas de la comida se respetaban con rigidez y también las del sueño. Esas horas existían y se encontraban siempre en su sitio.

Los domingos iba a misa y yo la acompañé a veces para ver cómo soportaba la imagen del dolor y de la muerte. Para ella no había tal, y esa visita le infundía serenidad para toda la semana. Iba también algunos días festivos, que recordaba de memoria. Nada más, mientras que yo, si hubiera sido religioso, me habría garantizado la salvación pasando el día en la iglesia.

También aquí abajo había numerosas autoridades que la tranquilizaban. En primer lugar, la austríaca o italiana, que cuidaba de la seguridad en las calles y en las casas, y yo siempre hice lo posible para asociarme a su respeto hacia ella. Después los médicos, los que habían hecho los estudios oficiales para salvarnos cuando — Dios no lo quiera — cayésemos enfermos. Yo utilizaba esa autoridad todos los días; ella, en cambio, nunca. Pero, por eso, yo conocía mi atroz destino, cuando me sobreviniera la enfermedad mortal; en cambio, ella creía que aun entonces, con el sólido apoyo de allá arriba y aquí abajo, tendría salvación.

Estoy analizando su salud, pero no lo consigo porque me doy cuenta de que, al analizarla, la convierto en enfermedad. Y, al escribir sobre ella, empiezo a dudar si necesitaba dicha salud cura o instrucción para sanar. Pero, mientras viví junto a ella por tantos años, nunca lo dudé.

¡Qué importancia se me atribuía en su pequeño mundo! Debía expresar mi voluntad a propósito de cualquier cosa: la elección de las comidas y los vestidos, de las compañías y las lecturas. Me veía obligado a realizar una gran actividad que no me molestaba. Estaba colaborando en la construcción de una familia patriarcal y yo mismo me convertía en el patriarca que había odiado y que ahora me parecía el símbolo de la salud. Una cosa es ser el patriarca y otra muy distinta venerar a otro que se arrogue tal dignidad. Yo quería la salud para mí a costa de endilgar la enfermedad a quienes no eran patriarcas y, sobre todo durante el viaje, a veces adopté de buen grado la actitud de estatua ecuestre.

Pero ya en el viaje no siempre me fue fácil la imitación que me había propuesto. Augusta quería ver todo, como si se encontrara en viaje de estudios. No bastaba ni mucho menos con haber estado en el Palacio Pitti, sino que había que pasar por todas aquellas salas innumerables y detenerse por lo menos unos instantes ante todas las obras de arte. Yo me negué a abandonar la primera sala y no vi nada más y sólo me tomé la molestia de buscar pretextos para mi pereza. Pasé una media hora ante los retratos de los fundadores de la casa Médicis y descubrí que se parecían a Carnegie y a Vanderbilt. ¡Maravilloso! Y, sin embargo, ¡eran de mi raza! Augusta no compartía mi maravilla. Sabía lo que eran los *yankees*, pero aún no sabía bien lo que era yo.

En ese caso su salud no venció y tuvo que renunciar a los museos. Le conté que una vez en el Louvre me encolericé hasta tal punto entre tantas obras de arte, que estuve a punto de hacer pedazos la Venus. Augusta, resignada, dijo:

—¡Menos mal que los museos se visitan en los viajes de novios y luego nunca más!

En efecto, en la vida falta la monotonía de los museos. Pasan los días merecedores de marco, pero están llenos de sonidos que aturden y, además de líneas y colores, de luz auténtica, de la que quema y, por eso, no aburre.

La salud incita a la actividad y a cargar con multitud de molestias. Tras los museos vinieron las compras. Ella, que no había vivido nunca en nuestra casa la conocía mejor que yo y sabía que en una habitación faltaba un espejo y en otra una alfombra y que en una tercera había sitio para una estatuilla. Compró los muebles de un salón entero y, desde todas las ciudades en que vivimos, organizó al menos una expedición. A mí me parecía que habría sido más oportuno y menos fastidioso hacer todas esas compras en Trieste. Conque teníamos que pensar en la expedición, el seguro y las operaciones de Aduana.

—Pero, ¿es que no sabes que todas las mercancías deben viajar? ¿Acaso no eres comerciante? —dijo, y se rió.

Casi tenía razón. Objeté:

—¡Se hace viajar a las mercancías para vender y ganar! Cuando no existe ese objeto, ¡se las deja en paz y se vive tranquilo!

Pero una de las cosas que más me gustaban de ella era su actividad. ¡Era deliciosa esa actividad tan ingenua! Ingenua porque había que desconocer la historia del mundo para poder considerar buen negocio la simple adquisición de un objeto; en la venta es cuando se puede juzgar la oportunidad de una adquisición.

Me parecía encontrarme en plena convalecencia. Mis lesiones se habían vuelto menos agudas. Entonces fue cuando mi actitud inmutable fue la de un hombre alegre. Era como un compromiso que en aquellos días inolvidables hubiera suscrito con Augusta y fue la única promesa que no violé sino por breves instantes, es decir, cuando la vida se rió con mayor fuerza que yo. Nuestra relación fue y

continuó siendo risueña,, porque yo siempre me sonreía ante ella, que, me parecía, no sabía, y ella ante mí, a quien atribuía mucha ciencia y muchos errores que ella —tal era su ilusión— corregiría. Yo seguí alegre en apariencia hasta cuando la enfermedad volvió a apoderarse de mí por entero. Alegre como si mi dolor no hubiera pasado de ser un cosquilleo.

En el largo recorrido a través de Italia, pese a mi nueva salud, no estuve inmune a muchos sufrimientos. Habíamos partido sin cartas de recomendación y, con mucha frecuencia, me pareció que muchos de los desconocidos entre los que nos movíamos me eran hostiles. Era un miedo ridículo, pero no conseguía vencerlo. Podía verme asaltado, insultado y sobre todo calumniado, ¿y quién habría podido protegerme?

También se produjo un auténtico ataque de ese miedo, que por fortuna nadie, ni siquiera Augusta, advirtió. Solía comprar casi todos los periódicos que me ofrecían por la calle. Un día, al detenerme ante un quiosco de periódicos, me asaltó la duda de que el vendedor, por odio, podría haberme hecho detener con facilidad por ladrón, pues yo sólo le había comprado un periódico y llevaba muchos otros bajo el brazo, comprados en otro sitio y aún sin abrir. Salí corriendo seguido de Augusta, a quien no expliqué la razón de mi apresuramiento.

Hice amistad con un cochero y un cicerone, en compañía de los cuales estaba seguro al menos de no poder verme acusado de hurtos ridículos.

Entre el cochero y yo había algún punto de contacto evidente. A él le gustaban mucho los vinos de los Castelli y me contó que a cada momento se le hinchaban los pies. Entonces iba al hospital y, cuando quedaba curado, le daban de alta con muchas recomendaciones de que renunciara al vino. Entonces él hacía el propósito que llamaba férreo, porque, para cumplirlo, lo acompañaba con un nudo que hacía en la cadena de metal de su reloj. Pero, cuando yo lo conocí la cadena le colgaba sobre el chaleco, sin nudo. Lo invité a venir a visitarme a Trieste. Le describí el sabor de nuestro vino, tan diferente del suyo, para asegurarle el éxito de su drástica cura. No quiso ni oír hablar de ello y se negó con una expresión en que ya iba grabada la nostalgia.

Con el cicerone hice amistad porque me pareció superior a sus colegas. No es difícil saber de historia mucho más que yo, pero hasta Augusta con su precisión y su Baedeker comprobó la exactitud de muchas de sus indicaciones. Además, era joven y pasábamos corriendo por los senderos salpicados de estatuas.

Cuando perdí esos dos amigos, abandoné Roma. El cochero, después de haberme sacado mucho dinero, me mostró que el vino le atacaba a veces a la cabeza y nos arrojó contra una construcción romana muy sólida. El cicerone aseguró un día que los antiguos romanos conocían muy bien la fuerza eléctrica y que su utilización estaba generalizada entre ellos. Incluso declamó unos versos latinos como testimonio.

Pero entonces contraí otra pequeña enfermedad, de la que no iba a curar nunca. Cosa de nada: el miedo a envejecer y, sobre todo, el miedo a morir. Yo creo que se originó en una forma especial de celos. El envejecimiento me daba miedo sólo porque me aproximaba a la muerte. Mientras estuviera vivo, Augusta no me traicionaría, desde luego, pero me imaginaba que, tan pronto hubiera muerto y me hubiesen sepultado, después de haber tomado las medidas para que mi tumba se conservara en orden y para que me dijese las misas necesarias, al instante se miraría a su alrededor para darme el sucesor al que rodearía del mismo mundo sano y ordenado que ahora me hacía feliz a mí. No podía morir su salud, ni mucho menos, porque hubiera muerto yo. Yo tenía tal fe en dicha salud, que me parecía sólo podía perecer aplastada bajo todo un tren en plena carrera.

Recuerdo que una noche, en Venecia, paseábamos en góndola por uno de los canales, sumergido en profundo silencio que sólo interrumpía de vez en cuando la luz y el ruido de una calle que de repente se abre sobre él. Augusta, como siempre, miraba las cosas y las registraba con precisión: un jardín verde y fresco que surgía de una base sucia dejada al descubierto por el agua que se había retirado; un campanario que se reflejaba en el agua turbia; una callejuela larga y oscura con un río de luz y de gente al fondo. En cambio, yo, en la oscuridad, sentía, con absoluto desconsuelo, a mí mismo. Le hablé de que el tiempo pasaba y que pronto haría ella de nuevo ese viaje de novios con otro. Yo estaba tan seguro de ello, que me parecía contarle una historia ya sucedida. Y me pareció fuera de lugar que ella se echara a llorar para negar la verdad de dicha historia. ¡Tal vez me hubiera entendido mal y creyese que yo le atribuía la intención de matarme! ¡Al contrario! Para explicarme mejor, le describí una posible forma de mi muerte: mis piernas, en las que la circulación era pobre sin lugar a dudas, se gangrenarían y la gangrena, extendiéndose, alcanzaría a un órgano cualquiera indispensable para poder mantener los ojos abiertos. Entonces los cerraría, ¡y adiós patriarca! Sería necesario crear otro.

Ella siguió sollozando y a mí su llanto, en la enorme tristeza de aquel canal, me pareció muy importante. ¿Lo provocaría tal vez la desesperación por la visión exacta de su atroz salud? Entonces toda la humanidad habría sollozado en aquel llanto. En cambio, después supe que ella ni siquiera sabía qué fuese la salud. Ésta no se analiza a sí misma y ni siquiera se mira al espejo. Sólo nosotros, los enfermos, sabemos algo de nosotros mismos.

Entonces fue cuando me contó que me había amado antes de haberme conocido. Me había amado desde que había oído mi nombre, presentado por su padre de este modo: Zeno Cosini, un ingenuo, que ponía ojos como platos cuando oía hablar de cualquier argucia comercial y se apresuraba a apuntarla en una libreta, pero la perdía. Y si yo no había advertido su confusión en nuestro primer encuentro, debía de ser porque también estaría confuso yo.

Recordé que, al ver a Augusta, me había distraído su fealdad, en vista de que esperaba encontrar en aquella casa a las cuatro muchachas bellísimas cuyo nombre empezaba por *a*. Ahora me enteraba de que me amaba desde hacía mucho. Pero, ¿qué probaba eso? No le di la satisfacción de desdecirme. Cuando me muriera, ella tomaría a otro. Tras calmársele el llanto, se apretó más contra mí y, echándose a reír de repente, me preguntó:

—¿Dónde encontraría a tu sucesor? ¿No ves lo fea que soy?

En efecto, probablemente disfrutaría yo de un tiempo de putrefacción tranquila.

Pero el miedo a envejecer ya no me abandonó nunca, siempre por miedo a entregar mi mujer a otros. No se atenuó el miedo cuando la traicioné ni aumentó siquiera con la idea de perder del mismo modo a la amante. Era una cosa muy distinta, que no tenía nada que ver con ella. Cuando me asaltaba el miedo a morir, recurría a Augusta para que me consolara, como esos niños que ofrecen a su mamá la manita herida para que se la bese. Ella siempre encontraba palabras nuevas para consolarme. Eii el viaje de novios me atribuía aún treinta años de juventud y hoy otros tantos. En cambio, yo sabía ya que las semanas de alegría del viaje de novios me habían acercado sensiblemente a las horribles muecas de la agonía. Augusta podía decir lo que quisiese, pero la cuenta era fácil de hacer: cada semana me acercaba una semana a la agonía.

Cuando advertí que el mismo dolor me atacaba con demasiada frecuencia, procuré no cansarla diciéndole siempre las mismas cosas y, para avisarla de mi necesidad de consuelo, bastaba murmurar: «¡Pobre Cosini!» Entonces ella sabía con exactitud lo que me trastornaba y corría a arroparme con su gran afecto. Así conseguí disfrutar de su consuelo también cuando me aquejaban otros dolores. Un día, trastornado por el dolor de haberla traicionado, murmuré distraído: «¡Pobre Cosini!» Me sirvió de mucho, porque también entonces me fue precioso su consuelo.

De regreso del viaje de novios, advertí con sorpresa que nunca había vivido en una casa tan cómoda y cálida. Augusta introdujo en ella todas las comodidades que había tenido en la suya, pero también muchas otras que ella misma ideó. El cuarto de baño, que desde siempre había estado en el fondo de un pasillo a medio kilómetro de mi alcoba, fue trasladado junto a la nuestra y se le aumentaron los grifos. Después un cuartucho contiguo al comedor quedó convertido en cuarto del café. En ese cuarto, acolchado con tapices y amueblado con grandes sillones de cuero, pasábamos todos los días una hora tras la comida. Contra mi deseo, había en él todo lo necesario para fumar. Hasta mi pequeño estudio, a pesar de mi prohibición, sufrió modificaciones. Yo temía que los cambios me lo volvieran odioso, pero, en realidad, comprendí al instante que sólo entonces era posible vivir en él. Augusta dispuso su iluminación de modo que podía leer sentado a la mesa, arrellanado en la butaca o tumbado en el sofá. Incluso colocó un atril para el violín

con una lamparita encantadora que iluminaba la música sin herir a los ojos. También allí, y contra mi voluntad, me vi acompañado de todos los utensilios necesarios para fumar tranquilo.

Por eso, siempre había obreros trabajando en casa y había cierto desorden que disminuía nuestra quietud. Para ella, que trabajaba para la eternidad, esa breve incomodidad podía no importar, pero para mí la cosa era muy distinta. Me opuse enérgico, cuando quiso instalar un pequeño lavadero en nuestro jardín, lo que entrañaba la construcción de una caseta. Augusta afirmaba que el lavadero en la casa era una garantía de salud para los niños. Pero de momento no había niños y yo no veía necesidad alguna de que me incomodaran antes de su llegada. En cambio, ella aportaba a mi vieja casa un instinto que procedía del aire libre y, en el amor, se parecía a la golondrina que en seguida piensa en el nido.

Pero también manifestaba mi amor y llevaba a casa flores y gemas. Mi vida quedó cambiada por completo con mi matrimonio. Tras un débil intento de resistencia, renuncié a disponer como gustara del tiempo y me adapté al horario más rígido. A ese respecto mi educación se vio coronada por el éxito. Un día, poco después de nuestro viaje de novios, me entretuve y no me dio tiempo a ir a almorzar a casa y, tras haber comido algo en un bar, estuve fuera hasta la noche. A mi regreso, caída ya la noche, me encontré con que Augusta no había comido y estaba muerta de hambre. No me hizo ningún reproche, pero no se dejó convencer de que había hecho mal. Dulce, pero decidida, declaró que, si no la avisaba antes, me esperaría para comer hasta la hora que fuese. ¡No era cosa de broma! En otra ocasión me dejé convencer por un amigo para permanecer fuera de casa hasta las dos de la mañana. Me encontré a Augusta esperándome y castañeteando los dientes de frío, por haber descuidado la estufa. Resultado de eso fue también una leve indisposición de Augusta para que yo no olvidara la lección recibida.

Otro día quise hacerle otro gran regalo: ¡trabajar! Ella lo deseaba y yo mismo pensaba que el trabajo sería útil para mi salud. Está claro que está menos enfermo quien tiene poco tiempo para estarlo. Fui al trabajo y, si no continué, fue culpa mía, la verdad. Fui con los mejores propósitos y con auténtica humildad. No exigí participar en la dirección de los negocios; al contrario: pedí que me dejaran llevar de momento el libro mayor. Ante el enorme libro, en que los asientos estaban dispuestos con la regularidad de calles y casas, me sentí lleno de respeto y me puse a escribir con mano temblorosa.

El hijo de Olivi, un joven de sobria elegancia, con gafas y muy preparado en todas las ciencias comerciales, se encargó de mi instrucción y de él no tengo queja, la verdad. Me fastidió un poco con su ciencia económica y la teoría de la oferta y la demanda, que a mí me parecía más evidente de lo que él decía. Pero se veía en él un respeto indudable hacia el patrón, y yo se lo agradecía tanto más cuanto que no era de suponer que lo hubiese aprendido de su padre. El respeto a la propiedad

debía de formar parte de su ciencia económica. Nunca me reprochó los errores de registro que yo cometía con frecuencia; los atribuía a la ignorancia y me daba explicaciones que eran superfluas, la verdad.

Lo malo fue que, a fuerza de observar los negocios, me dieron ganas de hacer alguno. Llegué a imaginar que el libro representaba con toda claridad mi propio bolsillo y, cuando registraba un monto en el «debe» de los clientes, me parecía tener en la mano, en lugar de la pluma, la raqueta del *croupier* que recoge el dinero esparcido por la mesa de juego.

El joven Olivi me enseñaba también el correo que llegaba y yo lo leía con atención y —debo decirlo— en principio con la esperanza de entenderlo mejor que los demás. Un día una oferta muy corriente conquistó mi atención apasionada. Aun antes de leerla sentí moverse en mi pecho algo que al instante reconocí como oscuro presentimiento de que tal vez me encontrara en la mesa de juego. Es difícil describir tal presentimiento. Consiste en una dilatación de los pulmones, por lo que se respira con voluptuosidad el aire, aun cuando esté cargado de humo. Pero después hay algo más: al instante sabes que cuando hayas doblado la apuesta te encontrarás aún mejor. Pero hace falta práctica para entender todo eso. Hay que haberse alejado de la mesa de juego con los bolsillos vacíos y el dolor de no haber seguido el presentimiento; entonces te obsesiona. Cuando no lo has seguido, ya no hay salvación para ese día, porque las cartas se vengán. Pero en la mesa verde es bastante más perdonable no haberlo sentido que ante el tranquilo libro mayor, y, en efecto, yo lo percibí con claridad, mientras gritaba en mi interior: «¡Compra en seguida esos frutos secos!»

Hablé de ello con toda modestia a Olivi, sin aludir, por supuesto, a mi inspiración. Olivi respondió que esos negocios sólo los hacía por cuenta de terceros, cuando podía conseguir un pequeño beneficio. Así eliminaba de mis negocios la posibilidad de la inspiración y la reservaba para los terceros.

La noche reforzó mi convicción: así, pues, el presentimiento estaba dentro de mí. Respiraba tan bien, que no podía dormir. Augusta sintió mi inquietud y tuve que explicarle el motivo. Ella tuvo al instante la misma inspiración que yo y llegó a murmurar en sueños:

—¿Acaso no eres el patrón?

Es cierto que por la mañana, antes de que yo saliera, me dijo pensativa:

—No te conviene enfadar a Olivi ¿Quieres que hable de eso a mi padre?

No quise, porque sabía que también Giovanni atribuía poca importancia a las inspiraciones.

Llegué al despacho decidido a batirme por mi idea, para vengarme también del insomnio sufrido. La batalla duró hasta el mediodía, cuando expiraba el plazo para aceptar la oferta. Olivi permaneció firme y me liquidó con la observación habitual:

—¿Es que quiere usted disminuir los poderes que me confirió su difunto padre?

Por el momento volví, resentido, a mi libro mayor, decidido a no inmiscuirme más en los negocios, pero me quedó en la boca el sabor de la uva pasa y todos los días me informaba de su precio en el Tergesteo. Por lo demás, no me importaba. Subió lento, lento como si necesitara concentrarse para lomar impulso. Después, en un solo día, dio un salto formidable hacia arriba. La cosecha había sido muy escasa y no se había sabido hasta ese momento. ¡Extraña cosa la inspiración! No había previsto la cosecha escasa, sino sólo el aumento del precio.

Las cartas se vengaron. Entretanto yo no podía permanecer ante el libro mayor y perdí todo el respeto a mis instructores, tanto más cuanto que ahora Olivi no parecía tan seguro de haber hecho bien. Yo me reí y me burlé; fue mi ocupación principal.

Llegó otra oferta con el precio aumentado casi al doble. Olivi, para apaciguarme, me pidió consejo y yo, triunfante, dije que no comería la uva a ese precio. Olivi, ofendido, murmuró:

—Yo me atengo al sistema que he seguido toda mi vida.

Y fue en busca del comprador. Encontró uno por una cantidad muy reducida y, también con la mejor intención, volvió a verme y me preguntó vacilante:

—¿Cubro esta pequeña venta?

Respondí, con la misma mala intención:

—Yo la habría cubierto antes de hacerla.

Olivi acabó por perder la fuerza de su convicción y dejó la venta descubierta. Las uvas siguieron subiendo y nosotros perdimos todo lo que se podía perder por la pequeña cantidad.

Pero Olivi se enojó conmigo y declaró que había jugado sólo para complacerme. El bribón olvidaba que yo le había aconsejado apostar al rojo y que él, para fastidiarme, había apostado al negro. Nuestra disputa fue interminable. Olivi recurrió a mi suegro diciéndole que entre él y yo la empresa resultaría perjudicada y que, si mi familia lo deseaba, él y su hijo se retirarían para dejarme el campo libre. Mi suegro decidió al instante en favor de Olivi. Me dijo:

—El asunto de los frutos secos es muy instructivo. Sois dos hombres que no podéis estar juntos. Ahora bien, ¿quién debe retirarse? ¿Quién habría hecho un buen negocio y nada más o quien desde hace medio siglo dirige solo la empresa?

El padre de Augusta indujo también a ésta a convencerme para que no me inmiscuyera nunca más en mis propios asuntos.

—Al parecer, tu bondad e ingenuidad —me dijo— te vuelven inapto para los negocios. Quédate en casa conmigo.

Yo, airado, me retiré a mi tienda, es decir, a mi estudio. Por un tiempo leí y toqué el violín, después sentí el deseo de una actividad más seria y poco faltó para que volviera a la química y después a la jurisprudencia. Por último, y la verdad es que no sé por qué, por un tiempo me dediqué a los estudios de religión. Me pareció

reanudar el estudio que había iniciado a la muerte de mi padre. Tal vez fuera esa vez por un intento enérgico de aproximarme a Augusta y a su salud. No bastaba con acompañarla a misa; debía ir de otro modo, es decir, leyendo a Renan y a Strauss, al primero con deleite y al segundo soportándolo como un castigo. Lo digo aquí sólo para revelar el gran deseo que me unía a Augusta. Y ella no lo adivinó, cuando me vio en las manos los Evangelios en edición crítica. Prefería la indiferencia a la ciencia, por lo que no pudo apreciar la máxima señal de afecto que le había dado. Cuando, como acostumbraba, interrumpía su *toilette* o sus ocupaciones en la casa y se asomaba a la puerta de mi cuarto para saludarme, al verme inclinado sobre esos libros, torcía el gesto:

—¿Todavía con eso?

La religión que Augusta necesitaba no requería tiempo para adquirirse o practicarse. ¡Una genuflexión y el regreso inmediato a la vida! Nada más. Para mí la religión adquiría un aspecto muy distinto. Si hubiera tenido la fe auténtica, ninguna otra cosa en el mundo habría existido para mí.

Con el tiempo el aburrimiento vino a visitarme a veces a mi cuartito tan bien organizado. Era más que nada una angustia porque precisamente entonces me parecía sentirme con fuerzas para trabajar, pero estaba esperando a que la vida me impusiese alguna tarea. En la espera salía con frecuencia y pasaba muchas horas en el Tergesteo o en algún café.

Vivía simulando actividad. Una actividad aburridísima.

La visita de un amigo de la Universidad, que había tenido que regresar a toda prisa de un pueblo de Estiria para curarse de una enfermedad grave fue mi Némesis, aunque no lo pareciera. Vino a verme después de haber pasado en Trieste un mes en la cama, que había servido para convertir su enfermedad, una nefritis, de aguda en crónica y probablemente incurable. Pero creía encontrarse mejor y se disponía, alegre, a trasladarse en seguida, durante la primavera, a algún lugar de clima más suave que el nuestro, donde esperaba recuperar del todo la salud. Tal vez le fuera fatal haberse entretenido demasiado en su rústico lugar natal.

Considero la visita de aquel hombre tan enfermo, pero alegre y sonriente, nefasta para mí; pero tal vez me equivoque: sólo señala una fecha de mi vida, por la que necesitaba pasar.

Mi amigo, Enrico Copler, se asombró de que yo no hubiera sabido nada ni de él ni de su enfermedad, de la que Giovanni debía de estar enterado. Pero Giovanni, desde que estaba enfermo también él, no tenía tiempo para nadie y no me había contado nada, pese a venir a mi casa todos los días de sol para pasar unas horas dormido al aire libre.

Entre los dos enfermos pasaron una tarde de lo más alegre. Hablaron de sus enfermedades, lo que constituye la máxima distracción para un enfermo y no es cosa demasiado triste para los sanos que escuchan. Sólo hubo un desacuerdo,

porque Giovanni necesitaba aire libre, que el otro tenía prohibido. Pero desapareció cuando se levantó un poco de viento, que indujo también a Giovanni a quedarse con nosotros, en el cuartito caliente.

Copler nos contó su enfermedad, que no daba dolor pero le quitaba las fuerzas. Sólo ahora que estaba mejor comprendía lo enfermo que había estado. Habló de las medicinas que le habían recetado y entonces mi interés se avivó. Su doctor le había aconsejado entre otras cosas un sistema eficaz para conseguir un sueño prolongado pero sin envenenarlo con somníferos. Pero, ¿si eso era lo que yo más necesitaba!

Mi pobre amigo, al comprender mi necesidad de medicinas, se ilusionó por un instante con la idea de que yo estaba aquejado por la misma enfermedad que él y me aconsejó que fuera a reconocerme, auscultarme y analizarme.

Augusta se echó a reír con ganas y declaró que yo era un simple enfermo imaginario. Entonces en el demacrado rostro de Copler se dibujó algo parecido al resentimiento. De repente, se liberó, viril, del estado de inferioridad a que parecía estar condenado y me atacó con gran energía.

—¿Enfermo imaginario? Pues, bien, yo prefiero ser un enfermo real. Ante todo, un enfermo imaginario es una monstruosidad ridícula y, además, para éste no existen medicinas, mientras que, como se ve en mí, la farmacia siempre tiene algo eficaz para nosotros, los enfermos verdaderos.

Sus palabras parecían las de un hombre sano y a mí —quiero ser sincero— me hirieron.

Mi suegro se asoció a él con gran energía, pero sus palabras no llegaron a herir al enfermo imaginario, porque revelaban con demasiada claridad la envidia del hombre sano. Dijo que, si él hubiera estado sano como yo, en lugar de fastidiar al prójimo con lamentaciones, habría corrido a sus queridos negocios, sobre todo ahora que había conseguido disminuir su barriga. Ni siquiera sabía que su adelgazamiento no se consideraba síntoma favorable.

A causa del ataque de Copler yo tenía auténtico aspecto de enfermo, de enfermo mal tratado. Augusta sintió la necesidad de intervenir en mi ayuda. Al tiempo que me acariciaba la mano que yo había dejado descansar sobre la mesa, dijo que mi enfermedad no molestaba a nadie y que ni siquiera ella estaba convencida de que yo creyese estar enfermo, porque, de lo contrario, no habría tenido tanta alegría de vivir. Así Copler regresó al estado de inferioridad a que estaba condenado. Estaba totalmente solo en este mundo y, si bien podía luchar conmigo en materia de enfermedad, no podía presentar un afecto semejante al que Augusta me ofrecía. Por sentir una necesidad intensa de una enfermera, más adelante me confesó cuánto me había envidiado por eso.

La discusión continuó los días siguientes con tono más apacible, mientras Giovanni dormía en el jardín. Y Copler, tras haber reflexionado, afirmaba ahora que el enfermo imaginario era un enfermo real, pero de modo más íntimo que éste

y también más radical. En efecto, sus nervios estaban deshechos hasta el punto de acusar una enfermedad que no existía, mientras que su función normal habría consistido en dar la alarma con el dolor e inducir a buscar remedio.

—Sí —decía yo—. Como en las muelas, donde el dolor se manifiesta sólo cuando el nervio está al descubierto y para curarlas es preciso destruirlo.

Acabamos de acuerdo en que un enfermo y otro eran semejantes. En su nefritis lo que había faltado y seguía faltando era un aviso de los nervios, mientras que los míos, en cambio, tal vez fueran tan sensibles, que me avisaban de la enfermedad de la que moriría dentro de unos veinte años. Así, pues, eran nervios perfectos y la única desventaja que tenían era que me concedían pocos días alegres en esta vida. Tras haber conseguido clasificarme entre los enfermos, Copler se sintió muy satisfecho.

No sé por qué tenía el pobre enfermo la manía de hablar de mujeres y, cuando no estaba mi esposa no hablábamos de otra cosa. Afirmaba que en el enfermo real, al menos en las enfermedades que nosotros conocíamos, el sexo se debilitaba, lo que era una buena defensa del organismo, mientras que en el enfermo imaginario, que sólo padecía por el desorden de unos nervios demasiado activos (ése era nuestro diagnóstico), tenía una vitalidad patológica. Corroboré su teoría con mi experiencia y nos compadecimos mutuamente. Ignoro por qué no quise decirle que mi conducta era normal desde hacía mucho tiempo. Al menos podría haberle confesado que me consideraba convaleciente, si no sano, para no ofenderlo demasiado y porque decir que uno está sano, cuando se conocen todas las complicaciones de nuestro organismo, es difícil.

—¿Tú deseas a todas las mujeres bellas que ves? —insistió Copler.

—¡A todas, no! —murmuré yo para darle a entender que no estaba tan enfermo. Por lo pronto, no deseaba a Ada, a la que veía todas las tardes. Para mí, ésa era la mujer prohibida por antonomasia. El crujido de sus faldas no me decía nada y, si me hubiera estado permitido levantarlas con mis propias manos, habría dado igual. Por fortuna no me había casado con ella. Esa indiferencia era, o me parecía, una manifestación de salud auténtica. Tal vez mi deseo por ella hubiese sido tan violento, que, se había agotado por sí solo. Pero mi indiferencia se extendía también a Alberta, a pesar de que estaba tan mona con su vestidito cuidado y serio de colegiala. ¿Habría bastado la posesión de Augusta para calmar mi deseo por toda la familia Malfenti? ¡Habría sido muy honesto, la verdad!

Tal vez no hablara de mi virtud porque con el pensamiento no dejaba de traicionar a Augusta, y aun entonces, al hablar con Copler, con un estremecimiento de deseo, pensé en todas las mujeres que por ella me perdía. Pensé en las mujeres que pasaban por las calles, todas tapadas, razón por la cual sus órganos sexuales secundarios se volvían tan importantes, mientras que en la mujer que uno poseía desaparecían, como si la posesión los hubiera atrofiado. Seguía vivo en mí el deseo

de aventura, la aventura que comenzaba con la admiración de un botín, de un guante, de una falda, de todo lo que tapa y cambia la forma. Pero ese deseo no era aún una culpa. Sin embargo, Copley no hacía bien en analizarme. Explicar a alguien cómo está hecho es un modo de autorizarlo a actuar como desea. Pero Copley hizo algo aún peor, si bien con sus palabras y acciones no podía prever adonde me conduciría.

En mi memoria las palabras de Copley siguen siendo tan importantes, que, cuando las recuerdo, evocan de nuevo todas las sensaciones, cosas y personas que fueron asociadas con ellas. Había acompañado al jardín a mi amigo, que debía volver a casa antes de la puesta de sol. Desde mi casa, que se encuentra sobre una colina, se veía el puerto y el mar, tapados ahora por nuevas construcciones. Nos detuvimos a mirar largo rato el mar movido por una brisa ligera, que reflejaba en miríadas de luces rojas el tranquilo brillo del cielo. La península de Istria daba descanso a los ojos con su verde suavidad que se adentraba en el mar formando un arco enorme como una penumbra sólida. Los muelles y los diques eran pequeños e insignificantes con sus formas rígidas y lineales y el agua de los embalses aparecía oscura por su inmovilidad o tal vez por su turbiedad. En aquel vasto panorama las partes tranquilas eran pocas en comparación con todo aquel rojo intenso sobre el agua y nosotros, deslumbrados, no tardamos en volver la espalda al mar. Sobre la pequeña explanada de delante de la casa la caída de la noche era ya inminente.

Delante del porche, mi suegro dormía en un gran sillón, con la cabeza cubierta por una gorra, las piernas envueltas en una manta y protegido también por el cuello levantado del abrigo. Nos detuvimos a mirarlo. Tenía la boca abierta, el maxilar inferior colgando como una cosa muerta y la respiración ruidosa y demasiado frecuente. De vez en cuando se le caía la cabeza sobre el pecho, y sin despertarse, volvía a alzarla. Entonces se le movían los párpados, como si hubiera querido abrir los ojos para recuperar con mayor facilidad el equilibrio y su respiración cambiada de ritmo. Una auténtica interrupción del sueño.

Era la primera vez que la grave enfermedad de mi suegro se me presentaba con tal evidencia y sentí profunda pena.

Copley me dijo eji voz baja:

—Habría que curarlo. Es probable que esté también enfermo de nefritis. El suyo no es sueño: yo conozco ese estado. ¡Pobre hombre!

Terminó aconsejándome que llamara a su médico.

Giovanni nos oyó y abrió los ojos. Al instante pareció menos enfermo y bromeó con Copley:

—¿Se atreve usted a estar al aire libre? ¿No le sentará mal?

Le parecía haber dormido profundamente y no pensaba que le había faltado aire frente al vasto mar, que le enviaba tanto. Pero su voz era débil y jadeaba al hablar; tenía la cara amarillenta y, al levantarse del sillón, se sintió helado. Tuvo que

refugiarse en la casa. Aún lo veo avanzar por la explanada, jadeante pero riendo y enviándonos un saludo.

—¿Ves cómo es el enfermo real? —dijo Copley, que no podía librarse de su idea obsesiva—. Está moribundo y no sabe que está enfermo.

También a mí me pareció que el enfermo real sufría poco. Mi suegro y Copley descansan desde hace muchos años en Santa Anna, pero hubo un día que pasé junto a sus tumbas y no me pareció que la tesis propugnada por uno de ellos quedara invalidada por el hecho de que se encontraran bajo las piedras desde hacía tantos años.

Antes de dejar su antiguo domicilio, Copley había liquidado sus negocios, por lo que, como yo, se encontraba desocupado. Pero, en cuanto se levantó de la cama, no supo estar tranquilo y, al no tener negocios propios, empezó a ocuparse de los demás, que le parecían muy interesantes. En esa época me reí de eso, pero más adelante también yo iba a conocer el agradable sabor de los negocios ajenos. Copley se dedicaba a la beneficencia y, como se había propuesto vivir de los intereses de su capital, no podía permitirse el lujo de hacerla toda a su costa. Por eso, organizaba colectas e imponía una contribución a sus amigos y conocidos. Como buen hombre de negocios que era, llevaba un registro de todo, y yo pensé que ese libro era su viático y que, de estar en su caso, condenado a una vida breve y carente de familia, yo lo habría enriquecido consumiendo mi capital. Pero él era el sano imaginario y sólo tocaba los intereses que le correspondían, por no poder resignarme a admitir que el futuro era breve.

Un día me abordó con la petición de unos centenares de coronas para conseguir un piano a una pobre muchacha, a la que ya socorriamos yo y otros, por mediación de él, con una pequeña mensualidad. Había que apresurarse para aprovechar una buena ocasión. No supe negarme, pero, un poco malhumorado, observé que habría hecho buen negocio si ese día no hubiera salido de casa. De vez en cuando sufro ataques de avaricia.

Copley cogió el dinero y se fue tras decir unas pocas palabras de agradecimiento, pero el efecto de mis palabras se vio pocos días después y fue, por desgracia, importante. Vino a informarme de que el piano ya estaba en su sitio y de que la señorita Carla Gerco y su madre me rogaban que fuera a verlas para que me diesen las gracias. Copley temía perder a su cliente y quería vincularme haciéndome saborear el agradecimiento de las beneficiadas. Al principio intenté librarme de esa molestia asegurándole que estaba convencido de que él sabía hacer la beneficencia más adecuada, pero insistió tanto, que acabé accediendo.

—¿Es guapa? —le pregunté riendo.

—Guapísima —respondió—, pero no es pan para nuestros dientes.

Era curioso que pusiera mis dientes junto a los suyos con el peligro de contagiarme sus caries. Me habló de la honradez de esa desgraciada familia que

hacía unos años había perdido al cabeza de familia y que en la más negra miseria había vivido con la honradez más estricta.

Era un día desagradable. Soplaban un viento helado y yo envidiada a Copley, que se había puesto el abrigo de piel. Había de sujetar el sombrero con la mano, pues, de lo contrario, habría volado. Pero me encontraba de buen humor, porque iba a recibir el agradecimiento debido a mi filantropía. Recorrimos a pie la Corsia Stadion, atravesamos el jardín público. Era una parte de la ciudad que yo no veía nunca. Entramos en una de esas casas que nuestros antepasados se habían puesto a fabricar cuarenta años antes en lugares alejados de la ciudad, que no tardó en invadirlos; tenía aspecto modesto, pero, aun así, mejor que el de las casas que se hacen hoy con las mismas intenciones. La escalera ocupaba poco espacio, por lo que era muy alta.

Nos detuvimos en el primer piso, donde llegué mucho antes que mi compañero, bastante más lento. Me asombró que de las tres puertas que daban al rellano, en dos, las laterales, figurara la tarjeta de Carla Gerco, clavada con chinchetas, mientras que en la tarjeta de la tercera puerta figuraba otro nombre. Copley me explicó que las Gerco tenían a la derecha la cocina y la alcoba, mientras que a la izquierda sólo había el estudio de la señorita Carla. Habían podido subarrendar una parte del piso en el centro, con lo que el alquiler les salía muy barato, pero tenían la incomodidad de tener que pasar por el rellano para ir de una habitación a otra.

Llamamos a la izquierda, en el estudio, donde madre e hija, avisadas de nuestra visita, nos esperaban. Copley hizo las presentaciones. La señora, una persona muy tímida con modesto vestido negro y la cabeza realzada por una blancura de nieve, me dirigió un breve discurso que debía de haber preparado: se sentían honradas por la visita y me agradecían el generoso donativo que les había hecho. Luego no volvió a abrir la boca.

Copley asistía como un profesor que en un examen oficial escuchaba las lecciones que con gran esfuerzo ha enseñado. Corrigió a la señora diciéndole que no sólo había concedido el dinero para el piano, sino que, además, había contribuido también al socorro mensual que él había ido recogiendo para ellas. Le gustaba la exactitud.

La señorita Carla se levantó de la silla en que estaba sentada junto al piano, me tendió la mano y me dijo simplemente:

—¡Gracias!

Al menos eso no era tan largo. Mi carga de filántropo empezaba a pesarme. ¡También yo me ocupaba de los asuntos ajenos como un enfermo real! ¿Por quién me tomaría aquella graciosa joven? ¡Una persona muy respetable, pero no un hombre! ¡Y era muy graciosa, la verdad! Creo que quería parecer más joven de lo que era, con su falda demasiado corta para la moda de aquella época, a no ser que para estar por casa usara una falda de cuando aún no había acabado de crecer. Sin

embargo, su cabeza era de mujer y, por el peinado algo rebuscado, de mujer que quiere gustar. Llevaba sus espesas trenzas negras dispuestas de modo que le taparan las orejas y parte del cuello. Yo estaba tan consciente de mi dignidad y temía tanto a los inquisidores ojos de Copley, que al principio no miré bien a la muchacha; pero ahora la conozco bien. Su voz tenía algo de musical, cuando hablaba, y, con una afectación que ya había llegado a ser natural, se complacía en prolongar las sílabas, como si quisiera acariciar el sonido que conseguía darles. Por eso, y también por algunas vocales suyas excesivamente abiertas, incluso para Trieste, su forma de hablar tenía algo de extranjera. Después supe que algunos maestros para enseñar la emisión de la voz alteran el timbre de las vocales. Era una pronunciación muy distinta de la de Ada. Cada sonido me parecía hablar de amor.

Durante aquella visita la señorita Carla no dejó de sonreír, tal vez por creer que así tenía estereotipada en la cara la expresión de la gratitud. Era una sonrisa un poco forzada; el aspecto auténtico de la gratitud. Luego, cuando pocas horas después empecé a soñar con Carla, imaginé que en su cara había habido una lucha entre la alegría y el dolor. Nada de eso vi después en ella y una vez más comprendí que la belleza femenina simula sentimientos con los que no tiene nada que ver. Del mismo modo que la tela sobre la que está pintada una batalla no tiene el menor sentimiento heroico.

Copley parecía satisfecho con la presentación, como si las dos mujeres hubieran sido obra suya. Me las describía: estaban siempre contentas con su suerte y trabajaban. Decía palabras que parecían sacadas de un libro escolar y, al asentir maquinal, parecía que yo quisiera confirmar que había hecho mis estudios y por tanto, sabía cómo debían ser las pobres mujeres virtuosas y privadas de dinero.

Después pidió a Carla que nos cantara algo. Ella no quiso, porque, según declaró, estaba resfriada. Propuso hacerlo otro día. Yo notaba con simpatía que temía nuestro juicio, pero deseaba prolongar la visita y me uní a los ruegos de Copley. Dije también que no sabía si volvería a verla nunca más, porque estaba muy ocupado. Copley, a pesar de saber que yo no tenía nada que hacer en este mundo, confirmó muy serio lo que yo decía. Luego me resultó fácil entender que no deseaba que yo volviera a ver a Carla.

Ésta intentó negarse otra vez, pero Copley insistió con una palabra que se parecía a una orden y ella obedeció: ¡qué fácil era obligarla!

Cantó *La mia bandiera*. Desde mi blando sillón yo seguía su canto. Deseaba con ardor tener motivos para admirar. ¡Qué hermoso habría sido verla revestida de genialidad! Pero, en cambio, tuve la sorpresa de notar que su voz, cuando cantaba, perdía toda la musicalidad. El esfuerzo la alteraba. Carla no sabía siquiera tocar y su acompañamiento deficiente volvía aún más pobre aquella pobre música. Recordé que me encontraba ante una estudiante y analicé si el volumen de voz era

suficiente. ¡Bastante abundante! En aquella habitación pequeña me hería el oído. Para poder seguir animándola, pensé que lo único malo era su escuela.

Cuando dejó de cantar, me uní al elogio generoso y locuaz de Copley. Decía:

—Figúrate qué efecto haría esta voz, cuando fuera acompañada por una buena orquesta.

Desde luego, eso era cierto. Sobre aquella voz hacía falta toda una orquesta potente. Yo dije con gran sinceridad que me reservaba mi opinión hasta volver a oír a la señorita unos meses después y que entonces me pronunciaría sobre el valor de su escuela. Menos sincero, añadí que esa voz merecía una escuela de primer orden, desde luego. Después, para atenuar lo que de desagradable hubieran tenido mis primeras palabras, filosofé sobre la necesidad de que una voz excelsa encuentre una escuela excelsa. Ése elogio superlativo cubrió todo. Pero después, al quedarme solo, me asombró haber sentido la necesidad de ser sincero con Carla. ¿Es que ya la amaba? Pero, ¡si aún no la había visto bien!

Por la escalera, de olor dudoso, Copley dijo:

—Su voz es demasiado fuerte. Es una voz de teatro.

No sabía que en ese momento yo sabía algo más: esa voz pertenecía a un ambiente muy humilde en el que se podía saborear la impresión de ingenuidad de ese arte y soñar con llevar dentro el arte, es decir, la vida y el dolor.

Al dejarme, Copley me dijo que me avisaría cuando el maestro de Carla organizara un concierto público. Se trataba de un maestro poco conocido aún en la ciudad, pero, desde luego, llegaría a ser una gran celebridad futura. Copley no estaba seguro, pese a que el maestro era bastante viejo. Parecía que la celebridad iba a llegarle ahora, después de que Copley lo hubiera conocido. Dos debilidades de moribundos, la del maestro y la de Copley.

Lo curioso es que sentí la necesidad de contar esa visita a Augusta. Tal vez se podría creer que hubiera sido por prudencia, en vista de que Copley lo sabía y yo no me sentía capaz de rogarle que callara. Ahora bien, hablé con mucho gusto. Fue un gran desahogo. Hasta entonces no tenía que reprocharme otra cosa que haber callado con Augusta. Mira por dónde, ahora era del todo inocente.

Ella me preguntó por la muchacha y si era bella. Me resultó difícil responder: dije que la pobre muchacha me había parecido muy anémica. Después tuve una buena idea:

—¿Y si tú te ocuparas un poco de ella?

Augusta tenía tanto que hacer en su nueva casa y con su antigua familia, que la llamaba para que ayudara en la asistencia al enfermo, que no volvió a pensar en ello. Pero, por eso, la idea había sido buena de verdad.

Sin embargo, Copley supo por Augusta que yo le había contado a ésta nuestra visita y, por esa razón, también él olvidó las cualidades que había atribuido al

enfermo imaginario. Me dijo delante de Augusta que dentro de poco haríamos otra visita a Carla. Me concedía su confianza plena.

A causa de mi inactividad, pronto sentí deseos de volver a ver a Carla. No me atreví a correr a visitarla por miedo a que Copley se enterara. Sin embargo, no me habrían faltado pretextos. Podía ir a verla para ofrecerle una ayuda mayor, sin que Copley lo supiera, pero primero debería haber estado seguro de que, por su propio bien, ella habría aceptado callar. ¿Y si ese enfermo real fuera ya el amante de la muchacha? Yo de los enfermos reales no sabía lo que se dice nada y podía muy bien ser que tuvieran la costumbre de hacerse pagar sus amantes por los demás. En ese caso habría bastado una sola visita a Carla para comprometerme. No podía poner en peligro la paz de mi familia; es decir: no la puse en peligro mientras no aumentó mi deseo por Carla.

Pero aumentó sin cesar. Ya conocía a esa muchacha mucho mejor que cuando le había estrechado la mano para despedirme de ella. Recordaba sobre todo la trenza negra que cubría su níveo cuello y que habría habido que apartar con la nariz para llegar a besar la piel que ocultaba. Para estimular mi deseo bastaba con que yo recordara que en determinado piso de una casa de mi pequeña ciudad se encontraba una bella muchacha y que con un corto paseo se podía ir a tomarla. En tales circunstancias la lucha con el pecado se vuelve difícilísima porque hay que renovarla a cada hora y a cada día, es decir, mientras la muchacha permanezca en ese piso. Las largas vocales de Carla me llamaban y tal vez su sonido precisamente me hubiera metido en el alma la convicción de que, cuando mi resistencia cediera, no habría otras. Pero yo tenía claro que podía engañarme y que tal vez Copley viera las cosas con mayor exactitud; también esa duda servía para disminuir mi resistencia, en vista de que la pobre Augusta podía verse salvada, en caso de que yo me viera traicionado por la propia Carla, que, como mujer, tenía la obligación de resistir.

¿Por qué había de provocarme remordimiento mi deseo, cuando parecía que había llegado a tiempo precisamente para salvarme del tedio que en aquella época me amenazaba? No perjudicaba en absoluto a mis relaciones con Augusta, sino todo lo contrario. Yo ahora le decía no sólo las palabras de afecto que siempre le había dirigido, sino también las que en mi ánimo iban formándose para la otra. Nunca había habido en mi casa semejante abundancia de dulzura y Augusta parecía encantada. Seguía cumpliendo con exactitud lo que yo llamaba el horario de la familia. Tengo una conciencia tan delicada, que ya entonces me preparaba para atenuar con mi conducta mi remordimiento futuro.

Prueba de que mi resistencia no cedió del todo es que llegara a Carla no de un solo impulso, sino por etapas. Al principio y durante varios días sólo llegué hasta el jardín público y con la sincera intención de gozar de ese verde que aparece tan puro en medio del gris de las calles y casas que lo circundan. Después, al no haber

tenido la suerte de tropezarme, como esperaba, con ella por casualidad, salí del jardín para pasar justo por debajo de sus ventanas. Lo hice con gran emoción, que recordaba a la tan deliciosa del joven que se acerca por primera vez al amor. ¡Llevaba tanto tiempo privado, no de amor, sino de las cosas que conducen a él!

Acababa de salir del jardín público cuando me tropecé de frente con mi suegra. Al principio tuve la duda curiosa: ¿por la mañana, tan temprano, por aquel barrio tan lejano del nuestro? Tal vez también ella traicionara a su marido enfermo. Después me di cuenta en seguida de que era injusto con ella, porque había ido a ver al médico para tranquilizarse, después de haber pasado una mala noche junto a Giovanni. El médico le había dicho palabras tranquilizadoras, pero ella estaba tan agitada, que en seguida me dejó sin acordarse siquiera de sorprenderse por haberme encontrado en ese lugar visitado por lo general por viejos, niños y niñas. Pero me bastó verla para sentirme de nuevo apegado a mi familia. Me dirigí hacia casa con paso decidido, al tiempo que marcaba el ritmo murmurando: «¡Nunca más! ¡Nunca más!» En ese instante la madre de Augusta, con su dolor, me había devuelto la conciencia de todos mis deberes. Fue una buena lección y bastó durante todo aquel día.

Augusta no estaba en casa porque había ido corriendo a ver a su padre, con quien se quedó toda la noche. En la mesa me dijo que, dado el estado de Giovanni, habían hablado de si debían aplazar la boda de Ada, que estaba fijada para la semana siguiente. Giovanni estaba ya mejor. Al parecer, en la cena había comido demasiado y la indigestión había adquirido el aspecto de una agravación de la enfermedad.

Yo le dije que su madre me había dado ya esas noticias, cuando me había tropezado con ella en el jardín público. Tampoco Augusta se asombró de mi paseo, pero yo sentí la necesidad de darle explicaciones. Le conté que desde hacía algún tiempo prefería el jardín público para meta de mis paseos. Me sentaba en un banco y leía el periódico. Luego añadí:

—¡Ese Olivi! Me la ha hecho buena condenándome a esta inactividad.

Augusta, que se sentía un poco culpable en relación con eso, puso expresión de dolor y de sentimiento. Yo, entonces, me sentí muy bien. Pero tenía la conciencia de verdad tranquila porque pasé toda la tarde en mi estudio y podía creer de verdad que estaba curado definitivamente de cualquier deseo perverso. Ahora leía el Apocalipsis.

Y, aunque ahora estaba seguro de tener autorización para ir todas las mañanas al jardín público, mi resistencia a la tentación había llegado a ser tal, que, cuando el día siguiente salí, me encaminé justo en la dirección opuesta. Iba a buscar una partitura porque quería probar un nuevo método de violín que me habían aconsejado. Antes de salir me enteré de que mi suegro había pasado la noche perfectamente y que por la tarde iba a venir a vernos en coche. Me alegraba tanto

por mi suegro como por Guido, que por fin podría casarse. Todo iba bien: yo estaba salvado y también lo estaba mi suegro.

Pero, ¿fue la música precisamente la que me condujo de nuevo hasta Carla! Entre los métodos que el vendedor me ofreció había por error uno que no era de violín, sino de canto. Leí con atención el título: «Tratado completo del arte del Canto (Escuela de García) de E. García (hijo), con una Relación sobre la memoria respecto a la voz humana, presentada a la Academia de Ciencias de París.»

Dejé que el vendedor se ocupara de otros clientes y me puse a leer la obrita. Debo decir que leía con una agitación que tal vez se pareciera a aquella con la que el joven depravado se acerca a las obras pornográficas. Exacto: ése era el camino para llegar hasta Carla; ésta necesitaba esa obra y habría sido un crimen por mi parte no dársela a conocer. La compré y volví a casa.

La obra de García constaba de dos partes, una teórica y otra práctica. Continué la lectura con la intención de entenderla tan bien como para poder dar mis consejos a Carla, cuando fuera a verla con Copler. Entretanto ganaría tiempo y podría seguir con mis sueños tranquilos, aunque sin dejar de solazarme pensando en la aventura que me esperaba.

Pero la propia Augusta precipitó los acontecimientos. Me interrumpió en mi lectura para venir a saludarme, se inclinó hacia mí y me rozó la mejilla con los labios. Me preguntó qué hacía y, al oír que se trataba de un nuevo método, pensó que sería para violín y no se preocupó de mirar con mayor atención. Yo, cuando me dejó, exageré el peligro que había corrido y pensé que, para mi seguridad, haría bien en no tener ese libro en mi estudio. Había que llevarlo en seguida a su destino, y así fue como me vi obligado a ir derecho hacia mi aventura. Había encontrado algo más que un pretexto para poder hacer lo que deseaba.

No volví a vacilar. Al llegar al rellano, me dirigí al instante a la puerta de la izquierda. Pero ante ella me detuve por un instante a escuchar los sonidos de la balada *La mia bandiera*, que resonaban gloriosos en la escalera. Parecía que durante todo ese tiempo Carla hubiese seguido cantando la misma cosa. Sonreí lleno de afecto y de deseo ante tal infantilismo. Después abrí la puerta con cautela sin llamar y entré en la habitación de puntillas. Quería verla al instante. En la pequeña habitación su voz resultaba desagradable de verdad. Cantaba con gran entusiasmo y mayor calor que cuando la primera visita. Se había echado incluso contra el respaldo de la silla para poder emitir el sonido con toda la fuerza de sus pulmones. Yo vi sólo su cabecita rodeada por las trencitas y me retiré presa de profunda emoción por haberme atrevido a tanto. Entretanto ella había llegado a la última nota, que no terminaba nunca, y yo pude regresar al rellano y cerrar la puerta tras mí sin ser visto. Hasta esa nota había oscilado hacia arriba y hacia abajo antes de afirmarse segura. Así, pues, Carla sabía reconocer la nota exacta y ahora correspondía intervenir a García para enseñarle a encontrarla más rápido.

Llamé cuando me sentí más tranquilo. Acudió al instante a abrir la puerta y yo no olvidaré nunca su graciosa figurita, apoyada en el marco, mientras me miraba con sus grandes ojos oscuros antes de poder reconocermé en la oscuridad.

Pera, entretanto, yo me había calmado hasta el punto de verme asaltado por todas mis vacilaciones. Iba camino de traicionar a Augusta, pero pensaba que, igual que los días anteriores había podido contentarme con llegar hasta el jardín público, con tanta mayor facilidad podría detenerme ahora en aquella puerta, entregar aquel libro comprometedor y marcharme satisfecho. Fue un breve instante lleno de buenos propósitos. Recordé incluso un consejo extraño que me habían dado para librarme del tabaco y que podía valer en esa ocasión: a veces, para quedar satisfecho, bastaba con encender la cerilla y después tirar el cigarrillo y la cerilla.

También me habría resultado hacer eso, porque la propia Carla, cuando me reconoció, enrojeció e hizo ademán de huir avergonzada —como supe más adelante— de que la vieran vestida con un pobre y raído vestidito de andar por casa.

Una vez reconocido, sentí la necesidad de excusarme:

—Le he traído este libro que creo le interesará. Si quiere, puedo dejárselo y marcharme en seguida.

El sonido de las palabras era —o así me pareció— bastante brusco, pero no el significado, porque a fin de cuentas le dejaba la libertad de decidir si debía marcharme o quedarme y traicionar a Augusta.

Ella decidió al instante, porque me cogió de la mano para retenerme con mayor seguridad y me hizo entrar. La emoción me nubló la vista y considero que la provocó no tanto el dulce contacto de aquella mano cuanto aquella familiaridad que, me pareció, decidía mi destino y el de Augusta. Por eso, creo que entré con cierta renuencia y, cuando vuelvo a evocar la historia de mi primera traición, tengo la sensación de haberla cometido porque me vi arrastrado a ello.

El rostro de Carla estaba bello de verdad así ruborizado. Fue una sorpresa deliciosa para mí advertir que, si bien no me esperaba, aguardaba mi visita. Me dijo con gran complacencia:

—Entonces, ¿ha sentido usted la necesidad de volver a verme? ¿De volver a ver a esa pobrecita qué tanto le debe?

Desde luego, si hubiera querido, habría podido estrecharla al instante entre mis brazos, pero ni siquiera se me ocurrió. Hasta el punto de que ni siquiera respondí a sus palabras, que me parecían comprometedoras, y volví a hablarle de García y de la necesidad de aquel libro para ella. Hablé de ello con una vehemencia, que me llevó a decir algunas palabras poco consideradas. García le enseñaría el modo de dar a las notas la solidez del metal y la dulzura del aire. Le explicaría que una nota sólo puede representar una línea recta o, mejor dicho, un plano, pero un plano pulido.

Mi fervor no se disipó hasta que ella me interrumpió para manifestarme una duda dolorosa:

—Pero, entonces, ¿a usted no le gusta cómo canto?

Su pregunta me asombró. Había hecho una crítica dura, pero no era consciente de ello y protesté con toda buena fe. Protesté tan bien, que me pareció haber vuelto, sin dejar de hablar de su canto, al amor que tan imperioso me había arrastrado hasta aquella casa. Y mis palabras fueron tan amorosas, que, de todos modos, dejaron traslucir una parte de sinceridad.

—¿Cómo puede creer semejante cosa? ¿Estaría acaso aquí, si así fuera? He pasado un largo rato en el rellano escuchando extasiado su canto, delicioso y excelso en su ingenuidad. Sólo que para la perfección necesita, creo, algo más y he venido a traérselo.

Ahora bien, ¡qué fuerza tenía en mi ánimo el recuerdo de Augusta, si seguía protestando obstinado que no me había arrastrado mi deseo!

Carla escuchó mis palabras lisonjeras, que ni siquiera estaba en condiciones de analizar. No era demasiado culta, pero, con gran sorpresa, comprendí que no carecía de sentido común. Me contó que ella misma tenía grandes dudas sobre su talento y su voz: sentía que no progresaba. Con frecuencia, tras unas horas de estudio, se concedía la distracción y el premio de cantar *La mia bandiera* con la esperanza de descubrir en su voz alguna cualidad nueva. Pero siempre era lo mismo: no peor y tal vez bastante bien, como le aseguraban quienes la oían y yo también (y entonces me lanzó con sus bellos ojos oscuros un destello ligeramente interrogativo que demostraba hasta qué punto necesitaba verse tranquilizada con respecto al sentido de mis palabras, que aún le parecía dudoso), pero progreso auténtico no había. El maestro decía que en arte no había progresos lentos, sino grandes saltos que conducían a la meta y que un buen día se levantaría y sería una gran artista.

—Pero, requiere mucho tiempo —añadió mirando al vacío y tal vez volviendo a ver todas sus horas de aburrimiento y dolor.

Se llama honrado antes que nada a quien es sincero y por mi parte habría sido de lo más honrado aconsejar a la pobre muchacha que dejara el estudio del canto y se convirtiera en mi amante. Pero aún no había llegado tan lejos del jardín público y, además, no estaba demasiado seguro de mi juicio en el arte del canto. Desde hacía unos instantes sólo me preocupaba profundamente una sola persona: aquel pesado de Copley, que pasaba todas las fiestas en casa conmigo y mi mujer. Ese habría sido el momento de encontrar un pretexto para rogar a la muchacha que no contara a Copley mi visita. Pero no lo hice, por no saber cómo disimular mi petición, y fue una suerte porque pocos días después mi pobre amigo enfermó y al poco murió.

De momento le dije que encontraría en el García todo lo que buscaba y por un instante, pero sólo por un instante, esperó ansiosa milagros de ese libro. Pero no

tardó, al encontrarse ante tantas palabras, en dudar de la eficacia de la magia. Yo leía las teorías de García en italiano, después se las explicaba también en italiano y, cuando no bastaba, se lo traducía a dialecto triestino, pero ella no sentía moverse nada en su garganta y sólo habría podido reconocer auténtica eficacia en ese libro si se hubiera manifestado en ese punto. Lo malo es que poco después también yo tuve la convicción de que en mis manos ese libro no valía demasiado. Repitiendo por tres veces aquellas frases y no sabiendo qué hacer con ellas, me vengué de mi incapacidad criticándola con libertad. Mira por dónde. García perdía su tiempo y el mío para demostrar que, como la voz humana podía producir diversos sonidos, no era correcto considerarla como un solo instrumento. En ese caso también habría habido que considerar el violín como un conglomerado de instrumentos. Tal vez no hiciera bien al comunicar a Carla mi crítica, pero ante una mujer a la que se quiere conquistar es difícil no aprovechar una ocasión que se presente de demostrar la superioridad de uno. En efecto, ella me admiró, pero alejó físicamente de sí el libro que era nuestro Galeotto, si bien no nos acompañó hasta la culpa. Yo no me resigné aún a renunciar a él y lo dejé para otra visita. Cuando Copley murió, ya no volví a necesitarlo. Se había roto cualquier nexo entre aquella casa y la mía y así mi conducta sólo podía verse frenada por mi conciencia.

Pero, entretanto, habíamos llegado a sentirnos bastante íntimos, con una intimidad mayor de lo que habría sido de esperar de esa media hora de conversación. Yo creo que el acuerdo respecto a un juicio crítico une íntimamente. La pobre Carla aprovechó tal intimidad para comunicarme sus tristezas. Desde la intervención de Copley, en aquella casa se vivía modestamente pero sin grandes privaciones. El mayor peso para las dos pobres mujeres era pensar en el futuro. Porque Copley les llevaba en fechas precisas su socorro, pero no les permitía calcularlo con seguridad; no quería preocupaciones y prefería que las tuvieran ellas. Además, no les daba gratis el dinero: era el auténtico patrón de la casa y quería que lo informaran de hasta el menor detalle. ¡Pobres de ellas si se permitían un gasto que no hubiera aprobado él antes! Hacía poco, la madre de Carla había estado indispuesta y Carla, para poder atender los asuntos domésticos, había dejado de cantar unos días. Copley, informado de ello por el maestro, hizo una escena y se marchó declarando que entonces no valía la pena molestar a personas de bien para que las socorrieran. Durante unos días vivieron aterradas temiendo verse abandonadas a su suerte. Después, cuando regresó, renovó los pactos y las condiciones y fijó las horas exactas al día que Carla debía pasar sentada al piano y las que podía dedicar a la casa. Amenazó incluso con ir a sorprenderlas a cualquier hora del día.

—Desde luego —concluía la muchacha—, sólo quiere nuestro bien, pero se enfada tanto por cosas sin importancia, que un día u otro, de ira, acabará por echarnos al arroyo. Pero ahora que también usted se ocupa de nosotras, ya no

existe ese peligro, ¿verdad?

Y volvió a apretarme la mano. Como no respondí al instante, temió que me sintiera solidario de Copler y añadió:

—¡También el señor Copler dice que usted es tan bueno!

Esa frase pretendía ser un cumplido directo para mí, pero también para Copler.

La figura de éste, presentada por Carla con tanta antipatía, era nueva para mí y hasta despertaba mi simpatía. Me habría gustado parecerme a él, cuando, en realidad, ¡el deseo que me había llevado a aquella casa me volvía tan distinto! Era cierto que él llevaba a aquellas mujeres dinero ajeno, pero les daba toda su dedicación, una parte de su vida. Ese enfado que sentía era realmente paterno. Sin embargo, tuvo una duda: ¿y si lo hubiera inducido a esa obra el deseo? Sin vacilar pregunté a Carla:

—¿Le ha pedido Copler un beso alguna vez?

—¡Nunca! —respondió Carla con vivacidad—. Cuando está satisfecho de mi comportamiento, da, seco, su aprobación, me estrecha ligeramente la mano y se va. Otras veces, cuando está enfadado, me niega hasta el apretón de manos y ni siquiera advierte que del espanto lloro. Un beso en ese momento sería una liberación para mí.

Como me eché a reír, Carla se explicó mejor:

—¡Aceptaría agradecida el beso de un hombre tan viejo y al que debo tanto!

Ésa es la ventaja de los enfermos reales; parecen más viejos de lo que son.

Hice un débil intento de parecerme a Copler. Sonriendo, para no espantar demasiado a la pobre muchacha, le dije que también yo, cuando me ocupaba de alguien, acababa volviéndome muy imperioso. También a mí me parecía que, cuando se estudiaba un arte, debía hacerse en serio. Después representé tan bien mi papel, que hasta dejé de sonreír. Copler tenía razón al mostrarse severo con una joven que no podía entender el valor del tiempo: había que recordar también a las muchas personas que hacían sacrificios para ayudarla. Me había puesto serio y severo de verdad.

Así llegó la hora de ir a comer y sobre todo ese día no habría querido hacer esperar a Augusta. Tendí la mano a Carla y entonces advertí lo pálida que estaba. Quise consolarla:

—Esté segura de que yo haré siempre lo posible para apoyarla ante Copler y todos los demás.

Me dio las gracias, pero aún parecía abatida. Más adelante me enteré de que, al verme llegar, había adivinado casi la verdad y había pensado que yo estaba enamorado de ella y que, por tanto, estaba salvada. En cambio, después —justo cuando me dispuse a marcharme— creyó que también yo estaba enamorado del arte y del canto y que, por eso, si no cantaba bien ni hacía progresos, yo la abandonaría.

Me pareció muy abatida. Sentí compasión y, en vista de que no había tiempo que perder, la tranquilicé con el medio más eficaz, según había señalado ella misma. Estaba ya en la puerta, cuando la atraje hacia mí, aparté cuidadosamente con la nariz la gruesa trenza del cuello, al que así llegué con los labios, y lo rocé con los dientes. Parecía una broma y también ella acabó riendo, pero sólo cuando la solté. Hasta ese momento había permanecido inerte y atónita entre mis brazos.

Me siguió por el rellano y, cuando empecé a bajar, me preguntó riendo;
—¿Cuándo vuelve?

—¡Mañana o tal vez otro día! —respondí ya vacilante. Luego añadí más decidido—: ¡Vendré mañana seguro! —Después para no comprometerme demasiado añadí—: Continuaremos la lectura del García.

Ella no cambió de expresión en ese breve lapso de tiempo: asintió a la primera promesa insegura, asintió agradecida a la segunda y asintió también a mi propósito, sin dejar de reír. Las mujeres siempre saben lo que quieren. Ni Ada, que me rechazó, ni Augusta, que me aceptó, ni Carla siquiera, que me dejó hacer, vacilaron.

En la calle me encontré de repente más cerca de Augusta que de Carla. Respiré el aire fresco, abierto, y tuve la sensación plena de mi libertad. Yo no había hecho sino una broma, que no podía perder su carácter por haber acabado en el cuello y bajo la trenza. En fin, Carla había aceptado ese beso como una promesa de afecto y sobre todo de ayuda.

Sin embargo, ese día en la mesa empecé a sufrir de verdad. Entre Augusta y yo se encontraba mi aventura, como una gran sombra que me parecía imposible que no viera también ella. Me sentía pequeño, culpable y enfermo, y sentía el dolor en el costado como un dolor simpático que se reflejara desde la gran herida de mi conciencia. Mientras intentaba comer distraído, busqué alivio en un propósito férreo: «No volveré a verla —pensé— y si, por cortesía, tengo que verla, será por última vez.» Además, no se me exigía tanto: un solo esfuerzo, el de no volver a ver a Carla.

Augusta, riendo, me preguntó:

—¿Has ido a ver a Oliví, que te veo tan preocupado?

Me eché a reír yo también. Era un gran alivio el de poder hablar. Las palabras no eran las que habrían podido apaciguar del todo, porque para decir ésas habría habido que confesar y además prometer, pero, al no poder hacer otra cosa, era un gran alivio decir otras palabras. Hablé por los codos, siempre alegre y afable. Después encontré un tema mejor: hablé del pequeño lavadero que ella tanto deseaba y que hasta entonces yo le había negado, y le di al instante permiso para construirlo. La emocionó tanto mi permiso no solicitado, que se levantó y vino a darme un beso. Mira por dónde, ese beso borraba, evidentemente, el otro, y al instante me sentí mejor.

Así fue como tuvimos el lavadero y aún hoy, cuando paso delante de la minúscula construcción, recuerdo que Augusta la quiso y Carla la autorizó.

Siguió una tarde encantadora, colmada con nuestro afecto. En la soledad mi conciencia era más fastidiosa. Las palabras y el afecto de Augusta tenían la virtud de calmarla. Salimos juntos. Luego la acompañé a casa de su madre y pasé además toda la velada con ella.

Antes de meterme en la cama, me quedé, como suelo hacer, largo rato mirando a mi mujer, que dormía absorta en «su ligera respiración. Aun dormida era ordenada, con las mantas hasta la barbilla y sus escasos cabellos reunidos en una pequeña trenza anudada a la nuca. Pensé: «No quiero hacerle daño. ¡Nunca!» Me dormí tranquilo. El día siguiente aclararía mi relación con Carla y encontraría el modo de tranquilizar a la pobre muchacha sobre su porvenir, sin por ello verme obligado a darle besos.

Tuve un sueño extraño: no sólo besaba el cuello de Carla, sino que, además, me lo comía. Ahora bien, era un cuello al que las heridas que yo le infligía con furiosa voluptuosidad no hacían sangrar, por lo que seguía cubierto por su blanca piel e inalterado en su forma levemente arqueada. Carla, abandonada entre mis brazos, no parecía sufrir de mis mordiscos. En cambio, quien sufría era Augusta, que había aparecido de improviso. Para tranquilizarla le decía: «No me lo comeré todo: dejaré un poco para ti.»

El sueño tuvo el aspecto de una pesadilla sólo cuando a medianoche me desperté y mi cabeza, despejada, pudo recordarlo, pero antes no, porque mientras duró ni siquiera la presencia de Augusta me había privado de la sensación de satisfacción que me procuraba.

En cuanto me desperté, tuve plena conciencia de la fuerza de mi deseo y del peligro que representaba para Augusta y también para mí. Tal vez en el regazo de la mujer que dormía a mi lado se iniciara ya otra vida de la que yo sería responsable. ¿Quién sabía lo que pretendería Carla, cuando fuera mi amante? A mi me parecía deseosa del goce que hasta entonces le había estado vedado: ¿y cómo habría podido yo mantener a dos familias? Augusta pedía el lavadero, tan útil; la otra pediría cualquier otra cosa, pero no menos costosa. Volvía a ver a Carla saludándome desde el rellano y riendo tras haber sido besada. Ya sabía que yo iba a ser su presa. Me sentí espantado y allí, solo y en la oscuridad, no pude contener un gemido.

Mi mujer, que se despertó al instante, me preguntó qué me ocurría y yo respondí con una breve frase, la primera que se me ocurrió, cuando conseguí reponerme del espanto de verme interrogado en un momento en que me parecía haber gritado una confesión:

—¡Pienso en la vejez inminente!

Ella se rió e intentó consolarme, sin por ello salir del sueño a que se aferraba. Pronunció la misma frase que siempre me decía, cuando me veía espantado ante el paso del tiempo:

—No pienses en eso ahora que somos jóvenes... ¡el sueño es tan bueno!

Su exhortación surtió efecto: no pensé más y volví a quedarme dormido. La palabra en la noche es como un rayo de luz. Ilumina un retazo de realidad ante el cual se desdibujan las construcciones de la fantasía. ¿Por qué había de temer yo tanto a la pobre Carla, de la que aún no era amante? Era evidente que había hecho todo lo posible para espantarme ante mi situación. En fin, el niño que había evocado en el regazo de Augusta no había dado hasta entonces otra señal de vida que la construcción del lavadero.

Me levanté acompañado aún de mis mejores propósitos. Corrí a mi estudio y preparé en un sobre un poco de dinero que quería ofrecer a Carla en el instante mismo en que le anunciaría mi abandono. Pero me declararía dispuesto a mandarle por correo más dinero siempre que me lo pidiera escribiéndome a una dirección que le comunicaría. Justo cuando me disponía a salir, Augusta me invitó con una dulce sonrisa a acompañarla a casa de su padre. Había llegado de Buenos Aires el padre de Guido para asistir a la boda y había que ir a conocerlo. Desde luego, le importaba menos el padre de Guido que yo. Quería renovar la dulzura del día anterior. Pero ya no era lo mismo: me parecía mal dejar transcurrir tiempo entre mi buen propósito y su ejecución. Mientras caminábamos por la calle uno junto a otro y, en apariencia, seguros de nuestro afecto, la otra se consideraba ya amada por mí. Eso estaba mal. Sentí aquel paseo como un auténtico suplicio.

Encontramos a Giovanni mucho mejor. Sólo que no podía ponerse los botines a causa de una hinchazón en los pies a la que no daba importancia y yo entonces tampoco. Se encontraba en el salón con el padre de Guido, al que me presentó. Augusta nos dejó en seguida para ir a reunirse con su madre y su hermana.

El señor Francesco Speier me pareció un hombre mucho menos instruido que su hijo. Era pequeño, rechoncho, de unos sesenta años, de pocas ideas y poca vivacidad, tal vez porque a consecuencia de una enfermedad tenía muy debilitado el oído. Metía alguna palabra española en su italiano:

—*Cada vez que vengo a Trieste...*

Los dos viejos hablaban de negocios, y Giovanni escuchaba atento porque aquellos negocios eran muy importantes para el destino de Ada. Estuve escuchando distraído. Oí que el viejo Speier había decidido liquidar sus negocios en Argentina y entregar a Guido todos sus *duros* para que los emplease en la fundación de una empresa en Trieste; después regresaría a Buenos Aires para vivir con su mujer y su hija de una pequeña hacienda que le quedaba. No comprendí por qué contaba todo eso a Giovanni delante de mí, ni lo sé tampoco hoy.

Me pareció que en un momento dado los dos dejaron de hablar y me miraron como si esperaran de mí un consejo y yo, para mostrarme amable, observé:

—¿No debe de ser pequeña esa hacienda, si le basta para vivir!

Giovanni gritó al instante:

—Pero, ¿qué dices? —El estallido de su voz recordaba a sus mejores tiempos, pero es cierto que, si no hubiera gritado tanto, el señor Francesco no habría advertido mi observación.

Así, en cambio, empalideció y dijo:

—Espero que Guido no deje de pagarme los intereses de mi capital.

Giovanni, sin dejar de gritar, intentó tranquilizarlo:

—¿Más que los intereses! ¡Hasta el doble, si lo necesita! ¿Acaso no es su hijo?

Sin embargo, el señor Francesco no pareció del todo tranquilo y esperaba de mí precisamente unas palabras que lo tranquilizasen. Se las ofrecí al instante y con profusión, porque ahora el viejo oía menos que antes.

Después continuó la conversación entre los dos hombres de negocios, pero yo me guardé de volver a intervenir. Giovanni me miraba de vez en cuando por encima de las gafas para vigilarme y su pesada respiración parecía una amenaza. Después habló largo rato y en un momento dado me preguntó:

—¿No te parece?

Yo asentí con fervor..

Tanto más fervoroso debió de parecer mi asentimiento cuanto que todos mis actos resultaban más expresivos por la rabia que se iba apoderando de mí. ¿Qué estaba haciendo en aquel lugar, dejando pasar el tiempo útil para llevar a cabo mis buenos propósitos? ¡Me obligaban a dejar para otro día una acción tan útil para Augusta y para mí! Estaba preparando una excusa para marcharme, pero en ese momento el salón fue invadido por las mujeres acompañadas de Guido. Éste, justo después de la llegada de su padre, había regalado a su prometida un anillo magnífico. Nadie me miró ni me saludó, ni siquiera la pequeña Anna. Ada llevaba ya en el dedo la gema reluciente y, sin dejar de apoyar el brazo en el hombro de su prometido, se la enseñaba a su padre. Las mujeres miraban, también extasiadas.

Ni siquiera los anillos me interesaban. ¡Si ni siquiera llevaba puesto el mío de matrimonio porque me impedía la circulación de la sangre! Sin despedirme, atravesé la puerta del salón, me dirigí a la puerta de la calle y me dispuse a salir. Pero Augusta advirtió mi fuga y me alcanzó a tiempo. Me asombró su aspecto alterado. Tenía los labios pálidos como el día de nuestra boda, poco antes de que nos dirigiéramos a la iglesia. Le dije que tenía que hacer un recado urgente. Después, al recordar que pocos días antes, por un capricho, había comprado unas gafas muy ligeras de miope que no me había probado después de haberlas metido en el bolsillo del chaleco, donde las sentía, dije que tenía una cita con el oculista para que me examinara la vista, que desde hacía un tiempo me parecía debilitada.

Respondió que podía irme en seguida, pero que me rogaba me despidiera primero del padre de Guido. Me encogí de hombros con impaciencia, pero la complací.

Volví a entrar en el salón y todos me saludaron corteses. En cuanto a mí, seguro de que ahora me echaban, tuve incluso un momento de buen humor. El padre de Guido, que con tanta familia se confundía, me preguntó:

—¿Volveremos a vernos antes de mi marcha para Buenos Aires?

—¡Oh! —dije yo—. ¡Cada vez que venga a esta casa, probablemente me encontrará!

Todos se rieron y yo me fui triunfal y acompañado incluso de un saludo bastante alegre de parte de Augusta. Me iba con tanta formalidad, tras haber correspondido a todos los trámites legales, que podía caminar seguro. Pero había otro motivo que me liberaba de las dudas que hasta aquel momento me habían contenido: me iba corriendo de la casa de mi suegro para alejarme de ella lo más posible, es decir, hasta la de Carla. En esa casa y no por la primera vez (así me parecía) sospechaban que yo conspiraba, vil, contra los intereses de Guido. Inocente y por completo distraído, yo había hablado de esa hacienda que se encontraba en Argentina, y al instante Giovanni había interpretado mis palabras como si las hubiera meditado para perjudicar a Guido en relación con su padre. Con Guido me habría resultado fácil explicarme, si hubiera sido necesario: con Giovanni y los demás, que me creían capaz de semejantes maquinaciones, bastaba la venganza. No es que yo me hubiera propuesto correr a traicionar a Augusta. Sin embargo, hacía lo que deseaba a la luz del sol. Una visita a Carla no significaba entonces nada malo y si me hubiera tropezado otra vez con mi suegra por ese barrio y si ella me hubiese preguntado qué había ido a hacer allí, le habría respondido al instante:

—Hombre, pues, ¡voy a casa de Carla! —Por eso, aquélla fue la única vez que fui a casa de Carla sin recordar a Augusta. ¡Hasta tal punto me había ofendido la actitud de mi suegro!

En el rellano no oí resonar la voz de Carla. Por un instante sentí terror: ¿habría salido? Llamé y al instante entré antes de que me dieran permiso. Carla estaba, pero con ella se encontraba su madre. Cosían juntas en una asociación que puede ser frecuente pero que yo no había visto nunca. Trabajaban las dos en una misma sábana grande, en los extremos, muy alejadas una de otra. Mira por dónde, había corrido a casa de Carla y me la encontraba acompañada de su madre. Era algo muy distinto. No podía poner en práctica ni los propósitos buenos ni los malos. Todo seguía en suspenso.

Carla, muy colorada, se puso en pie, mientras la vieja se quitaba despacio las gafas, que guardó en un estuche. Por mi parte, me pareció que podía estar indignado por otra razón que la de verme imposibilitado de decir al instante lo que sentía. ¿No eran ésas las horas que Copler había destinado al estudio? Saludé,

cortés, a la anciana señora y me resultó difícil incluso ese acto de cortesía. Saludé también a Carla, casi sin mirarla. Le dije:

—He venido a ver si podemos sacar de este libro —y señalé el García, que se encontraba sin tocar en la mesa, tal como lo habíamos dejado— alguna otra cosa útil.

Me senté en el sitio que había ocupado el día anterior y en seguida abrí el libro. Al principio, Carla intentó sonreírme, pero, en vista de que no corres pondí a su amabilidad, se sentó con solícita obediencia junto a mí, para mirar. Vacilaba; no comprendía. Yo la miré y vi que en su cara se dibujaba algo que podía significar desdén y obstinación. Me imaginé que así acogía los reproches de Copley. Sólo que aún no estaba segura de que mis reproches fueran como los de éste, porque —como me dijo más adelante— recordaba que el día anterior yo la había besado y, por eso, creía poder estar tranquila por siempre respecto a mi ira. Por esa razón estaba aún lista para convertir dicho desdén en una sonrisa amable. Debo decir aquí, porque después no tendré ocasión, que esa confianza suya en haberme domesticado definitivamente con aquel único beso que me había concedido me desagradó sobremanera: una mujer que piensa así es muy peligrosa.

Pero en aquel momento mi estado de ánimo era exacto al de Copley, cargado de reproches y de resentimiento. Me puse a leer en voz alta precisamente la parte que ya habíamos leído el día anterior y que yo mismo había criticado con tanta pedantería, sin añadir nuevos comentarios y recalcando algunas palabras que me parecían más significativas.

Con voz algo trémula, Carla me interrumpió:

—¡Me parece que eso ya lo hemos leído!

Así me vi, al fin, obligado a decir unas palabras mías. También las palabras propias pueden aportar un poco de salud. Las mías no sólo fueron más suaves que mi ánimo y mi comportamiento, sino que, además, me devolvieron la sociabilidad:

—Mire, señorita —y al instante acompañé el apelativo afectuoso con una sonrisa que también podía ser de amante—, me gustaría volver a ver esta parte antes de continuar. Tal vez ayer la juzgamos un poco precipitadamente, y hace poco un amigo mío me advirtió que, para entender lo que dice García, hay que estudiarlo todo.

Por último, sentí también la necesidad de tener una cortesía para con la pobre señora anciana, quien seguro que en su vida, por poco afortunada que hubiera sido, se había encontrado en semejante aprieto. Le dirigí también una sonrisa, que me costó más trabajo que la dedicada a Carla, y le dije:

—No es algo demasiado divertido, pero incluso quien no se dedique al canto puede escucharlo con provecho.

Seguí leyendo obstinado. Desde luego, Carla se encontraba mejor, y por sus carnosos labios erraba algo que se parecía a una sonrisa. En cambio, la anciana

seguía pareciendo un pobre animal atrapado y permanecía en aquella habitación sólo porque su timidez le impedía encontrar el modo de marcharse. Además, por nada del mundo habría manifestado yo mi deseo de expulsarla. Habría sido algo grave y comprometedor.

Carla fue más decidida: con mucho respeto me rogó que suspendiera por un momento la lectura y, dirigiéndose a su madre, le dijo que podía marcharse y que por la tarde continuarían con el trabajo de esa sábana.

La señora se me acercó cavilando sobre si tenderme la mano o no. Yo se la estreché afectuoso y le dije:

—Comprendo que esta lectura no es demasiado divertida.

Parecía deplorar que nos dejase. La señora se marchó después de haber dejado sobre una silla la sábana que hasta entonces había tenido sobre el regazo. Después Carla la siguió por un instante hasta el rellano para decirle algo, mientras yo me deshacía en deseo de tenerla por fin a mi lado. Volvió a entrar, cerró tras sí la puerta y, al volver a su sitio, tenía de nuevo en torno a la boca una rigidez que recordaba a la obstinación en un rostro infantil. Dijo:

—Todos los días a esta hora estudio. ¡Precisamente ahora tenía que surgir ese trabajo urgente!

—Pero, ¿no ve que no me importa nada su canto? —grité y la abordé con un abrazo violento que me condujo a besarla primero en la boca y un instante después en el punto exacto en que la había besado el día anterior.

¡Qué curioso! Se echó a llorar y se apartó de mí. Dijo entre sollozos que había sufrido demasiado al verme entrar de aquel modo. Lloraba por la acostumbrada compasión de sí mismo que asalta a quien ve compadecido su dolor. Las lágrimas no expresan el dolor, sino su historia. Se llora cuando se grita por una injusticia. En efecto, era injusto obligar a estudiar a aquella bella muchacha pudiendo besarla.

En resumen, que las cosas iban peor de lo que me había imaginado. Tuve que explicarme y, para abreviar, no me tomé el tiempo necesario para inventar y conté la verdad exacta. Le hablé de mi impaciencia por verla y besarla. Me había propuesto en seguida ir a visitarla; incluso había pasado la noche pensando en eso. Por supuesto, no le dije lo que me proponía hacer al ir a su casa, pero eso era poco importante. Era cierto que cuando había querido ir a verla para decirle que quería abandonarla para siempre y cuando había acudido para estrecharla en mis brazos había sentido la misma impaciencia dolorosa. Después le conté lo que había sucedido por la mañana y que mi mujer me había obligado a salir con ella y me había llevado a casa de mi suegro, donde había quedado inmovilizado oyendo hablar de asuntos que no me atañían. Por último, con grandes esfuerzos consigo libramme, recorro el largo camino a la carrera y... ¿qué me encuentro? ¡La habitación atestada con aquella sábana!

Carla rompió a reír porque comprendió que yo no me parecía en nada a Copley. La risa en su bella cara parecía el arco iris y volví a besarla. No respondía a mis caricias, pero las soportaba sumisa, actitud que adoro tal vez porque amo al sexo débil en proporción directa a su debilidad. Por primera vez me contó que había sabido por Copley que yo amaba mucho a mi mujer:

—Por eso —añadió y vi pasar por su bella cara la sombra de un propósito serio—, entre nosotros dos sólo puede haber una buena amistad y nada más. Yo no creí demasiado en ese propósito tan prudente porque la misma boca que lo expresaba no podía siquiera substraerse a mis besos.

Carla habló por extenso. Evidentemente, quería despertar mi compasión. Recuerdo todo lo que me dijo y que no sólo creí, cuando ella desapareció de mi vida. Mientras la tuve a mi lado, siempre la temí como mujer que tarde o temprano aprovecharía su ascendiente sobre mí para arruinarme a mí y a mi familia. No la creí cuando me aseguró que no pedía otra cosa que tener seguridad respecto a su vida y a la de su madre. Ahora sé con certeza que nunca tuvo el propósito de conseguir de mí más de lo que necesitaba, y, cuando pienso en ella, enrojezco del vergüenza por haberla entendido y amado tan mal. Ella, la pobre, no obtuvo nada de mí. Yo le habría dado todo, porque soy de los que pagan sus deudas. Pero esperaba que me lo pidiese.

Me contó el estado de desesperación en que se había encontrado a la muerte de su padre. Durante meses y meses ella y la anciana se habían visto obligadas a trabajar día y noche en unos bordados que les encargaba un comerciante. Creía, ingenua, que la ayuda había de venir de la providencia divina, hasta el punto de haber pasado a veces horas enteras a la ventana mirando a la calle, de donde tenía que llegar. En cambio, llegó Copley. Ahora se declaraba contenta de su estado, pero ella y su madre pasaban las noches inquietas porque la ayuda que recibían era muy precaria. ¿Y si un día resultaba que no tenía ni voz ni talento para cantar? Copley las abandonaría. Además, éste hablaba de presentarla en un teatro de allí a pocos meses. ¿Y si fuera un auténtico fracaso?

Con el mismo esfuerzo por despertar mi compasión, me contó que la desgracia financiera de su familia había destrozado un sueño de amor suyo: su prometido la había dejado.

Yo seguía lejano de la compasión. Le dije:

—¿Ese prometido suyo la besaba mucho? ¿Como hago yo?

Se rió porque la impedía hablar. Así vi a un hombre ante mí que me señalaba el camino.

Hacía mucho rato que había pasado la hora en que debería encontrarme en casa almorzando. Me habría gustado irme. Por ese día era suficiente. Me sentía muy alejado de aquel remordimiento que me había mantenido despierto durante la noche, y la inquietud que me había impelido hasta la casa de Carla había

desaparecido del todo. Pero no estaba tranquilo. Tal vez sea mi destino no estarlo nunca. No tenía remordimientos porque Carla me había prometido todos los besos que quisiera en nombre de una amistad que no podía ofender a Augusta. Me pareció descubrir la razón del descontento que, como de costumbre, hacía correr vagos dolores por todo mi organismo. ¡Carla no me veía como era! ¡Carla podía despreciarme al verme tan deseoso de sus besos, cuando, en realidad, yo amaba a Augusta! ¡Aquella misma Carla que daba muestras de estimarme tanto porque tanto me necesitaba!

Decidí conquistarme su estima y dije palabras que iban a dolerme como el recuerdo de un crimen vil, como una traición cometida por libre elección, sin necesidad y sin beneficio alguno.

Estaba casi en la puerta y con expresión de persona serena que se confiesa de mala gana, dije a Carla:

—Copley le ha hablado del afecto que siento por mi mujer. Es cierto: estimo mucho a mi mujer.

Después le conté con pelos y señales la historia de mi matrimonio: que me había enamorado de la hermana mayor de Augusta, quien no había querido saber nada de mí por estar enamorada de otro, después había intentado casarme con otra de sus hermanas, que también me rechazó, y, al final, me había resignado a casarme con ella.

Carla creyó al instante en la exactitud de ese relato. Después supe que Copley se había enterado de algunos detalles en mi casa y le había contado algunos no del todo ciertos, pero casi, que ahora yo había rectificado y confirmado.

—¿Es bella su esposa? —preguntó pensativa.

—Depende de los gustos —dije yo.

Había algún centro inhibitorio que aún actuaba en mí. Había dicho que estimaba a mi mujer, pero en absoluto había dicho que la amase. No había dicho que me gustara, pero tampoco que no pudiera gustarme. En aquel momento me parecía ser muy sincero; ahora sé que con aquellas palabras traicioné a las dos mujeres y todo el amor, el mío y el suyo.

A decir verdad, aún no estaba tranquilo; así, pues, todavía faltaba algo. Recordé el sobre de los buenos propósitos y se lo ofrecí a Carla. Lo abrió y me lo devolvió diciendo que pocos días antes Copley le había llevado la mensualidad y que de momento no necesitaba dinero. Mi inquietud aumentó por una antigua idea que yo tenía de que las mujeres de verdad peligrosas no aceptan poco dinero. Advirtió mi malestar y con deliciosa ingenuidad, que sólo ahora que escribo aprecio, me pidió unas pocas coronas para comprar unos platos que se les habían roto. Pero después sucedió una cosa que dejó una señal indeleble en mi memoria. En el momento de irme la besé, pero esa vez respondió a mi beso con toda intensidad. Mi veneno había hecho efecto. Dijo con toda ingenuidad:

—Yo lo quiero porque usted es tan bueno, que ni siquiera la riqueza ha podido estropearlo. Después añadió maliciosa:

—Ahora sé que no hay que hacerle esperar y que, aparte de ese peligro, no hay otro con usted. En el rellano me preguntó también: —¿Podré enviar a freír espárragos al maestro de canto junto con Copler?

Al tiempo que bajaba veloz las escaleras le dije:

—¡Ya veremos!

Así, pues, algo quedaba aún en suspenso en nuestras relaciones; todo lo demás había quedado claro.

Sentí tal malestar en relación con ello, que, cuando salí al aire libre, me dirigí indeciso en sentido opuesto al de mi casa. Casi habría deseado regresar al instante a casa de Carla para explicarle otra cosa: mi amor por Augusta. Podía hacerlo, porque no había dicho que no la amara. Sólo había olvidado decirle, como conclusión a la vaga historia que había contado, que ahora amaba de verdad a Augusta. Por su parte, Carla había sacado la conclusión de que no la amaba y, por eso, había correspondido con tanto fervor a mi beso y lo había subrayado con una declaración de amor. Me parecía que, si no se hubiera dado ese episodio, yo habría podido soportar más fácilmente la mirada confiada de Augusta. ¡Y pensar que poco antes me había alegrado al enterarme de que Carla sabía de mi amor por mi esposa y que así, por decisión suya, la aventura que había buscado me venía ofrecida en forma de una amistad sazónada con besos!

En el jardín público me senté en un banco y con el bastón escribí distraído en la arena la fecha de aquel día. Después me reí con amargura: sabía que aquella no era la fecha que señalaría el final de mis traiciones. Al contrario, se iniciaban aquel día. ¿Dónde podría encontrar la fuerza para no regresar a casa de aquella mujer tan deseable, que me esperaba? Además, ya había contraído compromisos, compromisos de honor. Había conseguido besos y no había podido dar otra cosa a cambio que el valor de unos platos de loza. Lo que ahora me ligaba a Carla era una cuenta sin saldar precisamente.

El almuerzo fue triste. Augusta no había pedido explicaciones por mi retraso y yo no se las di. Temía traicionarme, tanto más cuanto que en el breve recorrido del jardín a casa me había entretenido con la idea de contarle todo y, por esa razón, la historia de mi traición podía ir impresa en mi cara de honradez. Ese habría sido el único medio de salvarme. Al contarle todo, me habría colocado bajo su protección y bajo su vigilancia. Habría sido un acto de tal decisión, que de buena fe habría podido escribir la fecha de aquel día como disposición hacia la honradez y la salud.

Hablamos de muchas cosas sin importancia. Intenté parecer alegre, pero ni siquiera pude intentar mostrarme afectuoso. A ella le faltaba el aliento; desde luego, esperaba una explicación que no llegó.

Después se fue a continuar su tremenda tarea de guardar la ropa de invierno en armarios especiales. Por la tarde la vi muchas veces absorta en su trabajo allí, en el fondo del largo pasillo, ayudada por la criada. Su profundo dolor no interrumpía su sana actividad.

Pasé inquieto muchas veces de mi alcoba al cuarto de baño. Me habría gustado llamar a Augusta y decirle al menos que la amaba, porque a ella —¡pobre inocente!— eso le habría bastado. Pero, en cambio, seguí meditando y fumando.

Como es natural, pasé por varias fases. Hubo un momento incluso en que el acceso de virtud se vio interrumpido por una viva impaciencia de ver llegar el día siguiente para poder correr a casa de Carla. Puede que ese deseo hubiera estado inspirado por algún buen propósito. En el fondo, la gran dificultad consistía en poder así, solo, entregarse al deber. No había ni que pensar en la confesión que me habría valido la colaboración de mi mujer; así, pues, quedaba Carla, sobre cuya boca podría jurar con un último beso. ¿Quién era Carla? ¿Ni siquiera el chantaje era el máximo peligro que con ella corría! El día siguiente sería mi amante: ¿quién sabe lo que seguiría después! Yo sólo la conocía por lo que me había dicho de ella ese imbécil de Copley, y, a partir de informaciones procedentes de éste, un hombre más avisado que yo, como, por ejemplo, Olivi, no habría siquiera aceptado concluir un trato comercial.

Toda la hermosa y sana actividad de Augusta por mi casa estaba desaprovechada. La drástica cura del matrimonio que había emprendido en mi afanosa búsqueda de la salud había fracasado. Seguía más enfermo que nunca y casado, para mi mal y el de los demás.

Más adelante, cuando fui en efecto el amante de Carla, al recordar aquella triste tarde, no logré entender por qué antes de comprometerme más no me había detenido con un propósito viril. Había lamentado tanto mi traición antes de cometerla, que era como para pensar que sería fácil de evitar. Pero del juicio de después siempre se puede reír y también del de antes, porque no sirve. En aquellas horas angustiosas quedó marcada con mayúsculas en la letra C de mi vocabulario la fecha de aquel día con la anotación: «última traición.» Pero la primera traición efectiva, que obligaba a traiciones posteriores, siguió el propio día siguiente.

Ya tarde, no sabiendo qué hacer, me di un baño. Sentía suciedad en mi cuerpo y quería lavarme. Pero cuando estuve en el agua pensé: «Para limpiarme debería ser capaz de disolverme del todo en esta agua.» Después me vestí, tan carente de voluntad, que ni siquiera me sequé con cuidado. El día se fue y yo me quedé en la ventana mirando las nuevas hojas verdes de los árboles de mi jardín. Me dieron escalofríos y con cierta satisfacción pensé que serían de fiebre. No deseaba la muerte, sino la enfermedad, una enfermedad que me sirviera de pretexto para hacer lo que quería o que me lo impidiese.

Tras haber vacilado por tanto tiempo, Augusta vino a buscarme. Al verla tan dulce y carente de rencor, me aumentaron los escalofríos hasta hacerme castañetear los dientes. Ella, espantada, me obligó a meterme en la cama. Seguía castañeteando los dientes de frío, pero ya sabía que no tenía fiebre y le impedí llamar al médico. Le rogué que apagara la lámpara, se sentase a mi lado y no hablara. No sé cuánto tiempo permanecimos así: recuperé el calor necesario y también algo de confianza. Sin embargo, tenía la cabeza tan ofuscada, que cuando ella volvió a hablar de llamar al médico, le dije que sabía la razón de mi malestar y que se lo diría más adelante. Volvía al propósito de confesar. No me quedaba abierto otro camino para librarme de tamaña opresión.

Permanecimos así, mudos, durante algún tiempo más. Después advertí que Augusta se había levantado de su sillón y se me acercaba. Tuve miedo: tal vez hubiera adivinado todo. Me cogió la mano, la acarició, después, apoyó suave su mano en mi cabeza para sentir si ardía y al final me dijo:

—¿Debías haberlo supuesto! ¿Por qué esta sorpresa dolorosa?

Me asombré de aquellas extrañas palabras y, al mismo tiempo, de que pasaran a través de un sollozo sofocado. Era evidente que no aludía a mi aventura. ¿Cómo habría podido yo prever que ésa era mi forma de ser? Con cierta rudeza le pregunté:

—Pero, ¿qué quieres decir? ¿Qué debía prever? Murmuró confusa:

—La llegada del padre de Guido para la boda de Ada...

Por fin comprendí: creía que yo sufría por la inminencia del matrimonio de Ada. Me pareció que me ofendía de verdad: yo no era culpable de semejante delito. Me sentí puro e inocente como un recién nacido y liberado de repente de toda opresión. Salté de la cama:

—¿Tú crees que sufro por el matrimonio de Ada? ¡Estás loca! Desde que me casé, no he vuelto a pensar en ella. ¡Ni siquiera recordaba que había llegado hoy el señor *Cada!*

La besé y abracé presa del deseo y en mi tono de voz había tal sinceridad, que ella se avergonzó de su sospecha.

Las nubes desaparecieron también de su ingenuo rostro, en seguida nos fuimos a cenar, los dos con mucho apetito. En esa misma mesa, donde habíamos sufrido tanto pocas horas antes, estábamos sentados ahora como dos buenos compañeros de vacaciones. Ella me recordó que había prometido decirle la razón de mi malestar. Fingí una enfermedad, la que debía darme la facultad de hacer sin culpa todo lo que me placía. Le conté que ya en compañía de los dos señores ancianos, por la mañana, había sentido un profundo desánimo. Después había ido a recoger las gafas que el oculista me había prescrito. Tal vez esa señal de vejez me hubiera desalentado en gran medida. Y había caminado por las calles de la ciudad horas y horas. Le conté también algo sobre las imaginaciones que tanto me habían hecho

sufrir y recuerdo que hasta contenían un esbozo de confesión. No sé en qué relación con la enfermedad imaginaria, hablé también de nuestra sangre, que gira y gira, nos mantiene erguidos, dispuestos para el pensamiento y la acción y, por tanto, para la culpa y el remordimiento. Ella no comprendió que se trataba de Carla, pero a mí me pareció haberlo dicho.

Después de la cena, me puse las gafas y fingí largo rato leer el periódico, pero aquellos cristales me nublaban la vista. Eso me produjo un aumento de mi turbación alegre como por efecto del alcohol. Dije que no podía entender lo que leía. Seguía haciéndome el enfermo.

Pasé la noche casi en vela. Esperaba el abrazo de Carla presa del mayor deseo. La deseaba a ella, a la muchacha de las pobladas trenzas fuera de sitio y la voz tan musical, cuando no se le imponían las notas. También la volvía deseable todo lo que por ella había sufrido yo. Me acompañó toda la noche un propósito férreo. Sería sincero con Carla antes de hacerla mía y le diría toda la verdad sobre mis relaciones con Augusta. En mi soledad me eché a reír: era muy original ir a la conquista de una mujer con la declaración de amor por otra en los labios. ¡Tal vez Carla volviera a su pasividad! Bueno, ¿y qué? Por el momento, ninguna acción suya habría podido disminuir el mérito de su sumisión, de la que me parecía poder estar seguro.

La mañana siguiente, mientras me vestía, murmuraba las palabras que iba a decirle. Antes de ser mía, Carla debía saber que Augusta con su carácter y también con su salud (habría necesitado muchas palabras para explicar lo que entendía por salud, lo que habría servido también para educar a Carla) había sabido conquistar mi respeto, pero también mi amor.

Mientras tomaba el café, estaba tan absorto preparando un discurso tan elaborado, que Augusta no recibió de mí otra señal de efecto que un ligero beso antes de salir. Pero, ¡si era del todo suyo! Iba a casa de Carla para volver a encender mi pasión por ella.

Apenas entré en el estudio de Carla, sentí tal alivio al encontrarla sola y dispuesta, que al instante la atraje hacia mí y la abracé apasionado. Me espantó la energía con que me rechazó. ¡Auténtica violencia! Ella no quería saber nada de eso y yo me quedé boquiabierto en medio de la habitación, dolorosamente desilusionado.

Pero Carla, que se recobró en seguida, murmuró:

—¿No ve que la puerta se ha quedado abierta y alguien está bajando las escaleras? Adopté el aspecto de un visitante ceremonioso hasta que el inoportuno pasó. Después cerramos la puerta. Ella palideció al ver que yo cerraba con llave. Así todo estaba claro. Poco después murmuró entre mis brazos con voz ahogada:

—¿Lo quieres? ¿De verdad lo quieres? Me había hablado de tú, y eso fue decisivo. Yo respondí al instante:

—Pero, ¿si no deseo otra cosa! Había olvidado que antes me habría gustado aclarar algo.

Inmediatamente después me habría gustado empezar a hablar de mis relaciones con Augusta, por haberlo olvidado antes. Pero de momento era difícil. Hablar con Carla de otras cosas en aquel momento habría sido como disminuir la importancia de su entrega. Hasta el hombre más insensible sabe que no se puede hacer una cosa así, aun cuando todos sepamos que no hay comparación entre la importancia de la entrega antes e inmediatamente después de que se produzca. Sería una gran ofensa para una mujer, que abriese los brazos por primera vez, oír que le decían: «Antes que nada debo aclarar esas palabras que te dije ayer...» ¡Cómo que ayer! Todo lo sucedido el día anterior debe parecer indigno de ser citado y si un caballero no lo siente así, tanto peor para él: debe procurar que nadie lo advierta. Es cierto que yo era ese caballero que no lo sentía así, porque al simular me equivoqué de modo distinto a como lo habría hecho sinceramente. Le pregunté:

—¿Cómo es que te has entregado a mí? ¿Cómo he merecido algo así?
¿Quería mostrarme agradecido o reprochárselo? Probablemente fuera un simple intento de iniciar explicaciones.

Ella, un poco asombrada, miró hacia arriba para ver mi expresión.

—A mí me parece que me has tomado tú —dijo, y sonrió afectuosa para probarme que no tenía intención de hacerme reproches.

Recordé que las mujeres exigen que se diga que las han tomado. Después ella misma se dio cuenta de haberse equivocado, pues las cosas se toman y las personas se entregan, y murmuró:

—¡Yo te esperaba! Eras el caballero que debía venir a liberarme. Desde luego, es malo que estés casado, pero, en vista de que no amas a tu mujer, al menos sé que mi felicidad no destruye la de otra persona.

El dolor en el costado me atacó con tal intensidad, que tuve que dejar de abrazarla. Así, pues, ¿no había exagerado la importancia de mis palabras imprudentes? ¿Había sido precisamente mi mentira lo que había inducido a Carla a entregarse a mí? Mira por dónde, si ahora le hablaba de mi amor por Augusta, ¿Carla habría tenido derecho a reprocharme nada menos que una trampa! De momento no era posible rectificar ni explicar. Pero más adelante habría oportunidad de explicarse y aclarar. En espera de que se presentase, mira por dónde, se formaba un nuevo lazo entre Carla y yo.

Allí, junto a Carla, renació por completo mi pasión por Augusta. Ahora sólo tenía un deseo: correr junto a mi mujer auténtica, sólo para verla absorta en su trabajo de hormiga constante, mientras ponía a salvo nuestras cosas en una atmósfera de alcanfor y naftalina.

Pero cumplí con mi deber, que fue gravísimo a causa de un episodio que me turbó mucho al principio porque me pareció otra amenaza de la esfinge con la que me

enfrentaba. Carla me contó que nada más marcharme el día anterior había llegado el maestro de canto y ella lo había puesto en la puerta sencillamente.

No pude ocultar un gesto de contrariedad. ¡Era lo mismo que avisar a Copler de nuestra aventura amorosa!

—¿Qué va a decir Copler? —exclamé.

Ella se echó a reír y se refugió —esa vez por iniciativa propia— entre mis brazos:

—¿No habíamos dicho que lo echaríamos a él también?

Era mona, pero ya no podía conquistarme. También yo encontré en seguida una actitud adecuada, la de pedagogo, porque me daba también la posibilidad de desahogar el rencor que había en el fondo de mi alma hacia la mujer que no me permitía hablar de mi mujer como rae habría gustado. Le dije que en este mundo había que trabajar, porque, como ya debía de saber, era un mundo perverso, donde sólo los fuertes sobrevivían. ¿Y si yo me muriera? ¿Qué sería de ella? Yo había hablado de la posibilidad de mi abandono de tal modo, que no pudiera ofenderse, pero, en realidad, se sintió conmovida. Después, con la evidente intención de humillarla, le dije que con mi mujer bastaba que yo manifestara un deseo para verme complacido al instante.

—¡Muy bien! —dijo, resignada—. ¡Mandaremos decir al maestro que vuelva!

Después intentó comunicarme su antipatía hacia el maestro. Todos los días tenía que soportar la compañía de aquel viejo odioso que la hacía repetir infinitas veces los mismos ejercicios que no servían para nada, pero es que para nada. Los únicos días agradables que recordaba eran aquellos en que el maestro había estado enfermo. Había concebido incluso la esperanza de que se muriera, pero no tenía suerte.

Llegó incluso a volverse violenta de desesperación. Repitió, con mayor fuerza, su lamento por no tener suerte: era desgraciada, desgraciada sin remedio. Cuando recordaba que me había amado en seguida porque le había parecido ver en mis acciones, en mis palabras, en mis ojos, una promesa de vida menos dura, menos sometida, menos aburrida, no podía contener las lágrimas.

Así conocí en seguida sus sollozos, que me fastidiaron; eran tan violentos, que agitaban su débil organismo. Me parecía sufrir un brusco asalto a mi bolsillo y a mi vida. Le pregunté:

—Pero, ¿crees tú que mi mujer está cruzada de brazos? Mientras ahora hablamos tú y yo, se está destrozando los pulmones con alcanfor y naftalina.

Carla dijo sollozando:

—Los enseres de la casa, los vestidos... ¡feliz ella!

Pensé irritado que quería que yo corriera a comprarle todas esas cosas, sólo para proporcionarle su ocupación preferida. No di muestras de ira, gracias al cielo, y obedecí a la voz del deber que gritaba: «¡acaricia a la muchacha que se te ha entregado!» La acaricié. Le pasé la mano con suavidad por los cabellos. El

resultado fue que sus sollozos se calmaron y sus lágrimas fluyeron abundantes y sin retención, como la lluvia que sigue a un temporal.

—Tú eres mi primer amante —dijo—, ¡y espero que sigas amándome!

Esa expresión, «primer amante», que preparaba el lugar para un segundo, no me conmovió demasiado. Era una declaración que llegaba tarde porque hacía por lo menos media hora que habíamos abandonado ese tema. Y, además, era una nueva amenaza. Una mujer cree tener todos los derechos para con su primer amante. Le murmuré al oído con dulzura:

—También tú eres mi primer amante... desde que me casé.

La dulzura de la voz disfrazaba el intento de equilibrar las dos partidas.

Poco después la dejé porque por nada del mundo quena llegar tarde al almuerzo. Antes de marcharme volví a sacar del bolsillo el sobre que yo llamaba de los buenos propósitos, porque era consecuencia de un buen propósito. Sentía la necesidad de pagar para sentirme más libre. Carla rechazó de nuevo con dulzura ese dinero y yo entonces me enfurecí, pero supe contenerme y no manifesté mi furia, salvo gritando palabras dulcísimas. Gritaba para no pegarle, pero nadie habría podido advertirlo. Dije que había colmado mis deseos poseyéndola y que ahora quería tener la sensación de poseerla aún más manteniéndola del todo. Por eso, debía procurar no enojarme, porque me hacía sufrir demasiado. Con el deseo de marcharme en seguida, resumí en pocas palabras mi visión que —gritada así— pareció muy brusca.

—Eres mi amante, ¿no? Pues entonces tu manutención me incumbe a mí.

Ella, espantada, abandonó la resistencia y cogió el sobre, al tiempo que me miraba ansiosa para intentar saber cuál era la verdad: mi grito de odio o las palabras de amor que le concedían todo lo que había deseado. Se tranquilizó un poco, cuando, antes de marcharme, le rocé la frente con los labios. En la escalera me asaltó la duda: ahora que disponía de ese dinero y me había oído decir que me encargaba de su porvenir, ¿no pondría en la puerta también a Copley, en caso de que éste fuera a visitarla por la tarde? Me dieron ganas de volver a subir aquellas escaleras para exhortarla a no comprometerme con una acción así. Pero no había tiempo y tuve que salir corriendo.

Temo que el doctor que leerá este manuscrito mío vaya a pensar que también Carla habría sido un sujeto interesante para el psicoanálisis. Le parecerá que esa entrega, precedida del despido del maestro de canto, fue demasiado rápida. También a mí me parecía que, como premio a su amor, había esperado demasiadas concesiones de mí. Fueron necesarios muchos, pero que muchos, meses para que yo entendiera mejor a la pobre muchacha. Probablemente se hubiera dejado tomar para liberarse de la inquietante tutela de Copley y debió de ser una sorpresa muy dolorosa comprender que se había entregado en vano, porque volvían a exigirle precisamente lo que tanto le costaba, es decir, el canto. Aún se encontraba entre

mis brazos y se enteraba de que debía seguir cantando. Eso explicaba la ira y el dolor, que no encontraban la expresión adecuada. Así, por razones diferentes dijimos los dos palabras extrañísimas. Cuando me amó, recuperó toda la naturalidad que el cálculo le había quitado. Yo nunca tuve naturalidad con ella.

Al marcharme apresurado, pensé también: «Si supiera cuánto amo a mi mujer, se comportaría de otro modo.» Cuando lo supo, se comportó de otro modo, en efecto.

Al aire libre respiré la libertad y no sentí el dolor de haberla comprometido. Hasta el día siguiente había tiempo y tal vez encontraría una protección contra las dificultades que me amenazaban. Mientras corría hacia casa, tuve incluso el valor de irritarme con el orden social, como si hubiera tenido la culpa de mis faltas. Me parecía que debía ser tal, que permitiera de vez en cuando (no siempre) hacer el amor, sin tener que temer las consecuencias, hasta con las mujeres a las que no se ama. No había ni rastro de remordimiento en mí. Por eso, creo que el remordimiento no nace del pesar por una mala acción ya cometida, sino de ver la disposición culpable propia. La parte superior del cuerpo se inclina a mirar y juzgar a la otra parte y la encuentra deforme. Siente horror y eso se llama remordimiento. Tampoco en la tragedia antigua regresaba la víctima con vida y, sin embargo, el remordimiento pasaba. Eso significaba que la deformidad quedaba curada y que el llanto ajeno ya no tenía la menor importancia. ¿Cómo iba a haber sitio en mí para el remordimiento, si corría con tanta alegría y afecto a encontrarme de nuevo con mi legítima esposa? Hacía mucho tiempo que no me sentía tan puro.

En el almuerzo, sin esfuerzo alguno, estuve alegre y afectuoso con Augusta. Ese día no hubo ninguna nota disonante entre nosotros. Nada excesivo: yo era como debía ser con la mujer honrada y mía con seguridad. Otras veces hubo excesos de afectuosidad por mi parte, pero sólo cuando en mi ánimo se libraba una batalla entre las dos mujeres y con las manifestaciones de afecto exageradas me resultaba más fácil ocultar a Augusta que entre nosotros existía la sombra, de momento bastante imponente, de otra mujer. Puedo decir incluso que por esa razón Augusta me prefería cuando no era suyo total y sinceramente.

Yo mismo estaba un poco asombrado de mi calma y la atribuía a haber conseguido que Carla aceptara aquel sobre de los buenos propósitos. No es que creyera haber saldado una indulgencia, pero me parecía haber empezado a pagarla. Por desgracia, durante toda mi relación con Carla, el dinero siguió siendo mi preocupación principal. En cualquier ocasión guardaba dinero en un lugar bien oculto de mi biblioteca, a fin de estar preparado para hacer frente a cualquier exigencia de la amante a la que tanto temía. Así, ese dinero, cuando Carla me abandonó y me lo dejó, sirvió para pagar algo muy distinto.

Por la noche teníamos que ir a una cena en casa de mi suegro, a la que sólo estaban invitados los miembros de la familia y que debía sustituir al tradicional

banquete, preludio de la boda que iba a celebrarse dos días después. Guido quería aprovechar la mejoría, que, según pensaba, no iba a durar, para casarse.

Fui con Augusta por la tarde temprano a casa de mi suegro. Por el camino le recordé que el día antes ella había sospechado que yo sufría aún por esa boda. Se avergonzó de su sospecha y yo hablé por extenso de esa inocencia mía. Pero, ¡si había vuelto a casa sin recordar siquiera que esa misma noche se celebraba la solemnidad que debía preparar la boda!

Aunque no había otros invitados que los miembros de la familia, los viejos Malfenti querían que el banquete se preparara con solemnidad. Habían pedido a Alberta que ayudase a preparar la sala y la mesa. Alberta no quería ni oír hablar de eso. Poco tiempo antes había obtenido un premio en un concurso para una comedia en un acto y se disponía, alegre, a reformar el teatro nacional. Así, que quedamos en torno a aquella mesa Augusta y yo, ayudados por una camarera y Luciano, un muchacho de la oficina de Giovanni, que demostraba tanto talento para el orden en casa como en la oficina.

Ayudé a transportar flores a la mesa y a distribuirlas con primor.

—¿Ves —dije en broma a Augusta— cómo contribuyo yo también a su felicidad? Si me pidiesen que les preparara también el lecho nupcial, ¡lo haría con el mismo aspecto sereno!

Después fuimos a reunimos con los prometidos que acababan de volver de una visita oficial. Se habían colocado en el rincón más recóndito del salón y supongo que hasta nuestra llegada habrían estado besuqueándose. La prometida no se había quitado siquiera el abrigo y estaba muy guapa, con los colores subidos por el calor.

Creo que los novios, para ocultar cualquier vestigio de los besos que se habían dado, quisieron darnos a entender que habían estado hablando de cosas científicas. Era una tontería, tal vez una inconveniencia incluso. ¿Querían alejarnos de su intimidad o creían que sus besos podían doler a alguien? Sin embargo, eso no me agrió el buen humor. Guido me había dicho que Ada no quería creer que ciertas avispa sabían paralizar con una picadura a otros insectos más fuertes incluso que ellas para mantenerlos así, paralizados, vivos y frescos, como alimento para su descendencia. Yo creía recordar que en la naturaleza existía algo así de monstruoso, pero en aquel momento no quise conceder una satisfacción a Guido.

—¿Me crees una avispa para dirigirte a mí? —le dije riendo.

Dejamos a los novios para permitirles ocuparse de cosas más alegres. Sin embargo, a mí me empezaba a parecer algo larga la tarde y me habría gustado ir a casa a esperar en mi estudio la hora de la cena.

En la antecámara nos encontramos al doctor Paoli, que salía de la alcoba de mi suegro. Era un médico joven, pero ya había sabido hacerse una buena clientela. Era muy rubio y blanco y rojo como un muchacho. Sin embargo, en su corpachón los ojos eran tan importantes, que daban un aspecto serio e imponente a toda su

persona. Las gafas le hacían parecer mayor y su mirada se pegaba a las cosas como una caricia. Ahora que conozco bien tanto a él como al doctor S. —el del psicoanálisis—, me parece que los ojos de éste son indagadores por intención, mientras que los del doctor Paoli lo son por su incansable curiosidad. Paoli ve con exactitud a su cliente, pero también a la esposa de éste y la silla en que se apoya. ¡Sólo Dios sabe cuál de los dos cura mejor a sus clientes! Durante la enfermedad de mi suegro fui con frecuencia a ver a Paoli para inducirle a no dar a entender a la familia que la catástrofe que la amenazaba era inminente, y recuerdo que un día, tras mirarme por más tiempo de lo que me agradaba, me dijo sonriendo:

—Pero, ¿usted adora a su mujer!

Era buen observador, porque, en efecto, en aquel momento yo adoraba a mi mujer, quien sufría tanto por la enfermedad de su padre y a quien yo traicionaba a diario.

Nos dijo que Giovanni estaba aún mejor que el día anterior. Ahora no tenía otras preocupaciones porque la estación era muy favorable y consideraba que los novios podían salir de viaje tranquilos.

—Naturalmente —añadió, cauto—, salvo complicaciones imprevisibles.

Su pronóstico se cumplió, porque se produjeron las complicaciones imprevisibles.

En el momento de despedirse recordó que conocíamos a un tal Copley, a cuya cama lo habían llamado a consulta ese mismo día. Lo había encontrado víctima de una parálisis renal. Contó que la parálisis se había anunciado con un dolor de muelas horrible. Entonces hizo un pronóstico grave, pero, como de costumbre, atenuado por una duda:

—Su vida puede prolongarse, con tal de que llegue a ver el sol de mañana.

A Augusta se le saltaron las lágrimas de compasión y me rogó que corriera al instante junto a nuestro pobre amigo. Tras una vacilación, accedí a su deseo, y con mucho gusto, porque mi alma se vio embargada de improviso al pensar en Carla. ¡Qué duro había estado con la pobre muchacha! Ahora, desaparecido Copley, se quedaba allí, solitaria en aquel piso, nada comprometedor por carecer de comunicación alguna con mi mundo. Era necesario correr a verla para borrar la impresión que debía de haberle causado mi dura actitud de por la mañana.

Pero, antes que nada, fui, prudente, a ver a Copley. Tenía que poder decir a Augusta que lo había visto.

Ya conocía el pisito modesto, pero cómodo y decente, que habitaba Copley en Corsia Stadion. Un anciano jubilado le había cedido tres de sus cinco habitaciones. Fui recibido por éste, hombre grueso, jadeante, de ojos enrojecidos, que iba y venía inquieto por un corto pasillo oscuro. Me contó que el médico de cabecera acababa de marcharse, tras haber comprobado que Copley estaba agonizando. El viejo hablaba en voz baja, sin dejar de jadear, como si temiera turbar la quietud del moribundo. También yo bajé la mía. Es una forma de respeto, tal como lo sentimos nosotros, los hombres, mientras que nadie sabe si al moribundo no le gustaría más

verse acompañado por el último trecho del camino de voces claras y fuertes, que le recordarían a la vida.

El viejo me dijo que una monja asistía al moribundo. Lleno de respeto, me detuve un tiempo delante de la puerta de aquella habitación, en la que el pobre Copler con su estertor, de ritmo tan exacto, medía su último tiempo. Su ruidosa respiración se componía de dos sonidos: vacilante parecía el producido por el aire que inspiraba; precipitado, el que nacía del aire expirado. ¿Prisa por morir? Una pausa seguía a los dos sonidos y yo pensé que, cuando esa pausa se alargara, se iniciaría la nueva vida.

El viejo quería que yo entrara en aquella habitación, pero me negué. Demasiados moribundos me habían mirado con expresión de reproche.

No esperé a que aquella pausa se alargara y corrí junto a Carla. Llamé a la puerta de su estudio, que estaba cerrada con llave, pero nadie respondió. Impacientado, di patadas a la puerta y entonces se abrió detrás de mí la puerta del piso. La voz de la madre de Carla preguntó:

—¿Quién es?

Después se asomó la anciana temerosa y, cuando a la luz amarilla procedente de la cocina me hubo reconocido, advertí que su rostro se había cubierto de un intenso rubor realzado por la blancura de los cabellos. Carla no estaba, y la madre se ofreció a ir a buscar la llave del estudio para recibirme en esa habitación que consideraba la única digna de la casa. Pero yo le dije que no se molestara, entré en la cocina y me senté en una silla de madera. En el fogón, bajo una olla, ardía un modesto montoncito de carbón. Le dije que no descuidara por mi causa la preparación de la cena. Me dijo que no me preocupara. Estaba cocinando judías, que nunca acababan de hacerse del todo. La pobreza de la comida que se preparaba en aquella casa, cuyos gastos debía soportar yo solo en adelante, me ablandó y atenuó el enfado que sentía por no haber encontrado a mi amante.

La señora permaneció de pie, pese a que yo la invité repetidas veces a sentarse. De repente, le conté que había acudido para comunicar a la señorita Carla, una noticia muy mala: Copler estaba agonizando.

La vieja dejó caer los brazos y al instante sintió necesidad de sentarse.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Qué vamos a hacer ahora nosotras?

Después recordó que lo que afectaba a Copler era peor que lo que afectaba a ella y añadió una lamentación:

—¡Pobre señor! ¡Tan bueno!

Tenía ya la cara bañada en lágrimas. Evidentemente, no sabía que si el pobre hombre no hubiera muerto a tiempo lo habrían echado de aquella casa. También eso me tranquilizó. ¡Estaba rodeado de la discreción más absoluta!

Quise tranquilizarla y le dije que lo que Copler había hecho hasta entonces seguiría haciéndolo yo. Protestó que no era por sí por quien lloraba, en vista de que

sabía que estaban rodeadas de tanta gente buena, sino por el destino de su gran benefactor.

Me preguntó de qué enfermedad moría. Al contarle cómo se había anunciado la catástrofe, recordé la discusión que había tenido con Copley sobre la utilidad del dolor. Mira por dónde, los nervios de sus dientes se habían agitado y se habían puesto a pedir ayuda porque, a un metro de distancia de ellos, los riñones habían dejado de funcionar. Me sentía tan indiferente a la suerte de mi amigo, cuyo estertor había oído poco antes, que seguía jugueteando con sus ideas. Si hubiera podido oírme todavía, le habría dicho que así se entendía que en el caso del enfermo imaginario los nervios pudieran dolerle legítimamente por una enfermedad manifestada a unos kilómetros de distancia.

Entre la vieja y yo había ya muy poco que hablar y acepté ir a esperar a Carla en su estudio. Cogí el García e intenté leer algunas páginas. Pero el arte del canto me interesaba poco.

La vieja volvió a reunirse conmigo. Estaba inquieta porque no llegaba Carla. Me contó que había ido a comprar unos platos, que necesitaban con urgencia.

Mi paciencia estaba a punto de agotarse. Le pregunté airado:

—¿Han roto platos? ¿No podrían tener más cuidado?

Así me libré de la vieja que farfulló al marcharse:

—Sólo dos... los he roto yo...

Eso me proporcionó un momento de hilaridad, porque ya sabía que se habían roto todos los que había en la casa y que no había sido la vieja, sino Carla. Más adelante me enteré de que Carla no era nada dulce con su madre y que, por eso, ésta tenía un miedo cerval a hablar demasiado con sus protectores de lo que hacía su hija. Al parecer, una vez, había contado, ingenua, a Copley el fastidio que eran para Carla las clases de canto. Copley se irritó con Carla y ésta lo pagó con su madre.

De modo, que, cuando mi deliciosa amante llegó por fin, la amé violento y airado. Ella, encantada, balbucía:

—¡Y yo que dudaba de tu amor! ¡Me ha perseguido todo el día el deseo de matarme por haberme entregado a un hombre que un instante después me había tratado tan mal!

Le expliqué que con frecuencia me daban fuertes dolores de cabeza y, cuando volví a encontrarme en el estado que, de no haberme resistido con valor, me habría hecho volver corriendo junto a Augusta, volví a hablar de esos dolores y pude dominarme. Iba acostumbrándome. Nos echamos a llorar juntos por el pobre Copley; ¡lo que se dice juntos!

Por lo demás, Carla no era indiferente al final atroz de su benefactor. Al hablar de él, palideció:

—¡Yo me conozco! —dijo—. Por mucho tiempo voy a tener miedo de quedarme sola. Cuando vivía, ¡ya me daba mucho miedo!

Y por primera vez, tímida, me propuso quedarme con ella toda la noche. Yo ni siquiera pensaba en eso y no habría sabido prolongar media hora siquiera mi estancia en aquella habitación. Pero, pendiente como estaba siempre de no revelar a la pobre muchacha mi ánimo, del que yo era el primero en lamentarme, objeté que una cosa así no era posible porque en aquella casa estaba también su madre. Con auténtico desdén, arqueó los labios:

—Traeríamos aquí la cama. Mamá no se atreve a espiarme.

Entonces le conté el banquete de boda que me esperaba en casa, pero después sentí la necesidad de decirle que nunca podría pasar una noche con ella. Con el propósito de bondad que había concebido poco antes, conseguí dominar mi tono de voz, que no dejó de ser afectuoso, pero me parecía que cualquier otra concesión que le hiciera o le anunciase equivaldría a una nueva traición a Augusta, que yo no quería cometer.

En aquel momento sentía cuáles eran mis vínculos más fuertes con Carla: mi propósito de mostrarme afectuoso y las mentiras que había dicho sobre mis relaciones con Augusta y que, poco a poco, con el paso del tiempo tenía que atenuar o, mejor dicho, anular. Por eso, inicié aquella misma noche esa empresa, con la debida prudencia, por supuesto, porque aún era demasiado fácil recordar el fruto que había dado mi mentira. Le dije que sentía con fuerza mis obligaciones para con mi mujer, que era una mujer tan apreciable, que, desde luego, merecía ser amada mejor y a la que nunca comunicaría mis traiciones.

Carla me abrazó:

—Así me gustas: bueno y dulce como te sentí al instante la primera vez. Nunca intentaré hacer daño a esa pobrecita.

Me desagradaba oír llamar pobrecita a Augusta, pero sentía gratitud, hacia Carla por su bondad. Era buena cosa que no odiara a mi mujer. Quise demostrarle mi agradecimiento y miré a mi alrededor en busca de una señal de afecto. Acabé encontrándola. También a ella le regalé su lavadero: le permití que no volviera a llamar al maestro de canto.

Carla tuvo un arranque de afecto que me fastidió bastante, pero lo soporté con valor. Después declaró que no abandonaría nunca el canto. Cantaba todo el día, pero a su modo. Es más, quería que yo oyera al instante una canción suya. Pero yo no quise ni oír hablar de eso y me marché corriendo, con bastante grosería. Por eso, creo que también aquella noche debió de pensar en el suicidio, pero nunca le dejé tiempo para decírmelo.

Volví a casa de Copley, porque tenía que llevar a Augusta las últimas noticias del enfermo para hacerla creer que había pasado esas horas con él. Hacía dos horas que Copley había muerto, instantes después de que yo me hubiera marchado. Acompañado por el anciano jubilado, que había continuado midiendo con sus pasos el corto pasillo, entré en la habitación mortuoria. El cadáver, ya vestido,

yacía sobre el colchón de la cama. Tenía en las manos el crucifijo. En voz baja el jubilado me contó que se habían cumplido todas las formalidades y que una sobrina del difunto iba a venir a pasar la noche junto al cadáver.

Así, habría podido marcharme, sabiendo que no faltaba a mi pobre amigo todo lo poco que aún podía necesitar, pero me quedé unos minutos mirándolo. Me habría gustado sentir que me brotaban en los ojos lágrimas sinceras de pena por el pobrecito que tanto había luchado con la enfermedad hasta intentar llegar a un acuerdo con ella.

—¡Es doloroso! —dije.

La enfermedad para la que existían tantos fármacos lo había matado brutalmente. Parecía una burla. Pero mis lágrimas no salieron. La cara demacrada de Copley no había parecido nunca tan fuerte como en la rigidez de la muerte. Parecía producida por el cincel en un mármol de color y nadie habría podido prever que lo amenazara, inminente, la putrefacción. No obstante, aquella cara manifestaba aún una vida auténtica: desaprobaba, desdeñosa, tal vez a mí, el enfermo imaginario, o tal vez también a Clara, que no quería cantar. Me estremecí un momento, al parecerme que el muerto volvía a iniciar su estertor. En seguida recuperé mi calma de crítico, cuando comprendí que lo que me había parecido un estertor no era sino el jadear, aumentado por la emoción, del jubilado.

Éste me acompañó hasta la puerta y me rogó que, si conocía a alguien que pudiera necesitar un pisito como ése, se lo dijera:

—¡Ya ve que hasta en una circunstancia semejante he sabido cumplir con mi deber y aún más, mucho más!

Por primera vez alzó la voz, en la que resonó un resentimiento destinado sin duda al pobre Copley, que le había dejado libre el piso sin avisarlo con la debida antelación. Me marché corriendo y le prometí todo lo que deseaba.

Llegué a casa de mi suegro en el momento en que acababan de sentarse a la mesa. Me pidieron noticias y yo, para no comprometer la alegría del convite, dije que Copley vivía aún y que, por tanto, quedaba alguna esperanza todavía.

Me pareció triste aquella reunión. Tal vez me produjera esa impresión el espectáculo de mi suegro condenado a una sopita y a un vaso de leche, mientras a su alrededor todos se atiborraban de los manjares más exquisitos. Como no tenía nada que hacer, empleaba el tiempo en mirar comer a los demás. Al ver que el señor Francesco atacaba con ganas los entremeses, murmuró:

—¡Y pensar que tiene dos años más que yo!

Después, cuando el señor Francesco se sirvió el tercer vaso de vino blanco, refunfuñó en voz baja:

—¡Es el tercero! ¡Ojalá se le convierta en hiel!

El augurio no me habría molestado, si no hubiera yo comido y bebido también en aquella mesa y no hubiese sabido que la misma metamorfosis deseaba para el vino

que pasaba por mi boca. Por eso, me puse a comer y a beber a escondidas. Aprovechaba algún momento en que mi suegro metía la narizota en la taza de leche o respondía a alguien que le había hablado para engullir grandes bocados o para trincarme grandes vasos de vino. Alberto, sólo por deseo de hacer reír, avisó a Augusta de que yo estaba bebiendo demasiado. Mi mujer, en broma, me amenazó con el índice. Normalmente, no habría tenido importancia, pero en aquel momento sí, porque ya no valía la pena comer a escondidas. Giovanni, que hasta entonces casi no se había acordado de mí, me lanzó por encima de las gafas una mirada de auténtico odio. Dijo:

—Yo no he abusado nunca del vino ni de la comida. Quien abusa de ellos no es un hombre auténtico, sino un... —y repitió varias veces la última palabra, que no era un cumplido precisamente.

Por efecto del vino, aquella palabra ofensiva, a la que acompañó una risotada general, me inspiró un auténtico deseo de venganza irracional. Ataqué a mi suegro por su flanco más débil: su enfermedad. Grité que no era un hombre auténtico, no quien abusaba de las comidas, sino quien se sometía sumiso a las prescripciones del médico. Yo, en su caso, habría sido mucho más independiente. En la boda de mi hija —aunque sólo fuera por afecto— no habría permitido en absoluto que me impidieran comer y beber.

Giovanni observó con ira:

—¡Me gustaría verte en mi pellejo!

—¿Y no te basta con verme en el mío? ¿Acaso dejo yo de fumar?

Era la primera vez que conseguía jactarme de mi debilidad, y al instante encendí un cigarrillo para ilustrar mis palabras. Todos reían y contaban al señor Francesco que mi vida estaba llena de últimos cigarrillos. Pero aquél no era el último y me sentía fuerte y combativo. Pero en seguida perdí el apoyo de los demás, cuando serví vino a Giovanni en su gran vaso de agua. Temían que Giovanni bebiera y gritaban para impedirselo hasta que la señora Malfenti pudo coger el vaso y alejarlo.

—Entonces, ¿te gustaría matarme? —preguntó con voz dulce Giovanni, al tiempo que me miraba con curiosidad—. ¡Tienes mal vino tú! —No había hecho ni un ademán de aprovechar el vino que yo le había ofrecido.

Me sentí envilecido y vencido de verdad. Casi habría sido capaz de arrojarme a los pies de mi suegro para pedirle perdón. Pero también ésa me pareció una sugerencia del vino y la deseché. Pidiendo perdón habría confesado mi culpa, cuando, en realidad, el banquete continuaba y duraría bastante para ofrecerme la oportunidad de remediar aquella primera broma, que tan mal había sentado. En este mundo hay tiempo para todo. No todos los borrachos son presa de inmediato de cualquier sugerencia del vino. Cuando he bebido demasiado, yo analizo mis impulsos como cuando estoy sereno y probablemente con el mismo resultado. Continué

observándome para entender cómo era que se me había ocurrido esa idea malvada de perjudicar a mi suegro. Y advertí que estaba cansado, mortalmente cansado. Si hubieran sabido qué día había tenido yo, me habrían disculpado. Había tomado y abandonado con violencia y por dos veces a una mujer y había regresado dos veces junto a mi esposa para renegar también de ella por dos veces. Quiso la suerte que entonces, por asociación, en mi recuerdo apareciera aquel cadáver que en vano había intentado llorar, y dejé de pensar en las dos mujeres; si no, habría acabado hablando de Carla. ¿Acaso no tenía siempre el deseo de confesarme, hasta cuando el efecto del vino no me volvía más magnánimo? Acabé hablando de Copley. Quería que todos supieran que aquel día había perdido a mi gran amigo. Habrían disculpado mi conducta.

Grité que Copley había muerto, de verdad, y que hasta entonces había yo callado para no entristecerlos. Y —¡anda, anda!—, mira por dónde, sentí que por fin, me subían las lágrimas a los ojos y tuve que apartar la vista para ocultarlas.

Todos se rieron porque no me creyeron y entonces intervino la obstinación, que es el rasgo más evidente de la persona bebida. Describí al muerto:

—Parecía esculpido por Miguel Ángel, tan rígido, en la piedra más incorruptible.

Hubo un silencio general interrumpido por Guido, que exclamó:

—¿Y ahora ya no sientes la necesidad de no entristecernos?

La observación era correcta. ¡Había incumplido un propósito que recordaba! ¿Habría algún medio de remediarlo? Me eché a reír a carcajadas:

—¡Cómo os lo habéis creído! Está vivo y se encuentra mejor.

Todos me miraban para saber a qué atenerse.

—Está mejor —añadí serio—. Me ha reconocido e incluso me ha sonreído.

Todos me creyeron, pero la indignación fue general. Giovanni declaró que, si no hubiera temido perjudicarse haciendo un esfuerzo, me habría tirado un plato a la cabeza. En efecto, era imperdonable que hubiese perturbado la fiesta con semejante noticia inventada. Si hubiera sido cierta, no habría habido nada malo. ¿No habría sido mejor decirles de nuevo la verdad? Copley había muerto y, en cuanto me quedara solo, encontraría las lágrimas listas para llorarle, espontáneas y abundantes. Busqué las palabras, pero la señora Malfenti, con su seriedad de gran señora me interrumpió:

—Dejemos en paz por ahora a ese pobre enfermo. ¡Mañana pensaremos en él!

Obedecí al instante incluso con el pensamiento, que se separó definitivamente del muerto: «¡Adiós! ¡Espérame! ¡Volveré junto a ti después!»

Había llegado el momento del brindis. Giovanni había conseguido del médico la concesión de sorber a esa hora un vaso de champán. Contempló con gravedad cómo le sirvieron el vino y se negó a llevarse el vaso a los labios hasta que estuviera rebosante. Tras haber hecho un voto de felicidad serio y sencillo por Ada y Guido, lo vació despacio hasta la última gota. Al tiempo que me miraba torvo,

me dijo que el último sorbo lo había tomado a mi salud. Para invalidar el augurio, que yo sabía negativo, toqué madera con las dos manos bajo el mantel.

No recuerdo con claridad el resto de la velada. Sé que, por iniciativa de Augusta, poco después dijeron en aquella mesa multitud de elogios de mí y se me citó como modelo de marido. Se me perdonó todo y hasta mi suegro se volvió más amable. Sin embargo, añadió que esperaba que el marido de Ada resultara tan bueno como yo, pero al mismo tiempo mejor negociante y, sobre todo, persona... y buscaba la palabra. No la encontró y nadie se la reclamó; ni siquiera el señor Francesco, quien, por haberme visto por primera vez aquella mañana, poco podía conocerme. Por mi parte, yo no me ofendí. ¡Cómo aplaca el ánimo la sensación de tener grandes culpas que reparar! Aceptaba de buen grado todas las insolencias, con tal de que fueran acompañadas de ese afecto que no merecía. En mi cabeza, confusa por el cansancio y el vino, acaricié, del todo sereno, mi imagen de marido bueno, que no por adúltero deja de serlo. Había que ser bueno, bueno, bueno, y lo demás no importaba. Envié con la mano un beso a Augusta, que lo recibió con una sonrisa de agradecimiento.

Después hubo en aquella mesa quien quiso aprovechar mi ebriedad para reír y me vi obligado a pronunciar un brindis. Había acabado aceptando porque en aquel momento me parecía que habría sido decisivo poder hacer así, en público, buenos propósitos. No es que dudara en aquel momento de mí, porque me sentía exactamente como me habían descrito, pero llegaría a ser aún mejor cuando hubiera afirmado un propósito delante de tantas personas, que en cierto modo lo suscribirían.

Y así fue como en el brindis hablé sólo de mí y de Augusta. Hice por segunda vez en aquellos días la historia de mi matrimonio. La había falsificado para Carla al no hablar de mi enamoramiento por mi mujer; en aquella ocasión la falsifiqué de otro modo, porque no hablé de las dos personas tan importantes en la historia de mi matrimonio, es decir, Ada y Alberta. Conté mis vacilaciones, de las que no podía consolarme, porque me habían privado de tanto tiempo de felicidad. Después, con caballerosidad, atribuí vacilaciones también a Augusta. Pero ella negó riendo con ganas.

Recuperé el hilo del discurso con algunas dificultades. Conté que, al fin, habíamos llegado a nuestro viaje de novios y que habíamos paseado nuestro amor por todos los museos de Italia. Me encontraba tan a gusto inmerso hasta el cuello en la mentira, que añadí incluso algún detalle falso que no servía para nada. Y después dicen que el vino revela la verdad.

Augusta me interrumpió por segunda vez para poner las cosas en su sitio y contó que había tenido que evitar los museos por el peligro que, por mi causa, corrían las obras maestras. ¡No se daba cuenta de que así revelaba la falsedad de toda la historia! Si hubiera habido en aquella mesa un observador, no habría tardado en

descubrir la naturaleza de aquel amor que yo presentaba en un ambiente en el que no había podido desarrollarse.

Reanudé, el largo y desvaído discurso y conté la llegada a nuestra casa y cómo la fuimos mejorando los dos haciendo esto y lo otro y, entre otras cosas, un lavadero.

Sin dejar de reír, Augusta me interrumpió de nuevo:

—Pero, ¡ésta no es una fiesta dada en nuestro honor, sino en honor de Ada y Guido! ¡Habla de ellos!

Todos asintieron ruidosos. También yo me reí al advertir que, gracias a mí, se había producido una auténtica alegría bulliciosa, como es de rigor en semejantes ocasiones. Pero ya no se me ocurrió nada más. Me parecía haber hablado durante horas. Tragué varios vasos más de vino uno tras otro:

—¡Por Ada! —Me alcé un momento para ver si había tocado madera bajo la mesa—: ¡Por Guido! —Y añadí, tras haber tragado con avidez el vino—: ¡De todo corazón! —olvidando que en el primer brindos no había añadido esa declaración—: ¡Por vuestro hijo mayor!

Y habría bebido varios de aquellos vasos por sus hijos, si al final no me lo hubieran impedido. Por aquellos pobres inocentes yo habría bebido todo el vino que se encontraba sobre la mesa.

Después todo se volvió aún más oscuro. Recuerdo con claridad una cosa: mi principal preocupación era no parecer borracho. Me mantenía erguido y hablaba poco. Me desafiaba a mí mismo, sentí la necesidad de analizar cada palabra antes de decirla. Mientras se desarrollaba la conversación general, tenía que renunciar a participar porque no me dejaba tiempo para aclarar mi turbio pensamiento. Quise iniciar una conversación por mi parte y dije a mi suegro:

—¿Te has enterado de que el *Extérieur* ha bajado dos enteros?

Había dicho algo que no me concernía en absoluto y que había oído decir en la Bolsa; sólo quería hablar de negocios, cosas serias de las que no suele acordarse un borracho. Pero, al parecer, para mi suegro era menos indiferente y me llamó pájaro de mal agüero. Con él no acertaba una.

Entonces me ocupé de mi vecina, Alberta. Hablamos de amor. A ella le interesaba en teoría y a mí, por el momento, no me interesaba nada en la práctica. Por eso, era hermoso hablar de ello. Me preguntó lo que yo pensaba y yo descubrí al instante una idea que parecía resultar evidente por mi experiencia de aquel mismo día. Una mujer era un objeto que variaba de precio mucho más que valor alguno de la Bolsa. Alberta no me entendió bien y creyó que yo quería decir una cosa sabida de todos: que una mujer de cierta edad tenía un valor muy distinto de otra. Me expliqué con mayor claridad: una mujer podía tener cierto valor a una hora determinada de la mañana y ninguno a mediodía, para valer por la tarde el doble que por la mañana y acabar por la noche con valor del todo negativo. Expliqué el concepto de valor

negativo: una mujer tenía tal valor cuando un hombre calculaba la suma que estaría dispuesto a pagar para enviarla muy lejos, pero es que muy lejos, de él.

No obstante, la pobre comediógrafa no veía la exactitud de mi descubrimiento, mientras que yo, recordando el cambio de valor que aquel día mismo habían experimentado Carla y Augusta, estaba seguro de ello. Intervino el vino, cuando quise explicarme mejor y me extravié por completo.

—Mira —le dije—: suponiendo que tú ahora tengas el valor X y yo me permita apretar tu piececito con el mío, aumentas de inmediato por lo menos otra X.

Acompañé al instante las palabras con el acto.

Alberta, muy roja, retiró el pie y, queriendo parecer graciosa, dijo:

—Pero eso es práctica y ya no teoría. Voy a reclamar a Augusta.

Debo confesar que también yo sentía aquel piececito como algo muy distinto de una árida teoría, pero protesté gritando con la expresión más candida del mundo:

—Es pura teoría, purísima, y haces mal en interpretarlo de otro modo.

Las fantasías del vino son auténticos acontecimientos.

Por mucho tiempo Alberta y yo no olvidamos que yo había tocado una parte de su cuerpo, al tiempo que le advertía que lo hacía para gozar. La palabra había resaltado el acto y el acto la palabra. Hasta que se casó, siempre tuvo para mí una sonrisa y un rubor; luego, en cambio, rubor e ira. Las mujeres están hechas así. Cada día les aporta una nueva interpretación del pasado. Debe de ser una vida poco monótona la suya. En cambio, para mí la interpretación de aquel acto fue siempre la misma: el hurto de un pequeño objeto de sabor intenso, y fue culpa de Alberta que en cierta época yo intentara hacer recordar aquel acto, mientras que más adelante habría pagado, en cambio, cualquier cosa para que quedara del todo olvidado.

Recuerdo también que antes de abandonar aquella casa ocurrió otra cosa mucho más grave. Por un instante, me quedé solo con Ada. Giovanni se había acostado hacía rato y los demás estaban despidiéndose del señor Francesco, que se iba a su hotel acompañado por Guido. Yo miré largo rato a Ada, vestida de encaje blanco, con los hombros y los brazos desnudos. Permanecí mudo largo rato, a pesar de que sentía la necesidad de decirle algo; pero, tras analizarla, desechaba todas las frases que me venían a los labios. Recuerdo que analicé incluso si me estaba permitido decirle: «Cuánto me agrada que te cases por fin, y con mi gran amigo Guido. Ahora habrá terminado todo entre nosotros, al fin.» Quería decir una mentira porque todos sabían que entre nosotros todo había terminado desde hacía varios meses, pero me parecía que esa mentira era un bellissimo cumplido y es cierto que una mujer, vestida así, pide cumplidos y se siente complacida de recibirlos. Pero, tras larga reflexión, no dije nada. Deseché esas palabras porque en el mar de vino en que nadaba encontré una tabla que me salvó. Pensé que hacía mal en poner en peligro el afecto de Augusta para complacer a Ada, que no me amaba. Pero, con la

duda que por unos instantes me turbó la cabeza, y aun después cuando con un esfuerzo me separé de esas palabras, lancé a Ada tal mirada, que ella se levantó y salió tras haberse vuelto a mirar espantada, lista tal vez para echarse a correr.

También una mirada se recuerda, cuando es mejor que una palabra; es más importante que una palabra porque en todo el vocabulario no hay palabra que pueda desnudar a una mujer. Yo sé ahora que aquella mirada mía falseó, al simplificarlas, las palabras que había concebido. Para Ada, mi mirada había intentado penetrar más allá de los vestidos y hasta de su epidermis. Y había significado, sin lugar a dudas: «¿Quieres venirte ahora mismo a la cama conmigo?» El vino es un gran peligro, sobre todo porque no saca a relucir la verdad. Todo lo contrario de la verdad: revela especialmente la historia pasada y olvidada del individuo y no su voluntad actual; saca a relucir, caprichoso, todas las ideas absurdas que ha acariciado en épocas más o menos recientes; no tiene en cuenta las tachaduras y lee todo lo que aún es perceptible en nuestro corazón. Y sabido es que en éste no hay modo de borrar nada tan radicalmente, como se hace con una palabra equivocada en una letra de cambio. Toda nuestra historia está siempre legible en él y el vino la grita, olvidando lo que después la vida ha añadido.

Para volver a casa, Augusta y yo cogimos un coche. En la oscuridad me pareció que mi deber era besar y abrazar a mi mujer porque en encuentros semejantes muchas veces lo había hecho y temía que, si no lo hacía, pudiera pensar que algo había cambiado entre nosotros. Nada había cambiado entre nosotros: ¡también eso gritaba el vino! Ella se había casado con Zeno Cosini que, sin haber cambiado, se encontraba a su lado. ¿Qué importaba que aquel día yo hubiera poseído a otras mujeres, cuyo número el vino, para volverme más contento, aumentaba colocando entre ellas ya no sé si a Ada o a Alberta?

Recuerdo que, al quedarme dormido, volví a ver por un instante la cara marmórea de Copley en el lecho mortuario. Parecía pedir justicia, es decir, las lágrimas que yo le había prometido. Pero no las tuve ni siquiera entonces porque el sueño me abrazó y me anuló. Sin embargo, antes me excusé ante el fantasma: «Espera un poco más. ¡En seguida estoy contigo!» No volví a estar con él nunca más, porque ni siquiera asistí a su entierro. Teníamos tanto que hacer en casa y yo también fuera, que no hubo tiempo para él. Hablamos a veces de él, pero sólo para reírnos recordando que mi vino lo había matado y hecho resucitar tantas veces. Más aún: siguió siendo proverbial en la familia, y cuando los periódicos, como sucede con frecuencia, anuncian y desmienten la muerte de alguien, nosotros decimos: «Como el pobre Copley.»

La mañana siguiente me levanté con un ligero dolor de cabeza. Me molestó un poco el dolor en el costado, probablemente porque mientras había durado el efecto del vino no lo había sentido en absoluto y al instante había perdido la costumbre.

Pero en el fondo no estaba triste. Augusta contribuyó a mi serenidad diciéndome que habría estado mal que yo no hubiera ido a aquella cena de boda, porque antes de mi llegada le había parecido encontrarse en un velatorio. Así, pues, no debía tener remordimiento por mi conducta. Después sentí que sólo una cosa no se me había perdonado: ¡la mirada a Ada!

Cuando nos encontramos por la tarde, Ada me tendió la mano con una ansiedad que aumentó la mía. Sin embargo, tal vez le pesara en la conciencia su escapada, que no había sido nada amable. Pero también mi mirada había sido una acción fea. Recordaba con exactitud el movimiento de mis ojos y comprendía que no pudiera olvidarlo quien se había visto traspasado por ellos. Había que repararlo con una actitud marcadamente fraternal.

Se suele decir que, cuando se sufre por haber bebido demasiado, no hay mejor cura que beber más. Yo aquella mañana fui a reanimarme a casa de Carla. Fui a verla precisamente con el deseo de vivir con mayor intensidad y eso es lo que vuelve a llevar al alcohol, pero, mientras me dirigía a su casa, deseaba que me proporcionara una intensidad vital muy distinta del día anterior. Me acompañaban propósitos poco precisos, pero del todo honrados. Sabía que no podía abandonarla en seguida, pero podía encaminarme poquito a poco hacia ese acto tan moral. Entretanto, seguiría hablando de mi mujer. Llevaba en la chaqueta otro sobre con dinero en previsión de cualquier eventualidad.

Llegué a casa de Carla, y un cuarto de hora después ella me hacía este reproche con una expresión que por su exactitud me resonó largo rato en los oídos: «¡Qué rudo eres en el amor!» No tengo conciencia de haberme mostrado rudo precisamente entonces. Había empezado a hablar de mi mujer, y los elogios tributados a Augusta habían resonado en los oídos de Carla como reproches dirigidos a ella.

Después fue Carla la que me hirió. Para pasar el tiempo, le había contado lo que me había fastidiado el banquete, sobre todo por un brindis que había pronunciado y que había sido un absoluto despropósito. Carla observó:

—Si amases a tu mujer, no te equivocarías en los brindis pronunciados en la mesa de su padre.

Y me dio también un beso para recompensarme por el poco amor que sentía por mi mujer.

El mismo deseo de intensificar mi vida, que me había conducido hasta Carla, me iba a devolver pronto junto a Augusta, que era la única con quien podía hablar de mi amor por ella. El vino tomado como remedio era demasiado o bien yo quería ya un vino muy distinto. Pero aquel día mi relación con Carla iba a volverse más amable, coronarse con la simpatía que —como supe más adelante— la pobre joven merecía. Se había ofrecido varias veces a cantarme una cancioncita, deseosa de conocer mi opinión. Pero yo no había querido ni oír hablar de ese canto, del que ni

siquiera me importaba la ingenuidad. Le decía que, puesto que se negaba a estudiar, no valía la pena que siguiera cantando.

Fue una grave ofensa por mi parte y ella se sintió herida. Sentada junto a mí, para no dejarme ver sus lágrimas, se miraba inmóvil las manos, que tenía cruzadas en el regazo. Repitió su reproche:

—¡Qué rudo debes de ser con quien no ames, si lo eres tanto conmigo!

Como soy buena persona, me dejé enternecer por sus lágrimas y rogué a Carla que me desgarrara los oídos con su potente voz en aquel cuartito. Ahora se hacía de rogar y tuve incluso que amenazar con irme, si no me complacía. Debo reconocer que me pareció por un instante haber encontrado un pretexto para reconquistar, al menos temporalmente, mi libertad, pero, ante mi amenaza, mi humilde sierva fue a sentarse al piano con los ojos bajos. Luego dedicó un breve instante a reconcentrarse y se pasó la mano por la cara como para alejar de ella cualquier sombra. Lo logró con una prontitud que me sorprendió y su cara, cuando apartó la mano, no recordaba en absoluto el dolor de antes.

Experimenté una gran sorpresa. Carla decía su cancioncilla, la contaba, no la gritaba. Los gritos —como me dijo más adelante— se los había impuesto su maestro; ahora los había abandonado junto con él. La cancioncilla triestina:

*Fazzo l'amor xe vero
Cosa ghe xe de mal
Volé che a sedes'ani
Stio la come un cocal...*

es una especie de cuento o de confesión. Los ojos de Carla brillaban de malicia y confesaban aún más que las palabras. No había por qué temer verse con el tímpano herido y me acerqué a ella, sorprendido y encantado. Me senté a su lado y entonces ella me cantó la cancioncilla a mí, entornando los ojos para decirme, con la nota más ligera y más pura, que esos dieciséis años deseaban la libertad y el amor.

Por primera vez vi con exactitud la carita de Carla: un óvalo purísimo interrumpido por la profunda y arqueada cavidad de los ojos y de los tenues pómulos, aún más puro a causa de su blancura de nieve, ahora que tenía la cara vuelta hacia mí y a la luz y ninguna sombra la oscurecía. Y aquellas líneas dulces en aquella carne que parecía transparente y ocultaba tan bien la sangre y las venas, tal vez demasiado débiles para poder notarse, pedían afecto y protección.

Ahora estaba dispuesto a concederle tanto afecto y protección sin condiciones, e incluso en el momento en que me sentía inclinado a regresar junto a Augusta, porque en ese momento sólo pedía un afecto paternal que yo podía conceder sin traicionar. ¡Qué satisfacción! ¡Permanecía allí con Carla, le concedía lo que su carita oval pedía y no me alejaba de Augusta! Mi afecto hacia Carla se ennobleció.

A partir de entonces, cuando sentía la necesidad de honradez y pureza, ya no tuve que abandonarla, sino que pude quedarme con ella y cambiar de conversación.

¿Era debida aquella nueva dulzura a su carita oval que yo había descubierto entonces o a su talento musical? ¡Innegable el talento! La misma cancioncilla triestina acaba con una estrofa en que la misma joven declara ser vieja y estar maltrecha y que ya no necesita otra libertad que la de morir. Carla seguía infundiendo malicia y alegría a los pobres versos. Sin embargo, era la juventud que se fingía vieja para proclamar mejor su derecho desde ese punto de vista.

Cuando terminó y me encontró embargado de admiración, también ella por primera vez, además de amarme, sintió auténtico cariño por mí. Sabía que esa cancioncilla me gustaría más que el canto que le enseñaba su maestro:

—¡Qué lástima —añadió con tristeza— que, a no ser que se vaya por los *cafés chantants*, no se pueda una ganar la vida con esto!

No me fue difícil convencerla de que no era así. En este mundo había muchas grandes artistas que decían y no cantaban.

Me pidió que le dijera nombres. Le encantaba enterarse de lo importante que podría haber llegado a ser su arte.

—Ya sé —añadió ingenua— que este canto es mucho más difícil que el otro, para el cual basta gritar a voz en grito.

Yo sonreí y no discutí. Desde luego, también su arte era difícil y ella lo sabía porque era el único arte que conocía. Esa cancioncilla le había costado un estudio larguísimo. La había dicho una y mil veces corrigiendo la entonación de cada palabra, de cada nota. Ahora estaba estudiando otra, pero hasta dentro de unas semanas no iba a saberla. No quería que la oyera antes.

Siguieron momentos deliciosos en aquel cuartito donde hasta entonces sólo se habían desarrollado escenas de brutalidad. Mira por dónde, ante Carla se abría una carrera. La carrera que me libraría de ella. ¡Muy semejante a la que para ella había soñado Copler! Le propuse buscarle un maestro. Al principio, esa palabra la espantó, pero después se dejó convencer con facilidad, cuando le dije que podíamos probar y que seguiría con libertad para despedirlo, cuando le pareciera aburrido o poco útil.

También con Augusta me encontré muy a gusto ese día. Tenía el ánimo tranquilo, como si hubiera vuelto de un paseo y no de la casa de Carla o como debía de haberlo tenido el pobre Copler, cuando abandonaba aquella casa los días que no le habían dado motivo para enojarse. Lo disfruté como si hubiera llegado a un oasis. Para mí y para mi salud, habría sido gravísimo que toda mi relación con Carla se hubiera desarrollado en constante agitación. Desde aquel día, como resultado de la belleza estética, todo se desarrolló con mayor tranquilidad, con las ligeras interrupciones necesarias para reanimar mi amor tanto por Carla como por Augusta. Cada visita mía a Carla significaba, desde luego, una traición a Augusta,

pero todo quedaba olvidado pronto en un baño de salud y de buenos propósitos. Y el buen propósito no era brutal y excitante como cuando sentía en la garganta el deseo de declarar a Carla que no volvería a verla nunca más. Me mostraba dulce y paternal: mira por dónde, yo volvía a pensar en su carrera. Abandonar cada día a una mujer para correr tras ella el día siguiente habría sido un esfuerzo que mi pobre corazón no habría podido soportar. En cambio, así Carla seguía siempre en mi poder y ahora yo la encaminaba unas veces en una dirección y otras en otra.

Durante mucho tiempo los propósitos buenos no fueron tan fuertes como para inducirme a correr por la ciudad en busca del maestro adecuado para Carla. Me divertía acariciando el buen propósito y permanecía sentado. Después, un buen día Augusta rae confió que iba a ser madre y entonces mi propósito creció en un instante y Carla tuvo a su maestro. Había vacilado tanto también porque era evidente que, aun sin maestro, Carla había sabido emprender un trabajo de verdad serio en su nuevo arte. Cada semana me cantaba una canción nueva, analizada cuidadosamente tanto en el gesto como en la palabra. Tal vez debería haber añado un poco ciertas notas, pero puede que acabaran añándose solas. Una prueba decisiva de que Carla era una artista auténtica era el modo como perfeccionaba sin cesar sus canciones sin renunciar nunca a las cosas mejores que había sabido hacer suyas en el primer momento. Con frecuencia le pedí que me cantara de nuevo su primera canción y todas las veces veía que añadía algún matiz nuevo y eficaz. Dada su ignorancia, era maravilloso que, con su gran esfuerzo por descubrir una expresión intensa, nunca introdujera en la canción sonidos falsos o exagerados. Como artista auténtica, cada día añadía una piedrecita al pequeño edificio, y todo el resto permanecía intacto. La canción no cambiaba, pero sí el sentimiento que la dictaba. Antes de cantar, Carla se pasaba siempre la mano por la cara y detrás de esa mano se creaba un instante de recogimiento que bastaba para precipitarla en la comedia que debía construir. Una comedia que no siempre era pueril. El irónico mentor de

Rosina te xe nata in un casoto

amenazaba, pero no demasiado en serio. Parecía que la cantante supiese que era la historia de todos los días. El pensamiento de Carla era distinto, pero acababa llegando al mismo resultado:

—Mis simpatías son para Rosina, porque, si no, no valdría la pena cantar la canción —decía.

A veces sucedió que Carla avivaba inconscientemente mi amor por Augusta y mi remordimiento. En efecto, así sucedió siempre que ella se permitió movimientos ofensivos contra la sólida posición ocupada por mi mujer. Seguía vivo su deseo de tenerme para ella sola una noche entera; me confió que, en su opinión, por no

haber dormido uno junto a otro había menos intimidad entre nosotros. Como quería acostumbrarme a ser más dulce con ella, no me negué de plano a complacerla, pero casi siempre pensé que no iba a ser posible hacer una cosa así, a menos que me resignase a encontrar por la mañana a Augusta asomada a una ventana, en la que habría pasado toda la noche esperándome. Además, ¿no habría sido ésa una nueva traición a mi mujer? A veces, es decir, cuando corría junto a Carla lleno de deseo, me sentía dispuesto a contentarla, pero al instante veía la imposibilidad y la inconveniencia. Pero así no llegamos durante mucho tiempo ni a eliminar el proyecto ni a realizarlo. En apariencia estábamos de acuerdo: tarde o temprano pasaríamos toda una noche juntos. Entretanto, ya teníamos la posibilidad, porque yo había inducido a las Gerco a despedir a los inquilinos que dividían su casa en dos partes, y, por fin, Carla tenía su alcoba propia.

Ahora bien, sucedió que, poco después de la boda de Guido, mi suegro sufrió el ataque que iba a matarlo y yo tuve la imprudencia de contar a Carla que mi mujer debía pasar una noche a la cabecera de su padre para que mi suegra pudiese descansar. Ya no pude excusarme: Carla pretendió que pasara con ella aquella noche que tan dolorosa era para mi mujer. No tuve valor para rebelarme ante tal capricho y me sometí a él a regañadientes.

Me preparé para aquel sacrificio. No fui a ver a Carla por la mañana y corrí junto a ella por la noche presa del deseo, al tiempo que me decía que era infantil creer que traicionaba más gravemente a Augusta porque lo hacía en ese momento en que ella sufría por otras causas. Por eso, llegué incluso a impacientarme porque la pobre Augusta me entretenía para explicarme cómo debía hacer para tener listas las cosas que podía necesitar en la cena, por la noche, y también para el café de la mañana siguiente.

Carla me recibió en el estudio. Poco después su madre y criada nos sirvió una cena exquisita a la que yo añadí los dulces que había llevado. La vieja volvió después para quitar la mesa y a mí, la verdad, me habría gustado acostarme al instante, pero aún era demasiado temprano y Carla me pidió que la escuchara cantar. Cantó todo su repertorio y sin duda ésa fue la parte mejor de aquellas horas, porque la ansiedad con que esperaba a mi amante aumentaba el placer que siempre me había dado la canción de Carla.

—Un público te cubriría de flores y de aplausos —le dije en determinado momento, olvidando que habría sido imposible colocar a todo un público en el estado de ánimo en que me encontraba yo.

Por fin, nos acostamos en la misma cama, en un cuartucho pequeño y desnudo. Parecía un pasillo cortado por una pared. No tenía aún sueño y me desesperaba con la idea de que, si hubiera tenido, no habría podido dormir con tan poco aire a mi disposición.

La tímida voz de la madre llamó a Carla. Ella, para contestar, fue hasta la puerta y la entreabrió. Oí cómo preguntaba a la vieja con voz excitada qué quería. La otra dijo, tímida, palabras cuyo sentido no percibí y entonces Carla gritó, antes de dar con la puerta en las narices a su madre:

—Déjame en paz. ¡Ya te he dicho que esta noche duermo aquí!

Así me enteré de que Carla, atormentada de noche por el miedo, dormía siempre en su antigua alcoba con su madre, donde tenía otra cama, mientras que aquella en la que debíamos dormir juntos permanecía vacía. Sin duda había sido por miedo por lo que había inducido a jugar esa mala pasada a Augusta. Confesó, con alegría maliciosa que no compartí, que conmigo se sentía más segura que con su madre. Aquella cama cerca del estudio solitario me dio qué pensar. No la había visto nunca antes. ¡Estaba celoso! Poco después sentí desprecio también por el comportamiento de Carla para con su pobre madre. Era muy distinta de Augusta, que había renunciado a mi compañía para ayudar a sus padres. Yo soy especialmente sensible a la falta de respeto hacia los padres, yo, que había soportado con tanta resignación los arrebatos de ira de mi pobre padre.

Carla no pudo advertir ni mis celos ni mi desprecio. Suprimí las manifestaciones de celos recordando que no tenía el menor derecho a estar celoso, en vista de que pasaba buena parte de mis días deseando que alguien me quitara a la amante. Tampoco tenía objeto mostrar mi desprecio a la pobre muchacha, ahora que acariciaba de nuevo el deseo de abandonarla definitivamente, y aun cuando mi desdén se viera aumentado con las razones que poco antes habían provocado mis celos. Lo que debía hacer era alejarme cuanto antes de aquel cuartucho que no contenía más de un metro cúbico de aire y, además, calentísimo.

Ni siquiera recuerdo el pretexto que aduje para marcharme de repente. Me puse a vestirme con afán. Hablé de una llave que había olvidado entregar a mi mujer, por lo que, si la necesitaba, no podría entrar en casa. Le enseñé la llave, que no era otra que la que yo llevaba siempre en el bolsillo, pero que presenté como la prueba tangible de la verdad de mis afirmaciones. Carla no intentó siquiera detenerme; se vistió y me acompañó hasta abajo para darme luz. En la oscuridad de la escalera me pareció que me miraba con ojos inquisidores, que me turbaron: ¿empezaba a entenderme? No era tan fácil, dado que yo sabía disimular demasiado bien. Para darle las gracias por dejarme marchar, seguía aplicando de vez en cuando los labios a sus mejillas y simulaba estar embargado aún por el mismo entusiasmo que me había conducido hasta ella. Después no me cupo la menor duda de que mi simulación había salido bien. Poco antes, en un arrebato de amor, Carla me había dicho que el feo nombre de Zeno, que me habían puesto mis padres, no era, desde luego, el que correspondía a mi persona. Le habría gustado que yo me llamase Dario y allí, en la oscuridad, se despidió de mí llamándome así. Después advirtió que el tiempo amenazaba tormenta y se ofreció a ir a buscarme un paraguas. Pero

yo no podía soportarla ni un minuto más y me fui corriendo con aquella llave en la mano, en cuya autenticidad empezaba a creer también yo.

La profunda oscuridad de la noche se veía interrumpida de vez en cuando por resplandores cegadores. El fragor del trueno parecía lejanísimo. El aire era aún tranquilo y sofocante como en el propio cuartucho de Carla. Hasta los raros goterones que caían eran tibios. La amenaza de tormenta era evidente y eché a correr. Tuve la fortuna de encontrar en Corsia Stadion un portal aún abierto e iluminado, en el que me refugié justo a tiempo. Un instante después cayó sobre la calle el chaparrón. El diluvio fue interrumpido por una ventolera furiosa que parecía traer consigo los truenos, de repente muy cercanos. ¡Me estremecí! ¡Habría sido muy comprometedor que me hubiera matado un rayo, a aquella hora, en Corsia Stadion! Menos mal que mi mujer también me tenía por hombre de gustos extraños, que podía correr hasta allí de noche, y entonces siempre hay excusa para todo.

Tuve que quedarme en aquel portal por más de una hora. Parecía siempre que quería escampar, pero de repente el temporal recuperaba su furor de otro modo. Ahora granizaba.

Había venido a hacerme compañía el portero de la casa y tuve que darle una propina para que retrasara el cierre del portal. Después entró en él un señor vestido de blanco y empapado. Era viejo, flaco y enjuto. No volví a verlo nunca más, pero no puedo olvidarlo por el brillo de sus ojos negros y por la energía que irradiaba toda su persona. Blasfemaba por haberse visto empapado de ese modo.

A mí siempre me ha gustado charlar con la gente que no conozco. Me siento sano y seguro. Es incluso un descanso. Debo estar atento para no cojear, y estoy salvado.

Cuando, por fin, amainó, me dirigí en seguida, no a mi casa, sino a la de mi suegro. Me parecía que en aquel momento debía correr en seguida a la llamada y jactarme de haber acudido.

Mi suegro se había quedado dormido y Augusta, a quien ayudaba una monja, pudo reunirse conmigo. Dijo que había hecho bien en venir y se arrojó a mis brazos llorando. Había visto sufrir horriblemente a su padre.

Advirtió que yo estaba empapado. Me hizo sentarme en una butaca y me tapó con mantas. Después pudo permanecer un rato junto a mí. Yo estaba muy cansado y hasta en el breve tiempo que pudo quedarse conmigo, tuve que luchar con el sueño. Me sentía muy inocente porque de momento no la había traicionado permaneciendo lejos del domicilio conyugal toda una noche. Era tan bella la inocencia, que intenté aumentarla. Comencé a decir palabras que parecían una confesión. Le dije que me sentía débil y culpable y, como en ese momento ella me miró pidiéndome explicaciones, hundí la cabeza en el almohadón y, refugiándome

en la filosofía, le conté que todos mis pensamientos iban acompañados del sentimiento de la culpa.

—Así piensan también los religiosos —dijo Augusta—, ¿Quién sabe si no nos vemos castigados así por culpas que ignoramos?

Decía palabras adecuadas para acompañar a sus lágrimas, que seguía derramando. Me pareció que no había comprendido bien la diferencia entre mi pensamiento y el de los religiosos, pero no quise discutir y, con el sonido monótono del viento que se había intensificado, con la tranquilidad que me daba también ese arrebatado de confesión, me sumí en un largo sueño reparador.

Cuando le llegó el turno al maestro de canto, todo quedó arreglado en pocas horas. Hacía tiempo que lo había elegido y, a decir verdad, me había fijado en su nombre, ante todo, porque era el maestro más barato de Trieste. Para no comprometerme, la propia Carla se encargó de hablar con él. Yo no lo vi nunca, pero debo decir que ahora sé mucho de él y es una de las personas que más aprecio en este mundo. Debe de ser un hombre sencillo y sano, lo que es extraño en el caso de un artista que vivía para su arte, como ese Vittorio Lali. En resumen, un hombre envidiable por ser genial y también sano.

No tardé en notar que la voz de Carla se suavizó y se volvió más flexible y más segura. Nosotros habíamos temido que el maestro le fuera a imponer un esfuerzo. Como había hecho el elegido por Copler. Tal vez se adaptara al deseo de Carla, pero el caso es que siempre fue del género preferido por ella. Hasta muchos meses después no se dio cuenta de haberse alejado ligeramente de él, al retinarse. Ya no cantaba las canciones triestinas y ni siquiera las napolitanas, sino que había pasado a canciones italianas antiguas y a Mozart y a Schubert. Recuerdo en especial una canción de cuna atribuida a Mozart, y en los días que siento más la tristeza de la vida y añoro a la muchacha que fue mía y a la que no amé, me resuena en el oído la nana como un reproche. Entonces vuelvo a ver a Carla disfrazada de madre que saca de su interior los sonidos más dulces para hacer dormir a su hijo. Y, sin embargo, ella, que había sido una amante inolvidable, no podía ser una buena madre, ya que era una mala hija. Pero está visto que saber cantar como una madre es una característica que se superpone a cualquier otra.

Por Carla supe la historia del maestro. Había estudiado algunos años en el Conservatorio de Viena y después había venido a Trieste, donde había tenido la fortuna de trabajar para nuestro mayor compositor, afectado de ceguera. Escribía sus composiciones al dictado, pero gozaba, además, de su confianza, que los ciegos deben conceder enteramente. Así llegó a conocer sus propósitos, sus convicciones maduras y sus sueños, aún juveniles. No tardó en tener en el alma toda la música, incluso la que necesitaba Carla. Me describió también su aspecto: joven, rubio, bastante robusto, descuidado en el vestir, camisa suelta, no siempre limpia, corbata

que debía de haber sido negra, grande y suelta, sombrero flexible de alas descomunales. De pocas palabras —por lo que me decía Carla y debo creerlo, porque pocos meses después se volvió charlatán con ella y al instante me lo dijo— y dedicado por entero a la misión que había aceptado.

Muy pronto mi vida empezó a sufrir complicaciones. Por la mañana llevaba a Carla, además de amor, unos amargos celos, que durante el día se volvían mucho menos amargos. Me parecía imposible que ese joven no aprovechara la presa buena y fácil. Carla parecía asombrada de que yo pudiera pensar una cosa así, pero a mí me ocurría lo mismo de verla asombrada. ¿Es que ya no recordaba cómo habían ido las cosas entre ella y yo?

Un día llegué hasta ella furioso de celos y ella, espantada, se declaró al instante dispuesta a despedir al maestro. No creo que su espanto fuese producto exclusivo del miedo a verse privada de mi ayuda, porque en aquella época me dio pruebas de afecto de las que no puedo dudar y que a veces me hicieron dichoso, mientras que, cuando me encontraba en otro estado de ánimo, me fastidiaron por parecerme actos hostiles hacia Augusta, a los que, aunque me costara, me veía obligado a asociarme. Su propuesta me turbó. Ya me encontrase en el momento del amor o en el del arrepentimiento, yo no quería aceptar un sacrificio de su parte. Debía de haber alguna comunicación entre mis dos estados de ánimo y yo no quería disminuir mi ya escasa libertad para pasar del uno al otro. Por eso, no podía aceptar una propuesta semejante, que, en cambio, me volvió más cauto, por lo que, hasta cuando estaba exasperado por los celos, supe ocultarlos. Mi amor se volvió más airado y Carla acabó pareciéndome un ser inferior, cuando la deseaba y también cuando no la deseaba. O me traicionaba o no me importaba nada. Cuando no la odiaba, no recordaba que existiera. Yo pertenecía al ambiente de salud y honradez en que reinaba Augusta y al que regresaba en seguida con el cuerpo y el alma, en cuanto Carla me dejaba libre.

Dada la absoluta sinceridad de Carla, sé exactamente durante qué período, larguísimo, fue mía del todo, y mis celos recurrentes de entonces sólo pueden considerarse manifestación de un recóndito sentido de justicia. Sin embargo, debía ocurrirme lo que me merecía. Primero se enamoró el maestro. Creo que el primer síntoma de su amor consistió en ciertas palabras que Carla me contó con aire, de triunfo por considerar que señalaban su primer gran éxito artístico, que merecía un elogio mío. Al parecer, le había dicho que ya se había aficionado tanto a su misión de maestro que, si ella no hubiera podido pagarle, habría seguido dándole las clases gratis. Yo le habría dado una bofetada, pero después vino el momento en que pude fingir que sabía gozar de su triunfo auténtico. Carla olvidó la contracción al principio de todos los músculos de mi cara, como si hubiera hincado los dientes en un limón, y aceptó serena el elogio tardío. Él le había contado todos sus asuntos, que no eran muchos: música, miseria y familia. Su hermana le había dado grandes

disgustos y él había sabido comunicar a Carla una gran antipatía por esa mujer, que no conocía. Esa antipatía me pareció muy comprometedor. Ahora cantaban juntos canciones tuyas, que me parecieron muy poca cosa tanto cuando amaba a Carla como cuando la sentía como una carga. No obstante, puede que fueran buenas, a pesar de que no he vuelto a oír hablar de ellas. Después dirigió orquestas en Estados Unidos y tal vez allí se canten esas canciones.

Pero un buen día Carla me contó que él le había pedido que fuera su esposa y que ella lo había rechazado. Entonces yo pasé dos cuartos de hora de verdad terribles: el primero cuando me sentí tan invadido por la ira, que me habría gustado esperar al maestro para echarlo a patadas, y el segundo cuando no encontré el modo de conciliar la posibilidad de la continuación de mi misión con ese matrimonio, que, en el fondo, era algo bello y moral y una simplificación mucho más segura de mi posición que la carrera que Carla se imaginaba iniciar en mi compañía.

¿Por qué se había apasionado aquel maldito maestro de ese modo y tan pronto? Ahora, después de un año de relación, todo se había atenuado entre Carla y yo, hasta mi ceño cuando la abandonaba. Ahora mis remordimientos eran muy fáciles de soportar y, aunque Carla tuviera aún razón de llamarme rudo en el amor, parecía que se había acostumbrado a ello. Debía de haberle resultado fácil, pues yo no fui nunca tan brutal como en los primeros días de nuestra relación y, tras haber soportado ese primer exceso, el resto debió de parecerle suavísimo en comparación.

Por eso, hasta cuando Carla ya no me importaba tanto, me resultó siempre fácil prever que el día siguiente no me sentiría contento de ir a buscar a mi amante y ya no encontrarla. Desde luego, habría sido bellissimo entonces saber volver a Augusta sin el habitual intermedio con Carla y en aquel momento me sentía más que capaz de eso; pero antes quería probar. Mi propósito en ese momento debió de ser poco más o menos el siguiente: «Mañana le rogaré que acepte la propuesta del maestro, pero hoy se lo impediré.» Y con gran esfuerzo seguí comportándome como amante. Ahora, al contarlo, tras haber consignado todas las fases de mi aventura, podría parecer que yo intentaba conseguir que mi amante se casara con otro y conservarla al mismo tiempo, lo que habría sido la política de un hombre más sagaz que yo y más equilibrado, si bien igualmente corrompido. Pero no es cierto: ella no podía decidirse a hacerlo hasta el día siguiente. Por eso, no desapareció hasta entonces ese estado mío que me obstino en calificar de inocencia. Ya no era posible adorar a Carla por un breve período del día y después odiarla durante veinticuatro horas seguidas, y levantarse todas las mañanas, ignorante como un recién nacido, para vivir el día, tan semejante a los anteriores, para sorprenderse de las aventuras que aportaba y que debería haber sabido de memoria. Eso ya no era posible. Se me presentaba la eventualidad de perder para siempre a mi amante, si no sabía dominar mi deseo de librarme de ella. ¡Al instante lo dominé!

Y así es como aquel día, cuando ella ya no me importaba, hice a Carla una escena de amor que, por su falsedad y su vehemencia, se parecía a la que, bajo los efectos del vino, había hecho a Augusta aquella noche en el coche. Sólo que en ese caso faltaba el vino y acabé conmoviéndome de verdad con el sonido de mis palabras. Le declaré que la amaba, que ya no podía vivir sin ella y que, además, me parecía exigirle el sacrificio de su vida, en vista de que no podía ofrecerle nada que pudiera igualar a lo que Lali le ofrecía.

Fue una nota muy nueva en nuestra relación, a pesar de que ésta había conocido tantas horas de gran amor. Ella escuchaba mis palabras extasiada. Mucho después se dispuso a convencerme de que no había por qué afligirse tanto porque Lali se hubiera enamorado. ¡No pensaba en él en absoluto!

Le di las gracias, con el mismo fervor, si bien ahora no llegaba a conmoverme. Sentía un peso en el estómago: evidentemente, estaba más comprometido que nunca. Mi aparente fervor, en lugar de disminuir, aumentó, sólo para permitirme decir unas palabras de admiración hacia el pobre Lali. Yo no quería perderlo en absoluto, quería salvarlo, pero para el día siguiente.

A la hora de decidir si conservar o despedir al maestro, no tardamos en ponernos de acuerdo. Por otra parte, yo no habría querido privarla, además del matrimonio, de la carrera. También ella confesó que deseaba conservar a su maestro: con cada clase le aportaba la prueba de la necesidad de su asistencia. Me aseguró que podía vivir tranquilo y confiado: me amaba a mí y a nadie más.

Evidentemente, mi traición se había extendido y ampliado. Me había apegado a mi amante con los vínculos de un nuevo afecto que invadía un territorio hasta entonces reservado sólo a mi afecto legítimo. Pero, al volver a casa, también ese afecto dejaba de existir y se derramaba, aumentado, sobre Augusta. Por Carla no sentía sino profunda desconfianza. ¡Quién sabe lo que habría de cierto en esa propuesta de matrimonio! No me habría asombrado que un buen día, sin haberse casado con el maestro, Carla me hubiera regalado un hijo dotado de un gran talento para la música. Y volvieron a aparecer los férreos propósitos que me acompañaban hasta la casa de Carla, para abandonarme cuando estaba con ella y volver a asaltarme cuando aún no la había dejado. Todo ello sin consecuencias de ninguna clase.

Y no hubo otras consecuencias de esas novedades. Pasó el verano y se llevó a mi suegro. Después estuve muy ocupado en la nueva casa comercial de Guido, donde trabajé más que en ningún otro sitio, incluidas las diferentes facultades universitarias. De esa actividad mía hablaré más adelante. Pasó también el invierno y después brotaron en mi jardincito las primeras hojas verdes y éstas no me vieron nunca tan desalentado como las del año anterior. Nació mi hija Antonia. El maestro de Carla seguía a nuestra disposición, pero Carla no quería ni oír hablar de él y yo tampoco, de momento.

En cambio, hubo graves consecuencias en mis relaciones con Carla por acontecimientos que, en realidad, podrían haber parecido insignificantes. Pasaron casi desapercibidos y sólo se revelaron por las consecuencias que dejaron.

Precisamente en los albores de la primavera, tuve que aceptar ir a pasear con Carla al Jardín Público. Me parecía un grave compromiso, pero Carla deseaba tanto caminar del brazo conmigo al sol, que acabé complaciéndola. No nos iba a estar permitido nunca, ni siquiera por breves instantes, vivir como marido y mujer y también ese intento acabó mal.

Para mejor disfrutar de la nueva y repentina tibieza procedente del cielo, en el que parecía que el sol hubiera recuperado su dominio desde hacía poco, nos sentamos en un banco. El jardín, las mañanas de días festivos, estaba desierto y a mí me parecía que, no moviéndome, disminuía el riesgo de ser observado. En cambio, apoyando la axila en la muleta, a pasos lentos, pero enormes, se acercó a nosotros Tullio, el de los cincuenta y cuatro músculos y, sin mirarnos, se sentó a nuestro lado. Después levantó la cabeza, su mirada se encontró con la mía y me saludó:

—¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? ¿Estás, por fin, menos ocupado?

Se había sentado justo a mi lado y, con mi reacción de sorpresa, me moví de modo que le impidiera ver a Carla. Pero él, tras haberme estrechado la mano, me preguntó:

—¿Tu señora?

Esperaba que lo presentara.

Me resigné.

—La señorita Carla Gerco, una amiga de mi esposa.

Después seguí mintiendo y más adelante supe por Tullio que la segunda mentira bastó para revelarle toda la verdad. Con sonrisa forzada dije:

—También la señorita se ha sentado por casualidad en este banco junto a mí sin verme.

El mentiroso debería tener presente que, para que lo crean sólo debe decir las mentiras necesarias. Cuando nos encontramos de nuevo, Tullio me dijo con su sentido común popular:

—Explicaste demasiadas cosas y, por eso, adiviné que mentías y que aquella señorita tan bella era tu amante.

Yo entonces ya había perdido a Carla y con gran voluptuosidad le confirmé que había dado en el blanco, pero le conté con tristeza que ahora ya me había abandonado. No me creyó y yo se lo agradecí. Me parecía que su incredulidad era un buen augurio.

Carla fue presa de un malhumor como yo no le había visto nunca. Ahora sé que desde aquel momento comenzó su rebelión. No lo advertí en seguida, porque, para escuchar a Tullio, que se había puesto a hablarme de su enfermedad y de las curas que emprendía, yo le daba la espalda. Más adelante supe que una mujer, aun

cuando se deje tratar con menos amabilidad siempre, salvo en ciertos instantes, no admite que renieguen de ella en público. Manifestó su desdén más hacia el pobre cojo que hacia mí y no le respondió, cuando él le dirigió la palabra. Tampoco yo escuchaba a Tullio porque por el momento no conseguía interesarme por sus curas. Lo miraba en los ojillos para tratar de averiguar qué pensaba de aquel encuentro. Sabía que ahora él estaba jubilado y que, como tenía todo el día libre, podía invadir fácilmente con sus charlas todo el pequeño ambiente social de nuestra Trieste de entonces.

Después, tras una larga meditación, Carla se levantó para dejarnos. Murmuró:
—Adiós —y se marchó.

Yo sabía que estaba enfadada conmigo y, sin dejar de tener en cuenta la presencia de Tullio, intenté ganar el tiempo necesario para aplacarla. Le pedí permiso para acompañarla, ya que iba en la misma dirección. Su seco saludo significaba la ruptura pura y simple y aquélla fue la primera vez que la temí en serio. La dura amenaza me quitaba el aliento.

Pero la propia Carla no sabía aún adonde se dirigía con su paso decidido. Se desahogaba de un enfado momentáneo, que no tardaría en abandonarla.

Me esperó y después caminó a mi lado sin hablar. Cuando llegamos a casa, fue presa de un arrebató de llanto, que no me espantó porque la impulsó a refugiarse entre mis brazos. Yo le expliqué quién era Tullio y los perjuicios que me podría haber causado, si hablaba. Al ver que seguía llorando, pero sin apartarse de mis brazos, me atreví a adoptar un tono más decidido: entonces, ¿quería comprometerme? ¿No habíamos dicho siempre que haríamos todo lo posible para evitar dolores a esa pobre mujer que era, al fin y al cabo, mi esposa y la madre de mi hijita?

Pareció que Carla se tranquilizaba, pero quiso quedarse sola para calmarse. Yo me marché bastante contento.

Debió ser a causa de esa aventura por lo que le entró el deseo de aparecer en público como mi esposa. Parecía que, al no querer casarse con el maestro, tenía intención de obligarme a ocupar una parte mayor del lugar que a aquél negaba. Me importunó durante mucho tiempo con que comprara dos butacas para un teatro, que ocuparíamos entrando por lugares distintos para encontrarnos sentados uno junto al otro como por casualidad. Con ella sólo llegué, pero varias veces, hasta el Jardín Público, hito de mis recorridos, al que ahora llegaba desde el otro lado. Más allá, ¡nunca! Por eso, mi amante acabó pareciéndome demasiado. En cualquier momento, la tomaba conmigo sin razón con estallidos de cólera repentinos. Se le pasaban pronto, pero bastaban para volverme muy buenecito y dócil. Muchas veces la encontraba hecha un mar de lágrimas y nunca conseguía de ella una explicación de su dolor. Tal vez la culpa fuera mía, porque no insistí bastante para que me la diera. Cuando la conocí mejor, es decir, cuando me abandonó, no necesité otras

explicaciones. Acuciada por la necesidad, se había lanzado a aquella aventura conmigo, que no le convenía, la verdad. Entre mis brazos se había vuelto mujer y —así me gusta suponerlo— mujer honesta. Por supuesto, eso no hay que atribuirlo a mérito mío alguno, tanto más cuanto que todo el perjuicio fue para mí.

Se le ocurrió un nuevo capricho que al principio me sorprendió y poco después me conmovió y enterneció: quiso ver a mi mujer. Juraba que no se acercaría a ella y que se comportaría de modo que no la viera. Le prometí que, cuando supiese que mi mujer iba a salir a una hora precisa, se lo diría. Debía ver a mi mujer no cerca de mi casa, lugar desierto donde una persona sola no pasaría desapercibida, sino en una calle populosa de la ciudad.

Por aquel tiempo aquejó a mi suegra una enfermedad en los ojos que la obligó a llevarlos vendados varios días. Se moría de aburrimiento y, para convencerla de que siguiera la cura estrictamente, sus hijas permanecían a su lado por turno: mi mujer por la mañana y Ada hasta las cuatro en punto de la tarde. Con decisión instantánea dije a Carla que mi mujer salía de la casa de mi suegra todos los días a las cuatro en punto. Ni siquiera ahora sé exactamente por qué presenté Ada a Carla como si fuera mi mujer. Es cierto que, después de la petición de matrimonio del maestro, yo sentía la necesidad de vincular más a mi amante conmigo y tal vez creyera que cuanto más bella le pareciese mi mujer, tanto más apreciaría al hombre, que sacrificaba (es un decir) por ella a semejante mujer. En aquella época Augusta no era sino una nodriza sanísima. Puede que también influyera en mi decisión la prudencia. Desde luego, tenía razón para temer los humores de la amante y si ésta se hubiera dejado llevar hasta el extremo de cometer un acto desconsiderado con Ada, no habría tenido importancia, pues ésta me había dado pruebas de que nunca intentaría difamarme ante mi mujer.

Si Carla me hubiera comprometido con Ada, yo habría contado todo a ésta y, a decir verdad, con cierta satisfacción.

Pero mi política tuvo un éxito imprevisible; la verdad. Movidamente por cierta ansiedad, la mañana siguiente fui a casa de Carla más temprano de lo habitual. La encontré del todo cambiada con respecto al día anterior. Una gran seriedad había invadido el noble óvalo de su cara. Quise besarla, pero me rechazó y después se dejó rozar las mejillas con mis labios, sólo para inducirme a escucharla dócilmente. Me senté frente a ella del otro lado de la mesa. Ella, sin apresurarse demasiado, cogió una hoja de papel en la que había estado escribiendo hasta mi llegada y lo dejó entre unas partituras que se encontraban sobre la mesa. Yo no presté atención a aquella hoja y hasta más adelante no supe que era una carta que estaba escribiendo a Lali.

Y, sin embargo, sé que incluso en aquel momento el ánimo de Carla era presa de las dudas. Sus serios ojos me miraban escrutadores; después los dirigía a la luz de la ventana para mejor aislarse y estudiar su ánimo. ¿Quién sabe? Si yo al instante

hubiera adivinado mejor lo que se debatía en su interior, habría podido conservar aún mi deliciosa amante.

Me contó su encuentro con Ada. La había esperado delante de la casa de mi suegra y, cuando la vio llegar, la reconoció al instante.

—No había posibilidad de equivocarse. Me la habías descrito en sus rasgos más importantes. ¡Oh, tú la conoces bien!

Calló por un instante para dominar la conmoción, que le formaba un nudo en la garganta. Después continuó:

—Yo no sé qué habrá pasado entre vosotros, pero no quiero traicionar nunca más a esa mujer tan bella y tan triste. ¡Y hoy mismo escribo al maestro de canto que estoy dispuesta a casarme con él!

—¡Triste! —grité yo, sorprendido—. Te equivocas, o bien en ese momento le hacía daño un zapato.

¡Ada triste! Pero, si reía y sonreía todo el tiempo; hasta aquella misma mañana que la había visto por un instante en mi casa.

Pero Carla estaba mejor informada que yo:

—¡Un zapato! Pero, ¡si llevaba el paso de una diosa caminando por las nubes!

Me contó cada vez más conmovida que había conseguido que Ada le dirigiera una palabra, con su voz tan dulce. Ada había dejado caer el pañuelo y Carla lo recogió y se lo dio. Su breve palabra de agradecimiento conmovió a Carla hasta hacer que se le saltaran las lágrimas. Hubo algo más entre las dos mujeres: Carla afirmaba que Ada había notado también que ella lloraba y que se había separado de ella con una mirada acongojada de solidaridad. Para Carla todo estaba claro: ¡mi mujer sabía que yo la traicionaba y por ello sufría! A eso se debía el propósito de no volver a verme y de casarse con Lali.

¡No sabía cómo defenderme! Me resultaba fácil hablar con absoluta antipatía de Ada, pero no de mi mujer, la sana nodriza que no advertía en absoluto lo que sucedía en mi ánimo, dedicada como estaba por entero a su tarea. Pregunté a Carla si había notado la dureza de los ojos de Ada y si no había advertido que su voz era baja y ruda, carente de la menor dulzura. Para recuperar al instante el amor de Carla, con mucho austo habría atribuido a mi mujer muchos otros defectos, pero no podía porque, desde hacía un año, no hacía otra cosa que elevarla al séptimo cielo ante mi amante.

Me salvé de otro modo. Fui presa yo también de una gran emoción, que me llenó los ojos de lágrimas. Me parecía tener razones legítimas para sentir compasión de mí mismo. Sin quererlo, me había metido en un lío desdichadísimo. Esa confusión entre Ada y Augusta era insoportable. La verdad era que mi mujer no era tan bella y que Ada (de ella era de quien Carla sentía tanta compasión) me había hecho mucho daño. Por eso Carla era muy injusta al juzgarme.

Las lágrimas suavizaron a Carla:

—¡Querido Dario! ¡Qué bien me hacen tus lágrimas! Debe de haber habido un malentendido entre vosotros dos y tenéis que aclararlo. Yo no quiero juzgarte demasiado severamente, pero no volveré a traicionar a esa mujer, ni quiero ser la causa de sus lágrimas. ¡Lo he jurado!

A pesar del juramento, acabó traicionándola por última vez. Le habría gustado separarse de mí para siempre con un último beso; pero yo ese beso sólo lo daba de un modo; de lo contrario, me habría ido lleno de rencor. Por eso, se resignó. Los dos murmurábamos:

—¡Por última vez!

Fue un instante delicioso. El propósito, concebido entre dos, borraba cualquier culpa. ¡Éramos inocentes y felices! Mi benévolo destino me había reservado un instante de felicidad perfecta.

Me sentía tan feliz, que continué la comedia hasta el momento de separarnos. Ella rechazó el sobre que yo llevaba siempre en el bolsillo y no quiso ni siquiera un recuerdo mío. Había que borrar de nuestra nueva vida cualquier rastro del pasado. Entonces la besé de buen grado en la frente, paternal, como había deseado antes.

Después, en la escalera, tuve una vacilación porque la cosa se estaba volviendo demasiado seria, mientras que, si hubiera sabido que el día siguiente iba a estar a mi entera disposición, no se me habría ocurrido pensar tan pronto en el futuro. Ella me miraba bajar desde su rellano y yo, un poco en broma, le grité:

—¡Hasta mañana!

Ella se retiró sorprendida y casi espantada y se alejó diciendo:

—¡Nunca más!

Sin embargo, yo sentí alivio por haberme atrevido a pronunciar la palabra que permitía prever otro último abrazo, cuando lo deseara. Carente de deseos y de obligaciones, pasé todo un día hermoso con mi mujer y después en el despacho de Guido. Debo decir que la falta de obligaciones me acercaba a mi mujer y a mi hija. Era para ellas algo más que de costumbre: no sólo amable, sino un padre auténtico que dispone y manda sereno, y sólo piensa en su casa. Al acostarme, me dije en forma de propósito:

—Todos los días deberían parecerse a éste.

Antes de quedarme dormido, Augusta sintió la necesidad de confiarme un gran secreto: lo había sabido por su madre ese mismo día. Unos días antes Ada había sorprendido a Guido abrazando a una criada. Ada había querido adoptar una actitud altiva, pero la criada se había mostrado insolente y Ada la había despedido. El día anterior habían estado ansiosos por saber cómo se lo tomaría Guido. Si se hubiera quejado, Ada habría pedido la separación. Pero Guido se había echado a reír y había afirmado que Ada no había visto bien; pero no tenía inconveniente en que, a pesar de ser inocente, despidieran a esa mujer, por la que decía sentir sincera antipatía. Parecía que ahora las cosas se habían arreglado.

A mí me interesaba saber si Ada no había visto bien, cuando había sorprendido a su marido en esa posición. ¿Era aún posible dudar? Porque había que recordar que, cuando dos se abrazan, tienen una posición muy distinta de cuando uno limpia los zapatos al otro. Me encontraba de excelente humor. Sentía incluso la necesidad de mostrarme justo y sereno a la hora de juzgar a Guido. Desde luego, Ada era celosa y podía ser que hubiese visto disminuidas las distancias y cambiadas de sitio a las personas.

Con voz acongojada Augusta dijo que estaba segura de que Ada había visto bien y ahora, por su excesivo afecto, modificaba el juicio. Añadió:

—¡Habría hecho mucho mejor casándose contigo!

Yo, que cada vez me sentía más inocente, le regalé esta frase:

—¡Vete tú a saber si no hubiera hecho mejor yo casándome con ella y no contigo!

Después, antes de quedarme dormido, murmuré:

—¡Menudo canalla! ¡Ensuciar así su casa!

Era bastante sincero reprochándole el aspecto de su acción que no tenía por qué reprocharme a mí mismo.

La mañana siguiente me levanté con el vivo deseo de que al menos ese primer día se pareciese exactamente al anterior. Era probable que los propósitos deliciosos del día anterior no obligaran a Carla más que a mí, y yo me sentía del todo libre de ellos. Habían sido demasiado bellos como para obligar. Desde luego, el ansia por saber lo que pensaba Carla de eso me hacía correr. Me habría gustado encontrarla dispuesta para otro propósito. La vida pasaría, colmada de goces, pero también de esfuerzos por mejorar, y cada uno de mis días estaría dedicado en gran parte al bien y en pequeñísima medida al remordimiento. Estaba ansioso porque en todo aquel año rico para mí en propósitos, Carla sólo había tenido uno: demostrar que me quería. Lo había mantenido y resultaba difícil inferir de eso si ahora le resultaría fácil mantener el nuevo propósito, opuesto al antiguo.

Carla no estaba en casa. Fue una gran desilusión y me mordí los dedos de disgusto. La vieja me hizo pasar a la cocina. Me contó que Carla volvería antes de la noche. Le había dicho que iba a comer fuera, por lo que en el fogón no ardía ni siquiera el fuegucito de costumbre.

—¿No lo sabía usted? —me preguntó la vieja poniendo unos ojos como platos de sorpresa.

Pensativo y distraído, murmuré:

—Ayer lo sabía. Pero no estaba seguro de que la comunicación de Carla fuera válida para hoy.

Me fui tras haberme despedido con amabilidad. Rechinaba los dientes, pero a escondidas. Necesitaba tiempo para armarme de valor y encolerizarme en público. Entré en el Jardín Público y me paseé por él una media hora a fin de darme tiempo para entender las cosas. Estaban tan claras, que ya no entendía nada. De repente,

sin la menor piedad, me veía obligado a mantener un propósito semejante. Me sentía mal, mal de verdad. Cojeaba y luchaba también con una especie de ahogo. Suelo tener esos ahogos: respiro muy bien, pero cuento cada respiración, porque debo hacer una tras otra a propósito. Tengo la sensación de que, si no estuviera atento, moriría asfixiado.

A esa hora debería haber ido a mi despacho o, mejor, al de Guido. Pero no podía alejarme así de aquel lugar. ¿Qué iba a hacer después? ¡Bien diferente era ese día del anterior! Si, al menos, hubiera sabido la dirección de ese maldito maestro que a fuerza de cantar a mis expensas me había quitado a mi amante.

Acabé volviendo junto a la vieja. Ya encontraría un recado para Carla que la indujera a volver a verme. Ya lo más difícil era tenerla a tiro lo más pronto posible. El resto no ofrecería grandes dificultades.

Encontré a la vieja sentada junto a una ventana de la cocina, remendando una media. Se alzó las gafas y, casi temerosa, me lanzó una mirada inquisitiva. ¡Yo vacilé! Después le pregunté:

—¿Sabe usted que Carla ha decidido casarse con Lali?

Me parecía contarme a mí mismo esa noticia. Carla me la había repetido dos veces, pero el día anterior yo le había prestado poca atención. Esas palabras de Carla habían herido mis oídos y con toda claridad porque las había recordado, pero se habían deslizado sin penetrar más. Ahora llegaban a las entrañas, que se retorcían de dolor.

La vieja me miró también vacilante. Desde luego, temía cometer indiscreciones, que podrían reprocharle después. Luego exclamó, llena de evidente alegría:

—¿Se lo ha dicho Carla? Entonces, ¡así debe de ser! ¡Yo creo que haría bien! ¿Qué le parece a usted?

Ahora reía de gusto, la maldita vieja, que yo siempre había creído informada de mis relaciones con Carla. Con gusto le habría pegado, pero me limité a decir que primero habría esperado a que el maestro tuviera una posición. En resumen, a mí me parecía precipitado.

Con su alegría, la señora se volvió por primera vez locuaz conmigo. No era de mi opinión. Cuando uno se casa de joven, tiene que hacer carrera después de casarse. ¿Por qué había que hacerla antes? Carla tenía tan pocas necesidades. Ahora su voz costaría menos, puesto que su maestro sería su marido.

Esas palabras que podían significar un reproche a mi avaricia, me dieron una idea que me pareció magnífica y que por el momento me consoló. El sobre que llevaba siempre en el bolsillo interior de la chaqueta debía de contener ya una bonita suma. Lo saqué del bolsillo, lo cerré y se lo entregué a la vieja para que se lo diera a Carla. Tal vez tuviese también el deseo de pagar por fin de modo decoroso a mi amante, pero el deseo más fuerte era el de volver a verla y poseerla. Carla volvería a verme tanto en caso de que deseara devolverme el dinero como de que prefiriera

quedárselo, porque entonces habría sentido la necesidad de agradecermelo. Respiré: ¡aún no había terminado todo para siempre!

Dije a la vieja que el sobre contenía un poco de dinero, resto del que me habían dado para ellas los amigos del pobre Copley. Después, muy tranquilo, le pedí que dijera a Carla que yo seguía siendo su buen amigo para toda la vida. y que, si necesitaba ayuda, podía dirigirse a mí con entera libertad. Así pude darle mi dirección, que era la del despacho de Guido.

Me marché con paso mucho más elástico que el que me había conducido hasta allí.

Pero ese día tuve una discusión violenta con Augusta. Se trataba de algo sin importancia. Yo decía que la sopa estaba demasiado salada y ella afirmaba que no. Tuve un ataque de ira demente, porque me parecía que se burlaba de mí y tiré hacia mí con violencia el mantel, con lo que todos los platos de la mesa volaron al suelo. La niña, que estaba en brazos de la niñera, se puso a chillar, lo que me mortificó mucho, porque su boquita parecía reprocharme mi conducta. Augusta palideció como sólo ella sabía, cogió a la niña en brazos y salió. Me pareció que también su comportamiento era excesivo: ¿iba a dejarme comer solo como un perro? Pero en seguida volvió, sin la niña, puso la mesa de nuevo y se sentó delante de su plato, en el que metió la cuchara como si se dispusiera a comer.

Yo blasfemaba entre dientes, pero ya sabía que había sido un juguete en manos de fuerzas desencadenadas por la naturaleza. La naturaleza, que no encontraba dificultades para acumularlas, encontraba aún menos para desencadenarlas. Mis blasfemias iban ahora dirigidas contra Carla, que fingía actuar sólo en beneficio de mi mujer. ¡Así me habían salido las cosas!

Augusta, de acuerdo con una actitud a la que ha permanecido fiel hasta hoy, cuando me ve en ese estado, no protesta, no llora, no discute. Cuando me puse a pedirle perdón con dulzura, quiso explicarme una cosa: no se había reído, se había limitado a sonreír del modo que me había gustado tantas veces y que tantas veces había yo alabado.

Sentí profunda vergüenza. Supliqué que trajeran en seguida a la niña con nosotros y, cuando la tuve entre mis brazos, jugué con ella largo rato. Después la hice sentar en mi cabeza y, bajo sus falditas que me tapaban la cara, me sequé los ojos que se habían bañado con las lágrimas que Augusta no había derramado. Jugaba con la niña sabiendo que así, sin rebajarme hasta dar disculpas, me aproximaba de nuevo a Augusta y, en efecto, sus mejillas ya habían recuperado el color habitual.

Después también aquel día acabó muy bien y la tarde se pareció a la anterior. Era exactamente como si por la mañana hubiera encontrado a Carla en el sitio de costumbre. No me había faltado el desahogo. Había pedido disculpas repetidas veces porque debía inducir a Augusta a recuperar su sonrisa maternal, cuando decía o hacía extravagancias. ¡Ay de mí, si ella hubiera tenido que suprimir

también una de sus habituales sonrisas afectuosas, que me parecían el juicio más completo y benévolo que se podía dar sobre mí!

Por la noche volvimos a hablar de Guido. Al parecer, entre él y Ada reinaba la paz más completa. Augusta se maravillaba de la bondad de su hermana. Sin embargo, esa vez me correspondía a mí sonreír porque era evidente que no recordaba su propia bondad, que era enorme. Le pregunté:

—Y si yo ensuciara nuestra casa, ¿no me perdonarías?

Vaciló y exclamó:

—Nosotros tenemos a nuestra niña, mientras que Ada no tiene hijos que la unan a ese hombre.

No amaba a Guido; pienso que tal vez sentía rencor hacia él porque me había hecho sufrir.

Pocos meses después, Ada regaló a Guido dos gemelos y Guido no comprendió nunca por qué lo felicitaba yo con tanto calor. Mira por dónde, por tener hijos, según el juicio de Augusta, las criadas de su casa podían ser suyas sin peligro para él.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando en el despacho encontré un sobre dirigido a mí y escrito por Carla, respiré. Así, pues, nada había terminado y podíamos seguir viviendo provistos de todos los elementos necesarios. En breves palabras Carla me daba una cita para las once de la mañana en el Jardín Público, en la entrada de enfrente de su casa. No íbamos a encontrarnos en su cuarto, pero sí en un lugar muy próximo a él.

No pude esperar y llegué a la cita un cuarto de hora antes. Si Carla no hubiera estado en el lugar indicado, habría ido derecho a su casa, lo que habría sido mucho más cómodo.

También aquél era un radiante día de primavera dulce y luminosa. Cuando abandoné la ruidosa Corsia Stadion y entré en el jardín, me encontré en el silencio del campo, que no se puede considerar interrumpido por el ligero y continuo susurro de las plantas rozadas por la brisa.

Me disponía a salir con paso rápido del jardín, cuando vino a mi encuentro Carla. Llevaba en la mano mi sobre y se me acercaba sin una sonrisa de saludo: al contrario, con rígida decisión en su carita pálida. Llevaba un sencillo vestido de tejido grueso a rayas azules, que le quedaba muy bien. Parecía también ella parte del jardín. Más adelante, en los momentos en que más la odié, le atribuí la intención de haberse vestido así para volverse más deseable en el preciso momento en que se me negaba. En realidad, era el primer día de primavera que la vestía. Convenía recordar, además, que, en mi largo pero repentino amor, el adorno de mi mujer había intervenido poco. Había ido siempre derecho a su estudio, y las mujeres modestas llevan vestidos muy sencillos en casa.

Me tendió la mano, que yo le estreché, al tiempo que le decía:

—¡Te agradezco que hayas venido!

¡Cuánto más decoroso habría sido que durante toda aquella conversación hubiera conservado esa amabilidad!

Carla parecía conmovida y, cuando hablaba, una especie de convulsión le hacía temblar los labios. A veces, cuando cantaba, ese movimiento de los labios le impedía dar la nota exacta. Me dijo:

—Me gustaría complacerte y aceptar de ti este dinero, pero no puedo, no puedo en absoluto. Te lo ruego, tómalo.

Al verla cercana a las lágrimas, la complací al instante y tomé el sobre, que me encontré luego en la mano, mucho después de haber abandonado aquel lugar.

—¿De verdad no quieres saber nada más de mí?

Le hice esa pregunta sin pensar en que ella le había dado respuesta el día anterior. Pero, ¿era posible que, tan deseable como la veía, se me negase?

—¡Zeno! —respondió la muchacha con cierta dulzura—. ¿No habíamos prometido que no volveríamos a vernos nunca? Después de esa promesa nuestra he adquirido obligaciones que se parecen a las que tú tenías antes de conocerme. Son tan sagradas como las tuyas. Espero que a estas alturas tu mujer ya habrá advertido que eres suyo por entero.

Así, pues, en su pensamiento seguía teniendo importancia la belleza de Ada. Si hubiese estado seguro de que su abandono era causado por ella, habría tenido modo de remediarlo. Le habría hecho saber que Ada no era mi mujer y le habría enseñado a Augusta con su ojo estrábico y su figura de nodriza sana. Pero, ¿no eran ahora más importantes las obligaciones que había adquirido? Había que hablarlo.

Intenté hablar con tranquilidad, cuando, en realidad, me temblaban los labios, pero de deseo. Le dije que ella no sabía hasta qué punto era mía y que ya no tenía derecho a disponer de sí. Por mi cabeza cruzó la prueba científica de lo que quería decir, o sea, ese célebre experimento de Darwin con una yegua árabe, pero, gracias al cielo, estoy casi seguro de no haberlo citado. Sin embargo, debí de hablar de animales y de su fidelidad física, con un balbuceo sin sentido. Después abandoné los temas más difíciles, inaccesibles para ella y para mí en aquel momento, y dije:

—¿Qué obligaciones puedes haber adquirido? ¿Y qué importancia pueden tener frente a un afecto como el que nos ha unido durante más de un año?

La cogí con fuerza de la mano, por sentir la necesidad de un acto enérgico y no encontrar palabra alguna que pudiera suplirlo.

Ella se apartó con energía, como si hubiera sido la primera vez que me hubiese permitido semejante cosa.

—¡Nunca —dijo con la actitud de quien jura— he adquirido una obligación más sagrada! La he adquirido con un hombre que, a su vez, se ha comprometido de modo idéntico conmigo.

¡No había duda! La sangre que le coloreó de repente las mejillas afluía empujada por el rencor hacia el hombre que no había asumido ningún compromiso hacia ella. Y se explicó aún mejor:

—Ayer caminamos por las calles, uno del brazo del otro en compañía de su madre.

Era evidente que mi mujer se alejaba cada vez más de mí. Yo corría tras ella enloquecido, con saltos semejantes a los de un perro al que se le disputa un sabroso trozo de carne.

Volví a cogerle la mano con violencia.

—Pues bien —propuse— Caminemos así, cogidos de la mano, por toda la ciudad. Para que nos observen mejor, pasemos por la Corsia Stadion y después por los soportales de Chiozza y Corso abajo hasta Sant'Andrea para volver a nuestra habitación por un camino muy distinto a fin de que toda la ciudad nos vea.

Mira por dónde, ¡por primera vez renunciaba a Augusta! Y me pareció una liberación porque de ella era de quien Carla quería separarme.

Volvió a apartarse de nuevo y dijo seca:

—¡Sería más o menos el mismo camino que recorrimos nosotros ayer!

Volví a saltar:

—Y él, ¿sabe todo? ¿Sabe que aun ayer fuiste mía?

—Sí —dijo con orgullo—. Lo sabe todo, todo.

Me sentía perdido y, con mi rabia, semejante al perro que, cuando no puede alcanzar el bocado deseado, muerde la ropa de quien se lo disputa, dije:

—Ese prometido tuyo tiene un estómago excelente. Hoy me digiere a mí y mañana podrá digerir todo lo que quieras.

Yo no percibía el sonido exacto de mis palabras. Sabía que gritaba de dolor. En cambio, ella puso una expresión de indignación, de la que no habría creído capaces sus ojos negros y dulces de gacela:

—¿A mí me lo dices? ¿Y por qué no tienes el valor de decírselo a él?

Me volvió la espalda y con paso rápido se dirigió hacia la salida. Yo ya sentía remordimiento por lo que había dicho, pero estaba confuso por la gran sorpresa de que ahora me estuviera prohibido tratar a Carla con menor dulzura. Esa sorpresa me tenía clavado en el sitio. La figurita azul y blanca, con paso corto y rápido, alcanzaba ya la salida, cuando me decidí a correr tras ella. No sabía qué le iba a decir, pero era imposible que nos separásemos así.

La detuve en el portal de su casa y sólo le dije, sincero, el gran dolor de aquel momento:

—¿Vamos a separarnos así, después de tanto amor?

Ella continuó sin responder y yo la seguí también por la escalera. Después me miró con sus ojos enemigos.

—Si quiere usted ver a mi prometido, venga conmigo, ¿no lo oye? Es él quien toca el piano.

Entonces oí las notas sincopadas del *Adiós* de Schubert, transcrito por Liszt.

Aunque desde la infancia no he manejado ni sable ni bastón, no soy hombre temeroso. El gran deseo que me había conmovido hasta entonces había desaparecido de improviso. Del macho sólo quedaba en mí la combatividad. Había pedido, imperioso, una cosa que no me correspondía. Para reparar el error ahora tenía que batirme, porque, si no, el recuerdo de aquella mujer que me amenazaba con hacerme castigar por su prometido habría sido atroz.

—Pues bien —le dije—, si lo permites, voy contigo.

El corazón me latía no por miedo, sino por el temor a no comportarme bien.

Seguí subiendo a su lado. Pero se detuvo de improviso, se apoyó en la pared y se echó a llorar en silencio. Arriba seguían resonando las notas del *Adiós* en aquel piano que yo había pagado. El llanto de Carla volvió ese sonido muy conmovedor.

—¡Haré lo que quieras! ¿Quieres que me vaya? —pregunté.

—Sí —dijo, sin apenas fuerza para articular respuesta tan breve.

—¡Adiós! —le dije—. Ya que lo deseas, ¡adiós para siempre!

Bajé despacio la escalera, silbando también yo el *Adiós* de Schubert. No sé si sería una ilusión, pero me pareció que me llamaba:

—¡Zeno!

En aquel momento podría haberme llamado con ese extraño nombre de Dario, que para ella era un apelativo cariñoso, y no me habría detenido. Tenía un gran deseo de marcharme de allí y volvía una vez más, puro, junto a Augusta. También el perro al que se impide a patadas acercarse a la hembra huye corriendo muy puro, de momento.

Cuando el día siguiente me vi reducido de nuevo al estado en que me había encontrado en el momento de dirigirme al Jardín Público, me pareció pura y simplemente haber sido un cobarde: ¡ella me había llamado, aunque no con el nombre amoroso, y yo no había respondido! Fue el primer día de dolor, al que siguieron muchos otros de amarga desolación. Al no comprender por qué me había alejado así, me atribuía la culpa de haber tenido miedo de aquel hombre o miedo al escándalo. Ahora habría aceptado de nuevo cualquier compromiso, como cuando había propuesto a Carla aquel largo paseo por la ciudad. Había perdido un momento favorable y sabía perfectamente que con ciertas mujeres sólo se presenta una vez. A mí me habría bastado esa única vez.

Decidí al instante escribir a Carla. No podía dejar pasar ni un día más sin hacer un intento de aproximarme de nuevo a ella. Escribí y reescribí aquella carta para que aquellas pocas palabras encerraran todo el ingenio de que era capaz. También lo hice tantas veces porque escribirle era un gran consuelo para mí; era el desahogo que necesitaba. Le pedía perdón por la ira que había mostrado y afirmaba que el

gran amor mío necesitaba tiempo para calmarse. Añadía: «Cada día que pasa me aporta otra brizna de calma» y escribí esta frase muchas veces, sin dejar de rechinar los dientes. Después le decía que no podía perdonarme las palabras que le había dirigido y sentía la necesidad de pedirle perdón. Por desgracia, no podía ofrecerle lo que Lali le ofrecía y de que ella era tan digna.

Me imaginaba que la carta causaría gran efecto. Como Lali sabía todo, Carla se la enseñaría y para Lali podría ser ventajoso tener un amigo de mi clase. Soñé incluso con que podríamos encaminarnos hacia una dulce vida entre los tres, porque mi amor era tal, que por el momento habría visto suavizada mi suerte, aunque sólo se me hubiera permitido hacer la corte a Carla.

A los tres días recibí una breve nota de Carla. En ella no me designaba ni con el nombre de Zeno ni con el de Dario. Sólo me decía: «¡Gracias! ¡Que sea usted también feliz con su esposa, tan digna de tanto bien!» Se refería a Ada, por supuesto.

El momento favorable había pasado, cosa que siempre sucede con las mujeres, si no se lo detiene cogiéndolas de las trenzas. Mi deseo se condensó en una bilis furiosa. ¡No contra Augusta! Mi ánimo estaba tan colmado de Carla, que sentía remordimiento por ello y ante Augusta adoptaba una sonrisa estúpida, estereotipada, que a ella parecía auténtica.

Pero tenía que hacer algo. ¡No podía en absoluto esperar y sufrir así cada día! No quería escribirle más. Para las mujeres las palabras escritas tienen muy poca importancia. Tenía que encontrar algo mejor.

Sin propósito preciso, me dirigí hacia el Jardín Público. Después, muy despacio, a la casa de Carla y, al llegar al rellano, llamé a la puerta de la cocina. Si era posible, evitaría ver a Lali, pero no me habría desagradado tropezarme con él. Habría sido la crisis que, según sentía, necesitaba.

La anciana señora, como de costumbre, estaba junto al fogón, en el que ardían dos grandes fuegos. Se sorprendió al verme, pero después se echó a reír, como buena e inocente que era. Me dijo:

—¡Estoy encantada de verlo! Estaba usted tan acostumbrado a vernos todos los días, que se comprende que no logre prescindir del todo de nosotras.

Me resultó fácil hacerla hablar. Me contó que Carla y Vittorio se amaban profundamente. Ese día su madre y él iban a comer con ellas. Añadió riendo:

—Pronto acabará animándola a acompañarlo incluso a las muchas clases de canto a que tiene que ir cada día. No pueden separarse ni siquiera unos instantes.

Sonreía maternal ante esa felicidad. Me contó que de allí a pocas semanas se iban a casar.

Yo tenía mal sabor de boca y estuve a punto de dirigirme a la puerta para marcharme. Después me contuve esperando que la charla de la vieja me sugiriera alguna idea buena o me diese alguna esperanza. El último error que yo había

cometido con Carla había sido precisamente marcharme corriendo antes de haber estudiado todas las posibilidades que se me podían ofrecer.

Por un instante creí haber encontrado la idea. Pregunté a la vieja si había decidido hacer de criada para su hija hasta la muerte. Le dije que sabía que Carla no era demasiado cariñosa con ella.

Siguió trabajando diligente junto al fogón, pero me escuchaba. Fue de una candidez que yo no merecía. Se quejó de Carla que perdía la paciencia por nada. Se excusaba:

—Desde luego, cada día me hago más vieja y todo se me olvida. ¡No es culpa mía!

Pero esperaba que ahora las cosas irían mejor. Los malos humores de Carla disminuirían, ahora que era feliz. Y, además, Vittorio, desde un principio, le había demostrado un gran respeto. Por último, sin dejar de hacer unos buñuelos con una mezcla de pasta y fruta, añadió:

—Mi deber es permanecer junto a mi hija. No puedo hacer otra cosa.

Intenté convencerla con cierta ansiedad. Le dije que podía perfectamente liberarse de esa esclavitud. ¿Para qué estaba yo, si no? Seguiría pasándole la mensualidad que hasta entonces había concedido a Carla. ¡Ahora quería yo mantener a alguien! Quería mantener junto a mí a la vieja, que me parecía parte de la hija.

La vieja me manifestó su agradecimiento. Admiraba mi bondad, pero se echó a reír ante la idea de que se le propusiera abandonar a su hija. Era algo inconcebible.

¡Ésas fueron palabras duras que chocaron contra mi frente, y la hicieron curvarse! Volvía a esa gran soledad en la que faltaba Carla y ni siquiera se veía un camino que condujera hasta ella. Recuerdo que hice un último esfuerzo para crearme la ilusión de que ese camino pudiera al menos seguir trazado. Dije a la vieja, antes de irme, que podía ocurrir que de allí a algún tiempo cambiara de idea. Le rogaba que en ese caso se acordara de mí.

Al salir de aquella casa iba embargado por el desdén y el rencor, exactamente como si me hubieran maltratado, cuando me disponía a realizar una buena acción. Esa vieja me había ofendido de verdad con su estallido de risa. Lo oía resonar aún en los oídos y significaba mucho más que una burla ante mi última propuesta.

No quise ir junto a Augusta en ese estado. Preveía mi destino. Si hubiera ido junto a ella, habría acabado maltratándola y ella se habría vengado con esa tremenda palidez que me hacía tanto daño. Preferí caminar por las calles con paso rítmico, que podría devolver un poco de orden a mi ánimo. ¡Y, en efecto, recuperé el orden! Dejé de quejarme de mi destino y me vi como si una gran luz me hubiera proyectado entero contra el empedrado que miraba. Yo no pedía a Carla, quería su abrazo y de preferencia su último abrazo. ¡Una cosa ridícula! Me clavé los dientes en los labios para cubrir con el dolor, es decir, con un poco de seriedad, mi ridícula imagen. Sabía todo lo relativo a mí y era imperdonable que sufriera tanto porque se

me ofreciese una oportunidad única de destete. Ya no existía la Carla que yo había deseado tantas veces.

Con esa claridad de ánimo, cuando poco después, en una calle céntrica de la ciudad, a la que había llegado sin proponérmelo, una mujer muy acicalada me hizo una seña, corrí junto a ella sin vacilar.

Llegué muy tarde a comer, pero estuve tan cariñoso con Augusta, que en seguida se puso contenta. Sin embargo, no fui capaz de besar a mi niña y durante varias horas no pude comer siquiera. ¡Me sentía muy sucio! No fingí una enfermedad, como había hecho otras veces para ocultar y atenuar la culpa y el remordimiento. No me parecía que pudiera encontrar consuelo en un propósito relativo al porvenir y por primera vez no concebí ninguno. Fueron necesarias muchas horas para volver al ritmo habitual, que me llevaba del oscuro presente al luminoso porvenir.

Augusta advirtió que había algo nuevo en mí. Se echó a reír:

—Contigo no se puede uno aburrir nunca. Cada día eres un hombre nuevo.

¡Sí! Aquella mujer del arrabal no se parecía a ninguna otra y yo la llevaba conmigo.

Pasé también la tarde y la noche con Augusta. Estaba muy ocupada y yo permanecía a su lado sin hacer nada. Me parecía verme transportado así, inerte, por una corriente, una corriente de agua límpida: la vida honrada de mi casa.

Me abandonaba a aquella corriente que me transportaba, pero no me limpiaba. ¡Al contrario! Destacaba mi suciedad.

Por supuesto, en la larga noche que siguió llegué a concebir el propósito. El primero fue el más férreo. Me procuraría un arma para matarme en cuanto me viera dirigiéndome hacia esa parte de la ciudad. Ese propósito me hizo bien y me calmó.

No gemí en la cama, sino que, al contrario, simulé la respiración regular de una persona dormida. Así volví a la antigua idea de purificarme con una confesión a mi mujer, exactamente como cuando había estado a punto de traicionarla con Carla. Pero ahora era una confesión muy difícil y no por la gravedad de la culpa, sino por la complicación que había resultado. Frente a un juez como mi mujer, debería alegar las circunstancias atenuantes y éstas servirían sólo si pudiera explicar la violencia imprevista con que había quedado rota mi relación con Carla.

Pero en ese caso habría sido necesario también confesar esa traición, ya antigua. Era más pura que ésta, pero (¿quién sabe?) más ofensiva para una esposa.

A fuerza de estudiarme, llegué a concebir propósitos cada vez más razonables. Pensé en evitar que se repitiera una historia semejante apresurándome a trabar otra relación como la que había perdido y que, como estaba visto, necesitaba. Pero también la mujer nueva me espantaba. Mil peligros me habrían acechado a mi y a mi familia. En este mundo no había otra Carla, y la lloré con lágrimas amarguísimas, a ella, la dulce, la buena, la que había intentado incluso amar a la

mujer que yo amaba y no lo había conseguido sólo porque yo le había colocado delante otra mujer, ¡precisamente la que no amaba!

5. HISTORIA DE UNA ASOCIACIÓN COMERCIAL

Fue Guido quien quiso que trabajara con él en su nueva casa comercial. Yo me moría de deseo de participar, pero estoy seguro de no haberle dejado nunca adivinar tal deseo mío. Se comprende que, con mi inactividad, la propuesta de ese trabajo en compañía de un amigo me resultara simpática. Pero había algo más. Aún no había abandonado la esperanza de poder llegar a ser un buen negociante, y me parecía más fácil avanzar enseñando a Guido que aprendiendo de Olivi. En este mundo muchas personas aprenden sólo escuchándose a sí mismas o al menos no saben aprender escuchando a los demás.

Tenía, además, otras razones para desear esa asociación. ¡Quería ser útil a Guido! Ante todo, le tenía aprecio y, aunque él quería parecer fuerte y seguro, a mí me parecía inerme y necesitado de protección, que yo quería concederle de buen grado. Además, también en mi conciencia y no sólo ante Augusta, me parecía que cuanto más me vinculaba a Guido más clara resultaba mi absoluta indiferencia por Ada.

En resumen, sólo esperaba una palabra de Guido para ponerme a su disposición, y éste no la pronunció antes sólo porque no me creía muy inclinado al comercio, ya que no había querido saber nada del que me ofrecía mi familia.

Un día me dijo:

—Yo he hecho toda la Escuela Superior de Comercio, pero, aun así, me preocupa un poco tener que ocuparme de todos los detalles que garantizan el funcionamiento adecuado de una casa comercial. De acuerdo: el comerciante no necesita saber nada, porque, si necesita un balance, llama a un experto; si necesita saber algo de leyes, se dirige al abogado; y para la contabilidad recurre a un contable. Pero, ¡es muy duro tener que poner desde el principio la contabilidad en manos de un extraño!

Fue la primera alusión clara a su propósito de tenerme a su lado. La verdad es que yo no había hecho otras prácticas de contabilidad que durante los pocos meses en que había llevado el libro mayor para Olivi, pero estaba seguro de ser el único contable que no habría sido un extraño para Guido.

Hablamos con claridad y por primera vez de la posibilidad de nuestra asociación, cuando fue a escoger los muebles para su oficina. Sin más ni más, encargó dos escritorios para la dirección. Le pregunté, al tiempo que me ruborizaba:

—¿Por qué dos?

Respondió:

—El otro es para ti.

Sentí tal agradecimiento hacia él, que casi lo habría besado.

Cuando hubimos salido de la tienda, Guido, un poco violento, me explicó que aún no estaba en condiciones de ofrecerme un empleo en su casa. Dejaba a mi

disposición ese puesto en su despacho, sólo para animarme a acudir a hacerle compañía, siempre que me apeteciera. No quería obligarme a nada y también él quedaba en libertad. Si su comercio iba bien, me concedería un puesto en la dirección de su casa.

Hablando de su comercio, la hermosa cara morena de Guido se ponía muy seria. Parecía que hubiera pensado ya todas las operaciones a que quería dedicarse. Miraba a lo lejos, por encima de mi cabeza, y yo confié tanto en la seriedad de sus meditaciones, que me volví también yo a mirar lo que él veía, es decir, esas operaciones que debían aportarle la fortuna. No quería recorrer ni el camino seguido con tanto éxito por nuestro suegro ni el de la modestia y la seguridad, seguido por Oliví. Todos éstos, para él, eran comerciantes a la antigua. Había que seguir un camino muy distinto, y se asociaba conmigo de buen grado, porque yo no estaba aún estropeado por los viejos.

Todo eso me pareció cierto. Me regalaban mi primer éxito comercial y enrojecí de placer por segunda vez. Por eso y por gratitud ante la estima que me había demostrado, trabajé con él y para él, unas veces con mayor y otras con menor intensidad, durante dos buenos años, sin otra compensación que la gloria de esc puesto en el propio despacho de la dirección. Hasta entonces fue ése, sin lugar a dudas, el período más largo que yo hubiera dedicado a una misma ocupación. No puedo jactarme de ello, porque tal actividad mía no dio fruto alguno ni para mí ni para Guido y en el comercio —todo el mundo lo sabe— sólo se puede juzgar por el resultado.

Durante tres meses, el tiempo necesario para fundar aquella empresa, seguí convencido de ir camino de constituir un gran comercio. Supe que me iba a corresponder no sólo ocuparme de detalles como la correspondencia y la contabilidad, sino también de vigilar los asuntos. Sin embargo, Guido conservó un gran ascendiente sobre mí, tanto que habría podido incluso arruinarme y sólo mi buena suerte se lo impidió. Bastaba una señal suya para que corriese junto a él. Eso me provoca estupefacción aun ahora que escribo, después de haber tenido tiempo de reflexionar sobre ello durante buena parte de mi vida.

Y escribo sobre esos dos años porque mi apego a Guido me parece una clara manifestación de mi enfermedad. ¿Qué razón había para apegarse a él a fin de aprender el comercio en gran escala y poco después permanecer vinculado a él para enseñarle el de poca envergadura? ¿Qué razón había para sentirse bien en aquella posición sólo porque me parecía que mi gran amistad con Guido significaba una gran indiferencia hacia Ada? ¿Quién me exigía todo eso? ¿No bastaba para provocar nuestra indiferencia recíproca la existencia de todos esos mocosos que, asiduos, traíamos al mundo? Yo no tenía nada contra Guido, pero, desde luego, no habría sido el amigo que habría elegido libremente. Vi siempre con tanta claridad sus defectos, que con frecuencia sus ideas me irritaban, cuando no

me conmovía algún acto suyo de debilidad. Durante mucho tiempo le sacrifiqué mi libertad y me dejé arrastrar por él a las situaciones más odiosas sólo para ayudarlo. Una auténtica manifestación de enfermedad o de gran bondad, dos cualidades que están en relación muy íntima entre sí.

No deja de ser cierto, aunque con el tiempo se desarrollara entre nosotros un gran afecto, como sucede siempre entre personas de bien que se ven todos los días. ¡Y fue un gran afecto, el mío! Cuando Guido desapareció, durante mucho tiempo sentí su falta e incluso mi vida entera me pareció vacía, porque una parte tan grande de ella había sido invadida por él y sus negocios.

Me dan ganas de reír al recordar que, sin ir más lejos, en nuestro primer negocio, la compra de los muebles, cometimos una equivocación. Ya teníamos los muebles y no nos decidíamos aún a la hora de escoger un local para el despacho. En relación con eso, entre Guido y yo había una diferencia de opinión, que fue la causa del retraso. Por lo que yo había visto con mi suegro y con Olivi, la oficina debía estar contigua al almacén, para permitir su vigilancia. Guido protestaba con una mueca de disgusto:

—¡Esas oficinas triestinas que apestan a bacalao o a pieles!

Guido aseguraba que sabría organizar la vigilancia incluso desde lejos, pero aun así vacilaba. Un buen día el vendedor de los muebles lo apremió a retirarlos, porque, de lo contrario, los arrojaría a la calle y entonces Guido corrió a alquilar un despacho, el último que le habían ofrecido, sin almacén cercano, pues se encontraba en el centro mismo de la ciudad. Por eso nunca tuvimos almacén.

La oficina se componía de dos grandes habitaciones bien iluminadas y de un cuartito sin ventanas. Sobre la puerta de ese cuartito inhabitable se fijó un cartelito con la inscripción en letras lapidarias: *Contabilidad*; luego, en una de las otras dos puertas se colocó el letrero: *Caja* y la otra quedó adornada con la designación, tan inglesa, de *Privado*. También Guido había estudiado comercio en Inglaterra y había aprendido nociones útiles. La *Caja* fue provista, como Dios manda, de una magnífica caja de hierro y de la reja tradicional. Nuestra habitación *Privada* se convirtió en una cámara de lujo espléndidamente tapizada con color castaño aterciopelado y fue provista de dos escritorios, un sofá y varias butacas muy cómodas.

Luego vino la compra de los libros y de los diferentes utensilios. En eso mi autoridad de director fue indiscutible. Hacía encargos y las cosas llegaban. En realidad, habría preferido que no me hubiesen obedecido con tanta prontitud, pero era mi deber decir todas las cosas que hacían falta en una oficina. Entonces me pareció descubrir la gran diferencia que había entre Guido y yo. Lo que yo sabía me servía para hablar y a él para actuar. Cuando él llegaba a saber lo que yo sabía y no más, compraba. Es cierto que a veces, en las cuestiones comerciales, estuvo por completo decidido a no hacer nada, es decir, ni comprar ni vender, pero

también ésa me pareció una resolución de persona que cree saber mucho. Yo habría tenido más dudas, incluso en la inactividad.

En esas compras fui muy prudente. Corrí a ver a Olivi a fin de tomar medidas para el copiator de cartas y para los libros de contabilidad. Después el joven Olivi me ayudó a abrir los libros y me explicó una vez más la contabilidad por partida doble, cosas todas fáciles de aprender, pero también de olvidar. Cuando llegáramos al balance, también me lo explicaría.

Aún no sabíamos lo que haríamos en aquella oficina (ahora sé que ni siquiera Guido lo sabía entonces) y discutíamos toda nuestra organización. Recuerdo que durante días hablamos de dónde colocaríamos a los otros empleados, si llegáramos a necesitarlos. Guido sugería que metiéramos a todos los que cupieran en la Caja. Pero el pequeño Luciano, nuestro único empleado de momento, dijo que allí donde estaba la caja no podía haber otras personas que las encargadas de la propia caja. ¡Era muy duro tener que aceptar lecciones de nuestro recadero! Yo tuve una inspiración:

—Me parece recordar que en Inglaterra se paga, todo con cheques.

Era una cosa que me habían dicho en Trieste.

—¡Muy bien! —dijo Guido—. También yo lo recuerdo ahora. ¡Es curioso que lo hubiera olvidado!

Se puso a explicar con toda clase de detalles a Luciano que ya no se acostumbraba a manejar tanto dinero. Los cheques circulaban de mano en mano por los importes que se deseara. Fue una bella victoria la nuestra, y Luciano calló.

Éste obtuvo gran provecho de lo que aprendió de Guido. Nuestro recadero es en la actualidad un comerciante de Trieste bastante respetado. Aún me saluda con cierta humildad, atenuada por una sonrisa. Guido pasaba siempre una parte de la jornada enseñando primero a Luciano, luego a mí y después a la empleada. Recuerdo que por mucho tiempo había acariciado la idea de hacer comercio a comisión para no arriesgar su dinero. Me explicó la esencia de ese comercio a mí y, en vista de que yo aprendía demasiado rápido, se puso a explicarlo a Luciano, que por mucho tiempo estuvo escuchándolo con muestras de la más viva atención, con sus grandes ojos brillantes en la cara aún imberbe. No se puede decir que Guido perdiera el tiempo, porque Luciano es el único de nosotros que ha tenido éxito en esa clase de comercio. ¡Y luego dicen que la ciencia es la que vence!

Mientras tanto, de Buenos Aires llegaron los pesos. ¡Fue un asunto serio! A mí al principio me había parecido cosa fácil, pero, en realidad, el mercado de Trieste no estaba preparado para esa moneda exótica. Volvimos a necesitar al joven Olivi, que nos enseñó a realizar esos cheques. Después, como en determinado momento Olivi nos dejó solos, por parecerle que nos había conducido a buen puerto, Guido se encontró durante varios días con los bolsillos llenos de coronas, hasta que

encontramos el camino a un Banco, que nos libró del incómodo peso entregándonos un talonario de cheques, que pronto aprendimos a utilizar.

Guido sintió la necesidad de decir a Olivi, que le facilitaba la tarea:

—¡Le aseguro que nunca haré la competencia a la empresa de mi amigo!

Pero el joven, que tenía otra concepción del comercio, respondió:

—¡Ojalá hubiera más comerciantes dedicados a nuestros artículos! ¡Mejor nos iría!

Guido se quedó con la boca abierta, comprendió demasiado bien, como le sucedía siempre, y adoptó aquella teoría, que ofreció a quien la quisiera oír.

A pesar de sus estudios en la Escuela Superior, Guido tenía una idea poco precisa del debe y el haber. Miró con sorpresa cómo constituí la cuenta de capital y también cómo registré los gastos. Después supo tanta contabilidad, que, cuando le proponían un negocio, lo analizaba ante todo desde el punto de vista contable. Le parecía incluso que el conocimiento de la contabilidad confería un aspecto nuevo al mundo. Veía nacer deudores y acreedores por todos lados, hasta cuando dos se peleaban o se besaban.

Se puede decir que entró en el comercio armado de la máxima prudencia. Rechazó cantidad de negocios e incluso durante seis meses los rechazó todos con el aspecto tranquilo de quien sabe lo'que hace.

—¡No! —decía, y el monosílabo parecía el resultado de un cálculo preciso, aun cuando se trataba de un artículo que nunca había visto. Pero toda esa reflexión había resultado desperdiciada viendo cómo el negocio y después su posible beneficio o su pérdida debería pasar a través de una contabilidad. Era lo último que había aprendido y se había superpuesto a todas sus nociones.

Me duele tener que hablar tan mal de mi pobre amigo, pero debo ser veraz, también para entenderme mejor a mí mismo. Recuerdo cuánta inteligencia empleó para atestar nuestra pequeña oficina de fantasías que nos impedían cualquier actividad sensata. En determinado momento, para iniciar el comercio a comisión, decidimos enviar por correo un millar de circulares. Guido hizo esta reflexión:

—¡Cuántos sellos ahorraríamos, si, antes de expedir estas circulares supiéramos cuáles de ellas llegarán a las personas que las tendrán en cuenta!

La frase sola no habría impedido nada, pero le complació demasiado y comenzó a lanzar al aire las circulares cerradas para expedir sólo las que caían con la dirección hacia arriba. El experimento recordaba a algo parecido que yo había hecho en el pasado, pero, de todos modos, me parece que nunca llegué a ese extremo. Como es natural, no recogí ni expedí las circulares eliminadas por él, porque no podía estar seguro de que no hubiese habido de verdad una seria inspiración que lo hubiera incitado a esa eliminación y de que debiese, por esa razón, no derrochar los sellos que correspondía pagar a él.

Mi buena suerte me impidió verme arruinado por Guido, pero la misma buena suerte me impidió también tomar parte demasiado activa en sus negocios. Lo digo en voz alta porque en Trieste hay quien piensa que no fue así: durante el tiempo que pasé con él, no intervine nunca con inspiración alguna, del tipo de la de los frutos secos. Nunca lo animé a hacer un negocio y nunca le impedí hacerlo. Me limitaba a advertirle. Lo incitaba a mostrarse activo y cauto. Pero nunca me habría atrevido a tirar a la mesa de juego su dinero.

A su lado me volví muy indolente. Intenté llevarlo hacia el buen camino y tal vez no lo conseguí por demasiada indolencia. Por lo demás, cuando dos se juntan, no corresponde a ellos decidir cuál de los dos debe ser Don Quijote y cuál Sancho Panza. Él hacía el negocio y yo, como buen Sancho, lo seguía muy lento en mis libros, tras haberlo examinado y criticado como debía.

El comercio a comisión fracasó por completo, pero sin causarnos perjuicios. El único que nos envió mercancías fue un papelerero de Viena, y una parte de esos objetos de escritorio fue vendida por Luciano, que poco a poco se enteró de la comisión que nos correspondía y consiguió que Guido se la concediese casi entera. Guido acabó accediendo porque eran pequeneces, y también porque el primer negocio liquidado así debía traer suerte. Ese primer negocio nos dejó en el cuartito de los trastos una cantidad de objetos de escritorio que tuvimos que pagar y quedarnos. Teníamos para el consumo de muchos años de una casa comercial mucho más activa que la nuestra.

Durante un par de meses, aquella pequeña oficina luminosa, en el centro de la ciudad, fue para nosotros un lugar de reunión agradable. En él trabajábamos muy poco (creo que en total concluimos dos negocios de embalajes usados y vacíos, para los cuales encontramos en el mismo día la oferta y la demanda, y con los que obtuvimos un pequeño beneficio) y charlábamos mucho, como buenos chicos, también con el inocente de Luciano, quien, cuando hablábamos de negocios, se agitaba como otros de su edad cuando oyen hablar de mujeres.

Entonces me resultaba fácil divertirme con inocencia con los inocentes, porque aún no había perdido a Carla. Y de aquella época recuerdo con placer toda la jornada. Por la noche, en casa, tenía muchas cosas que contar a Augusta y podía hablarle de todas las que se referían a la oficina, sin excepción alguna y sin tener que añadir nada para falsearlas.

No me preocupaba en absoluto, cuando Augusta pensativa exclamaba:

—Pero, ¿cuándo empezaréis a ganar dinero?

¿Dinero? En eso no habíamos pensado siquiera. Sabíamos que primero había que detenerse a mirar, estudiar las mercancías, el país e incluso nuestro *Hinterland*. ¡Una casa comercial no se improvisaba así como así! Y también Augusta se tranquilizaba con mis explicaciones.

Después fue admitido en nuestra oficina un huésped muy ruidoso: un perro de caza de pocos meses, agitado e invidente. Guido lo amaba mucho y había organizado para él un aprovisionamiento regular de leche y carne. Cuando no tenía nada que hacer ni que pensar, también yo lo veía con gusto retozar por la oficina en esos cuatro o cinco gestos que sabemos interpretar en el perro y que nos hacen cogerle tanto cariño. Pero no me parecía que, siendo como era tan ruidoso y sucio, fuese aquél su lugar. Para mí, la presencia de aquel perro en nuestra oficina fue la primera prueba que Guido dio de no ser digno de dirigir una casa comercial. Eso demostraba una absoluta falta de seriedad. Intenté explicarle que el perro no podía favorecer nuestros negocios, pero no tuve valor para insistir y él me hizo callar con una respuesta cualquiera.

Por eso, me pareció que debía dedicarme a la educación de aquel colega mío y le asesté con gran placer alguna patada, cuando Guido no estaba. El perro chillaba y al principio volvía junto a mí creyendo que había chocado con él por error. Pero una segunda patada le explicaba mejor la primera y entonces se acurrucaba en un rincón y había paz en la oficina hasta que Guido llegaba. Después me arrepentí de haberme cebado con un inocente, pero demasiado tarde. Colmé al perro de atenciones, pero no volvió a fiarse de mí y delante de Guido daba claras señales de su antipatía.

—¡Qué extraño! —decía Guido—. Menos mal que sé quién eres, porque, si no, no me fiaría de ti. Los perros no suelen equivocarse en sus antipatías.

Para disipar las sospechas de Guido, casi le habría contado cómo había sabido conquistarme la antipatía del perro.

Pronto tuve una escaramuza con Guido sobre una cuestión que, en realidad, no debería haberme importado tanto. Como sentía tanta pasión por la contabilidad, se le metió en la cabeza la idea de colocar sus gastos familiares en la cuenta de los gastos generales. Tras haber consultado a Olivi, me opuse y defendí los intereses del viejo Cada. En efecto, no era posible colocar en esa cuenta todo lo que gastaban Guido y Ada y, además, lo que costaron los dos gemelos, cuando nacieron. Eran gastos que atañían personalmente a Guido y no a la empresa. Luego, como compensación, sugerí escribir a Buenos Aires para convenir la asignación de un salario para Guido. El padre se negó a concederlo con el comentario de que Guido percibía ya el setenta y cinco por ciento de los beneficios, mientras que a él sólo le correspondía el resto. A mí me pareció una respuesta justa; en cambio, Guido se puso a escribir largas cartas a su padre para discutir la cuestión desde un punto de vista superior, como él decía. Buenos Aires estaba muy lejos y así la correspondencia duró lo que duró nuestra empresa. Pero, ¡se impuso mi punto de vista! La cuenta de gastos generales siguió pura y no se vio contaminada por los gastos particulares de Guido y el capital quedó comprometido del todo por el hundimiento de la empresa, pero del todo, sin deducciones.

La quinta persona admitida en nuestra oficina (contando también a Argo) fue Carmen. Yo asistí a su contratación. Había acudido a la oficina, después de haber estado con Carla y me sentía muy sereno, con esa serenidad de las ocho de la mañana del príncipe de Talleyrand. En el oscuro pasillo vi a una señorita y Luciano me dijo que quería hablar personalmente con Guido. Yo tenía algo que hacer y le rogué que esperara fuera. Poco después entró Guido en nuestro cuarto, evidentemente sin haber visto a la señorita, y Luciano vino a entregarle la tarjeta de presentación que aquella traía. Guido la leyó y dijo, al tiempo que se quitaba la chaqueta porque hacía calor:

—¡No! —Pero en seguida vacitó—. Tendré que hablarle por consideración a quien la recomienda. La hizo entrar y yo la miré sólo cuando vi que Guido se había lanzado de un salto hacia su chaqueta para ponérsela y se había vuelto hacia la muchacha con la hermosa cara morena y ruborizada y los ojos chispeantes.

Ahora estoy seguro de haber visto muchachas tan bellas como Carmen, pero no de una belleza tan agresiva, es decir, tan evidente al primer vistazo. Por lo general, a las mujeres las creamos primero con nuestro deseo, mientras que aquella no necesitaba esa primera fase. Al mirarla, sonreí e incluso reí. Me parecía semejante a un industrial que corriera por el mundo gritando la excelencia de sus productos. Se presentaba en busca de un empleo, pero a mí me habría gustado intervenir en los trámites para preguntarle: «¿Qué empleo? ¿Para una alcoba?»

Vi que no llevaba la cara pintada, pero sus colores eran tan precisos, tan azul su candor y tan semejante al de la fruta madura su rubor, que el artificio estaba simulado a la perfección. Sus grandes ojos castaños reflejaban tal cantidad de luz, que cualquiera de sus movimientos tenía gran importancia.

Guido la había hecho sentarse y ella, recatada, miraba la punta de su paraguas o, con mayor probabilidad, su botita de charol. Cuando Guido le habló, alzó los ojos con rapidez y se los dirigió a la cara, tan luminosos, que mi pobre jefe quedó anonadado. Vestía con recato, pero de nada le servía porque su cuerpo anulaba cualquier recato. Sólo las botas eran de lujo y recordaban un poco al papel blanquísimo que Velázquez colocaba bajo los pies de sus modelos. También Velázquez, para hacer destacar a Carmen del ambiente, la habría pintado sobre un fondo negro de laca.

Con mi serenidad, estuve escuchando serio. Guido le preguntó si sabía taquigrafía. Ella confesó que no, pero añadió que tenía mucha práctica de escribir al dictado. ¡Qué curioso! Aquella figura alta, esbelta y tan armónica, emitía una voz ronca. No pude ocultar mi sorpresa:

—¿Está resfriada? —le pregunté.

—¡No! —me respondió—. ¿Por qué me lo pregunta? —Y se sorprendió tanto, que la mirada con que me envolvió fue aún más intensa. No sabía que tenía una voz tan disonante y hube de suponer que hasta su orejita no era tan perfecta como parecía.

Guido le preguntó si sabía inglés, francés o alemán. Le dejaba escoger, ya que aún no sabíamos qué lengua íbamos a necesitar. Carmen respondió que sabía un poco de alemán, pero muy poco.

Guido no adoptaba nunca una decisión sin razonar:

—No necesitamos el alemán, porque yo lo sé muy bien.

La señorita esperaba la palabra decisiva que a mí me parecía ya se había pronunciado y, para apresurarla, contó que en el nuevo empleo buscaba también la posibilidad de hacer prácticas y, por esa razón, se contentaría con un sueldo muy modesto.

Uno de los primeros efectos de la belleza femenina en un hombre es el de hacerle perder la avaricia. Guido se encogió de hombros para dar a entender que no se ocupaba de cosas tan insignificantes, le fijó un sueldo que ella aceptó agradecida y le recomendó con gran seriedad que estudiara taquigrafía. Esa recomendación la hizo sólo por consideración hacia mí, con quien se había comprometido al declarar que el primer empleado que contrataría sería un taquígrafo perfecto.

Esa misma noche hablé de mi nuevo colega a mi mujer. No le gustó lo más mínimo. Sin que yo se lo hubiera dicho, pensó en seguida que Guido había tomado a su servicio a esa muchacha para hacer de ella su amante. Yo discutí con ella y, aun admitiendo que Guido se comportaba un poco como un enamorado, afirmé que podría recuperarse del flechazo sin otras consecuencias. En conjunto, la muchacha parecía buena persona.

Pocos días después —no sé si por casualidad— Ada vino a visitarnos a la oficina. Guido no había llegado aún y Ada se quedó un instante conmigo para preguntarme a qué hora vendría. Después, con paso vacilante, se dirigió a la habitación contigua, en la que en ese momento sólo estaban Carmen y Luciano. Carmen estaba ejercitándose en la máquina de escribir, absorta en la búsqueda de las letras una a una. Alzó sus bellos ojos para mirar a Ada, que tenía los suyos clavados en ella. ¡Qué diferentes eran las dos mujeres! Se parecían un poco, pero Carmen parecía una caricatura de Ada. Yo pensé que una, a pesar de ir vestida con ropa más cara, estaba hecha para llegar a ser una esposa o una madre, mientras que a la otra, pese a llevar en ese momento un modesto delantal para no ensuciarse el vestido con la máquina, correspondía el papel de amante. No sé si en este mundo habría sabios que supieran decir por qué los bellísimos ojos de Ada recogían menos luz que los de Carmen y, por esa razón, eran auténticos órganos para mirar las cosas y a las personas y no para maravillarlas. Así, Carmen soportó con facilidad la mirada despreciativa, pero también curiosa; también había en ella un poco de envidia, ¿o se la atribuí yo?

Ésa fue la última vez que vi a Ada aún bella, exactamente como se me había negado. Después vino su desastroso embarazo y los dos gemelos necesitaron la intervención del cirujano para venir al mundo. Muy poco después la aquejó la

enfermedad que le quitó toda la belleza. Por eso, recuerdo con tanto gusto aquella visita. Pero la recuerdo también porque en ese momento toda mi simpatía fue para ella, la de la belleza dulce y modesta, derrotada por otra tan diferente. Desde luego, yo no amaba a Carmen y no conocía de ella otra cosa que sus magníficos ojos, sus espléndidos colores, la voz ronca y, por último, el modo —de que era inocente— como había sido admitida allí dentro. En cambio, sentí cariño por Ada en ese momento, y es cosa bien extraña sentir cariño por una mujer a la que deseamos con ardor, no poseímos y ahora no nos importa nada. En conjunto, llegamos así a las mismas condiciones en que nos encontraríamos, en caso de que ella hubiera accedido a nuestros deseos, y resulta sorprendente poder comprobar una vez más que ciertas cosas por las que vivimos tienen una importancia mínima.

Quise abreviarle el dolor y la hice pasar a la otra habitación. Guido, que no tardó en entrar, se puso muy rojo al ver a su mujer. Ada le dio una razón muy plausible para su visita, pero al instante, y en el momento de dejarnos, le preguntó:

—¿Habéis contratado a una nueva empleada?

—¡Sí! —dijo Guido y, a fin de ocultar su confusión, no encontró cosa mejor que interrumpirse para preguntar si había venido alguien a buscarlo. Después, tras recibir mi respuesta negativa, hizo una mueca de desagrado, como si esperara una visita importante, cuando, en realidad, yo sabía que no esperábamos a nadie, y entonces fue cuando dijo a Ada con aire indiferente, que, por fin, consiguió adoptar:

—¡Necesitábamos a un taquígrafo!

Yo me divertí muchísimo al ver que se equivocaba hasta en el sexo de la persona que necesitaba.

La llegada de Carmen aportó mucha vida a nuestra oficina. No me refiero a la vivacidad procedente de sus ojos, de su bella figura y de los colores de su cara; me refiero a los simples negocios. La presencia de aquella muchacha incitó a Guido a trabajar. Ante todo quiso demostrarme a mí y a todos los demás que la nueva empleada era necesaria, y cada día inventaba nuevos trabajos en los que participaba también él. Después, por un largo período, su actividad fue un medio para cortejar con mayor eficacia a la muchacha. Alcanzó una eficacia inaudita. Tenía que enseñarle la forma de la carta que le dictaba y corregirle la ortografía de muchas, pero que muchas, palabras. Lo hacía siempre con dulzura. Cualquier compensación por parte de la muchacha no habría sido excesiva.

Pocos de los negocios que inventó inspirado por el amor le dieron fruto. En cierta ocasión trabajó por mucho tiempo para un negocio y resultó que el artículo estaba prohibido. En determinado momento nos encontramos ante un hombre de rostro contraído por el dolor, al que habíamos pisado sin saberlo. Quería saber qué teníamos nosotros que ver con ese artículo y suponía que éramos mandatarios de una potente competencia extranjera. La primera vez estaba inquieto y se temía lo

peor. Cuando descubrió nuestra ingenuidad, se rió en nuestras narices y nos aseguró que no conseguiríamos nada. Acabó teniendo razón, pero antes de que nos conformáramos con la condena pasó no poco tiempo y Carmen escribió no pocas cartas. Descubrimos que el artículo era inalcanzable por estar rodeado de trincheras. Yo no dije nada de semejante asunto a Augusta, pero ésta me habló de él, porque Guido se lo había contado a Ada para demostrarle el mucho trabajo que tenía el nuevo taquígrafo. Pero el negocio que no llegó a hacerse siguió siendo muy importante para Guido. Todos los días hablaba de él. Estaba convencido de que en ninguna otra ciudad del mundo habría ocurrido una cosa así. Nuestro ambiente comercial era miserable y cualquier comerciante emprendedor resultaba estrangulado. Así le sucedía a él.

En la alocada y desordenada serie de negocios que en aquella época pasó por nuestras manos, hubo uno que hasta nos las quemó. No lo buscamos nosotros; fue el negocio el que nos asaltó. Nos metió en él un dálmata, un tal Tacich, cuyo padre había trabajado en Argentina con el padre de Guido. Primero vino a vernos sólo para recibir de nosotros informaciones comerciales, que pudimos conseguirle.

Tacich era un joven muy apuesto, demasiado apuesto incluso. Alto, fuerte, tenía un rostro aceitunado en el que se fundían en deliciosa entonación el azul oscuro de los ojos, las largas cejas y cortos y espesos bigotes color castaño de reflejos áureos. En resumen, había en él tal armonía de colores, que me pareció el hombre nacido para acompañar a Carmen. También a él le pareció así y vino a vernos todos los días. La conversación en nuestra oficina duraba todos los días horas, pero nunca fue aburrida. Los dos hombres luchaban para conquistar a la mujer, y como todos los animales en celo, ostentaban sus mejores cualidades. Guido se retraía un poco porque el dálmata iba a verlo a su casa y, por esa razón, conocía a Ada, pero ya nada podía perjudicarlo ante los ojos de Carmen; yo, que conocía bien esos ojos, lo supe al instante, mientras que Tacich tardó mucho más en enterarse y, para tener con mayor frecuencia pretexto para verla, compró a nosotros y no al fabricante varios vagones de jabón, que pagó algo más caro. Luego, también por amor, nos metió en el negocio desastroso.

Su padre había observado que, periódicamente, en determinadas épocas del año, el sulfato de cobre subía y en otras bajaba de precio. Por eso, decidió comprar en Inglaterra, para especular con él en el momento más favorable, unas sesenta toneladas. Hablamos por extenso de ese negocio e incluso lo preparamos entrando en relación con la casa inglesa. Después el padre telegrafió al hijo que le parecía había llegado el momento oportuno y dijo también el precio al que estaría dispuesto a concluir el negocio. Tacich, enamorado como estaba, vino corriendo a vernos y nos confió el negocio, a cambio de lo cual recibió como premio una bella mirada, larga y acariciadora, de Carmen. El pobre dálmata recibió agradecido la mirada sin saber que era una manifestación de amor a Guido.

Recuerdo la tranquilidad y seguridad con que Guido se dispuso a realizar el negocio que, en realidad, se presentaba muy fácil, porque en Inglaterra se podía embarcar la mercancía con destino a nuestro puerto, donde sería cedida, sin tocarla, a nuestro comprador. Fijó con exactitud el importe exacto que quería ganar y con mi ayuda estableció el límite que debía señalar a nuestro amigo inglés para la compra. Con ayuda del diccionario escribimos juntos el telegrama en inglés. Una vez expedido, Guido se frotó las manos y se puso a calcular cuántas coronas le lloverían a la caja a cambio de ese leve y breve esfuerzo. Para conservar el favor de los dioses, consideró justo prometerme una pequeña comisión a mí y luego, con algo de malicia, también a Carmen, que había colaborado en el negocio con los ojos. Los dos quisimos negarnos, pero él nos suplicó que al menos fingiéramos aceptar. De lo contrario, temía nuestro mal de ojo y yo lo complací al instante para tranquilizarlo. Yo sabía con certeza matemática que de mí sólo podían llegarle los mejores augurios, pero comprendía que él pudiera ponerlo en duda. Aquí abajo, cuando no nos odiamos, nos amamos todos, pero nuestros vivos deseos acompañan sólo a los negocios en que participamos.

El asunto fue examinado en todos los sentidos e incluso recuerdo que Guido calculó hasta cuántos meses podría mantener, con el beneficio que obtendría, su familia y la oficina, es decir, sus dos familias, como decía unas veces, o sus dos oficinas, como decía otras, cuando se aburría mucho en casa. Fue examinado demasiado aquel asunto, y tal vez por eso no saliera bien. De Londres llegó un telegrama breve: *Tomada nota*, y luego la indicación del precio del sulfato ese día, mucho más elevado que el concedido por nuestro comprador. Adiós negocio. Tacich fue informado de ello y poco después abandonó Trieste.

En aquella época yo estuve casi un mes sin frecuentar la oficina, razón por la que no pasó por mis manos una carta que llegó a la empresa, de aspecto inofensivo, pero que iba a tener graves consecuencias para Guido. Con ella la empresa inglesa nos confirmaba su telegrama y acababa informándonos de que tomaba nota de nuestra petición, válida salvo contraorden. Guido no pensó en dar la contraorden y yo, cuando volví a la oficina, ya no recordaba ese asunto. Así, varios meses después, una noche Guido vino a buscarme a casa con un telegrama que no entendía y que creía nos habían dirigido por error, pese a llevar clara nuestra dirección telegráfica, que yo había hecho registrar, en cuanto instalamos nuestra oficina. El telegrama contenía sólo tres palabras: *60 tons settled*, y yo lo entendí al instante, lo que no era difícil porque ese del sulfato de cobre era el único negocio de importancia que habíamos tratado. Se lo dije: se comprendía por aquel telegrama que se había alcanzado el precio que habíamos fijado para la ejecución de nuestra petición y, por esa razón, éramos los felices propietarios de sesenta toneladas de sulfato de cobre.

Guido protestó:

—¿Cómo se puede pensar que yo vaya a aceptar con tanto retraso la ejecución de mi encargo?

Yo pensé en seguida que en nuestra oficina debía de estar la carta de confirmación del primer telegrama, mientras que Guido no recordaba haberla recibido. El, inquieto, me propuso correr al instante a la oficina para ver si estaba allí, idea que me pareció excelente, porque me fastidiaba esa discusión delante de Augusta, quien ignoraba que yo no había aparecido por la oficina durante un mes.

Corrimos a la oficina. A Guido le desagradaba tanto verse obligado a realizar aquel primer gran negocio, que, para librarse de él, habría ido corriendo a Londres. Abrimos la oficina; después, a tientas en la oscuridad, encontramos el camino hasta nuestra habitación y encendimos el gas. Entonces encontramos en seguida la carta, que estaba redactada como yo había supuesto. Es decir, que nos informaba de que nuestra petición válida salvo contraorden se había ejecutado.

Guido guardó la carta con la frente arrugada no sé si del desagrado o del esfuerzo para anular con su mirada lo que se anunciaba con tanta simplicidad de palabra.

—¡Y pensar —observó— que habría bastado escribir dos palabras para librarnos de semejante perjuicio!

Desde luego, no era un reproche dirigido a mí, porque yo había estado ausente de la oficina y, aunque había sabido encontrar en seguida la carta, por saber ahora dónde debía encontrarse, no la había visto nunca antes. Pero para salvarme más radicalmente de cualquier reproche, le dirigí, decidido, uno a él:

—¡Durante mi ausencia habrías podido leer atentamente todas las cartas!

La frente de Guido perdió las arrugas. Se encogió de hombros y murmuró:

—Puede acabar siendo una suerte este asunto.

Poco después me dejó y yo volví a mi casa.

Pero Tacich tuvo razón: en ciertas épocas el sulfato de cobre bajaba y bajaba, cada día más, y nosotros, con la ejecución de nuestra petición y la posibilidad inmediata de ceder la mercancía a ese precio a otros, teníamos la oportunidad de estudiar el fenómeno en conjunto. Nuestra pérdida aumentó. El primer día Guido me pidió consejo. Habría podido vender con una pérdida pequeña en comparación con la que tuvo que soportar después. Yo no quise dar consejos, pero no dejé de recordarle la convicción de Tacich, según la cual la bajada debería continuar durante más de cinco meses. Guido dijo riendo:

—¡Ahora sólo faltaría dejar que dirija mis asuntos un provinciano!

Recuerdo que intenté corregirlo, diciéndole que ese provinciano desde hacía muchos años pasaba el tiempo en la pequeña ciudad dalmata observando el sulfato de cobre. Yo no puedo tener el menor remordimiento por la pérdida que sufrió en aquel negocio. Si me hubiera escuchado, se habría librado de ella.

Más adelante discutimos el asunto del sulfato de cobre con un agente, un hombre pequeño, rechoncho, vivo y astuto, que nos reconvino por haber hecho la compra,

pero que no parecía compartir la opinión de Tacich. Según él, el sulfato de cobre, aunque constituía un mercado propio, acusaba la fluctuación del precio del metal. Guido salió de aquella entrevista con cierta seguridad. Rogó al agente que lo mantuviera informado de cualquier movimiento del precio; esperaría, ya que quería vender no sólo sin pérdida, sino con un pequeño beneficio. El agente rió, discreto, y después, durante la conversación, dijo unas palabras que yo anoté porque me parecieron muy ciertas:

—Es curioso cómo en este mundo hay poca gente que se resigne ante las pérdidas pequeñas; las grandes son las que inducen de inmediato a la gran resignación.

Guido no hizo caso. Sin embargo, lo admiré también a él, porque no contó al agente por qué camino habíamos llegado a la compra. Se lo dije y él se sintió halagado. Temía, dijo, desacreditar a nosotros y también nuestra mercancía contando la historia de la compra.

Después, por algún tiempo, no volvimos a hablar del sulfato, hasta que llegó de Londres una carta con la que nos invitaban al pago y a dar instrucciones para la expedición. ¡Recibir, almacenar sesenta toneladas! A Guido empezó a darle vueltas la cabeza. Hicimos los cálculos de lo que gastaríamos para conservar esa mercancía durante varios meses. ¡Una suma enorme! Yo no dije nada, pero el corredor, que con gusto habría visto llegar la mercancía a Trieste porque entonces tarde o temprano habría recibido el encargo de venderla, hizo observar a Guido que esa suma que a él le parecía enorme no era gran cosa, si se expresaba en «porcentajes» sobre el valor de la mercancía.

Guido se echó a reír porque la observación le parecía extraña:

—Yo no tengo sólo cien kilos de sulfato: por desgracia, ¡tengo sesenta toneladas!

Habría acabado dejándose convencer por el cálculo del agente, evidentemente correcto, ya que con un pequeño movimiento al alza del precio, se habrían cubierto los gastos con creces, si en ese momento no se lo hubiera impedido una de sus llamadas inspiraciones. Cuando se le ocurría una idea comercial, se sentía alucinado y no había sitio en su mente para otras consideraciones. Su idea era la siguiente: quien le había vendido la mercancía, franca de porte, debía pagar su transporte desde Inglaterra. Si ahora cedía su mercancía a sus propios vendedores, que así se ahorrarían los gastos del transporte, podría disfrutar de un precio más ventajoso que el que le ofrecían en Trieste. No era del todo cierto, pero, para contentarlo, nadie se lo discutió. Una vez liquidado el asunto, sonrió con amargura y, con cara de pensador pesimista, dijo:

—No se hable más del asunto. La lección ha sido algo cara: ahora hay que saber aprovecharla.

Sin embargo, siguió hablándose del asunto. No volvió a tener nunca esa gran seguridad a la hora de rechazar los negocios y, cuando al final del año, le mostré el dinero que habíamos perdido, murmuró:

—¡Ese maldito sulfato de cobre fue mi desgracia! ¡Siempre sentía la necesidad de recuperarme de aquella pérdida!

Mi ausencia de la oficina había sido provocada por el abandono de Carla. No había podido presenciar los amores de Carmen y Guido. Se miraban, se sonreían, delante de mí. Me marché indignado, con una decisión que adopté por la noche, en el momento de cerrar la oficina, y sin decir nada a nadie. Esperaba que Guido me preguntara la razón de tal abandono y me preparaba a cantarle las cuarenta. Yo podía ser muy severo con él, ya que no sabía absolutamente nada de mis excursiones al Jardín Público.

Lo mío era una especie de celos, porque Carmen me parecía la Carla de Guido, una Carla más apacible y sumisa. También con la segunda mujer, como con la primera, había sido él más afortunado que yo. Pero tal vez —y eso me proporcionaba una razón para un nuevo reproche— debiera tal fortuna a esas cualidades suyas que yo le envidiaba y que seguía considerando inferiores: paralela a su seguridad con el violín corría su desenvoltura en la vida. Yo ahora sabía con certeza que había sacrificado a Carla por Augusta. Cuando recorría con el pensamiento los dos años de felicidad que Carla me había concedido, me resultaba difícil entender que —siendo como ahora sabía yo que era— hubiese podido soportarme por tanto tiempo. ¿Acaso no la había yo ofendido todos los días por amor a Augusta? En cambio, de Guido sabía con certeza que sabría gozar de Carmen sin acordarse siquiera de Ada. Para su ánimo desenvuelto, dos mujeres no eran demasiado. Al compararme con él, me parecía ser incluso inocente. Me había casado con Augusta sin amor y, sin embargo, no podía traicionarla sin sufrir. Tal vez él también se hubiera casado con Ada sin amor, pero —aun cuando ahora no me importara Ada en absoluto— recordaba el amor que ésta me había inspirado y me parecía, ya que la había amado tanto, que en su lugar me habría comportado con mayor delicadeza que en el mío.

No fue Guido quien vino a buscarme. Fui yo quien por mí mismo volví a aquella oficina a buscar el alivio a un gran aburrimiento. Él se comportó de acuerdo con los convenios de nuestro contrato, según los cuales yo no tenía obligación de realizar una actividad regular en sus negocios y, cuando se tropezaba conmigo en casa o en otro sitio, me demostraba la gran amistad habitual, que yo siempre le agradecía, y no parecía recordar que yo había dejado vacío el puesto en aquella mesa, que él había comprado para mí. Entre nosotros dos sólo había una turbación: la mía. Cuando volví a mi puesto, me recibió como si sólo hubiera faltado un día de la oficina, me expresó con calor su placer por haber recuperado mi compañía y, al oír mi propósito de reanudar mi trabajo, exclamó:

—Así, pues, ¡he hecho bien de no permitir que nadie tocara tus libros!

En efecto, encontré el mayor y el diario igual que los había dejado. Luciano me dijo:

—Esperemos que ahora que está usted aquí nos pongamos de nuevo en movimiento. Creo que el señor Guido está desalentado por un par de negocios que ha intentado y que no le han salido bien. No le diga que yo se lo he dicho, pero mire a ver si puede animarlo.

En efecto, advertí que en aquella oficina se trabajaba muy poco y, hasta que la pérdida sufrida con él sulfato de cobre nos enardecíó, llevamos una vida idílica, la verdad. Yo saqué la conclusión en seguida de que Guido ya no sentía la urgente necesidad de trabajar para mover a Carmen bajo su dirección y también que el período de la corte había pasado y que ahora ella había pasado a ser su amante. La acogida de Carmen me reservó una sorpresa porque al instante sintió la necesidad de recordarme una cosa que yo había olvidado por completo. Al parecer, antes de abandonar la oficina, en aquella época en que yo había corrido tras tantas mujeres, porque no había podido volver a ver a Carla, había ofendido también a Carmen. Ella me habló con gran seriedad y con cierto embarazo: estaba encantada de volver a verme, porque pensaba que yo estimaba a Guido y que mis consejos podrían serle útiles, y quería mantener conmigo —si yo accedía— una hermosa amistad fraternal. Me dijo algo así, al tiempo que me tendía la mano derecha con un gesto amplio. En su cara tan bella, que siempre parecía dulce, apareció una expresión muy severa para recalcar la mera fraternidad de la relación que me ofrecía.

Entonces recordé y me ruboricé. Tal vez si hubiera recordado antes, no habría vuelto nunca a la oficina. Había sido algo tan breve, y mezclado con tantas otras acciones del mismo valor, que si no me lo hubieran recordado habría podido creerse que nunca había existido. Pocos días después del abandono de Carla, me había puesto a examinar los libros con ayuda de Carmen y poco a poco, para ver mejor en la misma página, le había pasado el brazo en torno a la cintura, que después había estrechado cada vez más. De un salto Carmen se había apartado de mí y yo había abandonado entonces la oficina.

Habría podido defenderme con una sonrisa induciéndola a sonreír conmigo, porque las mujeres son muy propensas a sonreír de delitos semejantes. Podría haberle dicho:

—Intenté algo que no me salió bien y me duele, pero no le guardo rencor y quiero ser amigo suyo, si le parece bien.

O habría podido responder también como una persona seria, disculpándome ante ella y ante Guido:

—Discúlpeme y no me juzgue antes de saber en qué condiciones me encontraba entonces.

En cambio, me faltaron las palabras. Tenía —creo— la garganta cerrada por el rencor que se había solidificado en ella y no podía hablar. Todas esas mujeres que me rechazaban con decisión daban un auténtico tinte trágico a mi vida. Nunca había vivido una época tan desgraciada. En vez de darle una respuesta, sólo me

sentía capaz de rechinar los dientes, cosa poco cómoda, al tener que ocultarla. Tal vez me faltaran las palabras también por el dolor de ver excluida con tanta decisión una esperanza que aún acariciaba. No puedo por menos de confesarlo: con nadie mejor que con Carmen habría podido sustituir a la amante que había perdido, esa muchacha tan poco comprometedora, que no me había pedido sino el permiso de vivir junto a mí hasta que pidió el de no volver a verme. Una amante para dos es la menos comprometedora. Desde luego, entonces no había aclarado tan bien mis ideas, pero las sentía y ahora las conozco. Al pasar a ser el amante de Carmen, habría hecho un bien a Ada y no habría perjudicado demasiado a Augusta. Ambas se habrían visto traicionadas mucho menos que si Guido y yo hubiéramos tenido una mujer entera para cada uno.

Di la respuesta a Carmen varios días después, pero aún me produce rubor. La excitación a que me había arrojado el abandono de Carla debía de subsistir todavía para hacerme llegar hasta tal extremo. Me arrepiento de aquella acción como de ninguna otra de mi vida. Las palabras bestiales que dejamos escapar nos remuerden la conciencia con mayor fuerza que las acciones más abominables a que nos induzca la pasión. Por supuesto, llamo palabras sólo a las que no son acciones, porque sé muy bien que las palabras de Yago, por ejemplo, son auténticas acciones. Pero las acciones, incluidas las palabras de Yago, se realizan para obtener un placer o un beneficio y entonces todo el organismo, incluso la parte que después debería erigirse en juez, participa en ellas y, en consecuencia, se convierte en un juez muy benévolo. Pero la estúpida lengua actúa por sí misma y para satisfacción de alguna pequeña parte del organismo que sin ella se siente vencida y procede a la simulación de una lucha, cuando la lucha está acabada y perdida. Quiere herir o quiere acariciar. Se mueve siempre en medio de metáforas mastodónticas. Y cuando son ardientes, las palabras quemán a quien las ha pronunciado.

Había yo observado que Carmen ya no tenía los colores que le habían abierto con tanta rapidez las puertas de nuestra oficina. Pero me imaginé que los habría perdido por un sufrimiento que no creí fuera físico y lo atribuí al amor por Guido. Por lo demás, nosotros, los hombres, somos muy propensos a compadecer a las mujeres que se entregan a los otros. No vemos nunca qué ventaja puede reportarles esa entrega. Podemos hasta apreciar al hombre de que se trate —como ocurría en mi caso—, pero ni siquiera entonces podemos olvidar cómo suelen acabar en este mundo las aventuras amorosas. Sentí una compasión sincera por Carmen, como no la había sentido nunca por Augusta o por Carla. Le dije:

—Ya que ha tenido la amabilidad de invitarme a ser su amigo, ¿me permitiría hacerle unas advertencias?

No me lo permitió, porque, como todas las mujeres en esos trances, también ella creyó que cualquier advertencia es una agresión. Enrojeció y balbució:

—¡No comprendo! ¿Por qué me dice eso? —y al instante añadió para hacerme callar—: Si necesitara consejos, desde luego que recurriría a usted, señor Cosini.

Por eso, no tuve oportunidad de predicarle la moral, por desgracia para mí. Desde luego, predicándole la moral habría llegado a un grado superior de sinceridad, aun intentando tomarla de nuevo entre mis brazos. No volvería a irritarme por haber querido adoptar el hipócrita aspecto de un mentor.

Varios días de todas las semanas, Guido ni siquiera aparecía por la oficina, porque se había apasionado por la caza y la pesca. En cambio, yo, desde mi regreso y durante un tiempo, acudí con asiduidad, pues estaba muy ocupado poniendo al día los libros. Con frecuencia me encontraba a solas con Carmen y Luciano, que me consideraban su jefe. No me parecía que Carmen sufriera por la ausencia de Guido y me imaginé que lo amaba tanto, que era feliz al saber que estaba divirtiéndose. Debía de saber incluso qué días iba a faltar, porque no daba señales de estar angustiada por la espera. En cambio, sabía por Augusta que Ada no era así, porque se quejaba amargamente de las frecuentes ausencias de su marido. Por lo demás, no era ésa su única queja. Como todas las mujeres no amadas, se quejaba con la misma intensidad de las ofensas grandes que de las pequeñas. No sólo la traicionaba Guido, sino que, además, cuando estaba en casa no dejaba de tocar el violín. Aquel violín, que tanto me había hecho sufrir, era una especie de lanza de Aquiles por la variedad de sus prestaciones. Supe que había pasado también por nuestra oficina, donde había contribuido a la corte a Carmen con bellísimas variaciones sobre el *Barbero*. Después había desaparecido porque ya no era necesario en la oficina y había vuelto a casa, donde libraba a Guido del aburrimiento que era hablar con su mujer.

Entre Carmen y yo no volvió a haber nunca nada más. No tardé en sentir por ella una indiferencia absoluta, como si hubiera cambiado de sexo, algo semejante a lo que había sentido por Ada. Una viva compasión por las dos. Eso y nada más.

Guido me colmaba de amabilidades. Creo que en los meses en que lo había dejado solo había aprendido a apreciar mi compañía. Una mujercita como Carmen puede ser agradable de vez en cuando, pero no se la puede soportar durante días enteros. Guido me invitó a ir a cazar y a pescar. Detesto la caza y me negué, decidido, a acompañarlo. Sin embargo, una noche, impulsado por el aburrimiento, acabé yendo con él a pescar. Al pez le falta cualquier medio de comunicación con nosotros y no puede inspirarnos compasión. Pero, ¡si da boqueadas incluso cuando está sano y salvo en el agua! Ni siquiera la muerte altera su aspecto. Su dolor, si existe, está perfectamente oculto bajo sus escamas.

Cuando un día Guido me invitó a ir a pescar por la noche, esperé a ver si Augusta me permitiría salir esa noche y permanecer fuera hasta tan tarde. Le dije que recordaría que su barquita saldría del muelle Sartorio a las nueve de la noche y que, si podía, me encontraría con él allí. Por eso, pensé que también él debía de

saber que esa noche no volvería a verme y que, como había hecho tantas otras veces, no acudiría a la cita.

Sin embargo, esa noche me echaron de casa los chillidos de mi pequeña Antonia. Cuanto más la acariciaba la madre, más chillaba la niña. Entonces probé un sistema mío, que consistía en gritar insolencias al oidito de aquella mónica chillona. El único resultado fue que cambió el ritmo de sus gritos, porque se puso a aullar de espanto. Después me habría gustado probar otro sistema un poco más enérgico, pero Augusta recordó a tiempo la invitación de Guido y me acompañó hasta la puerta, al tiempo que me prometía acostarse sola, si yo volvía tarde. Más aún: con tal de que me marchara, se resignaría incluso a tomar sin mí el café de la mañana siguiente, si yo permanecía fuera hasta esa hora. Entre Augusta y yo existe una pequeña divergencia —la única— sobre el modo de tratar a los niños fastidiosos: a mí me parece que el dolor del niño es menos importante que el nuestro y que vale la pena infligírselo con tal de evitar un gran trastorno al adulto; en cambio, a ella le parece que nosotros, que hemos hecho a los niños, debemos también sufrirlos.

Tenía tiempo de sobra para llegar a la cita y atravesé despacio la ciudad mirando a las mujeres, al tiempo que ideaba un instrumento especial que impediría que existieran divergencias entre Augusta y yo. Pero, ¡la humanidad no había evolucionado lo suficiente como para que fuera realizable mi instrumento! Estaba destinado al futuro lejano y a mí sólo podía servirme para demostrarme qué nimia era la razón por la que eran posibles mis disputas con Augusta: ¡la falta de un pequeño instrumento! Habría sido sencillo: un tranvía doméstico, una silla provista de ruedas y carriles sobre la que mi niña pasaría el día; además, un botón eléctrico, pulsando el cual la chillona niña se pondría en movimiento hasta llegar al punto más alejado de la casa, donde su voz, debilitada por la distancia, nos habría parecido hasta agradable. Y Augusta y yo habríamos permanecido juntos, tranquilos y afectuosos.

Era una noche rica en estrellas y carente de luna, una de esas noches en que se ve a mucha distancia y que, por esa razón, calma y aquieta. Miré las estrellas que podrían llevar aún la señal de la mirada de adiós de mi padre moribundo. Pasaría la época horrible en que mis hijos ensuciaban y chillaban. Después serían semejantes a mí; yo los amaría según mi deber y sin esfuerzo. En la bella y vasta noche me serené del todo y sin necesidad de concebir propósitos.

En la punta del muelle Sartorio las luces procedentes de la ciudad quedaban interceptadas por la antigua caseta, de la que sobresale la propia punta como una corta calle veneciana. La oscuridad era perfecta y el agua, alta, negra y quieta, me parecía perezosamente hinchada.

No volví a mirar ni al cielo ni al mar. A pocos pasos de mí había una mujer que despertó mi curiosidad por sus botitas de charol, que por un instante brillaron en la oscuridad. En el breve espacio y en la oscuridad, me pareció que aquella mujer alta

y tal vez elegante se encontraba encerrada en una la habitación conmigo. Las aventuras más agradables pueden presentarse cuando menos se piensa, y, al ver que aquella mujer de repente se acercaba deliberadamente, tuve por un instante una sensación agradabilísima, que al momento desapareció cuando oí la voz ronca de Carmen. Quería fingir que le encantaba descubrir que yo también iba a participar en la excursión. Pero en la oscuridad y con aquella clase de voz no se podía fingir. Le dije con rudeza:

—Guido me ha invitado. Pero, si lo desea, ¡los dejo solos!

Ella protestó diciendo que, al contrario, se alegraba de verme por tercera vez aquel día. Me contó que en aquella barquita se iba a encontrar reunida la oficina entera, porque también venía Luciano. ¡Ay de nuestros negocios, si se iba a pique! Desde luego, me había dicho que también venía Luciano para demostrarme la inocencia del encuentro. Después siguió charlando con volubilidad: primero me dijo que era la primera vez que iba de pesca con Guido y después confesó que era la segunda. Se le había escapado decir que no le desagradaba ir sentada sobre «el pañol» de una barquita y a mí me había parecido extraño que conociera ese término. Así, hubo de confesarme que lo había aprendido la primera vez que había ido de pesca con Guido.

—Ese día —añadió para recalcar la completa inocencia de aquella primera excursión— fuimos a pescar caballas y no doradas. Por la mañana.

Lástima que no tuve tiempo para hacerla charlar más, porque habría podido enterarme de todo lo que me interesaba, pero de la oscuridad de la Sacchetta salió y se acercó a nosotros la barquita de Guido. Yo seguía vacilando: puesto que iba Carmen, ¿no debería alejarme? Tal vez Guido no tuviese siquiera la intención de invitarnos a los dos, porque yo recordaba haber casi rechazado su invitación. Entretanto, la barca atracó y, juvenilmente segura hasta en la oscuridad, Carmen descendió hasta ella sin apoyarse en la mano que Luciano le había ofrecido. Como yo vacilaba, Guido gritó:

—¡No nos hagamos perder tiempo!

De un salto me encontré también yo en la barquita. Mi salto fue casi involuntario: consecuencia del grito de Guido. Yo miraba la tierra con nostalgia, pero bastó un instante de vacilación para volverme imposible el desembarco. Acabé sentándome a proa de la estrecha barca. Cuando me habitué a la oscuridad, vi que a popa, frente a mí, iba sentado Guido y a sus pies, en el pañol, Carmen. Luciano, que iba remando, nos separaba. Yo no me sentí ni demasiado seguro ni demasiado cómodo en barca tan pequeña, pero pronto me acostumbré y miré a las estrellas, que de nuevo me calmaron. Era cierto que delante de Luciano —un siervo devoto de las familias de nuestras mujeres— Guido no se habría arriesgado a traicionar a Ada y, por esa razón, no tenía nada de malo que yo fuera con ellos. Deseaba vivamente poder gozar de aquel cielo, aquel mar y aquella gran paz. Si hubiera tenido que

sentir remordimiento y, por tanto, sufrir, habría hecho mejor quedándome en casa y dejándome torturar por la pequeña Antonia. El fresco aire nocturno me hinchó los pulmones y comprendí que podía divertirme en compañía de Guido y Carmen, a quien en el fondo apreciaba.

Pasamos por delante del faro y llegamos a mar abierta. Unas millas más allá brillaban las luces de innumerables veleros: allí acechaban a los peces peligrosos mayores. Desde el Presidio Militar —una mole poderosa que aparecía negruzca sobre sus pilones— comenzamos a movernos arriba y abajo a lo largo de la ribera de Sant'Andrea. Era el lugar predilecto de los pescadores. Junto a nosotros, silenciosas, muchas otras barcas hacían la misma maniobra. Guido preparó los tres sedales y cebó los anzuelos clavando en ellos gambas por la cola. Entregó un sedal a cada uno de nosotros diciendo que el mío a proa —el único provisto de plomo— sería el que preferirían los peces. Divisé en la oscuridad mi gamba con la cola traspasada y me pareció que movía la parte superior del cuerpo, la parte que no se había convertido en una vaina. Ese movimiento me pareció más de meditación que de dolor. Tal vez lo que produce el dolor en los organismos grandes en los muy pequeños pueda reducirse hasta convertirse en una experiencia nueva, un estímulo para el pensamiento. Lo metí en el agua hundiéndolo, como me dijo Guido, diez brazas. Después de mí, Carmen y Guido sumergieron sus sedales. Guido tenía ahora a popa un remo con el que impulsaba la barca con la habilidad necesaria para que los sedales no se enredaran. Al parecer, Luciano no estaba aún en condiciones de dirigir la barca de ese modo. Por lo demás, Luciano estaba encargado ahora de la pequeña red con la que sacaría del agua los peces traídos a la superficie por los anzuelos. Durante mucho tiempo no tuvo nada que hacer. Guido charlaba mtacho. Quién sabe si no se había aficionado a Carmen la causa de su pasión por la enseñanza más que por amor. A mí me habría gustado no tener que oírlo para seguir pensando en el animalito que tenía expuesto a la voracidad de los peces, suspendido en el agua, y que con los gestos de la cabecita —si los continuaba en el agua— atraería mejor a los peces. Pero Guido me llamó repetidas veces y tuve que escuchar su teoría sobre la pesca. El pez tocaría varias veces el cebo y nosotros lo sentiríamos, pero no debíamos tirar del sedal hasta que no estuviera tenso. Entonces debíamos estar preparados para dar el tirón que ensartaría con seguridad el anzuelo en la boca del pez. Guido, como de costumbre, alargó en exceso sus explicaciones. Quería explicarnos con claridad lo que sentiríamos en la mano, cuando el pez olisqueara el anzuelo. Y continuaba sus explicaciones, cuando, en realidad, Carmen y yo conocíamos ya por experiencia la casi sonora repercusión en la mano de cualquier contacto que sufría el anzuelo. Varias veces tuvimos que recoger el sedal para renovar el cebo. El animalito pensativo acababa, impune, en las fauces de algún pez astuto que sabía evitar el anzuelo.

A bordo había cerveza y bocadillos. Guido sazonaba todo eso con su chachara inagotable. Ahora hablaba de las enormes riquezas que yacían en el mar. No se trataba, como creía Luciano, ni de los peces ni de las riquezas sumergidas en él por el hombre. En el agua del mar había oro disuelto. De improviso recordó que yo había estudiado química y me dijo:

—También tú debes de saber algo de ese oro.

Yo no recordaba gran cosa sobre eso, pero asentí, al tiempo que aventuraba una observación de cuya verdad no podía estar seguro. Dije:

—El oro del mar es el más costoso de todos. Para conseguir uno de los napoleones que yacen aquí disueltos habría que gastar cinco.

Luciano, que se había vuelto ansioso hacia mí para oírme confirmar las riquezas sobre las que flotábamos, me volvió la espalda desilusionado. A él ese oro ya no le importaba. En cambio, Guido me dio la razón creyendo recordar que el precio de ese oro era exactamente cinco veces su valor, como yo había dicho. Me elogiaba al confirmar mi afirmación, que, como yo sabía, era del todo estrambótica. Se veía que me consideraba poco peligroso y que en él no había ni sombra de celos por la mujer que tenía tumbada a sus pies. Pensé por un instante ponerlo en evidencia diciendo que ahora recordaba mejor y que para sacar del mar uno de esos napoleones bastarían tres o que serían necesarios incluso diez.

Pero en ese instante me llamó mi sedal, que de improviso se había puesto tenso a causa de un tirón vigoroso. Tiré yo también y grité. Guido se me acercó y me quitó de la mano el sedal. Se lo entregué de buen grado. Se puso a sacarlo, primero poco a poco y después, al haber disminuido la resistencia, muy aprisa. Y en el agua oscura se vio brillar el argénteo cuerpo del gran animal. Ahora corría rápido y sin resistencia tras su dolor. Por eso comprendí también el dolor del animal mudo, porque lo gritaba la prisa con que corría hacia la muerte. No tardé en tenerlo dando boqueadas a mis pies. Luciano lo había sacado del agua con la red y, arrebatándomelo sin miramiento, le había quitado el anzuelo de la boca.

Palpó el grueso pez y dijo:

—¡Una dorada de tres kilos!

Mientras lo admiraba, dijo el precio que habrían pedido por él en la pescadería. Después Guido observó que el agua estaba quieta a esa hora y que sería difícil atrapar más peces. Contó que los pescadores consideraban que, cuando el agua no subía ni bajaba, los peces no picaban y, por esa razón, no se los podía pescar. Hizo filosofía sobre el peligro que hacía correr a los animales su apetito. Después, echándose a reír, sin advertir que se comprometía, dijo:

—Tú eres el único que sabe pescar esta noche.

Mi presa se debatía aún en la barca, cuando Carmen dio un chillido. Guido preguntó sin moverse y con mucho deseo de reír en la voz:

—¿Otra dorada?

Carmen respondió confusa:

—¡Me lo parecía! Pero ¡ya ha abandonado el anzuelo!

Estoy seguro de que, impulsado por su deseo, le había dado un pellizco.

Ahora me encontraba a disgusto en esa barca. Ya no acompañaba con el deseo la obra de mi anzuelo e incluso agitaba el sedal de modo que los pobres animales no pudieran picar. Dije que tenía sueño y rogué a Guido que me desembarcara en Sant'Andrea. Después procuré disipar la sospecha de que me iba porque me sentía fastidiado por lo que debía de haberme revelado el chillido de Carmen y le conté la escena que había hecho mi pequeña aquella noche y mi deseo de asegurarme pronto de que no se encontraba mal.

Guido, complaciente como siempre, acercó la barca a la orilla. Me ofreció la dorada que yo había pescado, pero yo la rechacé. Propuse devolverle la libertad arrojándola al mar, lo que hizo lanzar un grito de protesta a Luciano, mientras que Guido dijo, afable:

—Si supiera que podría devolverle la vida y la salud, lo haría. Pero, ¡a estas horas el pobre animal sólo puede servir en el plato!

Los seguí con los ojos y pude cerciorarme de que no aprovecharon el espacio dejado libre por mí. Se encontraban bien apretados y la barquita se alejó un poco elevada a proa por el demasiado peso que llevaba a popa.

Al enterarme de que a la niña le había dado fiebre, me pareció un castigo divino. ¿No la habría puesto enferma yo al simular ante Guido una preocupación que no sentía por su salud? Augusta no se había acostado aún, pero poco antes había acudido el doctor Paoli, que la había tranquilizado diciendo que estaba seguro de que una fiebre repentina y tan violenta no podía anunciar una enfermedad grave. Permanecimos largo rato mirando a Antonia, que yacía abandonada en su camita, con la carita de piel seca intensamente colorada bajo sus despeinados rizos castaños. No gritaba, pero se lamentaba de vez en cuando con un quejido breve que interrumpía un sopor irresistible. ¡Dios mío! ¡Cómo me aproximaba a ella la enfermedad! Habría dado una parte de mi vida para aliviarle la respiración. ¿Cómo librarme del remordimiento por haber pensado que no podía amarla y, además, por haber pasado todo ese tiempo, en que ella sufría, lejos y en aquella compañía?

—¡Se parece a Ada! —dijo Augusta con un sollozo. ¡Era verdad! Lo advertimos entonces por primera vez y esa semejanza se volvió cada vez más evidente a medida que Antonia creció, hasta el punto de que a veces yo sentía que el corazón me daba un vuelco al pensar que podría corresponderle el destino de la pobrecita a la que se parecía.

Nos acostamos después de haber colocado la cama de la niña junto a la de Augusta. Pero yo no podía dormir: tenía un peso en el corazón como aquellos días en que mis faltas de la jornada se reflejaban en imágenes nocturnas de dolor y de remordimiento. La enfermedad de la niña me pesaba como si fuera obra mía. ¡Me

rebelé! Yo era puro y podía hablar, podía contarle todo. Y conté todo. Conté a Augusta el encuentro con Carmen, la posición que ésta ocupaba en la barca y después su chillido, que sospeché había sido provocado por una caricia brutal de Guido, pero sin que pudiera estar seguro de ello. Pero Augusta estaba segura de ello. ¿Por qué, si no, se habría visto inmediatamente después alterada la voz de Guido por la hilaridad? Intenté atenuar su convicción, pero luego tuve que seguir contando. Hice una confesión también en lo relativo a mí y describí el aburrimiento que me había sacado de casa y mi remordimiento por no amar mejor a Antonia. Al instante me sentí mejor y me quedé profundamente dormido.

La mañana siguiente, Antonia estaba mejor: casi no tenía fiebre. Yacía tranquila y respiraba bien, pero estaba pálida y cansada, como si se hubiera consumido en un esfuerzo desproporcionado para su pequeño organismo; evidentemente, ya había salido victoriosa de la breve batalla. En la calma que eso me produjo a mí también, recordé, apesadumbrado, haber comprometido horriblemente a Guido y exigí a Augusta la promesa de que no comunicaría a nadie mis sospechas. Ella protestó que no se trataba de sospechas, sino de evidencia cierta, lo que yo negué sin conseguir convencerla. Después me prometió todo lo que quise y yo me fui tranquilo a la oficina.

Guido no había llegado aún y Carmen me contó que habían tenido mucha suerte después de mi marcha. Habían atrapado otras dos doradas, más pequeñas que la mía, pero de considerable peso. Yo no quise creerlo y pensé que quería convencerme de que tras mi marcha habían abandonado la ocupación a que se habían dedicado mientras yo había estado con ellos. ¿No se había calmado el agua? ¿Hasta qué hora habían estado en el mar?

Carmen, para convencerme, hizo que Luciano me confirmara también la pesca de las dos doradas y yo, desde entonces, pensé que Luciano, para ganarse el favor de Guido, era capaz de cualquier acción.

Durante la idílica calma que precedió al negocio del sulfato de cobre, sucedió en aquella oficina una cosa bastante extraña que no puedo olvidar, tanto porque revela con claridad la desmesurada presunción de Guido como porque arroja una luz sobre mí mismo en la que me resulta difícil reconocerme.

Un día estábamos los cuatro en la oficina y el único de nosotros que hablaba de negocios era, como siempre, Luciano. Algo que dijo sonó en el oído de Guido como una censura que, delante de Carmen, le resultaba difícil soportar. Pero igualmente difícil era defenderse, porque Luciano tenía pruebas de que un negocio que había aconsejado meses antes y que Guido había rechazado había acabado produciendo una cantidad de dinero a quien lo había emprendido. Guido acabó declarando que despreciaba el comercio y afirmando que, si la fortuna no lo acompañaba en ese terreno, encontraría el medio de ganar dinero con otras

actividades mucho más inteligentes. Con el violín, por ejemplo. Todos estuvieron de acuerdo con él y yo también, pero con la siguiente reserva:

—A condición de estudiar mucho.

Mi reserva le desagradó y dijo al instante que, si se trataba de estudiar, él podría hacer muchas otras cosas: por ejemplo, literatura. También en eso los otros estuvieron de acuerdo y yo también, pero con cierta vacilación. No recordaba bien las fisonomías de nuestros grandes literatos y las evocaba para encontrar una que se pareciera a Guido. Entonces él gritó:

—¿Queréis fábulas bonitas? ¡Ahora os improviso fábulas como las de Esopo!

Todos se rieron, menos él. Hizo que le trajeran la máquina de escribir y, de un tirón, como si escribiese al dictado, con gestos más ampulosos de lo que exigiría un trabajo útil a máquina, redactó la primera fábula. Ya estaba tendiendo la hoja a Luciano, cuando cambió de opinión y escribió otra fábula, pero ésa le costó más trabajo que la primera, hasta el extremo de que olvidó seguir simulando con gestos la inspiración y tuvo que corregir su escrito varias veces. Por eso, yo considero que la primera de las dos fábulas no era suya y que, en cambio, la segunda salió de verdad de su cerebro, del que me parece digna. La primera fábula hablaba de un pajarito que advirtió que la puertecita de su jaula había quedado abierta. Al principio pensó aprovechar para escapar volando, pero después cambió de opinión temiendo perder su libertad, si, durante su ausencia, volvía a cerrarse la puertecita. La segunda trataba de un elefante y era elefantina, la verdad. Por sufrir de debilidad en las patas, el enorme animal iba a consultar a un hombre, médico célebre, el cual, al ver sus poderosas extremidades, gritaba: «Nunca he visto piernas tan fuertes.»

A Luciano no le hicieron impresión esas fábulas, entre otras razones porque no las entendía. Se reía mucho, pero evidentemente le parecía cómico que le presentaran una cosa así como comerciable. Después se rió también, por cortesía, cuando se le explicó que el pajarito temía verse privado de la libertad de volver a la jaula y que el hombre admiraba las patas del elefante, a pesar de estar débiles. Pero luego preguntó:

—¿Cuánto se saca con dos fábulas así?

Guido se las dio de hombre superior:

—El placer de haberlas hecho y, además, si se quiere, mucho dinero.

En cambio, Carmen estaba agitada por la emoción. Pidió permiso para copiar esas dos fábulas y, cuando Guido le regaló la hoja en que había escrito, después de firmarla, le dio las gracias agradecida.

¿Qué tenía yo que ver con aquello? No tenía que batirme por la admiración de Carmen, que, como ya he dicho, no me importaba, pero, al recordar mi modo de actuar, debo creer que incluso una mujer a la que no deseamos puede impulsarnos a la lucha. ¿Acaso no se batían los héroes medievales incluso por mujeres que no

habían visto? A mí aquel día me ocurrió que los dolores lancinantes de mi pobre organismo se agudizaron de improviso y me pareció que no podía calmarlos de otro modo que rivalizando con Guido al instante en la invención de fábulas.

Pedí la máquina y yo sí que improvisé. Cierto es que la primera de las fábulas que compuse se basaba en algo en lo que llevaba días pensando. Improvisé el título «Himno a la vida». Después, tras breve reflexión, escribí debajo: «Diálogo». Me parecía más fácil hacer hablar a los animales que describirlos. Así nació mi fábula, de diálogo muy breve:

La gamba meditabunda. La vida es bella, pero hay que tener cuidado con el lugar donde se sienta uno.

La dorada, corriendo a casa del dentista: La vida es bella pero habría que eliminar a esos animalitos traidores que ocultan en su sabrosa carne el metal agudo.

Ahora había que componer la segunda fábula, pero me faltaban los animales. Miré al perro, que estaba tendido en su rincón, y también él me miró. Aquellos ojos tímidos me recordaron una cosa: pocos días antes Guido había vuelto de la caza cubierto de pulgas y había ido a lavarse a nuestro cuarto trastero. Al instante se me ocurrió la fábula y la escribí de un tirón: «Érase una vez un príncipe al que picaban muchas pulgas. Pidió a los dioses que sustituyeran todas por una sola pulga, grande y famélica, pero una sola, y destinasen las otras a los demás hombres. Pero ninguna de las pulgas aceptó quedarse sola con aquella bestia de hombre, y éste tuvo que soportarlas todas.»

En aquel momento mis fábulas me parecieron espléndidas. Las cosas que salen de nuestro cerebro tienen un aspecto en extremo amable, sobre todo cuando las examinamos recién creadas. A decir verdad, mi diálogo me sigue gustando ahora que tengo tanta práctica de composición. El himno a la vida entonado por el moribundo es algo muy simpático para quienes lo miran morir y, además, es cierto que muchos moribundos emplean su último aliento para decir lo que les parece la causa de su muerte, con lo que entonan un himno a la vida de los demás, que así sabrán evitar ese accidente. En cuanto a la segunda fábula, no quiero hablar de ella y el propio Guido la comentó con agudeza, al gritar riendo:

—No es una fábula, sino un modo de llamarme imbécil.

Me reí con él y los dolores que me habían impulsado a escribir se calmaron al instante. Luciano se rió cuando le expliqué lo que había querido decir y le pareció que nadie pagaría nada por mis fábulas ni por las de Guido. Pero a Carmen no le gustaron las mías. Me lanzó una mirada indagadora que yo nunca había visto en aquellos ojos y que interpreté como si hubiera dicho:

—¡Tú no amas a Guido!

Me turbó, porque, desde luego, en ese momento no se equivocaba. Pensé que hacía mal en comportarme como si no amara a Guido, yo que, por lo demás,

trabajaba, desinteresado, para él. Tenía que tener cuidado con mi modo de comportarme.

Dije afable a Guido:

—Reconozco de buena gana que tus fábulas son mejores que las mías. Sin embargo, no hay que olvidar que son las primeras fábulas que he compuesto en mi vida.

Él no se rindió:

—¿Acaso crees que yo he escrito otras?

La mirada de Carmen ya se había suavizado y, para suavizarla aún más, dije a Guido:

—Desde luego, tú tienes un talento especial para las fábulas.

Pero el cumplido hizo reír a los dos y poco después también a mí, pero a todos de buena fe, porque se veía que había hablado sin mala intención.

El negocio del sulfato de cobre dio mayor seriedad a nuestra oficina. Ya no había tiempo para fábulas. Ahora aceptábamos casi todos los negocios que se nos proponían. Algunos dieron algún beneficio, pero pequeño; otros, pérdidas, pero grandes. Una extraña avaricia era el principal defecto de Guido, que fuera de los negocios era tan generoso. Cuando un negocio resultaba bueno, se apresuraba a liquidarlo con avidez por percibir el pequeño beneficio que le proporcionaba. En cambio, cuando se encontraba envuelto en un negocio desfavorable, no se decidía nunca a salir de él, con tal de retrasar el momento en que debía rascarse el bolsillo. Por eso, creo que sus pérdidas fueron cada vez más importantes y sus beneficios pequeños. Las cualidades de un comerciante no son sino el resultado de todo su organismo, de la punta de los cabellos a las uñas de los pies. A Guido habría sido aplicable una expresión de los griegos: «astuto imbécil.» Astuto de verdad, pero también un auténtico estúpido. Tenía toda clase de astucias que no servían para otra cosa que para engrasar aún más el plano inclinado sobre el que resbalaba cada vez más.

Junto con el sulfato de cobre, le cayeron encima los dos gemelos. Su primera impresión fue de sorpresa cualquier cosa menos agradable, pero inmediatamente después de haberme anunciado el acontecimiento, consiguió decir un chiste que me hizo reír mucho, por lo que, al complacerse por el éxito, no pudo conservar el ceño. Asociando los dos niños a las sesenta toneladas de sulfato, dijo:

—¡Estoy condenado a trabajar al por mayor!

Para consolarlo le recordé que Augusta estaba de nuevo otra vez de siete meses y que muy pronto, en materia de niños, yo alcanzaría su tonelaje. Respondió también con agudeza:

—Yo, como buen contable que soy, no creo que sea lo mismo.

Al cabo de unos días, y por algún tiempo, empezó a sentir un gran afecto por los dos niños. Augusta, que pasaba parte del día en casa de su hermana, me contó que

Guido les dedicaba varias horas al día. Los acariciaba y acunaba y Ada le estaba tan agradecida, que parecía volver a florecer un nuevo afecto, entre ellos. Por aquellos días pagó una buena cantidad a una sociedad de seguros para que a los veinte años sus hijos tuvieran un pequeño capital. Lo recuerdo por haber registrado yo esa cantidad en su debe.

Me invitaron también a mí a ver a los dos gemelos; más aún: Augusta me había dicho que podría saludar también a Ada, quien, sin embargo, no pudo recibirme porque debía guardar cama, pese a que ya habían pasado diez días desde el parto.

Los dos niños yacían en dos cunas de un cuartito contiguo a la alcoba de sus padres. Ada, desde su cama, me gritó:

—¿Son guapos, Zeno?

El sonido de aquella voz me sorprendió. Me pareció más dulce: era un auténtico grito, porque se sentía un esfuerzo en él, y, sin embargo, no dejaba de ser dulce. Seguro que la dulzura de aquella voz se debía a la maternidad, pero a mí me conmovió porque la descubría justo cuando iba dirigida a mí. Esa dulzura me dio la sensación de que Ada no me hubiera llamado sólo por mi nombre, sino anteponiéndole algún calificativo afectuoso como «querido» o «hermano mío». Sentí un profundo agradecimiento y me comporté con bondad y afecto. Respondí alegre:

—Guapos, monísimos, parecidos, dos maravillas. En realidad, me parecían dos pequeños cadáveres descoloridos. Daban vagidos los dos y no se ponían de acuerdo.

Guido no tardó en volver a la vida de antes. Tras el negocio del sulfato, venía con mayor asiduidad a la oficina, pero todos los sábados se marchaba de caza y no volvía hasta el lunes a últimas horas de la mañana, justo a tiempo para echar un vistazo a la oficina antes de comer. A pescar iba por la noche y muchas veces pasaba la noche en el mar. Augusta me contaba los disgustos de Ada, que sufría de unos celos frenéticos y de pasar tantas horas del día sola. Augusta intentaba calmarla recordándole que a cazar y a pescar no iban mujeres. Pero habían informado a Ada —no se sabía quién— de que a veces Carmen había ido a pescar con Guido. Después éste lo había confesado y había añadido que no había nada malo en una cortesía hacia una empleada que le era tan útil. Y, además, ¿no había estado presente siempre Luciano? Acabó prometiendo que no la invitaría más, ya que eso desagradaba a Ada. Declaraba que no quería renunciar ni a la caza a la pesca. Decía que trabajaba mucho (y, en efecto, en aquella época había mucho trabajo en nuestra oficina) y le parecía que tenía derecho a un poco de distracción. Ada no era de esa opinión y le parecía que la mejor distracción la tendría en familia, y en eso contaba con la aprobación incondicional de Augusta, mientras que a mí me parecía una distracción demasiado sonora.

Entonces Augusta exclamaba:

—¿Es que tú no estás en casa todos los días a las horas debidas?

Era cierto y yo debía confesar que entre Guido y yo había una gran diferencia, pero no podía jactarme de ello. Decía a Augusta, al tiempo que la acariciaba:

—El mérito es tuyo porque has utilizado métodos muy drásticos de educación.

Por otro lado, para el pobre Guido las cosas iban empeorando cada día más: primero había habido dos gemelos, pero una sola nodriza, porque se esperaba que Ada podría alimentar a uno de los dos niños. Sin embargo, no pudo y tuvieron que recurrir a otra nodriza. Cuando Guido quería hacerme reír, se paseaba para arriba y para abajo por la oficina llevando el compás con las palabras:

—¡Una mujer... dos niños... dos nodrizas!

Había una cosa que Ada detestaba en particular: el violín de Guido. Soportaba los vagidos de los niños, pero sufría horrores con el sonido del violín. Había dicho a Augusta:

—¡Me entran ganas de ladrar como un perro para acallar esos sonidos!

¡Qué extraño! En cambio, ¡Augusta era feliz, cuando al pasar delante de mi estudio, oía mis arrítmicos sonidos!

—Y, sin embargo, el de Ada fue un matrimonio por amor —decía yo, asombrado—. ¿Acaso no es el violín lo mejor de Guido?

Olvidé del todo esos comentarios, cuando volví a ver por primera vez a Ada. Precisamente fui yo el primero en advertir su enfermedad. Uno de los primeros días de noviembre —un día frío, sin sol, húmedo— abandoné excepcionalmente la oficina a las tres de la tarde y corrí a casa con idea de descansar y soñar unas horas en mi estudio calentito. Para llegar a él debía pasar por el largo pasillo y, delante de la habitación de trabajo de Augusta, me detuve porque oí la voz de Ada. Era dulce o insegura (equivale a lo mismo, yo creo) como el día en que me la había dirigido a mí. Entré en esa habitación impulsado por la extraña curiosidad de ver cómo podía la serena, la tranquila Ada cubrirse con aquella voz, que recordaba un poco a la de una de nuestras actrices, cuando quiere hacer llorar sin saber, por su parte, llorar. En efecto, era una voz falsa y yo la sentía así, sólo porque, sin haber visto siquiera a quien la emitía, la percibía por segunda vez después de tantos días igualmente conmovida y conmovedora. Pensé que hablaban de Guido, porque, ¿qué otro tema habría podido conmover de aquel modo a Ada?

En cambio, las dos mujeres, que estaban tomando una taza de café juntas, hablaban de cosas domésticas: ropa, criadas, etc. Pero me bastó ver a Ada para entender que aquella voz no era falsa. También era conmovedora su cara, que por primera vez descubría yo tan alterada, y, aunque no revelaba sentimiento alguno, reflejaba con exactitud todo un organismo, y, por esa razón, era auténtica y sincera. Eso lo sentí al instante. No soy médico y, por eso, no pensé en una enfermedad, pero intenté explicarme la alteración en el aspecto de Ada como un efecto de la convalecencia después del parto. Pero, ¿cómo se podía explicar que Guido no

hubiera advertido tamaño cambio en su mujer? Por lo pronto, yo, que conocía de memoria aquellos ojos que tanto había temido, porque no había tardado en advertir que examinaban con frialdad las cosas y a las personas para admitirlas o rechazarlas, pude comprobar al instante que habían cambiado, habían crecido, como si, para ver mejor, hubiesen forzado la órbita. Aquellos ojos grandes desentonaban en la carita debilitada y descolorida.

Me tendió muy afectuosa la mano:

—Ya sé —me dijo— que tú aprovechas cualquier instante para venir a ver de nuevo a tu mujer y a tu hija.

Tenía la mano bañada en sudor y yo sé que eso denota debilidad. Con mayor razón me imaginé que, cuando se repusiera, recuperaría los antiguos colores y las líneas seguras de las mejillas y de las órbitas de los ojos.

Interpreté las palabras que me habían dirigido como un reproche a Guido y respondí afable que Guido, como propietario de la empresa que era, tenía responsabilidades mayores, que lo ataban a la oficina.

Me lanzó una mirada escrutadora para asegurarse de que yo hablaba en serio.

—Pero, aun así —dijo—, me parece que podría encontrar un poco de tiempo para su mujer y sus hijos —y su voz estaba llena de lágrimas.

Se recobró con una sonrisa, que pedía indulgencia, y añadió:

—Además de los negocios, ¡la caza y la pesca! Eso, eso es lo que le roba el tiempo.

Con una volubilidad que me asombró, habló de los manjares exquisitos que se comían en su mesa, después de las excursiones de caza y de pesca de Guido.

—Aun así, ¡con gusto renunciaría a ellos! —añadió después con un suspiro y una lágrima. Sin embargo, no se consideraba infeliz, ¡al contrario! Contaba que ahora no podía imaginar lo que habría sido de ella, si no le hubieran nacido los dos niños, que adoraba. Con un poco de malicia, añadió sonriendo que los amaba más ahora que cada uno tenía su nodriza. No dormía mucho, pero, al menos, cuando llegaba a conciliar el sueño, nadie la molestaba. Y cuando le pregunté si de verdad dormía tan poco, volvió a ponerse seria para decirme conmovida que era su mayor problema. Después, añadió, alegre:

—Pero, ¡ya va mejor!

Poco después nos dejó por dos razones: antes de la noche debía ir a saludar a su madre y, además, no podía soportar la temperatura de nuestras habitaciones, provistas de grandes estufas. Yo, que consideraba aquella temperatura, como máximo agradable, pensé que era señal de fuerza sentirla excesivamente caliente:

—No parece que estés tan débil —dije sonriendo—; ya verás cómo a mi edad te sentirás de otro modo.

Le gustó mucho oír que la consideraban demasiado joven.

Augusta y yo la acompañamos hasta el rellano. Parecía sentir una gran necesidad de nuestra amistad porque para dar esos pocos pasos caminó entre nosotros y se cogió primero al brazo de Augusta y después al mío, que yo puse rígido al instante por miedo a ceder a una antigua costumbre de apretar cualquier brazo femenino que se ofreciera a mi contacto. En el rellano habló aún mucho y, al recordar a su padre, volvieron a humedecérsele los ojos, por tercera vez en un cuarto de hora. Cuando se hubo marchado, dije a Augusta que ésa no era una mujer, sino una fuente. Pese a haber visto la enfermedad de Ada, no le atribuí la menor importancia. Tenía los ojos agrandados, la cara flaca; su voz se había transformado y también el carácter con esa afectuosidad, que no era propia de ella, pero yo atribuía todo aquello a la doble maternidad y a la debilidad. En resumen, yo demostraba ser un magnífico observador porque lo vi todo, pero un gran ignorante, porque no dije la palabra correspondiente: ¡enfermedad!

El día siguiente el ginecólogo que atendía a Ada pidió ayuda al doctor Paoli, quien al instante pronunció la palabra que yo no había podido decir: *Morbus Basedowii*. Guido me lo contó describiéndome con gran conocimiento la enfermedad y compadeciendo a Ada, que sufría mucho. Sin mala intención, creo que ni su compasión ni su ciencia eran excesivas. Adoptaba una actitud de congoja, cuando hablaba de su esposa, pero cuando dictaba cartas a Carmen manifestaba toda la alegría de vivir y enseñar. Además, creía que quien había dado nombre a la enfermedad había sido Basedow, amigo de Goethe, mientras que, cuando yo estudié dicha enfermedad en una enciclopedia, me enteré de que había sido otro.

¡Grande e importante enfermedad, la de Basedow! Para mí fue importantísimo haberla conocido. La estudié en varias monografías y creí descubrir justo entonces el secreto esencial de nuestro organismo. Creo que en muchos como yo hay períodos de tiempo en que ciertas ideas ocupan y atestan el cerebro y lo cierran a todas las demás, ¡si a la colectividad le sucede lo mismo! Vive de Darwin, tras haber vivido de Robespierre, y de Napoleón, tras haber vivido de Liebig o incluso de Leopardi, ¡eso cuando no prevalece sobre todo el cosmos Bismarck!

Pero, ¡de Basedow viví sólo yo! Me pareció que había sacado a la luz las raíces de la vida, que está hecha así: todos los organismos se distribuyen sobre una línea, en uno de cuyos extremos se encuentra la enfermedad de Basedow, que entraña el consumo generosísimo, loco, de la fuerza vital y a un ritmo rapidísimo, el latido de un corazón desenfrenado, mientras que el otro lo ocupan los organismos debilitados por avaricia orgánica, destinados a perecer de una enfermedad que parece de agotamiento y, en realidad, es de pereza. El justo medio entre esas dos enfermedades se encuentra en el centro y se llama impropriamente salud, que no es sino un reposo. Y entre el centro y una extremidad —la de Basedow— están todos los que exasperan y consumen la vida en grandes deseos, ambiciones, goces y también trabajo; por la otra, quienes no echan al plato de la vida sino migajas y

economizan preparándose para ser esos abyectos longevos que constituyen una carga para la sociedad. Al parecer, esa carga también es necesaria. La sociedad avanza por que los basedowianos la impulsan y no se desploma porque los otros la retienen. Estoy convencido de que, si se quisiera construir una sociedad, se podría hacer de modo más sencillo, pero está hecha así, con el bocio en uno de sus extremos y el edema en el otro, y no hay remedio. En medio están quienes tienen el bocio o el edema incipientes y en toda la línea, en toda la humanidad, falta la salud absoluta.

También a Ada le faltaba el bocio, por lo que me decía Augusta, pero presentaba todos los demás síntomas de la enfermedad. ¡Pobre Ada! Me había parecido la representación de la salud y el equilibrio, hasta el punto de que por mucho tiempo pensé que había elegido a su marido con el mismo ánimo frío con el que su padre elegía las mercancías, ahora era víctima de una enfermedad que la arrastraba a un régimen muy distinto: ¡las perversiones psíquicas! Pero yo enfermé con ella de una enfermedad leve, pero larga. Durante demasiado tiempo pensé en Basedow. Ahora creo que en cualquier punto del universo en que se establezca acaba uno corrompiéndose. La vida tiene venenos, pero tiene también los otros venenos, que hacen de contravenenos. Sólo corriendo podemos sustraernos a los primeros y disfrutar de los otros.

Mi enfermedad fue un pensamiento dominante, un sueño y también un espanto. Debió de nacer de un razonamiento: con el término de perversión se pretende entender una desviación de la salud, esa especie de salud que nos acompañó por un lapso de nuestra vida. Ahora sabía yo lo que había sido la salud de Ada. ¿No podría impulsarla su perversión a amarme, si estando sana me había rechazado?

¡No sé cómo nació ese terror (o esperanza) en mi cerebro!

¿Tal vez porque la voz dulce y quebrada de Ada me pareció de amor, cuando se dirigió a mí? La pobre Ada se había vuelto muy fea y yo ya no podía desearla. Pero iba repasando nuestras relaciones pasadas y me parecía que, si se hubiera enamorado de mí de repente, yo me habría encontrado en una grave situación, que recordaba un poco a la de Guido respecto del amigo inglés de las sesenta toneladas de sulfato de cobre. ¡El mismo caso exactamente! Pocos años antes, yo le había declarado mi amor y el único acto de renovación que había hecho había sido el de casarme con su hermana. En ese contrato no estaba protegida por la ley, sino por la caballerosidad. Me parecía estar tan comprometido con ella, que, si se hubiera presentado ante mí muchos años después, perfeccionada incluso por un hermoso bocio de la enfermedad de Basedow, yo habría tenido que hacer honor a mi firma.

Sin embargo, recuerdo que aquella perspectiva hizo que pensara en Ada con mayor afecto. Hasta entonces, cuando me habían informado de los dolores de Ada causados por Guido, no me había alegrado, desde luego, pero había dirigido el pensamiento con cierta satisfacción hacia mi casa, en la que Ada se había negado a

entrar y en la que no se sufría nada. Ahora las cosas habían cambiado: aquella Ada que me había rechazado con desdén ya no existía, a no ser que mis textos de medicina se equivocaran.

La enfermedad de Ada era grave. El doctor Paoli, pocos días después, aconsejó alejarla de la familia y mandarla a una casa de salud de Bolonia. Supe eso por Guido, pero después Augusta me contó que en ese momento la pobre Ada no se libró de grandes disgustos. Guido había tenido la desfachatez de proponer que Carmen se encargara de la dirección de la familia durante la ausencia de su esposa. Ada no tuvo valor para decir con claridad lo que pensaba de semejante propuesta, pero declaró que no se movería de casa, si no se le permitía confiar la dirección a su tía María, y Guido accedió sin más. Sin embargo, siguió acariciando la idea de poder tener a Carmen a su disposición en el puesto dejado libre por Ada. Un día dijo a Carmen que, si no hubiera estado tan ocupada en la oficina, con gusto le habría confiado la dirección de su casa. Luciano y yo nos miramos y, desde luego, descubrimos los dos en la cara del otro una expresión maliciosa. Carmen se ruborizó y murmuró que no habría podido aceptar.

—Claro —dijo Guido irritado—. ¡Por el qué dirán no se puede hacer algo que vendría tan bien!

Pero también él calló y fue sorprendente que abreviara un sermón tan interesante.

Toda la familia acompañó a Ada a la estación. Augusta me había rogado que llevara flores para su hermana. Llegué un poco tarde con un hermoso ramo de orquídeas, que ofrecí a Augusta. Ada nos contemplaba y, cuando Augusta le ofreció las flores, nos dijo:

—¡Os lo agradezco de corazón!

Quería dar a entender que había recibido las flores también de mí, pero yo lo sentí como una manifestación de afecto fraternal, dulce y también un poco fría. Desde luego, Basedow no tenía nada que ver.

Parecía una recién casada, la pobre Ada, con esos ojos agrandados por la felicidad. Su enfermedad sabía simular todas las emociones.

Guido marchaba con ella para acompañarla y regresar al cabo de pocos días. Esperamos en el banco la salida del tren. Ada permaneció asomada a la ventana de su vagón y siguió agitando el pañuelo, mientras pudo vernos.

Después acompañamos a casa a la señora Malfenti, que no cesaba de llorar. En el momento de separarnos, mi suegra, tras haber besado a Augusta, me besó a mí también.

—¡Disculpa! —dijo riendo entre las lágrimas—. Lo he hecho sin pensar, pero, si me lo permites, te doy otro beso.

También la pequeña Anna, que ahora contaba doce años, quiso besarme. Alberta, que estaba a punto de abandonar el teatro nacional para casarse, y que solía ser un poco reservada conmigo, ese día me tendió la mano con calor. Todas me querían

porque mi esposa estaba lozana, con lo que hacían manifestaciones de antipatía hacia Guido, cuya esposa le comuniqué con inocencia.

Pero precisamente entonces corrí el peligro de convertirme en un marido menos bueno. Di un gran disgusto a mi mujer, sin querer, por un sueño que le comuniqué inocentemente.

Este era el sueño: estábamos los tres, Augusta, Ada y yo, asomados a una ventana y precisamente la más pequeña que había en nuestras tres habitaciones, es decir, la mía, la de mi suegra y la de Ada. Es decir, que estábamos en la ventana de la cocina de mi suegra, que en la realidad da a un pequeño patio, mientras que en el sueño daba al Corso. En el pequeño alféizar había tan poco espacio que Ada, que estaba en el centro y se sostenía en nuestros brazos, se pegaba a mí. Yo la miré y vi que sus ojos habían recuperado su frialdad y precisión y las líneas de su cara purísimas hasta la nuca, que yo había visto tantas veces, cuando me daba la espalda. Pese a tamaña frialdad (tal me parecía su salud), seguía pegada a mí, como había creído que lo estaba la noche de mi compromiso con Augusta en torno al velador parlante. Dije, alegre, a Augusta (haciendo, desde luego, un esfuerzo para ocuparme también de ella): «¿Ves cómo se ha curado? Pero, ¿dónde está Basedow?» «¿No lo ves?», preguntó Augusta, que era la única de los tres que conseguía ver la calle. Con esfuerzo nos asomamos también nosotros y divisamos una gran multitud, que avanzaba amenazante y gritando. «Pero, ¿dónde está Basedow?», volví a preguntar. Después lo vi. Era él quien avanzaba tras aquella multitud: un viejo harapiento, cubierto con un gran abrigo hecho jirones, pero de brocado rígido, con su gran cabeza cubierta de una melena blanca y desordenada, agitada por el viento y los ojos salidos de las órbitas, que miraban ansiosos, con una mirada, que yo había visto en animales perseguidos, de miedo y amenaza. Y la multitud gritaba: «¡Matad al apestado!»

Después hubo un intervalo de noche vacía. Luego Ada y yo nos encontrábamos solos en la escalera más empinada que había en nuestras tres casas, la que conduce al desván de mi villa. Ada estaba situada unos escalones más arriba, pero vuelta hacia mí, que estaba a punto de subir, mientras que ella parecía querer bajar. Yo le abrazaba las piernas y ella se inclinaba no sé si por debilidad o para estar más cerca de mí. Por un instante me pareció desfigurada por la enfermedad, pero después, tras mirarla con angustia, conseguí volver a verla como me había aparecido en la ventana, bella y sana. Me decía con su voz dura: «¡Ve delante, que en seguida te sigo!» Yo, rápido, me volvía para precederla corriendo, pero no con suficiente rapidez como para no ver que la puerta de mi desván se abría poco a poco y asomaba por ella la cabeza melenuda y blanca de Basedow con su cara entre temerosa y amenazante. Vi también sus piernas inseguras y el pobre cuerpo infeliz, que el abrigo no llegaba a ocultar. Llegué a salir corriendo, pero no sé si para preceder a Ada o para huir de ella.

Ahora bien, al parecer, me desperté, jadeante en plena noche, y conté, adormilado, todo o parte del sueño a Augusta para después seguir durmiendo más tranquilo. Creo que en mi inconsciencia seguí ciegamente el antiguo deseo de confesar mis faltas.

Por la mañana, en la cara de Augusta había la cérea palidez de las grandes ocasiones. Yo recordaba con claridad el sueño, pero no lo que de él le había contado exactamente. Con aspecto de dolorosa resignación me dijo:

—Te sientes infeliz porque ella está enferma y se ha marchado y, por eso, sueñas con ella.

Yo me defendí riendo y burlándome de ella. No era Ada lo importante para mí, sino Basedow y le conté mis estudios y también las aplicaciones que había hecho. Pero no sé si conseguí convencerla. Cuando te sorprenden en el sueño, te resulta difícil defenderte. Es algo muy distinto de llegar junto a tu esposa después de haberla traicionado con plena conciencia. Por lo demás yo no tenía nada que temer de aquellos celos de Augusta, porque ésta amaba tanto a Ada, que, por su parte, los celos no arrojaban sombra alguna y, en cuanto a mí, me trataba aún con mayor afecto y se sentía aún más agradecida por la más leve manifestación mía de afecto.

Pocos días después, Guido volvió de Bolonia con las mejores noticias. El director de la casa de salud garantizaba una curación definitiva, con tal de que Ada encontrara después en su casa una gran calma. Guido contó con simplicidad y bastante inconsciencia el pronóstico del médico, sin advertir que en la familia Malfenti ese veredicto venía a confirmar muchas sospechas respecto de él. Y yo dije a Augusta:

—Ya veo que me amenazan otros besos de tu madre.

Al parecer, Guido no se encontraba demasiado bien en la casa dirigida por la tía María. A veces se paseaba para arriba y para abajo por la oficina murmurando:

—Dos niños... tres nodrizas... ninguna mujer.

También faltaba con mayor frecuencia a la oficina porque desahogaba su malhumor haciendo estragos entre los animales en la caza y en la pesca. Pero, cuando hacia fianales de año llegó de Bolonia la noticia de que daban por curada a Ada y ésta se disponía a regresar a casa, no me pareció que se alegrara demasiado. ¿Se habría acostumbrado a la tía María o bien la veía tan poco, que le resultaba fácil y agradable soportarla? Por supuesto, conmigo no manifestó su mal humor de otro modo que expresando la duda de que tal vez Ada se precipitaba al abandonar la casa de salud antes de haberse asegurado contra una recaída. En efecto, cuando, al cabo de poco tiempo, Ada tuvo que regresar a Bolonia él me dijo triunfante:

—¿No te lo había dicho yo?

Sin embargo, no creo que en aquel triunfo hubiera sino la alegría que siempre sentía, tan intensa, por haber sido capaz de prever algo. No deseaba ningún mal a Ada, pero con gusto la habría mantenido mucho tiempo en Bolonia.

Cuando Ada volvió, Augusta estaba en cama por el nacimiento del pequeño Alfio y en esa ocasión fue de verdad conmovedora. Quiso que yo fuera a la estación con flores y dijese a Ada que quería verla ese mismo día. Y si Ada no podía venir derecha desde la estación, me rogaba que volviese en seguida a casa para describir a Ada y decirle si había recuperado toda su belleza, de que tan orgullosa estaba su familia.

En la estación estábamos Guido y yo y, por parte de la familia Malfenti, sólo Alberta, porque mi suegra pasaba gran parte del tiempo junto a Augusta. En el banco Guido intentaba convencernos de su gran alegría por la llegada de Ada, pero Alberta lo escuchaba fingiendo gran distracción con el fin —como después me dijo— de no tener que responderle. En cuanto a mí, ya me costaba poco trabajo simular con Guido. Me había acostumbrado a fingir que no advertía sus preferencias por Carmen y nunca me había atrevido a aludir a sus culpas respecto a su esposa. Por eso, no me resultaba difícil adoptar una actitud de atención, como si admirara su alegría por el regreso de su amada esposa.

Cuando el tren entró en la estación a las doce en punto, nos precedió para llegar hasta su esposa, que descendía. La tomó entre los brazos y la besó con afecto. Yo que le veía la espalda doblada para llegar a besar a su esposa, más baja que él, pensé: «¡Un actor excelente!» Después cogió de la mano a Ada y la condujo hasta nosotros:

—¡Aquí la tenemos reconquistada para nuestro afecto!

Entonces se reveló como era, es decir, falso y simulador, porque si hubiera mirado mejor en la cara a la pobre mujer habría advertido que en lugar de a nuestro afecto iba destinada a nuestra indiferencia. La cara de Ada estaba mal construida, porque había recuperado las mejillas, pero fuera de su sitio, como si la carne, al regresar, hubiera olvidado el lugar que le correspondía y se hubiese acumulado demasiado abajo. Por eso, tenían el aspecto de hinchazones y no de mejillas. Había descolocado o destruido líneas precisas e importantes. Cuando nos despedimos fuera de la estación, al cegador sol invernal vi que el colorido de aquella cara ya no era el que yo había amado tanto. Estaba pálido y en las partes carnosas aparecían manchitas rojas. Parecía que la salud ya no perteneciera a aquella cara y hubiesen conseguido simularla.

Conté en seguida a Augusta que Ada estaba bellísima, justo como había sido de muchacha, y se puso muy contenta. Después, tras haberla visto, confirmó para mi sorpresa mis piadosas mentiras, como si hubieran sido verdades evidentes. Decía:

—¡Está tan bella como cuando era una muchacha y como lo será mi hija!

Se ve que los ojos de una hermana no son demasiado penetrantes.

Durante mucho tiempo no volví a ver a Ada. Ella tenía demasiados hijos y nosotros también. Sin embargo, Ada y Augusta se las arreglaban para encontrarse varias veces a la semana, pero siempre a horas en que yo no estaba en casa.

Se acercaba la época del balance y yo tenía mucho que hacer. Mejor dicho: aquélla fue la época de mi vida en que más trabajé. Hubo días que permanecí diez horas sentado ante mi escritorio. Guido me había ofrecido la ayuda de un contable, pero no la acepté. Había asumido un encargo y debía cumplirlo. Quería compensar a Guido por mi funesta ausencia de un mes y también me agradaba demostrar a Carmen mi diligencia, que no podía sino ir inspirada por mi afecto hacia Guido.

Pero, a medida que avanzaba en la revisión de las cuentas, empecé a descubrir la gran pérdida que habíamos sufrido en aquel primer año de ejercicio. Se lo conté preocupado a Guido estando a solas, pero él, que se disponía a marcharse de caza, no quiso escucharme:

—Ya verás como no es tan grave como te parece, y, además el año no ha acabado aún.

En efecto, faltaban ocho días para el comienzo del nuevo año.

Entonces me confié a Augusta. Al principio, ella sólo vio en aquel asunto el daño que podía causarme a mí. Las mujeres son así, pero Augusta era extraordinaria, cuando lamentaba el perjuicio para nuestros intereses. ¿No acabaría recayendo también sobre mí —se preguntaba— alguna responsabilidad de las pérdidas sufridas por Guido? Quería que consultáramos en seguida a un abogado. Entretanto, debía separarme de Guido y dejar de frecuentar aquella oficina.

No me fue fácil convencerla de que a mí no se me podía considerar responsable de nada, al no ser yo sino un empleado de Guido.

Ella sostenía que a quien no recibía un emolumento fijo no se lo podía considerar empleado, sino algo semejante a un dueño. Cuando quedó del todo convencida, siguió opinando lo mismo, por supuesto, porque entonces descubrió que no perdería nada dejando de frecuentar aquella oficina, donde con toda seguridad acabaría perdiendo mi fama comercial. Diantre: ¡mi fama comercial! También yo convine en que era importante salvarla y, pese a que ella se había equivocado en los argumentos, llegamos a la conclusión de que yo debía hacer lo que ella quería. Consintió en que acabara el balance, ya que lo había iniciado, pero después debía encontrar el modo de volver a mi estudio, en el cual no se ganaba dinero, pero tampoco se perdía.

Ahora bien, tuve entonces una experiencia curiosa de mí mismo. No fui capaz de abandonar aquella actividad, pese a haberlo decidido. ¡Me quedé atónito! Para entender bien las cosas, hay que utilizar imágenes. Entonces recordé que en tiempos la condena a trabajos forzados se aplicaba en Inglaterra colgando al condenado encima de una rueda accionada por agua, con lo que se obligaba a la víctima a mover con determinado ritmo las piernas que, si no, resultarían aplastadas. Cuando se trabaja, se tiene siempre la sensación de una obligación de ese tipo. Ciertamente es que cuando no se trabaja la posición es la misma y me parece correcto afirmar que Olivi y yo estuvimos siempre colgados así; sólo que yo, tal

como estaba, no debía mover las piernas. Nuestra posición daba un resultado diferente, desde luego, pero ahora sé con certeza que no justificaba ni la censura ni la exaltación. En resumen, depende del azar que estemos atados a una rueda móvil o a una inmóvil. Siempre es difícil desatarse.

Tras cerrar el balance, durante varios días seguí yendo a la oficina, pese a haber decidido no hacerlo. Salía de casa indeciso; indeciso tomaba una dirección, que casi siempre era la de la oficina, y, a medida que avanzaba, dicha dirección se concretaba hasta que volvía a encontrarme sentado en la silla habitual frente a Guido. Por fortuna, en determinado momento este me pidió que no dejara el puesto y al instante accedí, ya que entretanto había comprendido que estaba clavado a él.

El 15 de enero mi balance estaba concluido. ¡Un auténtico desastre! Cerrábamos con la pérdida de la mitad del capital. Guido no quería enseñárselo al joven Olivi, por miedo a una indiscreción, pero yo insistí con la esperanza de que éste, con su gran experiencia, encontrara algún error capaz de cambiar toda la situación. Podía haber alguna cantidad registrada por error en el debe en lugar de en el haber, y la rectificación daría una diferencia importante. Olivi prometió, sonriendo, a Guido la máxima discreción y después estuvo trabajando conmigo una jornada entera. Por desgracia, no encontró error alguno. Debo decir que con aquella revisión yo aprendí mucho y que ahora sabría abordar y cerrar incluso un balance más importante que aquél.

—¿Y que harán ahora? —preguntó el joven antes de marcharse. Yo ya sabía lo que sugeriría. Mi padre, que me había hablado a menudo de cuestiones comerciales en mi infancia, ya me lo había enseñado. Según las leyes vigentes, dada la pérdida de la mitad del capital, tendríamos que liquidar la empresa y tal vez reconstituirla sobre nuevas bases.

Le dejé repetirme el consejo. Añadió:

—Se trata de una formalidad. —Después añadió sonriendo—: ¡Puede costar caro no respetarla!

Por la noche Guido se puso a repasar el balance, al que aún no se resignaba. Lo hizo sin método alguno, verificando tal o cual cantidad al azar. Para interrumpir aquel trabajo inútil, le comuniqué el consejo de Olivi y de liquidar en seguida, pero por forma, la empresa.

Hasta ese momento Guido había tenido la cara contraída por el esfuerzo de buscar en aquellas cuentas la equivocación liberadora: un ceño complicado por la contracción de quien tiene mal sabor de boca. Al oír lo que le decía, alzó la cara, que perdió las arrugas al concentrarse. Tardó un poco en comprender pero cuando así fue, se echó a reír a carcajadas. Yo interpreté así la expresión de su cara: áspera, acida, mientras se encontraba ante aquellas cifras, que no se podían cambiar; alegre y decidida, cuando desechó el doloroso problema con una propuesta que le permitía volver a sentirse dueño y arbitro. No comprendía. Le parecía el consejo de

un enemigo. Le expliqué que el consejo de Olivi era valioso en particular por el peligro, que amenazaba de modo evidente a la empresa, de perder más dinero y quebrar. La posible bancarrota habría sido un delito, si después de ese balance, ya consignado en los libros, no se adoptaban las medidas aconsejadas por Olivi. Y añadí:

—¡La pena prevista por nuestras leyes por quiebra fraudulenta es la cárcel!

La cara de Guido se puso tan roja, que temí que le amenazara una congestión cerebral. Gritó:

—En ese caso, ¡Olivi no tiene por qué darme consejos! Si llegara a suceder, ¡sabría resolverlo yo solo!

Su decisión me impresionó y tuve la sensación de encontrarme ante una persona con perfecta conciencia de su responsabilidad. Bajé el tono de voz. Después me puse de su lado y, olvidando haber presentado ya el consejo de Olivi como digno de consideración, le dije:

—Ésa es la objeción que yo también le puse a Olivi. La responsabilidad es tuya y nosotros no tenemos nada que ver, cuando tú decides algo sobre el destino de la empresa que pertenece a ti y a tu padre.

La verdad es que eso se lo había dicho a mi mujer y no a Olivi, pero, en resumen, era cierto que se lo había dicho a alguien. Ahora, tras haber oído la viril declaración de Guido, habría sido capaz de decírselo también a Olivi, porque la decisión y el valor siempre me han conquistado. Pero, ¡si ya me gustaba mucho la simple desenvoltura que puede resultar de esas cualidades, pero también de otras muy inferiores!

Como quería referir todas sus palabras a Augusta para tranquilizarla, insistí:

—Ya sabes que de mí dicen, y probablemente con razón, que no tengo el menor talento para el comercio. Puedo ejecutar lo que tú me ordenas, pero de ningún modo puedo asumir una responsabilidad por lo que haces tú.

Asintió vivamente. Se sentía tan a gusto en el papel que yo le atribuía, que olvidaba su dolor por el balance negativo. Dijo:

—Yo soy el responsable. Todo lleva mi nombre y no admitiría siquiera que otros cercanos a mí quisieran asumir las responsabilidades.

Eso era perfecto para contárselo a Augusta, pero mucho más de lo que yo había esperado. Y había que ver el aspecto que tenía al hacer esa declaración: ¡en vez de un empresario casi en quiebra parecía un apóstol! Se había arrellanado en su balance pasivo y desde él se convertía en mi dueño y señor. Esa vez, como tantas otras a lo largo de nuestra vida en común, mi arranque de afecto hacia él quedó sofocado por sus expresiones, que revelaban la desmesurada estima que sentía hacia sí mismo. Desafiaba. Sí, había que decírselo exactamente así: ¡aquel gran músico desafiaba!

Le pregunté con brusquedad:

—¿Quieres que haga mañana una copia del balance para tu padre?

Por un momento había estado a punto de hacer una declaración mucho más ruda y decirle que inmediatamente después de cerrar el balance me abstendría de frecuentar su oficina. No lo hice, por no saber cómo emplear las muchas horas libres de que dispondría. Pero mi pregunta sustituía casi perfectamente a la declaración que me había tragado. Por lo pronto, le había recordado que él no era el dueño de aquella empresa.

Se mostró sorprendido de mis palabras, porque le pareció que no concordaban con lo que hasta entonces, con mi evidente consentimiento, habíamos hablado y, con el tono de antes, me dijo:

—Yo te diré cómo se debe hacer esa copia.

Protesté gritando. En toda mi vida no grité tanto como con Guido porque a veces me parecía sordo. Le dije que también la ley preveía una responsabilidad del contable y yo no estaba dispuesto a dar por copias exactas agrupaciones caprichosas de cifras.

Empalideció y reconoció que tenía razón, pero añadió que él era dueño de ordenar que no se dieran extractos de sus libros. En eso reconocí de buen grado que tenía razón y entonces, más animado, dijo que sería él quien escribiese a su padre. Pareció incluso que fuera a ponerse a escribir al instante, pero después cambió de idea y me propuso ir a tomar el aire. Quise complacerlo. Supuse que aún no había digerido bien el balance y quería moverse para hacerlo bajar.

El paseo me recordó aquella otra noche después de mi compromiso matrimonial. Faltaba la luna por: que en lo alto había mucha niebla, pero abajo era igual, porque caminábamos seguros a través de un aire límpido. También Guido recordó aquella noche memorable:

—Es la primera vez que volvemos a dar juntos un paseo de noche. ¿Recuerdas? Tú entonces me explicaste que en la luna se besan como aquí abajo. En cambio, ahora en la luna continúan el beso eterno; estoy seguro de ello, aunque esta noche no se vea. En cambio, aquí abajo...

¿Quería ponerse a hablar mal de Ada otra vez? ¿De la pobre enferma? Lo interrumpí, pero sin brusquedad, casi asociándome a él (¿acaso no lo había acompañado para ayudarlo a olvidar?):

—¡Claro! ¡Aquí abajo no se puede siempre besar! Pero allá arriba sólo hay la imagen del beso. El beso es sobre todo movimiento.

Intentaba alejarme de todos sus problemas, es decir, el balance y Ada, hasta el punto de que fui capaz de eliminar a tiempo una frase que había estado a punto de decir, a saber, que aquí abajo el beso no producía gemelos. Pero él, para liberarse del balance, no encontraba solución mejor que quejarse de sus demás desgracias. Como había yo presentado, habló mal de Ada. Comenzó quejándose de que aquel primer año de matrimonio hubiera sido para él tan desastroso. No se refería a los

dos gemelos, que eran tan monos y a los que tanto quería, sino a la enfermedad de Ada. Pensaba que la enfermedad la volvía irascible, celosa y, al mismo tiempo, poco afectuosa. Acabó exclamando desconsolado:

—¡La vida es injusta y dura! A mí me parecía que no me estaba permitido en absoluto decir una sola palabra que entrañara un juicio sobre Ada y él. Pero me parecía que, aun así, debía decir algo. Él había acabado aplicando a la vida dos objetivos que no pecaban de excesiva originalidad. Yo descubrí algo mejor precisamente porque me había puesto a hacer la crítica de lo que él había dicho. Muchas veces decimos cosas siguiendo el sonido de las palabras, como si se asociaran por casualidad. Después examinamos lo que decimos para ver si valía el esfuerzo que hemos hecho y a veces descubrimos que la asociación casual ha engendrado una idea. Dije:

—¡La vida no es ni fea ni bella, sino original!

Cuando lo pensé, me pareció haber dicho algo importante. Así designada, la vida me pareció tan nueva, que me quedé observándola como si la viese por primera vez con sus cuerpos gaseosos, líquidos y sólidos. Si se lo hubiera contado a alguien que no estuviese acostumbrado a ella y, por esa razón, careciera de nuestro sentido común, se habría quedado sin aliento ante la enorme construcción sin objeto. Me habría preguntado: «Pero, ¿cómo la habéis soportado?» Y, tras informarse de todos los detalles, desde esos cuerpos celestes colgados ahí arriba para que se vean pero no se toquen, hasta el misterio que rodea a la muerte, habría exclamado sin duda: «¡Muy original!»

—¡Original, la vida! —dijo Guido riendo—. ¿Dónde lo has leído?

No me importó asegurarle que no lo había leído en ninguna parte, porque, si no, mis palabras habrían tenido menos importancia para él. Pero, cuanto más pensaba en eso, más original me parecía la vida. Y no hacía falta llegar de fuera para reconocer su extravagante carácter. Bastaba recordar todo lo que nosotros, los hombres, hemos esperado de la vida, para verla tan extraña como para llegar a la conclusión de que tal vez se ha incluido en ella al hombre por error y que está fuera de lugar.

Sin habernos puesto de acuerdo sobre la dirección de nuestro paseo, habíamos acabado, como la otra vez, en la cuesta de via Belvedere. Al encontrar el pequeño muro sobre el que se había tendido aquella noche, Guido subió a él y se tumbó, exactamente igual que la otra vez. Estaba canturreando, tal vez sin poder abandonar sus pensamientos, y seguramente meditando sobre las inexorables cifras de su contabilidad. En cambio, yo recordé que en aquel lugar había querido matarlo y, al comparar mis sentimientos de entonces con los de ahora, volví a admirar la incomparable originalidad de la vida. Pero de improviso recordé, que poco antes, y por un arranque de persona ambiciosa, había arremetido contra el pobre Guido y eso uno de los peores días de su vida. Me dediqué a una indagación:

presenciaba sin sufrir demasiado la tortura que infligía a Guido el balance realizado con tanto cuidado por mí y me asaltó una duda curiosa e inmediatamente después un recuerdo muy curioso. La duda: ¿era yo bueno o malo? El recuerdo, provocado de repente por la duda, que no era nueva: me veía de niño y vestido (estoy seguro de ello) aún con pantalón corto, cuando alzaba la cara para preguntar a mi madre sonriente: «¿Yo soy bueno o malo?» Entonces debían haber inspirado la duda al niño las muchas personas que lo habían llamado bueno y las muchas que lo habían calificado, en broma, de malo. No tenía nada de sorprendente que ese dilema hubiera preocupado al niño. ¡Oh, incomparable originalidad de la vida! Era maravilloso que el adulto, tras haber rebasado la mitad de su vida, no hubiera despedido la duda que aquélla había planteado al niño de forma tan pueril.

En la oscura noche, en aquel mismo lugar en que yo había querido matar ya una vez, aquella duda me angustió profundamente. Desde luego, el niño, cuando había sentido vagar esa duda por su cabeza, liberada hacía poco de la chichonera, no había sufrido por ese motivo, porque a los niños se les cuenta que la maldad se cura. Para librarme de tamaña angustia, quise creerlo de nuevo así y lo conseguí.

Si no lo hubiera logrado, tendría que haber llorado por mí, por Guido y por nuestra tristísima vida. ¡El propósito renovó la ilusión! El propósito de colocarme junto a Guido y colaborar con él en el desarrollo de su comercio, del que dependía su vida y la de los suyos, y eso sin beneficio alguno para mí. Vislumbré la posibilidad de correr, afanarme y estudiar para él y admití la eventualidad de llegar a ser, para ayudarlo, un gran negociante, emprendedor y genial. ¡Exactamente así pensé aquella oscura noche de esta vida tan original!

Entretanto, Guido dejó de pensar en el balance. Abandonó su puesto y pareció más sereno. Como si hubiera sacado una conclusión de un razonamiento del que no sabía nada, me dijo que no iba a decir nada a su padre, porque, si no, el pobre viejo emprendería ese tremendo viaje desde su sol estival hasta nuestra niebla invernal. Después me dijo que a primera vista la pérdida parecía ingente, pero que, en realidad, no lo era tanto, si no tenía que soportarla toda él solo. Rogaría a Ada que se hiciera cargo de la mitad y, en compensación, le concedería una parte de los beneficios del año siguiente. La otra mitad de la pérdida la soportaría él.

Yo no dije nada. Pensé también que no me estaba permitido darle consejos, porque, de lo contrario, acabaría sucediendo lo que no deseaba en absoluto: erigirme en juez entre dos cónyuges. Por lo demás, en aquel momento estaba tan lleno de buenos propósitos, que me parecía que Ada habría hecho un buen negocio participando en una empresa dirigida por nosotros.

Acompañé a Guido hasta la puerta de su casa y le estreché la mano largo rato para renovar en silencio el propósito de quererlo. Luego procuré decirle algo amable y acabé encontrando esta frase:

—Que tus gemelos tengan buena noche y te dejen dormir, porque, desde luego, necesitas descansar.

Al marcharme, me mordí los labios por no haber encontrado nada mejor. Pero, ¿si sabía que, ahora que tenían cada uno su nodriza, los gemelos dormían a medio kilómetro de él y no habrían podido quitarle el sueño! En cualquier caso, él había comprendido la intención del augurio, porque la había aceptado agradecido.

Al llegar a casa, me encontré con que Augusta se había retirado a la alcoba con los niños. Alfio estaba pegado a su pecho, mientras que Antonia dormía en su camita volviéndonos la nuca rizada. Tuve que explicar la razón de mi retraso y, por eso, le conté el medio ideado por Guido para liberarse de su pasivo. A Augusta la propuesta de Guido le pareció indigna:

—Si yo fuera Ada, me negaría —exclamó con violencia, aunque en voz baja, para no despertar al niño.

Animado por mis propósitos de bondad, objeté:

—Entonces, si yo me encontrara en las mismas dificultades que Guido, ¿tú no me ayudarías?

Se echó a reír:

—¡Eso es muy distinto! ¡Entre los dos veríamos lo que fuera más ventajoso para ellos! —y señaló al niño que tenía en brazos y a Antonia. Después, tras un momento de reflexión, continuó—: Y si ahora nosotros aconsejásemos a Ada entregar su dinero para continuar con ese negocio del que en breve tú dejarás de formar parte, ¿no estaríamos obligados después a indemnizarla, si llegara a perderlo?

Era una idea de ignorante, pero, con mi nuevo altruismo, exclamé:

—¿Y por qué no?

—Pero ¿no ves que tenemos dos niños en los que debemos pensar?

¡Vaya si los veía! La pregunta era retórica y, en verdad, carente de sentido.

—¿Es que no tienen también ellos dos niños? —pregunté con aire triunfal.

Ella se echó a reír clamorosamente, con lo que asustó a Alfio, que dejó de mamar para ponerse a llorar. Augusta se ocupó de él, pero sin dejar de reír, y yo acepté su risa como si me la hubiera ganado con mi ingenio, mientras que, en realidad, en el momento en que le había hecho esa pregunta había sentido en mi interior un gran amor por todos los padres de todos los niños y por los hijos de todos los padres. Tras haberme reído, no quedó nada de ese afecto.

Pero incluso hasta el dolor por saber que no era esencialmente bueno se mitigó. Me parecía haber resuelto el angustioso problema. No éramos ni buenos ni malos como no éramos tantas otras cosas. La bondad era la luz que en ciertos momentos iluminaba con sus destellos el oscuro espíritu humano. Hacía falta una antorcha encendida para dar la luz (en mi espíritu la había habido y no dejaría de volver) y el ser pensante con esa luz podía escoger la dirección para moverse en la

oscuridad. Por eso, podíamos mostrarnos buenos, muy buenos, siempre buenos, y eso era lo importante. Cuando hubiera vuelto la luz, no sorprendería ni cegaría. Yo soplaría para apagarla, ya que no la necesitaría. Porque habría sabido conservar el propósito, es decir, la dirección.

El propósito de bondad es plácido y práctico y ahora me encontraba tranquilo y sereno. ¡Qué curioso! El acceso de bondad me había hecho exceder en la valoración de mí mismo y de mi poder. ¿Qué podía yo hacer por Guido? Era cierto que en su oficina yo destacaba sobre los demás tanto como en mi oficina Olivi estaba por encima de mí. Pero eso no probaba gran cosa. Y para ser práctico: ¿qué aconsejaría a Guido el día siguiente? ¿Tal vez una de mis inspiraciones? Pero, ¡si ni siquiera en la mesa de juego se seguían las inspiraciones, cuando se jugaba con el dinero ajeno! Para dar vida a una casa comercial hay que crear un trabajo diario y a eso se puede llegar trabajando en todo momento en torno a una organización. No era yo quien podía hacer algo semejante ni me parecía justo someterme a fuerza de bondad a la condena del aburrimiento de por vida.

Sin embargo, sentía la impresión que me había hecho mi arranque de bondad como un compromiso que hubiera aceptado para con Guido, y no podía dormirme. Suspiré varias veces profundamente y una vez hasta gemí, sin duda en el momento en que me parecía verme obligado a atarme a la oficina de Guido como lo estaba Olivi a la mía.

En duermevela, Augusta murmuró:

—¿Qué te pasa? ¿Has discutido de nuevo con Olivi?

¡Ésa era la idea que buscaba! ¡Aconsejaría a Guido que tomara de director al joven Olivi! Evidentemente, ese joven tan serio y tan trabajador y que yo veía con tan malos ojos en mis asuntos porque parecía prepararse para suceder a su padre en su dirección a fin de tenerme definitivamente apartado de ellos, debía estar, para bien de todos, en la oficina de Guido. Ofreciéndole una posición en su casa, Guido se salvaría y el joven Olivi sería más útil en esa oficina que en la mía.

La idea me exaltó y desperté a Augusta para comunicársela. También a ella le entusiasmó tanto, que se despertó del todo. Le parecía que así yo podría abandonar con mayor facilidad los comprometedores negocios de Guido. Me quedé dormido con la conciencia tranquila. Había encontrado el modo de salvar a Guido sin condenarme; muy al contrario.

No hay nada más desagradable que ver rechazado un consejo que se ha estudiado con sinceridad y que ha costado incluso horas de sueño. A mí me había costado, además, otro esfuerzo: el de abandonar la ilusión de poder ser útil yo mismo a los negocios de Guido. Un esfuerzo gigantesco. Primero había llegado a tener una auténtica bondad y después una absoluta objetividad, ¡y me mandaban a freír espárragos!

Guido rechazó mi consejo con desdén incluso. No consideraba capaz al joven Olivi y, además, le desagradaba su aspecto de joven viejo y más aún le desagradaban sus gafas tan brillantes en su pálido rostro. Los argumentos parecían elegidos para hacerme creer que sólo había un motivo: el deseo de hacerme rabiar. Acabó diciéndome que aceptaría para director de su oficina no al joven sino al viejo Olivi. Pero a mí no me parecía que pudiera proporcionarle la colaboración de éste, y, además, no me consideraba preparado para asumir de un día para otro la dirección de mis negocios. Cometí el error de discutir y le dije que Olivi no valía demasiado. Le conté la cantidad de dinero que me había costado su obstinación de no querer comprar a tiempo aquellos frutos secos.

—Bueno —exclamó Guido—, pues, si el viejo vale tan poco, ¿qué valor podrá tener el joven, que río es sino un discípulo suyo?

Ése sí que era un buen argumento, y tanto más desagradable para mí cuanto que lo había aportado yo con mi chachara imprudente.

Pocos días después, Augusta me contó que Guido había propuesto a Ada soportar con su dinero la mitad de la pérdida del balance. Ada se negaba y decía a Augusta:

—¡Me traiciona y, encima, quiere mi dinero!

Augusta no había tenido valor para aconsejarle que se lo diera, pero aseguraba que había hecho lo posible para hacer cambiar de opinión a Ada sobre la fidelidad de su marido. Por la respuesta de Ada, había comprendido que ésta sabía más de lo que creíamos. Y Augusta razonaba conmigo así:

—Por el marido hay que saber soportar cualquier sacrificio. Pero, ¿era válido ese axioma también para el caso de Guido?

Los días siguientes el comportamiento de Guido llegó a ser extraordinario de verdad. Venía a la oficina de vez en cuando y nunca se quedaba en ella más de media hora. Se marchaba corriendo como quien ha olvidado el pañuelo en casa. Más adelante supe que iba a presentar nuevos argumentos a Ada, que le parecían decisivos para inducirla a hacer lo que él quería. Realmente, tenía el aspecto de una persona que ha llorado o gritado mucho o que incluso se ha peleado y ni siquiera delante de nosotros conseguía dominar la emoción que le contraía la garganta y le hacía venir las lágrimas a los ojos. Le pregunté qué le pasaba. Me respondió con una sonrisa triste pero amistosa para demostrarme que no tenía nada contra mí. Después se concentró para poder hablarme sin demasiada agitación. Por último, dijo pocas palabras: Ada lo hacía sufrir con sus celos.

Así, pues, me contaba que discutían sus historias íntimas, cuando, en realidad, yo sabía que entre ellos existía además aquella historia de la cuenta de pérdidas y ganancias.

Pero parecía que eso no tuviera importancia. Me lo decía él y se lo decía también Ada a Augusta, pues no le hablaba de otra cosa que de los celos. También la

violencia de esas discusiones, que dejaban huellas tan profundas en la cara de Guido, hacía creer que decían la verdad.

En cambio, después resultó que entre los dos cónyuges no hablaban sino de la cuestión del dinero. Ada, por soberbia y pese a dejarse llevar por sus dolores pasionales, no los había sacado a relucir nunca, y Guido, tal vez por conciencia de su culpa y pese a sentir que en Ada hacía estragos la ira femenina, siguió discutiendo de los negocios, como si el resto no existiera. Se afanó cada vez más corriendo tras ese dinero, mientras que ella, a la que preocupaban poco los negocios en realidad, protestaba contra la propuesta de Guido con un solo argumento: el dinero debía ser para los niños. Y cuando él encontraba otros argumentos —su paz, los beneficios que habrían resultado para los propios niños de su trabajo, la seguridad de encontrarse en regla con las prescripciones de la ley— ella los liquidaba con un «No». Eso exasperaba a Guido y —como entre niños— también su deseo. Pero los dos —cuando se lo contaban a otras personas— creían haber estado discutiendo por amor y celos.

Fue una especie de malentendido que me impidió intervenir a tiempo para acabar con la desagradable cuestión del dinero. Yo podía demostrar a Guido que carecía de importancia. Como contable, soy un poco lento y no comprendo las cosas hasta haberlas distribuido en los libros, pero me parece que no tardé en comprender que la entrega de dinero que Guido exigía a Ada no cambiaría demasiado las cosas. En efecto, ¿de qué servía recibir una entrega de dinero? No por ello parecía menor la pérdida, a menos que Ada aceptara desperdiciar ese dinero en la contabilidad, cosa que Guido no pedía. La ley no se habría dejado engañar en absoluto al descubrir que, después de haber perdido tanto, se pretendía arriesgar un poco más atrayendo hastf» la empresa a nuevos capitalistas.

Una mañana Guido no se presentó a la oficina, lo que nos sorprendió porque sabíamos que la noche anterior no había ido de caza. A la hora de comer me enteré por Augusta, conmovida y agitada, que la noche anterior Guido había atentado contra su propia vida. Ahora estaba fuera de peligro. Debo confesar que la noticia, que a Augusta le parecía trágica, a mí me dio rabia.

¡Había recurrido a ese medio drástico para vencer la resistencia de su mujer! También me enteré en seguida de que lo había hecho con todas las precauciones, porque antes de tomar la morfina se había mostrado con el frasco destapado en la mano. Así, en cuanto cayó en el sopor, Ada llamó al médico y al instante estuvo fuera de peligro. Ada había pasado una noche horrible, porque el doctor se creyó en el deber de expresar sus reservas sobre las consecuencias del envenenamiento, y después su agitación se vio prolongada por Guido, que, cuando volvió en sí, tal vez no del todo consciente aún, la colmó de reproches llamándola su enemiga, su perseguidora, la que le impedía ejercer el sano trabajo al que quería dedicarse.

Ada le concedió al instante el préstamo que pedía pero después, con intención de defenderse, habló claro, por fin, y le hizo todos los reproches que había callado tanto tiempo. Así llegaron a entenderse porque él consiguió —así creía Augusta— disipar cualquier sospecha de Ada sobre su fidelidad. Se mostró enérgico y cuando ella le habló de Carmen, él gritó:

—¿Estás celosa de ella? Pues bien, si quieres, la despido hoy mismo.

Ada no había contestado nada, creyendo haber aceptado así la propuesta y que él se había comprometido.

Me asombró que Guido hubiera sabido comportarse así en duermevela y llegué a creer incluso que no había tomado siquiera la pequeña dosis de morfina que decía. Me parecía que uno de los efectos del ofuscamiento del cerebro por el sueño era el de ablandar el ánimo más endurecido induciéndolo a las confesiones más ingenuas. ¿Acaso no había tenido yo una experiencia reciente en ese sentido? Eso aumentó mi desdén y mi desprecio hacia Guido.

Augusta lloraba al contar el estado en que había encontrado a Ada. ¡No! Ada no estaba más bella con aquellos ojos que parecían abiertos de terror.

Entre mi mujer y yo hubo una larga discusión sobre si debía yo hacer en seguida una visita a Guido y Ada o si no sería mejor fingir no saber nada y esperar a volver a verlo en la oficina. A mí esa visita me parecía un fastidio insoportable. ¿Cómo iba a poder no decirle, al verlo, lo que pensaba? Decía:

—¿Es una acción indigna para un hombre! Yo no tengo ningún deseo de matarme, pero, ¿no hay duda de que si decidiese hacerlo lo lograría al instante!

Eso era lo que sentía y quería decírselo a Augusta. Pero me parecía hacer demasiado honor a Guido comparándolo conmigo:

—No es necesario ser químico para saber destruir este organismo nuestro, que es hasta demasiado sensible. ¿Acaso no hay casi cada semana en nuestra ciudad una modistilla que ingiera una solución de fósforo preparada en secreto en su pobre cuartito, y ese veneno rudimentario, a pesar de la intervención médica, le produce la muerte con la carita aún contraída por el dolor físico y el moral que sufrió su almita inocente?

Augusta no admitía que el alma de la modistilla suicida fuera tan inocente, pero, tras una débil protesta, volvió a intentar convencerme de que hiciese esa visita. Me contó que no debía temer encontrarme violento. Ella había hablado con Guido, quien había conversado con ella con tanta serenidad como si hubiese realizado la acción más corriente.

Salí de casa sin dar a Augusta la satisfacción de mostrarme convencido de sus razones. Tras una ligera vacilación, me dispuse a complacer a mi mujer. Aunque el recorrida era breve, el ritmo de mis pasos me llevó a mitigar mi juicio sobre Guido. Recordé la dirección señalada por la luz que pocos días antes había iluminado mi espíritu. Guido era un muchacho, un muchacho a quien había prometido mi

indulgencia. Si no acababa matándose, tarde o temprano llegaría también él a la madurez.

La criada me hizo entrar en un cuartito, que debía de ser el estudio de Ada. El día era oscuro y la pequeña habitación, con la ventana cubierta por visillos tupidos, estaba en penumbra. En la pared había retratos de los padres de Ada y de Guido. Permanecí poco tiempo en ella, porque la criada volvió a llamarme y me llevó junto a Guido y Ada, en su alcoba. Ésta era vasta y luminosa incluso aquel día, gracias a sus dos ventanas amplias y a la tapicería y los muebles claros. Guido yacía en la cama con la cabeza vendada y Ada estaba sentada a su lado.

Guido me recibió sin el menor embarazo y con el mayor agradecimiento. Parecía adormilado, pero, para saludarme y dictarme sus disposiciones, pudo despertarse del todo. Después reclinó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. ¿Recordaría que debía simular el tremendo efecto de la morfina? En «cualquier caso, inspiraba piedad y no ira y yo me sentí muy bueno.

No miré en seguida a Ada: tenía miedo de la fisonomía de Basedow. Cuando lo hice, tuve una sorpresa agradable, porque me esperaba algo peor. Tenía los ojos desmesuradamente agrandados, desde luego, pero las hinchazones que habían sustituido en su cara a las mejillas habían desaparecido y me pareció más bella. Llevaba un ancho vestido rojo, cerrado hasta la barbilla, en el que se perdía su pobre cuerpecito. Había en ella un halo de castidad y, a causa de los ojos, de gran severidad. No pude aclarar del todo mis sentimientos, pero pensé que tenía a mi lado a una mujer parecida a la Ada que yo había amado.

En determinado momento Guido abrió los ojos, sacó de debajo de la almohada un cheque en el que al instante vi la firma de Ada, me lo entregó y me rogó que lo cobrara e ingresase el importe en una cuenta que debía abrir a nombre de Ada.

—¿A nombre de Ada Malfenti o de Ada Speier? —preguntó en broma Ada.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Vosotros dos lo sabréis mejor que yo.

—Luego te diré cómo debes hacer los demás asientos —añadió Guido con una brevedad que me ofendió.

Yo estaba a punto de interrumpir la somnolencia a que se había abandonado al instante, para decirle que si quería registrar otros asientos, lo hiciera él mismo.

Entretanto, trajeron una gran taza de café puro, que Ada le ofreció. Sacó la boca de debajo de la manta y con las dos irianos se llevó la taza a la boca. Ahora, con la nariz dentro de la taza, parecía un niño enteramente.

Cuando me despedí, me aseguró que el día siguiente vendría a la oficina.

Yo ya me había despedido de Ada, por lo que me sorprendió mucho, cuando me alcanzó junto a la puerta de la casa. Dijo jadeante:

—¡Zeno, ven aquí un momento, por favor! Necesito decirte una cosa.

La seguí al saloncito donde había yo estado poco antes y desde el que ahora se oía el llanto de uno de los gemelos.

Permanecimos de pie mirándonos a la cara. Ella seguía jadeando y por eso, y sólo por esa razón, pensé por un momento que me había hecho entrar en ese cuartito oscuro para reclamarme el amor que yo le había ofrecido.

En la oscuridad sus grandes ojos eran terribles. Lleno de angustia, me preguntaba qué debería hacer. ¿No sería mi deber cogerla entre mis brazos y evitarle así tener que pedirme algo? En un instante, ¡qué sucesión de propósitos! Una de las grandes dificultades de la vida es adivinar lo que quiere una mujer. Escuchar sus palabras no sirve, porque todo un discurso puede quedar anulado por una mirada y ni siquiera eso es indicación válida, cuando nos encontramos con ella, por su propia voluntad, en un cómodo cuartito oscuro.

Al no poder adivinar sus intenciones, intentaba entenderme a mí mismo. ¿Cuál era mi deseo? ¿Quería besar aquellos ojos y aquel cuerpo esquelético? No podía dar una respuesta precisa, porque poco antes la había visto con la severa castidad de aquel vestido suelto, deseable como la muchacha a la que yo había amado.

Entretanto, a su angustia se había asociado el llanto y así se prolongó el tiempo en que yo no sabía lo que ella quería y lo que yo deseaba. Al final, con voz rota, volvió a manifestarme su amor por Guido, por lo que dejé de tener deberes y derechos respecto a ella. Balbució:

—Augusta me ha dicho que quieres dejar a Guido y no ocuparte más de sus asuntos. Debo rogarte que sigas ayudándolo. No creo que esté en condiciones de actuar solo.

Me pedía seguir haciendo lo que ya hacía. Era poco, muy poco y yo intenté conceder algo más:

—Ya que lo desees, seguiré ayudando a Guido; es más, haré todo lo posible para ayudarlo con mayor eficacia que hasta ahora.

¡Otra vez la exageración! La advertí en el momento mismo en que caía en ella, pero no pude evitarla. Yo quería decir a Ada (o tal vez mentirle) que era importante para mí. Ella no quería mi amor, sino mi ayuda y yo le hablaba de modo que pudiera creer que estaba dispuesto a concederle ambas cosas.

Al instante Ada me cogió la mano con fuerza. Me estremecí. ¡Ofrece mucho una mujer tendiendo la mano! Siempre lo he sentido. Cuando se me concedió una mano, me pareció coger a una mujer entera. Sentí su estatura y en la evidente comparación entre la mía y la suya me pareció hacer algo semejante a un abrazo. Desde luego, fue un contacto íntimo.

Ella añadió:

—Yo debo regresar en seguida a la casa de salud de Bolonia y me sentiré muy tranquila al saberte con él.

—¡Me quedaré con él! —respondí con aspecto resignado. Ada debió de creer que mi aspecto resignado significaba el sacrificio que yo aceptaba hacerle. En realidad, estaba resignándome a regresar a una vida mucho más corriente, en vista de que ella no pensaba en seguirme por la excepcional que yo había soñado.

Hice un esfuerzo para bajar del todo a tierra y descubrí en seguida en mi cabeza un problema arduo de contabilidad. Debía abrir la cuenta de Ada con el importe del cheque que llevaba en el bolsillo. Eso estaba claro y, sin embargo, no estaba nada claro cómo podría modificar ese registro la cuenta de pérdidas y ganancias. No dije nada ante la posibilidad de que Ada no supiera que en este mundo había un libro mayor con cuentas de naturaleza tan diversa.

Pero no quise salir de aquel cuarto sin antes haber dicho otra cosa. Así, en lugar de hablar de contabilidad, dije una frase que en aquel momento solté con negligencia sólo por decir algo, pero que después comprendí era de gran importancia para mí, para Ada y para Guido, pero ante todo para mí mismo, pues me comprometí una vez más. Tan importante fue aquella frase, que durante muchos años recordé cómo, con descuido, moví los labios para decirla en aquel cuartito oscuro delante de los padres de Ada y de Guido, casados entre sí también ellos allí, en la pared. Dije:

—¡Acabaste casándote con un hombre aún más extraño que yo, Ada!

¡Cómo sabe la palabra cruzar el tiempo! ¡Acontecimiento ella misma que vuelve a enlazar con los acontecimientos! Se convertía en un acontecimiento, trágico acontecimiento, por ir dirigida a Ada. Con el pensamiento no habría podido nunca evocar con tanta vivacidad el momento en que Ada había elegido entre Guido y yo por aquella calle soleada, donde, tras días de espera, había podido encontrarla para caminar a su lado y esforzarme por conquistar su risa, que, como un tonto, consideré una promesa. Y recordé también que en aquella ocasión me sentía ya inferior por la inhibición que me causaban los músculos de las piernas, mientras Guido se movía aún con mayor desenvoltura que la propia Ada y no padecía inferioridad alguna, si no debía considerarse tal el extraño bastón que llevaba.

Ella dijo en voz baja:

—¡Es cierto!

Después, sonriendo con afecto, añadió:

—Pero me alegro por Augusta de que tú hayas resultado mucho mejor de lo que yo creía. —Y prosiguió, con un suspiro—: Tanto, que me compensa un poco por el dolor de que Guido no sea tal como yo esperaba.

Yo seguía callado, aún indeciso. Me parecía haber entendido que yo me habría convertido en lo que, según esperaba ella, debía Guido llegar a ser. ¿Sería, pues, amor? Y añadió:

—Eres el mejor hombre de nuestra familia, nuestra fe, nuestra esperanza. —Volvió a cogerme la mano y yo la apreté tal vez demasiado. Pero ella la retiró tan rápido, que no me quedó la menor duda. Y en aquel cuartito oscuro supe de nuevo

cómo debía comportarme. Tal vez para atenuar ese gesto, volvió a halagarme—: Por saber ahora cómo eres, me duele tanto haberte hecho sufrir. ¿De verdad sufriste tanto?

Yo dirigí al instante los ojos hacia la oscuridad de mi pasado para dar de nuevo con aquel dolor y murmuré:

—¡Sí!

Poco a poco recordé el violín de Guido y también que me habrían expulsado de aquel salón, si no me hubiera aferrado a Augusta, y también el salón de la casa de los Malfenti, donde en torno a la mesita Luis XIV había unos besándose, mientras los de la otra mesita miraban. De improviso recordé también a Carla, porque también con ella había estado Ada. Entonces oí la enérgica voz de Carla, diciéndome que yo pertenecía a mi mujer, es decir, a Ada. Repetí, mientras se me llenaban los ojos de lágrimas:

—¡Mucho! ¡Sí! ¡Mucho!

Ada estaba ya sollozando:

—¡Lo siento tanto, tanto!

Cobró ánimos y dijo:

—Pero, ¡ahora amas a Augusta!

Un sollozo la interrumpió por un instante y yo me estremecí, por no saber si se había detenido para oírme afirmar o negar aquel amor. Por fortuna para mí, no me dio tiempo a hablar, porque continuó:

—Ahora entre nosotros hay y debe haber un auténtico afecto fraterno. Yo te necesito. Para ese muchacho, deberé ser en adelante una madre, deberé protegerlo. ¿Quieres ayudarme en mi difícil tarea?

Con su enorme emoción, casi se apoyaba en mí, como en el sueño. Pero yo me atuve a sus palabras. Me pedía un afecto fraterno; el compromiso de amor, que, según creía yo, me vinculaba a ella, se transformaba así en otro derecho suyo; sin embargo, le prometí al instante ayudar a Guido, ayudarla a ella, hacer lo que deseara. Si hubiera estado más sereno, debería haber hablado de mi incapacidad para la tarea que me asignaba, pero habría destruido toda la inolvidable emoción de aquel momento. Por lo demás, estaba tan conmovido, que no podía sentir mi incapacidad. En aquel momento pensaba que en realidad no existían incapacidades para nadie. Hasta la de Guido podía eliminarse con algunas palabras que le dieran el entusiasmo necesario.

Ada me acompañó hasta el rellano y se quedó en él, apoyada a la barandilla viéndome bajar. Así había hecho siempre Carla, pero era extraño que lo hiciera Ada, que amaba a Guido, y yo se lo agradecí tanto que, antes de pasar al segundo tramo de la escalera, volví a alzar la cabeza para verla y despedirme de ella. Así se hacía cuando se sentía amor, pero, al parecer, también cuando se trataba de amor fraterno.

Así me marché alegre. Me había acompañado hasta el rellano, y no más allá. No había dudas. Quedábamos así: yo la había amado y ahora amaba a Augusta, pero mi antiguo amor le daba derecho a mi devoción. Ella seguía amando a aquel muchacho, pero reservaba para mí un gran afecto fraterno y no sólo porque me hubiera casado con su hermana, sino para compensarme por los dolores que me había causado y que constituían un vínculo secreto entre nosotros. Todo aquello era muy agradable, de un sabor raro en esta vida. ¿No podría tanta dulzura darme una auténtica salud? En efecto, aquel día caminé sin dificultad ni dolores, me sentí magnánimo y fuerte y con una sensación de seguridad en el corazón que era nueva para mí. Olvidé haber traicionado a mi mujer, y además del modo más indecente, o bien me propuse no volver a hacerlo, lo que equivale a lo mismo, y me sentí de verdad como Ada me veía, el hombre mejor de la familia.

Cuando tamaño heroísmo se debilitó, me habría gustado avivarlo, pero entretanto Ada había marchado a Bolonia y resultaba vano cualquier esfuerzo mío para sacar un nuevo estímulo de lo que me había dicho. ¡Sí! Haría lo poco que podía por Guido, pero semejante propósito no aumentaba ni el aire en los pulmones ni la sangre en las venas. Por Ada seguí sintiendo en el corazón una nueva y grande dulzura, renovada siempre que en sus cartas a Augusta me recordaba con algunas palabras afectuosas. Le devolvía de corazón su afecto y acompañaba su cura con mis mejores votos. ¡Ojalá consiguiera recuperar toda su salud y toda su belleza!

El día siguiente, Guido vino a la oñcina y al instante se puso a estudiar los asientos que quería hacer. Propuse:

—Enjuguemos la mitad de las pérdidas con la aportación de Ada a la cuenta de pérdidas y ganancias.

Eso era lo que él quería y que no servía para nada. Si yo hubiera sido el ejecutor indiferente de su voluntad, como lo había sido hasta pocos días antes, me habría limitado a hacer esos asientos y no habría pensado más en la cuestión. En cambio, sentí la necesidad de decirle todo; me parecía que al hacerle saber que no era tan fácil borrar la pérdida que habíamos sufrido, lo estimulaba a trabajar.

Le expliqué que, por lo que yo sabía, Ada había dado ese dinero para que se ingresara en su cuenta, y no sería así, si la saldábamos en parte, deduciendo la mitad de la pérdida del balance. Le expliqué también que la parte de la pérdida que él quería pasar a su cuenta pertenecía a ella, igual que la deuda entera, pero eso no era su anulación, sino, al contrario, su evidencia. Había pensado tanto en eso, que me resultaba fácil explicarle todo, y concluí:

—Suponiendo que nos encontráramos —¡no lo quiera Dios!— en las circunstancias previstas por Olivi, la pérdida resultaría evidente de nuestros libros, en cuanto los examinara un perito experimentado.

Me miraba atónito. Sabía bastante de contabilidad para entenderme, pero no lo conseguía, porque el deseo le impedía resignarse a la evidencia. Después añadí, para hacerle ver todo con claridad:

—¿Ves cómo no tenía objeto que Ada hiciera esa aportación de dinero?

Cuando, al final, comprendió, empalideció profundamente y se puso a roerse las uñas nervioso. Se quedó anonadado, pero procuró dominarse y, con su cómica actitud de jefe, dispuso que, aun así, se hicieran esos asientos y añadió:

—¡Para exonerarte de cualquier responsabilidad estoy dispuesto a escribir yo en los libros e incluso a firmar!

¡Comprendí! Quería seguir soñando donde no hay lugar para los sueños: ¡la contabilidad por partida doble!

Recordé lo que me había prometido a mí mismo en la cuesta de via Belvedere, y después a Ada, en el cuartito oscuro de su casa y hablé con generosidad:

—Voy a hacer al instante los asientos que deseas: no siento la necesidad de verme defendido por tu firma. ¡Estoy aquí para ayudarte, no para ponerte obstáculos!

Me estrechó la mano con afecto:

—La vida es difícil —dijo— y es un gran consuelo tener junto a mí a un amigo como tú.

Nos miramos conmovidos a los ojos. Los suyos brillaban. Para sustraerme a la emoción que me amenazaba también a mí, dije riendo:

—La vida no es difícil, sino muy original.

Y también él se rió con ganas.

Después se quedó a mi lado para ver cómo saldaba esa cuenta de pérdidas y ganancias. Lo hice en pocos minutos. Aquella cuenta murió, pero arrastró a la nada también la cuenta de Ada, cuyo crédito anotamos, sin embargo, en una libreta, para tener, en caso de que cualquier otro testimonio desapareciera a consecuencia de algún cataclismo, la prueba de que debíamos pagarle los intereses. La otra mitad de la cuenta de pérdidas y ganancias fue a aumentar el debe, ya elevado, de la cuenta de Guido.

Los contables son, por naturaleza, un género de animales muy dispuestos a la ironía. Al hacer aquellos asientos, yo pensaba: «Una cuenta —la llamada de pérdidas y ganancias— había muerto asesinada, la otra —la de Ada— había muerto de muerte natural, porque no conseguíamos mantenerla con vida y, en cambio, no podíamos matar la de Guido, que, al ser de un deudor dudoso, constituía una auténtica tumba abierta en nuestra empresa.»

Seguimos hablando de contabilidad durante mucho tiempo, en aquella oficina. Guido se afanaba para encontrar otro modo que pudiera protegerlo mejor de posibles insidias (así las llamaba él) de la ley. Creo que consultó incluso a algún contable, porque un día vino a la oficina a proponerme que destruyéramos los libros viejos tras haber hecho otros nuevos en los que registraríamos una venta

falsa con un nombre cualquiera, que figuraría haberla pagado con la cantidad prestada por Ada. ¡Era doloroso tener que disuadirlo, porque había corrido a la oficina con tanta esperanza! Proponía una falsificación que me repugnaba. Hasta entonces no habíamos hecho otra cosa que cambiar cosas de sitio, amenazando con perjudicar a quien nos había dado su consentimiento. En cambio, ahora quería inventar movimientos de mercancías. También yo veía que así, y sólo así, se podía borrar cualquier huella de la pérdida sufrida, pero, ¡a qué precio! Había que inventar también el nombre del comprador o conseguir el consentimiento de la persona a la que queríamos hacer figurar como tal. Yo no tenía nada en contra de la destrucción de los libros, pese a haberlos escrito con tanto cuidado, pero era un fastidio tener que hacer otros nuevos. Puse objeciones, que acabaron convenciendo a Guido. No es fácil simular una factura. Habría que saber falsificar también los documentos comprobantes de la existencia y de la propiedad de la mercancía.

Renunció a su plan, pero el día siguiente apareció en la oficina con otro plan que también entrañaba la flestrucción de los libros viejos. Cansado de ver obstaculizado cualquier otro trabajo con discusiones semejantes, protesté:

—Al verte cavilar tanto en eso, ¡dan ganas de pensar que quieres prepararte precisamente para la quiebra! De lo contrario, ¿qué importancia puede tener una disminución tan exigua de tu capital? Hasta ahora nadie tiene derecho a examinar tus libros. Ahora hay que trabajar, trabajar y no ocuparse de tonterías.

Me confesó que esa idea era su obsesión. ¿Y cómo no iba a ser así? ¡Con un poco de mala suerte podía incurrir en esa sanción penal y acabar en la cárcel!

Por mis estudios de derecho, yo sabía que Olivi había expuesto con toda exactitud los deberes de un comerciante con semejante balance, pero, para liberar a Guido y también a mí de esa obsesión, le aconsejé que consultara a un abogado amigo.

Me respondió que ya lo había hecho, es decir, que no había ido a propósito a ver a un abogado con ese objeto, porque no quería confiar ni siquiera a un abogado su secreto, sino que había sacado información a un abogado amigo suyo con el que se había encontrado en la caza. Por eso, sabía que Olivi no se había equivocado ni había exagerado... ¡por desgracia!

Al ver la inutilidad, cesó de hacer descubrimientos para falsear su contabilidad, pero no por ello recuperó la calma. Siempre que venía a la oficina se enfurecía al mirar sus libretes. Un día, me confesó que, al entrar en nuestra habitación, le había parecido encontrarse en la antecámara de la cárcel y le habían dado ganas de salir corriendo.

Un día preguntó:

—¿Augusta sabe todo lo relativo a nuestro balance?

Enrojecí porque me pareció sentir un reproche en la pregunta. Pero, evidentemente, si Ada estaba enterada, también podía saberlo Augusta. No lo

pense en seguida así, sino que me pareció merecer el reproche que pretendía dirigirme. Por eso, murmuré:

—¡Lo habrá sabido por Ada o tal vez por Alberta, a quien se lo habrá dicho Ada!

Repasé todos los conductos que podían conducir a Augusta y no me parecía negar con ello que hubiera sabido todo por la primera fuente, es decir, por mí, sino afirmar que habría sido inútil por mi parte callar. ¡Qué lástima! En cambio, si hubiera confesado al instante que no tenía secretos con Augusta, ¡me habría sentido mucho más leal y honrado! Un simple hecho semejante, es decir, la simulación de un acto que habría sido mejor confesar y proefamar inocente, basta para crear problemas en la amistad más sincera.

Consigno aquí, pese a no haber tenido la menor importancia ni para Guido ni para mi historia, el hecho de que algunos días después el chismoso agente con el que habíamos tratado en relación con el sulfato de cobre me detuvo por la calle y, mirándome de abajo arriba, a lo que le obligaba su baja estatura que sabía exagerar doblando las piernas, me dijo con ironía:

—¡Dicen que han hecho ustedes otros buenos negocios como el del sulfato!

Después, al verme palidecer, me estrechó la mano y añadió:

—Por mi parte, les deseo los mejores negocios. ¡Espero que no lo dude!

Y me dejó. Supongo que se habría enterado de nuestros asuntos por su hija, que iba a la misma clase que la pequeña Anna en el instituto. No conté a Guido esa pequeña indiscreción. Mi misión principal era defenderlo de angustias inútiles.

Me asombró que Guido no adoptara disposición alguna respecto a Carmen, pues sabía que había prometido formalmente a su mujer despedirla. Yo creía que Ada volvería a casa al cabo de algunos meses, como la primera vez. Pero, en cambio, se dirigió, sin pasar por Trieste, a un hotelito junto al lago Maggiore, donde poco después Guido le llevó los niños.

De vuelta de aquel viaje —y no sé si habría recordado la promesa o si se la habría recordado Ada— me preguntó si no sería posible emplear a Carmen en mi oficina, es decir, en la de Olivi. Yo ya sabía que en esa oficina todos los puestos estaban ocupados, pero, en vista de que Guido me lo rogaba tan encarecidamente, accedí a hablar del asunto con el administrador. Por suerte, un empleado de Olivi se iba precisamente esos días, pero tenía un sueldo inferior al que Carmen había recibido en los últimos meses de la liberalidad de Guido, quien, en mi opinión, pagaba a sus mujeres con cargo a la cuenta de gastos generales. El viejo Olivi me preguntó por la capacidad de Carmen y, pese a que le di los mejores informes, se ofreció a aceptarla en las mismas condiciones que su empleado despedido. Se lo conté a Guido, quien afligido y azorado se rascó la cabeza.

—¿Cómo vamos a ofrecerle un sueldo inferior al que percibe? ¿No se podría convencer a Olivi para que le conceda el que ya tiene?

Yo sabía que era imposible y, además, Olivi no solía considerarse casado con sus empleados, como hacíamos nosotros. Cuando advirtiera que Carmen merecía una corona menos, se la quitaría sin misericordia. Y seguimos así: Olivi no recibió ni pidió tampoco una respuesta decisiva y Carmen siguió moviendo sus bellos ojos en nuestra oficina.

Entre Ada y yo había un secreto y era importante precisamente porque seguía siéndolo. Ella escribía con asiduidad a Augusta, pero nunca le contó haber tenido explicaciones conmigo ni haberme pedido siquiera que siguiese con Guido. Tampoco yo lo comenté. Un día Augusta me enseñó una carta de Ada, con palabras dirigidas a mí. Primero me pedía noticias mías y acababa apelando a mi bondad para que le dijera algo sobre la marcha de los negocios de Guido. Me turbé cuando oí que se dirigía a mí y me tranquilicé cuando vi que, como de costumbre, era para informarse sobre Guido. Una vez más yo no tenía motivos para intentar nada.

De acuerdo con Augusta y sin decir nada a Guido, escribí a Ada. Me senté a la mesa con el propósito de escribirle una carta de negocios y le comuniqué que estaba contento del modo como Guido dirigía ahora los negocios, es decir, con asiduidad y prudencia.

Eso era cierto o, al menos, yo estaba contento con él aquel día, porque había conseguido ganar dinero vendiendo mercancías que tenía depositadas en la ciudad desde hacía varios meses. También era cierto que parecía más asiduo, si bien se iba de caza y de pesca todas las semanas. Yo exageraba de buen grado mis elogios porque así me parecía favorecer la curación de Ada.

Releí la carta y no me bastó. Faltaba algo. Ada se había dirigido a mí y estaba seguro que también deseaba noticias mías. Por eso, era una falta de cortesía no dárselas. Y poco a poco —lo recuerdo como si me ocurriera ahora— me sentí violento en aquella mesa como si me encontrara de nuevo frente a Ada, en aquel cuartito oscuro. ¿Debía apretar mucho la manita que me habían ofrecido?

Escribí, pero luego tuve que rehacer la carta porque se me habían escapado palabras comprometedoras: anhelaba volver a verla y esperaba que recuperara toda su salud y toda su belleza. Eso significaba coger de la cintura a la mujer que sólo me había ofrecido la mano. Mi deber era estrechar sólo aquella manita, estrecharla con suavidad y por largo rato para indicar que entendía todo, todo lo que no debía decirse nunca.

No voy a repetir todo el repertorio de frases a que pasé revista para dar con algo que pudiera sustituir a ese apretón de mano largo, suave y significativo, sino sólo las frases que luego escribí. Hablé por extenso de mi vejez inminente. No podía estar un momento tranquilo sin envejecer. A cada recorrido de mi sangre, algo se añadía a mis huesos y a mis venas que significaba vejez. Todas las mañanas, cuando me despertaba, el mundo aparecía más gris y yo no lo advertía porque nada

desentonaba; en el nuevo día no había una pincelada siquiera del color del día anterior; de lo contrario, la habría advertido y la nostalgia me habría hecho desesperar.

Recuerdo muy bien que envié la carta con plena satisfacción. No me había comprometido lo más mínimo con aquellas palabras, pero me parecía también que, si el pensamiento de Ada era igual al mío, habría comprendido ese amoroso apretón de mano. No hacía falta demasiada agudeza para adivinar que esa larga disquisición sobre la vejez no significaba sino mi temor de que, al encontrarme en la carrera a través del tiempo, no pudiera ser alcanzado nunca más por el amor. Parecía gritar al amor: «¡Ven, ven!» Sin embargo, no estoy seguro de haber deseado ese amor y, si tengo alguna duda, se debe sólo a que sé que escribí más o menos eso.

Para Augusta hice una copia de aquella carta suprimiendo la disquisición sobre la vejez. No la habría entendido, pero la prudencia no está de más. ¡Habría podido enrojecer al sentir que me miraba mientras estrechaba la mano de su hermana! ¡Sí! Yo podía enrojecer aún. Y también enrojecí cuando recibí una nota de agradecimiento de Ada, en la que no mencionaba para nada mi chachara sobre la vejez. Me parecía que ella se comprometía mucho más conmigo de lo que yo me había comprometido con ella. No sustraía su manita a mi presión. La dejaba yacer inerte en la mía y, en el caso de la mujer, la inercia es un modo de consentir.

Pocos días después de haber escrito aquella carta, descubrí que Guido se había puesto a jugar a la Bolsa. Lo supe por una indiscreción del agente Nilini.

Yo conocía a éste desde hacía muchos años porque habíamos sido condiscípulos en el instituto, que él había tenido que abandonar para entrar en seguida en la oficina de un tío suyo. Después nos habíamos visto algunas veces, y recuerdo que la diferencia de nuestros destinos había constituido una superioridad mía en nuestras relaciones. Entonces él me saludaba primero y a veces intentaba acercárame. Eso me parecía natural, y, en cambio, me pareció menos explicable que en una época que no puedo precisar se volviera muy altanero. Ya no me saludaba y apenas respondía a mi saludo. Me preocupó un poco porque mi piel es muy sensible y es fácil de arañar. Pero, ¿qué hacer? Tal vez me hubiera descubierto en la oficina de Guido, donde le parecía que ocupaba un puesto de subalterno, y me despreciaba por ello o, con la misma probabilidad, se podía suponer que, por haber muerto un tío suyo, había pasado a ser un agente de Bolsa independiente y se había ensoberbecido. En las ciudades pequeñas son frecuentes esa clase de relaciones. Sin que haya habido un gesto de enemistad, un día alguien te mira con aversión y desprecio.

Por eso, me sorprendió verlo entrar en la oficina, donde me encontraba solo, y preguntar por Guido. Se había quitado el sombrero y me había tendido la mano. Después se había arrellanado al instante, con gran libertad, en una de nuestras

grandes butacas. Yo lo miré con interés. Hacía años que no lo veía desde tan cerca y ahora, con la aversión que me manifestaba, se había conquistado mi atención más intensa.

Tenía entonces unos cuarenta años y era muy feo, por una calvicie casi general interrumpida por un oasis de cabellos negros y espesos en la nuca y otro en las sienes, y una cara amarilla y de piel demasiado abundante, pese a su gran nariz. Era pequeño y flaco y se erguía como podía, hasta el punto de que cuando hablaba con él yo sentía un ligero dolor simpático en el cuello, la única simpatía que sentía hacia él. Aquel día me pareció que contenía la risa y que su rostro tenía la cara contraída por una ironía o un desprecio, que no podía herirme a mí, en vista de que me había saludado con tanta amabilidad. Después descubrí que la extraña madre naturaleza le había grabado en la cara esa ironía. Sus pequeñas mandíbulas no ajustaban exactamente y entre ellas, en una parte de la boca, había quedado un agujero en el que habitaba estereotipada su ironía. Tal vez para adaptarse a la máscara de la que no podía librarse salvo cuando bostezaba, le gustaba burlarse del prójimo. No era ningún tonto y lanzaba flechas envenenadas, pero con preferencia a los ausentes.

Charlaba mucho y tenía imaginación, en particular para las operaciones de Bolsa. Hablaba de la Bolsa como si se tratara de una sola persona, a la que describía angustiada por una amenaza o adormilada en la inactividad y con una cara que podía reír y también llorar. Él la veía subir la «escalera de las cotizaciones bailando o bajar con riesgo de caerse y también la admiraba cuando acariciaba un valor, estrangulaba a otro o enseñaba a la gente la moderación y la actividad. Porque sólo quien tenía juicio podía tratar con ella. Había tanto de aquel dinero esparcido por el suelo en la Bolsa, pero no era fácil inclinarse para recogerlo.

Lo dejé esperando tras haberle ofrecido un cigarrillo y me ocupé de la correspondencia. Al cabo de un rato, se cansó y dijo que no podía esperar más. Por lo demás, sólo había venido para contar a Guido que ciertas acciones con el extraño nombre de Río Tinto y que él había aconsejado comprar a Guido el día anterior —sí, exactamente veinticuatro horas antes— habían subido ese día cerca del diez por ciento. Se echó a reír con ganas.

—Mientras nosotros hablamos aquí, es decir, mientras yo espero, la Bolsa habrá hecho lo demás. Si el señor Speier quisiera comprar ahora esas acciones, quién sabe a qué precio tendría que pagarlas. —Se interrumpió para preguntarme—: ¿Quién cree usted que instruye mejor: la Universidad o la Bolsa?

Su mandíbula cayó un poco más y el agujero de la ironía se agrandó.

—Evidentemente, ¡la Bolsa! —dije yo con convicción. Eso me valió un apretón de mano afectuoso, cuando me dejó.

Conque, ¡Guido jugaba a la Bolsa! Si yo hubiera estado más atento, debería haberlo adivinado antes, porque cuando le había presentado una cuenta exacta de

las cantidades no insignificantes que habíamos ganado con nuestros últimos negocios, él la había mirado sonriendo, pero con cierto desprecio. Le parecía que habíamos debido trabajar demasiado para ganar aquel dinero. ¡Y nótese que con algunas decenas de aquellos negocios habríamos podido cubrir la pérdida que habíamos sufrido el año anterior! ¿Qué debía yo hacer ahora, yo que pocos días antes había escrito elogios sobre él?

Poco después Guido vino a la oficina y yo le referí con fidelidad las palabras de Nilini. Escuchó con tanta ansiedad, que ni siquiera advirtió que así había sabido yo que él jugaba, y se marchó corriendo.

Por la noche hablé de ello con Augusta, que consideró debíamos dejar en paz a Ada y avisar, en cambio, a la señora Malfenti de los peligros a que se exponía Guido. Me pidió que también yo hiciera todo lo posible para impedirle cometer algún disparate.

Pasé largo rato preparando las palabras que debía decirle. Por fin ponía en práctica mis propósitos de bondad activa y mantenía la promesa que había hecho a Ada. Sabía cómo debía abordar a Guido para inducirlo a obedecerme. Todo el mundo comete alguna imprudencia —le explicaría— jugando a la Bolsa, pero más que nadie un comerciante que tenga tras sí un balance semejante.

El día siguiente empecé muy bien:

—Conque, ¡ahora juegas a la Bolsa! ¿Quieres acabar en la cárcel? —le pregunté con severidad. Estaba preparado para una escena y tenía también en reserva la declaración de que, puesto que él actuaba de un modo que comprometía la empresa, yo abandonaría sin más la oficina.

Guido supo desarmarme al instante. Había mantenido el secreto hasta entonces, pero ahora, con actitud de buen muchacho, me contó con todo detalle sus asuntos. Trabajaba con valores mineros de no recuerdo qué país, que ya le habían dado un beneficio que casi bastaría para cubrir la pérdida de nuestro balance. Ahora habían desaparecido los riesgos y podía contármelo todo. Cuando tuviera la mala suerte de perder lo que había ganado, sencillamente dejaría de jugar. En cambio, si la fortuna seguía ayudándolo, se apresuraría a poner en regla mis libros, cuya amenaza no dejaba de sentir ni por un momento.

Vi que no había motivo para enfadarse y que, al contrario, había que congratularse con él. En cuanto a las cuestiones de contabilidad, le dije que ahora podía estar tranquilo, porque donde había dinero contante disponible era facilísimo regular la contabilidad más fastidiosa. Cuando se hubiera reintegrado en nuestros libros la cuenta de Ada y hubiésemos disminuido al menos la que yo llamaba el abismo de nuestra empresa, es decir, la cuenta de Guido, nuestra contabilidad estaría perfecta.

Después le propuse al instante hacer esa regulación y poner en la cuenta de la empresa las operaciones de Bolsa. Por fortuna, no aceptó, porque, si no, yo me habría convertido en el contable del jugador y habría cargado con una

responsabilidad mayor. En cambio, así las cosas siguieron como si yo no existiera. Él rechazó mi propuesta con razones que me parecieron válidas. Era de mal agüero pagar así en seguida las deudas y en todas las mesas de juego está muy divulgada la superstición de que el dinero ajeno da suerte. Yo no creo en eso, pero cuando juego no dejo de tomar alguna preocupación, a mi vez.

Por un tiempo me reproché a mí mismo haber acogido las declaraciones de Guido sin protestar. Pero cuando vi comportarse del mismo modo a la señora Malfenti, quien me contó que su marido había sabido ganar grandes sumas en la Bolsa, y también a Ada, a quien oí decir que el juego era un género de comercio como cualquier otro, comprendí que a ese respecto nadie podría reprocharme nada. Para detener a Guido en aquella pendiente no bastaría mi protesta, que no tendría la menor eficacia, si no iba apoyada por todos los miembros de la familia.

Así, Guido siguió jugando y toda su familia con él. Yo también formaba parte de la comitiva, hasta el punto de que entré en una relación de amistad bastante curiosa con Nilini. No hay duda de que yo no podía soportarlo porque sabía que era ignorante y presuntuoso, pero parece que, por el bien de Guido, que esperaba buenos consejos de él, supe ocultar mis sentimientos y él acabó creyendo que tenía en mí a un amigo fiel. No niego que tal vez mi amabilidad con él se debiera también al deseo de evitar el malestar que me había producido su enemistad, tan fuerte a causa del rictus de ironía que llevaba en su fea cara. Pero no tuve con él otra amabilidad que la de tenderle la mano y despedirlo, cuando venía y se iba. En cambio, él estuvo amabilísimo conmigo y yo no pude dejar de aceptar sus cortesías con gratitud, lo que es en verdad la máxima amabilidad que se puede tener con alguien en este mundo. Me conseguía cigarrillos de contrabando y me los cobraba al precio que le costaban, es decir, muy baratos. Si me hubiera caído más simpático, habría podido inducirme a utilizarlo de intermediario en el juego; no lo hice nunca, sólo para no verlo con mayor frecuencia.

¡Lo veía demasiado incluso! Pasaba horas en nuestra oficina, pese a que —como era fácil de advertir— no estaba enamorado de Carmen. Venía a hacerme compañía precisamente a mí. Al parecer, se había propuesto instruirme en la política, que conocía muy bien a causa de la Bolsa. Me presentaba a las grandes potencias un día estrechándose la mano y el siguiente dándose de bofetadas. No sé si adivinaba el futuro, porque yo, por antipatía, nunca lo escuchaba. Conservaba una sonrisa imbécil, estereotipada. Desde luego, nuestro malentendido debió de depender de una interpretación equivocada de mi sonrisa que debió parecerle de admiración. Yo no tengo la culpa.

Sólo sé las cosas que repetía cada día. Pude advertir que era un italiano de color dudoso, porque le parecía que era mejor que Trieste siguiera siendo austríaca. Adoraba a Alemania y sobre todo los ferrocarriles alemanes que llegaban con tanta puntualidad. Era socialista a su modo y le habría gustado prohibir que una persona

sola poseyera más de cien mil coronas. No me reí un día que, hablando con Guido, confesó poseer precisamente cien mil coronas y ni un céntimo más. No me reí y ni siquiera le pregunté si modificaría su teoría, en caso de ganar más dinero. Nuestra relación era en verdad extraña. Yo no podía reír ni con él ni de él.

Cuando había soltado alguna de sus sentencias, se erguía tanto en su butaca, que sus ojos miraban al techo, mientras que a mí me dirigía el agujero que yo llamaba mandibular. ¡Y veía con aquel agujero! Yo intentaba aprovechar su posición para pensar en otra cosa, pero él reclamaba mi atención preguntándome al instante:

—¿Me escuchas?

Después de esa simpática efusión, Guido pasó mucho tiempo sin hablarme de sus asuntos. Al principio, me contaba algo Nilini, pero después también él se volvió reservado. Por la propia Ada supe que Guido seguía ganando.

Cuando ella regresó, la encontré de nuevo bastante afeada. Más que gorda, estaba fofa. Sus mejillas, que habían vuelto a aumentar, también esa vez estaban fuera de su lugar y le daban forma casi cuadrada a la cara. En los ojos se había acentuado la deformación de las órbitas. Mi sorpresa fue grande, porque por Guido y otros que habían ido a verla había oído decir que cada día que pasaba le aportaba nuevas fuerzas y salud. Pero la salud de la mujer es en primer lugar su belleza.

Con Ada tuve también otras sorpresas. Me saludó con afecto, pero no de modo distinto a como habría saludado a Augusta. Entre nosotros ya no había ningún secreto y, desde luego, ya no recordaba haber llorado ante el recuerdo de haberme hecho sufrir. ¡Tanto mejor! Por último, ¡olvidaba sus derechos sobre mí! Yo era su buen cuñado y me amaba sólo porque volvía a ver las mismas relaciones afectuosas entre mi mujer y yo, que seguían constituyendo la admiración de los Malfenti.

Un día hice un descubrimiento que sorprendió bastante. ¡Ada se creía aún bella! Allí lejos, al borde del lago, le habían hecho la corte y era evidente que gozaba con sus éxitos. Probablemente los exageraba porque me parecía excesivo pretender que había tenido que abandonar el veraneo para librarse de las persecuciones de un enamorado. Admito que algo de cierto pueda haber habido, porque probablemente podía parecer menos fea a quien no la hubiera conocido antes. Pero ya no mucho, ¡con aquellos ojos, aquel color y la forma de aquella cara! A nosotros nos parecía más fea porque, al recordar cómo había sido, veíamos más evidentes las devastaciones realizadas por la enfermedad.

Una noche invitamos a Guido y a ella a nuestra casa. Fue una reunión agradable, de familia. Parecía la continuación del noviazgo de los cuatro. Pero la melena de Ada ya no estaba iluminada por luz alguna.

En el momento de separarnos, me quedé un instante a solas con ella, para ayudarla a ponerse el abrigo. Tuve al instante una sensación algo diferente de nuestras relaciones. Nos habían dejado solos y tal'vez podíamos decirnos lo que delante de

otros no queríamos. Mientras la ayudaba, reflexioné y acabé encontrando lo que debía decirle:

—¿Sabes que ahora juega? —le dije con voz seria. A veces tengo la sospecha de que con esas palabras quería evocar de nuevo nuestro último encuentro, pues no me resignaba a que hubiera quedado tan olvidado.

—Sí —dijo ella sonriendo— y hace muy bien. Según dicen, ha aprendido mucho. Me reí con ella, a carcajadas. Me sentí libre de cualquier responsabilidad. Al marcharme, murmuró: —¿Esa Carmen sigue en vuestra oficina? No llegué a responder porque se marchó corriendo. Entre nosotros ya no se interponía nuestro pasado, pero sí sus celos. Estaban vivos como en nuestro último encuentro.

Ahora, al volver a pensarlo, me parece que debería haber advertido, mucho antes de que me lo anunciaran expresamente, que Guido había empezado a perder en la Bolsa. Desapareció de su cara el aire de triunfo que la había iluminado y manifestó de nuevo su gran ansiedad por el balance, cerrado de aquel modo.

—¿Por qué te preocupas —le pregunté yo, con mi inocencia—, cuando tienes ya en el bolsillo lo necesario para hacer del todo reales esos asientos? Teniendo tanto dinero no se va a lá cárcel. —Entonces, como supe más adelante, ya no le quedaba nada en el bolsillo.

Creí con tanta firmeza que tenía la fortuna de su parte, que no tuve en cuenta los numerosos indicios que habrían podido convencerme de lo contrario.

Una noche de agosto me convenció para que lo acompañara a pescar. A la luz deslumbrante de una luna casi llena había poca probabilidad de pescar nada. Pero insistió diciendo que en el mar encontraríamos algún alivio para el calor. En efecto, no encontramos otra cosa. Tras un solo intento, no volvimos a cebar siquiera los anzuelos y dejamos los sedales colgando de la barquita, que Luciano dirigió hacia alta mar. Cierto es que los rayos de la luna llegaban hasta el fondo del mar, con lo que permitían a los peces grandes afinar la vista y advertir la insidia y también a los pequeños capaces de roer el cebo, pero no de llegar con la boquita al anzuelo. Nuestros cebos no eran sino regalos para los pececillos.

Guido se tumbó a popa y yo a proa. Poco después murmuró:

—¡Qué tristeza toda esta luz!

Probablemente lo dijera porque la luz le impedía dormir y yo asentí para complacerlo y también para no turbar concuna discusión tonta la solemne quietud en que nos movíamos lentamente. Pero Luciano protestó diciendo que a él aquella luz le gustaba muchísimo. En vista de que Guido no respondía, quise hacerle callar diciéndole que la luz era sin duda algo triste, porque se veían las cosas de este mundo. Y, además, impedía la pesca. Luciano se rió y calló.

Permanecimos en silencio largo rato. Yo bostecé varias veces mirando a la luna. Lamentaba haberme dejado convencer de subir a aquella barquita.

De improviso Guido me preguntó:

—Tú que eres químico, ¿sabrías decirme si es más eficaz el veronal puro o el veronal al sodio?

La verdad es que yo no sabía siquiera que existiese un veronal al sodio. No se puede pretender, ni mucho menos, que un químico sepa todo de memoria. Yo de química sé lo suficiente como para poder encontrar al instante en mis libros cualquier información y, además, poder hablar —como se vio en aquel caso— hasta de las cosas que ignoro.

¿Al sodio? Pero si todo el mundo sabía que las combinaciones al sodio eran las que se asimilaban con mayor facilidad. Más aún, a propósito del sodio recordé —y reproduje con mayor o menor exactitud— un himno a ese elemento entonado por un profesor mío en la única clase suya a la que había yo asistido. El sodio era un vehículo sobre el que se montaban los elementos para moverse con mayor rapidez. Y el profesor había recordado que el cloruro de sodio pasaba de organismo a organismo y que iba acumulándose por efecto exclusivo de la gravedad en el agujero más profundo de la tierra, el mar. No sé si reproduje con exactitud el pensamiento de mi profesor, pero en aquel momento, ante aquella enorme extensión de cloruro de sodio, hablé del sodio con un respeto infinito.

Tras una vacilación, Guido me preguntó también:

—Así. pues, ¿quién quiera matarse debe tomar veronal al sodio?

—Sí —respondí.

Después, recordando que hay casos en que se puede querer simular un suicidio y sin advertir al instante que estaba rememorando a Guido un episodio desagradable de su vida, añadí:

—Y quien no quiera morir debe tomar veronal puro.

Los estudios de Guido sobre el veronal habrían podido darme que pensar. Sin embargo, no comprendí nada, preocupado como estaba por el sodio. Los días siguientes estuve en condiciones de aportar a Guido nuevas pruebas de las cualidades que yo había atribuido al sodio: también para acelerar las mezclas, que no son sino abrazos intensos entre dos cuerpos, abrazos que sustituyen a la combinación o la asimilación, se añadía sodio al mercurio. Éste era el intermedio entre el oro y el mercurio. Pero a Guido ya no le importaba el veronal, y yo ahora pienso que en cualquier momento las cosas debían de irle mejor en la Bolsa.

En el transcurso de una semana, Ada vino a la oficina sus buenas tres veces. Hasta después de la segunda no se me ocurrió que quería hablarme.

La primera se topó con Nilini, que una vez más se había puesto a educarme. Esperó una hora a que se fuera, pero cometió el error de charlar con él, con lo que le hizo creer que debía quedarse. Después de hacer las presentaciones, respiré, aliviado porque el agujero mandibular ya no estuviera dirigido hacia mí. No participé en su conversación.

Nilini estuvo ingenioso incluso y sorprendió a Ada contando que en el Tergesteo se decían tantas maledicencias como en el salón de una señora. Sólo que, según él, en la Bolsa, como siempre, estaban mejor informados que en otros sitios. A Ada le pareció que calumniaba a las mujeres. Dijo que ni siquiera sabía lo que era la maledicencia. En ese momento intervine yo para confirmar que, durante los muchos años que la conocía, nunca había oído una palabra de su boca que recordara siquiera a la maledicencia. Sonreí al decir eso, porque me pareció dirigirle un reproche. Ella no murmuraba porque no se ocupaba de los asuntos ajenos. Al principio, en plena salud, había pensado en sus asuntos y, cuando la enfermedad la invadió, sólo quedó en ella un pequeño sitio libre, ocupado por sus celos. Era una auténtica egoísta, pero acogió mi testimonio con gratitud.

Nilini fingió no creernos ni a ella ni a mí. Dijo que me conocía desde hacía muchos años y que me consideraba muy ingenuo. Eso me divirtió y divirtió también a Ada. En cambio, me fastidió mucho, cuando —por primera vez delante de terceros— proclamó que yo era uno de sus mejores amigos y que, por eso, me conocía a fondo. No me atreví a protestar, pero me sentí ofendido en mi pudor por aquella declaración desvergonzada, como una muchacha a la que hubieran reprochado en público haber fornicado.

Yo era tan ingenuo, decía Nilini, que Ada, con la habitual astucia de las mujeres, habría podido decir maledicencias delante de mí sin que yo lo advirtiera. A mí me pareció que Ada seguía divirtiéndose con aquellos cumplidos de carácter dudoso, pero más adelante supe que le dejaba hablar esperando que se agotara y se fuera. Pero de nada le sirvió esperar.

Cuando Ada regresó la segunda vez, me encontró con Guido. Entonces leí en su cara una expresión de impaciencia y adiviné que con quien quería hablar era conmigo. Hasta que volvió, yo me entretuve con mis sueños habituales. En el fondo, ella no me pedía amor, pero con demasiada frecuencia quería encontrarse a solas conmigo. Para los hombres era difícil entender lo que las mujeres querían también porque a veces ellas mismas lo ignoraban.

Sin embargo, sus palabras no me inspiraron un sentimiento nuevo. En cuanto pudo hablarme, se le alteró la voz con la emoción, pero no porque me dirigiera la palabra a mí. Quería saber por qué razón no se había despedido a Carmen. Yo le conté todo lo que sabía al respecto, incluido nuestro intento de conseguirle un nuevo empleo con Olivi.

Al instante, se calmó porque lo que le dije coincidía exactamente con lo que le había dicho Guido. Después sus accesos de celos se seguían periódicamente. Sobrevenían sin motivo aparente y se iban ante una palabra que la convenciera.

Me hizo dos preguntas más: si de verdad era tan difícil encontrar un puesto para una empleada y si la familia de Carmen dependía del sueldo de la muchacha.

Le expliqué que, en efecto, en Trieste era difícil entonces encontrar trabajo para las mujeres, en las oficinas. En cuanto a la segunda pregunta, no podía responderle, porque no sabía nada de la familia de Carmen.

—En cambio, Guido conoce a todos los de esa casa —murmuró Ada con ira y las lágrimas bañaron de nuevo sus mejillas.

Después me estrechó la mano para despedirse y me dio las gracias. Sonriendo a través de las lágrimas, dijo que sabía que podía contar conmigo. La sonrisa me gustó, porque, desde luego, no iba dirigida al cuñado, sino a quien estaba unido a ella por vínculos secretos. Intenté dar prueba de merecer aquella sonrisa y murmuré:

—Lo que temo por Guido no es Carmen, ¡sino su juego en la Bolsa!

Ella se encogió de hombros:

—Eso no tiene importancia. He hablado de eso también con mamá. También papá jugaba a la Bolsa y ganó mucho dinero.

Yo quedé desconcertado ante esa respuesta e insistí:

—Ese Nilini no me gusta. ¡No es cierto ni mucho menos que yo sea amigo suyo!

Ella me miró sorprendida:

—A mí me parece un caballero. También Guido lo aprecia. Además, creo que ahora Guido está muy atento a sus negocios.

Estaba decidido a no hablar mal de Guido y callé. Cuando me encontré solo, no pensé en Guido, sino en mí. Tal vez estuviera bien que, al final, Ada me pareciera una hermana y nada más. No prometía amor ni amenazaba con él. Durante varios días recorrí la ciudad inquieto y desequilibrado. No lograba entenderme. ¿Por qué me sentía como si Carla me hubiese dejado en aquel instante? No me había sucedido nada nuevo. Sinceramente, creo que siempre he necesitado la aventura o alguna complicación que se le asemeje. Mis relaciones con Ada ya no eran complicadas, ni mucho menos.

Un día Nilini, desde su sillón, predicó más que de costumbre: por el horizonte avanzaba un nubarrón, n«»^a menos eme el encarecimiento del dinero. De repente la Bolsa estaba saturada y no podía absorber

—¡Echémosle sodio! —propuse yo.

La interrupción no le gustó, pero para no enojarse la pasó por alto; de súbito el dinero en este mundo se había vuelto escaso y, por tanto, caro. Le sorprendía que sucediese entonces, cuando él lo había previsto para un mes después.

—¡Habrán enviado todo el dinero a la Luna! —dije yo.

—Son cosas serias con las que no hay que bromear —afirmó Nilini, sin dejar de mirar al techo—. Ahora se va a ver quién tiene espíritu de auténtico luchador y quién sucumbe, en cambio, al primer golpe.

Como no entendí por qué en este mundo podía volverse el dinero más escaso, tampoco adiviné que Nilini colocaba a Guido entre los luchadores cuyo valor había

que probar. Estaba tan acostumbrado a defenderme de sus prédicas con la falta de atención, que hasta aquélla, a pesar de oírla, pasó sin rozarme siquiera.

Pero pocos días después Nilini entonó una canción muy distinta. Había ocurrido un fenómeno nuevo.. Había descubierto que Guido había hecho negocios con otro agente de cambio. Nilini comenzó protestando con tono excitado que él nunca había faltado en nada a Guido, ni siquiera en la discreción debida. Quería mi testimonio de ello. ¿Acaso no había mantenido ocultos los negocios de Guido incluso a mí, a quien seguía considerando su mejor amigo? Pero ahora ya no estaba obligado a mantener la reserva y podía gritarme al oído que Guido estaba perdiendo hasta las pestañas. En relación con los negocios hechos por mediación de él, aseguraba que a la más ligera mejoría se podría resistir y esperar a tiempos mejores. Sin embargo, era increíble que a la primera adversidad Guido lo hubiese engañado.

¡Igualito que Ada! Los celos de Nilini eran indomables. Yo quería recibir noticias de él y, en cambio, él se exasperaba cada vez más y continuaba hablando del engaño de que había sido víctima. Por eso, a pesar de sus propósitos, siguió siendo discreto.

Por la tarde encontré a Guido en la oficina. Estaba tumbado en nuestro sofá en un curioso estado intermedio entre la desesperación y el sueño. Le pregunté:

—¿Ahora estás perdiendo hasta las pestañas?

No me respondió al instante. Alzó el brazo con el que se cubría el rostro desencajado y dijo:

—¿Has visto alguna vez a un hombre más desgraciado que yo?

Volvió a bajar el brazo y cambió de posición, poniéndose boca arriba. Cerró los ojos de nuevo y pareció haber olvidado ya mi presencia.

Yo no supe ofrecerle consuelo alguno. En verdad, me ofendía que creyese ser el hombre más desgraciado del mundo. No era una exageración; era una auténtica mentira. Lo habría socorrido, si hubiera podido, pero resultaba imposible consolarlo. En mi opinión, ni siquiera quienes son más inocentes y más desgraciados que Guido merecen compasión, porque, si no, en nuestra vida sólo habría sitio para ese sentimiento, lo que sería un gran tedio. La ley natural no da el derecho a la felicidad, sino que, al contrario, prescribe la miseria y el dolor. Cuando se expone algo comestible, acuden de todas partes los parásitos y, si faltan, se apresuran a nacer. Pronto la presa apenas basta, y poco después, ya no basta, porque la naturaleza no hace cálculos, sino experimentos. Cuando ya no basta, los consumidores deben disminuir a fuerza de muerte precedida del dolor y así se restablece el equilibrio por un instante. ¿Por qué quejarse? Y, sin embargo, todos se quejan. Quienes no han conseguido nada de la presa, mueren gritando injusticia y quienes han conseguido una parte les parece que tenían derecho a una parte mayor. ¿Por qué viven y mueren en silencio? En cambio, es simpática la alegría de

quien ha sabido conseguir una parte abundante de la presa y se manifiesta al sol entre los aplausos. El único grito admisible es el del triunfador.

Volviendo a Guido: a éste le faltaban todas las cualidades para conquistar o incluso para conservar la riqueza. Venía de la mesa de juego y lloraba por haber perdido. Así, pues, ni siquiera se comportaba como un caballero y a mí me daba náuseas. Por eso, y sólo por eso, en el momento en que Guido habría necesitado tanto mi afecto, no lo tuvo. Ni siquiera mis repetidos propósitos pudieron acompañarme hasta allí.

Entretanto la respiración de Guido se iba volviendo cada vez más regular y ruidosa. ¡Se estaba quedando dormido! ¡Qué poco viril era en la desventura! Le habían quitado el comestible y cerraba los ojos tal vez para soñar con que aún lo poseía en lugar de abrirlos bien para ver si podía arrancar una pequeña parte.

Sentí curiosidad por saber si había informado a Ada de la desgracia que había caído sobre ella. Se lo pregunté en voz alta. Se estremeció y necesitó una pausa para habituarse a su desgracia, que de improviso volvió a ver por entero.

—¡No! —murmuró. Después cerró los ojos.

Desde luego, todos los que han recibido golpes duros son propensos al sueño. El sueño hace recuperar las fuerzas. Entonces me quedé mirándolo vacilante. Pero, ¿cómo se podía ayudarlo, si dormía? No era ése el momento de dormir. Lo agarré con rudeza de un hombro y lo sacudí:

—¡Guido!

Se había quedado dormido de verdad. Me miró inseguro, con los ojos aún velados por el suelo y después me preguntó:

—¿Qué quieres? —Poco después, enojado, repitió su pregunta—: Pero, ¿qué quieres?

Yo quería ayudarlo; si no, ni siquiera habría tenido derecho a despertarlo. Me enojé yo también y grité que no era el momento de dormir porque había que apresurarse a ver cómo se podía poner remedio a la catástrofe. Había que calcular y discutir con todos los miembros de nuestra familia y los de la suya de Buenos Aires.

Guido se sentó. Estaba aún un poco aturdido por haber sido despertado de ese modo. Me dijo con amargura:

—Habrías hecho mejor dejándome dormir. ¿Quién quieres que me ayude ahora? ¿No recuerdas a qué extremo tuve que recurrir la otra vez para conseguir lo poco que necesitaba para salvarme? ¡Ahora se trata de sumas considerables! ¿A quién quieres que me dirija?

Sin el menor afecto y con la ira de tener que dar y privar a mí y los míos, exclamé:

—¿Y para qué estoy yo, entonces? —Después la avaricia me sugirió atenuar desde el principio mi sacrificio:

—¿Para qué está Ada? ¿Para qué está nuestra suegra? ¿Es que no podemos unirnos para salvarte?

Se levantó y se me acercó con la evidente intención de abrazarme. Pero precisamente eso era lo que yo no quería. Tras haberle ofrecido mi ayuda, tenía derecho a censurarlo y lo usé sin miramiento. Le reproché su actual debilidad y también su presunción, que había conservado hasta aquel momento y lo había conducido a la ruina. Había actuado por su cuenta, sin consultar a nadie. Muchas veces yo había intentado que me contara sus actividades para retenerlo y salvarlo y él se había negado conservando la confianza exclusiva en Nilini.

En ese momento, Guido sonrió. ¡Sí, sonrió, el desgraciado! Me dijo que desde hacía quince días ya no trabajaba con Nilini porque se le había metido en la jeta que le traía mala suerte.

Aquel sueño y aquella sonrisa eran muy propios de él: arruinaba a todos los que lo rodeaban y sonreía. Adopté el papel de juez severo, porque para salvar a Guido había que educarlo. Le pregunté cuánto había perdido y me enojé cuando me dijo que no lo sabía exactamente. Me enojé también cuando me citó una cifra relativamente pequeña, que después resultó representar el importe que había que pagar en la liquidación del quince del mes, para el que sólo faltaban dos días. Pero Guido afirmaba que hasta final de mes había tiempo y que las cosas podían cambiar. La escasez de dinero en el mercado no iba a durar eternamente.

Grité:

—Si en este mundo falta el dinero, ¿quieres recibirlo de la Luna? —añadí que no debía jugar ni un día más. No podía arriesgarse a ver aumentar la deuda, que ya era enorme. Dije también que dividiríamos la pérdida en cuatro partes, que pagaríamos yo, él (es decir, su padre), la señora Malfenti y Ada, que había que volver a nuestro comercio carente de riesgos y que no quería volver a ver en nuestra oficina ni a Nilini ni a ningún otro agente de cambio.

El, con mucha suavidad, me rogó que no gritara tanto, porque podrían oírnos los vecinos.

Hice un gran esfuerzo para calmarme y lo conseguí, aunque seguí diciéndole en voz baja otras insolencias. Su pérdida era sencillamente consecuencia de un crimen. Había que ser muy bruto para meterse en semejantes líos. Me parecía que debía soportar la elección entera.

Entonces Guido protestó suavemente. ¿Quién no había jugado a la Bolsa? Nuestro suegro, que había sido un comerciante tan sólido, no había pasado ni un día de su vida sin contraer un compromiso. Y, además —Guido lo sabía—, también yo había jugado.

Alegué que había formas y formas de jugar. Él había arriesgado en la Bolsa todo su patrimonio; yo, las rentas de un mes.

Me causó una impresión triste que Guido intentara, pueril, librarse de su responsabilidad. Afirmó que Nilini lo había inducido a jugar más de lo que él había querido, haciéndole creer que lo ponía en camino de conseguir una gran fortuna.

Yo reí y me burlé de él. No había que censurar a Nilini, porque cumplía con su profesión. Y, por lo demás, tras haber dejado a Nilini, ¿acaso no se había precipitado a aumentar la cantidad comprometida por mediación de otro agente? Habría podido jactarse de la nueva relación, si con ella se hubiera puesto a jugar a la baja, a escondidas de Nilini. Para poner remedio, no bastaba, desde luego, con cambiar de representante y seguir por el mismo camino y perseguido por la misma mala suerte. Al final, quiso inducirme a dejarlo en paz y, con un sollozo en la garganta, reconoció que se había equivocado.

Cesé de censurarlo. Ahora me daba compasión de verdad y, si él hubiera querido, hasta lo habría abrazado. Le dije que me ocuparía al instante de reunir el dinero que debía aportar y que también podría ocuparme de hablar con nuestra suegra. Él, en cambio, se encargaría de Ada.

—¡Ya sabes cómo son las mujeres! ¡No entienden los negocios o sólo cuando acaban bien! —No iba a hablar con Ada, sino que rogaría a la señora Malfenti que la informara de todo.

Esa decisión fue un gran alivio para él y salimos juntos. Lo veía caminar junto a mí con la cabeza baja y me sentía arrepentido de haberlo tratado con tanta rudeza. Pero, ¿qué otra cosa podía haber hecho, si lo amaba? Tenía que enmendarse, si no quería ir derecho a la ruina. ¡De qué naturaleza debían de ser las relaciones con su mujer, si temía hablar con ella!

Pero, entretanto, descubrió un modo de enojarme de nuevo. Mientras caminábamos, fue perfeccionando el plan que tanto le había gustado. No sólo no iba a hablar con su mujer, sino que, además, evitaría verla esa noche, porque se iba a ir de caza en seguida. Después de ese propósito, se sintió libre de cualquier preocupación. Parecía que había bastado la perspectiva de salir al aire libre, lejos de las preocupaciones, para que pareciera como si ya se encontrara allí y gozase plenamente. ¡Me sentí indignado! Desde luego, con el mismo aspecto habría podido volver a la Bolsa para reanudar el juego en el que arriesgaba la fortuna de la familia e incluso la mía.

Me dijo:

—Quiero concederme esta última diversión y te invito a venir conmigo, con la condición de que prometas no decir ni una sola palabra sobre los acontecimientos de hoy.

Hasta entonces había hablado sonriendo. Ante la seriedad de mi cara, se puso más serio también él. Añadió:

—Como tú mismo comprenderás, necesito descansar ante un golpe semejante. Después me será más fácil recuperar mi puesto en la lucha.

Su voz se había elevado con una emoción de cuya sinceridad no pude dudar. Por eso, pude contener mi despecho o manifestarlo sólo con el rechazo de su invitación, diciéndole que debía quedarme en la ciudad para reunir el dinero necesario. ¡Menudo reproche! Yo, inocente, me quedaba en mi puesto, mientras que él, culpable, podía ir a divertirse.

Habíamos llegado ante la puerta de la casa de la señora Malfenti. Guido no había recuperado el aspecto de alegría ante la diversión de algunas horas que le esperaba y, mientras permaneció conmigo, conservó estereotipada en la cara la expresión del dolor que yo le había devuelto. Pero, antes de dejarme, encontró desahogo en una manifestación de independencia y —así me pareció— de rencor. Me dijo que estaba de verdad asombrado al descubrir en mí a semejante amigo. Vacilaba a la hora de aceptar el sacrificio que le ofrecía y exigía (exactamente eso: exigía) que yo no me considerase comprometido en modo alguno y que, por esa razón, estaba en libertad para dar o no.

Estoy seguro de haber enrojecido. Para disipar la turbación, le dije:

—¿Por qué quieres que desee retirarme, cuando hace pocos minutos, sin que tú me hayas pedido nada, me he ofrecido a ayudarte?

Me miró un poco desconcertado y después, dijo:

—Ya que lo deseas, acepto sin más y lo agradezco. Pero haremos un contrato de sociedad totalmente nuevo, para que cada uno tenga la parte correspondiente. Más aún: si hay trabajo y quieres seguir ocupándote de él, deberías recibir tu sueldo. Pondremos la nueva sociedad sobre nuevas bases. Así ya no tendremos que temer otros daños por haber ocultado la pérdida de nuestro primer ejercicio.

Respondí:

—Esa pérdida ya no tiene la menor importancia y no debes pensar más en ella. Intenta ahora poner de tu parte a nuestra suegra. Eso y nada más es lo que importa ahora.

Así nos separamos. Creo que sonreí ante la ingenuidad con que Guido manifestaba sus sentimientos más íntimos. Había pronunciado ese largo discurso sólo para poder aceptar mi donación sin tener que manifestarme gratitud. Pero yo no pretendía nada. Me bastaba saber que sencillamente me debía dicha gratitud.

Por lo demás, al separarme de él, también yo sentí un alivio, como si en ese preciso momento hubiera salido al aire libre. Sentía realmente la libertad de que me había privado con los propósitos de educarlo y hacerle volver al buen camino. En el fondo, el pedagogo está más encadenado que el alumno. Estaba del todo decidido a conseguirle ese dinero. Por supuesto, no sé si lo hacía por afecto hacia él o hacia Ada, o tal vez para liberarme de la pequeña parte de responsabilidad que podía corresponderme por haber trabajado en su oficina. En resumen, había decidido sacrificar una parte de mi patrimonio y aún hoy contemplo aquel día de

mi vida con gran satisfacción. Ese dinero salvaba a Guido y a mí me garantizaba una tranquilidad de conciencia.

Caminé hasta la noche con la mayor tranquilidad y así perdí el tiempo útil para ir a la Bolsa a buscar a Olivi, a quien debía dirigirme para procurarme una suma tan elevada. Después pensé que no era tan urgente. Yo tenía algún dinero a mi disposición y bastaba de momento para participar en la regulación que había que hacer el quince del mes. Para la de final de mes, ya lo buscaría más adelante.

Por aquella noche no pensé más en Guido. Más tarde, es decir, cuando estuvieron acostados los niños, me dispuse varias veces a contar a Augusta el desastre financiero de Guido y el daño que iba a repercutir en mí, pero después no quise pasar por el fastidio de las discusiones y pensé que sería mejor que me reservara para convencer a Augusta en el momento en que la regulación de aquellos negocios fuera decidida por todos. Y, además, habría sido curioso que, mientras Guido estaba divirtiéndose, yo hubiera tenido que fastidiarme.

Dormí muy bien y, por la mañana, con el bolsillo no demasiado cargado de dinero (llevaba en él el antiguo sobre que había rechazado Carla y que hasta entonces había conservado religiosamente para ella o para cualquier heredero suyo y un poco de otro dinero que había podido sacar de un banco) me dirigí a la oficina. Pasé la mañana leyendo periódicos, entre Carmen, que cosía, y Luciano, que practicaba con multiplicaciones y sumas.

Cuando regresé a casa, encontré a Augusta perpleja y abatida. Tenía la cara cubierta con esa gran palidez que sólo producían las penas que yo le causaba. Me dijo con suavidad:

—He sabido que has decidido sacrificar una parte de tu patrimonio para salvar a Guido. Yo sé que no tenía derecho a ser informada de ello...

Dudaba tanto de su derecho, que vaciló. Después siguió reprochándome mi silencio.

—Pero es cierto que yo no soy como Ada, porque nunca me he opuesto a tu voluntad.

Fue necesario tiempo para saber lo que había ocurrido. Augusta había ido a casa de Ada, cuando estaba discutiendo la cuestión de Guido con su madre. Al verla, Ada se había abandonado a un llanto intenso y le había hablado de mi generosidad que no quería aceptar en modo alguno. Al contrario, había rogado a Augusta que me incitara a desistir de mi ofrecimiento.

Al instante advertí que Augusta sufría de su antigua enfermedad, los celos de su hermana, pero no le di demasiada importancia. Me sorprendía la actitud adoptada por Ada.

—¿Te ha parecido resentida? —pregunté con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡No! ¡No! Ofendida, no —gritó la sincera Augusta—. Me ha besado y abrazado... tal vez para que yo te abrace a ti.

Parecía un modo de expresarse bastante cómico. Me miraba, estudiándome, desconfiada.

Protesté.

—¿Crees que Ada está enamorada de mí? ¿Cómo se te puede ocurrir una cosa así?

Pero no conseguí calmar a Augusta, cuyos celos me fastidiaban horriblemente. De acuerdo. Guido en ese momento ya no estaba divirtiéndose, sino que estaba pasando un mal rato entre su suegra y su mujer, pero también yo estaba muy fastidiado y me parecía que estaba sufriendo demasiado, siendo como era del todo inocente.

Intenté calmar a Augusta haciéndole caricias. Apartó su cara de la mía para verme mejor y me hizo con dulzura un suave reproche, que me conmovió mucho:

—Sé que también me amas a mí —me dijo.

Evidentemente, el estado de ánimo de Ada no tenía importancia para ella, sino el mío, y tuve una inspiración para probar mi inocencia:

—Así, pues. ¿Ada está enamorada de mí? —dije riendo.

Después, tras apartarme de Augusta para que me viera mejor, hinché un poco las mejillas y abrí de modo exagerado los ojos para parecerme a la Ada enferma. Augusta me miró asombrada, pero no tardó en adivinar mi intención. Fue presa de un ataque de hilaridad, del que al instante se avergonzó.

—¡No! —me dijo—. Te ruego que no te burles de ella. —Después confesó, sin dejar de reír, que yo había conseguido imitar exactamente las protuberancias que daban a la cara de Ada un aspecto tan sorprendente. Y yo lo sabía porque, al imitarla, me había parecido abrazar a Ada. Y cuando estuve solo, repetí varias veces ese esfuerzo con deseo y disgusto.

Por la tarde fui a la oficina con la esperanza de encontrarme con Guido. Lo esperé un tiempo y después decidí dirigirme a su casa. Tenía que enterarme de si era necesario pedir dinero a Olivi. Tenía que cumplir con mi deber, aun cuando me fastidiara volver a ver otra vez a Ada alterada por el agradecimiento. ¡Quién sabe qué sorpresas podía darme aún esa mujer!

En las escaleras de la casa de Guido me tropecé con la señora Malfenti, que las subía con esfuerzo. Me contó con pelos y señales lo que hasta entonces se había decidido en el asunto de Guido. La noche anterior se habían separado más o menos de acuerdo, con el convencimiento de que había que salvar a aquel hombre, que tenía una mala suerte desastrosa. Hasta la mañana no se había enterado Ada de que yo iba a colaborar para cubrir la pérdida de Guido y se había negado, decidida a aceptar. La señora Malfenti la excusaba:

—¿Qué quieres? No quiere cargar con el remordimiento de haber empobrecido a su hermana predilecta.

En el rellano, la señora se detuvo para respirar y también para hablar y me dijo riendo que la cosa iba a acabar sin perjuicio para nadie. Antes de comer, ella, Ada y Guido se habían ido a pedir consejo a un abogado, viejo amigo de la familia y aún tutor de la pequeña Anna. El abogado había dicho que no era necesario pagar, porque la ley no obligaba a ello. Guido se había opuesto vivamente, hablando de honor y de deber, pero sin lugar a dudas, una vez que todos, incluida Ada, decidían no pagar, también él debería resignarse.

—Pero, ¿será declarada en bancarrota su firma en la Bolsa? —pregunté perplejo.

—¡Probablemente! —dijo la señora Malfenti con un suspiro antes de emprender la subida del último tramo.

Después de comer, Guido solía hacer siesta, por lo que nos recibió Ada sola en aquel saloncito que yo conocía tan bien. Al verme, se mostró confusa por un instante, por un solo instante, al que yo me aferré y retuve, claro, evidente, como si me hubiera expresado su confusión. Después se sobrepuso y me tendió la mano con gesto decidido, viril, destinado a borrar la vacilación femenina que lo había precedido.

Me dijo:

—Augusta te habrá dicho lo agradecida que te estoy. No sabría decirte ahora lo que siento, porque estoy confusa. Además, estoy enferma. ¡Sí, muy enferma! ¡Debería ir de nuevo a la casa de salud de Bolonia!

Un sollozo la interrumpió:

—Ahora te pido un favor. Te ruego que digas a Guido que ni siquiera tú estás en condiciones de darle ese dinero. Así nos será más fácil inducirlo a hacer lo que debe.

Antes había lanzado un sollozo al recordar su enfermedad; después sollozó de nuevo antes de seguir hablando de su marido:

—Es un niño, y como tal hay que tratarlo. Si sabe que tú consientes en darle ese dinero, se obstinará más aún en su idea de sacrificar también a los demás en vano. En vano, porque ahora sabemos con absoluta certeza que la quiebra está permitida en la Bolsa. Lo ha dicho el abogado.

Me comunicaba la opinión de una alta autoridad sin preguntarme la mía. Como antiguo frequentador de la Bolsa, mi opinión, aun junto a la del abogado, habría podido tener su peso, pero ni siquiera recordé mi opinión, en caso de que la tuviera. En cambio, recordé que se me colocaba en una posición difícil. No podía dejar de cumplir la promesa que había hecho a Guido: gracias a ella me había creído autorizado a gritarle al oído tantas insolencias, con lo que me había embolsado una especie de intereses sobre el capital que ahora ya no podía negarle.

—¡Ada! —dije vacilante—. Yo no creo que pueda desdecirme así de un día para otro. ¿No sería mejor que tú convencieses a Guido de hacer las cosas como lo deseas tú?

La señora Malfenti, con la gran simpatía que siempre me demostraba, dijo que entendía perfectamente mi posición y que, por lo demás, cuando Guido encontrara a su disposición sólo la cuarta parte de la cantidad que necesitaba, tendría que resignarse a la voluntad de los demás.

Pero Ada no había agotado sus lágrimas. Llorando con la cara oculta en el pañuelo, dijo:

—¡Has hecho mal, muy mal en hacer esa oferta tan extraordinaria! ¡Ahora se ve qué mal has hecho!

Me parecía que vacilaba entre una gran gratitud y un gran rencor. Después añadió que no quería que se volviera a hablar nunca más de mi oferta y me rogaba que no reuniera ese dinero, porque ella me impediría darlo o impediría a Guido aceptarlo.

Yo estaba tan turbado, que acabé diciendo una mentira. Le dije que ya había reunido ese dinero y me señalé el bolsillo del pecho, donde se encontraba el sobre, de peso tan ligero. Ada me miró esa vez con una expresión de auténtica admiración, que tal vez me habría complacido, si no hubiera sabido que no la merecía. En cualquier caso, esa mentira, que sólo puedo explicar por mi extraña tendencia a representarme delante de Ada mayor de lo que soy, fue lo que impidió esperar a Guido y me echó de aquella casa. Habría podido suceder también que en un momento dado, contrariamente a lo que parecía, me hubieran pedido que entregara el dinero que decía llevar, y entonces, ¿qué papel habría hecho? Dije que tenía asuntos urgentes en la oficina y me marché.

Ada me acompañó a la puerta y me aseguró que induciría a Guido a ir a verme para agradecerme mi ofrecimiento y rechazarlo. Hizo esa declaración con tal resolución, que yo me estremecí. Me pareció que aquel firme propósito me hería también a mí en parte. ¡No! En aquel momento no me amaba. Mi bondadoso acto era demasiado grande. Aplastaba a las personas sobre las que caía y no era de extrañar que los beneficiarios protestaran. Camino de la oficina, intenté liberarme del malestar que me había producido la actitud de Ada, recordando que yo me sacrificaba por Guido y por nadie más. ¿Qué tenía que ver Ada? Me prometí hacérselo saber a la propia Ada a la primera ocasión.

Fui a la oficina para no tener el remordimiento de haber mentido una vez más. No tenía nada que hacer allí. Desde la mañana caía una llovizna continua que había refrescado mucho el aire de aquella primavera vacilante. En dos pasos me encontraría en casa, mientras que para ir a la oficina tenía que recorrer una calle mucho más larga, lo que era bastante fastidioso. Pero me parecía que debía cumplir una promesa.

Poco después llegó Guido. Alejó de la oficina a Luciano para quedarse a solas conmigo. Tenía el aspecto alterado que lo ayudaba en sus luchas con su mujer y que yo conocía tan bien. Debía de haber llorado y gritado.

Me preguntó qué me parecían los proyectos de su mujer y de nuestra suegra, que, según sabía, me habían comunicado. Vacilé. No quería decir mi opinión, que no coincidía con la de las dos mujeres y sabía que si adoptaba la suya, provocaría nuevas escenas por parte de Guido. Además, me desagradaba sobremanera que pareciese vacilar a la hora de ayudarlo y, por último, Ada y yo habíamos quedado de acuerdo en que la decisión debía proceder de Guido y no de mí. Le dije que necesitaba calcular, ver, escuchar a otras personas. Yo no era un hombre de negocios tan experto como para poder dar un consejo en cuestión tan importante. Y, para ganar tiempo, le pregunté si quería que consultara a Olivi.

Eso bastó para hacerle gritar:

—¡Qué imbécil! —gritó—. Te lo ruego: no lo mezcles en esto.

No estaba dispuesto en absoluto a acalorarme defendiendo a Olivi, pero mi calma no bastó para tranquilizar a Guido. Estábamos en situación idéntica a la del día anterior, pero ahora era él quien gritaba y a mí me correspondía callar. Es una cuestión de disposición. Yo estaba tan cohibido, que no podía ni moverme.

Pero él se empeñó en que dijera mi opinión. Por inspiración divina, creo yo, hablé muy bien, tan bien, que, si mis palabras hubieran surtido algún efecto, la catástrofe que sobrevino después, se habría evitado. Le dije que, por lo pronto, yo separaría las dos cuestiones: la de la liquidación del día quince y la de fines de mes. En conjunto, el quince no había que pagar una cantidad demasiado elevada y entretanto había que inducir a las mujeres a soportar esa pérdida relativamente ligera. Después tendríamos el tiempo necesario para encargarnos de la otra liquidación.

Guido me interrumpió para preguntarme:

—Ada me ha dicho que tú ya tienes preparado el dinero en el bolsillo. ¿Lo tienes aquí?

Enrojecí. Al instante encontré otra mentira, que me salvó:

—En vista de que en tu casa no aceptaban ese dinero, hace poco lo he depositado en el banco. Pero podemos sacarlo, cuando queramos, mañana mismo incluso.

Entonces me reprochó haber cambiado de opinión. Pero, ¡si yo mismo había declarado el día anterior que no quería esperar a la otra declaración para poner todo en regla! Y entonces tuvo un estallido de ira violenta, que acabó arrojándolo sin fuerzas sobre el sofá. Iba a echar de la oficina a Nilini y a los demás agentes que lo habían arrastrado al juego. ¡Oh! Desde luego, al jugar había vislumbrado la posibilidad de la ruina, pero nunca el sometimiento a mujeres que no entendían nada de nada.

Fui a estrecharle la mano y, si me lo hubiera permitido, lo habría abrazado. Lo único que deseaba yo era verlo adoptar esa decisión: ¡dejar el juego y entregarse al trabajo!

Eso sería nuestro porvenir y su independencia. Ahora se trataba de pasar aquel período breve, pero después todo sería fácil y simple.

Abatido, pero más sereno, poco después me dejó. También él, pese a su debilidad, se sentía invadido por una firme decisión.

—¡Vuelvo con Ada! —murmuró y sonrió con amargura, pero con seguridad.

Lo acompañé hasta la puerta y lo habría acompañado hasta su casa, si no hubiera tenido el coche esperándolo a la puerta.

La Némesis perseguía a Guido. Media hora después de que me hubiera dejado, pensé que sería prudente por mi parte dirigirme a su casa para ayudarlo. No es que sospechara que le amenazaba un peligro, pero ahora yo estaba enteramente de su parte y podría contribuir a convencer a Ada y a la señora Malfenti para que lo ayudaran. La quiebra en la Bolsa no era algo que me gustara y, en conjunto, la pérdida repartida entre nosotros cuatro no era insignificante, pero no representaba la ruina para ninguno de nosotros.

Después recordé que mi mayor deber ahora no era ayudar a Guido, sino tener preparado el día siguiente la cantidad que le había prometido. Fui en seguida a buscar a Olivi y me preparé para una nueva lucha. Había ideado un sistema para reembolsar a mi empresa la elevada cantidad en varios años, pero ingresando al cabo de pocos meses todo lo que quedaba de la herencia de mi madre. Sabía que Olivi no pondría dificultades, porque hasta entonces yo no le había pedido nunca más de lo que me correspondiera por beneficios e intereses y, además, podía prometerle no molestarlo nunca más con semejantes peticiones. Era evidente que hasta podía esperar que Guido me devolviera al menos parte de aquella cantidad.

Aquella noche no pude encontrar a Olivi. Acababa de salir de la oficina, cuando yo llegué. Suponían que se habría dirigido a la Bolsa. No lo encontré tampoco allí y entonces me dirigí a su casa, donde me dijeron que se encontraba en una sesión de una asociación económica en la que ocupaba un puesto honorífico. Podría haber ido a buscarlo allí, pero ya se había hecho de noche y caía sin parar una lluvia abundante que convertía las calles en arroyos.

Fue un diluvio que duró toda la noche y que se recordó durante muchos años. La lluvia caía muy tranquila y perpendicular, siempre con la misma abundancia. De las alturas que circundan la ciudad bajó el fango que, asociado a los desechos de nuestra vida ciudadana, obstruyó nuestros escasos sumideros. Cuando me decidí a regresar a casa, tras haber esperado en vano en un refugio a que la lluvia cesase, y cuando comprendí claramente que el tiempo estaba metido en lluvia y que era inútil esperar un cambio, el agua cubría incluso las aceras. Corrí a casa renegando y empapado hasta los huesos. Renegaba también porque había perdido tanto tiempo buscando a Olivi. Puede que mi tiempo no sea tan precioso, pero lo que es seguro es que sufro horriblemente cuando compruebo que he trabajado en vano. Y mientras corría pensaba: «Dejemos todo para mañana, cuando haga buen tiempo y

no llueva. Mañana iré a ver a Olivi y a Guido. Puede que me levante temprano, pero hará buen tiempo y no lloverá.» Estaba tan convencido de la exactitud de mi decisión, que dije a Augusta que habíamos convenido todos en dejar la decisión para el día siguiente. Me cambié, me sequé y, con los pies enfundados en las cómodas y calientes zapatillas, cené y después me acosté para dormir profundamente hasta la mañana, mientras la lluvia golpeaba con fuerza los cristales de mi ventana.

Por eso tardé en enterarme de los acontecimientos de la noche. Primero supimos que la lluvia había acabado provocando inundaciones en varias zonas de la ciudad y después que Guido había muerto.

Mucho después me enteré de cómo había podido suceder una cosa así. Hacia las once de la noche, cuando la señora Malfenti se hubo marchado, Guido advirtió a su mujer que había ingerido una gran cantidad de veronal. Quiso convencerla de que estaba condenado. La abrazó, la besó, le pidió perdón por haberla hecho sufrir. Después, antes de que sus palabras se convirtieran en un balbuceo, le aseguró que había sido el único amor de su vida. Ella no creyó en ese momento esa afirmación ni que hubiese ingerido tanto veneno como para morir. No creyó siquiera que hubiese perdido el sentido, sino que se imaginó fingía para sacarle dinero de nuevo.

Después, transcurrida casi una hora, al ver que seguía durmiendo profundamente, fue presa del terror y envió una nota a un médico que no vivía lejos de su casa. En la nota escribió que su marido necesitaba ayuda urgente por haber ingerido gran cantidad de veronal.

Hasta ese momento no había habido en aquella casa emoción alguna que hubiera podido anunciar a la criada, una anciana que estaba en la casa desde hacía poco, la gravedad de su misión.

La lluvia hizo el resto. La criada se encontró con el agua hasta las pantorrillas y perdió la nota. No lo advirtió hasta encontrarse delante del doctor. Pero supo decirle que era urgente y lo indujo a seguirla.

El doctor Mali era un hombre de unos cincuenta años, nada genial, pero médico práctico que siempre había cumplido con su deber como mejor había podido. No tenía una gran clientela propia, pero, en cambio, tenía mucho trabajo por cuenta de una sociedad con muchos miembros, que lo retribuía con parquedad. Hacía poco que había vuelto a casa y había logrado por fin entrar en calor y secarse junto al fuego. Es fácil imaginar con qué ánimo abandonaría su calentito rincón. Cuando yo me puse a investigar mejor las causas de la muerte de mi pobre amigo, me preocupé también de conocer al doctor Mali. Por él supe sólo esto: cuando salió a la calle y se sintió empapado por la lluvia a través del paraguas, se arrepintió de haber estudiado medicina en lugar de agricultura, recordando que el campesino, cuando llueve, se queda en casa.

Al llegar junto a la cama de Guido, encontró a Ada muy tranquila. Ahora que tenía a su lado al doctor, recordaba mejor la mala pasada que le había jugado Guido meses antes simulando un suicidio. Ya no le correspondía a ella asumir una responsabilidad, sino al doctor, quien debía ser informado de todo, incluso de las razones que debían hacer creer en una simulación de suicidio. Y esas razones el doctor las supo todas mientras prestaba oído a las olas que barrían la calle. Como no le habían avisado de que lo llamaban para curar un caso de envenenamiento, no llevaba ninguno de los instrumentos necesarios para la cura. Lo deploró balbuciendo palabras que Ada no entendió. Lo peor era que, para poder emprender un lavado de estómago, no iba a poder enviar a nadie a recoger las cosas necesarias, sino que debería ir a cogerlas él en persona atravesando dos veces la calle. Tomó el pulso a Guido y lo encontró magnífico. Preguntó a Ada si Guido había tenido siempre un sueño muy profundo. Ada respondió que sí, pero no hasta ese punto. El doctor examinó los ojos de Guido: ¡reaccionaban rápido ante la luz! Se fue recomendando que le dieran de vez en cuando cucharadas de café muy fuerte.

Supo también que, al llegar a la calle, murmuró con rabia:

—¡No debería estar permitido simular un suicidio con este tiempo!

Y, cuando lo conocí, no me atreví a hacerle un reproche por su negligencia, pero él adivinó y se defendió: me dijo que se quedó asombrado al enterarse por la mañana de que Guido había muerto, hasta el punto de que sospechó que se había despertado y había tomado más veronal. Después añadió que los profanos en cuestiones médicas no podían imaginar cómo en el ejercicio de su profesión el doctor se veía obligado a defender su vida contra los clientes que atentaban contra ella por pensar sólo en la suya.

Algo más de una hora después, Ada se cansó de meter a Guido la cuchara entre los dientes y viendo que cada vez sorbía menos y que el resto bañaba la almohada, se espantó de nuevo y rogó a la criada que fuera a casa del doctor Paoli. Esa vez la criada no perdió la nota. Pero tardó más de una hora en llegar a la casa del médico. Es natural que cuando llueve tanto se sienta de vez en cuando la necesidad de detenerse bajo un soportal. Una lluvia así no sólo baña, sino que, además, azota.

El doctor Paoli no estaba en casa. Poco antes lo había llamado un cliente y se había ido diciendo que esperaba volver pronto. Pero después parece ser que prefirió esperar en casa del cliente a que la lluvia cesara. Su criada, una persona excelente y ya mayor, hizo sentar a la criada de Ada junto al fuego y procuró hacerla entrar en calor.

El doctor no había dejado la dirección de su cliente y así las dos mujeres pasaron juntas varias horas junto al fuego. El doctor no regresó hasta que cesó la lluvia. Cuando después llegó a casa de Ada con todos los instrumentos que ya había experimentado otra vez con Guido, amanecía. Ante aquella cama sólo le cupo una

misión: ocultar a Ada que Guido ya estaba muerto y mandar llamar a la señora Malfenti antes de que Ada lo advirtiera, para que la asistiese en sus primeros momentos de dolor. Por eso la noticia nos llegó muy tarde e imprecisa.

Al levantarme de la cama, tuve por última vez un arranque de ira contra el pobre Guido: ¡complicaba todas las desgracias con sus comedias! Salí sin Augusta, que no podía separarse de los niños. Fuera, me asaltó una duda. ¿No podría esperar a que abrieran los bancos y Olivi estuviese en su oficina para aparecer delante de Guido con el dinero que había prometido? ¡Eso da idea de lo poco que creía en la noticia de la gravedad del estado de Guido, pese a que me la habían anunciado!

La verdad me la reveló el doctor Paoli, con quien me tropecé por la escalera. Me sobresaltó tanto, que estuve a punto de caer. Desde que trabajaba con él, Guido se había convertido para mí en un personaje de gran importancia. Mientras vivió, lo vi con una luz que formaba parte de mi vida diaria. Al morir, esa luz se modificaba como si de improviso hubiera pasado por un prisma. Precisamente eso era lo que me deslumbraba. Se había equivocado, pero al instante comprendí que, tras su muerte, no quedaba nada de sus errores. En mi opinión, el bufón que en un cementerio cubierto de epitafios laudatorios preguntó dónde se enterraba en aquel país a los pecadores era un imbécil. Los muertos no han sido nunca pecadores. ¡Ahora Guido era puro! La muerte lo había purificado.

El doctor estaba conmovido por haber presenciado el dolor de Ada. Me dijo algo sobre la horrible noche que ésta había pasado. Ahora habían conseguido hacerle creer que la cantidad de veneno ingerida por Guido había sido tal, que ningún socorro habría servido. ¡Pobrecilla si hubiera sabido la verdad!

—En cambio —añadió el doctor desconsolado—, si yo hubiera llegado unas horas antes lo habría salvado. He encontrado las ampollas vacías del veneno.

Las examiné. Una dosis fuerte, pero poco más que la otra vez. Me enseñó algunas ampollas en las que estaba escrito: «Veronal.» Así, pues, veronal al sodio, no. Ahora yo podía estar seguro más que nadie de que Guido no había querido morir. Sin embargo, no se lo dije a nadie.

Paoli me dejó, tras haberme dicho que por el momento no intentara ver a Ada. Le había administrado calmantes fuertes y no dudaba que pronto harían efecto.

En el pasillo oí su llanto apagado, procedente del cuartito donde Ada me había recibido dos veces. Eran palabras sueltas, que yo no entendía. Repitió varias veces la palabra *él* e imaginé lo que decía. Estaba reconstruyendo su relación con el pobre muerto. No debía parecerse en absoluto a la que había tenido con el vivo. Para mí era evidente que con su marido vivo se había equivocado. Él moría por un delito cometido por todos juntos, porque él había jugado a la Bolsa con el consenso de todos. A la hora de pagar lo habían dejado solo. Y él se había apresurado a pagar. Yo, que no tenía nada que ver, la verdad, había sido el único de los parientes que había sentido el deber de socorrerlo.

En la alcoba matrimonial el pobre Guido yacía abandonado, cubierto con el sudario. La rigidez ya avanzada no expresaba en ese caso fuerza, sino la tremenda estupefacción de haber muerto sin haberlo deseado. En su hermosa cara morena había un reproche grabado. Desde luego, no dirigido a mí.

Fui a ver a Augusta para pedirle que fuera a asistir a su hermana. Yo estaba muy conmovido y Augusta me abrazó y murmuró llorando:

—Tú has sido un hermano para él. Ahora es cuando estoy de acuerdo contigo en sacrificar una parte de nuestro patrimonio para purificar su memoria.

Me preocupé de rendir todos los honores a mi pobre amigo. Clavé en la puerta de la oficina un cartel que anunciaba su clausura por defunción del propietario. Yo mismo compuse el anuncio mortuario. Pero hasta el día siguiente, de acuerdo con Ada, no se adoptaron las disposiciones para el entierro. Entonces supe que Ada había decidido seguir el féretro hasta el cementerio. Quería darle todas las pruebas de afecto que podía. ¡Pobrecilla! Yo sabía qué clase de dolor era el del remordimiento junto a una tumba. También yo había sufrido mucho a la muerte de mi padre.

Pasé la tarde encerrado en la oficina en compañía de Nilini. Llegamos a hacer un pequeño balance de la situación de Guido. ¡Espantosa! No sólo había desaparecido el capital de la empresa, sino que, además, Guido debía otro tanto, en caso de que debiera responder de todo.

Yo debía trabajar en beneficio de mi pobre amigo difunto, pero no sabía hacer otra cosa que soñar. La primera idea fue sacrificar toda mi vida en aquella oficina y trabajar en beneficio de Ada y de sus hijos, ¿estaba seguro de hacerlo bien?

Nilini, como de costumbre, charlaba, mientras yo miraba lejos, muy lejos. También él sentía la necesidad de cambiar radicalmente sus relaciones con Guido. ¡Ahora comprendía todo! El pobre Guido, cuando lo había engañado, ya era víctima de la enfermedad que iba a conducirlo al suicidio. Pero ahora todo estaba olvidado. Y predicó que él era así: no podía guardar rencor a nadie. Siempre había apreciado a Guido y aún lo estimaba.

Los sueños de Nilini acabaron asociándose a los míos y se superpusieron a ellos. No era en el comercio lento en el que se podía encontrar remedio para una catástrofe semejante, sino en la Bolsa misma. Y Nilini me contó el caso de un amigo suyo que en el último momento había sabido salvarse doblando la apuesta.

Estuvimos hablando durante muchas horas, pero la propuesta de Nilini de continuar el juego iniciado por Guido llegó al final, poco antes del mediodía, y yo la acepté al instante. La acepté con la misma alegría que si con ella hubiera podido resucitar a mi amigo. Acabé comprando en nombre del pobre Guido una serie de otras acciones de nombre extraño: *Rio Tinto*, *South French*, etc.

Así se iniciaron para mí las cincuenta horas del mayor trabajo de que me haya ocupado en toda mi vida. Primero, y hasta la noche, me quedé paseándome a

grandes pasos por la oficina en espera de saber si habían cumplido mis órdenes. Temía que en la Bolsa se hubiera sabido el suicidio de Guido y que su nombre dejara de considerarse adecuado para contraer nuevos compromisos. En cambio, durante varios días no se atribuyó esa muerte al suicidio.

Después, cuando, por fin, Nilini pudo avisarme de que se habían cumplido todas mis órdenes, comenzó para mí una auténtica agitación, aumentada por el hecho de que en el momento de recibir los comprobantes me informaron de que en todos perdía ya alguna fracción bastante importante. En mi recuerdo tengo la curiosa sensación de haber pasado cincuenta horas ininterrumpidas sentado a la mesa de juego levantando cartas. No conozco a nadie que hay podido resistir semejante fatiga durante tantas horas. Registré y vigilé todos los movimientos de los precios y luego (¿por qué no decirlo?) ora los impulsaba ora los detenía como a mí, es decir, a mi pobre amigo, convenía. Hasta pasé las noches sin dormir.

Temiendo que alguno de la familia interviniera para impedirme realizar la tarea de salvamento a la que me disponía, no hablé a nadie de la liquidación de mediados de mes, cuando llegó. Pagué todo yo, porque nadie más recordó aquellas obligaciones, ya que todos estaban en torno al cadáver que esperaba el entierro. Por lo demás, en aquella liquidación había que pagar menos de lo fijado en su momento porque la fortuna me había favorecido en seguida. Mi dolor por la muerte de Guido era tal, que me parecía atenuarlo comprometiéndome de cualquier modo, tanto con mi empresa como con la exposición de mi dinero. Hasta entonces me acompañaba el sueño de bondad que había mucho antes junto a él. Sufrí tanto de aquella agitación, que no volví a jugar nunca en la Bolsa por mi cuenta.

A fuerza de «levantar cartas» (ésta era mi ocupación principal) acabé no asistiendo al entierro de Guido. Sucedió así. Precisamente ese día los valores con que operábamos dieron un salto hacia arriba. Nilini y yo habíamos pasado el tiempo calculando lo que habíamos recuperado de la pérdida. ¡El patrimonio del viejo Speier aparecía ahora disminuido sólo en la mitad! Un resultado magnífico que me llenaba de orgullo. Sucedió justo lo que Nilini había previsto en tono muy dubitativo, pero que ahora, por supuesto, cuando repetía las palabras que había dicho, desaparecía y se presentaba como un profeta seguro. No podía fallar nunca, pero no se lo dije porque me convenía que siguiera en el negocio con su ambición. Más aún: su deseo podía infuir en los precios.

Salimos de la oficina a las tres y corrimos, porque entonces recordamos que el entierro debía celebrarse a las tres menos cuarto.

A la altura de los soportales de Chioazza, vi a lo lejos el cortejo y me pareció reconocer incluso el coche de un amigo enviado al entierro por Ada. Subí con Nilini a un coche de alquiler y ordené al cochero que siguiera el entierro. Y en ese coche Nilini y yo seguimos levantando cartas. Estábamos tan lejanos en el pensamiento del pobre difunto, que nos quejábamos de lo lento que iba al coche.

¿Quién sabe lo que estaría sucediendo entretanto en la Bolsa, sin nuestra vigilancia? En un momento dado, Nilini me miró a los ojos y me preguntó por qué no hacía algo en la Bolsa por mi cuenta.

—Por el momento —dije yo, y no sé por qué enrojecí— sólo trabajo por cuenta de mi pobre amigo.

Después, tras una ligera vacilación, añadí:

—Después pensaré en mí. —Quería dejarle la esperanza de que podría inducirme a jugar para conservar su amistad. Pero para mis adentros formulé precisamente las palabras que no me atrevía a decir: «¡Nunca me pondré en tus manos!» Él se puso a predicar.

—¿Quién sabe si tendremos otra ocasión así! —Olvidaba haberme enseñado que en la Bolsa había ocasiones a todas horas.

Cuando llegamos al lugar en que solían detenerse los coches, Nilini sacó la cabeza por la ventanilla y dio un grito de sorpresa. El coche seguía avanzando detrás del entierro, que se dirigía al cementerio griego.

—¿Era griego el señor Guido? —preguntó sorprendido.

En efecto, el entierro pasaba de largo ante el cementerio católico y se dirigía a otro cementerio, judío, griego, protestante o servio.

—¿Puede que fuera protestante! —dije yo al principio, pero en seguida recordé haber asistido a su matrimonio en la iglesia católica.

—¿Debe de ser un error! —exclamé, pensando al principio que querían enterrarlo donde no debían.

De improviso Nilini se echó a reír con carcajadas irrefrenables que le hicieron caer sin fuerzas en el fondo del coche con su boca abierta en la carita.

—¿Nos hemos equivocado! —exclamó. Cuando consiguió reprimir su estallido de hilaridad, me colmó de reproches. Yo debía haber visto adonde íbamos porque debía haber sabido la hora y las personas, etc. ¡Era el entierro de otro!

Yo, irritado, no lo había acompañado en la risa y ahora me resultaba difícil soportar sus reproches. ¿Por qué no había mirado mejor también él? Reprimí mi mal humor sólo porque me importaba más la Bolsa que el entierro. Bajamos del coche para orientarnos mejor y nos dirigimos hacia la entrada del cementerio católico. El coche nos siguió. Advertí que los supervivientes del otro difunto nos miraban sorprendidos sin saber explicarse por qué, tras haber honrado hasta ese punto a aquel pobrecito, lo abandonábamos en lo mejor.

Nilini, impaciente, me precedía. Tras una breve vacilación, preguntó al portero:

—¿Ha llegado ya el entierro del señor Guido Speier?

El portero me pareció sorprendido de la pregunta, que a mí me pareció cómica. Respondió que no lo sabía. Sólo podía decir que en la última media hora habían entrado en el recinto dos entierros.

Nos consultamos perplejos. Evidentemente no podíamos saber si el entierro se encontraba ya dentro o fuera. Entonces decidí por mi cuenta. No podía intervenir en la función tal vez ya empezada y perturbarla. Así, pues, no entraría en el cementerio. Pero, por otro lado, no podía arriesgarme a tropezar con el entierro, al volver. Por eso, renuncié a asistir al entierro y decidí volver a la ciudad dando un largo rodeo por Servóla. Dejé el coche a Nilini, que no quería renunciar a hacer acto de presencia por consideración hacia Ada, a la que conocía.

Con paso rápido, para escapar a cualquier encuentro, subí el camino que conducía al pueblo. Ahora no me pesaba nada haberme equivocado de entierro y no haber rendido los últimos honores al pobre Guido. No podía entretenerme con esas prácticas religiosas. Otro era mi deber: debía salvar el honor de mi amigo y defender su patrimonio para beneficio de la viuda y los hijos. Cuando informara a Ada de que había conseguido recuperar tres cuartas partes de la pérdida (y recorría mentalmente toda la cuenta, tantas veces calculada: Guido había perdido el doble del patrimonio de su padre y, después de mi intervención, la pérdida se reducía a la mitad de dicho patrimonio; así, pues, era exacto: había recuperado las tres cuartas partes), me perdonaría sin duda no haber asistido a su entierro.

Ese día el tiempo había mejorado. Brillaba un magnífico sol primaveral y, en el campo aún mojado, el aire era nítido y sano. Mis pulmones, con el ejercicio que no me había concedido desde hacía varios días, se dilataban. Era todo salud y fuerza. Me comparaba con el pobre Guido y subía con mi victoria en la misma lucha en la que él había sucumbido. Todo era salud y fuerza a mi alrededor. También el campo cubierto de hierba joven. La abundante lluvia caída, la catástrofe del día anterior, daban ahora sólo efectos benéficos y el luminoso sol era la tibieza deseada por la tierra aún helada. Estaba seguro de que cuanto más nos alejáramos de la catástrofe tanto menos agradable resultaría aquel cielo azul, si no se oscurecía a tiempo. Pero ésa era la previsión de la experiencia y yo no la recordé; me asalta ahora que escribo. En aquel momento en mi ánimo sólo había un himno a mi salud y a la de toda la naturaleza: salud perenne.

Mi paso se aceleró. Me complacía sentirlo tan ligero. Al bajar la colina de Servóla, llegó a casi la carrera. Al llegar al pasaje de Sant Andrea, en el llano, se volvió más lento, pero seguía teniendo la sensación de una gran facilidad. El aire me llevaba. Había olvidado por completo que venía del entierro de mi amigo más íntimo. Llevaba el paso y la respiración de quien ha conseguido la victoria. Pero mi alegría por la victoria era un homenaje al pobre amigo en cuyo interés había bajado a la lid.

Fui a la oficina para ver los cursos a la hora de cierre. Eran un poco más débiles, pero no fue eso lo que me quitó la confianza. Volvería a «leyantar cartas» y no dudaba que alcanzaría mi objetivo.

Al final tuve que dirigirme a la casa de Ada. Vino a abrirme Augusta. Me preguntó al instante:

—¿Cómo has podido faltar al entierro, tú, el único hombre de nuestra familia?

Dejé el sombrero y el paraguas, y un poco perplejo le dije que quería hablar en seguida con Ada también para no tener que repetirme. Entretanto podía asegurarle que había tenido mis razones, y de peso, para faltar al entierro. Ya no estaba tan seguro y de improviso la cadera empezó a dolerme, tal vez de cansancio. Debía de ser esa observación de Augusta lo que me hacía dudar de la posibilidad de disculpar mi ausencia, que había causado gran escándalo; veía ante mí a todos los participantes en la triste función distrayéndose de su dolor para preguntarse dónde podía estar yo.

Ada no vino. Después supe que ni siquiera le habían avisado de que yo la esperaba. Me recibió la señora Malfenti, que empezó a hablarme con una severidad como nunca le había conocido. Empecé a disculparme, pero la seguridad con que había volado del cementerio a la ciudad había quedado muy lejos. Balbuceaba. Además de la verdad, que era mi valiente iniciativa en la Bolsa a favor de Guido, le conté algo menos cierto: que poco antes de la hora del entierro había tenido que expedir un despacho a París para dar una orden y que no me había atrevido a alejarme de la oficina antes de recibir la respuesta. Era cierto que Nilini y yo habíamos tenido que telegrafiar a París, pero dos días antes, y dos días antes habíamos recibido la respuesta. En resumen comprendía que la verdad no bastaba para excusarme, tal vez porque no podía contarla entera: no podía contar la operación muy importante que esperaba desde hacía días: regular con mi deseo los cambios mundiales. Pero la señora Malfenti me disculpó, cuando oyó la cantidad a que ahora ascendía la pérdida de Guido. Me dio las gracias con los ojos bañados en lágrimas. De nuevo era no sólo el único hombre de la familia, sino el mejor.

Me pidió que fuera por la tarde con Augusta a saludar a Ada, a quien entretanto ella contaría todo. De momento Ada no estaba en condiciones de recibir a nadie. Y yo me fui de buena gana con mi mujer. Ni siquiera ésta sintió, antes de abandonar la casa, la necesidad de despedirse de Ada, quien pasaba del llanto desesperado al abatimiento, que le impedía incluso advertir la presencia de quien le hablaba. Tuve una esperanza:

—Entonces, ¿no ha sido Ada quien ha advertido mi ausencia?

Augusta me confesó que habría preferido callar, por lo excesiva que le había parecido la manifestación de resentimiento de Ada por mi ausencia. Ada le exigió explicaciones a ella y, cuando Augusta hubo de decirle que no sabía nada, pues aún no me había visto, aquélla se abandonó de nuevo a su desesperación, al tiempo que gritaba que Guido había tenido que acabar así porque toda la familia lo odiaba.

A mí me pareció que Augusta debería haberme defendido y recordar a Ada que sólo yo había estado dispuesto a socorrer a Guido como hacía falta. Si me hubieran

escuchado, Guido no habría tenido motivo alguno para intentar o simular un suicidio.

En cambio, Augusta había callado. Estaba tan conmovida por la desesperación de Ada, que había temido ofenderla poniéndose a discutir. Por lo demás, confiaba en que las explicaciones de la señora Malfenti convencerían a Ada de la injusticia con que me juzgaba. Debo decir que también yo tenía esa confianza y, es más, debo confesar que desde aquel momento saboreé la certeza de presenciar la sorpresa de Ada y sus manifestaciones de gratitud. Ya en ella, a causa del Basedow, todo era excesivo.

Regresé a la oficina, donde me enteré de que en la Bolsa había de nuevo un leve indicio de subida, levísimo, pero ya tal, que se podía confiar en recuperar el día siguiente, a la apertura, los cursos de la mañana.

Después de cenar tuve que ir a casa de Ada solo, porque Augusta no pudo acompañarme a causa de una indisposición de la niña. Me recibió la señora Malfenti, quien me dijo que debía ocuparse de un trabajo en la cocina, por lo que tenía que dejarme solo con Ada. Después confesó que Ada le había rogado la dejara sola conmigo, porque quería decirme algo que nadie más debía oír. Antes de dejarme en aquel saloncito, donde ya me había encontrado por dos veces con Ada, la señora Malfenti me dijo sonriendo:

—Mira, aún no está dispuesta a perdonar tu ausencia del entierro de Guido, pero... ¡casi!

En aquel cuartito me latía siempre el corazón. Aquella vez no por temor a verme amado por alguien a quien yo no amaba. Pocos instantes, y en virtud exclusivamente de las palabras de la señora Malfenti, yo había reconocido haber cometido una grave falta hacia la memoria del pobre Guido. La propia Ada, ahora que sabía que para disculpar dicha falta le ofrecía un patrimonio, no podía perdonarme al instante. Me había sentado y miraba los retratos de los padres de Guido. El viejo *Cada* tenía un aire de satisfacción que me parecía debido a mi operación, mientras que la madre de Guido, una mujer delgada y vestida con un traje de mangas grandes y un sombrero que hacía equilibrio sobre una montaña de cabellos, tenía aspecto muy severo. Pero, ¡claro! Todo el mundo adopta ante la máquina fotográfica otro aspecto y yo miré para otro lado, enojado conmigo mismo por indagar en aquellas caras. Desde luego, ¡la madre no podía haber previsto que yo no asistiría al entierro de su hijo!

Pero el modo como Ada me habló fue una sorpresa dolorosa. Debía de haber estudiado por extenso lo que quería decirme y no tuvo en cuenta mis explicaciones, mis protestas ni mis rectificaciones, que no podía haber previsto y para las cuales, por esa razón, no estaba preparada. Corrió por su camino hasta el final como un caballo espantado.

Entró vestida con una sencilla bata negra y la melena en desorden: cabellos revueltos y tal vez arrancados incluso por manos ansiosas de actividad, al no poder calmarse de otro modo. Llegó hasta la mesa ante la que estaba yo sentado y se apoyó en ella con las manos para verme mejor. Su carita volvía a estar enflaquecida y libre de aquella extraña salud que le creía fuera de su sitio. No estaba bella como cuando Guido la había conquistado, pero nadie, al mirarla, habría recordado la enfermedad. ¡No existía! En cambio, había un dolor tan grande, que ponía de relieve todas sus facciones. Yo comprendí tan bien aquel dolor enorme, que no pude hablar. Mientras la miraba pensaba: «¿Qué palabras podría decirle que equivalieran a tomarla fraternalmente entre mis brazos para consolarla e inducirle a llorar y desahogarse?» Después, cuando me sentí agredido, quise reaccionar pero con demasiada debilidad y ella no me oyó.

Habló, habló y habló y yo no puedo repetir todas sus palabras. Si no me equivoco, comenzó dándome las gracias en serio, pero sin calor, por haber hecho tanto por ella y por los niños. Después me reprochó de repente:

—¡Con tu comportamiento has conseguido que muriera precisamente por algo que no valía la pena!

Después bajó la voz, como si quisiera mantener secreto lo que me decía, y en su voz hubo más calor, un calor que resultaba de su afecto por Guido y (¿o me pareció?) también por mí:

—Y yo te acuso de no haber venido a su entierro. No podías hacerlo y te disculpo. También él te disculparía, si estuviera aún vivo. ¿Qué habrías hecho tú en su entierro? ¡Tú que no lo amabas! Siendo, como eres, bueno, habrías podido llorar por mí, por mis lágrimas, pero no por él a quién tú... ¡odiabas! ¡Pobre Zeno! ¡Hermano mío!

Era tremendo que se me pudiera decir algo semejante alterando de tal modo la verdad. Creo que grité o al menos sentí el esfuerzo de gritar en la garganta:

—Pero es un error, una mentira, una calumnia. ¿Cómo puedes creer una cosa así? Prosiguió en voz baja:

—Pero tampoco yo supe amarlo. No lo traicioné ni siquiera con el pensamiento, pero mi sentimiento no tuvo fuerza para protegerlo. Miraba tus relaciones con tu mujer y las envidiaba. Me parecían mejores que las que Guido me ofrecía. Te agradezco que no hayas asistido al entierro, porque, de lo contrario, yo no habría comprendido nada ni siquiera hoy. En cambio, así veo y entiendo todo. Incluso que no lo amé: si no, ¿cómo habría podido odiar incluso su violín, la expresión más completa de su gran espíritu?

Entonces apoyé la cabeza en el brazo y escondí la cara. Las acusaciones que me dirigía eran tan injustas, que no se podían discutir y, además, su irracionalidad estaba tan mitigada con su tono afectuoso, que la reacción no podía ser áspera como habría hecho falta para resultar victoriosa. Por otro lado, ya Augusta me

había dado el ejemplo de un silencio respetuoso para no ofender y exasperar tamaño dolor. Sin embargo, cuando cerré los ojos, en la oscuridad vi que sus palabras habían creado un mundo nuevo, como todas las palabras que no dicen la verdad. Me pareció entender que también había odiado siempre a Guido y que había estado a su lado, asiduo, en espera de poder golpearlo. Además, ella había puesto a Guido junto a su violín. Si yo no hubiera sabido que andaba a tientas con su dolor y su remordimiento, habría podido creer que habían desenfundado dicho violín como parte de Guido para convencer a mi ánimo de la acusación de odio.

Después volví a ver en la oscuridad el cadáver de Guido y en su cara seguía gravado el estupor de estar ahí, privado de la vida. Alcé la cabeza espantado. Era preferible afrontar la acusación de Ada, que sabía injusta, a mirar en la oscuridad.

Pero ella seguía hablando de mí y de Guido:

—Y tú, pobre Zeno, sin saberlo, seguías viviendo a su lado y odiándolo. Le hacías bien por amor a mi. ¡Era imposible! ¡Debía acabar así! También yo creí en un momento dado poder aprovechar el amor que seguías sintiendo por mí para aumentar a su alrededor la protección que podía serle útil. Sólo podía protegerlo quien lo amara y ninguno de nosotros lo amó.

—¿Qué más habría yo podido hacer por él? —le pregunté llorando con cálidas lágrimas para hacerle sentir a ella y a mí mi inocencia. A veces las lágrimas sustituyen a un grito. Yo no quería gritar y hasta dudaba si debía hablar. Pero debía rechazar las afirmaciones y me eché a llorar.

—¡Salvarlo, querido hermano! Tú o yo deberíamos haberlo salvado. En cambio, yo estuve a su lado y no supe hacerlo por falta de afecto auténtico y tu permaneciste lejano, ausente, siempre ausente hasta que lo sepultaron. Después apareciste seguro y armado de todo tu afecto. Pero, antes, no te preocupaste de él. Y, sin embargo, estuvo contigo hasta la noche. Y habrías podido imaginar, si te hubieras preocupado de él, que algo grave iba a sucederle.

Las lágrimas me impedían hablar, pero farfullé algo en el sentido de que la noche anterior la había pasado divirtiéndose en la caza, por lo que nadie en este mundo habría podido prever lo que iba a hacer la noche siguiente.

—¡Necesitaba la caza, la necesitaba! —me reprochó Ada en voz alta. Y después, como si el esfuerzo de aquel grito hubiera sido sobrehumano, de repente se desplomó sin sentido en el suelo.

Recuerdo que por un instante vacilé a la hora de llamar a la señora Malfenti. Me parecía que aquel desvanecimiento revelaba algo de lo que había dicho.

Acudieron la señora Malfenti y Alberta. La señora Malfenti me preguntó, al tiempo que sostenía a Ada:

—¿Ha hablado contigo de esas malditas operaciones de Bolsa? —Y añadió—: ¡Es su segundo desvanecimiento de hoy!

Me rogó que me alejara un instante y yo fui al pasillo, donde esperé para saber si debía volver a entrar o marcharme. Me preparaba para otras explicaciones con Ada. Ella olvidaba que si se hubiera actuado como yo había propuesto seguramente se habría evitado la desgracia. Bastaba con decirle eso para convencerla de su error.

Poco después, la señora Malfenti se reunió conmigo y me dijo que Ada había vuelto en sí y quería decirme adiós. Reposaba sobre el diván en el que hasta poco antes había estado sentado yo. Al verme, se hecho a llorar y ésas fueron las primeras lágrimas que la vi derramar. Me tendió la manita empapada de sudor:

—¡Adiós, querido Zeno! ¡Te lo ruego, recuerda! ¡Recuerda siempre! ¡No lo olvides!

Intervino la señora Malfenti para preguntar qué debía recordar y yo le dije que Ada deseaba que se liquidaran en seguida todos los asuntos de Guido en la Bolsa. Enrojecí por mi mentira y temí un mentís por parte de Ada. En lugar de desmentir, se puso a gritar:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Hay que liquidarlo todo! ¡No quiero volver a oír hablar de esa horrible Bolsa!

Estaba de nuevo más pálida y la señora Malfenti, para calmarla, le aseguró que en seguida se haría lo que deseaba.

Después la señora Malfenti me acompañó a la puerta y me rogó que no precipitara las cosas: que hiciese lo que mejor me pareciera para los intereses de Guido. Pero yo respondí que ya no tenía confianza. El riesgo era enorme y ya no me atrevía a tratar de ese modo los intereses ajenos. Ya no creía en el juego de la Bolsa o al menos me faltaba la confianza en que mi «levantar cartas» pudiera regular los cambios. Por eso, debía liquidar al instante, contento de que las cosas hubieran salido así.

No repetí a Augusta las palabras de Ada. ¿Para qué afligirla? Pero aquellas palabras, incluso por no haberlas referido a nadie, siguieron martilleándome en los oídos, y me acompañaron durante largos años. Aún resuenan en mi alma. Aún hoy sigo analizándolas una y otra vez. No puedo decir que amara a Guido, pero sólo porque había sido un hombre extraño. Pero estuve, fraternal, a su lado y lo ayudé como pude. El reproche de Ada no lo merezco.

Nunca volví a encontrarme a solas con ella. No sintió la necesidad de decirme nada más ni yo me atreví a exigir una explicación, tal vez para no renovar su dolor.

En la Bolsa la cosa acabó como yo había previsto y el padre de Guido, después de que en el primer despacho se le avisara de la pérdida de todo su capital, tuvo sin duda la alegría de encontrarse con la mitad intacta. Obra mía de la que no pude disfrutar como había esperado.

Ada me trató con afecto todo el tiempo hasta su marcha para Buenos Aires, donde fue con sus hijos a reunirse con la familia de su marido. Le gustaba reunirse con

Augusta y conmigo. A veces quise creer que sus palabras se debieron a un estallido de dolor y auténtica locura y que ni siquiera las recordaba. Pero una vez que volvió a hablarse en nuestra presencia de Guido, repitió y confirmó en dos palabras todo lo que aquel día me había dicho:

—¡Al pobre nadie lo amó!

En el momento de embarcar con uno de los niños, ligeramente indispuerto, al brazo, me besó. Después, en un momento en que no había nadie a nuestro lado, me dijo:

—Adiós, Zeno, hermano mío. Recordaré siempre que no supiste amarlo bastante. ¡Debes saberlo! Abandono de buen grado mi país. ¡Me parece que me alejo de mis remordimientos!

Le reproché que se atormentara así. Le dije que había sido una buena esposa y que yo lo sabía y podría atestiguarlo. No sé si conseguí convencerla. No habló más, vencida por los sollozos. Después, mucho tiempo después, sentí que, al despedirse de mí, había querido renovar también con aquellas palabras los reproches que me había dirigido. Pero sé que me juzgó erróneamente. Desde luego, no tengo por qué reprocharme no haber querido a Guido.

El día era revuelto y oscuro. Parecía que una sola nube extendida y nada amenazadora oscurecía el cielo. Del puerto intentaba salir a fuerza de remos una gran barca cuyas velas colgaban fuertes de los palos. Dos únicos hombres bogaban y, con innumerables esfuerzos, apenas conseguían mover la enorme nave. Tal vez en alta mar encontrarán una brisa favorable.

Ada, desde la cubierta del piróscapo, saludaba agitando su pañuelito. Después nos volvió la espalda. Sin duda miraba hacia Sant'Anna, donde reposaba Guido. Su figurita elegante se volvía tanto más perfecta cuanto más se alejaba. Los ojos se me nublaron con las lágrimas. Así, pues, nos abandonaba y nunca más podría probarle mi inocencia.

&&

6. PSICOANÁLISIS

3 de mayo de 1915

He cortado con el psicoanálisis. Tras haberlo practicado con asiduidad durante seis meses, estoy peor que antes. Aún no he despedido al doctor, pero mi decisión es irrevocable. Por lo pronto ayer le mandé recado de que no podía ir a verlo, y dejaré que me espere unos días. Si estuviera del todo seguro de poder reírme de él sin irritarme, sería capaz incluso de volver a verlo. Pero temo que acabaría poniéndole las manos encima.

En esta ciudad, tras el estallido de la guerra, nos aburrimos aún más que antes y, para sustituir el psicoanálisis, vuelvo a mis queridos cuadernos. Hacía un año que

no había escrito una palabra, obediente en esto, como en todo lo demás, a las prescripciones del doctor, quien afirmaba que durante la cura debía concentrarme solo junto a él, porque, sin su vigilancia, la concentración reforzaría los frenos que me impiden mostrarme sincero, abandonarme. Pero ahora me encuentro más desequilibrado y enfermo que nunca y creo que escribiendo me limpiaré más fácilmente del mal que la cura me ha hecho. Al menos estoy seguro de que éste es el auténtico sistema para volver a dar importancia a un pasado que ya no duele y hacer pasar más rápido el fastidioso presente.

Me había abandonado al doctor con tanta confianza, que cuando me dijo que estaba curado, le creí enteramente y, en cambio, no creí mis dolores, que seguían asaltándome. Les decía: «¡No sois vosotros!» Pero, ¡ahora no hay duda! ¡Son precisamente ellos! Los huesos de mis piernas se han convertido en espinas vibrantes que me hieren la carne y los músculos.

Pero eso no me importaría demasiado y no es ésa la razón por la que dejo la cura. Si las horas de concentración junto al doctor hubieran ¿seguido siendo interesantes, me hubiesen seguido aportando sorpresas y emociones, no las habría abandonado o, para abandonarlas, habría esperado al final de la guerra, que me impide cualquier otra actividad. Pero ahora que sabía todo, es decir, que se trataba de una simple ilusión tonta, un truco válido para conmover a alguna vieja histérica, ¿cómo podía soportar la compañía de aquel hombre ridículo, con sus ojos, que pretendían ser escrutadores, y su presunción, que le permitía agrupar todos los fenómenos de este mundo en torno a su importante teoría? Voy a emplear el tiempo que me queda libre escribiendo. Por lo pronto voy a escribir con sinceridad la historia de mi cura. Entre el doctor y yo había desaparecido cualquier sinceridad y ahora respiro. Ya no se me impone ningún esfuerzo. No debo someterme a una fe ni debo simular profesarla. Precisamente para ocultar mejor mi pensamiento auténtico, me creía obligado a demostrarle una gran consideración y él aprovechaba para inventar cada día otras nuevas. Había que poner término a mi cura porque se había descubierto mi enfermedad. No había sido otra que la diagnosticada en su época por el difunto Sófocles al pobre Edipo: había amado a mi madre y había querido matar a mi padre.

¡Ni siquiera me enfadé! Escuché encantado. Era una enfermedad que me elevaba hasta la nobleza más alta. ¡Ilustre enfermedad, cuyos antepasados se remontaban a la época mitológica! Y no me enfado ahora que estoy solo con la pluma en la mano. Me río con ganas. La mejor prueba de que no he tenido esa enfermedad es que no he quedado curado. Esta prueba convencería incluso al doctor. Esté tranquilo: sus palabras no pudieron estropear el recuerdo de mi juventud. Cierro los ojos y veo al instante, puro, infantil, ingenuo, mi amor por mi madre, mi respeto y mi gran afecto por mi padre.

El doctor presta demasiada fe a esas dichas confesiones mías, que no quiere devolverme para que las revise. ¡Dios mío! Él sólo estudió medicina y, por eso, ignora lo que significa escribir en italiano para nosotros, que hablamos y no sabemos escribir el dialecto. ¡Con cada una de nuestras palabras toscanas mentimos! Si supiera que contamos con predilección todas las cosas para las que tenemos dispuesta una frase y evitamos las que nos obligarían a recurrir al diccionario. Así es como elegimos los episodios de nuestra vida que vale la pena consignar por escrito. Ya se comprende que nuestra vida tendría aspecto muy distinto, si la contáramos en nuestro dialecto.

El doctor me confesó que, en toda su larga práctica, nunca había tenido ocasión de presenciar una emoción tan fuerte como la mía al toparme con las imágenes que él creía haber sabido provocarme. Por eso, me declaró curado tan pronto.

Y yo no simulé esa emoción. Es más: fue una de las más profundas que he sentido en toda mi vida. Empapado en sudor cuando creé la imagen, bañado en lágrimas cuando la tuve. Yo había acariciado ya la esperanza de poder revivir un día de inocencia y de ingenuidad. Durante meses y meses me sostuvo y me animó. ¿Acaso no se trataba de obtener con el recuerdo vivo las rosas de mayo en pleno invierno? El propio doctor aseguraba que el recuerdo sería brillante y completo, tal como para representar un día más de mi vida. Las rosas tendrían su efluvio pleno y hasta sus espinas también.

Así fue como a fuerza de correr tras esas imágenes las alcancé. Ahora sé que las inventé. Pero inventar es crear, no mentir. Las mías eran invenciones como las de la fiebre, que caminan por el cuarto para que las veas de todos lados y que después hasta te tocan. Tenían la solidez, el color, el descaro de las cosas vivas. A fuerza de deseo, proyecté las imágenes, que sólo existían en mi cerebro, en el espacio en que miraba, un espacio en que sentía el aire, la luz y hasta las esquinas angulosas que no han faltado en ningún espacio por el que yo haya pasado.

Cuando llegué al sopor que debía facilitar la ilusión y que no me parecía sino la asociación de un gran esfuerzo con una gran inercia, creía que aquellas imágenes eran reproducciones auténticas de días lejanos. Habría podido sospechar al instante que no eran tales porque, apenas disipadas, las recordaba, pero sin la menor excitación ni conmoción. Las recordaba como se recuerda algo contado que uno no ha presenciado. Si hubieran sido reproducciones auténticas, habría seguido riendo y llorando con ellas como cuando las había tenido. Y el doctor anotaba. Decía: «Hemos conseguido esto, hemos conseguido lo otro.» En realidad sólo teníamos signos gráficos, esqueletos de imágenes.

Llegué a creer que se trataba de una reevocación de mi infancia, porque la primera de las imágenes me situó en época relativamente reciente, de la que antes había conservado un pálido recuerdo que pareció confirmar. Hubo un año en mi vida en que yo iba al colegio y mi hermano aún no. Y parecía pertenecer a aquel año el

momento que reevoqué. Me vi salir de mi casa una mañana soleada de primavera, pasar por nuestro jardín para bajar a la ciudad de la mano de una anciana criada nuestra, Catina. Mi hermano, en la escena que soñé, no aparecía, pero era el héroe de ella. Lo sentía en casa libre y feliz, mientras yo iba a la escuela. Iba con sollozos en la garganta, el paso de mala gana e intenso rencor en el ánimo. Sólo vi uno de aquellos paseos hasta la escuela, pero el rencor de mi ánimo me decía que todos los días yo iba al colegio y que todos los días mi hermano se quedaba en casa. Hasta el infinito, cuando, en realidad, creo que, al cabo de poco tiempo, mi hermano, sólo un año menor, que yo fue al colegio también él. Pero entonces la verdad del sueño me pareció indiscutible: yo estaba condenado a ir siempre al colegio, mientras que mi hermano tenía permiso para quedarse en casa. Mientras caminaba junto a Catina, calculaba la duración de la tortura: ¡hasta el mediodía! ¡Mientras él estaba en casa! Y recordaba también que los días anteriores debían de haberme amenazado y regañado en el colegio y que entonces había pensado también: a él no pueden tocarlo. Había sido una visión de enorme evidencia. Catina, a quien yo había conocido de baja estatura, me había parecido alta sin duda porque yo era tan pequeño. Viejísimos me había parecido incluso entonces, pero ya se sabe que los niños siempre ven muy viejos a los ancianos. Y, por el camino que debía recorrer para ir al colegio, vi también las extrañas columnitas que en aquella época bordeaban las aceras de nuestra ciudad. Ciertamente es que yo nací lo bastante pronto como para ver aún de adulto aquellas columnitas en nuestras calles céntricas. Pero en el camino que recorrí aquel día con Catina dejaron de existir en cuanto salí de la infancia.

La fe en la autenticidad de aquellas imágenes perduró en mi ánimo hasta cuando mi fría memoria, estimulada por aquel sueño, no tardó en descubrir también otros detalles de la época. El principal: también mi hermano me envidiaba porque yo iba a la escuela. Estoy seguro de haberlo notado, pero no bastó para invalidar al instante la verdad del sueño. Más adelante le quitó todo aspecto de verdad: en realidad, había habido envidia, pero en el sueño había quedado cambiada de sitio.

La segunda visión me trasladó también a una época reciente, aunque muy anterior a la de la primera: una habitación de mi casa, pero no sé cuál, por ser mucho mayor que cualquiera de las que hay en la realidad. Es extraño que me viese encerrado en esa habitación y que al instante conociera un detalle que no podía averiguar simplemente mediante la visión: la habitación quedaba lejos del lugar donde se encontraban mi madre y Catina. Y otro más: aún no había ido al colegio.

La habitación era toda blanca; es más, nunca vi una habitación tan blanca ni tan iluminada por el sol. ¿Atravesaría el sol de entonces las paredes? Desde luego, ya estaba alto, pero yo me encontraba aún en mi cama con una mano en una taza, de la que había sorbido todo el café con leche y en la que seguía sacando el azúcar con una cuchara. En un momento dado la cuchara no sacó más y entonces yo

intenté llegar al fondo de la taza con la lengua. Pero no lo conseguí. Por eso acabé sujetando la taza en la mano y la cuchara en la otra y me quedé mirando a mi hermano, acostado en la cama contigua a la mía, que, más lento, estaba bebiendo su café con la nariz en la taza. Cuando por fin levantó la cabeza, la vi contraerse con los rayos del sol, que la bañaron de lleno, mientras que la mía (Dios sabrá por qué) se encontraba en la sombra. Tenía la cara pálida y algo afeada por un leve prognatismo. Me dijo:

—¿Me prestas tu cuchara?

Entonces advertí que Catina había olvidado traerle la cuchara; al instante y sin vacilación le respondí:

—¡Sí! Si a cambio me das un poco de tu azúcar.

Mantuve en alto la cuchara para realzar su valor. Pero en seguida resonó en la habitación la voz de Catina:

—¡Qué vergüenza! ¡Usurero!

El espanto y la vergüenza me hicieron recaer en el presente. Me habría gustado discutir con Catina, pero ella, mi hermano y yo, tal como era entonces, pequeño, inocente y usurero, desaparecimos y volvimos a caer en el abismo.

Lamenté haber sentido tan fuerte la vergüenza, como para destruir la imagen a que había llegado con tanto esfuerzo. Habría hecho mejor ofreciendo, en cambio, la cuchara con amabilidad y gratis y no discutiendo aquella mala acción mía que probablemente fuera la primera que cometí. Tal vez Catina habría invocado la ayuda de mi madre para infligirme un castigo y yo la habría vuelto a ver por fin.

Sin embargo, la vi o creí verla varios días después. Habría podido entender al instante que era una ilusión, porque la imagen de mi madre, como la había evocado, se parecía demasiado a su retrato, que tengo encima de mi cama. Pero debo confesar que en la aparición mi madre se movió como una persona viva.

Mucho, pero que mucho sol, ¡hasta el punto de que cegaba! De la que yo creía mi juventud me llegaba tanto de aquel sol, que resultaba difícil dudar que lo fuera. Nuestro comedor por la tarde: mi padre ha vuelto a casa y está sentado en un sofá junto a mamá, que está grabando con tinta indeleble iniciales en piezas de ropa interior distribuidas por la mesa a que está sentada. Yo me encuentro bajo la mesa, donde juego con bolitas. Cada vez me acerco más a mamá. Probablemente deseo que ella se asocie a mis juegos. En un momento dado, para ponerme en pie entre ellos, me agarro a la ropa que cuelga de la mesa y entonces se produce un desastre. El frasco de tinta me cae sobre la cabeza, me baña la cara y la ropa, la falda de mamá, y deja también una ligera mancha en los pantalones de papá. Mi padre levanta una pierna para darme una patada...

Pero yo había vuelto a tiempo de mi lejano viaje y me encontraba seguro aquí, adulto» viejo. Debo decirlo: por un instante sufrí por el castigo con que se me había amenazado y en seguida lamenté no haber podido presenciar la protección

que sin duda me ofrecería mamá. Pero, ¿quién puede detener esas imágenes cuando huyen a través de ese tiempo, que nunca se pareció tanto al espacio? ¡Esa era mi idea mientras creí en la autenticidad de aquellas imágenes! Ahora, por desgracia (oh, cuánto lo siento!), ya no creo en ellas y sé que no eran las imágenes las que se escapaban, sino mis ojos despejados que miraban de nuevo en el espacio auténtico, en el que no hay sitio para fantasmas.

Voy a contar imágenes de otro día, a las que el doctor atribuyó tal importancia, que me declaró curado.

En el duermevela a que me abandoné tuve un sueño de la inmovilidad de una pesadilla. Soñé que había vuelto a ser niño y sólo para ver cómo soñaba aquel niño. Yacía mudo con su menudo organismo invadido por la alegría. Le parecía haber visto realizado por fin su antiguo deseo. Y, sin embargo, ¡yacía ahí solo y abandonado! Pero veía y sentía con la evidencia con que se ven y se sienten en el sueño hasta las cosas lejanas. El niño, que yacía en una habitación de mi casa, veía (Dios sabe cómo) que sobre la cama había una jaula apoyada sobre bases muy sólidas, sin puertas ni ventanas, pero iluminada por toda la luz deseable y llena de aire puro y perfumado. Y el niño sabía que él solo podría llegar a ella y sin moverse siquiera, porque tal vez la jaula vendría hasta él. En aquella jaula había un solo mueble: una butaca, y en ella estaba sentada una mujer hermosa, de formas maravillosas, vestida de negro, rubia, de ojos grandes y azules, manos blanquísimas y pies pequeños enfundados en zapatillas lacadas, de las cuales, bajo las faldas, sólo se veía un ligero resplandor. Debo decir que aquella mujer me parecía una sola cosa con su vestido negro y sus zapatillas de laca. ¡Todo era ella! Y el niño soñaba con poseer a aquella mujer, pero del modo más extraño: es decir, estaba seguro de poder comerla a bocaditos de la cabeza a los pies.

Ahora, al pensarlo, me asombra que el doctor que ha leído, según dice, con tanta atención, mi manuscrito, no haya recordado el sueño que tuve antes de ir a reunirme con Carla. A mí algún tiempo después, cuando volví a pensar en él, me pareció que aquel sueño no era sino el otro un poco variado, un poco más infantil.

En cambio, el doctor anotó todo con detalle y después me preguntó con aire un poco bobo:

—La madre de usted, ¿era rubia y hermosa?

La pregunta me asombró y respondí que también mi abuela había sido así. Pero para él estaba curado, del todo curado. Abrí la boca para alegrarme con él y me resigné a lo que debía seguir, es decir, ya no investigaciones ni meditaciones, sino una auténtica y asidua reeducación.

Desde entonces aquellas sesiones fueron una auténtica tortura y yo las continué sólo porque siempre me ha resultado difícil detenerme cuando me muevo o ponerme en movimiento cuando me detengo. A veces, cuando él me decía una auténtica barbaridad yo aventuraba alguna objeción. No era cierto en absoluto —

como creía él— que todas mis palabras, todos mis pensamientos fueran propios de delincuente. Entonces ponía unos ojos como platos. ¡Estaba curado y no quería verlo! Era auténtica ceguera: me había enterado de haber deseado quitar la esposa —¡mi madre!— a mi padre, ¿y no me sentía curado? Inaudita obstinación, la mía: pero el doctor reconocía que estaría aún más curado cuando hubiera acabado mi reeducación, después de la cual me acostumbraría a considerar esas cosas (el deseo de matar al padre y de besar a la madre) de lo más inocentes, cosas por las que no había que sufrir remordimiento, porque ocurrían con frecuencia en las mejores familias. En el fondo, ¿qué perdía? Un día me dijo que ahora yo era como un convaleciente que aún no se había habituado a vivir sin fiebre. Pues bien: esperaba a habituarme.

Él sentía que yo no estaba aún del todo en sus manos y además de la reeducación, de vez en cuando volvía a la cura. Intentaba de nuevo hacerme soñar, pero no volvimos a tener ningún sueño auténtico. Cansado de tanto esperar, acabé inventando uno. Si hubiera podido prever las dificultades de semejante simulación, no lo habría hecho. No es nada fácil balbucear como si se encontrara uno en pleno duermevela, cubrirse de sudores o empalidecer, no traicionarse, ponerse rojo por el esfuerzo y no ruborizarse: hablé como si hubiera vuelto a ver a la mujer de la jaula y la hubiese inducido a ofrecermelo por un agujero, aparecido de improviso en la pared del cuartito, un pie para que lo chupara y me lo comiese. «¡El izquierdo, el izquierdo!», murmuré, dando un detalle curioso, que podía hacerla parecerse mejor a los sueños anteriores. Así demostraba también haber comprendido perfectamente la enfermedad que el doctor me exigía. Edipo niño era así: chupaba el pie izquierdo de su madre para dejar el derecho a su padre. En mi esfuerzo por imaginar realmente (lo que no era una contradicción, sino todo lo contrario), me engañé a mí mismo incluso al sentir el sabor de aquel pie. Casi tuve que vomitar.

No sólo el doctor, sino también yo habría deseado que hubieran vuelto a visitarme aquellas queridas imágenes de mi juventud, auténticas o no, pero que no había necesitado construir. En vista de que junto al doctor yo no venían, intenté evocarlas lejos de él. A solas corría el peligro de olvidarlas, pero, ¡ya no aspiraba a una cura! Seguía queriendo rosas de mayo en diciembre. Ya las había tenido una vez. ¿Por qué no habría podido tenerlas de nuevo?

También en la soledad me aburrí bastante, pero después, en lugar de las imágenes, vino algo que por algún tiempo las sustituyó. Simplemente creí haber hecho un importante descubrimiento científico. Me creí llamado a completar toda la teoría de los colores fisiológicos. Mis predecesores, Goethe y Schopenhauer, nunca habían imaginado adonde se podía llegar manejando con habilidad los colores complementarios.

Conviene saber que yo pasaba el tiempo tumbado en el sofá de cara a la ventana de mi estudio, donde veía un trozo de mar y de horizonte. Durante un crepúsculo

de ricos colores me entretuve largo rato admirando en el cielo tachonado de nubes un color magnífico, verde, puro y suave, que aparecía en un claro límpido. En el cielo había también mucho color rojo en los márgenes de las nubes por poniente, pero era un rojo aún pálido, descolorido por los directos y blancos rayos del sol. Al cabo de un rato, cerré los ojos, deslumbrado, y se vio que había dedicado mi atención y mi afecto al verde porque en mi retina se produjo su color complementario, un rojo brillante que no tenía nada que ver con el rojo luminoso, pero pálido, del cielo. Contemplé y acaricié aquel color fabricado por mí. La gran sorpresa me la llevé cuando, tras abrir los ojos, vi que el rojo llameante invadía todo el cielo y cubría también el verde esmeralda, que por largo rato no volví a ver. Pero, ¡yo había descubierto el modo de teñir la naturaleza! Por supuesto, repetí varias veces el experimento. Lo más curioso es que también había movimiento en aquella coloración. Cuando volvía a abrir los ojos, el cielo no aceptaba al instante el color de mi retina. Había un instante de vacilación, en el que llegaba a ver de nuevo el verde esmeralda que había prohiado aquel rojo, el cual lo destruiría. Éste surgía del fondo, inesperado y se extendía como un incendio espantoso.

Cuando estuve seguro de la exactitud de mi observación, la llevé al doctor con la esperanza de reavivar nuestras aburridas sesiones. El doctor sacó la conclusión de que yo tenía la retina más sensible a causa de la nicotina. Estuve a punto de objetar que, en ese caso, también las imágenes, que nosotros habíamos atribuido a reproducciones de acontecimientos de mi juventud, podían ser efecto del mismo veneno. Pero así le habría revelado que no estaba curado y él habría intentado inducirme a empezar de nuevo la cura desde el principio.

Y, sin embargo, aquel bruto no siempre me creyó tan envenenado. Prueba de ello fue también la reeducación que intentó para curarme de la que llamaba mi enfermedad del tabaco. Éstas fueron sus palabras: el tabaco no me hacía daño y cuando me hubiera convencido de que era inocuo lo sería de verdad. Y, sin embargo, continuaba: ahora que se habían sacado a la luz del día las relaciones con mi padre y se las había presentado ante mi juicio de adulto, podía entender que había adoptado ese vicio para rivalizar con mi padre y había atribuido un efecto venenoso al tabaco a causa del sentimiento moral íntimo que quería castigarme por mi rivalidad respecto a él.

Aquel día abandoné la casa del doctor fumando como un carretero. Se trataba de hacer una prueba y yo me presté a ella de buen grado. Durante todo el día fumé sin interrupción. Siguió una noche, que pasé del todo en vela. Mi bronquitis crónica había resurgido y no se podía poner en duda, porque era fácil descubrir sus consecuencias en la escupidera. El día siguiente conté al doctor que había fumado mucho y que ahora no me importaba nada. El doctor me miró sonriendo y adiviné que el pecho se le inflaba de orgullo. Reanudó mi reeducación con calma. Avanzaba con la seguridad de ver florecer cada terrón sobre el que ponía el pie.

Recuerdo muy poco de aquella reeducación. La soportaba, y cuando salía de aquella habitación me sacudía como un perro al salir del agua y también yo permanecía húmedo, pero no mojado.

Sin embargo, recuerdo con indignación que, según mi educador, el doctor Coprosich había tenido razón al dirigirme las palabras que habían provocado tanto resentimiento en mí. Pero en ese caso, ¿habría merecido también la bofetada que mi padre quiso darme al morir? No sé si dijo también esto. En cambio, sé con certeza que, según él, yo había odiado también al viejo Malfenti, a quien había colocado en el lugar de mi padre. En este mundo muchos creen no poder vivir sin un afecto determinado; en cambio yo, según él, perdía el equilibrio si me faltaba determinado odio. Me casé con una u otra de las hijas y era indiferente cuál, porque de lo que se trataba era de colocar a su padre en un lugar en que mi odio pudiera alcanzarlo. Y después mancillé como mejor pude la casa que había hecho mía. Traicioné a mi mujer y es evidente que si lo hubiera conseguido habría seducido a Ada y también a Alberta. Por supuesto, no se me ocurre negar esto; es más: me hizo reír, cuando, al decírmelo, el doctor adoptó el aspecto de Cristóbal Colón, al llegar a América. Sin embargo, creo que debe de ser el único en este mundo que, al oír que quería acostarme con dos mujeres bellísimas, se preguntó: Vamos a ver por qué quiere éste acostarse con ellas.

Aún más difícil me resultó soportar lo que creyó poder decirme sobre mis relaciones con Guido. Por mi propio relato había sabido la antipatía que había acompañado al comienzo de mi relación con él. Según él, esa antipatía no dejó de existir nunca, y Ada había tenido razón al ver su última manifestación en mi ausencia del entierro. No recordó que entonces yo estaba entregado a mi amorosa tarea de salvar el patrimonio de Ada ni me digné recordárselo.

Al parecer, el doctor hizo investigaciones sobre Guido. Afirmaba que, habiéndolo elegido Ada, no podía ser como yo lo describí. Descubrió que un enorme depósito de maderas, muy cerca de la casa en que nosotros practicábamos el psicoanálisis, había pertenecido a la empresa Guido Speier & Cía. ¿Por qué no había yo hablado de eso?

Si lo hubiera hecho, habría sido una nueva dificultad en mi exposición, ya tan difícil. Esa eliminación no es sino la prueba de que una confesión hecha por mí en italiano no podía ser ni completa ni sincera. En un depósito de maderas hay una enorme variedad de calidades que nosotros en Trieste llamamos con términos bárbaros tomados del dialecto, del croata, del alemán y a veces hasta del francés (*zapin* no equivale en absoluto a *sapin*). ¿Quién me habría facilitado el vocabulario adecuado? A mi edad, ¿habría tenido que tomar un empleo en una empresa de maderas toscana? Por lo demás, el depósito de maderas de la empresa Guido Speier & Cía sólo dio pérdidas. Y, además, no tenía por qué hablar de él, porque permaneció siempre inactivo, salvo cuando intervinieron los ladrones e hicieron

desaparecer esas maderas de nombres bárbaros, como si hubieran estado destinadas a construir mesitas para experimentos espiritistas.

Propuse al doctor que se informara sobre Guido por mi mujer, por Carmen o por Luciano, que es un gran comerciante de todos conocido. Que yo sepa, no se dirigió a ninguno de ellos y debo creer que no lo hizo por miedo a ver desplomarse, ante esas informaciones, todo su edificio de acusaciones y sospechas. ¿Por qué llegaría a sentir semejante odio hacia mí? También él debe de ser un histérico de aupa, que por haber deseado en vano a su madre se venga con quien no tiene nada que ver.

Acabé sintiéndome muy cansado de aquella lucha que debía sostener con el doctor al que pagaba. Creo incluso que aquellos sueños no me sentaron bien y, además, la libertad de fumar cuanto quisiera acabó destruyéndome del todo. Tuve una buena idea: fui a ver al doctor Paoli.

Hacía muchos años que no lo veía. Había encanecido un poco pero la edad no había doblado ni redondeado demasiado su figura de granadero. Seguía contemplando las cosas con una mirada que parecía una caricia. Esa vez descubrí por qué me parecía así. Evidentemente, le da placer mirar y mira las cosas bellas y las feas con la complacencia con que los otros acarician.

Había ido a verlo con el propósito de preguntarle si creía que debía continuar con el psicoanálisis, Pero cuando me encontré ante sus ojos, fríamente escrutadores, no tuve valor para ello. Tal vez me sintiera ridículo contándole que a mi edad me había dejado engañar por semejante charlatanería. Me desagradó tener que callar, porque si Paoli me hubiera prohibido el psicoanálisis, mi posición se habría simplificado mucho, pero habría sido muy desagradable para mí verme acariciado por sus enormes ojos durante demasiado tiempo.

Le conté mis insomnios, mi bronquitis crónica, una erupción en las mejillas que entonces me atormentaba, ciertos dolores lancinantes en las piernas y, por último, extrañas pérdidas de memoria.

Paoli analizó mi orina delante de mí. La mezcla se coloreó de negro y Paoli se puso pensativo. Ahí tenía, por fin, un análisis auténtico y no un psicoanálisis. Recordé con simpatía y emoción mi lejano pasado de químico y los análisis auténticos: ¡yo, un tubito y un reactivo! Lo otro, lo analizado, duerme hasta que el reactivo lo despierta imperiosamente. No hay resistencia en el tubito o cede a la mínima elevación de la temperatura y no hay la menor simulación. En aquel tubito no sucedía nada que pudiera recordar mi comportamiento cuando, para agradar al doctor S., inventaba nuevos detalles de mi infancia, que debían confirmar el diagnóstico de Sófocles. En cambio, aquí todo era verdad. Lo que había que analizar estaba encerrado en la probeta, y, siempre igual a sí mismo, esperaba al reactivo. Cuando éste llegaba, decía la misma palabra. En el psicoanálisis no se repiten nunca ni las mismas imágenes ni las mismas palabras. Habría que llamarlo de otro modo. Llamémoslo aventura psíquica. Exactamente eso: cuando se inicia

semejante análisis, es como si nos dirigiéramos a un bosque sin saber si toparemos con un bandido o con un amigo. Y ni siquiera lo sabemos, una vez pasada la aventura. En eso el psicoanálisis recuerda al espiritismo.

Pero Paoli no creía que se tratara de azúcar. Quería volver a verme el día siguiente, tras haber analizado aquel líquido por polarización.

Entretanto yo me fui radiante, cargado de diabetes. Estuve a punto de ir a ver al doctor S. para preguntarle cómo analizaría en mi interior las causas de esa enfermedad a fin de anularlas. Pero yo estaba harto de aquel individuo y no quería volver a verlo ni siquiera para burlarme de él.

Debo confesar que la diabetes fue para mí un gran solaz. Se lo dije a Augusta, cuyos ojos se llenaron de lágrimas al instante:

—Has hablado tanto de enfermedades en toda tu vida, que debías acabar contrayendo una —dijo, y luego intentó consolarme.

Me gustaba mi enfermedad. Recordé con simpatía al pobre Copley, que prefería la enfermedad real a la imaginaria. Ahora yo estaba de acuerdo con él. La enfermedad real era muy sencilla: bastaba dejarla hacer. En efecto, cuando leí en un libro de medicina la descripción de mi dulce enfermedad, descubrí en ella una especie de programa de vida (¡no de muerte!) en sus diferentes etapas. Adiós propósitos: por fin estaba libre de ellos. Todo iba a seguir su camino sin intervención mía.

Descubrí que mi enfermedad era siempre o casi siempre muy dulce. El enfermo come o bebe mucho, y no produce grandes sufrimientos, ni se procura evitar los bubones. Después muere en un coma dulcísimo.

Poco después Paoli me llamó por teléfono. Me comunicó que no había ni rastro de azúcar. Fui a verlo el día siguiente y me prescribió una dieta, que sólo seguí unos pocos días, y un mejunje que describió en una receta ilegible y que me hizo beber durante todo un mes.

—¿Le dio mucho miedo la diabetes? —me preguntó sonriendo.

Protesté, pero no le dije que, ahora que la diabetes me había abandonado, me sentía muy solo. No me habría creído.

Por aquella época me cayó en las manos la célebre obra del doctor Beard sobre la neurastenia. Seguí su consejo y cambié de medicina cada ocho días con sus recetas, que copié con escritura clara. Por algunos meses la cura me pareció buena. Ni siquiera Copley había tenido en su vida tan abundante consuelo de medicinas como yo entonces. Después pasó también aquella fe, pero entretanto yo había aplazado día tras día mi regreso al psicoanálisis.

Un día me tropecé con el doctor S. Me preguntó si había decidido abandonar la cura. Pero se mostró muy cortés, mucho más que cuando me tenía en sus manos. Evidentemente, quería recuperarme. Yo le dije que tenía asuntos urgentes, cuestiones de familia que me ocupaban y preocupaban y que, en cuanto tuviera

calma, volvería a verlo. Me habría gustado rogarle que me devolviera mi manuscrito, pero no me atreví; habría equivalido a confesarle que no quería saber nada más de la cura. Reservé el intento para otra época, cuando hubiera comprendido que yo no pensaba más en la cura y se hubiese resignado.

Antes de dejarme, me dijo algunas palabras destinadas a recuperarme:

—Si examina su ánimo, lo encontrará cambiado. Ya verá cómo volverá a verme seguida, en cuanto comprenda que yo supe acercarlo a la salud en un tiempo relativamente breve.

Pero, en realidad, yo creo que con su ayuda, a fuerza de estudiar mi ánimo, metió en él nuevas enfermedades.

Me dedico a curar de su cura. Evito los sueños y los recuerdos. Por ellos mi pobre cabeza se transformó hasta el punto de no sentirse segura sobre el cuello. Tengo distracciones espantosas. Hablo con la gente y mientras digo una cosa intento involuntariamente recordar otras que poco antes he dicho o hecho y que ya no recuerdo o incluso un pensamiento mío que me parece de enorme importancia, de la importancia que mi padre atribuyó a los pensamientos que tuvo poco antes de morir y que tampoco él consiguió recordar.

Si no quiero acabar en el manicomio, tengo que abandonar estos jueguecitos.

15 de mayo de 1915

Hemos pasado dos días de fiesta en nuestra casa de Lucinico. Mi hijo Alfio tiene que reponerse de una gripe y se va a quedar aquí con su hermana unas semanas. Nosotros volveremos por Pascua.

Por fin he conseguido volver a mis queridas costumbres y a dejar de fumar. Estoy ya mucho mejor, desde que he sabido eliminar la libertad que ese estúpido de doctor había querido concederme. Hoy que estamos a mitad de mes me he quedado asombrado ante las dificultades que ofrece nuestro calendario para una resolución regular y ordenada. Ningún mes es igual a otro. Para afirmar mejor la resolución habría que dejar de fumar junto con algo más, el mes, por ejemplo. Pero, salvo julio y agosto y diciembre y enero, no hay otros meses que se sigan y tengan el mismo número de días. ¡Un auténtico desorden en el tiempo!

Para concentrarme mejor, pasé la tarde del segundo día en soledad a orillas del Isonzo. No hay mejor concentración que contemplar el agua corriente. Te quedas quieto y el agua corriente te proporciona la distracción necesaria, porque no es igual a sí misma en el color y en la forma ni siquiera por un instante.

Era un día extraño. Desde luego, en lo alto soplaban un viento fuerte, porque las nubes cambiaban continuamente de forma, pero abajo la atmósfera no se movía. De vez en cuando, a través de las nubes en movimiento, el sol, que ya calentaba, encontraba un agujero para inundar con sus rayos tal o cual trecho de colina o una

cima de montaña, con lo que resaltaba el dulce verde de mayo en medio de la sombra que cubría todo el paisaje. La temperatura era suave y hasta aquella fuga de nubes en el cielo tenía algo de primaveral. No había duda: ¡el tiempo estaba sanando!

Fue una auténtica concentración, la mía, uno de esos raros instantes que la avara vida concede de auténtica y gran objetividad, en que por fin deja uno de creerse y sentirse víctima. En medio de aquel verde tan deliciosamente resaltado por aquellos haces de rayos de sol, supe sonreír ante mi vida y mi enfermedad. La mujer había tenido en ella una importancia enorme. Tal vez a pedazos, sus piecitos, su cintura, su boca, llenaron mis días. Y, al repasar mi vida y también mi enfermedad, ¡las amé, las entendí! Cuánto más bella había sido mi vida que la de los llamados sanos, los que pegaban y quisieron pegar a su mujer todos los días, salvo en ciertos momentos. En cambio, yo había estado acompañado siempre por el amor. Cuando no pensaba en mi mujer, pensaba en ella también para hacerme perdonar haber pensado en las otras. Los otros abandonaban a la mujer decepcionados y desesperados de la vida. En mí la vida nunca estuvo privada del deseo y después de cada naufragio renació en seguida la ilusión, con sueños de miembros, de voces, de actitudes más perfectas.

En aquel momento recordé que, entre las muchas mentiras que había dicho a aquel profundo observador que era el doctor S., figuraba también la de que después de la marcha de Ada yo no había vuelto a traicionar a mi mujer. También sobre esa mentira fabricó sus teorías. Pero allí, a la orilla de aquel río, recordé de improviso y con espanto que era cierto que desde hacía unos días, tal vez desde que había abandonado la cura, no había vuelto a buscar la compañía de otras mujeres. ¿Estaría curado, como afirmaba el doctor S.? Como soy viejo, ya hace tiempo que las mujeres no me miran. Si yo dejo de mirarlas a ellas, quedará cortada toda relación entre nosotros.

Si semejante duda se me hubiera presentado en Trieste, habría sabido resolverla en seguida. Allí era algo más difícil.

Pocos días antes había tenido en las manos el libro de memorias de Da Ponte, el aventurero contemporáneo de Casanova. También él había pasado sin duda por Lucinico y yo soñé con toparme con alguna de sus mujeres empolvadas y con los miembros ocultos con miriñaque. ¡Dios mío! ¿Cómo conseguían aquellas mujeres rendirse tan pronto y con tanta frecuencia, estando defendidas con todos aquellos trapos?

Me pareció que el recuerdo del miriñaque, a pesar de la cura, era bastante excitante. Pero el mío era un deseo algo alterado y no bastó para tranquilizarme.

Poco después tuve la experiencia que buscaba y fue suficiente para tranquilizarme, pero me costó lo mío. Para tenerla, enturbié y eché a perder la relación más pura que había tenido en mi vida.

Me tropecé con Teresina, la hija mayor del colono de una finca situada junto a mi casa. El padre se había quedado viudo dos años antes y su numerosa prole había recuperado a la madre en Teresina, una muchacha robusta que se levantaba por la mañana para trabajar y dejaba el trabajo a la hora de acostarse y recobrar fuerzas para poder reanudar el trabajo. Aquel día conducía el burrito, tarea confiada por lo general a su hermanito, y caminaba junto al carrito cargado de hierba fresca, porque el pequeño animal no habría podido arrastrar también por aquella ligera cuesta el peso de la muchacha.

El año anterior Teresina me había carecido aún una niña y sólo había sentido por ella una simpatía sonriente y paternal. Pero incluso el día anterior, cuando había vuelto a verla por primera vez, pese a haberla encontrado crecida, con carita morena más seria, y los delgados hombros ensanchados sobre el pecho, que iban arqueándose con el parco desarrollo de aquel cuerpecito fatigado, había seguido viendo en ella una niña inmadura, en la que sólo podía admirar su extraordinaria actividad y el instinto maternal de que disfrutaban sus hermanitos. Si no hubiera sido por aquella maldita cura y por la necesidad de comprobar en seguida en qué estado se encontraba mi enfermedad, también aquella vez habría podido dejar Lucinico sin haber turbado tamaña inocencia.

Teresina no llevaba miriñaque. Y su carita regordeta y sonriente no conocía los polvos. Iba descalza y enseñaba también media pierna. La carita, los piececitos y la pierna no consiguieron excitarme. La cara y los miembros que Teresina dejaba ver eran del mismo color; todos pertenecían al aire y no había nada de malo en que fueran abandonados al aire. Tal vez por eso no conseguían excitarme. Pero al sentirme tan frío me asusté. ¿Acaso necesitaba el miriñaque, después de la cura?

Empecé acariciando al burrito, al que había procurado un poco de descanso. Después intenté volverme hacia Teresina y le puse en la mano nada menos que diez coronas! ¡Era el primer atentado! El año anterior había puesto en las manitas de ella y de sus hermanitos unos céntimos para expresarles mi afecto paternal. Pero ya se sabe que el afecto paternal es otra cosa. Teresina se quedó estupefacta ante tan generoso don. Se levantó con cuidado la faldita para guardar en no sé qué bolsillo oculto el precioso pedazo de papel. Así vi otro trozo de pierna, pero también moreno y casto.

Me volví hacia el burrito y le di un beso en la cabeza. Mi afectuosidad despertó la suya. Alargó el hocico y emitió su potente grito de amor, que yo escuché con respeto. Cómo cruza las distancias y qué cargado de sentido está, con ese primer grito que invoca y se repite y luego se atenúa y termina en un llanto desesperado. Pero, oído desde tan cerca, me hizo daño en el tímpano.

Teresina se reía y su risa me animó. Me volví hacia ella y de repente la cogí por el antebrazo y fui subiendo la mano, despacio, hacia el hombro, estudiando mis sensaciones. ¡Gracias al cielo aún no estaba curado! Había dejado la cura a tiempo.

Pero Teresina, con un palo, hizo avanzar al burro para seguirlo y dejarme.

Riendo con ganas, porque quedaba contento aunque la zagalilla no quisiera saber nada conmigo, le dije:

—¿Tienes novio? Deberías tenerlo. ¡Es una lástima que no tengas ya!

Sin dejar de alejarse de mí, me dijo:

—Si me echo uno, ¡será más joven que usted, desde luego!

Aquello no empañó mi alegría. Me habría gustado dar una leccioncita a Teresina e intenté recordar cómo en Bocaccio «Maese Alberto de Bolonia honestamente avergüenza a una mujer que a él quería avergonzar por haberse enamorado de ella». Pero el razonamiento de Maese Alberto no surtió efecto, porque Madonna Malgherida de' Ghisolieri le dijo: «Aprecio vuestro amor, como de hombre valiente y sabio ha de ser; y por eso, *siempre que no toque a mi honestidad*, haré todo lo que de mí dependa para agradaros con seguridad.»

Intenté hacerlo mejor:

—¿Cuándo te dedicarás a los viejos, Teresina? —grité para que me oyera, pues ya estaba lejos.

—Cuando sea vieja yo también —gritó riendo de gusto y sin detenerse.

—Pero entonces los viejos no querrán saber nada contigo. ¡Escúchame! ¡Yo los conozco!

Gritaba complaciéndome con mi ingenio, que procedía derecho de mi sexo.

En aquel momento se abrieron las nubes en un punto del cielo y dejaron pasar rayos de sol que cayeron sobre Teresina, quien ahora estaba a unos cuarenta metros de mí y unos diez más alta. ¡Era morena, pequeña, pero luminosa!

"¡El sol no me iluminó a mí! Cuando se es viejo, se queda uno a la sombra, aun teniendo ingenio.

26 de junio de 1915

¡La guerra me ha alcanzado! Yo que escuchaba las historias de guerra como si se tratara de una de otra época de la que resultaba divertido hablar, pero por la que sería absurdo preocuparme, mira por dónde, me he visto en ella estupefacto y al mismo tiempo asombrado de no haber comprendido antes que tarde o temprano me vería envuelto en ella. Había vivido en plena calma en un edificio cuya planta baja ardía y no había previsto que tarde o temprano todo el edificio se desplomaría, y yo con él, pasto de las llamas.

La guerra me ha hecho presa, me ha sacudido como un trapo y me ha privado de golpe de toda mi familia y también de mi administrador. De la noche a la mañana me he convertido en un hombre del todo nuevo; mejor dicho, para ser más exactos, cada hora del día es del todo nueva para mí. Desde ayer estoy un poco más tranquilo, porque, por fin, tras la espera de un mes, tuve las primeras noticias de mi

familia. Se encuentran sanos y salvos en Turín, cuando yo ya había perdido cualquier esperanza de volver a verlos.

Debo pasar el día entero en mi oficina. No tengo nada que hacer en ella, pero los Olivi, por ser ciudadanos italianos, han tenido que marcharse y todos mis escasos buenos empleados han ido a luchar de una parte o de otra, por lo que debo permanecer en mi puesto de vigilante. Por la noche voy a casa cargado con las enormes llaves del almacén. Hoy que me siento mucho más tranquilo, me he traído a la oficina este manuscrito con la idea de que me hiciera pasar mejor el lento transcurrir de las horas del tiempo. En realidad, me ha proporcionado un cuarto de hora maravilloso en el que me he enterado de que en este mundo hubo una época de tanta quietud y silencio que permitía ocuparse de semejantes juegos.

La guerra y yo nos hemos encontrado de modo violento, pero que ahora me parece un poco cómico.

Estaría bien que alguien me invitase en serio a caer en un estado de semiinconsciencia que me permitiera revivir aunque sólo fuese una hora de mi vida anterior. Me echaría a reír en sus narices. ¿Cómo se puede abandonar un presente semejante para ir en busca de cosas carentes de la menor importancia? Me parece que sólo ahora me he alejado definitivamente de mi salud y de mi enfermedad. Camino por las calles de nuestra desdichada ciudad y siento que soy un privilegiado que no va a la guerra y que cada día encuentra lo que necesita para comer. En comparación con todos los demás me siento tan feliz —sobre todo desde que tuve noticias de los míos—, que rae parecería provocar la ira de los dioses, si, además, me encontrara perfectamente.

La guerra y yo nos encontramos de modo violento, pero que ahora me parece un poco cómico.

Augusta y yo habíamos regresado a Lucinico a pasar la Pascua con nuestros hijos. El 23 de mayo me levanté temprano. Tenía que tomar las sales de Carlsbad y también dar un paseo antes de tomar el café. Durante esa cura en Lucinico advertí que el corazón, cuando estás en ayunas, trabaja más activamente e irradia a todo el organismo un gran bienestar.

Augusta, para decirme adiós, alzó la cabeza enteramente blanca de la almohada y me recordó que había prometido a mi hija buscarle rosas. Nuestro único rosal estaba seco, por lo que había que salir a comprarlas. Mi hija ya está hecha una bella muchacha y se parece a Ada. Por momentos me había olvidado hacer de educador huraño con ella y había pasado a ser el caballero que respeta la feminidad hasta en su propia hija. En seguida advirtió su poder y abusó de él, lo que divertía mucho a Augusta y a mí. Quería rosas y había que comprárselas.

Me propuse caminar por dos horitas. Hacía un sol espléndido y, como mi propósito era caminar todo el tiempo y no detenerme hasta volver a casa, no me

llevé la chaqueta ni el sombrero. Por fortuna, recordé que tenía que pagar las rosas y no dejé la cartera en casa con la chaqueta.

Ante todo me dirigí al campo de al lado, del padre de Teresina, para rogarle que cortara las rosas que iría a recoger a mi regreso. Entré en el gran patio rodeado de un muro algo ruinoso y no encontré a nadie. Grité el nombre de Teresina. Salió de la casa el más pequeño de los niños que entonces debía tener seis años. Le puse en la manita unos céntimos y él me contó que toda la familia había ido a trabajar al otro lado del Isonzo en un campo de patatas cuya tierra había que remover.

Eso no me desagradaba. Conocía ese campo y sabía que para llegar a él había que caminar cerca de una hora. Como había decidido caminar durante unas dos horas, me agradaba poder dar a mi paseo una meta determinada. Así no había miedo de interrumpirlo por un ataque repentino de pereza. Me puse en camino a través de la llanura, que es más alta que la carretera, por lo que sólo veía los márgenes de ésta y alguna copa de árbol en flor. Estaba alegre de verdad: así, en mangas de camisa y sin sombrero, me sentía ligero. Aspiraba aquel aire tan puro y, como solía desde hacía un tiempo, mientras caminaba hacia la gimnasia pulmonar de Niemeyer, que me había enseñado un amigo alemán, cosa útilísima para quien lleva vida bastante sedentaria.

Al llegar a aquel campo, vi a Teresina que trabajaba justo hacia la parte de la carretera. Me acerqué a ella y entonces advertí que más acá trabajaban junto al padre los dos hermanitos de Teresina, de una edad que no habría podido precisar: entre diez y catorce años. Con la fatiga los viejos se sienten tal vez exhaustos, pero, por la excitación que la acompaña, siempre más jóvenes que en la inactividad. Me acerqué riendo a Teresina:

—Aún estás a tiempo, Teresina. No tardes.

No me entendió y yo no le expliqué nada. No era necesario. Puesto que no recordaba, podíamos volver a nuestras relaciones anteriores. Ya había repetido el experimento y había tenido también esa vez un resultado favorable. Al dirigirle aquellas pocas palabras, la había acariciado de otro modo y no sólo con los ojos.

Con el padre de Teresina quedé de acuerdo en seguida respecto a las rosas. Me permitía cortar las que quisiera; después no habría problema respecto al precio. Él quería regresar al instante al trabajo, mientras yo me disponía a tomar el camino de regreso, pero después se arrepintió y se me acercó corriendo. Al alcanzarme, me preguntó en voz muy baja:

—¿No ha oído usted nada? Dicen que ha estallado la guerra.

—¡Sí! ¡Todo el mundo lo sabe! Hace un año más o menos —respondí.

—No hablo de ésa —dijo impaciente—. Hablo de la otra con... —y señaló a la cercana frontera italiana—. ¿No sabe usted nada? —Me miró ansioso esperando la respuesta.

—Como comprenderá —le dije con plena seguridad—, si yo no sé nada quiere decir que nada pasa. Yo vengo de Trieste y las últimas palabras que he oído allí significan que la amenaza de guerra ha quedado conjurada definitivamente. En Roma han depuesto al ministro que quería la guerra y ahora está Giolitti.

Se tranquilizó al instante.

—Entonces, ¡estas patatas que estamos sembrando y que prometen tan buena cosecha serán nuestras! ¡Hay tantos charlatanes en este mundo! —Con la manga de la camisa se secó el sudor que le chorreaba por la frente.

Al verlo tan contento, intenté ponerlo más contento aún. Me gustan tanto las personas felices. Por eso, dije cosas que no me gusta recordar, la verdad. Afirmé que, aun cuando estallara la guerra, allí no se lucharía. Primero estaba el mar, donde ya era hora de que combatesen, y, además, ahora en Europa no faltaban los campos de batalla para quien quisiera batirse. Estaba Flandes y varios departamentos de Francia. Además, había oído decir —ya no sabía a quién— que en este mundo había ahora tal necesidad de patatas, que las recogían cuidadosamente incluso en los campos de batalla. Hablé mucho, sin dejar de mirar a Teresina, pequeña, menuda, que se había acurrucado sobre la tierra para palparla antes de clavarle la azada.

El campesino, del todo tranquilizado, volvió a su trabajo. En cambio, yo le había transmitido parte de mi tranquilidad a él y a mí me quedaba mucha menos. Era evidente que en Lucinico estábamos demasiado cerca de la frontera. Hablaría de ello con Augusta. Quizá debiéramos regresar a Trieste o tal vez ir más allá o más acá. Desde luego, Giolitti había vuelto al poder, pero no se podía saber si, una vez arriba, seguiría viendo las cosas igual que cuando allá arriba estaba otro.

Me puso aún más nervioso el encuentro casual con un pelotón de soldados, que avanzaba por la carretera en dirección a Lucinico. No eran soldados jóvenes e iban vestidos y pertrechados muy mal. Colgada al costado llevaban lo que en Trieste llamábamos la Durlindana, esa bayoneta larga que durante el verano de 1915 habían tenido que sacar de los viejos depósitos en Austria.

Por un tiempo caminé tras ellos, inquieto por llegar pronto a casa. Después me fastidió un olor a salvajina que despedían y aminoré el paso. Mi inquietud y mi prisa eran absurdas. También era absurdo inquietarse por haber visto la inquietud de un campesino. Ahora veía de lejos mi casa y el pelotón ya no estaba en la carretera. Aceleré el paso para llegar por fin ante mi café con leche.

Allí comenzó mi aventura. En un recodo del camino, me detuvo un centinela que gritó:

—*Zurück!* —Y se puso incluso en posición de tiro. Quise hablarle en alemán, ya que había gritado en alemán, pero de alemán sólo sabía esa palabra, que repitió en tono cada vez más amenazador.

Había que ir *zurück* y yo, sin dejar de mirar atrás por miedo a que el otro, para hacerse entender mejor, disparara, me apresuré a retirarme y ni siquiera aminoré el paso cuando dejé de ver al soldado.

Pero aún no había renunciado a llegar en seguida a mi casa. Pensé que, atravesando la colina de mi derecha, llegaría hasta detrás del centinela amenazador.

El ascenso no fue difícil sobre todo porque mucha gente debía de haber pasado por allí antes que yo y la hierba estaba aplanada. Seguro que se había visto obligada a hacerlo ante la prohibición de pasar por la carretera. Caminando recobré la seguridad y pensé que a mi llegada a Lucinico iría en seguida a protestar ante el alcalde por el trato que había sufrido. Si permitía que trataran así a los veraneantes, ¡pronto no iría nadie a Lucinico!

Pero, al llegar a la cima de la colina, tuve la desagradable sorpresa de encontrarla ocupada por aquel pelotón de soldados que olían a salvajina. Muchos soldados reposaban a la sombra de una casita de campesinos que yo conocía desde hacía mucho tiempo y que ahora estaba totalmente vacía; tres de ellos parecían hacer guardia, pero no hacia la ladera por la que yo había llegado, y otros estaban en semicírculo delante de un oficial que les daba instrucciones ilustrándolas con un mapa que sostenía en la mano.

Yo no llevaba ni siquiera un sombrero que me permitiese saludar. Inclinandome varias veces y con mi mejor sonrisa, me acerqué al oficial, quien, al verme, dejó de hablar con sus soldados y se puso a mirarme. También los cinco mamelucos que lo rodeaban tenían puesta toda su atención en mí. Bajo aquellas miradas y por terreno irregular, era muy difícil moverse.

El oficial, gritó:

—*Was will der dumme Kerl hier?* (¿Qué quiere ese estúpido?)

Asombrado ante el hecho de que me ofendieran así sin provocación alguna, quise mostrarme virilmente ofendido, pero aun así, con la discreción que requerían las circunstancias, intenté llegar a la ladera que me conduciría a Lucinico. El oficial se puso a gritar que, si daba un paso más, ordenaría que me dispararan. Al instante me volví muy cortés y desde aquel día hasta éste en que escribo he seguido siendo igual de cortés. Era una barbaridad verse obligado a tratar a semejante tipo, pero por lo menos tenía la ventaja de que hablaba alemán correctamente. Era tal ventaja que, al recordarlo, me resultaba aún más fácil hablarle con dulzura. Pobre de mí si, con lo bestia que era, no hubiera comprendido alemán siquiera. Habría estado perdido.

Lástima que yo no hablaba con suficiente corrección esa lengua, porque, si no, me habría resultado fácil hacer reír a aquel señor tan grosero. Le conté que en Lucinico me esperaba mi café con leche, del que sólo me separaba su pelotón.

Se rió. Sí, sí: se rió sin dejar de blasfemar y no tuvo paciencia para dejarme acabar. Dijo que el café con leche de Lucinico se lo beberían otros y, cuando oyó que además del café me esperaba mi mujer, gritó:

—*Auch Ihre Frau wird von anderen gegessen werden.* (También a su mujer se la comerán otros.)

Ahora él estaba de mejor humor que yo. Pareció arrepentirse de haberme dicho aquellas palabras que, subrayadas por la risa ruidosa de los cinco mamelucos, podían parecer ofensivas: se puso serio y me explicó que debía abandonar por unos días la esperanza de volver a ver Lucinico y que, en confianza, me aconsejaba incluso no insistir, porque bastaría eso sólo para comprometerme.

—*Haben Sie verstanden?* (¿Ha entendido usted?).

Había entendido, pero no era nada fácil resignarse a renunciar al café con leche, del que me separaba no más de medio kilómetro. Sólo por eso vacilaba en irme, pues era evidente que, cuando hubiera bajado de aquella colina, no llegaría a mi casa ese día. Y, para ganar tiempo, pregunté amable al oficial:

—Pero, ¿a quién debería dirigirme para poder volver a Lucinico a coger al menos la chaqueta y el sombrero?

Debería haber comprendido que el oficial estaba impaciente por quedarse solo con su mapa y sus hombres, pero no esperaba provocar su ira tanto.

Gritó, hasta el punto de ensordecirme, que, como ya me había dicho, no debía preguntárselo. Después me ordenó ir adonde el diablo quisiera llevarme (*wo der Teufel Sie tragen will*). La idea de hacerme llevar no me desagradaba demasiado, porque estaba muy cansado, pero aún vacilaba. Pero el oficial, a fuerza de gritar, se fue acalorando cada vez más y en tono muy amenazador convocó a uno de los cinco hombres que lo rodeaban y llamándolo señor cabo le dio la orden de conducirme al pie de la colina y vigilarme hasta que desapareciera por el camino que conduce a Gorizia y dispararme si vacilaba en obedecerlo.

Por eso, bajé de aquella cima de buen grado:

—*Danke schön* —dije incluso, sin la menor intención irónica.

El cabo era un eslavo que hablaba bastante bien italiano. Le pareció que debía mostrarse brutal delante del oficial y, para inducirme a precederlo en la bajada, me gritó:

—*Marsch!* —Pero cuando estuvimos un poco más lejos, se mostró amable y cortés. Me preguntó si tenía noticias sobre la guerra y si era cierto que la intervención italiana era inminente. Me miraba ansioso esperando la respuesta.

Así pues, ¡ni siquiera ellos que la hacían sabían (si había guerra o no! Quise hacerlo lo más feliz posible y le di las noticias que había comunicado también al padre de Teresina. Después me pesaron en la conciencia. En la horrible tempestad que estalló, probablemente perecieran todas las personas a las que tranquilicé. Quién sabe qué expresión de sorpresa quedaría cristalizada en su cara por la

muerte. El mío era un optimismo irreprimible. ¿Es que no había reconocido la guerra en las palabras del oficial y mejor aún en su sonido?

El cabo se alegró mucho y, para recompensarme, me aconsejó también él que no volviera a intentar llegar a Lucinico. En vista de las noticias que yo le daba, consideraba que el día siguiente anularían las disposiciones que me impedían volver a casa. Pero entretanto me aconsejaba ir a Trieste al *Platzkommando*, en el que tal vez pudiera conseguir un permiso especial.

—¿Hasta Trieste? —pregunté espantado. ¿A Trieste sin chaqueta, sin sombrero y sin café con leche?

Por lo que el cabo sabía, mientras hablábamos, un denso cordón de infantería cerraba el paso a Italia, con lo que creaba una nueva frontera insuperable. Con sonrisa de superioridad me dijo que, según él, el camino más corto para Lucinico era el que pasaba por Trieste.

A fuerza de oírlo decir, me resigné y me dirigí hacia Gorizia pensando en tomar el tren del mediodía para dirigirme a Trieste. Estaba agitado, pero debo decir que me encontraba muy bien. Había fumado poco y no había comido nada. Sentía una ligereza que me faltaba desde hacía mucho. No me desagradaba tener que seguir andando. Me dolían un poco las piernas, pero me parecía que podrían sostenerme hasta Gorizia, pues mi respiración era libre y profunda. En efecto, tras calentar las piernas con el ejercicio, no me pesó caminar. Y con ese bienestar, marcando el compás con mis pasos y alegre por la insólita velocidad con que caminaba, recobré mi optimismo. Amenazaban por aquí, amenazaban por allá, pero no llegarían hasta la guerra. Y por eso, cuando llegué a Gorizia, vacilé, pensando si debería coger una habitación en el hotel para pasar la noche en ella y regresar al día siguiente a Lucinico a fin de presentar mis quejas al alcalde.

Por lo pronto, corrí a la oficina de correos para telefonar a Augusta. Pero de mi casa no contestaban.

El empleado, un hombrecillo de barbita rala, que con su pequenez y rigidez parecía algo ridículo y obstinado —lo único que recuerdo de él—, al sentirme renegar furibundo ante el teléfono mudo, se me acercó y me dijo:

—Ya es la cuarta vez que Lucinico no responde.

Cuando me volví para mirarlo, en sus ojos brilló una gran maldad alegre (¡me equivocaba! ¡También eso lo recuerdo ahora!) y aquellos ojos brillantes buscaron los míos para ver si estaba tan sorprendido y enojado. Tardé diez minutos en comprender. Entonces no me cupieron dudas. Lucinico se encontraba o dentro de pocos instantes se encontraría en la línea de fuego. Cuando entendí perfectamente aquella mirada elocuente, me dirigía al café para tomar, en espera del almuerzo, la taza de café que debía haber bebido por la mañana. Cambié de rumbo al instante y fui a la estación. Quería encontrarme más cerca de los míos y —siguiendo las indicaciones de mi amigo cabo— me iba a Trieste.

Durante aquel breve viaje mío fue cuando estalló la guerra.

Pensando en llegar cuanto antes a Trieste, en la estación de Gorizia, y pese a tener tiempo, no tomé la taza de café que anhelaba desde hacía tantas horas. Subí al vagón y, al encontrarme solo, dirigí el pensamiento a los míos, de quienes me habían separado de forma tan extraña. El tren marchó bien hasta más allá de Monfalcone.

Parecía que la guerra no hubiera llegado aún hasta allí. Recobré la tranquilidad pensando que probablemente en Lucinico las cosas se habrían desarrollado como de este lado de la frontera. A aquella hora Augusta y mis hijos se encontrarían de viaje hacia el interior de Italia. Esa tranquilidad, asociada a la enorme y sorprendente que me procuraba el hambre, me sumió en un largo sueño.

Probablemente fuera el propio hambre lo que me despertara. Mi tren se había detenido en medio de la llamada Sajonia de Trieste. No se veía el mar, si bien debía de estar muy cerca, porque una ligera calina impedía divisar a lo lejos. La región de Carso tiene gran dulzura en mayo, pero sólo puede entenderlo quien no esté viciado por las primaveras exuberantes de color y vida de otros campos. Aquí la piedra que sobresale por todas partes está rodeada de un verde suave, que no es humilde, porque pronto se convierte en la nota predominante del paisaje.

En otras condiciones me habría irritado enormemente no poder comer teniendo hambre. En cambio, aquel día la grandeza del acontecimiento histórico a que había asistido me imponía y me inducía a la resignación. El revisor, al que regalé cigarrillos, no pudo conseguirme ni siquiera un pedazo de pan. No conté a nadie mis experiencias de la mañana. En Trieste hablaría con algún amigo íntimo. De la frontera, hacia la que tendía el oído, no llegaba ningún sonido de combate. Estábamos parados en aquel sitio para dejar pasar a ocho o nueve trenes que bajaban como exhalaciones hacia Italia. La llaga gangrenosa (como pronto se llamó en Austria el frente italiano) se había abierto y necesitaba material para alimentar su purulencia. Y los pobres hombres iban hacia ella sonriendo y cantando. De todos aquellos trenes salían los mismos sonidos de alegría o de embriaguez.

Cuando llegué a Trieste, la noche ya había caído sobre la ciudad.

La noche estaba iluminada por el resplandor de muchos incendios y un amigo que me vio ir hacia casa en mangas de camisa me gritó:

—¿Has participado en los saqueos?

Por fin conseguí comer algo y en seguida me acosté.

Un cansancio tremendo me empujaba hacia la cama. Creo que lo habían producido las esperanzas y las dudas que luchaban en mi cabeza. Seguía encontrándome muy bien y en el breve período que precedió al sueño, cuyas imágenes me había ejercitado en retener con el psicoanálisis, recuerdo que acabé el día con una última

idea optimista e infantil: en la frontera aún no había muerto nadie, por lo que podía volver la paz.

Ahora que sé que mi familia está sana y salva, la vida que hago no me desagrada. No tengo demasiado que hacer, pero no se puede decir que permanezca inactivo. No se debe ni comprar ni vender. El comercio recobraré la salud, cuando haya paz. Olivi, desde Suiza, me hace llegar consejos. ¡Si supiera cómo desentonan sus consejos en este ambiente, que ha cambiado tan radicalmente!

Entretanto, yo no hago nada de momento.

24 de marzo de 1916

Desde mayo del año pasado no había tocado este cuaderno. Mira por dónde, el doctor S. me escribe desde Suiza y me ruega que le envíe todo lo que haya anotado. Es una petición curiosa, pero no tengo inconveniente alguno en enviarle también este cuaderno, por el que verá con claridad lo que pienso de él y de su cura. Ya que tiene en su poder todas mis confesiones, que tenga también estas pocas páginas y alguna más que de buena gana añado para su edificación. Dispongo de poco tiempo, porque mi negocio me ocupa toda la jornada. Pero quiero cantarle las cuarenta al señor doctor S. He pensado tanto en ello, que ahora tengo las ideas muy claras.

Por lo pronto, cree que va a recibir otras confesiones mías sobre enfermedad y debilidad y, en cambio, va a recibir la descripción de una salud todo lo sólida y perfecta que mi avanzada edad permite. ¡Estoy curado! No sólo no quiero seguir con el psicoanálisis, sino que, además, ni siquiera lo necesito. Y mi salud no se debe sólo a que me siento un privilegiado en medio de tantos mártires.

No me siento sano por comparación. Estoy absolutamente sano. Desde hace mucho tiempo sabía que mi salud no podía ser sino mi convicción y que era una tontería digna de un soñador hipnagógico quererla curar en lugar de persuadir. Desde luego, sufro ciertos dolores, pero carecen de importancia ante mi gran salud. Puedo ponerme un emplasto aquí o allá, pero el resto ha de moverse, luchar y nunca detenerse en la inmovilidad, como los gangrenados. Además, el dolor y el amor, la vida, en suma, no pueden considerarse una enfermedad porque duelan.

Reconozco que, para llegar a convencerme de mi salud, mi destino tuvo que cambiar y avivar mi organismo con la lucha y sobre todo con el triunfo. Fue mi negocio el que me curó y quiero que el doctor S. lo sepa.

Atónito e inerte, estuve contemplando el mundo transtornado hasta principios de agosto del año pasado. Entonces empecé a *comprar*. Subrayo este verbo porque tiene un significado más elevado que antes de la guerra. Entonces, en boca de un comerciante, significaba que estaba dispuesto a comprar un artículo determinado. Pero cuando yo lo dije, me refería a que compraba cualquier mercancía que se me

ofreciera. Como todas las personas fuertes, tenía en la cabeza una sola idea y de ella viví y fue mi fortuna. Olivi no estaba en Trieste, pero es cierto que no habría permitido un riesgo semejante y lo habría dejado para los demás. En cambio, para mí no era un riesgo. Yo sabía el resultado con absoluta certeza. Primero había convertido, según la antigua costumbre en época de guerra, todo el patrimonio en oro, pero había cierta dificultad para comprar y vender oro. El oro, por así decir, líquido, por ser más móvil, era la mercancía y la acaparé. De vez en cuando hago ventas, pero siempre en medida inferior a las compras. Como comencé en el momento adecuado, mis compras y mis ventas fueron tan afortunadas, que éstas me proporcionaban los elevados medios que necesitaba para aquéllas.

Con mucho orgullo recuerdo que mi primera compra fue incluso una tontería en apariencia y estuvo destinada únicamente a poner en práctica al instante mi idea: una pequeña partida de incienso. El vendedor me hacía propaganda sobre la posibilidad de emplear el incienso como sucedáneo de la resina, que ya empezaba a faltar, pero yo, como químico que soy, sabía con absoluta certeza que el incienso nunca podría sustituir a la resina, de la que era diferente *toto genere*. Según mi idea, el mundo llegaría a una miseria tal, que habría que aceptar el incienso como sucedáneo de la resina. ¡Y compré! Hace pocos días vendí una pequeña parte y obtuve lo que me había costado la partida entera. En el momento en que cobré ese dinero, se me ensanchó el pecho, al sentir mi fuerza y mi salud.

El doctor, cuando haya recibido esta última parte de mi manuscrito, debería devolvérmelo entero. Lo reharé con auténtica claridad, porque, ¿cómo podía entender mi vida, cuando no conocía este último período? Tal vez viviera tantos años sólo con el fin de prepararme para él.

Por supuesto, no soy un ingenuo y disculpo al doctor por ver en mi propia vida una manifestación de enfermedad. La vida se parece un poco a la enfermedad, porque avanza por crisis y lisis y tiene mejorías y empeoramientos diarios. A diferencia de las demás enfermedades, la vida siempre es mortal. No tolera curas. Sería como querer tapar los agujeros que tenemos en el cuerpo por considerarlos heridas. Moriríamos estrangulados, nada más curarnos.

La vida actual está envenenada hasta las raíces. El hombre ha ocupado el lugar de los árboles y de los animales y ha envenenado el aire, ha impedido el libre espacio. Pueden ocurrir cosas peores. El triste y activo animal podría descubrir y poner a su servicio otras fuerzas. Hay una amenaza de esa clase en el aire. El resultado será una gran riqueza... en el número de hombres. Cada metro cuadrado estará ocupado por un hombre. ¿Quién nos curará de la falta de aire y de espacio? ¡Sólo de pensarlo me asfixio!

Pero no es eso, no es eso sólo.

Cualquier esfuerzo por conseguir la salud es vano. Ésta sólo puede pertenecer a los animales que conocen un único progreso: el de su organismo. Cuando la

golondrina comprendió que su única posibilidad de vida era la emigración, aumentó el músculo que mueve sus alas y que se convirtió en la parte más importante de su organismo. El topo se metió bajo tierra y todo su cuerpo se adaptó a su necesidad. El caballo creció y transformó su pie. No conocemos el progreso de algunos animales, pero habrá existido y nunca habrá perjudicado a su salud.

En cambio, el hombre, el animal con gafas, inventa instrumentos fuera de su cuerpo y, si quien los inventó gozó de salud y nobleza, quien los usa casi siempre carece de ellas. Los instrumentos se compran, se venden y se roban y el hombre se vuelve cada vez más astuto y más débil. Es más: se comprende que su astucia crezca en proporción a su debilidad. Sus primeros instrumentos parecían prolongaciones de su brazo y sólo podían ser eficaces por la fuerza de éste, pero ahora el instrumento ya no guarda relación con el miembro. Y el instrumento es el que crea la enfermedad con el abandono de la ley, que fue la creadora en toda la tierra. La ley del más fuerte desapareció y perdimos la saludable selección. Necesitaríamos algo muy distinto del psicoanálisis: bajo la ley del poseedor del mayor número de instrumentos prosperarán enfermedades y enfermos.

Tal vez gracias a una catástrofe inaudita, producida por los instrumentos, volvamos a la salud. Cuando no basten los gases venenosos, un hombre hecho como los demás, en el secreto de una habitación de este mundo, inventará un explosivo inigualable, en comparación con el cual los explosivos existentes en la actualidad serán considerados juguetes inofensivos. Y otro hombre hecho también como todos los demás, pero un poco más enfermo que ellos, robará dicho explosivo y se situará en el centro de la tierra para colocarlo en el punto en que su efecto pueda ser máximo. Habrá una explosión enorme que nadie oirá y la tierra, tras recuperar la forma de nebulosa, errará en los cielos libre de parásitos y enfermedades.